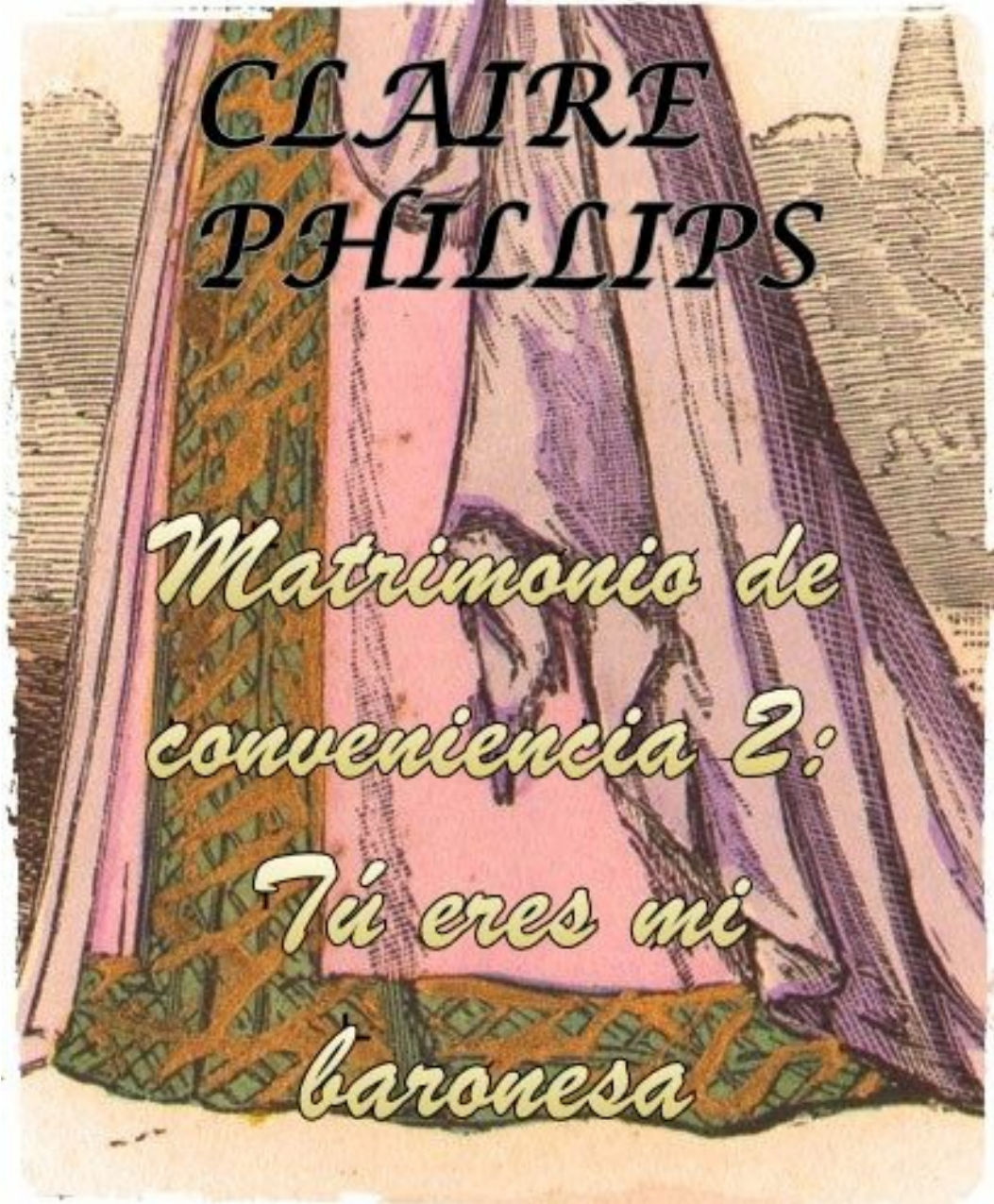


The background of the cover is a stylized illustration. On the left, a man is depicted wearing a suit with a green and gold diamond-patterned jacket and a light-colored shirt. On the right, a woman is shown in a long, flowing purple dress with a white bodice. The illustration uses a mix of colors and textures, with some areas appearing to be made of fine lines or cross-hatching. The overall style is reminiscent of a classic book cover or a vintage poster.

Matrimonio
de
conveniencia
2; Tú eres mi
baronesa

Claire Phillips

MATRIMONIO DE CONVENIENCIA 2: TÚ ERES MI BARONESA



Lo primero sería agradecer a todos los que me han ido animando no solo a escribir esta novela sino a no perder las ganas, las irremediabes ganas de sentarme a escribir un poco cada día. Sois muchos y a todos os debo no perder esa sensación de placer al escribir, al imaginar y crear personajes y sus destinos.

Por supuesto a todos os dedico esta historia y especialmente a María Inés que ha esperado tan impaciente como yo misma el lanzamiento de esta novela, a Patricia, por

hacerme reír con tus sugerencias locas y divertidas, a Peter, por ser mi amigo y cómo no, a la persona que no solo me pidió publicar la historia de Marcus sino que es la responsable del nombre de su némesis, Silvia.

Solo espero que os guste y que sigáis estando ahí para cada historia que mis inquietos dedos logren sacar.

CAPÍTULO I

Marcus permanecía en silencio sentado casi a oscuras en el salón de la habitación que ocupaba en Galvert Hills y que ya era más suyo que el salón de su propio hogar ya que pasaba más tiempo en el cálido hogar de su buen amigo Lucas que en el suyo propio. Fijó la vista en la carta que acababa de recibir del que fuera el mejor amigo de su padre, el duque de Brenwood. Le informaba que por fin había conseguido la venia de su majestad para concederle la anulación de su matrimonio. Lo único que tenía que hacer era encontrar a su esposa e informarla de ello.

Gruñó porque hacía más de dos años que hubo tenido información cierta de su paradero. Todo lo que sabía eran rumores que le llegaban de ella y su amante que recorrían los reinos prusianos de escándalo en escándalo.

Cerró los ojos tras dar un buen tiento a su copa de coñac. Recordó su enlace con la que creía la perfecta dama para él. Elegante, hija del conde Grullier, un noble francés que se estableció en las islas tras las guerras napoleónicas, con esa apariencia de delicada flor que sin duda resultaba atrayente y agradable sin siquiera esforzarse. Cuán equivocado estuvo al dejarse enredar por el padre y la hija. Aquel hombre necesitaba desesperadamente un enlace provechoso para su hija y ésta un estúpido al que cautivar para deshacerse de su padre y su vida de deudas y conseguir el estatus que le permitiría hacer y deshacer a su antojo.

Apenas unas semanas después de la boda comprendió su error. El carácter veleidoso, caprichoso y exigente de su bella esposa ya eran de por sí bastante malos, pero su errático comportamiento para con los criados, sus amigos y él mismo, le pusieron en alerta. Su relación y el matrimonio no fueron como esperaban desde el primer día, pero tampoco pudo imaginar que se

convertirían en un infierno. La aparición de uno de sus mejores amigos, Lucas, marqués de Galvert, una noche en White's pidiéndole que le acompañase con premura a su casa, fueron el detonante de una situación del todo irremediable e incontrolable.

Lucas, su amigo desde que eran niños, había compartido con él los buenos y malos momentos desde que ambos eran infantes que paseaban en pantalón corto. Conocía, pues se hubo sincerado con él, su malestar para con su matrimonio y su preocupación sobre el comportamiento de Ariana, su esposa, desde el mismo día de declararla baronesa de Varité. Sabía, pues así se lo hubo hecho saber incluso antes de que ella empezare a mostrar sin pudor su mal carácter delante incluso de sus amigos, que ella no era como él creía y que lejos de ser la dulce y agradable joven que mostró durante su compromiso, era una mujer carente de escrúpulos y menos deseo alguno por comportarse como esposa. Al llegar a casa de Lucas, donde este le condujo con alarma y clara preocupación, se encontraron a su esposa, apuntando con un arma al valet de Lucas.

Ella se había presentado una hora antes en casa de Lucas intentando seducirlo, cuando él la rechazó y la instó a marcharse, ella empezó a comportarse como alguien carente de juicio y sacó un arma con la que apuntó a su valet y entre risas histriónicas le exigió buscar a Marcus y presentarse ante ella o mataría a su valet.

Allí estaban los dos, frente a Ariana que apuntaba con una pistola en la cabeza al valet de Lucas, con el rostro como ido con una sonrisa extraña dibujada en el rostro.

Marcus suspiró al recordar esa imagen y los hechos posteriores. Reducirla fue fácil. No lo fue tanto decidir el modo que actuar a tenor de lo que esa noche reveló. Su esposa no era una dulce y tranquila joven sino por el contrario, una mujer carente de moralidad y juicio sensato. No estaba loca, o así lo aseveraron los tres médicos a los que acudieron, sino que simplemente era una mujer carente de moralidad y control. Solo atendía a sus caprichos y deseos. Cuando los veía colmados, estaba tranquila y lucía como una dama cualquiera pero cuando era contrariada era cuando salía a la luz su verdadero carácter teniendo arrebatos de ira que descargaba contra cualquiera. Buscó un lugar para tratarla, donde tenerla controlada. Apenas hubo sido llevada allí se

escapó y huyó a Francia y después a Italia. Se llevó algunas de las joyas de su título que hubo tomado sin él saberlo de su casa y que él tuvo que ir recuperando poco a poco mientras durante meses puso tras ella a varios detectives que la siguieron y compraron cuanto ella fue empeñando. Finalmente desistió y consideró que ya había tenido bastante de esa vida caótica, de ese matrimonio y de Ariana y sus locos comportamientos.

Ordenó a los detectives que dejaran de seguirla y trajesen las joyas recuperadas para conservarlas pues eran parte de su título y legado y fue lo único que realmente echaba de menos pues su esposa nunca fue tal sino solo fingió serlo por interés, y poco o nada le importaba desde el momento en que comprendió que su enlace hubo sido precipitado, tanto que solo se hubo dejado guiar por su inicial embelesamiento por su belleza y su fingida dulzura.

Ahora, cuatro años después de ese matrimonio, solo le quedaban meses de horrible convivencia, el recuerdo de esos meses intentando que el escándalo no fuere más allá que el de que todos creyesen que él y su esposa habían decidido vivir separados y cada uno por su lado y, sobre todo, el irrefrenable deseo de lograr la nulidad para poder, con suerte, rehacer su vida del mismo modo que Lucas hubo logrado su estabilidad y felicidad con Camile tras un primer matrimonio que, al igual que el suyo, había sido todo un desastre y un cúmulo de desgracias y dolor.

Dos golpecitos en la puerta le sacaron de sus pensamientos y guardando la misiva en el bolsillo de su levita dijo:

-Adelante.

Enseguida vio aparecer la cabeza de Samuel, el heredero de Lucas, con su cabello ligeramente desordenado mirando a todos lados.

-Estoy aquí, Sam. -Dijo poniéndose en pie comprendiendo que salvo las llamas de la chimenea apenas si había luz en la estancia y el pobre no le veía.

-Mami dice que nos espera en el salón.

Se rio negando con la cabeza estirando su chaleco bajo su levita para acomodarlo mejor.

-Pues, en ese caso, no hagamos esperar a la señora de la casa. -Se acercó a él que enseguida salió por delante esperándolo para caminar a su lado como todo

un caballero pues no había cosa que más gustase a Samuel que imitarlos a él y a su padre ya que a sus cinco años era una versión en pequeño de Lucas, aunque aún más inquieto que su padre, por increíble que pudiese resultar.

-Presumo, la señora no quiere retrasar la cena.

Samuel negó con la cabeza desordenando más si cabía su cabello.

-Mami tiene hambre. Papá dice que es porque aún es una mamá con bebé.

Marcus se carcajeó por la explicación sencilla que su amigo le hubo dado a su hijo del hecho de que su esposa estaba aún dando el pecho al menor de sus hijos que apenas si tenía dos meses.

-Es que el pequeño Marcus es comilón y apenas si deja a tu madre con fuerzas.

-Dijo divertido pues esa misma mañana habían bautizado a Lord Marcus Laydon, el tercer hijo de Lucas y su ahijado y él como padrino no solo había estado delante de todos declarándose tal sino también el protector del pequeño.

-Mami dice que mañana te marchas. ¿Por qué no te quedas un poco más? Mañana iremos a casa del abuelito a ver los nuevos caballos de carrera. Mami dice que el abuelito volverá a ganarnos a lord Thomas y a ti y que sus caballos son más veloces que los vuestros.

Marcus se rio porque Thomas, otro de sus grandes amigos, y él tenían una cuadra de caballos de carrera con las que el conde Bromerton, padre de Camile, siempre competían, pero, por desgracia para ellos, el conde era un excelente criador de caballos y solía ganar algunas de las grandes carreras cada año.

-Bien, será importante informar a ese desventurado lord que, como en años anteriores, no conseguiremos vencer a vuestro abuelo. -Samuel asintió con gesto terco y orgulloso-. Pero siento decirlo, caballero, que por mucho que me agrade y tiene la idea de continuar un poco más aquí, he de regresar a Londres a atender algunos asuntos.

- ¿Asuntos de caballeros?

Marcus se rio:

-Asuntos de barón, más bien. -Sonrió al entrar en el salón haciendo una

cortesía y dedicando una sonrisa fingidamente seductora a Camile-. Lamento el retraso, mi encantadora anfitriona. Pido disculpas.

-Acepto tus disculpas si logras que tu ahijado deje de llorar. -Señaló suspirando.

Marcus se rio porque no sabía cómo, pero lograba que su tocayo siempre dejase de llorar en cuanto lo tomaba en brazos. Se acercó presto y lo tomó de los brazos de su padre que resignado se lo cedió.

-Trae, padre patoso. Deja a un caballero mejor dotado calmar a tu vástago.

Lucas suspiró pesadamente antes de tomar asiento junto a su esposa.

-No me hagas darte con algo en la cabeza cuando sostienes a mi hijo, mentecato.

Marcus se rio caminando alrededor de los sillones meciendo poco a poco al bebé.

- ¿Golpear mi cabeza por ser certero en mis conclusiones? No puedes hacer eso. Has de reconocer que el joven Marcus reconoce la imponente presencia de su padrino y que por eso suele calmarse en sus brazos.

Camile se rio entre dientes alzando el rostro hacia Lucas:

-No puede negarse que consigue imponerse pues siempre deja de llorar.

-Camy, cielo, no des alas a las locas ideas de este pobre desventurado baroncito a ver si acaba creyéndoselas.

Tras unos minutos y con el pequeño dormido, pasaron al comedor cuando su madre dejó en manos de la niñera al niño.

-Entonces, ya seguro te marchas mañana. -Empezó a decir Lucas cuando ambos se quedaron a solas en el salón cuando Camile hubo subido a acostar a Samuel y Viola después de la cena.

Marcus se limitó a asentir serio aceptando la copa de coñac que le entregaba:

-Si quiero que la anulación del matrimonio sea efectiva, me conviene encontrar a Ariana lo más pronto posible.

Lucas le miró serio.

-El duque ha logrado la venia de su majestad... -Marcus asintió-. ¿Y tienes alguna idea de dónde puede estar?

Negó con la cabeza antes de desviar los ojos al fuego.

-Presumo ella y su amante deben hallarse ya en serios aprietos pues hace meses vendió la última de las joyas que me robó de modo que poco o ningún recurso han de tener.

-Espera. -Lucas se levantó y salió del salón regresando unos minutos después-. Toma.

Le ofreció una tarjeta que él tomó rápido.

-Lord Jillers. ¿Quién es?

-Un caballero que te interesará visitar en cuanto llegues a Londres. Él y su pupilo son unos excelentes sabuesos. Si alguien puede encontrar a Ariana son ellos, te lo aseguro.

Marcus frunció el ceño mirando de nuevo la tarjeta.

-No conozco a ningún lord Jillers.

Lucas sonrió:

-Quizás porque es lord desde hace apenas un año. Su majestad le concedió un título que hacía siglos estaba sin uso por los servicios que prestó a la corona y que no preguntes cuáles fueron porque no te los dirá, pero debieron ser realmente importantes porque convirtió a un americano en vizconde.

- ¿Es americano? -Preguntó Marcus alzando las cejas sorprendido.

Lucas se rio por su sorpresa.

-Lo es.

- ¿De qué conoces tú a este personaje?

-Es una larga historia, pero baste decir que me ayudó a encontrar algunas cosas que mi primera esposa me robó y que quise recuperar sin que nadie se percatara de su pérdida y más aún de en qué las empleó.

Marcus asintió pues la primera esposa de Lucas, aunque falleció años atrás, dejó tras de sí un buen puñado de enredos y escándalos que Lucas evitó,

milagrosamente, que salieren a la luz pues hubieren perjudicado no solo al título sino a sus dos hijos.

Marcus suspiró levantándose cuando vio por el rabillo del ojo que Camile regresaba acomodándose junto a Lucas pues éste la tomó de la mano y tiró de ella para que quedare acomodada junto a él apoyada en su costado.

-No te irás antes del almuerzo, ¿verdad?

Marcus sonrió:

-Me temo que sí o llegaré siendo noche cerrada a Londres.

-Al menos desayunarás conmigo y con los niños.

Marcus sonrió porque la esposa de Lucas era encantadora y la única persona que conseguía hacerlo sentir en familia.

-No me marcharía sin tomar un copioso desayuno con tan encantadora compañía.

Tumbado en la cama con su esposa entre los brazos gloriosamente desnuda, Lucas observaba el dosel sobre su cabeza con el blasón familiar grabado en él.

-Cielo, creo que mañana acompañaré a Marcus a Londres.

Camilie alzó la cabeza y lo miró:

-Es importante, ¿no es cierto? Por eso parece tan preocupado.

Lucas asintió:

-Prometo no tardar más que uno o dos días, pero quiero ayudarlo. Se lo debo.

Camile sonrió besándolo en la barbilla.

-Ve y ayúdale. Nosotros estaremos bien.

Lucas sonrió descendiendo su mano por su espalda hasta alcanzar sus suaves cumbres.

-Pero me añorarás. -Sonrió canalla rodando y llevándola con él para dejarla bajo su cuerpo-. Añorarás que tu esposo te colme de atenciones.

-Es posible... -Respondía con socarronería rodeándole los hombros con los

brazos.

-Nada de posible. Tengo la certeza absoluta de que añorarás a tu marqués y sus pecaminosos juegos... -La besó removiendo las caderas instándola a abrir las piernas para acomodarlo entre ellas-. Vamos, esposa, colma a tu esposo que se halla ansioso de marcar tu cuerpo antes de partir mañana.

Marcus no paraba de reírse sentado en el comedor de mañana mientras Samuel le narraba cómo había logrado que el enorme San Bernardo de Camile, al que no tuvieron mejor ocurrencia que llamar General, espantase a cuanto caballero que tildasen de indeseable se acercase a ella y que no era sino entrenándolo con salchichas que eran el premio que lograba cada vez que aprendía algo. Precisamente en ese momento, el pequeño permanecía de pie junto a la mesa con sendas salchichas en la mano mientras el enorme can frente a él gruñía pues él le había pedido que “intimidase a los hombres malos”.

-Buen chico. -Se reía alargando el brazo ofreciéndole una de las salchichas en premio.

-Ahora entiendo por qué general es un perro tan grandote. Lo habéis cebado a base de salchichas.

Lucas se rio.

-Di mejor que es un perro muy listo que sabe cómo lograr su premio. Menudo es cuando tiene por meta una salchicha. -Hizo una señal a Samuel que enseguida se subió en sus rodillas-. Mientras esté fuera serás el señor de la casa y habrás de cuidar de tu madre y tus hermanos. Tú y general los protegeréis bien, ¿no es cierto?

-Sí, yo les cuidaré, papá.

-Y si ocurriese algo, avisarás corriendo al abuelo Arthur.

-Aja. Les diré al abuelito y al tío Albert que vengan.

Lucas besó a Sam en la frente antes de dejarlo en el suelo.

-Ahora ve a asegurarte que están listos nuestros caballos que tío Marcus y yo partiremos en breve.

-Vale.

Salió a la carrera dando un beso a su madre cuando pasó a su lado y desapareció segundos después.

-Espero tengáis cuidado por los caminos. Aunque lleguéis en la noche, preferiría que no os detuviésteis. En las alforjas os he hecho poner comida y bebida para los dos.

Lucas sonrió negando con la cabeza acercándose a Camile besándola en la frente antes de ayudarla a ponerse en pie quitándole de los brazos al bebé.

-Vamos, mi fiera y protectora esposa, despídete de nosotros en el vestíbulo.

Marcus los seguía llevando de la mano a Viola, la mayor de las hijas de Lucas que, aunque era un reflejo de la belleza física de su madre, la primera esposa de Lucas, por suerte tenía el carácter de su padre.

Vio a Lucas despedirse cariñoso de sus hijos y después de su esposa antes de auparse en su montura sintiendo una reconocible envidia por la felicidad y calma que irradiaba su amigo. Quizás su matrimonio con Camile no había tenido el mejor de los comienzos, pero pronto Lucas comprendió lo errado de su comportamiento y corrigió su actitud y proceder antes de que fuere demasiado tarde.

Llegaron a Londres al anochecer y fueron directos a Varite House pues Lucas se quedaría en su casa esas noches. Apenas se asearon marcharon a White's sabiendo que sus amigos seguramente habrían acudido allí ya que todos ellos se habían ya trasladado a la ciudad para el comienzo de la temporada.

No se equivocaron. Al llegar se encontraron a Gabriel, lord Gabriel Grissom, conde de Gallier y a Thomas, lord Thomas Galvy, vizconde de Fresalm, observando desde un cómodo lugar una partida de billar entre otros dos caballeros.

-Pero ¿qué ven mis ojos? No os esperaba y menos a ti. -Thomas sonrió a Lucas que le devolvió la sonrisa.

-No te acostumbres a verme que no creo tarde mucho en regresar a los deliciosos brazos de mi esposa.

-Hablando de esposas. ¿Qué estáis haciendo aquí perdiendo el tiempo en el club en vez de estar con vuestras damas? -Preguntaba Marcus tomando asiento

junto a ellos.

Gabriel sonrió:

-Brianna se encuentra descansando pues, para su información, caballeros, mi esposa está en estado.

Marcus y Lucas alzaron las cejas y rápidamente sonrieron.

-Una excelente noticia. -Confirmó Marcus sonriendo y llamando a un lacayo para pedir una botella de champagne.

-Sí bueno, pero no soy el único con tan feliz nueva. -Añadía Gabriel lanzando una mirada a Thomas que sonrió.

- ¿Qué puedo decir? No iba a dejar que este conde de pacotilla se me adelantase. Además, mi esposa deseaba dar un amigo al pequeño Marcus y ¿quién soy yo para negar a mi dama sus deseos?

Lucas sonrió negando con la cabeza pues, aunque sospechaba que Holly, la esposa de Thomas, estaba en cinta por los comentarios que Camile le hubo dicho durante la ceremonia para recibir las aguas benditas de Marcus, no quería decir nada sin que su propio amigo se lo confirmase.

-Eso significa que en cuanto arregles el embrollo con Ariana, tendrás que apresurarte a cumplir con tus deberes para con el título y así ponerte a nuestra altura.

Marcus rodó los ojos por el comentario burlón de Lucas que no así por la mirada de sus otros dos amigos claramente sorprendidos por la mención de quién todos ellos se cuidaban mucho no mencionar para no ponerlo en una situación incómoda.

-Por fin he logrado la venía para la anulación, más, me imponen la condición de encontrarla y notificarle que ya no es ni nunca más será baronesa de Varité.

-Esa es una excelente noticia. -Reconoció Gabriel dándole una palmada en el hombro-. Más, ¿puedo preguntar cómo encontrarás a esa... mujer?

-No tengo la más ligera idea de cómo y dónde encontrarla, pero si ese es el precio por librarme de ella, vive Dios, removeré cielo y tierra para lograrlo.

-Bien dicho. -Sonrió Thomas alzando una de las copas de Champagne que un

lacayo había puesto en la mesa al alcance de todos ellos-. Brindemos por nuestros vástagos y por el objetivo que este barón ha de cumplir, aunque sea encomendándose a los dioses.

En la mañana temprano, los cuatro amigos cabalgaron por el Row, como solían hacer desde la época de la instrucción, y tras unas buenas cabalgadas y chanzas entre ellos, se separaron volviendo a sus respectivos hogares, desde el que Lucas y Marcus no tardaron en salir pues se iban a reunir con ese lord americano, como ya lo tildaba Marcus para interesarlo por ayudarlo a encontrar el paradero de su “por muy breves días” esposa.

Alcanzaron una mansión de estilo Tudor en pleno barrio del Belgravia. Marcus se detuvo en la verja que había antes de la escalinata de la entrada y observó la fachada.

-Por lo que parece, a nuestro buen amigo americano la vida le ha tratado bien.

Lucas se rio:

-Es un tipo muy hábil, Marcus, no creo que invierta mal su dinero como tampoco que necesite la remuneración por sus servicios para mantener su estilo de vida. Presumo llegó ya adinerado a las islas.

-De modo que la promesa de un buen estipendio no será un incentivo para él, ¿no es cierto?

-No, no lo será. -Se reía Lucas negando con la cabeza abriendo la verja de hierro forjado antes de cederle el paso.

Marcus llamó con la aldaba que colgaba de la puerta de roble abriéndose enseguida ésta. Un mayordomo perfectamente uniformado se colocó ante ellos tomando las dos tarjetas que ambos le entregaron mientras dos lacayos tomaban sus sombreros, capas y guantes.

-Avisaré a milord de su presencia.

Desapareció por un pasillo dejándoles en el amplio vestíbulo solo acompañados por los dos lacayos colocados a ambos lados.

- ¡Eso es una injusticia! -Se escuchó la voz de una niña a lo lejos y los dos dirigieron sus ojos al lugar del que presumían debía proceder la voz antes de escucharse un estruendo como si algo de metal hubiere caído chocando con el

pulido suelo de mármol.

-Luisa, como no recojas eso, dejaré que sea tu padre el que venga a reprenderte. - la voz de una mujer con un marcado acento caribeño se escuchaba con claridad procedente del mismo lugar.

-Pero no es justo. Yo no quiero ir a esas clases para niñas cursis. Silvie no ha ido.

-Silvie sí ha ido a esas clases para niñas cursis. -Esta vez parecía la voz de un muchacho más joven pues aún tenía ese tono aflautado de quién aún no es más que un niño-. Fue a ese colegio de ladies en Somerset.

-Si solo estuvo allí dos semanas. -Se reía la niña-. No le dio tiempo a ir a clases tontas.

-Luisa, aprender modales no es tonto.

-Sí lo es. ¿Para qué sirve aprender a bordar o hacer cojines? Eso no sirve para nada salvo que seas modista y yo voy a ser doctor.

La voz terca y convencida de la niña les hizo a ambos mirarse y sonreír.

-No sé quién será esa decidida joven, pero dudo no logre ser galeno si es lo que desea, en cambio, no veo en su horizonte cojín o bordado alguno. -Sonrió Marcus negando con la cabeza.

-Milores, lord Jillers les recibirá...

No llegó a terminar la frase porque se escuchó otro pequeño estruendo y después una voz femenina distinta.

-Luisa, huye.

Se escucharon pasos y carreras y varias puertas abrirse y cerrarse antes de que el mayordomo carraspeando les volviere a mirar.

-Lord Jillers les recibirá. Si sus señorías gustan seguirme.

Lucas y Marcus le siguieron no pudiendo evitar intentar mirar al pasar por los distintos salones y ver a algunos de los personajes cuyas voces habían escuchado. Precisamente una de esas voces se volvió a escuchar a lo lejos en el piso superior bastante alejada:

-Luisa quítate ese sombrero ahora mismo o te bajaré los pantaloncitos y te pondré el trasero de un intenso escarlata.

-Para eso tendrás primero que atraparme y eso no lo lograrás jamás. Te estás haciendo vieja y torpe...

-Se acabó. Te voy a zurrar, enana deslenguada. Careces de modales.

- ¿Deslenguada yo? Pero si eras tú la que esta mañana llamaba a la señora del parque cacatúa desplumada. Eso no fue muy educado por tu parte. ¡Ayyy!

- ¿Con que no te atraparía? ¿Te has puesto calzones? ¿De dónde los has...? ¡William! ¿Por qué le has dejado tus calzones a Luisa?

-No se los he dejado, ella los toma por su mano... ¿No sé por qué te extrañas? Precisamente tú...

De nuevo un carraspeo hizo a Marcus y Lucas mirar al mayordomo que sostenía una puerta abierta para cederles el paso. Ambos atravesaron la puerta que les conducía a un espacioso y luminoso salón casi sin muebles alrededor del que había colocados paneles con muchos papeles, dibujos, mapas e incluso esbozos de caras clavados en los paneles. Frente a uno de ellos con los brazos cruzados a la espalda y la mirada fija en uno de esos paneles se encontraba un caballero de unos cincuenta años, excelente forma física, elegantemente vestido, pero con un estilo mas serio o austero en apariencia que el de los nobles y con el cabello cortado por encima de la nuca peinado de modo pulcro.

-Milord, lord Varité y lord Galvert.

Se giró poco a poco y los observó de modo somero antes de caminar hacia ellos empezando a esbozar una sonrisa.

-Por favor, pasen y acomódense. Me temo que me hallo inmerso en un acertijo que me tiene ligeramente distraído.

- ¿Una investigación? -Preguntaba Lucas dándole la mano pues él se la ofreció gesto que Marcus imitó comprendiendo que esa era una costumbre americana que no parecía dispuesto a abandonar a pesar de su condición de vizconde.

-Podría decirse así. Se trata más bien de una pequeña obsesión. Un personaje que quiero atrapar. Un estafador hábil y camaleónico que sabe adoptar formas

y personajes con una facilidad y credibilidad admirables. -Les señaló unos elegante sillones de cuero frente a una chimenea clara invitación para que se acomodaren en ellos al tiempo que decía-: John, por favor, una de esas bandejas que tanto gustan a los ingleses.

Marcus y Lucas sonrieron sobre todo por la cara de resignada contención del mayordomo que parecía ya acostumbrado a los chascarrillos de su señor. Mientras salía apareció a la carrera un muchacho de unos doce años que fue directo a lord Jillers.

-Padre, ¿Puedo acompañar a Silvie a ver a librero?

-Depende. El estruendo de antes ¿eres el responsable?

El niño negó con la cabeza:

-Luisa no quiere ir a clases de decoro. Nació salvaje y morirá salvaje, padre, no sé por qué os empeñáis en lo contrario. -Sonrió travieso.

Lord Jillers se carcajeó:

-Podría decir lo mismo de ti y no pierdo la esperanza de que acabes convertido en un caballero.

Chasqueó la lengua y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón miró a su padre desafiante:

-Bueno, si no pierde la esperanza...

Lord Jillers sonrió negando con la cabeza y tomándolo de los hombros lo giró poniéndolo cara a cara con los dos caballeros:

-Pues mantén viva la llama de mi esperanza y saluda como corresponde a nuestras visitas. Milores, mi hijo William. William, el marqués de Galvert y el barón de Varité.

El muchacho hizo una desgarrada reverencia y después alzó los ojos a su padre.

-Sí, puedes acompañar a Silvie al librero, pero nada de traerte libros sobre barcos. Hasta que el señor Cassidi no diga que has mejorado tu nivel de francés, te queda prohibido leer libros sobre navegación.

-Pero... pero... padre...

-Nada de “pero padre”. Has de mejorar tu francés.

-Puff, está bien, pero si a lo largo de la semana mejoro, el próximo sábado me podré comprar un libro nuevo.

-Si mejoras, te dejaré comprar el libro que deseas.

-Bien. -Giró y comenzó a caminar hacia la puerta, pero el carraspeo de su padre le hizo girar de nuevo y cuando le hizo un gesto señalando a los dos caballeros se apresuró a hacer una cortesía antes de marchar.

-Y ese, caballeros, es el futuro señor de este hogar, más, me temo, prefiere los mares. -Señalaba lord Jillers tomando asiento frente a ambos mientras una doncella servía el té para ellos. Esperó a quedar de nuevo solos los tres para preguntar-: Bien, ¿en qué puedo ayudarles?

Lucas sonrió:

-Tan directo como siempre.

-El tiempo es oro, milord. -Sonrió burlón.

-Precisamente tiempo es algo que quiero ahorrarme. -Intervino Marcus apartando la taza de té dejándola en la mesa junto a él-. Necesito encontrar a mi esposa. -Se enderezó ligeramente en el sillón para poder mirar a los ojos a lord Jillers-. Su majestad me ha concedido por fin la anulación de un matrimonio que, baste decir, no fue precisamente dichoso ni siquiera sano. La única condición para que esa anulación tenga efectos es que encuentre a mi esposa y le notifique que ya no lo es.

-Entiendo. -Asintió acomodándose mejor en el sillón-. Es fácil comprender que si deseáis mi ayuda es porque el paradero de vuestra esposa no solo os es desconocido, sino que intuíis no será fácil encontrarlo.

Marcus suspiró.

-Dejé de intentar averiguar su paradero hace ya dos años. Hasta ese momento, varios detectives que contraté la fueron siguiendo por todo el continente. Lejos de lo que pueda pensar no la seguía para que regresase ni nada similar, sino simplemente porque se hubo llevado las joyas de mi familia y, conforme las

fue vendiendo para seguir viviendo sin preocupaciones, mis detectives las iban recuperando.

De nuevo lord Jillers asintió comprendiendo la situación sin más explicaciones.

-Bien, no habéis de preocuparos, milord, la encontraremos. -Se levantó acercándose a un secreter del que tomó papel, un tintero y una pluma antes de regresar-. Necesitaría algunos datos si no os importa que os pregunte algunos detalles que quizás resulten indiscretos.

-Preguntad cuanto necesitéis.

-Bien, veamos. Vuestra esposa... perdón, ya no debiera llamarla de tal modo, el nombre completo de la dama es...

-Lady Ariana, baronesa de Varité, aunque obviamente ya no lo sea, es posible use el título. Es hija del conde Grullier, se estableció en las islas tras las guerras napoleónicas y ya antes de la boda estaba arruinado de modo que presumo sus finanzas actualmente deben ser deplorables pues no era un caballero con gusto por afrontar sus problemas y menos por ponerles remedio con su propio esfuerzo.

- ¿Y conocéis el paradero del conde?

-Marchó de regreso a Francia hace ya un año.

- ¿Sabéis si padre e hija mantuvieron o mantienen contacto?

-Lo desconozco, más, no lo creo. No tenían buena relación y ambos suelen mirar más a sus propios intereses que al de otras personas, sean éstas o no de su familia y sangre.

-Comprendo... ¿Y la dama...? Siento ser tan abrupto pero cuantos más detalles tenga más fácil será hallarla ¿Se fue sola?

-No estoy seguro si se marchó de Inglaterra ya acompañada, más sí puedo decir que por el continente viajó acompañada de un hombre. Por lo que sé, es hombre sin oficio ni fortuna que le permita la vida ociosa y disoluta que parece llevar.

-De modo que, hasta lo que vos sabéis, ambos han estado viviendo de las

joyas que os robaron.

-Al menos hasta que estas se acabaron ya que hace meses recuperé la última que Ariana se llevó.

-Bien, pues, si, como parezco deducir, ninguno de los dos es dado al esfuerzo, hemos de entender que o han encontrado otra fuente para atender sus necesidades o que se encuentran endeudados lo que, siendo sinceros, sería beneficioso para nosotros pues siempre es más fácil seguir un rastro de deudas que a personas con dinero para moverse con libertad...

La puerta se abrió entrando a la carrera una niña de pelo rizado oscuro y un vestido rosa que fue directa hasta lord Jillers que la observó con evidente resignación hasta que lo alcanzó.

-Luisa, ese no es modo de entrar en una estancia y menos cuando la puerta de ésta se halla cerrada.

-Bueno... pido disculpas. -Señaló sin mucho remordimiento evidente inclinándose para dar un beso a su padre que no se movió del sitio-. Silvie y Will marchan a visitar al librero, ¿por qué tengo que ir yo a esa reunión y lucir como un pastel rosa?

Marcus y Lucas no pudieron evitar reírse por la evidente contrariedad de la pequeña y el modo de expresarla.

Luisa giró y los miró frunciendo el ceño.

-Cielo, al menos ten la deferencia de saludar como corresponde a nuestras visitas. Caballeros, mi enfadada hija Luisa. Luisa, el marqués de Galvert y el barón de Varite.

-Ah, hola.

Lord Jillers rodó los ojos:

-Ahí tienes tu respuesta. Has de ir a esas reuniones de té y protocolo para saber cómo saludar a los caballeros.

La pequeña lanzó una mirada furibunda a su padre mientras cruzaba los brazos al pecho.

-No es justo. Y odio el rosa.

Su padre se rio:

-Bien, bueno, si no quieres vestir de rosa puedes escoger otro vestido.

-Pero es que todos los que compra la señora Blossom son rosa. Solo le gusta el rosa, todo es rosa... -Protestaba gesticulando cada detalle de su indumentaria.

-Emm, bueno, está bien, cielo. Tú ve a esa reunión y procura aprender mucho y yo prometo que hablaré con la señora Blossom para que incluya en tu vestuario otros colores.

-Dile que me deje escoger a mí las telas y vestidos.

Lord Jillers se rio:

-Tienes nueve años, necesitas un poco de guía. -La vio que iba a protestar y se apresuró a decir-. Le diré que podrás expresar tu opinión y que ha de ser escuchada y que, desde ahora, Silvie podrá acompañarte y comprar según lo que os guste a ambas. ¿De acuerdo?

Suspiró negando con la cabeza:

- ¿Y no puedo acompañarlos al librero? Por favor... -Lo miró suplicante.

-Hoy no. Además, así te servirá de castigo por el estruendo que he escuchado antes.

La pequeña abrió la boca, pero enseguida la cerró y resopló mientras su padre la giraba y le daba un empujoncito hacia la puerta.

-Ahora, haz una elegante cortesía para estos caballeros y la señora Blossom te llevará a esa reunión.

Hizo una rápida reverencia con cara de pocos amigos antes de marcharse tan airada como hubo llegado.

Lucas sonrió negando con la cabeza:

-No puede negarse que tenéis una damita con escaso gusto por las reuniones de té.

-Por escaso gusto por todo lo que sea propio de una niña de nueve años. Me temo que soy responsable de ello. En realidad, admito mi culpa por convertir

a mis tres hijos en unos indómitos inconformistas y rebeldes, lo cual, ahora, se vuelve contra mí. -Suspiró negando con la cabeza-. En fin, pido disculpas por la abrupta interrupción, ¿por dónde íbamos? -Bajó los ojos a sus notas y asintió-: Ah sí... La última noticia que recibisteis de milady...

-La última noticia cierta fue que estaba viajando en dirección a las Estepas, pero de eso hace ya más de un año. Conocidos que regresaban de algún viaje me han insinuado algunos rumores de haber visto a Ariana en Italia, en Alemania... En algunos lugares, más, como solo eran rumores y nada realmente creíble, me temo no puedo daros grandes pistas.

Durante unos minutos le fue narrando con detalle tanto las primeras noticias obtenidas por sus detectives como los rumores posteriores que de vez en cuando le hubieron llegado tras cesar su búsqueda.

-Bien, no os preocupéis, tanto si sigue viajando como si se ha instalado en algún lugar, daremos con ella. De momento, si me dais permiso, me pondré en contacto con algunos de mis conocidos en el continente para que me faciliten datos de personajes que se asemejen a las características de milady o de ese tal Richard Lindle. La primera pista será la más importante pues a partir de ahí podremos seguir las miguitas de pan que hayan ido dejando.

Marcus suspiró con cierto alivio.

-Entonces, milord, ¿puedo contar con vos para encontrarla?

-Por supuesto, más tenéis que estar preparado para viajar, milord. Si no solo habéis de encontrarla sino notificarle su nuevo estado de mujer libre, he de deciros que quizás tengamos que viajar hasta donde se halle y buscarla en persona para que no vuelva a desaparecer.

-Lo entiendo y no he de negar que ya había considerado esa posibilidad.

-En tal caso, -Se iba poniendo en pie lo que imitaron los dos al tiempo-, me pondré manos a la obra y a la primera noticia que tenga os haré llamar.

-Milord. -La voz del mayordomo les hizo girar los rostros hacia él que enseguida continuó-. La señorita Silvie le envía este paquete.

Lord Jillers se acercó con paso vivo tomando un pequeño paquete envuelto en papel de estraza que rasgó de inmediato dejando ver un libro bastante ajado

con una nota prendida en él. Tras leerla el vizconde sonrió y se acercó a uno de los paneles abriendo el libro y tras ojear una página exclamó:

- ¡Eureka! Señor Grover mande aviso al sargento para que venga de inmediato. Hemos hallado a nuestro escurridizo estafador. -Sonrió girando hacia los dos caballeros que le observaban curiosos-. Lamento mi exabrupto, caballeros, pero por fin he dado con la identidad de este escurridizo individuo y, sobre todo, con el método que usa para crear sus falsas identidades.

Lucas sonrió acercándose al vizconde.

-Presumo, en tal caso, os quedaréis sin misterio para entreteneros, milord.

-Por suerte el barón me ha proporcionado algo con que evitar mantenerme ocioso. -Sonrió dejando el libro con cuidado en una mesa abarrotada de libros y legajos-. Puedo declararos, por ello, milord, sumamente oportuno.

Marcus se rio negando con la cabeza incapaz de no encontrar realmente peculiar y divertido al caballero.

-Pues, supongo entonces, habré de declarar que me alegra que mi problema sirva de interés a alguien, milord.

El vizconde se rio:

-La fortuna os ha puesto en mi camino, milord...

No llegó a terminar la frase porque de nuevo apareció a la carrera el joven William con las ropas y el cabello desordenado y jadeando de la evidente carrera que había dado.

-Padre, Silvie está en el librero y dice que acudáis con presteza. Dice que el hombre que buscáis está en una de las tiendas cercanas y que ella se queda vigilándolo, pero que habéis de apuraros para que no se escape.

Lord Jillers empezó a caminar presto hacia la puerta con su hijo a su lado y el mayordomo, que era obvio estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones, parecía adelantarse para tomar las cosas de su señor.

- ¿Has venido corriendo?

-Sí, Silvie me ha dicho que llegaría antes que el cochero. -Sonrió sin detener su rápido caminar mientras seguía a su padre, al igual que Marcus y Lucas que

no dudaron en seguirles-. He sido más rápido.

Lord Jillers se rio;

-Has ido atravesando los jardines de las casas contiguas, ¿no es cierto?

El muchacho se rio:

-Lord Malcom me ha gritado desde su terraza que no te olvides de la cena de esta noche.

Lord Jillers se carcajeó por la mención de su vecino, un ajado conde que había congeniado a las mil maravillas con él y con sus hijos y el impetuoso carácter de todos ellos.

-Bien, pues mientras yo voy en busca de tu hermana, tú ve a decirle que no faltaré.

-No, no, yo también quiero atrapar a ese hombre.

Lord Jillers rodó los ojos:

-Te quedarás con tu hermana. El sargento y sus hombres se ocuparán de atraparlo. Señor Grover, que el sargento vaya directamente a la dirección del librero. Él sabrá a cuál nos referimos.

-Sí, milord. El cochero acaba de llegar y os espera.

-Estupendo. -Giró tomando sus cosas que se iba poniendo mientras hablaba mirando a Marcus y Lucas-. Siento marcharme de modo tan precipitado. Milores.

Salió de la casa con el niño pisándole los talones y tras un intercambio silencioso de miradas, Lucas y Marcus tomaron a toda prisa sus cosas y les siguieron sobre sus caballos. No fueron muy lejos pues apenas unas manzanas más allá vieron a lord Jillers saltar del carruaje con su hijo haciendo una señal al cochero para que se marchare y continuaron a pie. Ellos le imitaron. Dejaron los caballos en manos de un mozo al que dieron unas monedas y apretaron el paso para no perder a su objetivo.

-Parecemos dos críos siguiendo al más travieso de la escuela. -Se reía Lucas.

-Es posible que ese americano y su peculiar familia sean los más traviesos de

Londres. -Aseveraba riéndose como él.

-Allí. -Señaló Lucas la puerta de cristal de una librería justo al comienzo de una de las calles en la que entraron el vizconde y su hijo y que hacía esquina en la misma.

-Mejor nos quedamos fuera observando, evitemos estorbar. -Sugirió Marcus quedándose en la esquina contraria.

Los dos miraron a través de los cristales del escaparate que daba a la esquina donde estaban y vieron al vizconde hablando con una joven que estaba de espaldas a ellos que presumieron su hija. Menuda, pues era algo más de una cabeza más baja que él, de cabello oscuro y rizado, lo cual parecía una nota común con su hermanita. Junto a ella se encontraba un hombre canoso que le mostraba unos papeles mientras la joven hablaba antes de señalar con la mano la pared del otro lado. Ambos entendieron que lo que decía es que el hombre que buscaban estaba en la tienda contigua pues vieron al vizconde asintiendo al tiempo que les decía algo antes de salir por la puerta por la que hubo entrado dejando dentro a la joven, el hombre y el niño.

Ambos se colocaron en la esquina para ver mejor lo que pasaba en la otra calle viendo descender de un carro con barrotes a varios policías uniformados y un hombre algo orondo con un traje marrón que poco o nada intentaba disimular su condición de policía curtido. En cuanto descendió fue directo a encontrarse en la estrecha acera con lord Jillers con quién intercambió unas palabras mientras los policías se colocaban en distintos puntos de la calle. Lucas se adelantó unos pasos colocándose por delante de Marcus en la calle en la que estaba la policía mientras él permanecía en la esquina observando, al igual que su amigo, lo que pasaba. Vieron a lord Jillers y el hombre del traje marrón caminar decididos calle abajo entrando en la tienda contigua a la librería. Apenas unos minutos después Marcus escuchó el ruido de unos cristales romperse dentro de la librería por lo que miró al interior descubriendo al librero forcejeando con un hombre alto antes de que la joven le golpeará con fuerza con algo pesado cayendo a plomo sobre el suelo al tiempo que el librero se libraba de su agarre. Escuchó una campanita a su derecha y al girar el rostro vio otro hombre salir a la carrera por la puerta lateral de la librería. Sin pensárselo demasiado echó a correr tras él chocando con un cuerpo que salió de la misma puerta justo cuando pasó ante ella

cayendo los dos sobre la acera.

-Pero quítese de encima, hombre. Se va a escapar.

La voz femenina le hizo bajar el rostro hacia el cuerpo que se hallaba bajo el suyo en ese momento y que parecía intentar apartarlo empujándolo a un lado sin mucho éxito. Se encontró con un rostro realmente bonito, aún con ciertos rasgos de juventud reciente. Una joven de apenas veinte años y rasgos suaves que con sus enormes ojos oscuros le miraba enfadada y reprobatoria. Mientras se impulsaba para liberarla no solo de su peso sino también de su involuntario encierro, inhaló el suave aroma con trazas de naranja y algo floral que no identificaba. Iba a disculparse y ayudarla a levantarse, pero no tuvo ni tiempo ni ocasión pues la joven le empujó en los últimos instantes cuando contó con el suficiente espacio para moverse y ponerse ella sola en pie, apartándolo del todo antes de impulsarse y salir a la carrera tras el hombre huido al tiempo que decía:

-Willi corre, ve a por padre.

De rodillas en el suelo pues el empujón de la joven le desequilibró y evitó que se pusiese en pie, vio al joven hijo de lord Jillers rodearle pasando a su lado como alma que lleva el diablo en la dirección contraria a la joven. La risa de Lucas mientras finalmente se ponía en pie le hizo mirarlo.

-No has podido ser ni más torpe ni más inoportuno. -Dijo con chanza.

Les pasaron de largo varios policías con lord Jillers en la dirección de la joven y unos segundos después el orondo hombre del traje marrón se detenía al lado de ambos jadeante con el joven William con cara de resignación. Al posar los ojos en ambos William frunció el ceño extrañado:

- ¿Qué hacen aquí?

Lucas se rio:

-Al parecer estorbar.

Marcus suspiró mientras se limpiaba los restos de grava y arena de sus pantalones y los brazos de su levita.

- ¿Joven? -Preguntó claramente inquisitivo mirándolos a ambos y al joven interrogante.

-Son amigos de mi padre, sargento. Estaban en casa esta mañana.

Lucas se rio negando con la cabeza.

-Lo siento, sargento. Me temo que mi amigo y yo sentimos curiosidad y hemos seguido a lord Jillers.

El sargento alzó las cejas dedicándoles una mirada con la que claramente les estaba estudiando a ambos.

-Soy Lord Lucas Laydon, marqués de Galvert y mi buen amigo es lord Marcus Falcon, barón de Varité.

El sargento carraspeó antes de hacer una suave cortesía con la cabeza.

-Milores. -Enseguida giró el rostro hacia la derecha pues un agente se acercaba a la carrera deteniéndose al alcanzarlos.

-Sargento, lo hemos acorralado en una tienda tres calles más allá, pero se niega a salir y retiene al tendero y a una jovencita que trabaja allí.

El sargento gruñó empezando a caminar en la dirección indicada mientras decía:

-Vamos a tener que sacarlo, aunque sea a la fuerza. -Giró el rostro hacia ellos al tiempo que decía-: Milores.

Apretó el paso con el pequeño William siguiéndole ansioso claramente no dispuesto a dejarlo marchar sin él. Lucas miró a Marcus sonriendo burlón y dijo:

- ¿Crees que podrás no estorbar esta vez?

Marcus suspiró cansino echando a andar con paso vivo tras escuchando la risa de Lucas a su lado. Apenas tardaron en llegar a una calle donde los policías se habían apostado frente a una tienda y otros se habían colocado al otro lado por la que debía ser la puerta posterior de la misma. Algunos curiosos se agolpaban a unos metros y ellos se acercaron hasta colocarse unos pasos por detrás del sargento y del pequeño a los que pronto se unió lord Jillers y la joven que salieron de una de las tiendas laterales.

-Sargento, desde esa tienda hay una puerta de comunicación. Si logramos que ese tipejo se acerque al escaparate, podríamos sorprenderlo saliendo por esa

puerta pues quedaría a su espalda.

El sargento asintió haciendo un gesto a un par de policías para que entrasen en la tienda indicada.

- ¿Alguna sugerencia de cómo atraerlo hacia el escaparate? -Preguntó serio.

-Ofrézcale parlamento. -Dijo serio William.

Lord Jillers miró a su hijo alzando las cejas.

-Los piratas ofrecen eso para hablar con sus enemigos. -Insistió terco.

Lord Jillers sonrió, pero fue la joven a su lado la que señaló:

-No es una errada sugerencia. -Miró al sargento con seguridad lo que hizo que Marcus elevare ligeramente las comisuras de los labios pues le sorprendía la decidida aptitud y mirada de la joven-. Ofrecedle “una vía pacífica” y escuchar qué es lo que desea para salir de este entuerto y quizás atender sus peticiones si deja libre a... bueno, la jovencita que retiene. Eso le obligaría a acercarse a la puerta principal.

-Pero no puedo hacer eso, señorita. No puedo atender petición alguna de un delincuente.

-Vos lo sabéis, sargento, nosotros lo sabemos, pero él no lo sabe y, dada su penosa situación, no dudo se agarre al primer indicio de luz que le surja en este momento sin dar un segundo pensamiento al origen de esa luz.

El sargento frunció el ceño y desvió los ojos a los cristales de la tienda antes de enderezar la espalda con gesto serio y dar varios pasos hacia ella. Miró a un policía que se hubo colocado a su derecha y dijo bajando la voz:

-Bill, ponte en la puerta de aquella tienda y cuando te haga una señal, di a nuestros agentes que entren en la contigua y se abalancen sobre ese tipo.

Asintiendo el policía se dirigió donde le habían ordenado con premura.

-Soy el sargento Paster. -Señalaba alzando la voz-. En nombre de su majestad os insto a rendiros. -Durante unos segundos no hubo respuesta-. Por el bien de todos los interesados, os propongo intentar una solución pacífica. Si dejáis marchar a la joven que retenéis y que no es sino una inocente, negociaré y escucharé qué es lo que tengáis que decir.

De nuevo se escuchó el silencio durante unos segundos antes de que se abriese ligeramente la puerta de la tienda y enseguida apareciese la figura de una joven claramente asustada que miraba hacia atrás con desconfianza.

-Ahora. -Susurró el sargento haciendo una señal al otro policía.

A pesar del jaleo que se escuchaba en el interior de la tienda y de la tensión a su alrededor, Marcus no podía apartar los ojos de la joven que con mirada terca y decidida observaba, como los demás, la tienda desde la distancia. Era menuda, como había pensado inicialmente al verla, con una bonita y sinuosa figura. Lucía un vestido de color azul elegante, pero discreto, carente de detalles en exceso banales. Parecía confeccionado para resultar adecuado, elegante y correcto, pero también discreto y carente de interés por llamar la atención. Su cabello, tan alejado al espigado de la mayoría de las damas inglesas, era rizado y oscuro, estaba recogido de un modo sencillo dejando gran parte de su melena caer por su espalda. Al fijarse en su espalda fue cuando percibió un ligero bulto bajo la chaquetilla azul de terciopelo. Juraría que ese bulto era una pistola, una pequeña. Frunció el ceño pues seguramente se equivocaba. Por muy alocados que fueren los americanos no dejarían a sus hijas salir armadas por la ciudad.

Sonrió con el pequeño William. Observaba cómo dos policías sujetaban por los brazos a ese hombre tras sacarlo por fin de la tienda, y aun así intentó escapar saliendo a la carrera tras empujar a sus captores, pero otros dos les apresaron y dieron un par de puñetazos al ver que se resistía. El pequeño, con los puños, imitaba los golpes de los policías como si estuviere en una pelea arengándolos con entusiasmo.

Lord Jillers se acercó a ellos sonriendo.

-La curiosidad es un mal defecto, caballeros.

Lucas y Marcus sonrieron.

-Esperemos que no el peor de todos. -Contestaba Marcus sonriendo.

-En fin, yo marchó con el sargento. -Giró y se acercó a sus hijos que no había dejado de observar lo que acontecía ante sus ojos-. Silvie, Will, marchaos a casa.

Tras dar un beso a su padre con la confianza que pocos demostraban en

público, ambos se marcharon calle abajo con el pequeño recordando de nuevo lo ocurrido al detalle como si fuese algo acontecido ante ojos extraños mientras su hermana le dejaba explayarse entusiasmado con resignación.

Regresaron a Varité house encontrándose allí a Gabriel y Thomas con sus respectivas esposas acomodados en un salón con una bandeja de té que su siempre competente mayordomo les debía haber llevado. Tras las cortesías y saludos de rigor, sonrió a ambas damas.

-Según tengo entendido, mis queridas damas, he de felicitaros.

-Y también has de felicitarte a ti mismo porque Holly y yo hemos decidido que tú seas el padrino de los dos como lo eres de Marcus. Ya que van a crecer de la mano tú deberás procurar ser el protector de todos ellos. -Señaló Brianna tras aceptar la taza de té que le entregaba Gabriel antes de tomar asiento junto a ella.

Marcus alzó las cejas aceptando por su parte la copa de licor que le ofrecía Thomas antes de tomar asiento junto a Holly a la que ya había entregado una taza de té.

- ¿Por qué presumo tras ese alto honor de ser padrino de tanto vástago se esconde una trampa?

Holly se rio entre dientes:

-No debieras ser tan mal pensado. Solo queremos que nuestros hijos acudan siempre al mismo caballero para pedir consejo cuando enreden juntos. Después de todo, según nuestros esposos, tú eras el que siempre los llevabas de enredo en enredo.

Marcus se carcajeó:

-Lo que he de escuchar de labios de inocentes esposas. No se engañen, bellas damas, sus esposos eran más pendencieros, peligrosos y temerarios que yo y de haber alguno que enredaba a los demás, puedo asegurar, con la mano en el corazón, que ese no era yo, pues, al contrario de la fama que me ha precedido, al parecer, yo era el más calmo de todos los presentes.

Esta vez fueron Thomas, Gabriel y Lucas los que se rieron divertidos.

-En tal caso, todos éramos de una mansedumbre destacada. -Añadía Lucas

burlón.

Marcus rodó los ojos antes de volver a mirar a las damas.

-Bien, mis damas, mientras almorzamos, puesto que espero aceptéis quedaros a almorzar en esta augusta morada, quizás me informéis del motivo de esta visita, además de informarme de mi condición de caballero sometido al yugo de todos vuestros primogénitos.

Brianna sonrió divertida:

-No puede negarse que eres un caballero inteligente. Holly y yo hemos decidido, ya que Lucas ha de regresar a casa pues Camile no ha de quedarse sola mucho tiempo con tres niños pequeños y una enorme propiedad a su cuidado, estando aun recuperándose del alumbramiento, que Gabriel y Thomas te acompañarán en la búsqueda de esa arpía a la que en mala hora elegiste por esposa,

Marcus sonrió negando con la cabeza pues Brianna era la más incisiva y directa de las esposas de sus amigos, especialmente porque a todos ellos los conocía desde que era una mocosa ya que su hermano mayor había sido compañero de todos ellos en la escuela.

- ¿Y dejaros solas en vuestro estado? No puedo permitir tal cosa.

-Seguro en cuanto ese caballero del que habla Gabriel y que asevera muy hábil encontrando lo que se propone, la halle, no tardaréis más que unos días en llegar hasta ella y otros tantos en regresar. Además, Holly y yo, sin nuestros esposos aquí, preferimos marchar al campo para permanecer más tranquilas y aceptaremos la invitación de Camile de quedarnos en Vallerysh Manor una temporada.

Tras el almuerzo y dejar a las damas en sus casas, los cuatro caballeros se marcharon al club de esgrima a entrenar como habían hecho infinidad de veces cuando se hallaban todos en la ciudad. De pie, junto al lugar en el que Lucas y Thomas se batían Gabriel se ajustaba su peto de protección mientras él observaba la lucha.

-Dime la verdad, Marcus, ¿crees que ese hombre logrará encontrar a Ariana?

Marcus giró el rostro y le miró:

-Eso espero. Me niego a seguir en la situación en la que me hallo desde que ella entró en mi vida. Quiero una esposa, un hogar, hijos que puedan llevar mi apellido y mi título. Quizás no me resulte fácil encontrar esa esposa, más, te aseguro que, mientras no arregle este embrollo, no puedo siquiera intentarlo porque ¿de qué me valdría hallarla si no puedo ofrecerle ni la posición ni el lugar que se merecería?

-Sí, hasta no solucionar este embrollo te hayas de manos atadas. Más, ¿estás seguro de poder hallarla? Ariana no aceptará dejar de ser baronesa de Varité si con ello renuncia a la único que tiene para presionarte llegado el momento de necesitarte y todos sabemos que, tarde o temprano, se encontrará en una situación tan peliaguda que se valdrá de lo único que sabe puede librarla del embrollo. Presionarte con un escándalo que afecte a tu título.

-Mi título y mi nombre se han visto envueltos en varios escándalos por su culpa ya. Quizás no tan graves como para resultar imposibles de arreglar, pero sí lo bastante vergonzosos como para resultar algo más que molestos. Cuanto antes le notifique su estatus de mujer libre antes podré desprenderme de ella y alejarme definitivamente de sus enredos. Además, solo he de notificárselo, nada me obliga a obtener su asentimiento o consentimiento. Su majestad solo ha exigido hacérselo saber.

-Bien, pues, en tal caso, no cejemos. En cuanto lord Jillers encuentre la pista adecuada para dar con ella, marcharemos en su busca. -Alzó las cejas sorprendido al ver quién aparecía caminando con pasos risueños hacia ellos-. Creía que Lucas había dejado a sus hijos en el campo.

Marcus desvió la vista en la dirección en que Gabriel miraba y sonrió al ver a Sam caminando hacia ellos sin dejar de mirar en derredor curioso y con vivo interés. Tras él, con paso más calmo, apareció el conde de Bromerton, padre de Camile.

-Creo que el abuelo de ese enano ha decidido traerlo para que le acompañe en el día de hoy. Si no recuerdo mal, hoy se debatía en la Cámara un asunto de interés para milord.

Gabriel sonrió:

-Pues espero no nos reprenda por no haber cumplido con nuestros deberes y

no acudir a tal debate.

-Hola. -Sam los miró alzando el rostro hacia ellos al colocarse frente a los dos.

-Pero caballere, ¿no deberías estar en el campo cuidando de tu madre y hermanos?

-Tío Arthur se ha quedado con ellos. El abuelo quería enseñarme lo que hace un conde de verdad y le he visto discutir con muchos caballeros en una sala enorme.

La carcajada tras él les hizo mirar al conde que en ese momento se colocó a su lado.

-No discutía, Sam, debatía con entusiasmo con otros caballeros.

Gabriel y Marcus sonrieron haciendo un saludo.

-Milord.

- ¿Papá está luchando con tío Thomas? -Preguntaba Sam girando ya interesado en la contienda-. ¿Quién gana?

-Tu padre por dos toques. -Respondía Gabriel sonriendo.

-Ahh... ¿Cuál es el premio?

-El honor y la gloria. -Respondía Marcus entre risas.

Sam frunció el ceño y asintió:

-Bueno, supongo que eso es mejor que nada.

Marcus se carcajeó acuclillándose a su lado al tiempo que dejaba a un lado el florete, la careta y su peto.

-A ver, caballere, ¿qué te parece si nos vamos a buscar al utilero y le pedimos que busque un florete, un peto y una careta infantil y te doy tu primera lección de esgrima?

-Uy, sí, ¿Puedo? -Miró ansioso al conde Bromerton que sonrió.

-Puedes. Yo informaré a tu padre de que te hayas preparándote para la contienda.

-Vale. -Tomó la mano de Marcus, que se había enderezado, con evidente ansiedad e intención de que no se escapase mientras éste se reía por el gesto.

Regresaron a Varité house cuando empezaba a anochecer con Lucas llevando en brazos a Sam que por fin había sucumbido al sueño tras tantas emociones, mientras que el conde marchó al hogar de otra de sus hijas para poder pernoctar con ella y su familia.

-Has de reconocer que este enano es peor y más temerario que cualquiera de nosotros. -Sonrió Marcus acompañándolo al dormitorio que habían preparado para el pequeño.

Lucas sonrió caminando con su hijo en sus brazos ajeno a nada que no fuere el sueño.

-En realidad, no creo que sea más pendenciero de lo que lo fuimos nosotros solo que con la edad las cosas se ven y aprecian de distinto modo. -Entraron en el dormitorio dejando al pequeño en la cama tras desvestirlo-. Bien, dime, ¿has aceptado la sugerencia de Gabriel y Thomas de acompañarte? - Preguntaba mientras los dos caminaban en dirección a uno de los salones donde tomar una copa tranquilos.

-Sí. Temo perder los estribos cuando me tope con Ariana tras tantos años. Además, Gabriel se mueve muy bien por el continente y Thomas no carece de amistades repartidas por varios países y quizás nos sean útiles. Presumo esas son dos de las razones por las que se han ofrecido.

Lucas sonrió asintiendo y aceptando la copa que le ofrecía.

- ¿Qué piensas de lord Jillers?

Marcus sonrió:

-Incisivo, inteligente, discreto, ajeno a todo interés por ascender socialmente lo que me hace pensar que, si aceptó el título, fue más por no desairar al monarca que por interés real por ser aristócrata.

Lucas se rio:

-Sí, dudo que sea algo que le interese en exceso, más no debe ignorar que el título le abre muchas puertas y facilita la integración social a sus hijos.

Marcus rodó los ojos:

-Según he podido apreciar, todos ellos parecen interesados en otros menesteres.

Lucas se carcajeó recordando lo ocurrido esa mañana.

-Has de reconocer que tus dotes de conquistador parecen no haber hecho mella en cierta joven. Apenas si tropezasteis estaba deseando empujarte y si hubiese podido darte un puntapié por entorpecerla.

Marcus recordó entonces con viva fuerza el color de esos ojos castaños, el aroma frutal y agradable de la joven y esa suavidad de piel que apenas si rozó.

-Mis dotes de conquistador, como tú las tildas, nada tienen que ver con lo ocurrido esta mañana ni han perdido su vigor. Lo que ocurre es que la joven hija de lord Jillers parecía más interesada en atrapar a un delincuente que en actuar como una joven debutante.

Lucas se carcajeó y tras unos segundos miró a Marcus serio.

-Tengo curiosidad por saber qué hará lord Jillers para introducirla en sociedad. Debe tener diecinueve o veinte años lo que significa que ya debiera haberla presentado.

Marcus suspiró pesadamente:

-No olvidemos son americanos. Su forma de pensar y ver la vida a veces resulta del todo extraña.

Al otro lado de la ciudad lord Jillers permanecía sentado en su escritorio con sus dos hijos menores ya acostados y su hija revisando las notas que hubo tomado de su reunión con lord Varité. La observaba estudiarlas con detalle. Sabía que debía empezar a prohibirle o por lo menos no alentar el que siguiese ayudándolo en sus investigaciones, pero no era ignorante no solo de que Silvie tenía un don para interpretar y ver bien las pistas y señales en un acertijo por complicado que fuere como también que a ella le encantaba esa labor. Desde que empezó a ser evidente su aspecto de mujer, cuando le acompañaba lejos de casa a algún lugar, la hacía disfrazarse de muchacho y debía admitir que era francamente creíble pues no carecía de cierto talento teatral, más, en ocasiones, como esa misma mañana, deseaba fervientemente

atarla al poste de su cama para evitarle peligros. Suspiró porque de tener que viajar al continente en busca de la esposa del barón, habría de decirle que ella no podría viajar con ellos. Por primera vez en muchos años, la dejaría al margen, lo que a buen seguro no gustaría nada.

-Pues tal y como yo lo veo, padre, sería fácil encontrarlos si andan escasos de recursos. Buscando los prestamistas a los que suelen acudir los aristócratas y nobles en ciertos países, seguro alguno puede darnos señas de esa mujer.

Lord Jillers asintió sonriendo porque su hija era tan intuitiva como él mismo y, además, tenía la virtud inestimable de ser práctica y sensata al tiempo, herencia de su madre, sin duda alguna.

-Sí, yo también he pensado en ello por eso he mandado hoy mismo una misiva a varios de nuestros amigos de Paris para que, desde allí, se pongan en contacto con sus homólogos en otros países del viejo continente.

- ¿Crees que la pista de que la baronesa... o como se suponga debemos llamarla ahora, se hallaba en los reinos prusianos es cierta?

-En realidad, tanto si lo era como si no, de nada nos serviría ya, ¿no crees? De eso hace muchísimos meses y dudo continúen por allí si carecen de medios.

-Sí, quizás tengas razón, más, me surge la idea de que, si fuese yo y careciere de fondos, me iría a algún lugar o país en el que me sintiese cómoda. Regresaría a Inglaterra o... bueno... -miraba pensativa las notas de su padre... esta mujer, la baronesa, también tiene vínculos con Francia ¿no es cierto?

Lord Jillers la miró pensativo.

-Su padre parece ser marchó a Francia, más, el barón cree que no mantiene relación con su hija, aunque mejor no descartarlo de antemano. De cualquier modo, recuerda que, quizás, lo que esa mujer haga sea del todo impredecible para una persona sensata o cuerda. No siempre lo que a nosotros nos parezca el paso más inteligente o lógico es el que darán otros.

Silvie chasqueó la lengua levantando los ojos del papel.

-Sí, bueno, es cierto. Desde luego, si actuó como el barón lo describe antes de huir, esa mujer no es precisamente un ejemplo de cordura y comportamiento sensato.

-Razón por la que habremos de tener presente todas las posibilidades incluso las que carecen de sentido común.

-Padre, ¿por qué ha aceptado este encargo? -Preguntó dejando de lado las notas mirándolo con fijeza.

Lord Jillers sonrió:

-Ese muchacho merece poder continuar su vida y formar una familia y aunque no lo haya expresado así, no es difícil saberlo con ese deseo.

- ¿Será por eso por lo que su majestad le concediese la nulidad?

-Imagino en la decisión de la corona pesa también el hecho de que, si ese joven quiere tener un heredero legítimo de su carne para su título, deberá encontrar una esposa legítima.

-Sí, supongo que sí. -Suspiró negando con la cabeza-. Si en los próximos días recibimos nuevas, habremos de marchar al continente, de modo que es mejor que vayamos avisando a la tía Charlotte que venga para cuidar de Will y Luisa.

Su padre le sostuvo la mirada.

-Pequeña, quizás sea hora de que dejes de acompañarme a este tipo de cosas. Cada vez es más peligroso.

-Ah, no, no, no... no voy a dejaros hacer solo todas las investigaciones y menos lejos de casa.

Lord Jillers se rio:

-Cielo, sabes que antes de que tú vinieses al mundo e incluso de que tuvieses consciencia de éste, yo me movía por el mundo sin más guía que mis propias habilidades y atributos, ¿no es cierto?

Silvie sonrió divertida:

-Mamá siempre decía que era ella la que te iba guiando para que no te perdieses constantemente.

Lord Jillers se carcajeó:

-Sí, solía hacer eso, es cierto. -Negó con la cabeza mirando divertido a su

hija, tan parecida a su madre en su aspecto exterior como en muchos de su interior-. Está bien, me acompañarás esta vez, pero... -Se enderezó para mirarla con más fijeza a los ojos al añadir-... cuando regresemos empezaré a ser un poco más estricto y a fijar ciertas normas pues ya no eres una jovencita sino una damita que ha de aceptar que no puede simplemente dedicarse solo a enredar con su viejo padre para resolver enigmas.

Silvie abrió la boca para protestar, pero conocía bien esa mirada fija de su padre y no iba a echarse atrás sin más en ese momento. Habría de esperar otro más propicio para ablandarlo.

Tres días después Lord Jillers recibió una misiva urgente proveniente de Paris llamando con premura a su hija.

Silvie entró en el despacho de su padre mordisqueando una pasta de canela con aire tranquilo.

- ¿Me llamabais, padre?

-Hemos recibido noticias. Al parecer esa mujer y su amante se encuentran en Bergerac, a pocas millas de Burdeos. Tenías razón. Ha regresado a territorio que conoce pues su familia era originariamente de aquella zona.

-Excelente. -Sonrió acercándose para tomar y leer la nota que su padre hubo recibido-. Umm... de modo que sí que tienen deudas.

Su padre sonrió:

-Y según Lumiere, para saldarlas pretenden estafar a un pobre incauto de aquellos lares.

Silvie sonrió asintiendo:

-Haré los preparativos para el viaje.

-Espera. Primero informaré al barón pues deseará acompañarnos ya que ello será lo más sencillo para informar a esa mujer en persona de lo acontecido.

-Pero, padre. -Protestó-. Entonces habré de ir disfrazada todo el tiempo. Eso será muy pesado de soportar.

Su padre sonrió:

-No lo sería si no vinieses.

-Ah no, no me dejaré achantar por la presencia de un barón.

Su padre se carcajeó poniéndose en pie.

-Bien, pues empieza a hacer algunos preparativos, más, espera que regrese ya que informaré a lord Varité y decidiremos cuántos iremos al fin.

-Pues espero que no sea como esos nobles que necesitan todo un séquito de criados y sirvientes para viajar. -Refunfuñaba mientras su padre caminaba hacia la puerta riéndose entre dientes.

No tardó en llegar a la mansión del barón pues se hallaba a pocas manzanas de su casa. Nada más entregar la tarjeta al mayordomo éste le guio hasta la puerta de la que presumió era el despacho y tras llamar entraron en la elegante estancia. El barón se encontraba tras un elegante escritorio de caoba y parecía concentrado en los legajos frente a él. Tras levantar la vista y verle se puso en pie haciendo una cortesía que él correspondió.

-Buenos días, milord.

-Lord Jillers, por favor, entre y siéntese. -Decía mientras hacía un gesto a su mayordomo para que se retirase-. Espero su sorpresiva aparición me traiga buenas nuevas.

Sonrió asintiendo.

-Tenemos una excelente pista. Una reciente del paradero de la dama que buscábamos. Mi protegido y yo pensamos partir para cercar la búsqueda ya que no se halla muy lejos. En Francia.

Marcus sonrió.

-Iré con vos.

-Lo suponía. De ahí que viniese de inmediato a informaros pues necesito me digáis cuántos seremos para hacer los preparativos y salir a la mayor brevedad.

-Mis dos amigos, lord Gabriel, marqués de Gallier y lord Thomas, vizconde de Fresalm se han ofrecido a acompañarme lo que no dudo seguirá en pie pues si como decís no hemos de viajar más allá de Francia, no querrán que su

ofrecimiento quede en solo palabras vacías.

-No descartéis que hallamos de viajar más allá, milord. La pista es certera, o eso creo, más, ¿cómo saber que al llegar no se han marchado o que esa pista solo era el inicio de un camino que habremos de iniciar?

-Sí, bueno, en tal caso, esperemos no sea un camino en exceso largo.

Dos golpecitos en la puerta hicieron a Marcus mirar hacia allí al tiempo que decía:

-Adelante.

Apareció el mayordomo que tras una cortesía señaló:

-Milord, alguien busca a lord Jillers. -Se apartó ligeramente para ceder el paso a alguien apareciendo el pequeño William con aire travieso.

-Will, ¿qué haces aquí? -Preguntaba el mentado al tiempo que se ponía en pie.

El pequeño caminó directo hacia su padre con una mirada traviesa.

-Os he visto entrar.

Lord Jillers gruñó:

-Lo cual no explica por qué has entrado y, sobre todo, qué hacías tú por esta zona. Deberías estar con tu preceptor en el museo de ciencias.

El pequeño chasqueó la lengua.

-Se me perdió en una de las salas.

Marcus se carcajeó por la explicación.

- ¿Qué se te perdió? -Preguntaba su padre mirándolo sorprendido.

Se encogió de hombros mirando a su padre que no salía de su asombro y él sabía se empezaba a enfadar.

-Es que empezó a darme una de esas largas peroratas tuyas sobre unas piedras y me escabullí para ver los animales.

- ¿Y cómo has llegado hasta aquí? -Preguntaba atónito-. Tú solo. -Añadía molesto.

-Bueno, hice lo que Silvie nos ha enseñado a Luisa y a mí. Me acerqué a un agente, le dije con cara compungida que me había perdido de mi niñera y él me ha acompañado hasta la esquina. -Marcus se reía por la apostilla de “con cara compungida” y la cara de ausencia de arrepentimiento absoluto del pequeño-. Al veros, solo os señalé y dije que esta era nuestra casa. Así no se empecinaría en acompañarme hasta casa. A veces se ponen muy pesados.

- ¿Cómo que a veces se ponen muy pesados? ¿Cuántas veces has hecho algo semejante?

-Ninguna, padre, lo prometo. -Respondía con cara de patente culpabilidad.

Lord Jillers gruñó:

-Voy a tener que vigilaros como un halcón y reñiros por esto. No podéis moveros a solas por la ciudad. Es peligrosa.

Will se rio travieso.

-Llevo mi cuchillo.

Lord Jillers rodó los ojos porque desde que Silvie empezó a dar sus primeros pasos, demostrando ser bastante dada a los enredos, él se aseguró de que podría protegerse no solo enseñándole algunos métodos para huir de su posible agresor sino también poniendo en sus manos una navaja que llevaba siempre lo cual ella también hizo con sus hermanos tiempo después.

-Tenéis un estandarte francés en el vestíbulo. ¿Sois franchute? -Preguntó con curiosidad obviando la mirada de asombro y reproche de su padre con una divertida sonrisa mirando a Marcus que no pudo contener una carcajada.

-No, soy inglés, puedes estar seguro. Ese estandarte me lo entregó un soldado francés herido al que ayudé pues le llevé hasta un médico.

- ¿Por qué? Era vuestro enemigo.

Marcus sonrió:

-La batalla ya había sido ganada o casi. ¿Por qué dejar morir a un pobre soldado cuando en nada beneficiaba ni a mi causa ni a la suya? Ya habían muerto demasiados hombres.

-Una cuestión de honor entonces. -Asintió serio como si así reconociese ese

acto.

-Y de justicia. -Añadía Marcus sonriendo divertido con el niño.

- ¿Y lo habéis puesto en el vestíbulo para recordar vuestro gesto?

-Para recordar el gesto del soldado que me entregó el símbolo de aquello por lo que luchaba como muestra de amistad y agradecimiento a pesar de que horas antes éramos enemigos.

-Ahh ¿Y qué fue de ese soldado? ¿Lo sabéis?

Marcus se rio entre dientes por la incesante y despierta curiosidad del pequeño.

-Lo puedes encontrar tú mismo. Es mi valet.

- ¿De veras?

-De veras. -Se rio entre dientes por la cara de maliciosa curiosidad del pequeño.

-Silvie dice que soy pequeño para tener un valet que me ayude, pero si quiero aprender a ser un lord como los ingleses debería tenerlo, ¿no creéis? - Preguntaba tomando asiento en uno de los confidentes con confianza y seguridad-. Ya no soy un niño. ¿A qué edad tuvisteis un valet?

Marcus se rio.

-Algo más mayor que tú.

Will resopló.

- ¿Seguro? -Preguntaba ladeando la cabeza mientras entrecerraba los ojos.

Lord Jillers gruñó.

-Will, preguntar eso es una impertinencia pues no solo demuestras no confiar en sus palabras, sino que pones en tela de juicio su sinceridad. Discúlpate.

Marcus se rio al ver al niño rodar los ojos antes de mascullar un nada sentido “lo siento” entre dientes.

-Presumo su preceptor ha de estar muerto de la preocupación y buscándole como loco. -Sonrió al pequeño que se encogió de hombros.

-Habrá regresado a casa.

Lord Jillers rodó los ojos:

-Lo que no es sino una prueba irrefutable de que no es la primera vez que ocurre esto.

- ¿Irrefutable? ¿Por qué irrefutable? En mi opinión, padre, solo demuestra que el señor Corin tiene un poco de sentido común y me considera lo bastante hábil para regresar a casa sin hacer mayores alharacas.

Marcus de nuevo se reía considerando algo más que hilarantes y peculiares a estos americanos mientras que Lord Jillers solo suspiró:

-Definitivamente voy a tener que sentarme con los tres y tener una charla seria y más aún, instar a tu hermana a dejar de adiestraros para ser unos rebeldes con excusas para todo.

William se rio:

-Buena suerte con eso, padre. Silvie tiene el carácter ya formado, como nos habéis dicho miles de veces, de modo que de poco o de nada os servirá intentar enderezar sus costumbres ya asentadas. Además, adiestrarnos, como lo habéis descrito, no hace sino convertirnos en personas capaces y autónomas y ¿no es eso lo que habéis alentado desde que tuvimos uso de razón?

Marcus se carcajeó porque el pequeño era impertinentemente mordaz, más también certero y hábil.

Lord Jillers se puso en pie haciendo una indicación a su hijo.

-Milord, será mejor que regrese a casa con esta tortura que tengo por hijo pidiéndoos disculpas por la interrupción. Si os parece, mandad aviso a mi casa informándome de cuántos nos acompañarán para ultimar los preparativos.

Marcus asintió rodeando la mesa para acompañarlos al vestíbulo donde ya les esperaba el mayordomo con los abrigos de sus dos invitados.

Apenas salieron de su casa, él tomó sus cosas y marchó a casa de Gabriel mandando una nota a Thomas para que se reuniese allí con ellos.

En cuanto llegó la señora de la casa le recibió con una amable sonrisa y un beso en mejilla.

-Si tu esposo te ve besar a otro hombre quizás me obligue a un reto.

Brianna se rio tomando asiento indicándole a él que hiciera lo mismo.

-Dudo se moleste porque bese a un mero barón.

La carcajada desde la puerta le hizo mirar encontrándose a Gabriel entrando en el salón.

-Bien dicho, cielo.

Marcus alzó los ojos al techo antes de mirarlos a ambos ya sentados frente a él.

-Que conste que obviaré el comentario porque en tu seno se encuentra mi ahijado.

-O ahijada. -Añadía Briana sonriendo y haciendo un gesto a un lacayo para que les llevase una bandeja de té.

-Presumo tu visita sin previo aviso se debe a que tienes algo importante que contarnos. -Señalaba Gabriel mirándole incisivo demostrando lo perspicaz que era.

-Lord Jillers tiene una pista, que juzga bastante certera para seguirla. Cree que Ariana está o ha estado recientemente en Francia. Marcho con él para encontrarla.

Gabriel asintió:

-Marchamos con él. -Sonrió antes de mirar a Brianna-. Tus deseos se harán realidad, cielo, pues no tardarás en llegar al campo.

Thomas, que vivía dos casas más allá de Gabriel llegó en ese momento sonriendo con Holly a su lado.

-Aquí nos hallamos. -Dijo burlón tras una leve cortesía-. Siguiendo el apremiante requerimiento de su señoría.

Marcus suspiró.

-Tengo dos amigos que son unos mentecatos.

Los dos se rieron antes de que él les explicase las nuevas.

-Bien, en ese caso, mañana mismo Brianna y yo podemos marchar juntas a Vallerys Manor y quedarnos con Camile. Le enviaré una nota en cuanto llegue a casa. -Indicaba Holly aceptando la taza de té que le ofrecía su amiga.

-Cielo, mejor yo envío la nota a Lucas y le pido que venga para acompañaros en el viaje. No quiero que viajéis solas ahora que los caminos están tan abarrotados con el comienzo de la temporada social y por ello habrá asaltadores en muchos recodos.

Holly sonrió cariñosa a su esposo por su constante preocupación y con cara pícaro añadió:

-Llevaremos pistola.

Marcus se rio recordando lo ocurrido con el hijo de lord Jillers. Se lo contó a sus amigos que, como él antes, no dejaron de reírse.

-Es aún más peligroso que Sam. -Se reía Thomas divertido.

-Pues la menor de los tres hijos no es muy distinta. -Negó con la cabeza recordando la visita a casa de lord Jillers-. Se negaba a ir a “clases de niñas cursis” y especialmente se indignaba porque su niñera la vistiese de rosa.

Holly se rio.

-Ya me cae en gracia la pequeña. Yo odiaba que me vistiesen de rosa como a un pastelito.

Thomas se carcajeó.

- ¿De veras? ¿Cómo a un pastelito? -La besó en el cuello susurrándole después-. Pues esta noche serás mi pastelito y te devoraré con ansia.

Aun no habiéndole escuchado Marcus no necesitaba mucha imaginación para intuir qué le diría no solo por su mirada sino por el rubor de las mejillas de Holly.

-Entonces, ¿cuándo partimos? -Preguntó Gabriel directo.

-Pues... -hizo un gesto a un lacayo antes de sacar una de sus tarjetas escribiendo unas líneas detrás y entregándosela al lacayo al tiempo que decía-. Entréguesela a lord Jillers. -En cuanto marchó miró a sus amigos-. Esperaré a que lord Jillers nos informe pues se encargará de los preparativos, más, dudo

tardemos más de un día o dos en partir. Como bien me indicó, no sabemos si se han movido del lugar de la última pista o si ésta será de utilidad por mucho tiempo.

-Pues tenéis que ir. Tienes que librarte de esa mujer cuanto antes. -Señaló Brianna mirándole con terquedad.

Marcus sonrió divertido.

-Lo que milady ordene.

-No te burles. No quiero que se os escape y paséis meses buscándola. Te quiero libre pronto para buscarte una esposa adecuada. -Añadía sonriendo.

Marcus rodó los ojos:

-Ni se os ocurra ponerlos como meta buscarme esposa. Ya que soy el principal interesado, dejad eso en mis manos.

-Ah no, no, no, que careces de talento para escoger esposa, y ya puestos amantes... ¿la cantante del Drury Lane? -Bufó mirándolo como una maestra de escuela reprendiendo a su pupilo.

Marcus miró acusatorio a Gabriel que se rio:

-Ni se te ocurra culparme. De buscar culpables dirige tus acusaciones a ti mismo. Fuiste tú el que te dejaste ver en un lugar muy público con ella hace unos meses siendo el principal protagonista de los ecos de sociedad durante semanas.

Marcus suspiró pesadamente mientras las esposas de sus amigos se reían divertidas y éstos le miraban con sorna.

- ¿Continúas viéndote con ella? -Preguntó Holly.

Marcus suspiró:

- ¿De veras me estás preguntando por una amante? -Negó con la cabeza, vencido por la sinceridad y cercanía que mostraban siempre sus amigos y también sus esposas incluso en temas que jamás se tocarían en presencia de damas-. Para vuestra indiscreta curiosidad, mis siempre incisivas damas, no, ya antes de marchar a Vallerys Manor a la ceremonia de las aguas benditas de mi tocayo, había puesto punto final a nuestro acuerdo.

-Mejor. No era ni tan hermosa ni tan talentosa. -Afirmó con rotundidad Brianna arrancando una carcajada a Gabriel que miró a Marcus después para no responder a ese comentario con otro mordaz del tipo “sus talentos se encontraban fuera del escenario”.

- ¿Os quedáis a almorzar? -Preguntó Gabriel a ambos amigos mientras su esposa y la de Thomas se encontraban en el jardín paseando tranquilas unos minutos después.

-Mejor regreso a casa y preparo el viaje. No sé cuánto estaremos fuera y no me gustaría dejar asuntos inacabados.

-Holly y yo debiéremos hacer lo mismo. Quiero asegurarme de que ella y Brianna irán bien protegidas, aunque Lucas venga a buscarlas. Esta mañana han vuelto a aparecer noticias de asaltos en los caminos.

Marcus sonrió porque realmente la vida de esposos de sus amigos los había convertido en seres en exceso preocupados y protectores de sus esposas.

Al llegar a su casa, una nota de lord Jillers le esperaba informándole que saldrían al amanecer de dos días. Presumía que sería un hombre con contactos para tener un barco tan pronto a su mano.

Al día siguiente, mientras despachaba con su administrador los últimos asuntos se vio sorprendido por un pequeño revuelo que le hizo salir al vestíbulo encontrándose a Lucas, con su esposa y sus hijos allí, así como el perro de los niños y el enorme San Bernardo de Camile con ellos.

-Pero hombre, debías venir a acompañar a las damas al campo, no someter a tus pobres hijos y esposa a la tortura de un viaje en carruaje. -Iba diciendo mientras se acercaba a ellos.

Lucas sonrió:

-En realidad, acabo de mandar aviso a Thomas y Gabriel pues partiremos en unos días a Vallersh Manor, pero antes mi esposa e hijos querían venir a la ciudad.

-El abuelito nos va a llevar a Palacio. Es la fiesta de los títeres. -Señalaba Sam mirándolo divertido.

-Entiendo. -Sonrió extendiendo los brazos para tomar de los de su madre al

pequeño Marcus.

-Imagino que si os halláis aquí es porque queréis residir en mi humilde morada.

Camile sonrió:

-No hemos tenido tiempo de avisar para que preparen la casa y para tan pocos días no merece la pena tanto alboroto. Tu casa se halla ya perfectamente acondicionada.

Se rio entre dientes negando con la cabeza:

-Bien, pues dejaré que mi Perkins os acomode y, mientras, yo me quedo con mi ahijado para intentar enmendar los pobres errores de carácter que haya estado sufriendo por culpa de sus alocados padres.

Lucas se rio antes de besar a Camile en los labios diciéndole:

-Sube con los niños, cielo, yo acompañaré a este barón carente de buen tino y me aseguraré de que no mete erróneas ideas en la cabeza de nuestro hijo.

Tras desaparecer por las escaleras siguiendo a su mayordomo y su ama de llaves, Marcus condujo a su amigo a uno de los salones donde se acomodaron, él aun con el bebé en los brazos.

- ¿Por qué habéis decidido quedaros aquí? Te bastaba mandar aviso cuando os acercabais a Londres para que preparasen vuestra casa.

Lucas sonrió:

-Camile quería asegurarse de que podríamos despedirnos antes de que te marches pues no sabemos si este viaje tuyo será corto o muy largo.

Marcus suspiró:

-Espero no se dilate en exceso pues la idea de pasarme meses detrás de Ariana no es algo que desee de ninguna de las maneras. -Bajó los ojos al rostro regordete de su ahijado completamente dormido.

Escucharon pasos acelerados en el corredor para enseguida aparecer Samuel a la carrera con la respiración forzada.

-Tío Marcus. ¿Puedo dormir en tu alcoba mientras tú no estás?

Marcus se rio conteniendo la carcajada para no despertar a su ahijado.

-Ni lo sueñes, enano. No te adueñarás de mis dominios aprovechando que no me hallo en ellos.

Sam se rio travieso.

-No quiero adueñarme de tus dominios, pero, si te vas, se quedan sin señor. Yo ocuparé tu lugar hasta que regreses. Actuaré en tu nombre.

Marcus alzó las cejas y le miró sorprendido.

- ¿Dónde has escuchado semejante cosa?

-Mamá me ha dicho que si te digo eso aceptarás.

Lucas se carcajeó:

-Hay que reconocer que mi esposa tiene cierto talento para la manipulación.

-Entonces, ¿me dejarás dormir en tu alcoba estos días? -Preguntaba Sam insistente.

Marcus rodó los ojos:

-Está bien, durante los días que estés aquí podrás dormir en la alcoba del señor de esta casa, pero como me entere que has intentado adueñarte de mis dominios conocerás mi idus.

Sam se rio saltando del asiento echando a correr al tiempo que decía:

-No nos castigarás. Mamá dice que nos quieres mucho.

Lucas se reía mirando la cara de resignación de su amigo.

-Empiezo a creer a tu dulce esposa una fiera contrincante.

Silvie terminaba de organizar su maleta, lo cual era complicado pues ella prácticamente solo llevaba ropas de muchacho en una pequeña bolsa de mano. Había aprendido a lo largo de los años de viaje con su padre que mejor viajar con solo lo necesario y apenas enseres que te dificulten la movilidad. Eso era más fácil cuando era casi una niña, pero ahora, con algunas prendas femeninas, que, aunque no se viesen bajo las ropas de muchacho, debía llevar, su bolsa no era tan ligera.

Tras unos golpecitos en su puerta y dar su consentimiento entró su padre con una nota en la mano.

-William nos esperará mañana temprano en el puerto.

- ¿Has advertido a tío Will que no se dirija a mí como Silvie?

-En cuanto te vea vestida de muchacho lo entenderá. -Sonrió negando con la cabeza-. Estás segura de que no deseas quedarte. Tus hermanos te lo agradecerán seguro, no paran de refunfuñar desde que saben han de quedarse con vuestra tía Charlotte.

Silvie se rio cerrando su bolsa.

-Eso es porque la tía Charlotte se conoce todos sus trucos y no les dejará enredar como locos. -Miró a su padre dejando sobre la banqueta la bolsa-. He estado pensando, padre. Creo que lo deberíamos hacer es dividirnos nada más llegar a puerto. Yo podría reunirme con Lumiere para que me facilite todos los datos que tenga sobre esa mujer y su amante y vos podríais buscar a los prestamistas a los que deba dinero. Seguro ellos no les han perdido la pista y saben dónde se encuentren.

Su padre sonrió.

-Aún con ello, hemos de asegurarnos de la pista de Bergerac por lo que habremos de ir allí también.

-Tía Charlotte ha llegado. -Señalaba Luisa entrando sin llamar mirando a su hermana-. Me acaba de decir que mañana me acompañará a la modista para escoger nuevos vestidos. -Sonrió complacida sabiendo que Silvie le habría pedido acompañarla para que pudiese escoger prendas más de su agrado.

-Estupendo, pues por hacer esa concesión promete no someterla a demasiados quebraderos de cabeza mientras estemos fuera.

Luisa sonrió sentándose en la cama de su hermana:

-Lo intentaré. Will dice que iréis en el barco del tío. ¿Cuándo regreses se quedará con nosotros un tiempo?

Su padre asintió:

-Sí, se quedará hasta verano y después regresará a Boston, pero no residirá

aquí sino en la casa nueva que ha adquirido, La quiere acondicionar antes de regresar a Boston. Pero vendrá a veros a diario.

-Qué bien. Así nos llevará a navegar. -Sonrió estirándose para tomar de la mesita de su hermana su fresquito de perfume que abrió y se pasó por las muñecas como tantas veces la había visto hacer.

Silvie sonrió negando con la cabeza:

-Dile a tía Charlotte que te lleve a su perfumista. Fue ella la que me regaló mi primer perfume a tu edad.

- ¿De veras? -Preguntó con los ojos muy abiertos.

-Mamá dijo que aún era joven, pero tía Charlotte la convenció y me hizo ese perfume con aroma de lila y fresa. -Señaló un frasquito que estaba sobre su tocador.

-Uy, - Saltó y corrió al tocador tomándolo y abriéndolo-. ¿Me lo regalas?

Silvie se rio viendo a su padre ya cerrar la puerta tras él dejándolas solas.

-Mejor dile a tía Charlotte que te haga uno para ti. Los aromas son personales, Luisa. Cada uno ha de tener los suyos. Además, el perfumista te ira dando aromas para que elijas cuáles te gustan más y cuáles te quedan mejor.

-Bien, pues le diré que nada de rosas.

Silvie se rio.

-El color rosa nada tiene que ver con el aroma de las flores, Luisa.

-Por si acaso. -Respondió con terquedad.

Tras la cena y cuando sus hermanos estaban ya acostados se probó las nuevas pelucas y todos los complementos que el viejo amigo de su padre, que trabajaba n el Drury Lane elaborando vestuario, le habían hecho llegar esa tarde. Sentada ante el tocador escuchó unos golpecitos en la puerta y enseguida, sin esperar, apareció la cabeza de William seguida de inmediato por su cuerpo. Silvie rodó los ojos con resignación.

-Deberías estar en la cama.

-Papá ha dicho en la cena que os marcharéis muy temprano. -Decía

acercándose-. Tendrás cuidado, ¿verdad? -Le abrazó por el cuello desde la espalda y ella le sonrió mirándolo por el espejo.

-Tendremos cuidado, no te apures. No es una misión peligrosa. Solo hemos de hallar a una dama.

- ¿Seguro?

-Sí, seguro. -Abrió sus brazos y giró para poder mirarlo cara a cara-. Te quedas al cuidado de todo.

William asintió.

- ¿Me traerás algún regalo?

-Lo intentaré.

-Umm... -Le tocó las patillas y el bigote que llevaba puesto-. Están muy bien. Pero vas a tener que mancharte un poco el rostro. Ningún chico tiene la piel tan blanca.

-Lo sé. He comprado un poco de betún y lo mezclaré con polvos.

-Ah bien. -Sonrió y tiró de la punta de la peluca-. ¿Por qué eres pelirroja?

-Los pelirrojos son más claros de piel y eso quizás ayude a justificar por qué mi piel es más clara.

-Ah. -Suspiró y negó con la cabeza-. Ten cuidado.

Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla logrando que él resoplase como siempre que le besaban ella o Luisa.

-Tendremos cuidado, no te apures. Ahora regresa a la cama y no torturéis en exceso a tía Charlotte.

CAPÍTULO II

Marcus se encontraba en la puerta de la casa de Gabriel mientras este se despedía de Brianna como antes hubo hecho Thomas que sentado frente a él en el carruaje le esperaba para ir al puerto a reunirse con lord Jillers y su pupilo

al que todavía desconocía.

- ¿Cómo ha conseguido lord Jillers un barco con tal rapidez?

Marcus sonrió mirando a su amigo.

-Se lo podremos preguntar más tarde.

-Vamos. -Señalaba Gabriel saltando al interior del carruaje.

No tardaron mucho en llegar al puerto pues a esas horas apenas si había nadie por las calles. Enseguida vieron a Lord Jillers en el muelle conversando con un elegante caballero mientras unos marineros subían carga al barco junto a ellos. Descendieron tomando la bolsa que cada uno llevaban y despidiéndose de su cochero y su valet, pues habían decidido viajar solos, caminaron hacia ellos.

-Buenos días, milord.

Lord Jillers sonrió a los tres recién llegados.

-Caballeros, bienvenidos. Permitan les presente a mi hermano, el capitán William Sefield. Will, lord Varité y los que presumo serán lord Gallier y lord Fresalm.

Thomas y Gabriel hicieron una cortesía presentándose a los dos hermanos.

-Nos preguntábamos cómo habíais conseguido un barco con tanta premura, más siendo vuestro hermano el capitán es fácil entenderlo.

-Sí, no tiene reparos en abusar de nuestro vínculo fraternal a su antojo. - Respondió el capitán sonriendo-. Vamos caballeros, embarquemos que no tardaremos en zarpar. Si tenemos buen tiempo es probable que lleguemos mañana por la tarde al puerto de Arcachon y ahí separaremos nuestros caminos.

Una vez en la popa y tras entregar sus enseres a un marinero que los llevó a los que serían sus camarotes, los tres amigos observaban relajados las maniobras de la tripulación con una taza de café que el segundo del capitán les hubo entregado. Vieron a un muchacho menudo, vestido con ropas elegantes, pero nada excesivas, colorarse junto al capitán que sostenía el timón y conversar con él relajado arrancándole una carcajada al caballero en alguna

ocasión. Marcus que observaba al muchacho, no sabría decir qué, pero notaba algo raro en él. Bajo su sombrero se veía un poco de cabello pelirrojo y a pesar de su amplio gabán, era evidente que el chico era menudo y delgado.

-No tardaremos en salir del puerto. -Señaló Lord Jillers colocándose junto a ellos apoyado en unos fajos bien atados.

-Ese muchacho, ¿es vuestro ayudante?

-Ah sí, Sayer. Sí, sí. Es algo tímido por lo que espero disculpen que sea parco en palabras con sus señorías.

-Pues no parece muy tímido con el capitán. -Señaló Marcus sin apartar los ojos de chico que en ese momento se reía junto al capitán.

-Eso es porque mi hermano lo conoce desde que era muy niño, como yo. Prácticamente lo ha visto crecer.

-Entiendo. -Murmuró antes de girar el rostro y mirarlo.

-Bien, ¿Cuáles son sus planes para cuando lleguemos?

-Sayer irá directamente a reunirse con mi contacto para que le de toda la información que ha podido recabar de vuestra... bueno, de la dama. Yo, por mi parte, acudiré al prestamista que parece ser el principal acreedor de la pareja pues presumo no debe haberles perdido mucho la pista a juzgar la cantidad de dinero que le adeudan.

- ¿Una gran suma? -Preguntó Thomas.

Sacó un papel de su chaqueta que le ofreció y que leyó antes de silbar y mirar a Marcus.

-El rescate de un rey para algunos.

-Pues eso es solo la cantidad que figura en el pagaré de ese hombre. Dudo no tengan más deudas pues seguro no es el primer ni el último prestamista al que habrán acudido. La dama se halla en un serio aprieto salvo que encuentre el modo de saldar esas deudas.

Marcus gruñó.

-Seguro pensaría que siendo baronesa de Varité acabaría encontrando un modo

para presionarme.

-Pero como ya no es tal, -Sonrió Gabriel malicioso-, puedes simplemente mandarla al cuerno.

Marcus sonrió:

-Dramática circunstancia de la que estoy deseando informarla. -Por el rabillo del ojo vio que uno de los hombres del capitán le hacia un gesto a lord Jillers para tratar de atraer su atención-. Milord, creo que le llaman. -Señaló con la cabeza hacia el lugar.

Al girar vio a Silvie mirarle disimuladamente lo que le indicaba que era ella la que le reclamaba, pero por no alzar la voz le diría a un marinero que lo llamase. Sonrió y tras una cortesía se acercó.

-El tío dice que mejor nos movamos en tierra en caballos.

Lord Jillers sonrió mirando a su hermano.

-Crees que en un carruaje no tardarán en darse cuenta, ¿no es cierto?

El capitán se rio:

-Hasta un ciego vería muy de cerca que sus curvas están ahí. Por muy holgadas que sean sus ropas y que se ate el pecho, no es disimulable que es mujer.

-El capitán tiene razón, pequeña, cualquiera notaría que eres mujer a muy corta distancia.

Silvie miró frunciendo el ceño a Finnegan, un marinero ajado que había acompañado a su tío desde que era el segundo de su anterior capitán y que los conocía a todos ellos desde que Silvie era una mocosa a la que lograba encandilar con sus historias de viajes exóticos.

-Sois unos exagerados. No me quitaré los abrigos y tampoco les dejaré verme el rostro muy de cerca. Vamos, solo son nobles, tampoco es que sean los más listos de las islas.

La carcajada de los tres hombres hizo a los tres amigos mirarlos curiosos mientras el jovencito los miraba, por el contrario, con gesto contrariado.

Marcus fijó los ojos en ese joven pues algo en él le resultó de golpe familiar,

pero no lograba recordarlo.

-Bien, ahora que estamos en el mar, lo mejor es que nos acomodemos en uno de los camarotes y hagamos algo con lo que ocupar este tiempo. -Sugirió Thomas.

-Sí, mejor hacer algo. -Asintió Marcus siguiéndole hacia las escaleras.

-Milord, -decía mientras pasaban junto al timón-. Nosotros vamos a quitarnos un poco de en medio para no estorbar. Bajaremos a jugar un poco a las cartas.

Lord Jillers asintió mientras el capitán les sonrió con gesto socarrón.

- ¿No quieren otros compañeros de juegos, señores? Así mi hermano y su protegido dejan de estorbarme.

Lord Jillers se rio negando con la cabeza:

-Sé cuándo no se me quiere cerca, Will. Marcho con los caballeros. Sayer, ¿vienes?

Silvie frunció el ceño asintiendo al tiempo que decía:

-Les sigo ahora, milord.

En cuanto los cuatro se alejaron miró acusatoria a su tío.

-Pero ¿qué haces? ¿No decías que estando cerca notarían que no soy un muchacho?

-Precisamente vamos a poner a prueba mi teoría. -Un carraspeo a su lado le hizo sonreír por el mal disimulado toque de Finnegan-. De nuestra teoría.

Silvie enderezó la espalda y los miró desafiante.

-Muy bien, probemos esa teoría. -Se ajustó la peluca antes de calarse casi hasta las falsas cejas la gorra-. Seguro que esos nobles pomposos y torpes no logran descubrirme.

- ¿Cómo sabes que son pomposos y torpes? -Se reía el capitán.

-El barón casi me hizo perder al estafador que buscábamos padre y yo hace unos días. Tropezó conmigo sin motivo.

Los dos hombres se rieron por su gesto testarudo.

-Bien pues, por mucho que te cales la gorra, no puedes mantenerla en tu cabeza dentro de una estancia cerrada. -Le decía divertido dándole un golpecito en el borde de la gorra.

-Les diré que el aire de mar perjudica mi salud delicada por los pulmones y que prefiero no coger frío.

Los dos se rieron de nuevo.

-Oh sí, esa excusa les convence seguro de que eres un muchacho y uno duro y curtido.

Silvie bufó girando con gesto airado caminando con paso firme hacia las escaleras.

-No me descubrirán y voy a demostrároslo ganándoles a las cartas. Seguro no se esperan que un muchachito imberbe les gane su dinero.

El capitán se reía mientras se alejaba y cuando desapareció bajo la cubierta miró a su viejo amigo.

-Culpa tuya por enseñarle a jugar a las cartas.

-Pero, capitán, fue usted el que me pidió que le enseñase para que supiere identificar a los tramposos y timadores.

-Puede que hiciese eso, pero no recuerdo haberte pedido que la convirtieras en una tahúr.

-Si se hace una cosa se ha de hacer bien del todo, señor. -Contestó burlón sin dejar de reírse.

Al llegar al comedor se encontró a su padre y los tres caballeros ya acomodados en una mesa. Se apresuró a sentarse junto a su padre que al no quitarse ni la gorra ni el abrigo la miró alzando las cejas.

-Aún no me he recuperado de mi enfriamiento, milord. Prefiero no quitarme las prendas de abrigo para evitar que el aire del mar me haga recaer.

Su padre contuvo una carcajada sabiendo que Silvie intentaba evitar mostrarse en exceso, prueba sin duda de su terquedad.

-Bien, nada he de decir, más, si empiezas a acalorarte, muchacho, recuerda

que solo has de desprenderte de esas prendas. -Añadía con sorna ganándose una mirada de reproche, bajo las falsas pobladas cejas de Silvie.

-Bien, pues dado que no sabemos si los americanos presentes son conocedores de los juegos de naipes civilizados... -iba diciendo Thomas con cierto tono de chascarrillo haciendo reír a lord Jillers-... quizás prefieran que empecemos por un juego bien conocido allá por esos territorios salvajes. El póker.

Lord Jillers se rio mientras que Silvie contuvo el bufido que estuvo a punto de escapar de sus labios.

-Veamos. Un chelín por mano y dividiremos las fichas en cantidades más pequeñas. ¿Les parece? -Preguntaba Thomas barajando las cartas con habilidad.

-Por mí perfecto y dado que asumiré el coste de mi protegido en caso de pérdida, no hay inconveniente.

Silvie miró a su padre queriendo quejarse por ese comentario proteccionista, pero no podía reprenderlo delante de los caballeros así que se limitó a aceptar el montoncito de fichas que le cedía antes de tomar las cartas repartidas para ella.

Las miró bajando la cabeza para que la visera de la gorra le cubriese más el rostro para enseguida pasar los ojos de uno a otro de los caballeros y estudiar sus reacciones. Eran francamente atractivos todos ellos. Parecían sacados de un folletín de esos que tanto gustaban a las jóvenes inglesas que soñaban con conseguir un caballero como ellos. Sin quererlo detuvo ligeramente los ojos en el barón. Sí el día que chocó con él notó que estaba fuerte, musculado, que sus rasgos no eran los de un muchacho sino de un hombre hecho y derecho. Ahora podía fijarse más en su rostro. Su mentón firme con un pequeño hoyuelo en el centro que se le marcaba al sonreír, sus ojos de un destacado azul aún más patente por el color de su cabello y cejas pues era negro contrastando mucho con esos ojos. La voz de lord Gabriel que abría la partida le hizo regresar de sus tontos pensamientos reprendiéndose a sí misma por ello para concentrarse en el juego.

Una hora después, disculpándose con los caballeros mientras hacían un receso saliendo del camarote alegando querer tomar el aire, lo cual no era una

mentira pues habían empezado a fumar cigarros puros y el ambiente estaba algo enrarecido para su gusto, subió a la cubierta yendo directa hacia el timón en el que aún se encontraba su tío.

- ¿Y bien? ¿Te han descubierto?

Silvie sonrió:

-No. -Contestó orgullosa-. Además, les estoy desplumando. -La carcajada un poco más allá le hizo sonreír a Finnegan.

-No les dejes sin ni un chelín a ver si empiezan a sospechar que hay engaño bajo esa gorra.

Miró a su tío de nuevo sonriendo por su comentario.

-Vamos tío, a lo sumo creerán que padre y yo les estamos engatusando con los naipes.

-Y en cierto modo lo estáis haciendo. Seguro que no les has advertido que eres muy hábil a las cartas.

- ¿Por qué habría de hacerlo? Ellos también juegan bien y no me han precavido. Además, si presumen que por ser un joven inexperto iban a ganarme, bien merecen un escarmiento.

De nuevo Finnegan se carcajeó desde su lugar mirándola orgulloso mientras que el capitán se reía negando con la cabeza y cuando vio a uno de los caballeros salir por el arco de acceso a los camarotes le hizo una señal a Silvie.

-Será mejor que te mantengas circunspecta.

-Como las damas inglesas. Qué poco prometedor. Te recuerdo que me expulsaron de ese colegio de señoritas por, según parece, no ser capaz de contener mi verborrea estridente e irreverente.

De nuevo el capitán se rio mirando bajo esas pobladas y falsas cejas esos ojos que desde pequeña denotaban una inteligencia destacada.

-Intenta aprender una lección de aquélla vivencia y demuestra que puedes contenerte.

Silvie bufó, pero no contestó porque escuchó acercándose por el ruido de la madera los pasos de un caballero. Giró sin levantar demasiado el rostro encontrándose a lord Marcus deteniéndose a escasos dos metros de ellos.

- ¿Qué tal la partida, milord? -Preguntó su tío tras ella notándole cierto deje chistoso en la voz por el que quiso girarle y reprenderle, pero tuvo que contenerse.

-Mejor para el joven protegido de vuestro hermano que para el resto de los jugadores, capitán. -Contestó sin, al parecer, tono alguno de molestia o malestar.

-La juventud a veces nos sorprende, ¿no es cierto? -Contestaba su tío con ese tono irónico que ella conocía bien.

-Sin duda, capitán, sin duda. Cualquiera diría que nuestro joven amigo ha aprendido de duchas manos.

Silvie sonrió girando el rostro hacia Finnegan.

-No andáis desencaminado, milord. -Respondió ella poniendo ligeramente grave la voz como tantas veces hubo ensayado para su papel de joven pupilo.

Marcus se rio mirando a aquél joven que parecía algo tímido pues procuraba no mostrarse demasiado ante ellos lo que hubo despertado en él, más si cabía, la curiosidad que ya tenía azuzada desde que se fijó en él al verle con el capitán horas antes.

-Bien, pues ahora que conocemos vuestra habilidad, quizás nos empleemos más a fondo en el juego, señor Sayer.

Silvie se encogió de hombros hundiendo las manos en los bolsillos del gabán.

-En tal caso, yo haré lo mismo milord.

Marcus se rio negando con la cabeza para mirar al capitán.

- ¿Debo considerarme retado, capitán? ¿Creéis que nuestro joven amigo ha intentado azuzar mi pundonor?

-Nunca se sabe, milord. La juventud suele dar muestras de inconsciencia y quizás azuzar a un caballero como vos sea una prueba inequívoca de ello.

Silvie miró por encima de su hombro frunciendo el ceño sabiendo que ese comentario era más un aviso para ella que un chascarrillo inocente.

-Bien, será mejor que regresemos pues no dudo la partida comience a animarse tras esta pausa. -Señalaba Marcus-. ¿Señor Sayer? -Preguntaba haciendo un gesto para que caminase de regreso por delante de él.

Silvie se tragó un suspiro antes de comenzar a caminar bajando las escaleras para recorrer la cubierta. Marcus lo seguía observándolo al detalle. Para ser un muchacho de unos dieciocho años más o menos que era la edad milord decía tenía, era bastante bajito y menudo. Estrecho de hombros y con rasgos aún aññados a pesar de que claramente intentaba no mostrarse demasiado podían apreciarse una barbilla redondeada y una mandíbula no marcada lo que denotaba su juventud aún cercana a la niñez, Bajo la gorra se apreciaba un cabello pelirrojo peculiar y quizás explicase la claridad de su piel que incluso bajo la gorra se veía muy pálido para un muchacho. Definitivamente era un muchacho paliducho y enclenque para su edad. ¿Qué utilidad tendría para lord Jillers?

Se acomodaron de nuevo alrededor de la mesa y no tardaron en ver sus fichas ir a parar a manos de ese jovencito enclenque. Gruñó al verle acercarse sus nuevas ganancias tras unas manos.

-Empiezo a creer, milord, que habéis entrenado a vuestro pupilo para engatusar a caballeros inocentes. -Decía alzando una ceja sin dejar de mirar cómo Silvie colocaba ordenadamente sus ganancias en montoncitos.

- ¿Caballeros inocentes? -Se rio lord Jillers antes de tomar un trago de su copa.

Marcus y sus amigos se rieron:

-Quizás no tan inocentes, más, debéis reconocer que vuestro joven pupilo no es ajeno a los trucos con las cartas.

-Yo no empleo truco alguno, milord. -Contestó ella mirándolo enfadada-. Solo soy más hábil que vos y vuestros amigos, lo cual, os aseguro, no es demasiado difícil.

Marcus frunció el ceño mientras Thomas y Gabriel se carcajearon por el comentario que lejos de ofenderles les resultó hilarante.

-Fingiremos que ese comentario no hace mella en nuestro pundonor, señor Sayer. -Se reía Thomas pasando por alto el supuesto chascarrillo malicioso.

-Bien, pues ya que mi protegido se ha hecho con una buena bolsa creo que podemos comentar los pasos a seguir en cuanto desembarquemos. -Dijo Lord Jillers para evitar que la atención se centrara mucho más en Silvie-. Sayer, ¿por qué no vas a mi camarote y tomas mis notas y los mapas?

Silvie tomó de la mesa supletoria las monedas correspondientes a sus ganancias antes de marcharse haciendo a Marcus sonreír por el gesto de desconfianza del joven que se apresuraba a tomar los réditos de su victoria antes de marchar.

Silvie se ajustó la peluca en cuanto entró en el dormitorio de su padre. Tras tantas horas empezaba a picarle un poco, pero si se la quitaba tardaría una eternidad en ponérsela. Suspirando tomó las notas de su padre y sus mapas para regresar con premura.

Al entrar se encontró a los cuatro caballeros aún alrededor de la mesa con gesto relajado. Dejó los mapas encima de la mesa y después se sentó junto a su padre entregándole las notas.

-Bien, caballeros. Mi plan pasa, lo primero, por asegurarnos la veracidad de los datos con que contamos. Para ello, Sayer se reunirá con mi contacto en Burdeos y que le informará de todo lo que ha averiguado de la dama y su acompañante. Mientras, sus señorías y yo iremos a reunirnos con los dos prestamistas a los que sabemos adeudan una importante suma de dinero. Mejor empezar por este, -señaló un nombre escrito con su letra con un nombre marcando el lugar en el que estaría- ya que es el que tiene una deuda mayor y, por su reputación, no es de lo que deja marchar a sus deudores sin más. Si tardásemos mucho, haríamos noche en Burdeos, más, nos convendría machar pronto a Bergerac y comprobar si están allí o, en caso de haber partido, seguir su pista antes de que se nos escapen.

Marcus asintió serio viendo de refilón como el joven asentía satisfecho también y por un impulso, que no sabría decir de dónde salía, señaló:

-Milord, creo que sería acertado que yo acompañase a vuestro protegido. No solo es demasiado joven para actuar solo en un país extranjero, sino que

escuchar esas noticias por mí mismo será de utilidad. No fingiré que no conocía demasiado el verdadero carácter de mi esposa al casarnos, prueba de ello es el modo en que acabó nuestra relación, más, tampoco creo serla tan ignorante como para no juzgar con acierto la veracidad de ciertos detalles o posibles rumores.

Lord Jillers iba a responder, pero fue el joven el que se le adelantó diciendo:

-Milord, será un país extranjero, más, también lo es Inglaterra y puedo moverme con seguridad en él. Sé hablar francés perfectamente y conozco el territorio de Burdeos pues milord y yo hemos estado en varias ocasiones en esta zona. En cuanto a la veracidad de la información, puedo aseguraros que nuestro contacto es una persona honesta y confiable que no nos engañaría.

Marcus sonrió de pronto divertido por el tono defensivo y también claramente ofendido del joven, pero lejos de echarse atrás incidió:

-No pretendo ofender a ese contacto, como tampoco a vos, señor Sayer, pero ciertamente las noticias se refieren a mi esposa....

-Que ya no lo es. -Le corrigió rápidamente ella molesta haciéndole sonreír más.

-Que ya no lo es. -Continuó él-... y tampoco debiere darse por ofendido por considerarle joven pues lo es.

Silvie abrió la boca para protestar y decir que iba a cumplir 20 años en pocos meses, pero por suerte se contuvo y, además, su padre intervino.

-Está bien, milord, tenéis razón, Sayer debiera ir acompañado, quizás mi hermano pueda hacer escala unas horas y acompañarlo.

-Le acompañaré yo. -Insistió él con una media sonrisa sabiendo que no daba opción a negarse a ninguno de los dos.

Silvie se dejó caer en el respaldo del asiento con contrariedad mientras su padre se limitaba a asentir carente de otra salida.

-Pues supongo que nos repartiremos en dos grupos. -Convino finalmente lord Jillers-. Sayer, ¿por qué no vas a dormir un rato ya que nada hay que hacer hasta que lleguemos? Así aprovechas para descansar ya que desde que desembarquemos habrá que ir moviéndose deprisa.

Silvie miró a su padre por debajo del ala de su gorra antes de asentir, levantarse y hacer una cortesía con un mero golpe de cabeza antes de salir del camarote.

-Arrogante emplumado. -Masculló nada más cerrar la puerta tras ella usando una expresión que mil veces había escuchado a los muchachos de los mercados al ver a un noble pasar cuando no le agradaba.

Escuchó una risa a un lado viendo a Finnegan sentado en la madera de las escaleras fumando su pipa.

- ¿Cuál de esos emplumados ha hecho enfadar a mi fierecilla?

Silvie resopló:

-El barón. Ha hecho a papá aceptar que me acompañe a visitar a Lumiere como si fuere un niño bobo que no sabe moverse solo por una ciudad y, estoy convencida, lo ha hecho solo por fastidiar porque parecía divertirse.

Finnegan se rio entre dientes dando un golpecito junto a él en la madera instándola a sentarse:

-No te enfades con ese pobre lord. A sus ojos no eres más que un muchacho. Y peor sería si descubriese la verdad, ¿no crees? -Le miró alzando las cejas mientras ella tomaba asiento-. Entonces sí que no te dejarían ni subirte a un caballo sola.

Silvie bufó:

-Qué pesados se ponen los caballeros con las damas. No somos unas inútiles. -Finnegan la miró de medio lado-. Bueno, vale, a las jóvenes inglesas parecen que las educan para ser florecillas delicadas que no deben siquiera respirar sin permiso.

Finnegan se carcajeó:

-Si así fuera habría un reguero de damitas desmayadas por doquier.

-Sabes lo que quiero decir. Me desesperan esas jóvenes que no dan un paso sin que se lo indiquen. ¿Para qué quiere un caballero una esposa si lo que tendrá que hacer es guiarla cada día del resto de vida? Menuda carga y qué pesadez.

Finnegan se rio negando con la cabeza:

-No creo que tengan que guiarlas cada día de sus vidas solo protegerlas y cuidarlas pues ellas serán quienes dirigirán sus casas y tendrán sus hijos.

De nuevo ella resopló:

-Insisto. Qué pesadez.

Finnegan sonrió:

- ¿Quieres que entrenemos un poco a la espada? Ahora que estás vestido de muchacho no se considerará indecoroso que entenes en la cubierta con un experto espadachín como yo.

Silvie se rio poniéndose en pie casi de un salto con entusiasmo.

- ¿Experto, no es cierto? Creo que hemos de poner a prueba esa afirmación, viejo cascarrabias.

Finnegan se rio apagando su pipa golpeándola ligeramente con el escalón para quitar los restos del tabaco antes de guardarla en su chaqueta.

-Bien, “mi impertinente grumetillo” veremos cuál de los dos pone a prueba la afirmación del otro. Ve a camarote de armas y toma un par de floretes mientras yo voy a despejar una parte de la cubierta. Dejaremos a los muchachos apostar y ganar dinero con mi victoria.

Silvie se reía caminando con paso animado en dirección contraria.

-Viejo, creo que tu senil cabeza te juega una mala pasada. Confundes mi victoria con la tuya.

Media hora después, los tres caballeros subieron a la cubierta topándose con ese muchacho enzarzado en una batalla con el segundo del capitán mientras algunos marineros jaleaban a uno u otro mientras el capitán y lord Jillers les observaban desde su lugar junto al timón claramente divertidos.

Los tres se colocaron en un lugar desde el que observar sin estorbar curiosos y al tiempo divertidos.

-Ese muchacho no sabe lo que es el descanso. -Se rio Gabriel recordando que lord Jillers le hubo instado a dormir.

Thomas sonrió negando con la cabeza viéndolo subir ágilmente a un barril atado junto a otros eludiendo los ataques de su compañero de duelo.

-Hay que reconocer que el muchacho es rápido moviéndose. -Se rio al verlo sacar la lengua a su contrincante como burla tras eludir bien su ataque obligándolo con un par de golpes de espada a retroceder en castigo por su ataque.

-Te azotaré. -Escucharon decir al marinero riéndose-. Lagartija escurridiza.

Tras un par de envites el marinero acorraló al joven en una esquina acabando con su posible escape que no así de sus movimientos de espada pues se defendía con ahínco de sus intentos de librarlo de su espada para el estoque final.

-Es hábil con la espada. -Reconocía Thomas sonriendo, viendo cómo movimientos tras movimiento, aún acorralado, conseguía resistir.

-Pero aún así no hace más que defenderse, si atacase podría quizás salir de ese lugar y tener más movilidad. -Señalaba Marcus analizando al detalle los movimientos de uno y otro-. De hecho, el señor Finnegan parece jugar con él, retrasar su tortura. -Se rio entre dientes cuando vio al marinero dar un estoque y tocar en el hombro al joven como señal de final de la contienda-. Y ha acabado al fin con esa tortura.

- ¿Cómo me habías llamado, lagartija? -Preguntaba burlón Finnegan subiéndose el joven al hombro mientras este protestaba. Lo subió dejó de pie frente al palo mayor sonriendo canalla-. Debería atarte y azotarte por impertinente.

-Pero no lo harás porque sabrías que me colaría en tu camarote y te ahogaría con la almohada.

Se escucharon carcajadas alrededor de los dos de los marineros y oficiales que habían estado jaleándolos.

-Mereces un castigo por esa lengua ligera y fastidiosa tuya.

-Creo que me retiro a descansar. -Sonrió antes de hacer una exagerada y teatral cortesía doblándose hacia adelante haciendo un movimiento con el brazo ligeramente burlón.

Mientras caminaba hacia las escaleras se escuchaban las risas de los marineros y la voz de Finnegan llamándole lagartija endemoniada. Al cruzar el arco de acceso a la escalera que daba a los camarotes los caballeros sonrieron negando con la cabeza.

-Ese joven no sabe lo que es el sentido común. Esas burlas podrían haber sido severamente reprendidas por otro marinero. -Se reía Gabriel.

Marcus, que aún permanecía con la vista fija en el arco, entrecerraba los ojos con la misma sensación que esa mañana. Algo en ese joven le resultaba familiar e iba a averiguarlo pues de lo contrario la curiosidad que ya empezaba a sentir, le iba a estar molestando todo el viaje.

Lo siguió discretamente mientras Thomas y Gabriel se entretenían con el señor Finnegan. Se acercó hasta la puerta del camarote que sabía era el del joven dando un par de golpecitos llamando.

-Maldita sea. -Masculló Silvie en el interior pues se acababa de quitar la peluca, las cejas, patillas e incluso se había lavado la cara y manos, aunque llevase aún las ropas de chico-. ¿Quién es? -Preguntó alzando ligeramente la voz.

-Lord Varité. Quería preguntarte una cosa.

-Pero... -Susurró molesta acercándose a la puerta sin abrirla-. Mejor me lo pregunta más tarde, milord, acabo de desvestirme y estaba a punto de meterme en la cama.

Marcus contuvo una carcajada por la supuesta timidez del joven pues él no solo había visto muchos hombres desnudos durante su época en Francia luchando contra Napoleón, sino también siendo un muchacho, en la escuela pues había compartido estancia con diez chicos, entre ellos sus amigos, durante muchos años.

-Vamos, señor Sayer, que nada ocurrirá por verle con ropas de cama.

Silvie gruñó para sí mientras contenía un exabrupto.

-Salvo que sea urgente, milord, habréis de disculpadme.

-Abrid de una vez. -Insistió Marcus queriendo resoplar.

-No pienso abrir, milord. Voy a descansar.

Marcus suspiró quedándose unos instantes mirando la puerta escuchando la madera crujir al otro lado sabiendo entonces que el joven se hubo apartado de la puerta. Entonces la abrió sin más, lo que no esperaba encontrarse era el cuerpo menudo de un joven vestido como tal con una larga cabellera azabache que le llegaba al trasero y menos ese rostro que ya hubo visto una vez cuando giró sorprendido para mirarlo.

-Pero ¿Qué diantres hacéis?

Marcus despertó al escuchar la voz. Cerró la puerta de golpe para evitar que nadie más viera lo que él estaba viendo.

-Sois la hija de lord Jillers. ¿Qué diantres hacéis vos? ¿Por qué os hacéis pasar por Sayer?

-Por qué va a ser, engreído, porque es más seguro viajar como muchacho que como mujer, porque siendo muchacho tengo más libertad y otros no se muestran tan odiosamente caballerosos conmigo como cuando soy mujer. - Respondía furiosa poniendo los brazos en jarras mirándole como si quisiera insertarle en una pica, idea que hizo a Marcus sonreír involuntariamente-. ¿Y ahora por qué sonreís?

Marcus negó con la cabeza:

-Excelente pregunta. No sé por qué sonrío cuando acabo de descubrir que vos nos acompañáis en este viaje fingiéndoos un muchacho lo que no deja de ser temerario y peligroso. Lo que no logro comprender es cómo vuestro padre consiente semejante majadería.

-No es ninguna majadería y es mi padre el que comprendía tan bien como yo que una joven no puede moverse con libertad sin la dichosa protección de un caballero y eso hace complicada mi labor en muchos momentos.

- ¿Vuestra labor? ¿Es que no comprendéis que investigar Dios sabe qué junto a vuestro padre es peligroso incluso aunque fuerais un muchacho?

-Pues no parecía importaros cuando me creíais tal.

Marcus suspiró mirándola fijamente unos segundos. Vestida de muchacho con esa brillante cabellera cayendo en cascada por su espalda estaba realmente

hermosa por increíble que pudiese parecerle, más aún con sus ojos brillantes y sus mejillas arreboladas por su enfado.

-Desembarcaremos al llegar a la costa y vos regresaréis con el capitán.

-Ni hablar. -Contestó cruzando los brazos al pecho mirándole terca-. Soy demasiado útil para que solo por mi sexo me descartéis.

-Precisamente por vuestro sexo correríais peligro si acabaseis sola en Francia sin nosotros cerca.

-Soy capaz de defenderme, milord. No soy como las damas inglesas.

Marcus se rio porque no todas las damas inglesas eran como ella presumía, más, no iba a entrar en ese debate en ese momento.

-Sea como fuere, no dejáis de ser una joven que correrá peligro en cuanto desembarquemos.

-No es cierto. Solo vamos a encontrar a vuestra... a esa mujer y después regresaremos sin más. No hay peligro. -Respondía con terquedad-. Además, iré disfrazada por lo que nadie sabrá que soy mujer salvo que seáis tan necio como para contarlo.

Marcus no pudo evitar reírse entre dientes.

-Necio... -Repitió divertido-. De modo que informar de que no sois un muchacho a mis amigos me convertiría en necio cuando lo único que me movería sería vuestra seguridad, y en cambio, ponerlos en peligro con consciencia, no os convierte en necia a vos... interesante línea de pensamiento.

Silvie bufó:

-No me pongo en peligro a consciencia. No voy a correr peligro alguno y vos mismo me habéis visto manejar la espada. Sé defenderme.

-Lo que he visto es cómo el señor Finnegan os acorralaba antes de venceros.

Silvie abrió la boca para protestar, pero en lugar de eso estiró el brazo y señaló la puerta.

-Marchaos de una vez. Estáis en la alcoba de una joven soltera y eso no lo

hace sino un canalla.

Marcus se carcajeó sin poder evitarlo.

-Engreído, necio, canalla... No puede decirse que sea un dechado de virtudes.

Silvie dio golpe en el suelo con el pie al tiempo que volvía a señalar la puerta de modo airado.

-Marchaos de una vez.

-Quizás no os convenga que me marche sin más. Sinceramente no habéis dicho nada para disuadirme de la necesidad de informar a mis compañeros de vuestra condición y de exigir a vuestro padre que os envíe de regreso a Londres a la mayor brevedad.

Silvie frunció el ceño, molesta por ese hombre que la incordiaba.

-Iré vestida de Sayer, nadie sabrá que soy Silvie. Además, os urge encontrar a vuestra esposa, de modo que cuanta más ayuda mejor.

-Presumiendo que seáis de ayuda.

-Soy una excelente investigadora. Llevo desde los nueve años aprendiendo de mi padre. ¿Creéis que si no lo fuera mi padre me dejaría acompañarle? No seáis obtuso. Por ser mujer no dejo de ser una excelente detective. Además, por si no lo sabéis, contar con una mujer puede ser muy útil en determinados momentos pues yo puedo llegar y entrar en lugares donde vos no podríais.

Marcus sonrió pues no solo su terquedad sino su inteligencia despierta más que patente empezaban a resultarles sumamente divertidos y también, de un modo que no pensaba ponerse a cuestionar en ese momento, sumamente atrayentes.

-Y ninguna de esas cosas, por ciertas o destacadas que resulten, evitarían que os pusieseis en peligro. -Insistió sobre todo porque empezaba a gustarle mucho verla enfadarse con él y mirarlo como si fuera un mosquito molesto.

-Pero que pesado sois. ¿No veis que vais en contra de vuestros propios intereses? Vos queréis encontrar a vuestra esposa sin demora y yo os puedo ayudar.

Marcus se rio de nuevo negando con la cabeza. Cada vez que se enfadaba le

lanzaba algún nuevo insulto; necio, canalla, obtuso, pesado...

-Está bien. Debemos llegar a un acuerdo “por el interés” de ambos. - Respondió con cierto retintín señalándole el pequeño banco bajo el ventanuco del camarote instándola así a tomar asiento allí.

La vio rodar los ojos, pero lejos de pelear, obedeció sin abandonar su gesto terco sentándose en el banco lo que le dio oportunidad, antes de que se sentase, para fijarse bien en su figura pues seguía llevando ropas de muchacho, pero sin la levita lo que le daba una visión más detallada de su figura y ese trasero que difícilmente, sin la chaqueta, podría pasar por el de un muchacho pues era redondo y respingón como solo podría tenerlo una mujer.

-Bien, ya estoy sentada. Ahora lleguemos a ese acuerdo que quiero descansar.

Marcus se rio sentándose en el taburete, clavado a las tablas del suelo como el escaso mobiliario del diminuto camarote.

-Si dejase que continuaseis el viaje con nosotros, guardando silencio sobre vuestro sexo, lo cual me parece temerario pues en nada os perjudica que mis amigos sepan que sois mujer y sí os beneficiaría...

- ¿Cómo me beneficiaría? -Le interrumpió-. Lo único que lograríais es que me tratasen con condescendencia, con ese aire de proteccionismo exagerado que suelen mostrar los caballeros en ocasiones para con las damas. Me estorbaríais en mi labor si empezaseis con miramientos en vez de tratarme como Sayer.

Marcus sonrió:

-Veamos entonces... si dejase que continuaseis el viaje y guardase silencio sobre vuestro sexo incluso ante mis amigos, ¿qué garantáis me dais de que esa decisión no acabará siendo un error pues os estaría dejando poneros en peligro sin más motivos que, como los habéis indicado, “mis propios intereses”?

-Pero ¿qué peligros? Solo vamos a encontrar a vuestra... bueno a esa dichosa mujer y decirle que ya no es vuestra esposa. No vamos tras conspiradores contra la corona, ni en busca de peligrosos delincuentes...

Marcus que contuvo la carcajada que estuvo a punto de salirle cuando se

refirió a Ariana como “esa dichosa mujer” no lo consiguió por su encendido enfado y su más que evidente contrariedad. No iban en busca de conspiradores y delincuentes, decía. Ella le miraba airada por su risa y él no podía dejar de reírse con esa mirada.

-Está bien, está bien, no os enfadéis. ¿Os han dicho que tendéis al más impulsivo de los enfados como un volcán?

Silvie suspiró pesadamente:

-No puedo negar que haya sido tachada de impulsiva y sumamente vehemente.

Marcus se rio entre dientes.

-Sí, vehemente os describe a la perfección. -Aseveraba divertido-. Bien, como decía hasta que me habéis interrumpido, si os dejase venir necesitaría garantías de que no correréis peligro.

-Pero qué pesado os ponéis con que correré peligro. Seré Sayer en todo momento.

-Pues yo no he tardado ni un día en descubrirlos.

Resopló molesta.

-Porque habéis entrado sin permiso.

-Lo que tampoco es tan descabellado si otros os consideran un muchacho y no una dama.

-Qué terco sois. -Resolvió cansina.

Marcus se rio:

-Dijo la mujer más cabezota que he visto en mi vida.

Silvie alzó la barbilla orgullosa.

-Bien, pues decid, qué garantía podría daros.

-No os vais a separar de mí. -Dijo tajante sorprendiéndose a sí mismo en cuanto esas palabras salieron de su boca.

- ¿Qué no qué? No pienso hacer eso. -Respondía ella poniéndose en pie de un salto mirándolo ofendida.

Marcus sonrió:

-Quizás no me haya expresado bien. -Se corrigió divertido por esa mirada, ese gesto airado y ese modo que tenía de mostrarse terca y decidida-. Quizás debiera haber dicho que no haréis nada alejada del grupo y, en caso de hacerlo, como visitar a ese confidente de Burdeos, lo haréis acompañada de vuestro padre o de mí. Si no aceptáis esta regla, no desembarcaréis y regresaréis a Londres.

-Lo que yo decía. Adoptar una posición en exceso proteccionista como si una mujer fuere una porcelana que se rompe con solo rozarla. -Respondía dejándose caer en el banco de modo desgarrado-. Insisto en que me moveré bajo la apariencia de Sayer. Nada ha de pasarme.

-Y yo insisto en esa posición proteccionista que se me achaca. O aceptáis mis condiciones o regresaréis a Londres.

-No podéis mostraros tan carente de juicio sensato solo por llevarme la contraria.

Marcus se rio inclinándose hacia delante apoyando los codos en sus rodillas acercando su rostro al de ella:

-Al parecer, ambos adolecemos del mismo defecto, milady, pues ni yo doy mi brazo a torcer ni vos parecéis dispuesta a hacer lo mismo aun cuando sea para vuestra seguridad.

Silvie sonrió:

-Soy señorita. A mi padre le concedieron el título que solo empezará a vincularse a los hijos de su heredero, es decir, que solo las hijas y esposa de William serán ladies. -Le corrigió sintiéndose satisfecha por ello.

Marcus no pudo evitar reírse por su más que evidente satisfacción al no ser lady.

-Bien, pues señorita Silvie. Al parecer, ambos somos unos cabezotas carentes de juicio sensato, más, a diferencia de vos, yo puedo impedirlos continuar el viaje si no os plegáis a mis condiciones.

Silvie, que apenas si podía apartar ojos del azul intenso de los de él y a pesar de la cercanía, no se echó hacia atrás, pero sus palabras la hicieron fruncir el

ceño.

-Plegarme a sus condiciones. -Resopló-. Sois un arrogante y demasiado impositivo.

Marcus sonrió echándose hacia atrás para mirarla bien:

-Puede que sea ambas cosas, pero os aseguro que no pienso dar mi brazo a torcer en este asunto y que por ello o salgo de aquí con vuestra promesa de cumplir lo que os pido o regresaréis a Londres sin pisar suelo francés.

Silvie le miró enfadada y masculló entre dientes:

-Está bien, vos ganáis. -Alzó la barbilla y le miró desafiante-. Pero que sepáis que no me caéis en gracia.

Marcus se rio levantándose.

-Bueno, no puedo decir lo mismo. Debe ser que soy fácil de agradar. Bien, *señorita Silvie*, me retiro para que podáis descansar. -Decía caminando hacia la puerta que abrió antes de hacer una exagerada cortesía atravesándola y cerrándola tras él.

En cuanto subió a la cubierta, sin una sonrisa que no podía eliminar de su rostro recordando la cara de querer insertarlo en una pica de la joven, se topó con Gabriel y Thomas que como dos críos inquietos habían decidido también hacer duelos en cubierta. Gabriel lo miró y preguntó:

-Por qué sonríes como un demente.

- ¿Quién sabe? La perspectiva de verme libre de Ariana dentro de poco consigue alegrarme el corazón y levantar mi ánimo de un modo inusitado.

Thomas se carcajeó:

- ¿Desde cuando eres tan florido expresando tus *alegrías*? -Preguntaba con sorna.

- ¿Y desde cuando sois tan curiosos? -Preguntó con el mismo tono-.

Dirigió sus ojos a lord Jillers y su hermano que, de pie junto al timón, conversaban relajados cruzándosele por la cabeza que los americanos eran realmente peculiares. Y no lo era menos la hija y sobrina de esos dos

peculiares hombres. Negó con la cabeza sonriendo, recordando lo ocurrido minutos antes. De pronto pensó que realmente si alguien descubría que el señor Sayer no era tal, estaría en un serio aprieto y lo más seguro en peligro. Miró serio a sus amigos que observaban, aún con los floretes en la mano, la contienda de dos grumetillos que recibían instrucciones del señor Finnegan.

-Vamos abajo que he de contaros una cosa que no ha de ser oído por nadie y menos salir de vosotros.

Sus dos amigos le miraron serios de pronto siguiéndole enseguida hacia las escaleras dejando sobre un barril los floretes. Al alcanzar el camarote que los tres habían de compartir, tomó la botella de coñac que llevaba en su bolsa de viaje y tomó tres vasos de uno de los cajones de la mesa sirviéndolos.

-Creo que debería informaros de algo que he prometido no contar y que, sin embargo, considero conveniente que sepáis pues así actuaréis como sé que lo haréis, con discreción, pero con la adecuada eficacia.

Thomas y Gabriel se miraron y el primero rodó los ojos al tiempo que decía alargando la mano para que le entregase una de las copas:

-Empiezas a adoptar la costumbre de Lucas de dar rodeos innecesarios. Cuéntanos eso prometido callar y déjate de enredos.

-El señor Sayer es, en realidad, la hija de lord Jillers.

Los dos amigos le miraron alzando sendas cejas tras haber tomado asiento.

- ¿Bromeas?

Marcus negó con la cabeza.

-Va disfrazada por entero, de hecho, puedo reconocer que lleva un disfraz muy convincente. -Suspiró dejándose caer en el tablón de madera tras el pequeño saliente en el que estaba apoyado.

- ¿Desde cuándo sabes esto? -Preguntó Gabriel mirándolo con curiosidad.

-Desde hace unos minutos. Mi primer impulso ha sido dirigirme a lord Jillers y exigirle que su hija regrese, más, parece que ella se va a resistir, sin mencionar que asegura haber hecho esto muchas veces. Por supuesto, he insistido que, de continuar, no podrá hacer nada sola sin que le acompañemos

alguno, pero se muestra tercamente intransigente en que no lo sepa nadie pues no quiere que se la trate como una florecilla delicada lo que presume haréis si os enteráis.

Thomas sonrió divertido por la situación:

-Y tú nos informas para que, sin tratarla como una florecilla delicada, la protejamos. -Marcus alzó una ceja inquisitivo-. Has de reconocer que no es esa florecilla delicada, al menos no una sencilla florecilla. La hemos visto blandir la espada y moverse con destreza.

-Y también verse acorralada y reducida por su oponente. -Replicó severo.

Gabriel alzó las cejas sorprendido por su inmediata reacción, como si estuviese de veras preocupado por la joven más allá de la lógica preocupación de un caballero honorable. Sonrió de medio lado mirándolo fijamente.

-Te gusta esa joven.

Marcus le miró entrecerrando los ojos:

-La acabo de conocer, Gabriel.

-Lo que no es obstáculo para la veracidad de mi afirmación. En cuanto posé los ojos en Brianna la supe para mí.

Marcus rodó los ojos:

-No es el caso.

Gabriel se rio lanzando una mirada a Thomas que como él sonrió divertido.

-Bien, como sea, ¿qué hemos de saber de la joven? -Preguntó Thomas como si no diese importancia a lo anterior.

Marcus suspiró antes de tomar un trago de su copa:

-Es terca, muy, muy terca. -Respondió negando con la cabeza.

Gabriel se rio:

-Y no te ha dejado indiferente ni por asomo. -Insistió.

Marcus gruñó:

-Es atractiva, lo admito, pero no vayas más allá que nada hay más allá.

Thomas se rio.

-Creo que ahora nuestro baroncito tiene un motivo extra para librarse de la arpía de Ariana. -Señaló con sorna.

Marcus gruñó dejando la copa en la mesa.

-Tenía que haberme callado y no contaros nada. Me pasa por estúpido.

Los dos amigos se rieron.

-Vamos, hombre, tampoco es malo que te atraiga una joven, aunque promete mandarme aviso antes de informar a tu augusta madre que tu nueva baronesa es americana pues no desearía perderme su cara. -Bromeaba Thomas.

-Pero ¿quién ha dicho nada de una nueva baronesa? -Preguntó parpadeando.

Ambos amigos de nuevo se rieron siendo Gabriel el que señaló:

-Marcus, si no te hubiese llamado la atención la joven, más de lo que dices, habrías guardado silencio y no nos habrías informado de que Sayer es mujer, pero estás preocupado por ella. Tú mismo has de reconocer es un signo muy evidente.

-Sin mencionar la sonrisa bobalicona que lucías al subir a cubierta, la cual no dudo haya sido originada, más que por tu descubrimiento, por el hecho de que esa “terca mujer” como la has descrito, te ha hecho mella. -Añadía Thomas sonriendo con socarronería.

Marcus los miró indistintamente antes de levantarse para alcanzar de nuevo la botella de coñac.

-Os estáis elaborando una completa historia en base, únicamente, a mi aviso de que se trata de una mujer no de un muchacho.

-Una mujer terca y atractiva, según tus propias palabras. -Sonrió de nuevo Gabriel.

-Estáis deseando casarme de nuevo como vuestras esposas, ¿no es cierto?

Thomas se carcajeó por el tono ofendido.

-Desde luego, así cuando ejerzas de padrino contarás con una terca dama que te ayudará en la labor.

-Qué paciencia, por todos los cielos, qué paciencia he de tener con vosotros. - Refunfuñó mientras sus amigos se reían.

-Será mejor que durmamos un rato. Si vamos a ponernos a cabalgar en cuanto desembarquemos, nos convendría descansar. -Sugirió Gabriel desprendiéndose de la levita antes de desprender una de las camas soltando la cadena que la sujetaba a la pared de madera.

Marcus suspiró antes de beber de un trago lo que quedaba de su copa y hacer lo mismo que sus dos amigos. Tumbado en el catre que hacía de cama un rato después miraba la madera sobre su cabeza con sus pensamientos en lo ocurrido unos minutos antes, la conversación con sus amigos y, sobre todo, los castaños ojos enfadados que una hora antes le miraban con impaciencia. Cerró los ojos, molesto pues no podía encapricharse de una joven casadera y menos en ese momento. Sonrió pues estaba seguro de que si esa joven se enterase que

la tildaba de joven casadera le golpearía con fuerza con lo primero que encontrase. Giró el rostro hacia el rincón en el que dormían Gabriel y Thomas maldiciéndolos absurdamente por calarle tan bien. Sí, la señorita Silvie le había hecho mella y no un rato antes sino el día que la conoció y lo empujó apartándolo contrariada por “molestarle”.

Gruñó cerrando de nuevo los ojos. Tenía que concentrarse en encontrar a Ariana y sacarla de su vida de una maldita vez para poder no solo olvidarse de ella sino para continuar con su vida como cualquier otro caballero con deseo de continuar su estirpe. Abrió los ojos mirando de nuevo la madera sonriendo al recordar la mirada de cierta joven, pero también a sus inquietos e impredecibles hermanitos.

-Maldita sea. -Masculló para sí reprendiéndose-. Céntrate, Marcus, céntrate.

Varias horas después unos golpes en la puerta les despertaron. Marcus tardó unos minutos en volver a la consciencia y otros tantos en asearse y vestirse, cosa que desde que era un muchacho que ya empezaba a tener sus escauceos amorosos, era capaz de hacer con soltura y rapidez sin ayuda de valet.

-Milores. -Uno de los grumetes entró con una bandeja con café que dejó en la mesa, no sin esfuerzo por el peso y la falta de espacio ya que con ellos tres moverse en ese camarote resultaba complicado.

Tras tomar su taza, no esperó ni siquiera a sus amigos saliendo del camarote en dirección a cubierta buscando a cierta joven, curioso por saber qué aspecto luciría “el joven Sayer”. Se la encontró sentada sobre un barril con las piernas colgando, bebiendo una taza de algo humeante que presumía té o café mientras escuchaba hablar a su padre y su tío que, junto a ella, intercambiaban algunas palabras. Se acercó a ellos con aire fingidamente distraído bebiendo su café, aunque observaba a la joven sobre el borde su taza conforme caminaba y su aspecto de muchacho despreocupado.

-Milord, capitán. -Los saludó al alcanzarlos.

-Milord. Espero lograseis descansar pues, me temo, en cuanto desembarquemos nos pondremos en marcha para alcanzar Burdeos lo antes posible. -Señaló lord Jillers sonriendo relajado.

-Sí, milord, he descansado, no habéis de preocuparos. ¿Y nuestro joven amigo

ha descansado? -Sonrió con cierto aire travieso ladeando la cabeza para mirar a Silvie que frunció el ceño en cuanto le escuchó referirse a ella.

-Sí, milord, lo he hecho. -Contestó entre dientes.

-Me alegra saberlo sobre todo puesto que seré yo quien sea su compañero de viaje en nuestro primer destino. Con suerte el amigo de milord nos dé alguna pista interesante o algún dato relevante para nuestro objetivo.

Silvie tuvo que contenerse para no rodar los ojos con impaciencia. Miró a su padre intentando que interpretara que ella no quería ser acompañada por ese hombre molesto, pero lejos de lograrlo solo consiguió que este la mirase con tranquilo gesto.

-En tal caso, milord, nos separaremos como habíamos acordado. Yo iré con lord Thomas y lord Gabriel hasta Bergerac y nos encontraremos en la posada a la que mandaremos aviso en cuanto desembarquemos para que nos esperen y preparen nuestras habitaciones.

Silvie abrió la boca para protestar, pero esperó que el barón se alejase un poco tras ser llamado por sus amigos desde el arco de acceso a los camarotes para que tomase su bolsa de viaje y la dejase junto a la de los demás, cerca de donde colocarían la madera para desembarcar en cuanto el barco atracase.

-Papá. -Lo llamó bajando la voz-. No puedes dejarme a solas con un caballero. Te recuerdo que soy una mujer soltera y que viajo sin carabina.

Su padre sonrió travieso pues ese viaje iba a darle la oportunidad de hacer comprender a su terca hija que ya no podía hacer cosas como antes precisamente por su condición de joven casadera.

-Pero cielo, en realidad, no eres más que un muchacho acompañado de un caballero conocido de su patrón.

Silvie resopló mientras su tío William se reía.

-No es divertido. Ese barón es un pesado que solo me estorbará. Iría más deprisa sin tener que estar pendiente de él.

Su padre sonrió de nuevo claramente divertido.

-Además, cielo, vayas o no vayas disfrazada, me sentiré más tranquilo

sabiendo que te acompaña el barón. Después de todo, es conocida en todas las islas su destreza con las armas.

- ¿Lo es? -Preguntó sorprendida y al tiempo molesta-. ¿Y qué hazañas ha realizado para que se conozca tal destreza?

Los dos hermanos intercambiaron una mirada pues uno de los motivos por los que se conocía tal destreza no solo era por sus servicios como oficial durante la guerra, sino también por algunos duelos que hubo protagonizado en esos años pasados.

-En la guerra. Baste decir que dejó patente su destreza. -Se limitó a contestar lord Jillers haciendo a Silvie mirarlo con evidente desconfianza.

Conocía demasiado bien los gestos de su padre para no saber cuándo se limitaba a dar una respuesta meramente formal o carente de contenido. Sabía que esa respuesta escondía la verdad o parte de ella, pero también que, si insistiese, su padre se callaría.

-Bien, creo que en cuanto toquemos puerto podremos ponernos en marcha. - Señaló lord Gabriel colocándose junto a ellos al igual que sus dos amigos-. Capitán, puedo declararos un excelente marino pues no hemos sufrido percance alguno. -Añadía bromista.

Su tío William se rio:

-Quizás no pensaseis lo mismo durante una travesía de mayor duración.

-Quizás. -Se rio negando con la cabeza girando hacia ella-. ¿Y vos, joven Sayer, disfrutáis navegando?

Silvie frunció el ceño mirando de soslayo al barón sintiendo una picazón en el cuello de la sospecha de que había sido indiscreto en cuanto a su identidad, pero ¿cómo estar segura?

-Lo cierto, milord, es que me gusta mucho navegar. -Contestó someramente volviendo los ojos de nuevo a lord Gabriel.

-Que fortuna la vuestra entonces ya que habremos de regresar de nuevo en barco.

Silvie simplemente asintió pensando que era la conversación más tonta que

había tenido en mucho tiempo y precisamente por eso sospechaba que los amigos del barón le estaban poniendo a prueba.

-Bien, en unos minutos empezaremos las maniobras de atraque en el puerto, - Anunció el señor Finnegan haciendo al tío William subir para tomar el timón-, si gustan acercarse a babor podrán observarlas mejor. Señor Sayer, tú mejor ayuda al timonel a dar las indicaciones al capitán.

Silvie saltó del lugar que ocupaba y subió animada hasta donde ya se encontraba su tío. Le gustaba mucho hacer de timonel y Finnegan lo sabía, además, sospechaba que estaba ofreciéndole la posibilidad de alejarse de los caballeros.

- ¿Así que no te agrada ese baroncito inglés? -Preguntó colocándose a su lado una vez ella quedó de pie junto a su tío haciendo a este reírse no solo por la pregunta de Finnegan sino por su tono burlón.

Silvie le miró reprendiéndole solo consiguiendo que el viejo marino sonriese travieso.

-Finn, no querrás ser lanzado por la borda a pocos metros del puerto, ¿no es cierto?

Su tío y el viejo marino se rieron.

-Ay niña, si no fuera porque eres poquita cosa sentiría miedo.

-Yo no soy poquita cosa. -Espetó poniendo los brazos en jarra mirándolo furiosa arrancándole una carcajada a ambos hombres-. Te iba a dar una buena tunda.

Su tío se reía sin parar mirándola divertido.

- ¿Quién te ha enseñado semejante expresión?

Silvie se encogió de hombros.

-El sargento suele decirla cuando un detenido se resiste. “O te estás quieto o te doy una buena tunda”. -Lo imitó.

Ambos hombres se rieron negando con la cabeza:

-Bueno, cielo, dime, ¿por qué no te gusta el baroncito inglés? -Preguntó su tío

del mismo modo que Finnegan.

Silvie resopló.

-Se ha empeñado en venir a visitar a Lumiere, como si no me creyese capaz de hacerlo y, además, es un arrogante y un engreído. -Contestó con gesto terco y en el fondo cierto tono de contrariedad meramente irracional.

Su tío sonrió:

-Bueno, si te sirve de algo, todos los nobles ingleses parecen dotados de una buena dosis de arrogancia y petulancia.

-Lo siento, tío, pero no me sirve de gran cosa. Saber que hay más como él no aliviará el que desee golpearle durante todo el camino por ser tan impositivamente altivo.

Los dos hombres se carcajearon tanto por su respuesta como por su gesto de contrariedad incontrolable.

Marcus, apoyado sobre la madera de la cubierta por babor, mantenía la cabeza ladeada con la vista fija no en el mar ni en el puerto sino en cierta joven disfrazada y los dos hombres colocados a ambos lados de ella que no hacían sino reírse y por los gestos de ella parecía ligeramente furiosa por las risas de ambos.

-Deja de espiar al “muchachito”, Marcus. -Susurró a su lado Thomas claramente divertido.

-No lo espío. -Se defendió inútilmente-. Bueno, quizás sí. Solo quiero asegurarme de que ese disfraz es creíble.

Gabriel se rio a su lado lo que le hizo mirarlo.

-Ha de serlo pues durante todo el tiempo que jugamos a las cartas no se me pasó por la cabeza que fuere mujer y eso que la observaba las más de las veces pues perder mano tras mano empezaba a molestarme.

-Es hábil con los naipes. -Sonrió Thomas negando con la cabeza-. O eso o estamos perdiendo muchas facultades, caballeros.

-No creo que sea el caso, más, por el contrario, sí que creo que es bastante hábil con las cartas. Quizás milord la enseñase para alguna investigación. -

Meditó en alto.

Thomas se rio apoyándose en la baranda de madera observando ya los barcos atracados y el bullicio más allá en el puerto.

- ¿Serás capaz de controlarte con el muchachito cuando te dejemos solo o conviene que uno de nosotros te acompañe? -Preguntó sin mirarlo.

- ¿Controlarme? -Preguntó molesto y ligeramente ofendido-. No soy un crápula que se vaya a abalanzar sobre una joven inocente.

Thomas sonrió mirándolo por encima del hombro:

-No me refería a ese tipo de control sino a la vena protectora que a veces nos sale a todos y que según nuestras damas a veces las asfixia. Al parecer, nos volvemos en exceso sobreprotectores y muy ariscos cuando intuimos el más mínimo peligro. Estarás a solas con el muchachito y todos sabemos que sin la compañía de nadie más sentirás el deber de protegerlo más allá de incluso sus deseos.

Marcus suspiró girando el rostro en dirección a donde se encontraba precisamente el objeto de su conversación riéndose con ese viejo marino.

-Intentaré controlarme, sí. -Aceptó finalmente.

Gabriel lo miró de soslayo y después a Thomas con una sonrisa en los labios.

-Nos reuniremos en la posada que mencionó milord, Marcus. Con suerte, para entonces, tengamos alguna pista fiable que nos lleve directos a Ariana.

-Dime una cosa. -Thomas se enderezó y giró todo el cuerpo para poder mirarlo cara a cara-. Si Ariana se encuentra en un serio aprieto, lo que no debiéremos descartar dada su tendencia a meterse en líos, ¿saldrás en su ayuda?

-No. -Respondió tajante-. Bastante hice con no denunciar el robo de las joyas del título cuando escapó. Lejos de eso queda ya mi responsabilidad para con ella y los líos en los que se meta o se haya metido.

Thomas asintió firme:

-Bien, porque Lucas me hizo prometer antes de partir que te impediríamos ayudar a esa arpía y menos ponerte en peligro por ella.

Marcus gruñó:

-Lucas mejor que nadie sabe que mi sentido de la lealtad para con ella murió el día que vi su verdadero rostro. Nada le debo y nada voy a darle.

-Bien, pues si lo tienes claro, te aconsejo que desde hoy mismo procures congraciarte con tu nueva baronesa y te aseguras un futuro provechoso con ella. Creo que congeniará a las mil maravillas con Brianna. -Sonrió Gabriel.

Marcus iba a protestar, pero un grito del vigía les hizo mirar hacia el mar para observar mejor las maniobras de ataque.

Apenas dos horas después se encontraban en las caballerizas de la posta donde les esperaban las monturas que habían alquilado y mientras lord Jillers conversaba con el que era un joven mozo que los acompañaría, él observaba a su “compañero de viaje” que aseguraba su silla y su pequeña bolsa de viaje en el lomo del caballo.

Silvie notando una picazón en el cuello se giró de golpe encontrándose a lord Marcus observándola a pocos metros. Suspiró pesadamente antes de mirarle desafiante solo logrando que él le sonriese con esa sonrisa que parecía hecha solo para canallas que se saben realmente seductores y algo dentro de ella sospechaba que el barón lo era. Tenía todo el aspecto de serlo. Rico, con título, extremadamente guapo, fuerte y elegante y con ese aire de poder y arrogancia que haría las delicias de las mujeres. Sin duda esa mandíbula cuadrada, esos ligeros hoyuelos que le salían al sonreír y los ojos tan claros robarían los colores a todas las mujeres. Suspiró reprendiéndose a sí misma por fijarse y pensar de ese modo sobre él. Había de recordarse que no le agradaba y que le consideraba un impertinente entrometido. Alzó los ojos topándose justo delante de ella. Se había ensimismado y no se había percatado que se había acercado a ella.

-Bien, señor Sayer, ¿todo listo? -Preguntó con ese tono que ella empezaba a tomar como burlón.

-Sí, milord, todo listo. -Se limitó a contestar.

Marcus sonrió pasando un brazo por encima del hombro de ella alcanzando la silla del caballo tras ella asegurándose de que estaba bien sujeta. Bajó los ojos hacia ella notando ya su olor impregnando sus fosas nasales.

-Tendrás que dejar de usar perfume o te descubrirán.

Silvie gruñó obviando que se hubiese dirigido a ella sin formalidad:

-No llevo perfume, milord. El olor que notáis es el de.... -Señaló al otro lado donde un par de niñas de apenas doce años miraban a Silvie como si fuere un caramelito.

Marcus alzó las cejas y no pudo evitar carcajearse por la situación.

-De modo que como muchachito arrobáis a las jovencitas...

Silvie le empujó hacia atrás para impulsarse y subir al caballo.

-Sois un incordio. -Masculló molesta pues ciertamente esas dos niñas se habían acercado a ella mientras preparaban las monturas y con tal de quitárselas de encima consintió en que las dos le dieran un beso en la mejilla para así contentarlas.

Marcus aún se reía tras ella auparse sola al caballo.

-Dado que no he de esperar que mi padre esté listo, os aviso milord que yo parto ya. -Señaló bajando la voz al tiempo que giraba su montura para dirigirla hacia donde estaba lord Jillers conversando con el mozo.

Marcus detuvo de golpe su risa apresurándose a auparse al caballo sospechando que esa terca joven sería capaz de dejarlo atrás sin remordimiento alguno. Se aupó de un salto al caballo girándolo en la dirección de ella haciendo una señal a sus amigos que, de pie, junto a sus monturas le observaban con evidente diversión.

Vio a Silvie decir algo a su padre al ponerse a su altura y a este asentir antes de meter en la alforja del caballo de su hija lo que parecía un legajo de cuero donde se enrollan documentos. Después ambos dirigieron sus miradas hacia él, aunque con distinto gesto en sus miradas. Lord Jillers lo miró con tranquila paciencia mientras que su hija, por el contrario, bajo esas falsas ropas y cabellos le lanzaba una impertinente mirada de impaciencia y contrariedad. Marcus sonrió con inocencia conteniendo una carcajada pues empezaba a encontrar francamente hilarante la contrariedad de la joven hacia él.

-Milord, nos reuniremos a medio camino de Bergerac. -Sonrió con amabilidad a lord Jillers alcanzando la montura de su hija-. Señor Sayer, puede usted

guiarme hasta la residencia de ese amigo que va a informarnos.

Silvie rodó los ojos con impaciente resignación.

-No vamos a su residencia sino a su oficina.

-Interesante... -Sonrió canalla sabiéndola a punto de intentar empujarlo para lanzarlo del caballo-. ¿Y a qué se dedica ese amigo?

-Es gendarme. -Respondió sonriendo traviesa.

- ¿Policía? -Preguntó sorprendido.

-Sí, es un hombre de ley, milord, por lo que os conviene comportaros honradamente. -Clavó los talones en los costados de su montura azuzándola para salir al galope.

-Honradamente. -Murmuró viéndola salir presta mientras él se quedaba atrás observándola. Negó con la cabeza y miró a lord Jillers-. ¿Esperáis que os devuelva a ese muchacho de una pieza, milord?

Lord Jillers se rio:

-No solo lo espero, milord, sino que por vuestro bien os aconsejo que me lo devolváis intacto salvo que queráis recibir sepultura en tierras francesas.

Marcus sonrió negando con la cabeza antes de llevarse la punta de los dedos al borde del sombrero en señal de despedida y espolear su caballo para seguir a ese “muchacho impertinente” como empezaba a pensar en la joven.

Silvie fue casi todo el trayecto siguiendo los caminos, pero conforme se acercaban al pequeño enclave costero en el que se reunirían con Lumiere tomó caminos que atravesaban algunas pequeñas granjas.

-Espero no recibir un disparo de algún vecino de la zona por atravesar sus campos sin permiso. -Dijo Marcus colocándose a su lado siguiendo su ritmo.

Silvie se rio mirándolo de soslayo.

-Vamos, milord, no seréis de esos que se asustan por cualquier posible peligro incluso los imaginarios ¿no es cierto?

-Dudo que un granjero armado sea imaginario. -Se rio por su impertinente respuesta.

Silvie se rio.

-En esta zona solo hay un vecino y es un viejecito encantador que vive junto a su esposa.

Marcus la miró someramente pues en ningún momento parecía dispuesta a bajar el ritmo y menos detenerse.

- ¿Conocéis bien esta zona?

- He acompañado a mi padre en varias ocasiones atravesando este territorio.

Marcus frenó el caballo para detenerlo de golpe logrando que ella se viere obligada a hacer lo mismo, aunque lo miró como si no comprendiese qué ocurría.

- ¿De verdad no ves nada malo en acompañar a tu padre en sus investigaciones? ¿Y si le ocurriese algo quedando tú sola en un país extraño? ¿Y si te ocurriese a ti? -Preguntaba ignorando ya toda formalidad.

-Sabría qué hacer. -Respondió tajante-. Mi padre me ha enseñado bien y aunque no lo hubiere hecho, no carezco de inteligencia, milord, sabría actuar más allá de dejarme llevar por histrionismos absurdos.

Marcus parpadeó sorprendido por su respuesta. Impertinente, terca, demasiado inteligente para su bien y lo más desconcertante, con la capacidad de dejarlo sin oportunidad alguna para replicarle. Gruñó para sí negando con la cabeza.

-Continuemos antes de que pierda la poca paciencia que tengo contigo y te baje de ese caballo para darte unos azotes.

Silvie resopló:

-Se os olvida que soy americana y no una damisela inglesa y que yo, milord, tomaré revancha de cuanto oséis hacerme, claro que sería más exacto decir, de cuanto intentaseis hacerme pues, os aseguro, antes de darme azote alguno yo os habría azotado con la fusta.

Marcus se carcajeó:

- ¿Intentas desafiarme “impertinente muchachito respondón”?

Silvia alzó el mentón:

-Si os desafiase, milord, seguramente lo haría a los naipes, de sobra ha quedado acreditado que os derrotaría sin apenas esforzarme.

Marcus se rio negando con la cabeza pues era peleona con cierta dosis de temeraria inconsciencia.

- ¿Y no te has planteado que no nos esforzamos en exceso para no abusar de un jovenzuelo?

-Me lo habría planteado si no supiere que no es cierto. Os concentrasteis “en exceso” -replicó con cierta malicia usando su propia expresión- y, siendo fiel a la verdad, fui yo la que no se esforzó en exceso cuando me di cuenta de que, de querer, podría haberos dejado sin un chelín sin siquiera afinar mis habilidades.

Marcus sonrió divertido.

-La arrogancia no es buen augurio de futuro prometedor.

-Pues en ese caso, milord, estáis abocado a un futuro desastroso. -Sonrió satisfecha antes de girar su montura-. Será mejor que continuemos. Aún tardaremos media hora en llegar.

Azuzó el caballo y él se apresuró a alcanzarla sonriendo.

Al llegar a su destino y tras dejar los caballos en manos del mozo de una caballeriza, fueron directos a la oficina de la gendarmería. Para su sorpresa “el amigo” que iban a visitar era un hombre francamente apuesto, de unos treinta años, con esos rasgos tan de la aristocracia francesa que hacía las delicias de las damas.

-Lumiere. -Lo saludó Silvie sonriendo bajo su aparente indiferencia de jovenzuelo tranquilo.

-Sayer. -Le correspondió dándole la mano sonriendo-. Entrad a mi despacho.

Los guio hasta un despacho pequeño, pero bien ordenado y luminoso momento en el que él aprovechó para observarlo mejor pensando que ese hombre no era un simple policía. En cuanto cerró la puerta lo vio acercarse a Silvie y quitarle la gorra sonriendo.

-Llegáis tarde.

La vio sonreírlo antes de ponerse de puntillas y darle un beso en la mejilla con confianza, lo que de algún modo no solo no le gustó, sino que sintió molestarle de tal forma, de una manera tan palpable que se tensó incómodo por esa reacción.

Al ver la cara de sorpresa de su amigo por besarlo “supuestamente siendo un muchacho” a los ojos de los demás sonrió:

- No te preocupes. Él ha descubierto que soy mujer. Es el barón de Varité. Milord, él es Germain Fabrice al que todos llamamos Lumiere.

-Cuando dice todos quiere decir que solo ella y sus hermanos me llaman así. - Sonrió rodeando la mesa haciendo un gesto para que tomaren asiento-. Bien, milord, encantado de conocerlos.

-Supongo que no he de andarme por las ramas y que sabréis qué motivo nos ha traído ya que lord Jillers os ha pedido ayuda para obtener información de mi... bueno de mi anterior esposa. -Se apresuró a corregirse no deseando tildar a Ariana de esposa en modo alguno y menos delante de Silvie, aunque no supiere realmente el motivo de ello.

Vio al hombre asentir tras carraspear.

-De hecho, milord, he de deciros que la situación de la dama por la que estáis aquí no es la misma que hace varias semanas.

-Temo preguntar esto, pero ¿a qué os referís? -Preguntó con evidente desgana y tensión.

-Pues, desde que mandé aviso a milord, he ido descubriendo nuevos detalles de esa dama y no precisamente halagüeños. Me temo que se ha enredado con peligrosas compañías.

Marcus suspiró pesadamente.

-Ella en sí misma es una mala compañía. -Reconoció con pesar.

Lumiere sonrió divertido no solo por la respuesta sino por la actitud calma del lord inglés.

-Seguramente estéis en lo cierto, milord, más, las compañías que ahora ha decidido tener a su lado, no lo son menos. Su anterior compañero de... -

desvió ligeramente los ojos hacia Silvie antes de carraspear y añadir... de viaje... -Silvie rodó los ojos con callada resignación porque sabía intentaba evitar la palabra amante delante de ella... Richard Lindle, ha sido abandonado a su suerte, o, mejor dicho, a la suerte de sus muchos acreedores y su lugar lo ocupa ahora un caballero llamado Devris, . ¿os es familiar, milord?

Marcus negó con la cabeza al tiempo que decía:

-En absoluto. ¿Sabéis quién es? Decís que es “una compañía no muy recomendable”.

Lumiere sonrió sacando de un cajón varias hojas que le cedió. Silvie se inclinó hacia la derecha para poder verlas también sin siquiera pedir permiso lo que hizo que Marcus, que sostenía las hojas entre los dedos la mirase alzando una ceja y una sonrisa de medio lado.

- ¿Qué? -Protestó ella-. Es información que debo conocer para saber juzgar a los personajes que rodean a la mujer que buscamos.

Marcus se rio entre dientes negando con la cabeza acercando un poco los papeles hacia ella para que los pudiese leer mejor.

-Umm... un caradura profesional. -Señaló tras leer varios de los renglones.

Marcus se rio de nuevo:

-Parece una conclusión acertada. -Señaló divertido antes de desviar los ojos a Lumiere-. Entiendo entonces que este... caballero, no es sino un estafador experto.

-Estafador y no precisamente con escrúpulos. -Aseveró-. No le importan ni los actos que ha de hacer para conseguir sus propósitos ni tampoco las consecuencias que para otros puedan derivarse de ellos si con eso logra lo que se propone.

-Bien, en tal caso, solo puedo decir que no es sino la némesis perfecta para Ariana. -Silvie que ya se había enderezado y recobrado su lugar correcto en su silla alzó las cejas sorprendida por tal franqueza-. Bien, supongo que ahora lo que corresponde preguntar es ¿dónde se hallan? No os preguntaré que se proponen pues me es indiferente. Solo quiero informarla de su nuevo estatus de mujer ajena a mi vida, mi título y mi posición. Después de eso, poco a nada

me importará lo que suceda con ella.

-Es bueno saberlo, más, no es mi caso, milord, pues si, como sospecho, intenta estafar con ayuda de ese tal Allen Devris, a un pobre ingenuo que perderá algo más que una buena fortuna de manos de vuestra... de esa mujer, me veré en la obligación no solo de avisar a esa pobre alma cándida, sino de evitar que logren sus propósitos.

Silvie sonrió:

-Eso significa que nos acompañas ¿no es cierto?

Lumiere le devolvió la sonrisa:

-No pensarías que iba a dejar sueltos en mi país a dos colonos locos, por mucho que a uno de ellos le hayan nombrado lord.

-Somos una nación soberana e independiente, no lo olvides. -Sonrió ella con orgullo.

Marcus que por momentos empezaba a sentir una seria molestia por ese hombre y el modo familiar con el que se dirigía y comportaba con la joven, no estaba muy seguro de que le agradase la “compañía” del mismo durante lo que quedase de camino.

-Bien, -Lumiere se levantó con una amigable sonrisa en el rostro rodeando la mesa-, pues como presumo lord Jillers esperará pronto el regreso de este “caballero de medio pelo”, no conviene que por mi culpa se retrase en exceso el reencuentro con ese lord americano.

Silvie se reía poniéndose también en pie, causando estragos en el cuerpo de Marcus pues al rodear la silla no pudo evitar que sus ojos fuesen a parar al trasero perfectamente redondeado de esa terca mujer que marcado como estaba bajo esos pantalones, parecía hecho para ser mordisqueado por él. Contuvo un gruñido a tiempo de apresurarse en ponerse también en pie y salir de la estancia siguiendo la estela de ese muchachito impertinente.

-Os acompañaré hasta la posada donde podrán degustar un delicioso desayuno mientras me encargo de mandar preparar mis enseres y mi caballo. - Continuaba diciendo Lumiere mientras les conducía hasta la calle.

-No te retrases o te dejaremos atrás. -Aseveraba Silvie sonriéndole traviesa lo

que no hizo sino molestar un poco más a Marcus.

-No te atreverás a dejarme atrás pues, de hacerlo, sabes que no solo os daré alcance con facilidad, sino que después recibirás un severo castigo.

Silvie le sacó la lengua antes de girar y caminar con paso vivo hasta el otro lado de la calle obviamente conocedora del lugar y de dónde se dirigían.

Marcus la observó desde la acera, de pie junto a Lumiere, y suspiró:

-Os esperaremos en la posada, señor Fabrice.

Sin esperar respuesta siguió la estela de esa endemoniada mujer que se movía con excesiva soltura bajo esa apariencia de muchacho despreocupado mientras que él, por momentos, se ponía tenso como una cuerda al saberla capaz de eludirlo quedándose sola lejos de su mano. Apretó el paso ante esa idea alcanzándola justo antes de que pusiere un pie en la posada y tomándola del brazo la llevó hasta una pequeña callejuela apoyándola contra una pared mientras él se cernía ligeramente sobre ella para poder mirarla más de cerca y cara a cara.

-No vuelvas a alejarte sin esperarme.

Silvie lejos de mostrarse sumisa, lo cual él obviamente no esperaba a esas alturas, resopló molesta rodando los ojos.

-No seáis pesado. Nada iba a ocurrirme por cruzar la calle. Además, conozco este lugar mejor que vos. Si acaso es vuestra seguridad la que corre peligro de alejaros de mí.

Marcus no pudo evitar que se le escapase una ligera sonrisa por su respuesta.

-Hablo en serio. -Insistió borrando lo más deprisa posible esa sonrisa-. No te alejes o prometo que te enviaré de regreso a Inglaterra custodiada por dos severos cancerberos.

-Qué pesados sois los aristócratas ingleses. -Refunfuñaba librándose de su agarre comenzando a caminar de regreso a la posada con él a punto de agarrarla del cuello para estrangularla o simplemente para asegurarse de que o se alejase.

-Pues este aristócrata inglés está a un paso de amordazarte y llevarte atada en

la grupa de su caballo.

Silvie giró como un resorte poniendo los brazos en jarras encarándolo con gesto cabezota:

-No os atreváis a pensar siquiera que lograréis someterme pues lejos de vuestra mano está lograr tal proeza. Antes os insertaré en una pica.

Marcus se rio convencido de que sería capaz de llevar a cabo su amenaza, aunque solo fuere por pura cabezonería.

-Vamos, mi fiero señor Sayer, tomemos algo caliente para atemperar el cuerpo y con suerte las buenas gentes de este lugar sabrán preparar un té decente.

-No lo creo. -Sonrió Silvie animada de nuevo echando a andar con paso vivo hacia la posada-. Aunque no dudo un buen café sí podemos degustar.

De nuevo la seguía, como empezaba a considerar ya su sino, sin apartar los ojos de esas caderas que ahora que la sabía mujer podía juzgar algo más que apetitosas como ese trasero apenas disimulado bajo los pantalones y las alas de su levita de muchacho.

Al entrar en la posada tomaron asiento en un bonito rincón junto al ventanal desde el que se veía la calle principal. Resuelta, ella pidió un copioso desayuno para ambos indicando al mesonero que un poco después se les uniría un tercer caballero.

-Deduzco conoces bien al señor Fabrice.

Silvie asintió sin quitarse la gorra gesto que él ya comprendía hacía para evitar delatarse ante posibles curiosos.

-Es amigo de mi padre y mi tío y, desde que nos instalamos en Londres, hemos estado varias veces por esta zona por alguna investigación y Lumiere nos ha visitado en varias ocasiones en Londres. Hace dos meses estuvo en casa durante varias semanas.

Marcus frunció el ceño molesto de nuevo por esa familiaridad.

- ¿Es vuestro pretendiente? -Se le escapó sin tiempo de contener esa lengua traidora.

Silvie sonrió divertida.

-Si lo fuese menudo canalla resultaría. Lumiere está comprometido con lady Adele Chiterry.

Marcus frunció el ceño pues no conocía a esa joven.

- ¿Y ella es...? -La azuzó.

-Mi mejor amiga. -Respondió tajante para de inmediato sonreír cuando el mesonero y una jovencita se pararon junto a la mesa comenzando a extender las viandas-. Umm, qué delicia. -Sonrió asertiva de lo que veían sus ojos lo que a él inevitablemente también le hizo sonreír porque era evidente esa terca mujer era apasionada en todos los aspectos de su vida mostrando con franca sinceridad sus opiniones.

La observó devorar con placer varios bollos y pescado ahumado mientras él apenas si bebía con calma su café.

-Bien, ¿quién es lady Adele Chiterry? Además de la mejor amiga de una comilona joven y prometida de un gendarme francés.

Lejos de contestar, ni siquiera de sentirse ofendida por haber sido tildada de comilona, Silvie mordisqueó un nuevo bollito de crema antes de sonreírlo.

-Lumiere no solo es un “gendarme francés” también es el nieto del marqués de Crumble y su heredero.

Marcus alzó ambas cejas sorprendido pues ciertamente conocía al cascarrabias marqués y también la historia de su encontrado heredero, el hijo de su único hijo varón que, tras la muerte del padre, fue secuestrado y de cuyo paradero no se supo nada hasta que el propio marqués anunció hacía tres años al menos, que su nieto había sido hallado.

-El señor Fabrice es el nieto del marqués de Crumble, ¿hablas en serio?

Silvie sonrió dejándose caer en el respaldo del asiento con relajada complacencia:

-Mi padre y Lord Carpenter lo encontraron hace cuatro años. Su tía, la hermana de su padre e hija del marqués, se lo entregó a unas monjas francesas diciéndoles que era su hijo bastardo y que debían llevárselo para no destrozarse su reputación. En realidad, lo único que pretendía era lograr que su primo se convirtiera en el heredero y ella en su marquesa pues mantenían una relación

secreta y una vez desaparecido el heredero, ella y ese primo celebraron una boda que escondía un complot entre ambos.

Marcus frunció el ceño pues sabía que el marqués solo había reconocido el nombre de su heredero ante su majestad y que su sobrino, hasta ese día heredero, había sido enviado lejos, pero todos pensaban que era porque se sentiría enfadado o despechado por perder el título que durante años creyó suyo.

- ¿Y por qué no se ha presentado como lord Groster que si no me equivoco es el título de cortesía que ostenta?

Silvie se rio:

-Le gusta más ser Germain Fabrice que lord Edward Allen Richmond.

Marcus no pudo evitar sonreír por el chascarrillo de fondo tras ese comentario.

-Pero has dicho que está comprometido con lady Adele, de modo que ha admitido su condición y parece dispuesta a asumirla.

-Una cosa no quita la otra. Asume quién es por cuna y sangre, pero aún no tiene que asumir obligaciones más allá que la de comprometerse a hacer honor a su nombre y al de su familia. El marqués goza de bastante buena salud así que unos años le quedan aun siendo tal.

Marcus sonrió negando con la cabeza porque solo un americano pensaría de tal modo. Cualquiera otro aprovecharía las ventajas de ser heredero de una de las casas y títulos más antiguos de las islas y disfrutaría de los privilegios de esa condición hasta que tuviere, además, que hacerse cargo de las responsabilidades.

-Ya estoy aquí. -El mentado hasta ese momento tomaba asiento en la mesa y sonreía con aire tranquilo sirviéndose varias de las viandas de la mesa mientras Silvie le servía una taza de café.

-El barón siente curiosidad por tu forma de presentarte, lord Groster.

Lumiere alzó las cejas y después miró a Marcus.

-Supongo que mientras esté en tierras francesas prefiero seguir con mi

identidad francesa, milord. Además, desde que se descubrió mi verdadero origen, solo he tenido que asumir mi condición de noble inglés a petición de mi abuelo ante la reina y ante el padre de mi prometida ya que solo ese título me garantizaba ser “digno candidato” para su hija.

Silvie se rio.

-Dudo que por mucho título inglés que ostentes el padre de Adele considere digno candidato a un “franchute de ideas burguesas”.

Lumiere se carcajeó.

-Sayer, te recuerdo que llevando esos ropajes nadie considerará inadecuado darte azotes por impertinente e irrespetuoso con caballeros de mejor posición que tú.

Silvie resopló:

- ¿Qué caballeros? Yo solo veo a un arrogante inglés y a un franchute aburguesado.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Señor Fabrice, si gustáis darle azotes no seré yo el que os detenga.

Esta vez fue Lumiere el que se rio desviando los ojos hacia Silvie a la que miró con maliciosa diversión.

-No te atreverás porque le diré a Adele que has sido malo conmigo y ella se encargará de torturarte.

Lumiere soltó una carcajada.

-Te creo muy capaz de contarle cualquier idea descabellada que se le ocurra a esa peligrosa cabecita tuya.

Silvie sonrió con traviesa malicia:

-Y que no se te olvide. -Lo amenazó claramente bromista.

-Bien, entonces, hemos de dirigirnos hacia el camino de Burdeos para encontrarnos con lord Jillers y ¿después?

Lumiere miró a Marcus serio:

-Después, milord, habremos de dirigirnos al norte. Vuestra... quiero decir, la dama se encuentra en la propiedad del baronet de Viscon, un anciano al que intentan engatusar y que de lograrlo dudo tenga una vida muy larga. La dama se encuentra en serio apuros económicos y su nuevo socio es demasiado ambicioso y despiadado para no aprovechar la oportunidad de desplumar con rapidez a ese ingenuo.

Marcus asintió mirando el mapa que le cedía Lumiere señalándole un punto más allá de Burdeos.

- ¿Este baronet conservó sus propiedades durante el régimen de Napoleón? - Preguntó Marcus frunciendo el ceño.

-Si me estáis preguntando si colaboró con Napoleón la respuesta es sí, colaboró con él, de hecho, logró no solo heredar el título “antes de lo que hubiere ocurrido de modo natural”, sino también que el régimen le respetase sus privilegios y los viese incrementados desvelando datos de algunos nobles a los que se persiguió.

-Entiendo... e imagino ahora está bien posicionado económicamente pero no socialmente.

-Así es. Los de su rango lo desprecian y los comerciantes de los que durante el régimen de Napoleón se aprovechó, están deseando verle caer en desgracia. Esa dama y ese tipejo, le han prometido una posición predominante y una buena acogida por su dinero y su título en Londres, auspiciados por ellos y por las supuestas relaciones de ambos entre la aristocracia.

-Lo que se acabaría en el instante mismo en que sepa que esa dichosa mujer ha dejado de ser baronesa de Varité y que no es precisamente mejor acogida en Londres que él en Francia.

Lumiere asintió:

-El baronet no es un hombre muy digno de piedad, más, tampoco es merecedor de caer en las garras de esa pareja de estafadores, especialmente porque dudo su vida se alargue en exceso tras la estafa siendo sus dos hijas las que pagarán las consecuencias de esa estafa y de esa mala situación en la que lo dejen.

- ¿Sus hijas? -Preguntó Silvie interesada.

-Hijastras, en realidad. Hijas de su segunda esposa que murió tras una “sospechosa” caída de un caballo.

- ¿Sospechosa? -Preguntó interesada.

-Eso cree el mayordomo con el que estuve hablando hace semanas. Cree que la joven señora fue víctima de la mano de su señor. Al parecer, el padre de la joven la casó con el baronet tras enviudar siendo muy joven teniendo a su cargo a dos pequeñas de pocos meses. Su relación con el baronet no fue buena desde el inicio y el baronet no gustaba que su esposa se le rebelase.

- ¿Y las dos niñas?

-Apenas tienen cinco y seis años. Están en manos de unas religiosas en el internado de señoritas de Bergerac.

-Pobrecillas. ¿Y qué pasará con ellas?

-Pues si ese viejo estúpido no se deja desplumar antes de morir, ellas heredarán su fortuna ya que carece de otro heredero o familiar que pueda sucederle en el título y será la hermana de su madre la que seguramente se haga cargo de las pequeñas.

-Ah, bueno, supongo que eso no es malo entonces.

-Pero si le despluman, perderán toda la herencia y pasarán a depender de la caridad de los familiares y ese no es el mejor de los destinos para dos jovencitas.

Marcus chasqueó la lengua, comprensivo de esa verdad.

-Lo que es un mal comienzo para jóvenes vidas especialmente siendo niñas. Entiendo...

Silvie frunció el ceño:

- ¿Por qué piensas que la hermana de su madre, la tía de las pequeñas, no las acogerá de buen grado si no es con un dinero tras ellas? Son su familia, ¿no es cierto?

-Lo son. -Contestó Lumiere ya que era a él al que miraba fijamente-. Más, no olvides que el abuelo de esas niñas obligó a la madre a casarse para mejorar su posición, que he de decir no era por entonces muy halagüeña, es decir, que

indicios existen de que solo acogerán de buen grado a esas niñas de saberlas provechosas para ellos.

-Ah, ya, bueno, entonces asegurémonos de que ese estúpido baronet no pierda su fortuna antes de que las pequeñas hereden.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Tu preocupación por el bienestar del baronet es conmovedor.

Silvie bufó:

-Ese hombre no merece conmiseración dados sus actos anteriores guiados solo por su ambición, avaricia e interés. Sus hijastras en cambio sí, especialmente si esa sospecha de que el baronet mató a su madre es cierta. Menudo sapo.

Lumiere y Marcus se carcajearon por su exabrupto final.

-Bien, pues sapo o no intentemos que no se vea despojado de sus tesoros antes de conocer a su hacedor. -Señalaba Marcus riéndose mientras veía el gesto terco y decidido dibujado en el rostro.

Lumiere se levantó para abonar la cuenta mientras Marcus y Silvie salían dirigiéndose directamente hasta los establos donde hubieron dejado sus monturas. Ahora que sabía que a pesar de la confianza entre ellos no iba más allá de una cordial amistad, Marcus no sintió la compañía de Lumiere como una amenaza lo que de algún modo debía alarmarlo pues eso rebelaba más incluso que su constante tendencia a seguir con la vista a la joven hija de lord Jillers. Sonrió involuntariamente fijándose en sus andares pues iba unos pasos por delante de él. De pronto supo a qué le recordaba esa forma de moverse y no era sino a Samuel, el hijo de Lucas. Andares de muchacho travieso. Quizás imitaba de modo involuntario el andar de su propio hermano, del joven William. Al alcanzar el establo tomaron sus monturas y las llevaron fuera para esperar a su acompañante que no les hizo esperar pues allí estaba ya, sobre su zaíno, cuando llegaron al arco de salida. Casi de modo inconsciente se acercó a la joven para ayudarla a subir, pero ella, al intuir su gesto le dio un manotazo antes de que su mano alcanzara su cintura y le miró reprobatoria. Marcus contuvo a duras penas una carcajada mientras daba un paso atrás sonriéndola reconociendo así su error aunque solo por el modo en que ella lo miraba se sabía a punto de recibir varios golpes en la cabeza. Se alejó un poco más para

dejarle espacio, pero cometió otro pequeño error y no fue sino fijarse en su trasero cuando se impulsó a la silla. Casi gime por lo mucho que esa visión causaba en su anatomía que lejos de obedecerle parecía rebelarse y obviar donde y con quiénes se hallaba.

Al subir a su caballo tomó un par de bocanadas de aire antes de girar la montura y ponerse junto a los dos que ya le esperaban.

-Bien, señor Fabrice, guíenos hasta el lugar donde habremos de reunirnos con milord.

Enseguida salieron del pequeño enclave y tomaron un sendero que atravesaba gran parte del terreno que iban a recorrer. Silvie, montada en silla de caballero, sintiéndose cómoda y más segura en ella, no tenía problema en seguir el ritmo marcado por Lumiere y no pidió por ello que fueren por caminos más cómodos o de montura lenta. Marcus, por su parte, no hacía más que dejarse guiar, si bien no perdía de vista a la joven. No descendieron el ritmo hasta alcanzar la loma de una montaña desde la que se vislumbraba Burdeos. Ya empezaba a anochecer por lo que a trote más suave tomaron el camino que les conducía a la posada donde habían de reunirse con los demás.

-No puedo sino reconocer que recorrer Francia sin el temor a ser atacado a cada instante no deja de ser agradable.

Lumiere le miró esbozando una media sonrisa.

-Supongo que, en tal caso, deberemos agradecer que no haya de tomar partido y decidir si dispararos o no, milord. Después de todo, aunque no fuese bonapartista y tampoco luchase con sus tropas, no dejabais de ser unos invasores en mi tierra.

Silvie sonrió:

-Tu tierra es Inglaterra. Naciste allí.

-Un detalle menor. -Contestó riéndose entre dientes.

- ¿Crees que mi padre habrá descubierto algo de ese prestamista?

Lumiere asintió:

-Dudo que ningún prestamista que se precie pierda de vista a sus deudores,

especialmente cuando le deben una suma elevada de dinero.

- ¿Es alta? -Insistió ella.

-Según creo lo es. No alcanzo a saber a cuánto asciende, pero seguro que no es nimia si acudieron a ese prestamista a pedir fondos.

-Y ahora pretenden hacerse con los fondos necesarios para pagar esas deudas con un sapo que es baronet.

Marcus se rio negando con la cabeza.

-Si es que no se fugan antes con esos fondos dejando a ese prestamista y a cualquiera que les prestase dinero sin posibilidad alguna de recuperar su dinero. Ariana no es lo que se dice una mujer con tendencia a dejar escapar de sus manos el dinero y menos aún atender a responsabilidad alguna como una deuda o un debito en su contra.

Lumiere sonrió:

-Pues hábil habría de ser para escapar de esos prestamistas, milord, no en vano no es solo que les deba una buena suma de dinero, sino que si un prestamista dejase escapar a un par de estafadores que le debiesen dinero, el resto de sus deudores no le temerían como debieran y pronto perdería no solo esa deuda sino todas.

Marcus sonrió:

-No han tratado con Ariana. Es capaz de escabullirse con suma facilidad, más aún cuando tema por su pellejo.

Silvie le observó entrecerrando los ojos unos segundos antes de que escapasen de sus labios las palabras casi sin control:

- ¿Cómo acabasteis desposado con semejante dechado de virtudes?

Lumiere se carcajeó no solo por la impertinencia sino por la curiosidad nada discreta de su joven amiga. Marcus la miró sonriendo, conteniéndose para no contestar que esa misma pregunta se había hecho él desde el instante mismo de desposarse con el “dechado de virtudes”.

-Una excelente pregunta. El día que averigüe su contestación procuraré hacéroslo llegar.

Silvie rodó los ojos y él ensanchó su sonrisa divertido por sus reacciones.

-Aquél es nuestro destino. -Señaló Lumiere mirando a lo lejos donde ya se veían los faroles prendidos que marcaban la entrada de la posada para los viajeros.

Dejaron los tres caballos en manos de uno de los mozos y entraron decididos en la posada. Silvie sonrió porque vio a lo lejos a su padre sentado en un reservado con los dos caballeros. Se acercó sin esperar a sus dos acompañantes y enseguida su padre que la había visto a los pocos metros de alcanzarlos, se levantó para dejarle espacio para pasar y colocarse en un lugar más resguardado de la mesa. Marcus, que observó el gesto con discreción, procuró no sonreír pues, la posada, aunque aparentemente limpia y de buen tono, estaba a rebosar de viajeros, en su mayoría parecían comerciantes, y lejos de querer que ninguno de ellos llegase a fijarse en la joven, la prefería alejada de la vista de nadie.

Se sentó junto a Gabriel que parecía devorar un plato de cordero con menta.

-Os presento al señor Germain Fabrice. Señor, lord Thomas Galvy, vizconde de Fresalm y lord Gabriel Grissom, conde de Gallier.

Los tres hicieron un pequeño gesto de cabeza mientras una curvilínea mujer con sus atributos en exceso expuestos, a gusto de Silvie que frunció el ceño cuando la veía servir cerveza a los recién llegados con una sonrisa provocativa en los labios, se mostró demasiado “servicial” para con el barón cuando le preguntaba por lo que deseaba cenar.

-No sabía que ibas a tener interés en unirme a nosotros. -Intervenía lord Jillers mirando a Lumiere que esbozando una sonrisa divertida contestó:

-No lo tildaría de interés sino más bien de obligación. Me temo que la baronesa... o futura ex baronesa -sonrió burlón a Marcus- tiene planes para un caballero que no por despreciable, he de dejar que sea desplumado.

Silvie resopló:

-No dejaremos que se le desplume no por él sino por las pobre niñas que quedarían mal paradas de verse sin herencia.

Lord Jillers alzó las cejas y los miró indistintamente.

-Supongo que no es necesario que recalque la conveniencia de ser informados con más detalle.

Lumiere se rio negando con la cabeza mientras que Silvie se dejaba caer en el respaldo del asiento de modo despreocupado completamente alejado del modo en que lo haría una señorita lo que a Marcus no dejaba de causarle cierta diversión.

- ¿Y vos, milord, habéis descubierto algo? -Preguntó antes de informar de sus hallazgos.

Lord Jillers asintió, pero fue Thomas el que se apresuró a intervenir.

-Recuerda tu decisión de no ayudar de ninguna de las maneras a esa mujer, Marcus. -Le advirtió con gesto serio lo que hizo que Marcus suspirase.

- ¿Tan profunda es la ciénaga en la que se ha metido esa condenada mujer?

Lord Jillers sonrió:

-Depende de cuán profunda consideréis las sumas que adeuda a tres prestamistas nada recomendables, milord.

Marcus gruñó:

-No importa a cuanto ascienda, no la ayudaré.

-Me alegra escucharlo porque debe más de treinta mil libras a uno de ellos. - Señaló serio Gabriel mirándolo fijamente.

Marcus alzó las cejas claramente sorprendido.

-La creo capaz de despilfarrar esa suma sin esfuerzo, más, ¿cómo ha llegado hasta la tesitura de pedir prestado ese dinero y no lograr que con artimañas pobres ingenuos le abonen sus caprichos?

Lumiere sonrió:

-Una pregunta que vos mismo podréis hacerle, milord, cuando nos encontremos con ella en el castillo del baronet.

- ¿El baronet? -Preguntaron tres voces masculinas.

-Veo que los prestamistas han perdido la pista de su presa... - Lumiere chasqueó la lengua sonriendo-... no dice mucho a favor de sus habilidades. -

Añadía burlón.

Lord Jillers rodó los ojos.

-Uno de ellos nos dijo que se encuentra en una casa de campo a las afueras de Cahors. -Intervino Thomas.

-Bueno, ciertamente no andan desencaminados, más no se trata de una casa de campo sino del castillo de Viscon. -Aseveró Lumiere.

- ¿El castillo de Viscon? -Preguntaba lord Jillers sorprendido-. ¿No es ese el hombre que hacía de intermediario entre los generales de Napoleón y los contrabandistas?

Lumiere se rio:

-Cuando tenga vuestra edad espero tener esa memoria, milord.

Silvie se rio entre dientes por el chascarrillo ganándose una mirada cansina de su padre que rodaba los ojos antes de volverlos hacia Lumiere.

-Suerte tendrás de llegar a cumplir “mi edad” descerebrado. -Silvie y Lumiere se rieron por su exabrupto carente de enfado real-. ¿Entonces es el mismo Viscon que viene a mis recuerdos?

-Así es. El baronet de Viscon.

Lord Jillers suspiró:

-Supongo que no resultará en exceso injustificado entonces decir que no siento pena alguna si es desplumado por un par de estafadores.

-Pero eso impediría a sus hijastras heredar. -Se quejó Silvie.

-Lo siento, pero me temo que algunos de los presentes desconocemos quién es ese personaje y lo que ocurre. -Intervino Thomas mirándolos a todos.

Lumiere sonrió:

-Presumo, entonces, debiere informarles de mis hallazgos y después milord podrá dar respuesta a sus dudas y también informar de cuanta información adicional hayáis descubierto. -Señalaba antes de tomar un trago de cerveza tibia y explicar a lord Jillers y sus dos acompañantes lo que antes hubo explicado a Marcus y Silvie de sus investigaciones hasta la llegada de estos a

su oficina.

Silvie, que le escuchaba ya casi sin atención empezando a sentir los estragos del día a caballo, notando como el cansancio le hacía sentir el cuerpo y la mente ligeramente abotargados no podía apenas controlar el que sus ojos se cerrasen bajo la solapa de la gorra que aún llevaba puesta. Marcus, que la observaba, lejos de hacer gesto o comentario alguno para espabilarla, procuró fingirse ignorante hasta que se durmiese de veras para así indicar a lord Jillers que la subiese a una alcoba.

Cuando por fin la supo dormida y mientras Lumiere y lord Jillers informaban a sus dos amigos no solo de quién era el personaje mencionado antes sino también de los descubrimientos sobre los planes que para el mismo tenían Ariana y su nuevo compañero de estafas, él la observó en silencio unos minutos. Debía estar agotada y ahora comprendía que durante toda la jornada y a pesar del rigor de la misma y de solo detenerse unos instantes para dejar descansar a los caballos, no se hubo quejado en ningún momento ni, tampoco, mostrado contrariedad alguna por el ritmo impuesto por ellos. Realmente era terca, decidida y ligeramente pendenciera y lo más increíble, ajena a todo indicio de inclinación a ser tratada como una damita tranquila, más lo contrario, parecía decidida a no ser tratada como tal.

-Milord. -Atrajo la atención de lord Jillers y cuando este lo miró señaló a su hija-. Vuestro “muchachito” ha sucumbido al sueño.

Por el tono, lord Jillers supo que no era ignorante de la condición de su hija y sonriendo contestó:

- ¿Cuándo lo descubristeis?

Marcus sonrió:

-Digamos que habéis tenido suerte de que decidiere dejarle desembarcar en Francia.

Lord Jillers sonrió negando con la cabeza:

-Pues dado que ya se encuentra aquí y que continuará hasta que solucionemos este asunto, les aconsejo, caballeros, que no traten a “mi muchachito” como una dama incapaz de pensar, hacer o decidir las cosas por sí misma o verán sus traseros trinchados por el primer objeto punzante que sus manos alcancen.

Los cuatro caballeros se carcajearon lo que despertó a Silvie que parpadeó ligeramente.

-Mejor retírate a descansar que mañana nos espera una jornada de larga cabalgada. -Dijo lord Jillers sonriéndola con tranquilidad mientras se ponía en pie y le cedía el paso.

-Está bien. -Bostezó poniéndose en pie también antes de girar y hacer un gesto con la cabeza a los cuatro caballeros que no se movieron de sus lugares a diferencia de lo que habrían hecho de tratarla como una dama.

En cuanto subió, Marcus que no apartó los ojos de ella hasta verla poner el pie en la escalera de acceso a las habitaciones habiendo atravesado el comedor sin percance, Thomas señaló:

- ¿Dejaréis que duerma sola en una posada?

Lord Jillers se rio:

-Ni por asomo. El mozo que nos acompaña está apostado en el pasillo en el que se encuentran nuestras habitaciones.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

- ¿Puedo preguntar sin que os ofendáis, por qué? ¿Por qué dejáis a vuestra hija correr ciertos riesgos innecesarios?

Lord Jillers sonrió tomando la jarra de cerveza sirviéndose un poco más en su vaso.

-Si dijese que es porque no juzgo a mis hijos distintos unos de otros, mentiría pues no soy tan progresista... -Lumiere se carcajeó-. Bien, quizás lo soy en exceso a los ojos de los ingleses y sus severas normas de cortesía y protocolo, más, no soy ignorante que mis hijas son mis hijas y no dejan de ser mujeres y que por ello la sociedad les depara un lugar y un determinado destino. Sin embargo, no dejaré que esa sociedad las coarte sin más ni que limite sus sueños. Prometí a mi esposa escuchar a mis hijas y procurar que sus sueños y esperanzas no fueren simplemente cortados de raíz porque otros opinasen que siendo mujeres no son aptas para lograrlos. Luisa desea ser doctora y no veo por qué no deba serlo si tiene la inteligencia, la tenacidad y sobre todo el espíritu para no dejarse vencer por ninguna adversidad. Silvie posee una

inteligencia despierta y una capacidad para ver lo que muchos pasan por alto. Es intuitiva y pragmática lo que la convierte en una excelente investigadora, labor que le apasiona, de modo que ¿por qué no dejar que lo sea? ¿Por lo que otros opinen de mí? ¿De ella? No soy ignorante de ciertos peligros en determinadas circunstancias y, aunque como padre desee tenerla en casa segura, siempre cuidada y atendida, no puedo anteponer ese deseo a la certeza de que, si hiciese eso, la tendría a salvo de posibles peligros, más también completamente infeliz.

Marcus lo miró entrecerrando los ojos sopesando sus palabras.

-Más, vos sois consciente, de que no solo es la opinión de otros lo que deba frenaros en alentar ciertas cosas, sino la certeza de que esa opinión puede suponer un grave perjuicio para vuestra hija, especialmente si la sociedad os da la espalda, si se la da a ella.

Lord Jillers sonrió:

-Y por ser consciente de ello, me he asegurado de dar a mis hijas la educación o por lo menos la pátina de educación que la sociedad considera necesaria para una dama.

Lumiere se rio:

-Y también una buena dosis de terca independencia que ambas defienden con uñas y dientes.

Lord Jillers se rio asintiendo:

-No puedo negar que ese deseo de independencia y cierta dosis de rebeldía viene de mi propio carácter y de nuestro origen plebeyo. -Señaló burlón-. No olviden caballeros que se encuentran ante un plebeyo al que simplemente han bañado bajo la pátina de un título de vizconde.

Los cuatro se rieron especialmente Marcus que empezaba a vislumbrar de dónde sacaba esa vena impertinente y terca la joven.

- ¿Sois vos el que ha enseñado a vuestra hija a usar la espada? -Preguntó Thomas divertido.

-De eso me declaro inocente. El culpable es mi hermano William que junto a Finnegan la han adiestrado en ese arte.

-Milord solo le ha enseñado a disparar. -Añadió Lumiere riéndose.

Lord Jillers se rio:

-Bien, si había de consentir que me acompañase, era mi deber asegurarme que supiere usar un arma para defenderse.

Marcus sonrió negando con la cabeza pues lejos de escandalizarse, de algún modo, le tranquilizaba saberla capaz de usar un arma y dado su terco carácter, no dudaba que creyéndose en peligro la usase sin el menor temor, con pulso y decisión. Algo le decía que lejos de amedrentarse ante los peligros, se crecía y no se dejaba vencer sin luchar.

-Bien, caballeros, pues dado que mañana partiremos al alba para ponernos rumbo a Cahors con la esperanza no solo de encontrar a esa esposa que dejará de ser tal en breve, sino de evitar que cierto desalmado baronet sea desplumado por dos estafadores, me despido de todos para retirarme a descansar. -Señaló lord Jillers poniéndose en pie haciendo una leve cortesía antes de seguir la dirección tomada antes por su esposa.

Apenas unos minutos después también se disculpó Lumiere retirándose a descansar dejando a los tres amigos solos. Gabriel tras pedir una copa de brandy ignorando las insinuaciones más que evidentes de la mesera y otra de sus compañeras.

-Bien, dinos, ¿qué tal tu viaje con “el señor Sayer”?

Marcus suspiró negando con la cabeza por el tono claramente burlón de su amigo.

-Es aún más terca que Camile.

Thomas y Gabriel se carcajearon por la mención de la esposa de Lucas.

-Lo cual es algo más que positivo. Te recuerdo que tu adoras a Camile. -
Replicó Gabriel riéndose.

Marcus suspiró:

-Estáis obcecados con una idea fija, ¿no es cierto?

Thomas se rio.

-Y no es una idea nada descabellada a tenor de cómo has estado vigilando como un halcón a la joven incluso cuando estaba dormida.

Marcus gruñó incapaz de replicar queja alguna a esa verdad.

-Centraos en lo importante, os lo ruego. Os recuerdo que estamos aquí para encontrar a Ariana y darle las buenas nuevas de que ya no es baronesa de Varité liberándome para el resto de mis días de ella.

-Lo que no has de olvidar y por muy grave que sea el lío en el que se halle, recuerda que es ajeno a ti. -Insistió Thomas consciente de que Marcus, por mucho que odiase a Ariana y lo que le hiciese, era demasiado bueno para su propio bien, aunque no era menos cierto que no era dado a perdonar traiciones.

Marcus suspiró tocándose el puente de la nariz.

-Ariana no conseguirá nada de mí. Eso os lo aseguro.

Arriba en la habitación que su padre hubo reservado para ella, Silvie permanecía en la cama, tras quitarse la molesta peluca y patillas que tras tantas horas resultaban enervantes, incapaz ahora de dormir sin entender por qué pues realmente estaba agotada. Suspiró girando bajo las mantas posando los ojos en la chimenea encendida por una de las meseras un rato antes de subir ella.

Cerró los ojos intentando dormir de una vez pero lejos de lograrlo solo se le venía a la cabeza el azul intenso de unos ojos que empezaba a pensar algo burlones cuando los fijaba en ella de ese modo tan desconcertante especialmente cuando se acercaba a ella como esa misma mañana cuando a punto estuvo de auparla al caballo como si fuese una dama.

-Maldito barón del demonio. -Masculló más enfadada consigo misma que con él.

¿Por qué empezaba a afectarle tanto su presencia? Sus dos amigos eran muy atractivos, quizás incluso más que él, ¿por qué no le atraían tanto?... ¿Eran más atractivos que él? Se preguntó de pronto meditándolo. Pensó que seguro eran unos consumados calaveras y que todas las damas se rendirían a sus pies como esa mesera que se le había estado insinuando desde que entraron. Abrió los ojos y se sintió molesta. A lo mejor aceptaba sus favores y pasaba la noche

con ella. Bufó molesta y fijó los ojos en las maderas del techo.

-Si pasa la noche con una mujerzuela así menudo caballero está hecho... -Se dijo más para sí misma. Se sentó molesta en la cama y alcanzó la palmatoria y la yesca para encenderla-. Pero ¿a mí que me importa lo que haga ese pesado? -Se reprendía a sí misma mientras golpeaba la almohada para acomodarla.

Tumbada boca arriba unos minutos después, incapaz de dormirse, se levantó, tomó de su pequeña bolsa de viaje un libro que siempre llevaba consigo y se puso a leer.

Marcus tardó una hora en subir, con la cabeza ligeramente embotada del brandy compartido con sus dos amigos. Para cuando alcanzó su habitación se topó con el pobre mozo adormilado sentado en una silla en el pasillo.

-Baje y duerma en una de las camas de abajo. -Le ordenó.

El muchacho asintió bostezando y él le observó mientras atravesaba el corredor hacia las escaleras. Giró para entrar en su habitación cuando vio luz por debajo de la puerta del fondo. Frunció el ceño porque estando esa junto a la silla donde se sentaba el mozo no era difícil imaginar que era la que le hubo asignado lord Jillers a su hija. Por unos instantes se quedó con los ojos fijos en esa rendija de luz dudando su moverse o no. Finalmente, no supo cómo pero su mano, sus nudillos golpeaban la madera de la puerta.

Silvie alzó la cabeza al escuchar tres golpes suaves en su puerta dudando si abrir o no. Curiosa, apartó las mantas tomó la pistola que tenía bajo la almohada y caminó hacia la puerta. Abrió una rendija ocultando tras el camisón la pistola que sostenía con firmeza tras ella.

-Milord. -Susurró sorprendida al verlo allí delante de su puerta a esas horas.

- ¿Qué hacéis despierta?

- ¿No sería más correcto preguntar por qué me despertáis? -Preguntó desafiante.

Marcus sonrió por su más que evidente malestar reflejado en su ceño fruncido, sus brillantes ojos castaños claramente enfadados, esa postura tensa que sus hombros marcaban:

-Teníais luz de modo que no estabais dormida.

Silvie resopló:

-Podría estar dormida con la vela encendida, ¿no se os ha ocurrido?

Marcus se rio a punto de escapársele de los labios que había bebido demasiado para ocurrírsele semejante opción, aun así, dudaba fuese el caso ya que ella en camisón, con su cabello suelto y las mejillas ligeramente enrojecidas por el enfado, no lucía como quién acaba de despertar.

-No lucís como quién acaba de despertar.

-Me abstendré de preguntaros como luce una mujer recién levantada pues seguro sois experto en la materia. -Replicó mordaz-. ¿Queríais algo o solo despertarme?

Marcus contuvo una carcajada por el tirón de orejas y sonriendo contestó:

-Hace una hora te dormías sentada en un comedor atestado de gente y ahora no puedes dormir, ¿qué te ocurre?

Silvie ignoró, como en varias ocasiones antes, que se dirigiese a ella sin formalidad que no así el que diese por cierto que no dormía y aunque no lo hacía le molestaba ser tan evidente para él.

-Estaba dormida. -Replicó molesta.

Marcus suspiró al escuchar ruido procedente de las escaleras y ajeno a la incorrección empujó ligeramente la puerta para entrar cerrando la puerta tras de sí.

- ¿Estáis loco? Si os encuentran aquí estaremos en un serio aprieto.

Marcus sonrió fijándose en que solo llevaba un camisón, pero el que no sacase su brazo de la espalda le hizo fruncir el ceño.

-Siéntate. -Le ordenó, pero no de un modo en exceso tajante para que no se limitase a hacer lo contrario pues empezaba a comprender que la joven no era del gusto de recibir órdenes y menos de caballeros.

Silvie suspiró rodando los ojos sospechando que hasta que no le dejase preguntar lo que fuese que quisiese preguntar no se marcharía. Giró y caminó hacia la cama tomando asiento en el borde de esta mirándolo con fijeza dejando la pistola a su lado.

-Bien, ya estoy sentada, milord. Decid de una vez lo que se os haya ocurrido decir y después marchaos para dejarme seguir durmiendo.

Marcus que vio como dejaba la pistola a su lado no iba a quejarse por saberla armada antes de abrir la puerta de una posada pues en todo caso le tranquilizaba. Tomó asiento en una silla que acercó a la cama para ponerse más cerca de ella y poder mirarla a los ojos y preguntó:

- ¿Por qué no puedes dormir? Sé que estás cansada después del día de hoy.

Silvie rodó los ojos vencida por la evidencia de que el barón era demasiado cabezota para hacerle creer lo contrario.

-Pues no lo sé. ¿Contento?

Marcus sonrió negando con la cabeza pensando que era demasiado inteligente para intentar darse cabezazos contra un muro como él y simplemente contestaba sin dar detalles.

-Ni por asomo. Me conviene tener esa peligrosa cabecita tuya despejada en el día de mañana. Como con tanto ahínco dijiste en el barco, eres útil en las investigaciones. -Añadió aguijoneándola un poco pues era algo que empezaba a convertirse en una costumbre que le gustaba sobre manera especialmente por lo peleona que era. Bufó, como no podía ser de otro modo, lo que le hizo ensanchar su sonrisa divertido.

-Al menos reconocéis que soy “útil” -Respondió no sin evidente retintín.

-Venga, dime, ¿por qué no estás ya en el sueño de los benditos?

Silvie rodó los ojos por la expresión que usó con cierto tono burlón.

-No lo sé. Una cama extraña, un lugar extraño, ¿quién sabe?

Marcus se rio entre dientes porque siempre usaba ese tono belicoso con él y esas expresiones tan “americanas” que en su voz y su boca sonaban siempre demasiado tercas no hacía sino atraer su lado peleón y pícaro.

-Pues si vais a estar todo el día de mañana adormilada quizás debemos tomar un carruaje y dejaros descansar durante el trayecto.

Silvie abrió la boca contrariada por esa sugerencia.

-Ya empezáis con esas tonterías de tratarme como una dama delicada, un jarrón de porcelana capaz de romperse solo con mirarlo.

Marcus se rio por su ofendida respuesta que siendo justos esperaba.

-Está bien, *señor Sayer*, pues en tal caso irás a caballo como los demás, pero para eso has de acostarte de una vez y dormir o te caerás de caballo apenas te subas en él.

-No me he caído de un caballo en mi vida. -Mintió.

Marcus sonrió de un modo que le hacía comprender que no le había creído, pero no la contradijo, sino que simplemente se puso en pie y caminó hacia la puerta.

-Bien, pues intentemos que mañana no sea el día en que conozcáis esa nueva experiencia. Descansad y dejad bajo la almohada esa arma que espero no dudéis en usar de creeros en peligro.

Silvie se puso en pie caminando tras él.

-Suerte habéis tenido de que no os dispare. La próxima vez dispararé antes de saber quién se halla al otro lado de la puerta y si os lleváis un tiro espero seáis consciente de que ha sido vuestra culpa el hallaros viviendo la nueva experiencia de recibir una bala.

Marcus se rio alcanzando la puerta y antes de abrirla giró para mirarla.

-No sería una nueva experiencia.

Silvie le miró entrecerrando los ojos:

- ¿En la guerra o en un duelo de esos de los que tanto se habla por Londres que llevan a cabo maridos despechados contra los canallas que seducen a sus tontas mujeres?

Marcus tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para no carcajearse no solo por la impertinencia sino por lo mucho que presumía de él, que, siendo justos, no era nada falso pues había tenido que batirse con tres esposos inconscientes y carentes de sentido común a los que se limitó a dar en el brazo para evitar males mayores simplemente, pero vive Dios ninguno de ellos había tenido oportunidad alguna contra él.

-Dejaré esa curiosidad despierta. -Respondía pícaro tomando entre sus dedos uno de esos rizados mechones de pelo oscuro que le atraían como la miel a las abejas y que parecía bailar ante sus ojos cayendo en cascada por sus hombros. Era suave, sedoso y parecía brillar entre sus dedos de un modo asombroso. Se quedó un instante absorto mirándolo antes de soltarlo y alzar la vista hacia ella que le miraba con el ceño fruncido y completamente desconcertada por su gesto-. Duerme y no abras la puerta a extraños.

Sin más salió dejándola completamente desconcertada en cuanto a su gesto e incluso la razón que le hubo llevado a llamar a su puerta. Regresó a la cama después de echar el cerrojo a la puerta y miró desconcertada, esta preguntándose por qué habría entrado en su habitación y a qué demonios se debía el haber tomado un mechón de su desordenado cabello para acariciarlo ligeramente unos segundos.

-Qué hombre más desconcertante. -Masculló molesta antes de soplar la vela de la palmatoria apagándola.

Marcus sonreía desprendiéndose de la ropa quedándose solo con los pantalones para dormir. Realmente la joven hija de lord Jillers era cualquier cosa menos una jovencita atolondrada o dada a ensoñaciones y lo que era más que destacable, conseguía arrancarle una sonrisa con solo mirarlo ceñuda. Se rio pasando los brazos por detrás de su cabeza tumbado boca arriba mirando el techo. Realmente la vida al lado de esa imperiosa colona no sería nada aburrida especialmente porque tenía los arrestos y el carácter suficiente para pararle los pies cuando lo considerase oportuno. Gruñó consciente de lo que esa idea empezaba a suponer.

-Malditos Thomas y Gabriel. Al final se han salido con la suya. -Masculló queriendo reprenderse a sí mismo por ser tan transparente para sus amigos.

Se levantó temprano queriendo bajar pronto para tener ocasión de escuchar los planes que para ese día tendría su padre pues conociéndolo repasaría el “plan de acción” durante el desayuno, como solía hacer cada vez que estaba en una investigación fuera de casa. No se equivocaba. En cuanto llegó al reservado su padre les informó a él y a Lumiere del camino que tomarían con el mapa abierto sobre la mesa. Aún estaba detallando el itinerario cuando aparecieron los tres caballeros tomando asiento junto a ellos. No se le pasó por alto que la

voluptuosa mesera de la noche anterior parecía molesta con ellos, especialmente con el barón, lo que sospechaba se debería a que rechazaría su oferta de pasar la noche con ella, que con toda seguridad le habría hecho dado el modo en que se había comportado la noche anterior. Observó discretamente al barón que lejos de prestar atención a la mesera posaba sus ojos en el mapa y en las palabras de su padre. Quizás no le hubo gustado la mesera y por eso no aceptó sus atenciones. Seguramente fuese eso porque no tenía aspecto de no dar rienda suelta a sus pasiones cuando tuviere deseos de hacerlo. Lucía demasiado seguro de sí mismo y tenía aspecto de conseguir a cuanta mujer se propusiese para no juzgarlo con una larga lista de amantes. Esa idea le molestó. Mucho en realidad. Esa idea la perturbó. ¿Por qué habría de molestarle que tuviere una o cientos de amantes? Daba vueltas a esas ideas mientras movía distraídamente el tenedor en el plato de arenques que tenía frente a sí sin mucho interés de comerlo cuando la voz de su padre por fin le sacó de sus ensoñaciones. Cuando alzó la vista hacia él éste preguntó:

-Si has terminado ¿Por qué no vas a pedir al posadero nuestro almuerzo? Nos pararemos en algún claro a medio camino para no entretenernos demasiado. Nos conviene llegar antes del anochecer a la posta que hay a 20 millas de Bergerac y así, con suerte lleguemos a Cahors mañana en la noche.

Silvie asintió levantándose para ir hasta la barra donde estaba el posadero pidiéndole que preparase un hatillo con comida y bebidas para todos ellos.

Esperaba en la barra tamborileando los dedos mientras el posadero cumplía su petición, observando a los lugareños y algunos viajeros que habrían hecho noche en la posada y que disfrutaban de sus desayunos cuando una presencia a su lado le hizo mirar a su lado.

- ¿Finalmente lograste dormir?

Silvie se tragó un exabrupto mirando bajo la gorra y esas cejas postizas que formaban parte de su disfraz, al barón que le miraba dedicándole una sonrisa indolente y ligeramente satisfecha.

-Dormí como un lirón, milord. -Respondió con excesiva rotundidad.

Marcus se rio por la respuesta y sobre todo por su gesto de serle molesto, como una mosca a la que se desea atizar con fiereza.

-Me alegra saberlo pues así no estaré todo el camino preocupado porque acabes cayendo de puro cansancio en mitad de una loma.

Silvie gruñó girando para apoyar los codos en la barra después de subirse a un taburete.

- ¿Cómo diantres habéis alcanzado la edad adulta sin que alguien os atice con algo en la cabeza por incordio?

Marcus se carcajeó apoyándose también en la barra con una postura relajada y al tiempo ligeramente intimidante como la de un dandy que se sabe seguro con su sola presencia. Aquella idea le hizo comprender que no era un aristócrata más, uno que simplemente disfrutaba de sus privilegios y su posición sin preocuparse de nada más, sino que detrás de ese dandy de apostura de seductor había mucho más que mostraba solo a unos pocos. Entrecerró los ojos ladeando el rostro para mirarlo mientras él aún se reía.

- ¿Por qué su majestad os ha concedido la disolución del matrimonio? ¿Tan malo fue?

Marcus dejó de reírse de golpe y la miró serio.

-Lo fue. -Contestó suspirando y negando con la cabeza-. Su majestad sabe, como yo, que de no poner fin a aquel despropósito que fue ese enlace, mi título acabará abocado a no pasar a una nueva generación.

- ¿No tenéis algún hermano o primo que pueda ser vuestro heredero?

Marcus sonrió ligeramente.

-Un primo, pero sinceramente, preferiría tener descendencia propia para que me sucedieren.

-Descendencia legítima, querréis decir. -Apostilló mordaz.

Marcus ensanchó su sonrisa:

-Ciertamente. Descendencia legítima.

-De modo que todo este viaje en realidad se debe a que deseáis casaros de nuevo para tener hijos. ¿Alguna pobre desdichada ya en mente, milord? ¿Qué pobre damita de las que bailan por los salones será vuestra víctima?

- ¿Víctima? -Se rio divertido-. ¿Tan malo me juzgas que consideras que quién una su vida a la mía será mi víctima?

-Pues sinceramente, os considero un pesado y demasiado enervante para la salud mental de vuestra futura víctima.

Marcus se carcajeó de nuevo divertido por sus palabras, su aptitud y esa mirada beligerante y peleona que lucía con él.

-Es bueno saber que a uno se le aprecia. -Contestaba con socarronería. Por el rabillo del ojo vio que todos sus acompañantes se levantaban de la mesa-. Venga, vayamos a por nuestras monturas. Mientras los mozos las preparan el posadero tendrá tiempo para terminar de preparar nuestro almuerzo.

Silvie giró y bajó del taburete obviando la sonrisa que él dibujó en su rostro al verla tener que dar un pequeño saltito para bajar del asiento pues ella era bastante bajita.

La siguió hasta los establos sin apartar los ojos de esas caderas y de ese trasero que meramente se intuían bajo la chaqueta amplia que ella llevaba. Sonreía como un lobo pues ni esos andares de muchacho travieso ni esos pantalones dejaban de lado la atracción que sentía por esas curvas meramente insinuadas bajo las ropas.

Revisaba su caballo junto a Gabriel y Thomas, una costumbre que todos no ellos no habían abandonado desde que hicieron el servicio en la caballería de su majestad sin importar quién preparase el caballo, un mozo, su ayuda o ellos mismos.

-Deberías dejar de vigilar como un halcón al “jovencito” -Dijo Thomas bajando la voz.

-Yo no lo vigilo. -Se quejó a pesar de que sabía que lo hacía.

Sus dos amigos se rieron.

-Vamos, Marcus. – Intervino Gabriel-. Lo decimos por tu bien. Dudo mucho que milord, con lo observador que es, no se haya dado cuenta de que observas a su “muchachito” y menos que sonrías como un bobalicón cuando la ves mirarte ceñuda, cosa que, por cierto, logras que haga con suma facilidad.

Marcus se carcajeó:

-Me mira así porque al parecer soy un pesado y un caballero enervante.

Los dos se carcajearon.

- ¿De veras? Sí que ha tardado poco la damita en atisbar tu verdadero carácter. -Se reía Thomas sin parar mirándolo con sorna.

Sonrió negando con la cabeza.

-Piensa que la mujer que tenga el dudoso honor de ser mi próxima baronesa será en realidad mi víctima, víctima de un caballero pesado y enervante. - Thomas y Gabriel de nuevo se rieron-. Veremos qué opina cuando descubra que ella será esa víctima.

Thomas y Gabriel le miraron fijamente deteniendo su risa.

-Entonces, es cierto, ¿verdad? No nos habíamos equivocado. -Señalaba Thomas serio.

Marcus se encogió de hombros antes de auparse con agilidad a su caballo.

-Digamos que he decidido que una baronesa americana peleona y con tendencia a reprenderme es mejor futuro que el que podría esperar.

Gabriel y Thomas sonrieron aupándose también a sus monturas.

-Que conste que nosotros te pusimos en el camino de ese futuro.

-En realidad, si alguien es el culpable, ese es Lucas que me llevó hasta la casa de lord Jillers y de sus tres impetuosos hijos.

CAPÍTULO III

Lord Jillers impuso un ritmo severo y rápido pues tenían muchas millas que recorrer si querían alcanzar esa posada que indicó antes de que anocheciese. Se detuvieron a mediodía para que los caballos descansasen y para que ellos pudieren reponer un poco de fuerzas junto a un pequeño riachuelo dejando a los caballos beber y comer un poco de pasto antes de dejarlos a la sombra mientras ellos se acomodaban junto al lecho del río para almorzar.

Sentada sobre la hierba comiendo un poco de queso y algunas uvas que el

posadero tuvo a bien poner junto a otras viandas, escuchaba a Lumiere relatar a los tres caballeros el momento en que su padre y su tío William aparecieron en su vida, más de tres años atrás para informarle de quién era en realidad pues, al parecer, la noche pasada, el barón dijo a sus amigos quién era en realidad Lumiere ante las suspicacias que levantó en ambos.

-Ya ven caballeros. Pasé de ser un mero y tranquilo gendarme francés al hijo de uno de los nobles ingleses más reconocidos dentro y fuera de las islas y todo porque dos colonos entrometidos tuvieron a bien seguir el rastro de un bebé desaparecido décadas atrás.

Lord Jillers se rio:

-Qué ingratitud la tuya, muchacho.

-Es mi sangre inglesa la que muestra esa ingratitud, milord. No olvidéis que soy de noble ascendencia y que por ello el resto del mundo me debe pleitesía incondicional.

Silvie se rio entre dientes mientras que los tres caballeros sentados frente a ella se reían por la burla de Lumiere.

-Creo que más de uno de vuestros pares, *milord*, estará de acuerdo con vos, más no lo estarán el resto de los hombres y mujeres que habitan este mundo. - Se reía Thomas mirando a Lumiere.

-Bah, simples plebeyos. -Dijo en tono burlón e irónico arrancando una carcajada a los caballeros y un codazo a Silvie que le sacó la lengua también-. Muchachito impertinente. Recuerda que estás ante un par del noble e imperialista reino inglés.

-Y vos, *milord*, no olvidéis que yo soy americano y que, por lo tanto, no acepto órdenes de ningún opresor imperialista que haya intentado colonizar mi patria.

Los caballeros se carcajearon y Lumiere la miró con cariño antes de señalar:

-Estos colonos y sus ínfulas de libertad sin modales... -Se ganó un nuevo codazo de Silvie en las costillas que le hizo reír.

-Será mejor que nos pongamos de nuevo en marcha. A este ritmo podríamos alcanzar la posada cuando anochezca. -Señalaba lord Jillers poniéndose en

pie apresurándose Silvie y Lumiere a recoger los restos de la comida.

Marcus y sus dos amigos fueron a por los caballos y los acercaron a los demás. Marcus acercó su caballo a Silvie quitándole de las manos el hatillo de la comida.

-Trae, yo lo llevo.

Silvie asintió tomado las riendas de su caballo antes de auparse en él mientras él le observaba de pie junto al mismo.

- ¿A qué esperáis? -Preguntó mirándolo desde la silla.

Marcus se rio:

- Impertinente colono.

-Dejamos de ser colonia inglesa, milord. Recordadlo. -Dijo a su espalda mientras él caminaba hacia su caballo riéndose por el tirón de orejas.

Una vez sobre su caballo la miró desafiante colocándose a su lado.

- ¿Preparada para colonizar este territorio? -Preguntó con sorna.

Silvie le miró lanzándole una furiosa respuesta silenciosa lo que le hizo sonreír aún más.

Al llegar a su destino, no sin dejar ligeramente extenuados a jinetes y caballos, Marcus no dejó de vigilar como un halcón, tal y como lo describieron acertadamente sus amigos, a cierto “muchachito impertinente” que parecía realmente cansado, aunque intentase disimularlo no solo cuando bajó del caballo sino cuando caminó hacia el interior de la posada. Por instantes tuvo deseos de tomarla en brazos y llevarla él mismo al interior lo que sin duda le habría dejado en una situación comprometida no solo con su padre sino con cualquier viajero que se encontrase en el comedor y lo viere llevar a un “muchachito” en brazos. Al verla tomar asiento en el rincón del reservado y acurrucarse para dar una cabezada sin prestar atención a la cena que empezaban a colocar encima de la mesa tuvo ganas de gruñir y ordenarla comer antes de irse a la cama, pero en lugar de eso se mantuvo observándola discretamente unos minutos. Cuando vio que su cabeza se inclinaba para acabar apoyada en el hombro de su padre señaló:

-Milord, vuestra hija debería subir a descansar, pero antes haced que coma algo.

Lord Jillers asintió girando ligeramente haciendo que Silvie se acurrucase mejor en su cuerpo.

-La subiré enseguida y cuando esté arriba le diré que coma algo.

Marcus de nuevo asintió sin apartar los ojos de ella que se había acomodado de manera instintiva en el costado de su padre con la cabeza en el hueco de su hombro, quiso protestar, instarlo a que la obligase a comer y subir a descansar, pero siendo su padre nada podía hacer y esa idea le molestaba.

Apenas si probó bocado pues su posible apetito se encontraba eclipsado por el deseo de tomarla en brazos y hacerla comer como a una niña pequeña.

Cuando por fin vio a milord despertarla suavemente y hacerla subir acompañándola, por fin se relajó. Lumiere que estaba acomodado frente a él le sonrió:

-No la conseguiréis tan fácilmente, barón.

Marcus alzó las cejas mirándolo a los ojos.

-Presumís mucho, ¿no creéis?

-Diría que sí, pero sé que no yerro. No apartáis los ojos de Silvie y para vuestra información, no gusta de la nobleza y menos de la idea de convertirse en una muñequita sobreprotegida que deba pedir permiso para incluso hablar.

Thomas y Gabriel se carcajearon.

-Deberíamos presentaros a nuestras esposas. Dudo ninguna de ellas haga nada de eso. ¿Pedir permiso para hablar? A lo sumo, en ocasiones, somos nosotros los que sentimos deseos de pedirlo para asegurar que no seremos severamente reprendidos por ser sobreprotectores, mandones o, como en alguna ocasión he sido tachado por mi dulce esposa, por ser un déspota. -Contestaba Thomas claramente divertido.

-Decidnos, ¿vuestra prometida se asemeja en algo a esa idea que vos habéis dado? -Preguntó Marcus sonriendo.

Lumiere sonrió:

-Es amiga de esa fierecilla que acaba de subir por lo que presumid que es cualquier cosa menos una dócil y calma florecilla inglesa.

Gabriel alzó su copa a modo de brindis.

-Pues acabáis de contestaros, señor mío. Ese barón de ahí, -señaló con la cabeza a Marcus-, no gustaría de una damita modosa ni aunque se la entregasen envuelta en hilos de oro.

-De cualquier modo, no os ofendáis, pero dudo seáis el tipo de caballero que Silvie desea. Para empezar, sois noble y como tal la someteréis a una vida que ella no desea y que dudo llegue a soportar por mucho tiempo. -Insistió-. Supongo que no concebiréis una vida como la que ella ha vivido y desea mantener pues estáis acostumbrado a ciertas normas y rígidos modos de proceder, pero tanto lord Jillers como sus hijos vienen de una sociedad que, aunque sometida a normas similares y a unos modales casi idénticos, concede mayor libertad y mayor campo de decisión sobre su propia vida a los jóvenes, incluidas las damas. Aunque no sean del todo libres, como han de suponer porque la sociedad las limita, aunque no quieran, no se las constriñe tanto como lo hace la sociedad inglesa, especialmente la sociedad de los nobles y aristócratas.

-Sociedad a la que tanto lord Jillers como sus hijos pertenecen incluso antes de que se le concediera el título a milord. -Aseveró Marcus-. Sabéis, como yo, que milord quizás haya entrado de cabeza en la nobleza a través de su título, más no le era ajena, de hecho, no solo se codea con lo mejor de la sociedad sino con su majestad.

Lumiere se carcajeó:

-Una cosa es codearse con ellos y otra muy distinto ser, pensar y actuar como ellos, y, sobre todo, es muy distinto en cuanto a sus propios deseos para la vida de sus hijos. No obviando que pertenecen a la buena sociedad, jamás podrán ser ni actuar plenamente como los aristócratas ingleses.

Marcus se rio:

-Ni creo que yo llegare a pedírselo. Resulta que me agrada mucho ese carácter peleón y rebelde que tienen estos pendencieros americanos. La primera vez que vi a milord también conocí a sus hijos. No soy ignorante ni de su carácter

ni de su particular modo de conducirse y tampoco encuentro reprobables ni uno ni otro, más lo contrario. Creo que me agrada esa vena peleona de la que hace gala constantemente.

Lumiere sonrió negando con la cabeza:

-No os conviene intentar refrenar ni esa vena peleona, como la habéis tildado, ni su espíritu. Os aseguro que no se dejara amedrentar. Además, es demasiado inteligente para no defender su posición y aquellas ideas y opiniones que forme de modo que tampoco ignoréis ni esa opinión ni su voz.

Marcus sonrió pensando que precisamente esa voz terca era lo único que había estado arrancándole alguna risa y sonrisa en los últimos días.

-No es difícil adivinar que guardáis sincero afecto por milord y sus hijos y que es un afecto correspondido.

Lumiere se rio asintiendo:

- ¿Qué puedo decir? Esos tercios americanos consiguieron resultarme simpáticos desde el principio. También admito que debo mi vida a milord y a Silvie pues cuando regresé a Londres fui víctima de un par de atentados que mantuvimos en secreto para no alarmar en exceso al marqués.

Marcus alzó las cejas sorprendido.

-Imagino que no conviene remover esos hechos del pasado, más, también debéis vuestro compromiso a la joven Silvie pues mencionasteis que vuestra prometida es buena amiga de la joven.

Lumiere se carcajeó:

-Diría más bien que son compinches de fechorías desde el mismo día en que Silvie llegó a Londres y conoció a Adele. Pero supongo que tenéis razón, milord, también esa americana terca es responsable de mi compromiso ya que fue ella la que nos presentó.

- ¿Podemos suponer que pronto asumiréis vuestras responsabilidades como heredero del marquesado regresando a Inglaterra? -Preguntó Gabriel mirando con fijeza a Lumiere.

-No tengo otra opción, milord. No solo por haberle prometido a mi abuelo

regresar sino porque si realmente quiero casarme con Adele habré de hacerlo no como gendarme francés, sino como lord Groster, no en vano, el padre de mi prometida no gusta saberla prometida a un plebeyo francés, pero sí a un indolente heredero inglés.

Los tres caballeros se rieron siendo Marcus el que señaló:

-Milord, pasáis demasiado tiempo con los irreverentes colonos.

Silvie despertó con mucha hambre por lo que se apresuró a bajar para poder comer copiosamente antes de marchar. Estaba dando buena cuenta del desayuno sentada junto a su padre que leía un ejemplar antiguo de La Gacette que seguramente algún viajero dejase olvidado en la posada días atrás, cuando a su otro lado notó más que vio la presencia del barón. Tras unos segundos escuchó una ligera risa a su lado y al alzar los ojos se lo encontró mirándola fijamente sosteniendo en una mano una taza de café.

- ¿Hambriento, señor Sayer?

Silvie se limitó a asentir dando un nuevo bocado a un panecillo de miel lo que hizo a Marcus sonreír divertido.

- ¿Quién podría imaginar que un muchacho tan menudo tuviere tal apetito? - Preguntó con diversión.

Silvie gruñó pues tenía la boca llena y apresurándose a tragar para responderle.

- ¿Quién podría imaginárselo, milord? Después de todo siempre hay que fiarse de las apariencias. -Respondió con ironía.

Marcus se rio por el chascarrillo y la nada velada mordacidad de su tirón de orejas y, alargando el brazo, acercó una bandeja de panceta que acababa de llevar una de las meseras dejándola frente a ella.

-Que no se diga que pasáis hambre en nuestra compañía, mi joven amigo.

Silvie suspiró y con teatralidad pinchó un trozo de panceta que llevó a su plato al tiempo que decía:

-Si insistís, milord. Que no se diga que hago desaire alguno a tan noble caballero.

Esta vez Marcus se carcajeó negando después con la cabeza. Mordaz, terca y peleona. Sin duda alguna nunca se dejaría doblegar como tan bien le advirtió Lumiere la noche anterior, más, también prometía una visa llena de diversión y emociones.

Escuchó el pequeño suspiró de lord Jillers y al alzar los ojos hacia él se dio cuenta de que mantenía los ojos fijos en el otro lado del comedor. Al dirigir sus ojos al mismo sitio solo vio a tres hombres sentados en una mesa. Dos eran grandes y toscos y el tercero parecía un personaje de vodevil todo vestido de negro con un mostacho ligeramente rizado en los bordes.

-Presumo conocéis a esos tres caballeros.

Lord Jillers le miró asintiendo:

-Tildarlos de caballeros me parece excesivo, milord. El hombre más enjuto es uno de los prestamistas de vuestra... de la dama que buscamos. Presumo en cuanto hablamos con él consideró que seríamos un excelente medio para localizar a su deudora con rapidez y reclamar sus pagarés.

Silvie que ya miraba con curiosidad a los tres hombres bajó la vista y miró el mapa que su padre había dejado sobre la mesa.

-Quizás podamos despistarlos. -Abrió el mapa y siguió con el dedo la ruta marcada por su padre-. En algún punto de este camino ha de haber algún lugar que nos permita dejarlos atrás y, sobre todo, evitar que nos encuentren después rápidamente, aunque imagino dependerá de la habilidad de ese hombre para rastrear a sus presas.

Marcus sonrió porque era demasiado inteligente y decidida incluso para alguien tan propenso a meterse en peligros y enredos como él.

-Umm, ¿ese tipo del fondo del comedor no es uno de los prestamistas que visitamos la pasada jornada? -Preguntó Thomas con disimulo tras tomar asiento con Gabriel y Lumiere.

-Precisamente de eso estábamos hablando, milord, así como de tomar medidas para despistarlo, a él y a sus dos acompañantes. -Señaló lord Jillers evitando mirarlos para no atraer su atención.

-Comprendo. -Asintió Thomas-. Más, si nos han seguido hasta aquí dudo cejen

fácilmente.

-Razón por la que habremos de ser hábiles e inteligentes. -Intervino Silvie mirando el mapa con fijeza antes de señalar un punto-. Aquí hay un cruce con muchos desvíos. Si llegamos a él con la suficiente distancia y dejamos algún rastro en una dirección que les distraiga, quizás consigamos despistarlos el tiempo suficiente para tomar distancia y que se enfríen nuestro rastro.

Gabriel lanzó una mirada a Marcus con una sonrisa de medio lado muy intencional indicándole en silencio que había de comprender, como ellos, que Silvie no solo era una joven muy alejada de las debutantes que pululaban por los salones de Mayfair sino también una joven a la que él no podría controlar sin que ella quisiera.

- ¿Y por qué no dejamos que nos sigan y encuentren a esos dos estafadores? - Preguntó Lumiere antes de beber de la taza de café que se hubo servido-. Vos, milord, la informáis de que ha dejado de ser vuestra esposa y después dejamos que tanto ese prestamista como los propios hechos desvelen ante el baronet y cualquier otro personaje que nos encontremos la verdadera cara de esa “dama”.

-Porque corremos el riesgo de que la fortuna les sea favorable y la hallen antes que nosotros y, quizás, milord vea entorpecido su propósito para este viaje. Informar a la dama de su perdida condición de esposa y baronesa. - Contestaba Silvie sin alzar los ojos del mapa alcanzando sin siquiera mirar otro panecillo que se llevó a la boca antes de continuar-. Pues, entonces, los despistamos aquí. -Volvió a señalar el mapa sin dejar de masticar.

Marcus sonreía como un bobalicón, estaba seguro. Realmente era refrescante, desconcertante y carecía de esa necesidad de muchas mujeres de búsqueda de atención y aprobación.

-Muchachito, te vas a atragantar. -Dijo con evidente sorna ganándose una mirada furiosa de ella.

-Milord, corréis el riesgo de que me levante e informe a ese hombre y sus dos secuaces de donde se hallan vuestra esposa.

-Ya no es mi esposa y ¿de verdad los has llamado secuaces?

-Son sus secuaces. Van con él como dos fieros y amenazantes compinches y

supongo que serán de esa clase de hombres que intimidan para que su amigo logre lo que desea. -Contestó con gesto terco.

-Bien, pues secuaces. -Se reía asertivo antes de desviar los ojos hacia lord Jillers-. Supongo entonces, milord, que nos conviene dejar atrás a ese hombre y sus secuaces, claro que quizás nos resulte en exceso complicado si uno de los caballos apenas si consigue seguir el ritmo de los demás porque su jinete se ha zampado todos los bollos de estos contornos.

Silvie bufó y tomando un bollo se lo lanzó a la cabeza impactando en su frente antes de caer sobre la mesa.

-Todos los bollos menos uno, milord.

Thomas y Gabriel se carcajearon mientras Marcus la miró riéndose.

-Eso podría considerarse agresión contra un par del reino.

-Suerte que estamos en Francia donde un par del reino vale tanto como un bollito, incluso menos pues al menos los bollitos están ricos y alimentan.

Thomas y Gabriel eran incapaces de dejar de reírse como locos mientras veían a Marcus reírse divertido por la impertinencia y la mirada desafiante.

-Será mejor que nos pongamos en marcha pues si nos demoramos no llegaremos a nuestro destino antes del anochecer, además, tenemos que despistar a nuestros indeseados perseguidores. -Señaló lord Jillers poniendo paz y mirando a su hija con una media sonrisa que ella respondió encogiéndose de hombros alargando el brazo para atrapar un último bollito.

Lumiere sonrió negando con la cabeza por ese último gesto de desafío de Silvie que antes de ponerse en pie siguiendo a su padre miró a Marcus entrecerrando los ojos.

Una vez se alejaron miró al barón sonriendo.

-El vuestro es un curioso método de corte, milord.

Gabriel y Thomas se carcajearon mientras Marcus se ponía en pie sonriendo.

-Es que la dama no es como cualquiera otra a la que se haya de cortejar. Digamos que me adapto al medio. -Contestaba ufano metiendo las manos en los bolsillos siguiendo la dirección tomada por padre y madre.

Al llegar a los establos encontró a lord Jillers dando indicaciones al mozo que lo acompañaba mientras Silvie preparaba ella misma su montura. Se acercó a ella tras tomar su propio caballo para ensillarlo junto a ella sin dejar de observarla de hito en hito. Sonrió cuando la vio dar una manzana a su caballo y guardar otra en la alforja de su caballo, estaba seguro que para dársela más tarde. Rodeó a su caballo aprovechando que ella se había colocado entre los de ambos y se colocó junto a ella ligeramente tapados por sus monturas. Había una idea que le preocupaba sobre manera. Ariana iba a tomarse muy mal lo que él le iba a comunicar especialmente dado que también iban a frustrar sus planes, de modo y manera que presumía su reacción pasaría por cargar contra él, pero, sobre todo, esperaba que fuere ligeramente irracional, como hubo demostrado actuar cuando Lucas la rechazó. Si intuía su interés por cierta joven sería capaz de cualquier cosa para dañarla si, además, en el proceso lograba dañarlo a él de ese modo.

-Prométeme que esa vena peleona tuya con gusto por contrariarme la contendrás cuando estemos en presencia de Ariana y, sobre todo, cuando se vea con sus planes frustrados y sin la posibilidad de declararse nunca más baronesa de Varité.

Silvie frunció el ceño.

- ¿Contener mi vena peleona?

Marcus la sonrió acercándose un poco más bajando la voz.

-No pretendo contener ni tu carácter ni tu forma de conducirte, más, Ariana carece de criterio alguno de moralidad más allá que satisfacer sus deseos y salirse con la suya, sin importar cómo lograrlo ni sobre quién haya de pasar y lo que es más peligroso, sin actuar con el raciocinio de una persona cabal. Cuando vea que sus planes se ven cortados de golpe reaccionará sin control. No quiero que te tome como posible víctima.

Silvie ladeó ligeramente la cabeza mirándole con los ojos entrecerrados.

-Sin actuar como una persona cabal... -repitió-. ¿Intentáis avisarme que está loca?

Marcus negó con la cabeza:

-No la tacharía exactamente de loca, pero sí de alguien capaz de cosas que ni

siquiera podrías imaginar con tal de lograr sus objetivos. Podría decirse que carece de baremo alguno de moralidad y sensatez. -Se acercó aún más y levantó ligeramente su gorra por la solapa obligándola a alzar el rostro hacia él ya que era mucho más alto que ella-. Sé que reprenderme, replicarme y llevarme la contraria empieza a convertirse en algo innato en ti, pero no muestres esa contrariedad ni vehemencia hacia mí delante de Ariana o ella lo interpretará como un indicio de familiaridad o cercanía entre ambos y no lo dejará pasar. No por celos, puedes creerme, sino por mera inquina y malicia pues considerará que dañarte me dañará a mí. -Se calló decir que vería en él, como no lo disimulase bien, un deseo claro hacia la joven aunque si no se mostrase como mujer ante ella quizás empezase a creerlo con gusto por los muchachitos, por absurdo e hilarante que pudiere parecer esa idea, pero sobre todo, vería que entre ellos había una innata atracción aunque estaba seguro que Silvie todavía no era ni consciente de ello ni de lo que implicaba, al menos para él que ya no pensaba negar que sus planes para con ella se asentaban firmes y decididos en su cabeza y su cuerpo.

Silvie observaba atentamente tanto sus ojos azules que se mostraban firmes y decididos como su gesto sereno mientras, sin embargo, sus palabras y su expresión parecían reflejar sincera preocupación.

-Procuraré que mi voz apenas se oiga ni por vuestra... por esa mujer ni por su cómplice.

Marcus sonrió satisfecho por haberle arrancado esa concesión.

-Bien, pues ahora, mi pequeño muchachito temerario, procura sujetar firmes las riendas y mantenerte en el centro del grupo. Según Lumiere, en esta zona hay algunos viejos contrabandistas de la época de Napoleón convertidos en asaltadores de caminos.

Silvie se rio negando con la cabeza.

-Dudo eso sea cierto. Presumo ha querido asustaros un poco, milord, para que os mantengáis en guardia.

Marcus frunció el ceño y miró por encima de la grupa de su caballo al caballero mentado que se encontraba sonriendo por algo que parecía comentar con lord Jillers.

-Ese gendarme no sabe con quién se las gasta. -Masculló falsamente molesto, aunque por dentro se reconocía divertido.

-*Au contraire*, creo que sabe bien con quién se las gasta, milord. Después de todo, los ociosos y displicentes nobles ingleses son conocidos por su facilidad para la distracción más absurda y la ausencia de atención a cuanto les rodea más allá de su propia persona. -Se burló ella antes de impulsarse a su silla tomando firmes las riendas mirándolo desde arriba antes de añadir-. Procurad no distraeros mucho, milord, nunca se sabe lo que puede salirnos al encuentro en el camino.

Marcus la miró entrecerrando los ojos, aunque esbozando una sonrisa divertida por su maliciosa vena irónica.

-Voy a darte el mismo consejo, muchachito impertinente, solo que en vez de preocuparte por lo que sale al encuentro en el camino, debieres estar atento a los peligros que se ciernen sobre ti provenientes de tus compañeros de viaje, pues por displicentes y ociosos que sean los nobles presentes, no dejan de ser vengativos ante las burlas de deslenguados colonos.

-Americanos, milord, los deslenguados somos americanos, no colonos. -Le corrigió mirándolo desafiante antes de girar su montura y acercarla al lugar en el que se encontraban su padre y Lumiere.

Thomas se rio a su espalda acercándose con su propia montura preparada.

-Desde luego, deslenguado es “el muchachito impertinente”, más, también, demasiado hábil para que puedas llegar a controlarlo alguna vez.

Marcus sonrió negando con la cabeza antes de tomar las riendas e impulsarse a su caballo.

-Sí, presumo que, de intentar controlarlo, tendré el mismo éxito que tú controlando a Holly, es decir, un fracaso rotundo.

Thomas se carcajeó antes de subirse a su montura.

-Lo creas o no, yo, conociendo de antemano el posible fracaso, no intento controlar a Holly sino solo guiarla de modo ligeramente subrepticio para que no se dé cuenta de mis intenciones.

- ¿Y alguna vez lo logras? -Preguntaba con evidente sorna e incredulidad.

-No demasiadas, he de admitirlo. Pero ahora que mencionas a mi esposa, asegurémonos de que regreso pronto a sus brazos que estando en estado no quiero que me añore y me considere un marido desapegado, aunque fuese ella la que me instase a acompañarte.

Cabalgaron en dirección a Cahors sin apenas aminorar la marcha notando desde casi el inicio como tres jinetes les seguían no a demasiada distancia. A punto de alcanzar el lugar convenido para despistarlos, Lumiere se detuvo pidiéndolos a todos hacer lo mismo.

-Será mejor que todos se adelanten y que dos nos retrasemos lo bastante para poder crear la distracción antes de ese punto donde los despistaremos.

Marcus asintió ofreciéndose a quedarse rezagado con él separándose así del grupo.

-Milord, mejor nos aseguramos de poner distancia con los demás antes de que nuestros perseguidores se fijen solo en nuestro rastro.

Marcus asintió siguiéndolo de tal manera que sus huellas eran las únicas visibles por los senderos antes de decidir despistarlos. Tardaron un par de horas más en alcanzar a los demás que se detuvieron a la orilla de un pequeño riachuelo para descansar y comer algo. Marcus, por instinto, se sentó junto a Silvie después de dejar a su caballo beber y a la sombra, aceptando las viandas que ella le fue cediendo de las cestas que llevaban. Tras unos minutos y mientras Thomas y Gabriel se tumbaban a la sombra para echar una breve cabezadita y ver a Lumiere y lord Jillers irse para caminar para relajar las piernas tras tantas horas subidos a los caballos. Él en cambio, no iba a moverse de donde estaba pues Silvie parecía acomodada bajo el árbol con las piernas estiradas y los tobillos cruzados, la espalda apoyada en el tronco del árbol y un libro entre sus dedos.

- ¿Qué lees?

Silvie le miró de soslayo viéndole ir cortando pequeños gajos de la manzana con una navaja y comérselos de modo despreocupado.

-Un libro de misterio. Aunque sería más exacto señalarlo como un libro de historias truculentas de hechos ocurridos en Inglaterra. Asesinatos, secuestros, complots contra la corona. Los ingleses, al parecer, adolecen de una tendencia

a la sangre algo alarmante.

Marcus se carcajeó arrebatándole el libro de las manos. Tras ojearlo y ver que realmente contenía hechos de asesinatos y todo tipo de historias macabras se lo devolvió al tiempo que preguntaba:

- ¿De dónde lo habéis sacado?

-El sargento. -Sonrió-. Siempre encuentra libros interesantes para mí.

Marcus de nuevo se rio:

- ¿Interesantes? Deberíamos definir ese concepto. Asesinatos, secuestros... ¿cómo nos habéis tildado? Con una tendencia preocupante a la sangre... Quizás sea tan preocupante el gusto por leer libros sobre esos hechos, como los hechos en sí.

-No lo es cuando los leo por investigación, para formar mi mente para llegar a comprender a mentes perturbadas o con tendencias asesinas.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-Sinceramente, no sé si debiera resultarme más preocupante tu razonamiento o el que yo admita que cierta lógica puede tener.

Silvie se encogió de hombros volviendo a fijar los ojos en el libro intentando, inútilmente, no prestar demasiada atención a la cercanía del barón, a su mirada azul ni a ese cuerpo fuerte y que parecía encajar a la perfección tanto en ese traje como en esa relajada postura. Ese hombre tenía algo que no sabría decir qué sería pero conseguía hacerla enfadar y al mismo tiempo lograba ponerla ligeramente nerviosa y encender su piel de un modo desconcertante, como en ese momento, que parecía incluso sentir un cosquilleo nervioso calentándose a su sola cercanía. Tras unos minutos, apartando el libro lo miró fijamente queriendo preguntar lo que llevaba tanto tiempo deseando preguntarle.

- ¿Por qué os casasteis con lady Ariana?

Marcus alzó los ojos pues se había quedado mirando el agua correr a unos metros disfrutando del ligero sol que le daba en el rostro y sobre todo del aroma suave de su piel tan cercana y deliciosamente apetecible. Sorprendido por su pregunta frunció el ceño.

-Era joven, deseaba una familia y ella era bonita, parecía dotada de la educación, los modales, el porte y el buen tono que se supone debiera buscar todo caballero. Quizás me dejé llevar sin mirar más allá de esa apariencia con demasiada prontitud y desde luego lo he pagado con creces pues no solo fue un infierno el poco tiempo que duró nuestra convivencia sino los años posteriores en los que tanto sus escándalos como ella me impedían dejar atrás ese error. Un error que, además, me impedía lograr un futuro para mi título y mi casa.

-Salvo que consiguiérais la venia de su majestad para anular el matrimonio. -
Continuó ella comprendiendo lo que ocurría.

Marcus asintió sonriendo.

-Pero ahora todo acabará por fin.

-Y podréis buscar una muñequita con la educación, los modales, el porte y el buen tono que necesitáis. -Añadía con cierta sorna y una media sonrisa.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-Aun siendo un noble ocioso, displicente y carente de la capacidad de ver más allá de mi persona soy capaz de aprender de mis errores. -Le replicó con la misma sorna-. No creo que una dama de tales características consiga despertar mi interés. En cambio, empiezo a sentir una inclinación mayor por damas con gusto por reprenderme, aleccionarme y no dejarse intimidar por mi título.

Silvie frunció el ceño mirándolo fijamente:

-Buscáis una institutriz.

Marcus se carcajeó:

-No es esa mi intención.

-Pues vuestra descripción se ajusta bastante a tal tipo de mujer.

Marcus se reía negando con la cabeza:

-Quizás, más no es el único tipo de mujer que se encaja en esa definición, de hecho, yo no busco una mujer que se ajuste a tipo alguno, sino que sea única y especial.

Silvie se rio con malicia:

-Pues siento deciros entonces que volvéis a caer en los mismos errores, pues por lo que sé de vuestra esposa, es del todo única y especial.

Marcus sonrió:

-Ya no es mi esposa.

-A tenor de lo que dijisteis, solo dejará de serlo cuando se lo notifiquéis, de modo que, sí, sigue siendo vuestra esposa.

Marcus sonreía pensando que además de inteligente adolecía de una terquedad más que destacable y que dicha terquedad iba a lograr que jamás su vida fuese aburrida ni carente de sorpresas, estaba seguro.

-Bien, bueno, en sentido estricto quizás lo sea, para mi desgracia y tortura, más, en breve pondremos fin a esa tortura y sobre todo punto final a ese periodo de mi vida.

Silvie se encogió de hombros.

-Supongo que sí. -Miró más allá donde descansaban los otros dos caballeros y después volvió a mirarlo a él-. ¿Y vuestros amigos qué lugar ocupan en esta historia?

Marcus sonrió:

-El de amigos que procuran que no me meta en líos y soluciones cuanto antes este embrollo.

Silvie ladeó la cabeza mirándolo, entrecerrando los ojos:

- ¿He de entender de ello, milord, que sois un caballero con tendencia a meteros en líos y que vuestros amigos conociendoos van a procurar evitarlo?

Marcus se rio negando con la cabeza:

-No creo que tenga una tendencia mayor a los líos que precisamente esos amigos.

-Lo que significa entonces que realmente sí tenéis esa tendencia, pues no solo no la negáis, sino que aducís que vuestros amigos se asemejan mucho a vos, lo que no hace sino aumentar exponencialmente vuestra tendencia a los líos si aquéllos a los que consideráis amigos son como vos.

Marcus sonrió divertido pues además de ser ágil de mente era diestra a la hora de incidir en las ideas que consideraba importantes.

-Digamos entonces, que no estoy a salvo de líos ni estando solo ni en compañía de mis amigos.

Silvie se rio:

-Bueno, al menos sois consciente de ello.

-Bien, creo que deberíamos ponernos en marcha ya.

La voz de lord Jillers les hizo alzar el rostro y a Marcus auparse rápidamente.

-Iré a despertar a esas dos pobres almas.

Silvie que ya recogía las cosas mientras él despertaba a sus amigos dejó que su padre le ayudase a guardar todo antes de subirse de nuevo a sus caballos.

-Cielo, en cuanto lleguemos a Cahors, nos quedaremos en segundo plano. Dejaremos que sean el barón y sus amigos quienes se encarguen de lidiar con esa mujer y después que se ocupe Lumiere de lo que corresponda.

Silvie asintió terminando de atar bien sus alforjas.

- ¿Nos alojaremos en alguna posada cercana a la residencia del baronet?

-Sí, hay una casa de postas, un antiguo reducto militar, a poco más de media hora a caballo.

-Ah bien.

-Vamos.

La voz del barón le hizo girar para mirarlo.

-Le explicaba... -Empezó a decir su padre lanzándole una ligera mirada a ella-... que cuando lleguemos a Cahors, nosotros nos quedaremos en la posada mientras vos y Lumiere vais a buscar a esos dos estafadores.

Marcus asintió escondiendo una sonrisa al girar para subir a su caballo pues sin saberlo el vizconde le acababa de ahorrar muchos quebraderos de cabeza. No solo no quería a Silvie cerca de Ariana, sino que ésta intentase menoscabarlo de algún modo encontrando en “su muchachito impertinente” un modo de lograrlo.

- ¿Habremos despistado a los tres hombres que nos seguían? -Preguntó Silvie mirando a su padre.

-Dudo que no descubramos si lo hemos logrado en poco tiempo. Si aparecen en Cahors hoy o mañana, sabremos que no hemos logrado más que retrasarlos unas horas, pero para entonces, esperemos que el barón habrá logrado sus propósitos.

Marcus se rio al escuchar el comentario.

-Vuestra confianza en mi persona me deja abrumado, milord.

Lord Jillers se rio:

- ¿Qué puedo decir? -Respondió burlón arrancando una risa a Silvie apenas disimulada al darse la vuelta-. Los nobles no suelen destacar por su capacidad para llevar a cabo labores que impliquen cierto esfuerzo intelectual por sencilla que sea esa labor.

Marcus rodó los ojos antes de auparse en su caballo esperando que ella hiciera lo mismo y tras hacerlo se colocó a su lado.

-Empiezo a considerar que los americanos gustáis burlaros de mí.

- ¿Lo empezáis a considerar ahora? No sois muy avisado, ¿no es cierto? -Se burló Silvie.

Se escucharon dos carcajadas más allá. Gabriel y Thomas se reían mirando a la pareja y acercándose a ellos señaló Gabriel:

-Es cierto, no es el más avisado de los nobles con que podáis relacionaros. Después de todo, no es más que un baroncito.

Marcus se rio negando con la cabeza pues desde niños intentaban inútilmente aguijonearlo llamándolo baroncito cuando en realidad nada podía afectarlo menos siendo un crío y menos cuando ya tenía el título en sus manos, pues, aunque Thomas y Gabriel fueran vizcondes y marqués, respectivamente, sabían que su título de barón era de los más antiguos de las islas y su linaje de los más respetados entre la nobleza por haber sido siempre fieles a la corona, el país y sus gentes.

Silvie se rio divertida por el chascarrillo de lord Gabriel que parecía

divertido mirando burlón al barón.

-Lo que sale de su boca no es sino producto de su envidia. Palabras nacidas del mero deseo de parecerse a mí a sabiendas de que ello nunca ocurrirá. - Respondió en el mismo tono que Gabriel.

-Caballeros, dejemos la charla para cuando arribemos a nuestro destino.

La voz del vizconde atrajo la atención de todos que enseguida se pusieron rumbo a Cahors alcanzándola antes de caer la noche. En la posada donde se hospedarían se separaron y es que, tras pedir indicaciones al posadero, éste les mostró el camino a la propiedad del baronet. Marcus, Lumiere y Thomas se dirigieron a la mansión sin esperar más pues no querían demorar el encuentro con lady Ariana y sí en cambio, sorprenderla.

Llegaron a la mansión de noche, comprendiendo, mientras se acercaban, que debía estar celebrándose una fiesta pues había antorchas encendidas por los senderos que conducían a la mansión y muchos coches de caballos en la rotonda frente a la escalera y la puerta principal.

Al detenerse frente a ella, tres mozos tomaron las riendas de sus monturas y lejos de hacer gesto alguno de extrañeza por sus ropas, parecieron ignorarlas pues a su alrededor, varios personajes de gala descendían de carruajes. Mientras subían los escalones siguiendo a un lacayo después de que Thomas y él dieran su nombre y título, Lumiere, sonreía divertido:

-Creo que vamos a estropear la velada al baronet y sus invitados.

-Yo con estropeársela a una de sus invitadas me doy por satisfecho. - Contestaba Marcus sardónico mirando de soslayo a su alrededor. En cuanto alcanzaron el vestíbulo y mientras dos lacayos tomaban sus sombreros, guantes y gabanes, mirando con fijeza al mayordomo señaló hablando en un perfecto francés-. Soy el barón de Varité. Deseo hablar con el baronet en privado por un asunto de suma importancia. Mis acompañantes son el señor Germain Fabrice y el vizconde de Fresalm. Venimos desde Inglaterra para hablar con vuestro señor y deseamos hacerlo con reserva y sin que ninguno de sus invitados sepa de nuestra presencia. -Añadía bajando la voz para que entendiéndose que debía ser completamente discreto.

-Sígueme, por favor. Os llevaré hasta un lugar donde puedan esperar más

cómodamente a su señoría.

Tras dejarles en un salón que a Marcus pareció en exceso recargado y ligeramente excesivo para cualquiera con un mínimo de gusto, el mayordomo se marchó a cumplir su petición.

- ¿Crees que conseguiré informar a su señor sin que se entere Ariana? - Preguntaba Thomas acercándose a uno de los ventanales.

- ¿Por qué no habéis preguntado directamente por ella, milord? -Intervino Lumiere extrañado.

Marcus sonrió de modo malicioso.

-Porque si le avisan que caballeros ingleses se hallan en la casa buscándola, huirá antes de darnos cuenta y si esperar a averiguar ni quiénes son ni lo que buscan.

Lumiere asintió:

-Comprendo, más, ¿vais a informar al baronet de lo que ocurre antes de hablar con ella?

-En realidad, pretendo que una vez aquí él la haga llamar sin más pues así ella no se esperará que sea otra persona además de él quien la esté esperando.

Lumiere asintió:

-Entiendo vuestra estrategia. Quizás sea lo mejor.

Los tres esperaron unos minutos hasta que la puerta se abrió dejando uno de los lacayos paso a un señor bajito, ligeramente barrigudo y con aspecto de ser demasiado pomposo para su bien no solo por sus ropajes, algo llamativos, sino también por sus andares y ademanes.

-Caballeros, soy el baronet de Viscon, al parecer vienen en mi busca por un asunto urgente, más, no creo conoceros.

Marcus sonrió acercándose tras hacer una cortesía formal.

-Pedimos disculpas por aparecer de este modo tan impetuoso y más por interrumpiros en una velada que parece claramente agradable. Soy el barón de Varité y mis acompañantes son el vizconde de Fresalm y el señor Germain

Frabice. -Sonrió con esa sonrisa aparentemente relajada y amigable que tan bien sabía lucir en momentos puramente corteses-. Me temo que hemos de tratar un asunto de suma importancia y urgencia con vos y con una de vuestras invitadas. Acertáis al decir que no nos conocemos y quizás por ello estamos abusando en exceso de vuestra generosidad, pero no podemos esperar y creo que, cuando nos escuchéis, comprenderéis que este asunto no solo es de interés para nosotros sino para vos mismo.

El baronet que se había acercado lo bastante para no lucir incómodo ante tan ilustres personajes, pues era evidente no ignoraba la posición de los dos caballeros que hubieron dado su rango y título a su mayordomo, le miró claramente interesado.

-En tal caso, os escucho milord.

-Creo, -Se adelantó a decir Thomas con una sonrisa similar a la de Marcus-, que primero convendría que mandaseis llamar a la invitada a la que concierne también este asunto pues sería del todo injusto, y desde luego nada caballeroso, tratar un tema que le concierne sin dar a la dama la oportunidad de estar presente y, en su caso, conocer, de primera mano, las noticias que le afectan.

- ¿A qué dama os referís? -Preguntó cada vez más interesado y curioso, como esperaban se sintiese para no incidir en ser informado antes de hacer llamar a Ariana pues ello, quizás, complicase su objetivo, pensaba Marcus observándole aparentemente tranquilo.

-Pues dado que no habéis reaccionado al escuchar mi nombre, quizás no sepa qué nombre usa la dama en cuestión, milord y es que buscamos a mi esposa, lady Varité. Sabemos que se halla en vuestra propiedad y que cuenta con vuestra amistad.

- ¿Mi amistad? ¿No sé quién es esa dama?

Marcus sonrió pues era evidente Ariana se había asegurado de que supieren que contaba con posición y rango, pero no había dado a conocer exactamente cuál a ese hombre quizás para que no la encontrasen bien él, bien sus acreedores.

-Lo sabéis, milord. Disculpad mi brusquedad, más, de nada sirve andarnos con

aguas destempladas. Mi esposa es lady Ariana. Quizás aquí use otro nombre u otro título, más, os aseguro que se halla bajo este techo. Le acompaña un caballero que se llama Allen Devris, aunque, quizás, como ella, use un nombre distinto.

El baronet que se hubo tensado en cuanto escuchó el nombre de Ariana le miró en silencio unos segundos.

-La única dama que responde a ese nombre no es la que buscáis, milord, pues es una dama de intachable moral y posición de modo que solo puedo deducir que os equivocáis.

- ¿Podemos conocer el nombre de la dama? -Insistió Thomas consciente de que ese hombre no iba a aceptar sin más que le habían engañado como empezaba a darse cuenta ocurría.

El baronet se giró para mirarlo y tras unos segundos en que pareció dudar señaló:

-La única dama inglesa que se encuentra en este momento en la mansión viene acompañada de su primo, un caballero que la ha acogido en sus momentos de pesar pues se trata de una joven viuda que perdió a su esposo hace menos de un año en Londres y ha venido a Francia en busca de un poco de paz y descanso.

Marcus estuvo a punto de soltar una carcajada porque era evidente Ariana había perfeccionado el arte del embaucó más allá del simple engaño.

- ¿Quién es, milord? Quizás tengáis razón y nos equivoquemos y, en tal caso, habremos de pedirnos disculpas por las molestias y la confusión. -Señalaba aparentemente calmo sabiendo, no obstante, que no solo no erraba, sino que ese pobre iluso iba a llevarse una gran desilusión, especialmente porque, habiendo usado su nombre de pila sería en exceso casualidad, parecía empezar a dudar encontrarse con dos Arianas bajo el mismo techo y sus dudas empezaban a asomar por sus ojos.

-Lady Galvert, marquesa viuda de Galvert.

Thomas y Marcus no disimularon esta vez su sorpresa.

-Será... -Masculló Marcus tensándose, mordiéndose la lengua para no soltar

un impropio y un soez insulto-. Milord, la dama que buscamos es la que mencionáis. Permitidme dos consejos. Hacedla llamar sin advertirle de nuestra presencia y el segundo, haced que vuestros lacayos o sirvientes, se aseguren que el “hermano” de la dama, no sale de la casa hasta que quede aclarado este entuerto.

El baronet se tensó y abrió la boca con evidente intención de protestar, pero Lumiere se adelantó:

-Milord, permitidme presentarme de modo más formal. -Decía caminando firme hasta él-. Soy el jefe de la Gendarmería de Burdeos. Por vuestro propio bien y la seguridad de vuestros invitados, haced caso al barón y procurad atraer a esa mujer hasta aquí sin sospechas de que nada ocurre y que vuestros hombres vigilen a su acompañante. Creed cuando os decimos que es vuestra casa la que corre peligro de generar escándalo.

Sabiendo que la mención de escándalo a un hombre que intentaba ganar mejor rédito social tras su desprestigio entre sus compatriotas era el acicate necesario para que ese hombre no se empeñase en llevar la contraria.

Finalmente tiró del cordón de llamada apareciendo unos minutos después el mayordomo.

-Di a lady Galvert que la espero aquí para un asunto privado. No des más explicaciones y tampoco informes de la presencia de estos caballeros. Si su hermano la acompaña aseguraos de seguirlos y si no, que dos hombres no le pierdan de vista y que no salga de la propiedad. De intentar hacerlo, detenerlo sin montar ningún escándalo.

La mención final hizo a Lumiere sonreír. Ese hombre se preocupaba en exceso de la opinión de las personas que estaban fuera cuando estaba seguro la mayoría de ellos tendrían una muy mala visión del baronet.

-Bien, caballeros, mientras esperamos, creo que deberíais explicarme lo que ocurre. -Decía el baronet acercándose a una licorera sirviendo copas de lo que parecía coñac, sin siquiera preguntarles.

Marcus sonrió mirando a Thomas sabiendo que mejor no entrar en detalles hasta tener frente a frente a su “pronto” ex esposa.

-Milord, ante todo debiera saber que la marquesa viuda de Galvert es una

dama de más de cincuenta años que reside en Devonshire en la residencia que tiene cerca de la propiedad de su hijo, el marqués de Galvert y su esposa, la marquesa. Ambos dotados de excelente salud pues así los dejamos días atrás cuando partimos de Londres.

-Bien, bueno, quizás ese marqués sea el heredero del esposo de milady. - Intentó justificar.

-Pues teniendo en cuenta que Lord Galvert lleva casi veinte años siendo el marqués, no lo juzgo posible. -Añadía negando con la cabeza-. No, milord, os aseguro que la dama que se hace pasar por marquesa no es tal pues conocemos de primera mano a las últimas marquesas que ha habido, al menos las habidas en los últimos veinte años, y os aseguramos que ninguna de ellas se encuentra esta noche aquí.

El baronet se bebió de un trago su copa de modo brusco antes de servirse otra copa para mirarlos de nuevo.

- ¿Y puedo saber qué sentido tiene el engaño?

-Pues, básicamente, pretende estafaros, milord. No sé qué clase de historia ha urdido, pero desde que se quedó sin fondos, esa dama y su compinche, o, mejor dicho, su anterior compinche y el actual, han ido acumulando deudas por todo el continente e imaginamos vos sois la presa a la que pretende hincar el diente para salir del apuro.

-Pero decís que es vuestra esposa.

-Bien, técnicamente ese es un asunto que en breve será esclarecido.

Justo en ese momento dos golpes anunciaron la llegada de la persona mencionada y enseguida se abrió la puerta dejando el mayordomo paso a una dama.

Marcus enseguida posó los ojos en la que muchos años atrás consiguió encandilarlo, aunque ahora, con el paso de los años, sabía que no se enamoró. Seguía conservando su belleza y ese porte que le hubo engañado. Con su cabello rubio recogido en un elaborado recogido y su figura, aún seductora, perfilada bajo varias capas de seda verde, mantenía su belleza, aunque a él ya le resultaba no solo indiferente sino del todo fría y carente de atracción.

En cuanto dio dos pasos dentro del salón y posó los ojos en él, su rostro mudó en tenso, sorprendido, casi atónito.

-Precisamente de ti hablábamos, *querida*. -Dijo con evidente desdén mirándola fríamente-. Estaba a punto de informar al lord Viscon de la relación que nos une. Perdón, de la relación que nos unía ya que tengo el inmenso honor de informarte que por auspicio y venia de su majestad y de acuerdo con el edicto de la Cámara, desde este mismo instante en que te informo de ello, tú y yo ya no estamos casados. Tú no eres ni podrás usar jamás el título de baronesa de Varité ni valerte de privilegio alguno derivado de tal condición. - Sonrió de oreja a oreja mirando a Thomas ignorando que su hasta ese momento esposa apretaba sus manos con fuerza a ambos lados de su cuerpo y lo miraba ya sin sorpresa, pero sí con mucho odio-. Bien, mi querido vizconde de Fresalm, como testigo espero seas quién al regresar a Inglaterra, informe al secretario de la Cámara de los Lores del cumplimiento del mandato real y con ello de ser por fin un hombre libre.

- ¡No puedes hacer eso! -Gritó Ariana ganándose la mirada de todos ellos.

-De modo que es cierto. Eres una impostora y seguro también será cierto que pretendías engañarme y robarme. -Masculló con enfado el baronet.

Ariana rápidamente recompuso su gesto y mirando con una loable frialdad al baronet esbozó una sonrisa melosa.

-No sé qué mentiras y escandalosas invenciones te habrán contado estos hombres, cariño, pero te aseguro...

-Déjalo, Ariana, -Le interrumpió Marcus sonriendo complacido antes de tomar asiento en un sillón mirándola con desprecio sosteniendo en una mano la copa de coñac hasta ese momento intacta-, no intentes enredar a nadie más en tus engaños, de hecho, te aconsejo mantengas esa embustera boca cerrada pues ese caballero -señaló a Lumiere- es un gendarme que viene a buscaros a ti y a ese tipo con el que te has enredado.

-No permitas que me hable de ese modo. -Exigió al baronet que la miraba frunciendo el ceño-. Son embustes, engaños de quienes no son sino supuestos caballeros que me pretendían y a los que rechacé y por ello me guardan inquina.

Thomas sonrió negando con la cabeza antes de mirar a Marcus:

-Con los años ha perfeccionado su talento. Debiera haberse dedicado a las tablas, quizás hubiere tenido un futuro más prometedor.

-Hazles callar.

Exigió de nuevo al baronet que la miraba de un modo que Marcus sabía interpretar a las mil maravillas. Algo dentro de ese hombre quería aún seguir creyéndola. Sonriendo con malicia al ver el único objeto que al parecer su esposa aún no había vendido y que aun no formando parte de las joyas sí pertenecía a su casa, pues su padre se lo regaló a su madre seguramente tras alguno de sus sonados romances con alguna de sus muchas amantes, dijo con frialdad.

-Milord, si necesitáis pruebas más allá de mi palabra, preguntad *a la dama*, de dónde ha sacado el camafeo que lleva prendido en el escote y, sobre todo, el motivo por el que lleva las iniciales y el escudo de mi título grabado al dorso.

Ariana por reflejo se llevó la mano al camafeo.

-No los escuches, es un regalo de mi difunto esposo.

Marcus y Thomas se carcajearon.

-Sí, es cierto, del difunto marqués de Galvert. No sé si a Lucas le va a hacer gracia saberse muerto. -Señaló Thomas sonriendo, negando con la cabeza.

El baronet se acercó a Ariana e intentó tomar su camafeo, pero ella se revolvió echándose hacia atrás impidiéndole que lo tomase.

-Enseñádmelo.

-No, es mío.

-En realidad, es mío, bueno, de mi madre. De hecho, exijo que antes de salir de esta casa, me sea entregado pues *esta dama* se lo llevó de mi hogar sin permiso ni derecho a tomarlo. -Señaló Marcus aparentemente calmo poniéndose en pie mirando al baronet-. Y ya que contamos con la fortuna de hallarse un gendarme en la sala, él podrá comprobar la veracidad de lo dicho y devolvérmelo pues es un hombre de ley.

Lumiere asintió fingiendo extrema severidad y acercándose a la mujer con

gesto frío señala abriendo la palma hacia arriba.

-Entregádmelo. Si el objeto cuenta con las iniciales y el blasón mencionado, la propiedad de este pertenece a milord. Dádmelo, milady. No me obliguéis a tomarlo a la fuerza.

-No os atreváis a tocarme. -Decía enfadada envarada en el sitio.

- ¡Se acabó! -Gritó el baronet perdiendo la poca compostura que tenía-. Dadle el camafeo a este gendarme u os lo arrancaré yo mismo. Si me habéis estado engañando lo pagaréis caro.

Ariana le miró entrecerrando los ojos:

-Qué harás, maldito cobarde. No pensarás pedir ayuda a ninguno de esos “amigos” que están ahí fuera, pues ninguno de ellos daría ni un chelín por un traidor a su clase.

Marcus pudo escuchar el jadeo que salió de labios del baronet antes de que Lumiere atrapase por el brazo a Ariana.

-Con vuestro permiso milady. -Señalaba con ironía quitándose el camafeo a pesar de los intentos de ella de evitarlo. Tras tomarlo la soltó y ella le dio un tortazo.

Lumiere gruñó llevándose una mano a la mejilla.

-Obviaré que milady ha agredido a un agente de la república pues se halla fuera de sí.

-Y a un par del reino, milord. -Añadió Thomas alzando la copa a modo de brindis antes de llevársela a la oca y tomar un trago sin dejar de sonreír divertido.

- ¿Qué par del reino? -Preguntó el baronet parpadeando desconcertado.

-No es importante. -Contestaba Lumiere moviendo la mano al aire antes de fijar los ojos en el dorso del camafeo y mostrárselo a Marcus que se había acercado-. Sí, milord, sin duda es vuestro blasón.

Marcus lo tomó asintiendo y se lo mostró al baronet al tiempo que se sacaba su reloj de bolsillo de su chaleco mostrándole el blasón grabado para que lo viese.

El baronet se volvió iracundo alzando el brazo con evidente intención de golpear a Ariana al tiempo que gritaba:

-Maldita zorra inglesa.

Marcus le apresó la muñeca con fuerza impidiéndole tocar a Ariana.

-Puede que se merezca el golpe, señor, -Dijo con desprecio-, pero no seréis vos quién golpee a dama alguna y menos en presencia de tres caballeros. Y no es inglesa -Añadía con evidente menosprecio soltando sin ninguna delicadeza su brazo que cayó de modo brusco contra el cuerpo rechoncho de su propio dueño-, por el contrario, es tan francesa o incluso más que vos.

-Bien, milord, -Lumiere miró al baronet con gesto pétreo conteniendo su desprecio por ese miserable-. Como no habéis sido víctima de delito alguno todavía, la dama puede marcharse libremente y su compañero podrá hacerlo igualmente, aunque no creo que queden libres de castigo, -miró a Ariana entrecerrando los ojos-, todos los acreedores de la dama saben de su paradero.

La cara de Ariana mostró de nuevo sorpresa y rápidamente giró el rostro hacia Marcus que sonrió riéndose entre dientes:

-Ni se te ocurra mirarme. Te recuerdo que ya no eres nada mío. La corona y el parlamento me han librado de ti. Si quieres salir de tus enredos dirige tus ojos a otro iluso si es que consigues engañarlo antes de que te atrapen.

- ¿No va a apresarla y a ese tipejo que está en mis salones tampoco? -Preguntó iracundo el baronet interrumpiéndolos.

Lumiere negó con la cabeza:

-Mi deber era impedir que os estafasen. Bien, deber cumplido pues lo he evitado. Si os engañan será bajo vuestra sola responsabilidad.

- ¡Me han engañado! Llevan semanas engañándome. -Gritó.

- ¿Os han robado, milord? -Preguntó con evidente aburrimiento Lumiere.

-Me han hecho creer que eran otras personas. Han estado viviendo y comiendo bajo mi techo, han...

-Milord, lo repito ¿os han robado dinero o bien alguno? Porque no puedo

apresarles por ser vuestros invitados, aunque lo hayan sido bajo falsas apariencias.

-Pero, pero...

Los miraba indistintamente mientras ellos le miraban indiferentes.

-Será mejor que nos marchemos. -Señaló Marcus guardando el camafeo en su bolsillo. Miró a Ariana con una media sonrisa sardónica y haciendo una excesivamente formal reverencia señaló:- Creo que esta será la última vez que nos veamos. Por tu propio bien. -Añadió lanzándole una mirada acerada.

Ariana miró al baronet y después de nuevo a él.

-Tienes que llevarme contigo.

-No, no tengo que hacer tal cosa. No solo ya no eres mi esposa sino tampoco mi responsabilidad, gracias a Dios y a la corona. -Sonrió echando a andar hacia la puerta con paso vivo-. No te ayudaría ni aunque mi vida dependiere de ello.

Thomas y Lumiere que caminaban tras él hicieron una cortesía al pasar junto a Ariana sonriendo.

Una vez fuera y con los mozos acercando sus caballos, Thomas, en el último escalón de la escalera de acceso a la mansión preguntó a Marcus.

- ¿Crees que ese hombrecillo iracundo se quedará contento solo dejando marchar a Ariana y a su acompañante?

-Por la cuenta que le trae, los hará echar de su propiedad sin alharacas. De cualquier modo, no dudo, Ariana haya subido a la carrera a sus aposentos para tomar cuanto pueda antes de marcharse como alma que lleva el diablo. - Contestaba Marcus con las manos en los bolsillos del gabán con aire relajado, pues realmente se sentía completamente relajado tras, por fin, haberse desprendido de cualquier cosa que le uniese a Ariana.

- ¿Por qué no habéis detenido a compinche de esa mujer? -Preguntó Thomas mirando a Lumiere-. Sabéis que es un estafador.

-Pero sin pruebas de delito alguno no puedo detenerlo y pretender estafar al baronet no es motivo para apresarlos. Si hubiesen robado algo, me vería en la

obligación de llevármelos presos, pero al no ser así, queda fuera de mis quehaceres lo que pase con ellos, más, como he dicho dentro, dudo no tengan castigo cuando les den caza sus acreedores y, sabiendo como sabemos que no deben andar muy lejos, será difícil que se les escurran de entre las manos de nuevo.

Marcus asintió acercándose a su caballo:

-Presumo entonces, nuestros días en tierras francesas han concluido.

Lumiere sonrió:

-Presumís bien pues como lord Jillers me informó esta misma mañana, un capitán amigo del capitán William espera con un barco en el puerto para llevarnos a todos de regreso.

- ¿A todos? ¿También venís? -Preguntó Thomas mirándolo con una media sonrisa.

-Sí, a qué esperar. Mis enseres serán enviados a la casa que he alquilado en la ciudad para estos meses antes de dejar a mi prometida escoger la que considere mejor para nuestro hogar y, ya que milord me ofrece la comodidad de su barco, no veo motivo para rechazar esa oferta. De hecho, me instalaré unos días en casa de milord hasta que mis enseres lleguen a Londres.

Marcus que ya se había aupado a su caballo lo miró:

-Imagino entonces deberemos empezar a llamarle por su verdadero nombre.

-Esperemos hasta que alcancemos la costa inglesa, milord. Permitidme disfrutar un poco más en la piel de Germain Fabrice.

Marcus y Thomas se rieron antes de ponerse los tres rumbo a la posada donde se encontraban sus acompañantes.

Al alcanzar la posada y tras dejar sus caballos en manos de unos mozos, no se sorprendieron de encontrarse a Gabriel, lord Jillers y Silvie esperándoles aún en el reservado privado del comedor.

-Bien, entonces ¿ya podemos considerarte libre de esa arpía? -Preguntaba Gabriel sirviéndoles de la jarra más cerveza a los tres mientras devoraban su cena intercalando su voracidad con la narración de lo ocurrido.

-Así puedes considerarme por fin. - Marcus sonrió sin evitar echar un somero vistazo a Silvie que permanecía colocada junto a su padre en la esquina de banco protegida de la posible vista de curiosos si alguien abría la puerta.

-Una excelente noticia para nuestras esposas que son, sin lugar a duda, las más interesadas en saberte libre de yugo alguno ya que tienen interés en verte de nuevo en el mercado matrimonial. -Señalaba Thomas bromista riéndose entre dientes.

-Como alguno de los dos aliente a esas dos impenitentes mujeres para hacer realidad esos intereses, juro por mis antepasados, os atravesaré con mi sable sin daros tiempo a defenderos. -Masculló.

Gabriel y Thomas se carcajearon:

-Vamos, vamos, baroncito. Si en el fondo sabes que es mero cariño el que te muestran con esos intereses hacia tu futuro. -Se reía Gabriel burlón.

Marcus suspiró pesadamente antes de escuchar jaleo fuera del reservado, un ruido proveniente del comedor común. Curiosos, todos giraron el rostro al tiempo que Lumiere alargando el brazo abría ligeramente la puerta para ver lo que ocurría.

-Creo que nuestra treta para despistarlos no fue muy efectiva o quizás sea que has perdido facultades para borrar tus huellas. -Señaló Silvie lanzando una mirada sardónica y una media sonrisa irónica a Lumiere tras haber visto, como el resto de sus acompañantes, a los tres hombres que esa misma mañana habían dejado atrás.

-Creo que debieras acusar a mi acompañante. Jamás, hasta hoy, había sido descubierto cuando he querido borrar mi rastro.

Marcus se rio:

- ¿De verdad me estáis acusando? Quizás sea conveniente decir que realicé funciones de reconocimiento durante la guerra y nunca tuve perseguidores tras de mí mucho tiempo.

-Eso lo explica. -Respondía Silvie sonriendo maliciosa-. Os habéis oxidado, milord. Habéis perdido facultades por la falta de uso.

-Eso no puedes negarlo. -Decía Gabriel entre carcajadas sin dejar de mirar a

Marcus que sonreía por la maldad de Silvie que le miraba alzando una ceja desafiándole en silencio a replicarle.

-Muchachito impertinente. -Contestaba sonriéndola claramente divertido.

-Supongo que dado nuestros “amigos” se encuentran aquí, debiéremos invitarlos a una jarra de cerveza y quizás informarles de donde se haya cierto estafador y la dama que lo acompaña. -Señaló Lumiere poniéndose en pie sonriendo.

Marcus asintió ya que, al mirarlo a él directamente, parecía pedir su venía para actuar libremente en tan peliagudo tema. Tras verlo salir del reservado, deslizó sus ojos hacia lord Jillers.

-Milord, según creo, habéis tenido la precaución de asegurar que un barco nos espere en el puerto para llevarnos de regreso a Londres con prontitud.

-Especialmente porque mis dos pequeños deben estar volviendo loca a la hermana de mi esposa durante mi ausencia y convendría no dejarles demasiado tiempo sin la adecuada contención. -Sonrió mirando a Silvie que bajó la vista sonriendo bajo su gorra.

-No son tan revoltosos ni maquinadores. -Los defendió sonriendo divertida.

- ¿Es necesario que recuerde el momento previo a salir de casa y llegar a puerto?

Silvie no pudo evitar reírse recordando la escena de su hermana siendo bajada del carruaje por su padre pues se había escondido en el techo entre las bolsas vestida de muchacho, como hacía ella siendo niña, habiendo robado ropas del armario de su hermano Will, mientras entre quejas y reproches alegaba no querer quedarse para acudir a reuniones de té ni a aburridas y tediosas sesiones de modales.

-Y no mencionaré tampoco qué es lo que hacía cierto joven salvaje antes de la cena la noche anterior a nuestra partida.

De nuevo ella se rio porque su hermano Will, estando convencido de que uno de los vecinos no era sino un “espía” que intentaba derrocar a la corona, se había colado en su jardín y subido a un árbol para poder “vigilarlo” con el catalejo que había tomado del despacho de su padre y anotaba en un cuadernos

todo lo que hacía y con quienes conversaba e incluso saludaba, aunque solo fuera por mera cortesía.

-Bien, bueno, tienen una mente algo tendente al novelesco arte de fantasear.

-Novelesco arte... -Lord Jillers se rio negando con la cabeza-. Se parecen en demasía a su hermana mayor y por eso tengo la certeza de que han estado torturando a tu pobre tía.

-Yo jamás he torturado a tía Charlotte. -Lord Jillers le sostuvo la mirada alzando una ceja, inquisitivo-. No la he torturado voluntariamente. -Acabó aceptando, aunque con la boca pequeña y la mirada terca.

Marcus la observaba reconocer a pesar de todo su travieso carácter y de algún modo le produjo ternura esa capacidad de admisión de culpa.

-Bien, pues dado que a todos nos urge regresar a casa con premura ya que yo, admito, deseo reunirme a la mayor brevedad con mi esposa que, con suerte, aún se hallará aun en la ciudad, no veo por qué retrasar nuestra vuelta. - Señalaba Thomas con aire tranquilo.

-Si les place, caballeros, podríamos hacer noche aquí y mañana a primera hora marchar a puerto, aunque me temo habremos de hacer noche en la posada de Bergerac también. -Señaló Lord Jillers alargando el brazo para tomar de la mano del Silvie la jarra de cerveza que aprovechando el descuido de su padre había tomado con su curiosidad por probar un poco de ese brebaje que siempre gustaba a los caballeros. La escuchó resoplar pues no llegaron sus labios a tocar la jarra de cerveza mientras Marcus se reía entre dientes por el gesto y, sobre todo, por su contrariedad al verse pillada antes de cometer la falta.

Media hora después, con todos ellos relajados y conversando sobre temas intrascendentes, vieron a los tres hombres que les habían seguido hasta allí, con sus tripas llenas tras una copiosa cena, salir prestos, con seguridad, para atrapar a su presa.

Silvie observó al barón mientras veía a los tres hombres salir de la posada. Parecía tranquilo, como si realmente le fuere indiferente lo que le ocurriese a su esposa. No sabía que pensar de él. ¿Sería demasiado rencoroso y por ello ahora no le importaba lo que pudiese ocurrirle a esa mujer? ¿Quizás frío como

un témpano, capaz de no sentir apego por nadie? ¿O quizás fuese que realmente ya había pasado por demasiadas cosas por culpa de esa mujer y no deseaba tenerla más en su vida?

Aún estaba mirándolo cuando éste giró el rostro fijando sus ojos azules en ella pillándola en falta en ese instante logrando hacerla ruborizar y también de golpe girar la cabeza fingiéndose indiferente. Marcus disimuló una sonrisa pues haberla pillado mirándolo significaba que despertaba interés en ella y él se encargaría de azuzar más y más ese interés y, sobre todo, de convertirlo en algo de lo que jamás consiguiese librarse, un sentimiento profundo hacia él que la inclinase a aceptar su destino, un destino unido al suyo, a su hogar, a su título, a su casa, a su cama. Esa idea, esa idea de tenerla en su cama, irrumpió con fuerza en su cabeza como un río tormentoso de imparable caudal y deseó con fuerza lograrlo. Deseaba esos ojos chispeantes y tercos de color caoba mirarlo con adoración, deseó tener ese cabello llenos de rizos que hubo admirado en el camarote del barco, desordenado sobre los almohadones de su cama, tener ese cuerpo menudo y con curvas bajo el suyo carente de ropas o molestas capas que le impidieren tocarlo, rozarlo, adorarlo. Tuvo ganas de gruñir porque esos pensamientos tuvieron un efecto inmediato en su cuerpo que lejos de mostrarse indiferente a su imaginación deseó acompañarlo y fundirse en ese sueño. Por suerte lord Jillers instó a Silvie a subir a descansar y eso le daba tiempo a su anatomía traicionera a relajarse que no así a sus pensamientos que ahora parecían inundar su mente de puras imágenes vívidas y sensuales de su terca americana diciendo su nombre entre jadeos.

Sentado en el borde de la cama de la habitación de la posada tras desprenderse de la levita, la lazada, el chaleco y las botas, mantenía la vista fija en la ventana frente a él más allá de la que solo se veía oscuridad. Hacía una hora que Silvie se hubo retirado a dormir y él no tardó tampoco mucho en disculparse con los demás para hacer lo mismo pues su mente no parecía querer prestar atención ni a las conversaciones ni a las bromas de sus amigos y sus dos acompañantes. Había tomado una decisión, una decisión que sabía correcta, la adecuada no solo para su vida, su estabilidad, la continuidad de su título y su casa sino, además, para su felicidad. Por primera vez en muchos años la posibilidad de ser feliz, plenamente feliz parecía al alcance de su mano. Lograr la misma felicidad que envidiaba de sus amigos se abría camino ante él como algo que solo se le negaría si fuese tan ciego de dejarla escapar y

él no cometería tal error por nada del mundo. Su felicidad dependía de esa terca americana que dormía en la habitación del fondo del pasillo y él no se alejaría de ella por muchos quebraderos de cabeza que le dieran la férrea voluntad de su némesis y su terco carácter.

Sonrió desprendiéndose de la camisa para meterse por fin en la cama con esa decisión firmemente asentada en su cabeza, en su corazón y, sobre todo, en su cuerpo. Al despertar aún continuaba de buen humor y más lo estuvo al verla sentada en el reservado devorando un copioso desayuno. Le gustaba saber que no era como esas damas melindrosas que apenas si comían un bocadito por considerar que no era decoroso comer en público o simplemente porque eran de gustos delicados.

Se acomodó frente a ella tras una ligera cortesía que ella devolvió frunciendo el ceño por ese gesto cortés propio de un caballero hacia una dama y no hacia un muchachito, como estaba ella aún ataviada. Sonriendo se sentó tomando la taza de café que le servía una mesera a la que apenas si dedicó una mirada mientras ella entrecerraba los ojos sin apartarlos de dicha mujer hasta que se marchó.

- ¿Por qué no has esperado a que vuestro padre o alguno de nosotros bajásemos para acompañarte? -Preguntaba burlón, aunque lejos de su contrariedad se hallaba el encontrarse a solas con ella.

- ¿Desde cuándo un muchacho necesita la compañía de un caballero para tomar su desayuno? -Preguntó con el mismo tono burlón.

Marcus negó con la cabeza sonriendo tras su taza de café bajando los ojos a su plato.

-Espero seas generosa y nos permitas a los demás también llegar a comer algo.

-Podéis estar tranquilo, barón. Esa mujer que os mira con ojos de cordero degollado no os dejará pasar hambre.

Marcus se carcajeó porque sabía bien que se refería a la mesera pues la noche anterior también le puso esa mirada de deseo difícil de ocultar mostrándole sin pudor sus encantos a la mejor ocasión.

-No tengas celos, mi muchachito impertinente.

Silvie alzó los ojos de su tostada que estaba, literalmente, embadurnando de la deliciosa mermelada de frambuesa que le había llevado y con cara de pocos amigos le lanzó una mirada airada.

- ¿Por qué habría de sentir celos porque una mujer se os ofrezca de un modo tan vulgar?

De nuevo Marcus se rio y se mordió la lengua para no decir que le encantaba saberla encelada por él, pero en su lugar intentó minimizar esa muestra de celos para no incomodarla.

-A los ojos de esa mujer no eres más que un muchachito aún. Si te creyese mayor también se te insinuaría.

Silvie abrió la boca para protestar que solo a él se le insinuaban de ese modo, ni siquiera a sus amigos que eran tan atractivos como él, pero decir eso la haría parecer una boba encelada de una mesera de modo que se limitó a resoplar y dar un bocado a la tostada que masticó bruscamente ya sin ganas de saborearla.

-Sois muy molesto. -Acabó diciendo, mirándolo enfurruñada lo que no hizo sino hacer que Marcus se riese aún más incluso ignorando a esa mesera que como ella hubo dicho no iba a dejarlo pasar hambre pues le había llevado una bandeja llena de viandas.

-Dime una cosa, mi muchachito impertinente. -Empezó a decir mientras se servía un poco de huevos y panceta-. Cuando regresemos a Londres, es de suponer que tu padre prepare tu presentación en sociedad.

-Si un Dios generoso no lo remedia... -Masculló resignada.

- ¿No deseas ser presentada en sociedad?

-Pero ¿Por qué todos los caballeros presumen que las jóvenes arden en deseos de ser exhibidas ante todo caballero soltero como una palomita carente de otra virtud que la de la apariencia de posible esposa y ama de cría?

Marcus casi escupió el trago de café que había bebido antes de reírse:

- ¿Ama de cría? -Repetía sin dejar de reírse-. Puedo asegurarte que, por mucho que un caballero con algo más en la sesera que serrín viere a la perfecta madre para revoltosos pequeños, ese no sería el primer deseo que

despertarías en él.

Silvie frunció el ceño.

- ¿Qué significa eso?

Marcus sonrió con fingida inocencia antes de contestar:

-Que todo caballero con un mínimo de inteligencia apreciará no solo tu bonito rostro y figura sino también esa mente despierta y ese carácter decidido.

De nuevo ella frunció el ceño mientras él la miraba sonriéndole con inocencia sin dejar de pensar que ya le enseñaría él lo que de verdad quería decir. Por suerte para él llegaron Thomas y Gabriel evitando que sus pensamientos de nuevo tomaren el camino de la noche anterior.

-Bien, veo que alguien se ha levantado con más apetito que yo. -Señalaba Thomas burlón.

Silvie sonrió:

-Le he observado comer, milord, no creo que eso sea posible.

Gabriel y Marcus se carcajearon.

-Te ha calado pronto, amigo. -Decía Gabriel riéndose.

-Realmente nadie gana a un americano en mordacidad, ¿no es cierto? - Preguntaba riéndose Thomas mirando a Silvie.

-Consideradlo una nota de color en nuestro carácter. -Respondía sonriendo traviesa.

-Siento un escalofrío de temor recorrer mi cuerpo, más aun así preguntaré, ¿cuál es esa nota de color del carácter de tan fiero personaje? -Preguntaba Lumiere entrando tranquilo en el reservado tras hacer una cortesía.

-La mordacidad. -Respondió Silvie sonriendo, dejándose caer al tiempo en el respaldo del banco de modo desgarrado-. Los americanos, al parecer, tenemos esa destacada virtud.

-Virtud... -Repetía Marcus sonriendo y negando con la cabeza-. Debemos añadir como otro de los muchos colores de la paleta que conforma el carácter de los colonos, la nada desdeñable capacidad para ver las cosas de un modo favorable a sus intereses, aunque para ello sea necesario hacer caso omiso a la verdad.

Silvie se encogió de hombros indiferente:

-Es vuestra opinión, barón. La mía es que la verdad es la que mi criterio considera como tal y no la vuestra. -Sonrió a Lumiere cuando alcanzó una tostada-. Prueba la mermelada de frambuesa. Es deliciosa.

Lumiere sonrió tomando el tarro que le cedía mientras contestaba:

-A golosa no te gana nadie.

-Otra falsedad. Will y Luisa son más golosos que yo.

Lumiere se carcajeó:

-Rectifico reconociendo mi craso error. Solo tus hermanos te ganan en esa inclinación.

-Acepto la rectificación. -Sonrió traviesa arrancando una carcajada a los cuatro caballeros que enseguida pararon al escuchar un pequeño jaleo procedente del comedor común.

Como la noche anterior Lumiere abrió la cortina lo bastante para ver qué ocurría más allá y solo podían escucharse voces de hombres alzando la voz.

-Voy a ver lo que ocurre. -Señaló levantándose para salir lo que Silvie imitó rodeando la mesa, pero antes de hacerlo una mano apresó su muñeca tirando de ella para hacerla caer sobre una silla.

-Tú te quedas aquí, muchachito inquieto. -Señalaba Marcus tirando de ella con suavidad para acercar su silla a la de él. Silvie le miró enfadada e iba a protestar, pero él añadió:- Ni una queja. Lumiere se basta y sobra para enterarse de lo que ocurre ahí fuera.

-Realmente sois un incordio. -Protestaba mirándolo enfadada.

Gabriel y Thomas se reían sin dejar de degustar su desayuno complacidos por las miradas furibundas que le lanzaba Silvie a su amigo y que prometían que iba a ser francamente entretenido poder ver a su amigo seduciendo a esa fierecilla.

-Puedo serlo sobre todo cuando la obcecación de otros no atiende a mis razones.

-Eso también es obcecación, milord. -Contestaba ella frunciendo el ceño.

-Parece que vuestra... -Lumiere se detuvo antes de rectificarse-... que la dama que anoche dejamos en la mansión del baronet ha logrado escaparse de esos tres hombres que ahora la van a buscar con más ahínco pues se sienten más ofendidos que la pasada noche.

-Pues si se les ha escabullido, es muy probable que no vuelvan a ver a Ariana. Es muy hábil evitando ser encontrada.

-Solo cuando no le buscan personas con habilidad para encontrar personas porque a mi padre y a mi nos costó poco hallarla. -Sonrió Silvie mirándolo desafiante.

Gabriel y Thomas de nuevo se carcajearon mirando a Marcus que sonreía negando con la cabeza mientras la llamaba “muchachito impertinente” justo en el momento que aparecía lord Jillers.

-Bien, caballeros, podemos ponernos en marcha. Con suerte en unas horas llegaremos a Bergerac y mañana en la tarde embarcaremos para tomar el barco que nos lleve de regreso a Londres.

Silvie se puso en pie animosa y sonriendo señaló:

-Voy a comprar algunos de los tarros de esa deliciosa mermelada que a Will y Luisa le encantarán.

Marcus en cuanto la supo lejos miró a lord Jillers con fijeza:

-Creo mi deber informaros, milord, que en cuanto llegemos a Londres no cesaré hasta conseguir que esa terca hija vuestra acepte ser mi esposa.

Lord Jillers rodó los ojos porque no había pasado desapercibido el interés del barón por Silvie.

-En tal caso, milord, creo mi deber informaros que, salvo que consigáis mostraros ante mi hija como algo más que un aristócrata simplón no conseguiréis tal aceptación ni maniatándola.

Lumiere prorrumpió en carcajadas doblándose sobre sí mismo por la respuesta de su amigo mientras Marcus sonreía repitiendo divertido:

- ¿Aristócrata simplón?

- ¿Qué puedo decir? A los ojos de mi hija un aristócrata ocioso, petulante y arrogante no es más que un aristócrata simplón e intentaría corregir tal concepto, más, me temo, me siento incapacitado para ello pues mis ojos parecen adolecer de su misma visión.

Thomas y Gabriel se reían a la par que Lumiere mientras que Marcus incapaz de no reírse miraba a lord Jillers divertido.

-Milord, creo que vuestra hija ha heredado algo más que esa visión de vos. La impertinencia, sin duda, la comparten.

-Eso, barón, lo ha heredado de su madre. -Respondía sonriendo, alzando la barbilla mientras giraba ufano y caminaba fuera del reservado.

Dos días después navegaban rumbo a Londres con Silvie deseando ponerse de nuevo un vestido, no tanto por la comodidad de este sino por poder quitarse la peluca y poder relajarse siendo de nuevo ella misma. Aunque los caballeros que le acompañaban sabían ya quién era, durante los viajes no dejaba ni su papel ni su atuendo por seguridad, de tal modo que solo al llegar a Londres volvería a ser ella misma. Sentada en la cubierta sobre un barril leía relajada disfrutando de la brisa del mar escuchando a lo lejos las voces de los marineros. Desde que abandonaron la posada cercana a la propiedad del baronet, ella apenas si hubo conversado con sus acompañantes pues las dos jornadas a caballo fueron bastante duras y caía rendida en la cama en cuanto alcanzaron las posadas.

Una mano le arrebató el libro de entre las suyas y al alzar el rostro vio al barón con el pelo moviéndose desordenado por el viento del mar y sus ojos azules brillando más claros que nunca con el reflejo del agua.

-Otro libro de horribles crímenes.

Silvie le quitó el libro sin delicadezas.

-Es un libro sobre conocidos asesinatos de los bienintencionados nobles ingleses. -Respondía burlona.

Marcus sonrió apoyándose en la madera de la barandilla sin dejar de observarla.

-Ya estamos de regreso a Londres, puedes quitarte ese disfraz.

- ¿Y si nos abordan enemigos? Lo más seguro es no saberme mujer.

Marcus se carcajeó:

- ¿Abordarnos?

Silvie se encogió de hombros:

-Nunca se sabe, milord. El peligro acecha en los lugares más insospechados.

De nuevo él se rio por su tono y su mirada terca.

-Está bien. Bien, dime, ¿qué esperas de tu temporada social si no es ni encontrar un caballero ni tampoco exhibirte? Pues, aunque sea un caballero algo torpe y corto de entendederas he logrado comprender que no deseas ni lo

uno ni lo otro.

Silvie se rio por su chascarrillo hacia su propia persona.

-No sabría que decir, milord. La primera idea que surca mi mente es sobrevivir. Sobrevivir a las despectivas miradas de las matronas que verán a “la americana” como una arribista y una usurpadora. Sobrevivir a la vorágine de enredos y maliciosos rumores que surgirán como lo hicieron en la escuela de señoritas en cuanto una americana tuvo la osadía de compartir aulas con las impolutas jovencitas de pedigrí ancestral de las islas. Sobrevivir a cualquier intento de hacer mella en mi honra o nombre por parte de las jóvenes, sus madres y sobre todo, los crápulas que pululan por los salones a la caza de una dote que le saque de sus deudas o problemas.

Marcus sonrió por la franqueza y la cruda realidad que mostraba de lo que, en realidad, era la temporada social pues ciertamente era una carrera de obstáculos para muchas jóvenes.

Se acercó a ella y se sentó a su lado en el barril obligándola a moverse ligeramente para dejarle hueco.

-Si te preocupa sentirte desprotegida ante otras jóvenes, debo decirte que eres demasiado lista para dejarte llevar por sus chismorreos, tretas y enredos y si te preocupan las matronas y los más rancios nobles que estudiaran tus pasos, a veces con recelo, a veces con envidia, he de decirte que tienes demasiado coraje para no saberte defender y, en todo caso, tu padre tiene buenos amigos que te ayudarán y ahora tienes buenos amigos, agradecidos por la ayuda que les has prestado, que gustosos os prestarán su apoyo en los salones. Solo soy un aristócrata, más, puedo asegurarte que tengo el poder suficiente para aplastar a quién moleste o simplemente importune a mi muchachito impertinente.

Silvie ladeó el rostro y le miró entrecerrando los ojos:

-Yo no soy vuestro muchachito impertinente.

-Cierto, eres mi americana impertinente. -Sonrió canalla inclinando rápidamente la cabeza dándole un beso en la frente que no solo la pilló por sorpresa, sino que la dejó aturdida y desconcertada viéndole caminar con paso firme en dirección a las escaleras de acceso a los camarotes dejándola allí

completamente muda.

-Pero... -Susurró completamente atónita por lo ocurrido. Tras unos minutos, que tardó en salir de ese estupor, saltó del barril y fue a buscar a su padre que seguramente estaría en su camarote leyendo o relajado conversando con Lumiere. Entró apenas dando unos ligeros golpecitos encontrándolo, como había supuesto, leyendo. Se dejó caer en una silla frente a la suya y lo miró unos instantes antes de decir:

-El barón me ha besado.

Su padre alzó las cejas y serio señaló:

-Explícate.

-Me ha besado en la frente mientras estábamos en cubierta.

-En la frente. -Repitió relajándose completamente.

-Padre, se supone que soy un muchacho y aun no siéndolo lo que él sabe, ¿por qué diantres me besa? Eso no lo hace un caballero y menos en público... bueno, en un lugar abierto.

-No lo hace un caballero que no tenga intenciones.

- ¿Intenciones? ¿Intenciones de qué? -Preguntó parpadeando de nuevo sorprendida. Su padre alzó ambas cejas sosteniéndole la mirada mientras sonreía y ella rápidamente comprendió-. Ah no... no, no, no... -Se levantó de golpe y camino en círculos en el camarote con pasos airados-. No quiero ser baronesa y tampoco tener un esposo como él que seguro intentará imponerme su voluntad constantemente. Es muy mandón y terco y arrogante y engreído y en exceso pagado de sí mismo y... y... y... -Cruzó los brazos mirándolo ceñuda añadiendo con gesto terco dando un pisotón en el suelo como una niña contrariedad-. Y es inglés.

Su padre se carcajeó por su última afirmación.

-Bien, innegablemente es inglés.

Silvie resopló:

-Padre, ¿no piensas hacer nada?

- ¿Qué he de hacer? Te ha besado en la frente en una cubierta donde estoy seguro no os ha visto nadie.

-Pero, pero eso es tomarse una licencia indebida conmigo.

-En realidad se la habría tomado con un muchacho que bien podría ser su hermano pequeño.

-Peor me lo ponéis. Besar a un muchacho en la frente ...

Su padre se carcajeó:

-No vas a hacer mella en la hombría de lord Varité, cielo, de todos es bien conocida su fama de seductor y las damas lo alaban como tal, nadie vería nada extraño en que besare a un muchachito en la frente en gesto amable o tierno.

Silvie dio un nuevo taconazo en la madera mirándolo enfadada.

-Padre. -Protestó.

-Cielo, si quieres mi ayuda aquí la tienes. Voy a darte un consejo. Medita sobre el barón y especialmente en el motivo y fin de ese beso. Quizás así llegues a averiguar algo de interés.

Silvie abrió la boca para protestar, pero la cerró de golpe y le miró enfadada antes de girar airada y salir del camarote con paso firme.

-Nadie me comprende. -Protestó caminando por el pasillo escuchándose un poco más allá:

-Muchachito impertinente no refunfuñes.

Silvie se detuvo de golpe jadeando, pero enseguida giró y alzando la voz respondió:

-Callaos barón del demonio.

Se escuchó una carcajada más allá y gruñendo ella se encerró en su camarote enfadada.

-No vas a conquistarla haciéndola enfadar constantemente. -Señalaba entre risas Thomas tumbado en su camastro.

-Al contrario, cuando se enfada baja la guardia conmigo. -Contestaba Marcus satisfecho-. Es un pequeño polvorín que pienso azucar sin parar.

-Pues ten cuidado, barón del demonio, pues el polvorín puede acabar disparándote por incordio. -Intervenía Gabriel entre risas trayendo a colación la expresión que Silvie había usado para él.

Marcus sonrió divertido señalando la puerta:

-Acabará adorando a su barón del demonio.

Gabriel y Thomas se rieron.

-Ya veremos, baroncito, ya veremos. -Añadía Gabriel claramente divertido.

En cuanto llegaron al puerto de Londres y desembarcaron, Lumiere acompañó a Silvie al carruaje de la familia que les estaba esperando, pero antes de alcanzarlo vieron la puerta abrirse de golpe sin esperar siquiera que uno de los palafreneros la abriese y salieron del mismo de un salto Luisa y Will que corrieron hacia ellos.

-Lumiere. -Gritó Luisa sonriendo sin detener su carrera hasta lanzarse a sus brazos-. ¿Me has traído un regalo? -Preguntó tras darle un beso en la mejilla.

- ¿Si dijese que no tendría que dormir en el jardín?

Luisa se rio:

-No, pero no te dejaría probar las tartas de cooker.

Will que había corrido sin detenerse cruzando la pasarela alcanzó a su padre en la cubierta.

- ¿Habéis apresado a los malos?

Lord Jillers se rio asintiendo:

-Podría decirse de ese modo.

-Ah bien.

Marcus se rio por la satisfacción del pequeño y haciéndole una formal cortesía señaló divertido:

-Señor William, os presento a mis amigos el conde de Gallier y el vizconde de Fresalm.

-Ah hola.

Lord Jillers rodó los ojos:

-Will, hijo, ¿no recuerdas tus modales?

Will suspiró aburrido e hizo una cortesía.

-Tía Charlotte nos espera en casa.

-Bien pues no le hagamos esperar, -decía tomándolo de los hombros y girándolo en dirección a la pasarela-. Caballeros, marchó por fin a mi casa. Si no gustan nada más, creo que podemos separarnos aquí.

-Papá, papá. -Luisa le alcanzó a la carrera a tiempo de que él abriese los brazos y la tomase en ellos-. ¿Qué regalos nos has traído?

-Yo también me alegro de verte, cielo. -Se reía caminando con ella en brazos hacia la pasarela-. Te he comprado en Bergerac un libro de hierbas.

-Ah bien.

Marcus se rio escuchando la misma respuesta que antes hubo dado su hermano de clara satisfacción y aprobación mientras los veía bajar del barco.

-Bien, ahí van mis futuros cuñados claramente indiferentes a nuestras personas.

Thomas sonrió negando con la cabeza empezando a caminar en la dirección tomada por ellos para alcanzar un coche de punto que los llevase a reunirse con sus familias.

-Tan indiferentes como su hermana mayor, baroncito. -Replicaba Gabriel pasando frente a él-. Vamos, baroncito, comprobemos si mi esposa y la de Thomas aún permanecen en la ciudad o hemos de marchar al campo a buscarlas.

Marcus los seguía desembarcando al fin, aunque su vista e interés estaba fija en cierta joven, aún vestida de muchacho, que parecía bromear con su hermano menor mientras subían en el carruaje.

-Habré de buscar una excusa aceptable para rondar a mi baronesa.

Thomas se carcajeó al escucharlo a tiempo de abrir la portezuela del coche de punto.

-Mejor busca la ayuda de Lucas y la siempre inteligente Camile ya que él

conoce mejor a lord Jillers y podrá conseguir un acercamiento socialmente aceptable. Te recuerdo que esos momentos en privado que has tenido con ella no se van a poder repetir una vez hemos regresado.

En cuanto atravesó la puerta de su casa supo que Lucas y su familia aún continuaban allí, lo que suponía que Brianna y Holly continuaban en Londres por lo que ni Thomas ni Gabriel habían de marchar al campo.

-Bienvenido, señor.

Sonrió a Perkins al tiempo que le entregaba sus guantes, sombreros y gabán.

-Presumo ese enano impetuoso que tiene la osadía de llamarse lord Samuel habrá tiranizado este bendito hogar en mi ausencia.

-En realidad, milord, la tiranía ha venido de la mano de las mascotas de sus señorías pues parecen dotadas de la habilidad de hacer suyo todo lugar que les resulte cómodo incluidas las cocinas o las estancias de su señoría.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Voy a darme un baño y asearme. Avise a los marqueses de mi llegada y de que podré unirme a ellos para el almuerzo.

-Así lo haré cuando regresen, milord. Han llevado a los niños de paseo al parque y a visitar a lady Fresalm.

Una hora después bajaba al salón acomodándose en su sillón preferido no tardando en escuchar ruidos en el vestíbulo para de inmediato aparecer a la carrera Samuel y Viola con sus padres con paso más calmo tras ellos.

-Bienvenido. -Lo saludaba Camile con su siempre amable sonrisa y un beso en la mejilla.

-Quizás debiera decir que me hallo gratamente sorprendido al encontrarme mi hogar aún en pie a pesar de haber estado bajo la impetuosa mano de este enano.

El pequeño Samuel se rio alzando los ojos de su perrita Dina y de capitán, el enorme San Bernardo de Camile, con los que en ese momento jugaba.

-Mamá dice que he cuidado muy bien de este reino.

Marcus se rio negando con la cabeza;

-Di mejor que has dejado que todos en este reino te mimen como un rey consentido.

Samuel se rio divertido:

-Mamá dice que soy adorable por eso merezco ser consentido.

Lucas se carcajeó pasando un brazo por los hombros de su esposa tras dejar está en los brazos de Marcus al bebé.

-Cielo, no le digas esas cosas a este enano peleón o no habrá quién le enderece el carácter.

Camile sonrió:

-Mi pequeñín tiene un carácter encantador, no necesita ser enderezado.

Marcus se rio negando con la cabeza al ver la sonrisa orgullosa de Samuel tras el comentario de su madre.

-Ese enano tiene ciegas a las damas, eso ocurre. No ven más allá de esos ojos pícaros y esa sonrisa engañosamente adorable.

Tras unos minutos y mientras los niños subían a asearse antes del almuerzo, Lucas por fin preguntó a su amigo por el viaje. Tras narrarle someramente lo ocurrido sonrió entregándole una copa de licor que acababa de servir mientras Camile paseaba por la estancia con el bebé en sus brazos para adormilarlo.

-De modo que vuelves a ser un caballero apto para el matrimonio... Las matronas de la ciudad se van a frotar las manos en cuanto llegue a sus oídos las nuevas buenas.

-Pues ya pueden dejar de frotárselas porque este caballero no es apto para matrimonio alguno salvo con una dama en concreto.

Camile se detuvo de golpe y le miró alzando las cejas:

-Ya has posado tus ojos en alguna dama. Eres muy veloz.

Marcus se rio, pero fue Lucas el que mirándolo con fijeza preguntó:

- ¿Has conocido a esa dama en el viaje?

-Podría decirse que sí, aunque sería más correcto y fiel a la verdad afirmar que la conocí aquí antes de partir.

-Te estás refiriendo a la hija de lord Jillers ¿no es cierto? -Marcus asintió

sonriendo-. ¿Os ha acompañado en el viaje?

-Era ese muchacho, Sayer. -Aclaró pues había mencionado al protegido de lord Jillers-. Mejor dicho, se hacía pasar por tal por seguridad.

Camile se rio:

-Creo que esa joven va a gustarme en extremo.

Lucas rodó los ojos:

-No me doy por sorprendido ante esa predicción. -Miró de nuevo a Marcus con fijeza y una media sonrisa burlona-. Tu madre pondrá el grito en el cielo. Primero una baronesa que era una loca y una ladrona y ahora una americana.

- ¿Es americana? -Preguntó Camile con entusiasmo arrancando una carcajada a ambos.

-Sí es una colona terca, tendente a no dejarse siquiera aconsejar pues gusta salirse con la suya y, para colmo, siente inclinación por los asesinatos, misterios e historias truculentas. Ayuda a lord Jillers en sus investigaciones y dudo consiga deje de hacerlo en el futuro, especialmente, pues he de reconocer que tiene dotes para ello.

- ¿De veras? ¿Una mujer detective? Qué destacable. -Señalaba de nuevo Camile admirada.

Marcus se rio poniéndose en pie para tomar de nuevo en brazos a su ahijado.

-Destacable y también peligroso. Por mucho que se disfrace de muchacho durante esas investigaciones, el peligro existe. Como esposo podría prohibirle continuar con esa actividad, pero no dudo esa decisión acabaría haciendo mella en su carácter y en nuestra relación, de modo que, habré de asegurarme de acompañarla en esas aventuras o me volveré loco. Además, con lo terca que es no se dejará mandar ni por un esposo ni por nadie, me temo.

-Una mujer progresista. Realmente me va a encantar tu americana.

Lucas se carcajeó por la afirmación de Camile.

- ¿Te vas a volver una mujer progresista, cielo? ¿Quizás eres una de esas nuevas sufragistas que empiezan a hacerse eco en nuestra sociedad?

-Si me dejasen expresar mi opinión más allá de mi hogar, te aseguro que emplearía mis armas con sabiduría y buen tino, cosa que no puede decirse de

muchos caballeros.

Marcus y Lucas se rieron.

-Y hete aquí una mujer que en breve se rebelará contra todas las normas que rigen nuestra sociedad. -Señalaba Lucas riéndose antes de besar cariñoso a su esposa.

-Mamá, Perkins dice que podemos comer.

Lucas se carcajeó por la entrada de su hijo que caminaba ufano hasta ellos.

-Dudo que el bueno de Perkins haya usado ese modo de indicarnos que el almuerzo está servido. -Decía Marcus poniéndose en pie al igual que sus amigos.

Samuel se encogió de hombros con indiferencia antes de observar con detalle como Marcus dejaba a su hermano en el capazo como si inspeccionase su labor para asegurarse que lo hacía bien, cosa que se confirmó cuando metió la cabeza en dicho capazo después observando a su hermano antes de caminar satisfecho hacia la puerta mientras Marcus lo observaba sonriendo.

-Este enano no me considera capaz de arropar a mi ahijado.

Camile se rio caminando tras él del brazo de Lucas.

-No lo tomes como una ofensa, lo hace con todos, incluso con su padre.

-Lo que no deja de ser ofensivo. -Replicaba el mentado rodando los ojos con resignación.

En la noche, sentado frente a la chimenea degustando una copa relajado con Lucas y Camile que mantenía en sus brazos a su ahora calmado bebé y con los dos niños mayores ya en la cama, mantenía los ojos fijos en el baile de las llamas frente a él. Recordaba el momento exacto en que descubrió que Sayer era, en realidad, Silvie. Recordaba la mirada airada de esta, su gesto terco, esa melena rizada que cubría su espalda y que no ocultaba en absoluto su menuda y voluptuosa figura. Sonrió recordando como tuvo que negociar con ella por lo peleona que era y saberlo le gustaba sobremanera pues estaba convencido que iba a disfrutar con cada negociación con ella.

-Marcus, Lucas me ha dicho que lord Jillers tiene dos hijos pequeños.

Marcus miró a Camile alzando las cejas:

-Así es. Un niño de unos doce años y la pequeña que tiene nueve años si no recuerdo mal la edad que nos dijo milord.

-Umm, son un poco más mayores que Sam y Viola, pero podríamos invitarlos a todos a pasar unos días en el campo. Quizás el incentivo de poder jugar al aire libre, montar a caballo y otras actividades relajadas los anime a aceptar. Así, tendrías la oportunidad de acercarte a cierta joven sin necesidad de buscarte excusas para ir a visitarla.

Marcus rodó los ojos ante las carcajadas de Lucas por el comentario de su esposa.

-Gracias por la presunción de que buscaré excusas para visitarla dando por cierta mi torpeza para un galanteo eficaz.

Camile sonrió divertida.

-Bien, no lo he presumido, pero ahora que lo mencionas, quizás sea bueno hacer mención de que seguramente carezcas de práctica en el galanteo eficaz de una dama casadera.

Marcus gruñó mientras que Lucas se reía disfrutando como un niño pequeño.

-Vamos amigo, has de reconocer que mi inteligente esposa no anda desencaminada. Ser un calavera no te convierte en un experto pretendiente de inocentes palomitas. Además, si lo meditas con calma podrás comprender las ventajas de su sugerencia. Tendrás, dentro del decoro y el adecuado respeto a las más estrictas normas, acceso a la joven sin interferencias. Podrás cortejarla lejos de miradas curiosas y lo que no es menos destacable, podrás hacerlo sin ser constantemente asediado por matronas y palomitas ansiosas pues en cuanto se enteren de tu estado de hombre libre serás un objetivo claro en Londres.

Marcus suspiró pesadamente.

-No pienso acercarme a ninguna palomita y menos a sus madres.

Lucas se carcajeó:

-Pues si piensas cortejar a la hija de lord Jillers en la ciudad no tendrás opción que acudir a bailes y reuniones en los que todas ellas abundarán por doquier.

-Vamos, Marcus, he tenido una excelente idea. Si aceptasen la invitación contarás con un buen número de ventajas a tu favor, empezando por la inestimable colaboración de excelentes amigos que apoyarán tu causa con ahínco.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-Hablas de “mi causa” como si fuere una contienda en la que, además, yo jugase el papel de contrincante más débil.

-Y lo eres. -Se rio entre dientes-. Por lo que Lucas ha dicho de la joven y de su familia, siento ser yo la que te informe que eres el contrincante débil. No olvides que te enfrentas a la voluntad rebelde, libertaria y muy decidida de los americanos.

Lucas se rio:

-Sin mencionar que tanto “tu baronesa” como sus hermanos no puede decirse que gusten de las formalidades y los encasillamientos. Sin ir más lejos, el fiero William y la doctora de su hermana.

Camile sonrió:

- ¿La hija de lord Jillers desea ser doctora? -Marcus asintió-. Qué loable. Apoyaré su causa como progresista que soy.

Lucas se carcajeó:

-Aún no conoces a esas fieras colonas y ya te has dejado influir por su rebeldía y apoyas su causa sin tapujos.

- ¿Qué puedo decir? Su causa me parece más digna de defensa que ninguna otra de las que se presenta ante mis ojos en estos instantes. -Bajó la mirada hacia el regordete rostro de su hijo y sonrió-. A salvo acostar en su cuna de una bendita vez a mi pequeñín que por fin ha decidido sucumbir al sueño.

Lucas bajó los ojos hacia su hijo y sonrió antes de ayudarla a ponerse en pie.

-Enseguida subo, cielo.

Camile asintió mientras caminaba hacia la puerta con Lucas y Marcus puestos en pie a su espalda. Una vez hubo salido y tras tomar de nuevo asiento, Lucas miró serio a Marcus.

- ¿De verdad es la dama que deseas para ti? -Marcus asintió tajante-. Pues no cometas mis errores y no dejes que tu posible relación con ella corra peligro por no actuar a tiempo.

Marcus asintió de nuevo.

-No pienso dejar que se escape, Luc. Esa fierecilla terca y con una absoluta incapacidad para obedecer es la única que logra que desee unirme a una mujer sin temor a un nuevo y estrepitoso fracaso.

-Sin mencionar que los hijos que tendréis te mantendrán en extremo ocupado con solo parecerse someramente a su madre.

Marcus se rio, pero enseguida se detuvo al ver por el rabillo del ojo una figura moverse y al girar el rostro se topó con el pequeño Sam acercándose con cara de sueño y el cabello completamente alborotado.

-Pero ¿qué haces despierto? -Preguntaba Lucas esperando a que se acercase.

- ¿Mañana regresamos al campo? -Preguntó tras un bostezo.

-Quizás dentro de dos días. ¿Por qué te preocupa?

De nuevo bostezó aupándose al sillón de su padre.

-Es que no quiero que tío Marcus se quede solito. Si nos vamos nadie estará con él.

Marcus sonrió negando con la cabeza

-Eso se arreglará en pocos días, enano.

- ¿Se arreglará? -Preguntó desconfiado.

-Sí, pequeñajo, tío Marcus ha encontrado una dama que será como mamá para mí. -Respondía Lucas divertido por la más que evidente desconfianza de su hijo.

-Ahhh... ¿tienes una mamá para ti?

-Bueno, tengo una esposa en realidad y, con suerte, será la mamá de mis pequeños impertinentes y acaparadores de este reino.

- ¿Vas a tener nuevos Marcus?

Marcus se carcajeó:

-Creo que dejaremos que ese enano de tu hermanito sea mi único tocayo, pero tendré algunos pequeñajos a los que te corresponderá proteger por ser el mayor del grupo.

-Ahh. Les enseñaré a lanzarse en trineo para que en las carreras de navidad tengan premios.

-Excelente idea. Y ahora, a la cama que es muy tarde. -Le decía Lucas dejándolo con los pies en el suelo girándolo en dirección a la cama.

Una vez desapareció Marcus negaba con la cabeza:

-Nunca entenderé como te han salido hijos tan adorables.

Lucas se carcajeó:

-Me imaginabas siendo el progenitor de Belcebú, ¿no es cierto?

-Algo parecido. -Sonrió asintiendo.

-Bien, yo me retiro que deseo abrazar a mi esposa.

Marcus se quedó en silencio observando las llamas de la chimenea hasta que empezaron a consumirse con el pensamiento flotando en su mente de querer abrazar a su esposa cada noche también. Una esposa que no sería sino una terca americana a la que no dejaría escapar pues estaba seguro su felicidad dependía de ella.

CAPÍTULO IV

Al otro lado de Mayfair, Silvie narraba a sus desvelados hermanos todo el viaje, dotando de cierta épica a su huida de sus perseguidores y su hallazgo del sujeto de la investigación. Finalmente, cuando consiguió que ambos se durmiesen, se reunió con su padre en el salón que departía relajado con Lumiere y con su tía Charlotte que como ella antes, ponía al día a ambos de lo ocurrido con sus hermanos en esos días y sus no pocas trastadas.

Se sentía ligeramente inquieta por lo que no deseaba subir a descansar,

especialmente porque desde que se separaron de los caballeros, algo en su cabeza le provocaba cierta incomodidad. No sabía decir a qué se debía, pero fuese lo que fuese le mantenía ligeramente incómoda desde que desembarcaron.

Miró con gesto fingidamente tranquilo a Lumiere y preguntó:

-En la mañana, ¿acudirás a visitar a Adele?

Lumiere asintió apartando la copa de coñac que aún tenía entre los dedos.

-Hace unas horas envié un lacayo para avisarla de mi llegada y de la visita.

- ¿Supondría un grave estorbo que te acompañase? Llevo bastante tiempo sin verla y una vez empieces a visitarla con asiduidad, presumo no tendré demasiadas oportunidades para verla, sobre todo, si, como decías, anunciaríais el compromiso esta misma semana lo que supondrá que tendréis que acudir a eventos formales como prometidos.

Lumiere sonrió:

- ¿Por qué presumo esa advertencia de que “tendré que acudir a eventos formales” es un modo bastante liviano de decirme que seré torturado durante las próximas semanas?

Silvie se rio:

-Bueno, es que es lo que ocurrirá. El anuncio ya de por sí generará curiosidad, pero que el novio sea el todavía desconocido heredero del marqués de Crumble, despertará la curiosidad incluso entre aquellos que no gusten de los chismes. Querrán conocerte, observarte y comprobar si realmente eres el lord Groster que debieras ser. -Sonrió divertida y maliciosa.

Lumiere rodó los ojos mientras que lord Jillers se rio entre dientes sabiendo que el chascarrillo de su hija tenía un gran poso de verdad y que el pobre muchacho iba a estar bajo la lupa de toda la sociedad durante semanas.

-Está bien. Mañana podrás acompañarme a visitar a mi prometida, más, he de decirte que deberás regresar sola a casa pues he de visitar con Adele a mi abuelo ya que no me perdonaría no visitarle el primer día de mi regreso y menos no hacerlo con Adele a mi brazo. Al parecer, mi inteligente prometida y mi abuelo han hecho excelentes migas y gustan reunirse una vez por semana

para jugar al ajedrez.

Silvie se rio porque ella hubo acompañado en varias ocasiones a su amiga en esas visitas y lo que a esos dos gustaba era charlar animadamente de todo y todos a su alrededor mientras, supuestamente, jugaban al ajedrez y comían almendrillos, un dulce que elaboraban en casa de Adele y que ella le llevaba en cada visita.

-Bien, pues cuando marchéis a visitar al marqués, yo regresaré y me abstendré de hacer mención de que tu prometida y tu abuelo no hacen sino devorar almendrillos y hablar de todos cuantos conocen o desconocen.

Lumiere se carcajeó.

-Lo había supuesto pues Adele es poco ducha al ajedrez.

-Mejor abstente de decir eso delante de ella o se enfadará de veras.

En la mañana temprano, Marcus revisaba el correo que tras tantos días sentía tener abandonado, concentrado en él, sentado en la cabecera del comedor de mañana apenas si se dio cuenta de la entrada de Camile con el bebé en brazos lo que rápidamente le hizo ponerse en pie por cortesía dejando que Perkins la ayudase a acomodarse a su lado y le sirviese una taza de té lo que el aprovechó para tomar en brazos a su ahijado ya que su madre no parecía querer dejarlo en manos de la niñera que permanecía al fondo del comedor en ociosa observancia.

-He decidido que hoy acudiré con Lucas a visitar a lord Jillers y los invitaré a acompañarnos al campo unos días antes de que comience oficialmente la temporada social.

Marcus sonrió mirando de soslayo a Camile mientras decía:

-Mi querido ahijado, tu madre se muestra en exceso sibilina y maquinadora, pero no seremos ninguno de los dos de esos de los que se quejan, ¿verdad que no?

Camile se rio entre dientes antes de beber de la taza:

-No te quejarás porque te conviene y yo seré generosa y obviaré que me has tildado de sibilina y maquinadora.

Marcus sonrió con inocencia mientras mecía al bebé que había extendido un brazo y tomado con fuerza la punta de la lazada de su cuello. En ese momento entró Lucas con Viola de la mano y Samuel siguiéndoles con aire distraído llevando a su lado a Capitán y Dina, los perros de la familia. Se acomodaron en la mesa, no sin antes Samuel asegurarse que su hermanito estaba bien en los brazos de Marcus y tomar asiento junto a él.

-Bien, ¿te ha informado ya mi augusta esposa de nuestros planes para la mañana?

Marcus asintió.

-Y no pienso dejar que vayáis solos. Os acompaño que os creo capaces de cometer tropelías.

Lucas se rio.

-Ignoraré semejante sandez.

Camile sonrió:

-Suerte tienes de que ignoremos y obviemos tus comentarios, Marcus.

Marcus se carcajeó hasta que el pequeño protestó con un sonoro llanto que él se apresuró a calmar.

-Niños, hoy conoceréis a vuestros primeros americanos.

- ¿Qué es un americano? -Preguntó Samuel con la boca llena de tostada a rebosar de mermelada.

Lucas se rio:

-Son los venidos de tierras americanas, Sam.

-Ahh... ¿Y están muy lejos esas tierras?

-A muchos, muchos días en barco.

-Ahh. ¿Y nos gustarán los americanos?

Camile se rio;

-Pues estoy segura de que sí porque papá y el tío Marcus dicen que son alocados, temerarios e intrépidos.

Los dos caballeros se rieron por la contestación.

Nada más ser anunciados y tras dejar sus abrigos en manos del mayordomo, Marcus caminó con Viola de la mano mientras Samuel y sus padres caminaban por delante de ellos. Al llegar a un salón lord Jillers les recibió con una amable sonrisa pidiendo al mayordomo que fuese a buscar a sus hijos al ver a los niños con los tres adultos.

-Lord Galvert, os creía ya en el campo.

-Y marcharemos a más tardar en dos días, más, antes de irnos, queríamos presentaros nuestros respetos por la ayuda prestada a nuestro amigo y aprovechar la oportunidad para invitaros, a vos y vuestros hijos, a acompañarnos a pasar unos días allí antes de que la temporada social comience oficialmente.

Lord Jillers los miró alzando las cejas claramente sorprendido.

- ¿Al campo?

-Sí, milord. Los niños podrán disfrutar de actividades al aire ahora que hace buen tiempo y descansar del aire viciado de la ciudad antes de regresar.

En ese momento entraron William y Luisa con esos pasos tan propios de los americanos ligeramente risueños y carentes de formalidad que Marcus reconocía perfectamente en el caminar de cierta joven. Al verlos, los dos se acercaron junto a su padre y simplemente se les quedaron mirando.

-Salud como corresponde. -Les incitó lo que los niños hicieron mirándolos con aire aburrido lo que no hizo sino elevar las comisuras de los labios de Marcus pues ambos además de expresivos eran demasiado sinceros para disimular su contrariedad.

- Viola, Samuel, estos son los hijos menores de lord Jillers, William y Luisa. - Se apresuró a presentarlos.

Sam se acercó a los dos con paso decidido y mirando a William que le sacaba no solo varios años sino varias cabezas, preguntó curioso:

- ¿Eres americano? -William asintió y antes de decir nada Samuel continuó-. Mi padre dice que venís de una tierra muy lejana.

-Sí, vinimos con mi tío William que es capitán de barco y tardamos varias semanas en arribar en Inglaterra.

-Hala, ¿Varias semanas? ¿Y qué hicisteis tanto tiempo en el barco?

-La pregunta correcta sería, milord, ¿qué no hicieron? Mis hijos, me temo, tienden a meterse en líos y preparar mil trastadas a la primera oportunidad que se les presenta. -Contestaba Lord Jillers sonriendo tranquilo.

William miró a su padre airado y ofendido cruzando los brazos al pecho.

-La señora Blossom nos hacía estudiar todas las mañanas.

Su padre se rio:

-Lo que os dejaba libres las tardes para enredar con toda la tripulación.

William sonrió travieso.

-Solo nos enseñaban a navegar.

-Solo a navegar... sí, estoy seguro de que solo os enseñaban eso... -Replicaba su padre con aire descreído.

-Observo, no sin placer, señorita Luisa, que su atuendo ha dejado atrás el color rosa. -Intervino Marcus sonriendo a la pequeña.

Luisa asintió terca.

-Tía Charlotte y Silvie consiguieron convencer a la señora Blossom de que en el mundo hay más colores además del rosa.

Marcus se carcajeó.

- ¿No te gusta el rosa? -Preguntaba Viola mirando a la niña, ligeramente más mayor que ella que lucía un vestido azul.

Negó con la cabeza al tiempo que decía.

-La señora Blossom siempre me vestía de rosa. Todo era rosa.

William se rio:

-Siempre la vestía de pastelito de fresa.

En cuanto dijo eso echó a correr alrededor del diván huyendo de su hermana

que le perseguía con cara de querer zurrarlo arrancando una risa a Marcus y un suspiro de resignación a su padre antes de decir:

-Parad ahora mismo u os dejaré en Londres mientras vuestra hermana y yo marchamos al campo.

Los dos se detuvieron como un resorte y le miraron con evidente interés.

- ¿Al campo? -Preguntó William luciendo la misma expresión que su padre cuando antes hubo preguntado lo mismo.

Lord Jillers sonrió:

-Sí, al campo. Lord y lady Galvert han sido tan amables de invitarnos, pero viendo vuestro comportamiento, dudo que pueda llevaros conmigo ya que parecéis salvajes.

William sonrió con inocencia y mirando a Camile señaló.

-Nos comportaremos con corrección y decoro y sabremos corresponder su amable invitación siendo buenos invitados, tenéis mi palabra.

Camile y Lucas se rieron entre dientes divertidos con el pequeño. Lord Jillers, en cambio, gruñó porque no le costaba saberlo diciendo esa frase como si la hubiese aprendido de memoria.

- ¿Por qué presumo ese corto parlamento te lo ha enseñado tu hermana?

William se rio:

-No puedo negarlo, padre. Hay ciertas cosas que una hermana mayor tiene el deber de transmitir a sus jóvenes hermanos.

Marcus se carcajeó divertido por la impertinente y pícara respuesta del pequeño y el desparpajo con que reconocía haber usado una respuesta aprendida para obtener sus propósitos.

-Hablando de esa mentada hermana mayor, ¿no se encuentra en casa? - Preguntó mirando al pequeño no a lord Jillers.

-Ha salido con Lumiere. Iban a visitar a Adele. -Contestaba el pequeño dejándose caer de modo desgarbado en un puff cerca de la bandeja de té que acababan de llevar y que servían dos doncellas tomando de la misma un

panecillo con crema-. Además, -añadía ya con la boca llena-, ha de pasarse por el librero para comprarme un libro. No ha traído regalos del viaje.

Marcus se rio:

-Ha estado algo ocupada.

El pequeño bufó:

-Lumiere nos ha traído regalos a los dos. -Añadía su hermana corroborando su descreimiento.

Lucas sonrió viendo a sus dos hijos observar y escuchar a esos dos colonos con evidente curiosidad y empezaba que a sospechar que con cierta admiración por su aire de rebeldes indiferentes a todos.

-Sam, ¿por qué no les explicas qué actividades podrán realizar en el campo?

-Bueno. -Se encogió de hombros antes de girar y mirar a los dos niños-. Podremos montar a caballo, salir a pescar, jugar al croquet en casa del abuelito y al criquet con mis primos y algunos de los niños de la zona. Hemos formado equipos y jugamos después de los oficios. Y papá y tío Marcus nos van a enseñar esgrima. Papá me ha comprado un equipo nuevo y entrenaré con él en casa en el salón de armas.

- ¿Tienes un salón de armas? -Preguntó William con interés.

-Ajá. Están todos los estandartes, armas y armaduras de los Galvert. Cuando él muera y yo sea el señor de Galvert Manor y Galvert Hills, seremos Marcus y yo los que habremos de cuidar de todas esas cosas.

Lucas se rio:

-No quieras enterrarme tan pronto, enano. Pero sí, señor William, hay una sala de armas y gustosos os la mostraremos.

- ¿Tenéis ballestas? -Preguntaba animado. Lucas asintió, pero antes de preguntar nada más y mientras abría la boca su padre se apresuraba a decir.

-Ni se te ocurra pensar que milord pondrá en tus peligrosas manos ballesta alguna y como intentes enredar a cualquier habitante de la casa para ello, estarás castigado un mes sin libros ni podrás usar tu telescopio.

El pequeño abrió la boca para protestar, pero en lugar de eso optó por bufar tomando sin mirar de la bandeja un nuevo panecillo q se llevaba a la boca mirando desafiante a su padre.

- ¿Qué es un telescopio? -Preguntaba Samuel sentándose junto a William imitándolo y alcanzando un bollito con aire pícaro.

-Lo uso para ver las estrellas de noche.

- ¿Las estrellas?

- ¿Papá, se lo podemos enseñar? -Preguntó Luisa bajándose del sillón sin esperar siquiera la respuesta de su padre mientras lord Jillers se limitaba a asentir como si supiese que su contestación en realidad no era ni esperada ni requerida por sus impetuosos hijos.

- ¿Podemos ir? -Preguntaba Samuel removiéndose nervioso mirando a su padre que riéndose asintió.

En cuanto los cuatro niños salieron del salón Marcus sonrió a Lord Jillers.

-Con lo inquieta que es vuestra hija, presumo que la perspectiva de la tranquilidad del campo le resultará un martirio.

Lord Jillers se carcajeó:

-No os preocupéis, milord, si mis hijos menores encuentran la mínima oportunidad de enredar, no es menor el talento de Silvie en idéntica habilidad.

En ese momento entraba en el vestíbulo la mentada refunfuñando enfadada quitándose el sombrero, el abrigo y los guantes con brusquedad no conteniendo su enfado.

-Bruto obtuso... -Refunfuñaba caminando con gesto airado hacia el salón deteniéndose de golpe al ver que su padre tenía compañía. Los dos caballeros se pusieron en pie y ella al ver a Marcus rodó los ojos con un suspiro pesado haciendo a Marcus sonreír divertido mientras hacía una cortesía.

-Yo también me alegro de veros, señorita Silvie. -Señalaba socarrón.

Silvie caminó hacia ellos suspirando pesadamente.

- ¿Tan pronto volvéis a necesitar ayuda, barón? No sois muy ducho

resolviendo vuestros propios asuntos, ¿no es cierto?

Marcus y Lucas se rieron mientras lord Jillers rodaba los ojos con resignación.

-Ya no sé si molestarme en disculpar las impertinencias que suelen salir de los labios de mis hijos... -Suspiró negando con la cabeza.

Silvie alzó las cejas mirando a su padre ladeando la cabeza:

- ¿Qué impertinencias han salido de los labios de mis encantadores e inocentes hermanos?

Su padre se rio:

-Tantas que sería difícil enumerarlas.

Silvie se rio:

- ¿He de suponer que mis hermanos han estado inspirados?

Marcus se rio mientras lord Jillers de nuevo rodaba los ojos.

-Silvie, te presento a los marqueses de Galvert, lord Lucas y su esposa, lady Camilie.

Silvie giró e hizo una ligera reverencia.

- ¿Por qué entrabas refunfuñando? -Preguntó su padre recordando que ella mascullaba mientras entraba en el salón.

Silvie bufó girando de nuevo para mirarle:

-El nuevo ayudante del sargento no me ha dejado ver la ficha del nuevo ladrón que está entrando en las casas de Mayfair. El muy obtuso dice que las mujeres deberíamos estar bordando no preocupándonos de malhechores.

Marcus se rio entre dientes:

-Y obviamente, al estar en contra de tal afirmación, no has tenido ninguna contención a la hora de expresarle tu opinión.

Silvie lo miró desafiante alzando una ceja:

-Podría decirse que he dejado clara mi postura, así como también su falta de visión de lo que le rodea. Sugerir que me dedique al bordado demuestra pocas

dotes de observación.

-Desde luego, ¿cómo se le ocurre? -Preguntaba con sarcasmo.

Silvie le miró entrecerrando los ojos y cuando su padre supo que iba a soltarle un exabrupto al barón se apresuró a añadir:

-Cariño, los marqueses nos acaban de invitar a pasar unos días en el campo.

Silvie giró y los miró curiosa:

- ¿En el campo?

Marcus se carcajeó:

-Es innegable que son familia. Todos parecen inclinados a preguntar lo mismo con el mismo gesto de sorpresiva curiosidad.

Silvie le ignoró sonriendo a los marqueses.

- ¿Hay algún misterio interesante en la zona?

Marcus se carcajeó mientras que su padre suspiraba pesadamente.

-Sí, cielo, misterios por doquier. -Respondía de nuevo lord Jillers con paciencia.

-En el campo también se cometen asesinatos y truculentos delitos.

Camile se rio:

- ¿Qué grado de gravedad o malignidad ha de tener un delito para ser truculento?

Silvie sonrió porque de verdad parecía preguntarlo curiosa:

-Pues no sabría decirlo, milady. Más, se requiere un mínimo de maliciosa maquinación para ser de interés y si, además, detrás de esa maquinación nos encontramos con asesinatos impetuosos, algo sangrientos o un poco sorprendentes, entonces, estaremos ante un caso claro de delito truculento.

Camile se rio:

-Creo que me vais a gustar como invitada, aunque he de advertiros que el mayor misterio al que os enfrentaréis en los próximos días será determinar quién ha robado las galletas de la cocina, los perros, mis hijos o mi esposo.

-Cielo, yo no robo galletas en mi propio hogar. Las tomo sin más. -Añadía sonriendo al tiempo que le tomaba la mano, cariñoso.

-Bien, pues entonces, un sospechoso menos. -Asintió Silvie al tiempo que alargaba el brazo tomando una galleta de la bandeja llevándosela a los labios-. Supongo que en el campo podremos montar a caballo, hacer picnics y excursiones. Desde luego es una perspectiva más agradable que la deambular por los salones como alma torturada.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Hacéis gala de una innegable vena teatral ¿alma torturada? -La miró sarcástico.

Silvie se encogió de hombros:

-Las tablas serían un destino más halagüeño que el que me esperaría en los salones de los augustos hogares de la nobleza inglesa.

Lord Jillers rodó los ojos:

-Y tal opinión no dudas en compartirla con Luisa la cual refunfuña tanto o más que tú cuando ha de ir a tomar el té.

-A sus nueve años es una jovencita muy sensata. Eso es innegable. -Respondía sonriendo antes de llevarse una nueva galleta a los labios.

-Papá, papá... -Samuel entró a la carrera en el salón con su cabello despeinado.

-Otro joven echado a perder por la influencia de mis impetuosos hijos... -Se reía lord Jillers viéndolo jadear al alcanzar a su padre.

-William tiene un aparato desde el que puede ver desde aquí hasta una mariquita del parque.

Lucas se rio:

-Te recuerdo que se llama telescopio.

-Eso. ¿Puede llevarselo al campo? Dice que de noche se ven las estrellas que están muy, muy, muy, muy lejos y que si lo subimos a la torre podemos espiar a todos los habitantes en millas a la redonda... bueno, él ha dicho que los

investigaremos...

Silvie se rio entre dientes mirando a su padre:

-Bien, no puedo sino reconocer que eso sí es influencia mía. Hay que decir que el telescopio ha resultado un instrumento francamente útil para investigar los habitantes de estos contornos desde la seguridad de casa.

Los Jillers gruñó tocándose el puente de la nariz con dos dedos al tiempo que cerraba los ojos.

-No creo que vuestros hijos vuelvan a ser los de antes tras pasar por las manos de mis hijos, milores.

-Serán mejores. Ya lo veréis. Más audaces, despiertos a lo que ocurre a su alrededor, críticos y, sobre todo, rebeldes. -Respondía con una sonrisa orgullosa Silvie alzando las cejas varias veces con maliciosa diversión.

-Yo quiero ser rebelde. -Afirmó Samuel arrancando una carcajada a su padre que lo sentó en sus rodillas.

-Lo tendré en cuenta, mi rebelde heredero.

Samuel sonrió a Silvie con gesto travieso.

-Vos debéis ser la hermana de Will y Luisa. Dicen que sabéis usar una espada. Podréis practicar con nosotros en el campo. Papá y tío Marcus van a enseñarnos a luchar como los piratas.

-No creo que esas palabras hayan salido de los labios de ninguno de los dos. - Se rio Marcus-. ¿Piratas?

El pequeño se rio travieso apoyando la espalda en el pecho de su padre acomodándose.

-Entonces, ¿vos también iréis al campo? -Preguntó con evidente contrariedad Silvie mirando a Marcus haciendo que este riese divertido por su gesto y su tono.

- ¿Qué puedo decir? Mi ahijado necesita de mi adecuada protección y guía y es mi deber proporcionársela.

- ¿Vuestro ahijado? -Preguntaba entrecerrando los ojos.

-Mi hermanito Marcus. Él es su padrino. -Contestaba Samuel señalando con el dedo a Marcus-. Le pusieron su nombre porque nació niño, pero mami decía que si nacía niña le pondrían otro nombre. El tío Thomas dice que hemos de rezar todos los días para que lo único que comparta con su padrino es el nombre porque si no habremos de temblar mucho.

Silvie se carcajeó y secándose las lágrimas de los ojos unos instantes después miró a Marcus divertida.

-Es evidente, milord, vuestros amigos saben juzgar con certero tino vuestro carácter.

-Eso queda todavía en entredicho. -Replicó él-. No olvidemos que quienes han expresado tal juicio no son los más sensatos prohombres de nuestro tiempo.

William entró con un animal sucio envuelto en un paño de lino que seguramente se había echado a perder tras envolver al animal.

-Padre, tenemos nueva mascota. -Anunció sin detener su caminar hasta llegar a su padre.

-Eso será si os doy permiso para tener un animal en casa, más, primero dime qué animal es, de dónde sale y, sobre todo, qué ha dicho la pobre doncella a la que hayas convencido para darte un paño de lino al verlo echado a perder.

El niño sonriendo se detuvo frente a él:

-Padre, me siento como un reo siendo interrogado.

Silvie se rio negando con la cabeza.

-Will, ¿no te he enseñado a morderte la lengua y contener tu mordacidad cuando pretendes obtener algo? Muéstrate falsamente sumiso hasta que te dé su venia.

-Ah, bien, es cierto... -Miró a su padre sonriendo con fingida inocencia-. Pues, padre, contestaré gustoso a sus siempre oportunas preguntas.

Marcus y Lucas se carcajearon por el desparpajo del niño y el consejo previo de su hermana mientras Sam, curioso, se acercaba a ver qué llevaba entre los brazos.

-Bien, -continuó él poniendo cara de seriedad y obediencia-, aunque algo

sucio pues lo he encontrado con las patas hundidas en el barro del jardín ya que el jardinero estaba regando los rosales tras los que se encontraba, no penséis que será un animal carente del cuidado y, sobre todo de, la limpieza y presencia que estoy seguro pediréis tenga. Es un gato, padre. -Decía quitando una esquina del paño lleno de barro para mostrar la cabeza de un gatito más lleno de barro aún que el paño-. ¿Veis? es pequeñito.

Silvie se inclinó y lo miró.

-Y perteneciente a la camada de la gata de cierta condesa que no estaba dispuesta a darnos ningún gatito cuando naciesen.

-Y técnicamente ni nos lo ha dado ni se lo hemos pedido ni menos aún tomado sin su permiso. Este gato se ha escapado del cautiverio de su ya anterior propietaria y ha entrado por sus propios medios en terrenos lejos de la autoridad de esa condesa. De hecho, yo no he hecho más que rescatar a un pobre animal que se hallaba en nuestro jardín.

Lord Jillers gruñó:

- ¿Por qué no eres tan locuaz cuando tu preceptor te pide que practiques el francés?

-Sin duda, padre, una interesante cuestión que quizás proceda debatir y dilucidar en otro momento ya que en este nos hallamos ocupados con otro asunto. -Alzó ligeramente el gato para ponerlo ante los ojos de su padre con una sonrisa complacida-. ¿No creéis que sería un excelente cazador de los ratones de estos contornos?

-En estos contornos no hay ratones. -Respondía lord Jillers con firmeza-. Te recuerdo que Lorenzo tiene dos gatos enormes.

William chasqueó la lengua:

-Bien, ese argumento quizás no haya sido el mejor que podría escoger, más, reconoced, padre, que crecer con una mascota nos convertirá en seres más civilizados, responsables y mesurados.

- ¿De veras? -Preguntaba Silvie entre carcajadas-. ¿Mсурados? Ahí te has excedido Will.

Lord Jillers suspiró y apartando un poco más la tela que cubría el animal lo

observó.

-Está bien, os dejaré tenerlo más, será vuestra responsabilidad y por el bien de todos nosotros espero la condesa no sepa en manos de quién ha acabado este animalito o nos martirizará.

-Bah, solo habremos de pagarle el precio que injustamente considere tiene un ejemplar de la camada de su adorada gata. Después de todo es una vieja avariciosa.

-Will. -Masculló su padre intentando reprenderlo sin mucho éxito pues el niño ya no atendía a razones sabiéndose ganador-. Bien, pues habiéndote convertido en responsable del gato, habrás de asearlo, darle de comer y asegurarte de que tiene un lugar en la casa en el que dormir -vio al niño abrir la boca, pero se apresuró a decir-. Tu cama no es ese lugar.

- ¿Te ayudo a bañarlo? -Preguntaba Samuel con los ojos fijos en lo que sostenía-. Yo siempre baño a Dina. A capitán no porque es muy grandote, pero a Dina la baño yo.

Lucas carraspeó y Samuel sonrió:

-A veces John nos ayuda.

- ¿Quién es John? -Preguntaba Will echando a andar con él hacia la puerta.

-Es hijo del ama de llaves. Me está enseñando a entrenar a Dina para ser una perrita rastreadora.

En cuanto desaparecieron los dos Silvie miró a su padre:

-No pensaréis decirle a la condesa que uno de los cachorros se halla aquí, ¿verdad?

-Ni por todo el oro de Colorado. Si marchamos al campo no se enterará hasta que sea tarde y para entonces ya encontraremos el modo de convencerla que es un gato distinto.

Silvie se rio:

- ¿Cómo? ¿Pintándolo con las acuarelas de Luisa? Ese gatito será tan naranja como su madre, padre. Es inconfundible.

-Ya se nos ocurrirá algo o temo los idus de esa temible mujer.

Lucas, sonriendo, miró a lord Jillers.

-Es evidente que nuestra oportuna invitación favorecerá los intereses de sus hijos más allá de disfrutar de unos días de asueto lejos del aire viciado de Londres.

-Bueno, dependerá de cuantos misterios encontremos, milord. -Sonrió Silvie antes de dar un bocado a otra galletita.

Caminaban de regreso a su casa, pues no se hallaba lejos de la de lord Jillers, cuando Camile, observando a sus dos hijos mayores que caminaban unos pasos por delante de ellos animados tras la visita, sonrió a Marcus situado junto a Lucas a cuyo brazo iba.

-Me agradan mucho los americanos.

Lucas se rio:

-No esperaba menos. -Miró a Marcus sonriendo-. Tu baronesa es un polvorín que además enseña a sus hermanos de modo muy efectivo. Menuda labia tiene ese muchacho.

Camile se rio:

-Definitivamente nuestros hijos no volverán a ser los mismos tras pasar unos días en compañía de esa pareja. -Decía con los ojos fijos en Samuel que caminaba claramente animado con sus pantalones con las marcas de agua tras “el baño” de gato.

Marcus sonrió divertido observando al pequeño también recordando, además, la mirada de la joven cuando le vio al entrar en el salón y su comentario de no saber resolver sus asuntos sin ayuda. Se iba a divertir mucho en el campo con sus refunfuños y su modo de aguijonearlo.

-Tío Thomas.

El grito de Samuel que salió a la carrera les hizo mirar calle abajo encontrándose a Thomas y su esposa Holly a punto de entrar en Varite House seguramente con intención de visitarlo. Tras acercarse los invitaron a entrar y se acomodaron en la terraza donde Lucas y Camile no tuvieron ningún reparo

de contarles a ambos entre risas lo ocurrido arrancando más de una carcajada a la pareja.

-Me van a agradecer mucho esos americanos. -Decía Holly.

-Eso mismo he dicho yo. -Señalaba Camile sonriendo-. Entonces ¿finalmente os venís al campo con nosotros?

Thomas asintió:

-No me perdería el “cortejo” de este baroncito por nada del mundo.

-Se acabó, Perkins, eche a este vizconde de mi casa. -Decía arrancando una carcajada a sus amigos y una cara de mera tranquilidad del mayordomo que no se movió de su lugar sabiendo que no era una orden de verdad.

En cuanto las damas salieron al jardín donde los niños jugaban, Thomas miró a Marcus con sorna.

-De modo que sigue lanzándote miradas de contrariedad.

Marcus se rio poniéndose en pie para servir tres copas de oporto.

-Es innato en ella, eso es innegable. Además, al parecer, me considera incapaz para resolver mis asuntos sin ayuda.

Lucas se carcajeó.

-Es cierto, insinuó tal cosa.

-Hablando de resolver, ¿no crees, baroncito, que te convendría poner sobre aviso a tu madre de que tu baronesa será una colona? -Preguntaba Thomas con sorna-. Después de todo, reside a pocas millas de la propiedad de Lucas de modo que no tardará mucho en llegar a sus oídos que cierto barón se encuentra en la propiedad de su amigo y, sobre todo, que no solo se encuentra allí visitando a la familia de tal amigo, sino por otros e interesados motivos.

-Americana. -Le corrigió Marcus sonriendo-. Y supongo que tienes razón. Mejor refrenar a mi madre antes de que conozca al muchachito impertinente pues si éste es de lengua mordaz, mi madre no dista mucho de ello, con la diferencia de que mi madre suele disparar para herir a sus presas.

-Vamos, Marcus, lo único que has de hacer es confrontar a tu madre con la

realidad. Nadie, jamás, será peor que Ariana, de modo que, cualquier mujer que elijas será un paso en la mejor de las direcciones. Sin mencionar que baste mencionar que quieres dar herederos al título para que tu madre se vea en la tesitura de acallar sus recelos en pro de una causa mayor. -Señaló Lucas observando los ventanales abiertos que daban al jardín a través de los que se oían las risas de los niños.

El ladrido de capitán, que se encontraba tumbado junto a la chimenea les hizo alzar los ojos hacia la puerta a través de la que entraba una ajada mujer con Marcus en brazos.

-Milord, milady dice que es la hora de su cuento.

Lo puso en manos de Lucas que sonriendo señaló con la cabeza una mesa del fondo de la sala y enseguida la mujer fue hasta allí regresando para dejar en el brazo del sillón que ocupaba Lucas un pequeño libro antes de retirarse.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-De modo que lees a mi ahijado cuentos a la hora de su siesta.

-Al parecer, es el único modo de que reconozca mi voz puesto que sus hermanos y su madre no paran de hablarle y sus voces las reconoce sin esfuerzo.

Marcus y Thomas se rieron.

-Pobre marqués, se siente de menos frente al resto de los miembros de la familia. -Se burlaba Thomas con sorna.

Silvie, sentada en el comedor durante el almuerzo aún meditaba sobre la invitación de los marqueses.

- ¿Por qué nos han invitado los marqueses, padre? -Preguntó sin poder evitarlo.

-El barón es buen amigo de lord Galvert y éste ha considerado un modo de agradecer nuestra ayuda invitarnos a descansar en su propiedad.

-Lady Viola dice que su abuelo nos dejará montar algunos de sus caballos de carreras. -Dijo Luisa alargando el brazo para tomar un panecillo. Incluiré en la maleta mis pantalones.

-No lo harás. -Respondió tajante su padre-. Incluirás trajes de amazona y montarás en silla de amazona.

-Pero no se puede montar un caballo de carreras con una silla de amazona.

-En tal caso, tienes un obstáculo que vencer, me temo. -Replicaba mirándola inquisitivo.

-De modo que, no puedo montar con pantalones ni tampoco en silla de amazonas en un caballo de carreras porque no me dejas. El obstáculo eres tú, papá. -Se quejó con terquedad haciendo reír a Silvie.

-Bien, en cierto modo es cierto, más, papá te ha dicho que tienes un obstáculo no que no te permita montar un caballo de carreras sino solo que habrás de encontrar el modo de hacerlo en silla de jockey, pero sin usar pantalones.

-Pues me quitaré la falda y montaré con los pantaloncitos.

-No vas a pasearte en ropa de interior por el campo, Luisa. -Respondía su padre con paciencia mientras sus hermanos se reían por la ocurrencia-. Ya puedes buscar una solución más factible que la de ir medio desnuda.

Luisa resopló, pero lo miró desafiante.

-La encontraré. Pero exijo igualdad de trato. Si yo no puedo usar pantalones delante de otros, Silvie tampoco.

-A mí ya me han visto con pantalones. -Se apresuró a decir.

-Lo que no volverá a pasar durante la estancia en el campo. -Añadía su padre mirándola firme.

Luisa se rio dejándose caer en el respaldo del asiento cruzando los brazos al pecho mientras la miraba:

-Ahora tú también vas a tener que enfrentarte a “cierto obstáculo”.

-Luisa, creo que voy a convencer a cierta institutriz de la conveniencia de incluir en tu bolsa de viaje un par de vestidos rosas para acudir a los oficios o una jornada en el campo.

-No harás tal cosa. -Protestaba airada.

-No sé, no sé... tengo la mente tan ocupada atendiendo al dilema de cómo

solucionar “cierto obstáculo” que quizás distraídamente diga cosas sin meditarlas en exceso...

William se carcajeó por la cara de indignación de su hermana menor mientras su padre negaba con la cabeza sonriendo por cómo las hermanas se aguijoneaban mutuamente lo que con otros podría ser motivo de riñas, pero en su familia hacía que los hermanos sacasen lo mejor el uno de otro aguijoneándose el ingenio, el deseo de luchar por conseguir lo que deseaban y en muchos casos se alineaban juntos para obtener metas comunes.

-Bien, pues hasta que descubráis como superar ese obstáculo, yo seré el único que monte los caballos de carreras. -Señaló satisfecho acariciando el gatito que ya limpio había colocado en su regazo mientras almorzaba a pesar de las protestas de su padre.

Silvie sonrió maliciosa:

-Salvo que tus hermanas nos aseguremos de que quedas incapacitado para montar a caballo una buena temporada...

Luisa se rio:

-Eso.

-No os aliéis contra vuestro hermano, fierecillas. -Sonrió negando con la cabeza-. Cielo, -miró a Silvie-, me temo que esta tarde he de atender algunos asuntos por lo que necesitaré que te ocupes de los preparativos para el viaje.

Silvie asintió:

-Está bien. ¿Habremos de ir en carruaje todos?

-Será lo mejor. Además, tu hermana y tú llevaréis doncella.

-Pero... -Las dos se iban a apresurar a quejarse, pero él las miró fijamente.

-La señora Blossom podrá quedarse, pero ambas llevaréis una doncella que os asista y os acompañe.

Las dos refunfuñaron inútilmente.

Marcus, tras el almuerzo, se quedó despachando con su administrador consciente de que volvería a ausentarse unos días y tras terminar con él se

quedó meditando los pasos que debiera dar. Sonrió pensando que tener a su alcance a Silvie, lejos de miradas inquisitivas y, sobre todo, lejos de distracciones para su inquieta mente, le iba a facilitar mucho el convencerla para dejar atrás sus recelos para con la nobleza, al menos con cierta parte de la nobleza, y para hacerla comprender que él no iba a privarla de la libertad que tanto ansiaba, aunque eso no implicaba que no fuese a protegerla incluso de sí misma.

Dos golpecitos en la puerta le hicieron mirar hacia ella sin tiempo de decir nada pues una cabecita de cabello oscuro apareció por ella. Sonrió divertido porque parecía buscarlo.

-Aquí Sam.

Entró sin pedir permiso, igual que abrió la puerta, y se acercó hasta él con pasos decididos.

-Voy al parque con Dina y capitán y mamá me ha dicho que te pregunte si me acompañas. Ella y Viola van a visitar a tía Brianna y papá dice que mejor me acompañas tú. Mami dice que podemos pasar por casa de William y Luisa e invitarlos a ir con nosotros y que tú puedes.... -Frunció el ceño como si recordase algo durante unos segundos antes de añadir:- Tú puedes decir a su hermana que venga también porque necesitas ayuda para vigilarnos.

Marcus se carcajeó mientras se ponía en pie, al pasar junto a Samuel le tomó la mano y lo llevó con él.

-Tu madre gusta en exceso burlarse de mí y quizás necesite ser reprendida por sus chanzas, más, de momento, aplazaré ese castigo hasta nuestro regreso.

-Bueno.

Marcus se rio por la respuesta de Samuel que más que indiferencia parecía no creerle capaz de reprender a Camile.

Caminaron en dirección a la salida donde Perkins les esperaba con los dos perros con sus correas y los abrigos de ambos. Sonrió negando con la cabeza:

-Presumo has informado antes a Perkins que a mí de la salida.

-Aja. Mami dice que la persona que manda en la casa no es su señor sino el mayordomo.

Marcus se carcajeó viendo además como a su siempre impertérrito mayordomo se le elevaban ligeramente las comisuras.

-Tu madre es una peligrosa influencia para un enano como tú.

Samuel sonrió:

-El abuelito dice que mami es la única a la que debemos escuchar porque es la más lista.

Marcus se carcajeó tomando sus guantes y sombrero.

-Anda, enano, toma la correa de Dina que yo llevo la del grandote de capitán.

Al alcanzar la manzana de la casa de lord Jillers sonrió pues vio a cierta joven descender del carruaje para entrar en la mansión. Vestida de damita formal estaba bonita y parecía casi calma, pero él sabía que bajo ese “disfraz” se escondía su pequeña rebelde.

Al girar el rostro justo antes de subir las escaleras los vio y se detuvo, aunque en sus ojos Marcus pudo ver que dudó por un instante.

-Buenas tardes, señorita Silvie. -La sonrió al alcanzarla haciendo una formal cortesía.

-Hola. Queremos invitar a Luisa y a Will al parque para que jueguen con capitán y con Dina. Así se hacen sus amigos antes del viaje. -Se apresuró a decir Samuel resuelto.

Silvie sonrió al pequeño agachándose para acariciar a ambos perros.

-Son unos compañeros muy bonitos. Estoy seguro mis hermanos gustarán salir a pasear con vos y vuestros perros, sobre todo si después milord los invita a un chocolate y unos buñuelos.

Marcus se rio:

-Ahora me veo atado de pies y manos y habré de ofrecer tal invitación.

-Bah, sois rico, no lo notaréis. -Replicaba sonriendo satisfecha arrancándole una nueva carcajada-. Entrad, milores. Diré a mis hermanos que venís a invitarlos a pasear.

Samuel le tomó la mano sonriendo lo que Silvie correspondió con una sonrisa

tranquila haciendo que Marcus se riese pues Samuel era un imán para las damas bonitas y no las soltaba una vez las apresaba. Se parecía mucho a su padre de joven, un conquistador nato. Él les siguió escaleras arriba sabiendo que Samuel le facilitaba en extremo su labor así que le dejaba hacer.

Diez minutos después salían de la casa él, con Silvie de su brazo pues prácticamente se vi acorralada por Samuel para acompañarlos y él lejos de refrenarlo permaneció en silencio conteniendo su sonrisa satisfecha. Los tres niños caminaban por delante de ellos con los dos perros y él se hacía el inocente ante lo ocurrido.

- ¿Lo habéis planeado vos?

Marcus bajó el rostro para mirarla.

- ¿Planear? -Preguntó con inocencia.

-Que me enredase.

Marcus sonrió:

-Dudo nadie pueda convencer a ese enano de enredar si no es lo que quiere. De hecho, yo mismo he sido enredado para este paseo y más tarde lo he sido para ser el benefactor de un copioso cacao con buñuelos.

Silvie se rio entre dientes.

-Benefactor... Sois un exagerado. Costear ese cacao no hará mella alguna en vuestra abultada bolsa.

- ¿Cómo sabes que es abultada?

-Soy una excelente detective. -Replicó mordaz no queriendo reconocer que su padre le hubo hablado del título de Varité en cuanto él le pidió ayuda para encontrar a esa mujer.

Marcus se rio negando con la cabeza antes de guiar a los niños a una de las entradas laterales del parque, una de las menos transitadas pues quería evitar la curiosidad de terceros centrada en ellos pues estaba seguro en cuanto apareciese con ella del brazo más de un rostro se giraría hacia ellos.

-Tío Marcus, ¿podemos ir allí? -Samuel señaló un claro donde sabía podrían corretear con los perros libremente.

-Id, pero no os alejéis mucho.

Salieron a la carrera sin esperar nada más y él caminó con Silvie de su brazo a paso más calmo. Sonrió al verla observar con curiosidad lo que les rodeaba.

- ¿Encuentras algún misterio?

Silvie se encogió de hombros.

-Misterio quizás no, pero sí cosas curiosas.

-Cosas curiosas... -Repitió divertido-. ¿Cómo cuál?

-Pues... -Señaló discretamente hacia un lugar del sendero y dijo-: Esa dama tiene un affaire con ese hombre de allí.

Marcus fijó la vista en una dama alejada y a un hombre, no con aspecto de caballero, situado a varios metros de ella sin siquiera mirarse.

- ¿Cómo supones tal cosa?

-Ambos llevan la misma florecilla prendida en sus ropas.

Marcus entrecerró los ojos fijándose con más detalle en ambos. Sonrió negando con la cabeza al ver esa florecilla.

-Puede ser una mera casualidad.

Silvie se rio entre dientes.

-No lo es. ¿Veis a esa niñera de allí? -Señaló con idéntica discreción en la misma dirección, pero en un punto más alejado. Marcus asintió cuando vio a quién se refería-. Pues esa joven en realidad no es niñera. Sea quién sea es mucho más de lo que se esconde bajo ese vestido gris.

- ¿Algo más?

Silvie se encogió de hombros.

-Tendría que investigar para saber qué esconde, más, os aseguro que no es una simple niñera. Su postura, su forma de caminar y sobre todo el modo en que ignora a los caballeros que le rodean denotan que no es una simple niñera. Si lo fuera, estaría más atenta y pendiente a lo que rodea a los niños que vigila, especialmente a cuanto extraño se les acerca y ella parece dejar esa función a la doncella que va con ella.

Marcus la observó unos instantes y después miró a Silvie:

-Bien, no puedo saber si estás en lo cierto, más, empiezo a creerte un poco desconfiada.

-Prestar atención a lo que ocurre a mi alrededor no me convierte en desconfiada. -Respondía terca.

Marcus sonrió negando con la cabeza desviando los ojos a los niños viendo a Sam reírse con Will mientras Luisa se entretenía con Dina curioseando con ella unas flores.

- ¿Qué tal el nuevo miembro de la familia?

Silvie sonrió:

-Oculto en casa. Uno de los lacayos de la condesa se ha acercado a casa preguntando por “uno de los gatitos de la adorada mascota de su señora” y todos, desde mi padre hasta el servicio, han mentido descaradamente. Aunque esté mal, no pensamos devolver a Bigotes.

Marcus se carcajeó:

-Imagino el nombre ha sido escogido por vuestro hermano.

-En realidad, ha sido la señora Wollin. Ha dicho que no quiere ver los bigotes del gatito en su cocina o le dará con una escoba en el trasero.

-Tío Marcus. -Samuel llegó jadeando con Capitan corriendo tras él-. ¿Podemos ir a aquel templete? -Señaló un templete acristalado al otro lado de la ladera.

Marcus alzó una ceja esbozando una media sonrisa:

- ¿Presumo que elegir ese destino tiene algún objetivo?

Samuel sonrió divertido alargando el brazo acariciando a Capitán mirándolo con un gesto travieso dibujado en su rostro:

-Allí podemos tomar cacao y buñuelos. Will dice que sus buñuelos están muy ricos y que si galanteas a la mesera te pone más en la ración.

Marcus se rio:

- ¿Y tú vas a galantear a esa mesera?

Asintió tajante.

-Le diré que está bonita y la sonreiré. Mami dice que tengo una sonrisa que gusta a las damas.

Marcus se carcajeó.

-Pequeño tunante. -Lo giró y después alcanzó la correa de Capitán antes de ofrecer el brazo contrario a Silvie que sonreía mirando al pequeño-. Reunámonos con tus amigos que estoy deseando verte usar esa sonrisa.

Samuel se cruzó por delante de él y se apresuró a tomar la mano libre de Silvie que se reía claramente divertida mientras él contenía una carcajada por el gesto posesivo del hijo de Lucas.

Will y Luisa se les unieron llevando ésta a la pequeña Dina de su correa y no tardaron en alcanzar el templete acomodándose en una de las mesas exteriores. Mientras degustaban los dulces, Samuel no dejó de interrogar a los jóvenes hijos de lord Jillers sobre su vida en América mientras que él, por su parte, apenas si apartaba los ojos de su acompañante femenina hasta que observó que ésta comenzaba a fruncir el ceño en exceso mirando en derredor. Incliniéndose ligeramente hacia ella y bajando la voz preguntó:

- ¿Qué ocurre?

-Nos observan demasiadas personas.

Marcus miró en derredor con disimulo y tuvo que tragarse un gruñido. Había dos matronas y varios personajes conocidos a su alrededor en los que no se había fijado pues todos sus sentidos habían estado centrados en Silvie. Antes de llegar la noche todo Londres conocería su actividad de la tarde y se preguntarían qué haría en compañía de una joven y tres niños. Él, un reputado calavera y con su recién recuperada libertad...

-Solo sienten curiosidad. No prestes en exceso atención. -Señalaba bajando la voz intentando parecer despreocupado.

Silvie negó con la cabeza sin añadir nada más sabiendo que eran realmente objeto de curiosidad y que se debía a él, lo que no imaginaba era qué consecuencias llegaría a tener que la relacionasen con el barón. Iba acompañada de sus hermanos y del hijo del marqués de Galvert de modo que

nada indecoroso o sospechoso ocurría, más, las miradas de las damas más mayores y los cuchicheos entre ellas empezaban a hacerla creer que algo se le escapaba.

-Será mejor que regresemos a casa. -Dijo mirando a sus hermanos que ya habían dado buena cuenta del cacao y los buñuelos-. Hemos de terminar de preparar el equipaje para el viaje.

Samuel se apresuró a ponerse en pie tomando la correa de Dina entregando la de Capitán a Will.

- ¿Podemos viajar juntos? -Preguntaba rodeando la mesa y tomando la mano de Silvie en cuanto la alcanzó-. Así podremos jugar.

Silvie sonrió caminando con él de la mano dejando a los demás seguirles.

-Bien, quizás podamos conseguir que nuestros respectivos padres consideren conveniente viajar juntos por seguridad. Así evitaremos asaltos o incidentes en el camino.

-Uy, uy... forajidos... -La miró entusiasmado-. Sería estupendo.

Silvie se rio por ese entusiasmo.

-Quizás no penséis lo mismo si nos robasen.

-Papá y tío Marcus no dejarán que nos roben. Papá dice que tío Marcus es el mejor tirador que existe y él es el mejor espadachín.

-Pues, en tal caso, estaremos todos a salvo de salirnos al encuentro esos forajidos, ¿no es cierto?

Samuel asintió tajante pero enseguida se soltó de su mano y corrió por el sendero:

-Papá. -Gritó sin detenerse.

Silvie, que se había detenido, así como Marcus y los dos niños, vieron a Lucas acercarse con paso tranquilo y tomar a Samuel en brazos en cuanto lo alcanzó antes de volver a dejarlo en el suelo. Caminaron hasta ellos y tras las cortesías Marcus preguntó:

- ¿Qué haces aquí?

-Asegurarme de que has sobrevivido. -Contestó burlón.

Marcus rodó los ojos con resignación.

-Lo que he de escuchar.

Samuel que apresó de nuevo la mano de Silvie mirando a su padre dijo:

-Papá, ¿podemos viajar todos juntos mañana? Así, si aparecen forajidos, estaremos todos a salvo.

Lucas se carcajeó:

- ¿Forajidos?

-Aja. Si intentan robarnos los detendréis ¿verdad?

Lucas sonrió negando con la cabeza:

-Lo haremos. -Miró a Silvie con una sonrisa relajada-. Presumo regresan ya a casa. -Silvie asintió-. En tal caso, espero no os importe os acompañe también.

-El tío Marcus nos ha invitado a buñuelos. -Empezó a decir Samuel tras unos metros recorridos.

-Muy generoso. -Señaló Lucas mirando de soslayo a Marcus que caminaba a su lado.

Durante el resto del camino hasta la mansión de Lord Jillers los niños parlotearon sin parar mientras Marcus seguía ligeramente tenso por cómo había terminado su pequeño interludio en el templete. Una vez dejaron a los tres hermanos en la casa, caminaron hasta Varité House con paso calmo. Con Samuel caminando por delante de ellos con los dos perros a su lado, Lucas preguntó:

- ¿Cómo ha ido?

-No sabría decir. Creo que no le agrada saberse objeto de miradas por mi culpa.

-Lo que no habrá de preocuparte una vez estemos en Galvert Manor.

Marcus asintió serio:

-Lo sé, pero esas miradas no desaparecerán. Estarán ahí a nuestro regreso.

-Pero, para entonces, no debería preocuparla, al menos no más allá de lo necesario. En tu mano está conseguir que ella acceda a ser tu esposa para entonces. Voy a devolverte las palabras que tiempo atrás me dijiste. No cedas, Marcus, no te dejes vencer y lucha. Lucha por ella pues si la pierdes no podrás lamentarte lo bastante durante el resto de tus días.

-Lo sé, lo sé. Pero ella parece en exceso reticente a asumir un papel dentro de la nobleza. Desconfía de toda ella y hoy, las miradas suspicaces a nuestro alrededor la han puesto más en guardia de lo que esperaba.

Lucas sonrió:

-Y de nuevo te reitero que habrás de ganártela en el campo.

- ¡Mami!

El grito de Samuel que salió a la carrera de nuevo les hizo mirarlo encontrándose a Camile a punto de entrar en la casa deteniéndose cuando escuchó a Samuel al que recibió con los brazos abiertos sonriendo.

-Hola, cielo, ¿te has divertido en casa de Gabriel?

Camile sonrió tras el beso de Lucas que enseguida tomó a Viola en brazos.

-Brianna está encantada de alejarse de la ciudad.

Lucas sonrió soltando a Viola cediéndole el paso al interior de la casa a su esposa e hijos y a la niñera que llevaba al bebé en brazos.

-Al parecer todos parecemos encantados de alejarnos de la ciudad, aunque sea por distintos motivos. -Añadía con sorna siguiéndoles al interior mirando a Marcus que suspiraba pesadamente llamándolo mentecato.

Tras la cena y con todo el equipaje preparado, Silvie se entretenía metiendo en un pequeño baúl algunos libros y legajos para llevarlos en su viaje. Mientras los iba guardando meditaba sobre cómo había visto observar y comportarse a las personas en el templo ante la presencia del barón. Sin duda, ninguno parecía indiferente a su persona ni a su presencia. Como si sintiesen curiosidad y admiración a partes iguales.

- ¿Lo vigilas un rato? Tengo que subir al desván y guardar el catalejo y el telescopio para el viaje.

Silvie alzó los ojos a su hermano que dejaba a su lado, en la alfombra, a Bigotes. Lo tomó sonriendo y lo dejó en sus faldas.

- ¿Sigues sospechando que los lacayos de la condesa espían por las ventanas para encontrar a Bigotes?

-Sí. Estoy seguro de que desconfían de que les hayamos dicho la verdad y están al acecho.

Silvie se rio:

-Al acecho, ¿de veras? -Se reía divertida por la expresión y la mirada confabuladora que ponía.

Aun se reía divertida acariciando a minúsculo gatito cuando su padre entró en el salón.

- ¿Puedo saber de qué te ríes?

-De Will. Dice que los lacayos de la condesa nos espían y que están al acecho.

Lord Jillers se rio:

-Al acecho, ¿de veras?

-Eso mismo he preguntado yo. Creo que ha leído muchos libros de batallas.

-Papá, tienes que hablar con la señora Blossom. Dice que he de lucir esos vestidos pomposos para ir a los oficios y a los almuerzos en el campo porque estaremos en la casa del marqués.

Su padre sonrió:

-Cielo, has de llevar algunos vestidos elegantes, más, puedes elegir los que más te agraden dejando aquí si no te gustan los de color rosa.

La vio meditar un segundo sobre ello antes de salir a la carrera hacia el piso superior.

-Presumo sacaré todos aquéllos que lleven aunque solo sea una cinta rosa.

-Sacaré todos aquéllos que simplemente lleven algo que someramente se asemeje a puntilla, bordado, pedrería o encaje. -Contestó Silvie sonriendo.

-Al menos tú dejarás de lado los disfraces de muchacho.

Silvie sonrió:

-Sí, padre, el hallar un modo de montar un caballo de carreras sin pantalones será un desafío, más, no os preocupéis, encontraré la manera sin usar los pantalones.

En la mañana temprano llegó un mensaje de lord Lucas informándoles de su intención de viajar todos juntos no solo por seguridad sino también por la comodidad de los niños. Silvie se rio ante la misiva narrándole a su padre cómo el pequeño hijo del marqués apenas si sugirió a su padre esa idea para defenderlos de los forajidos, éste cedió a su petición, arrancando una carcajada a su padre.

A media mañana Marcus, con todos sus asuntos organizados para su partida, decidió ir al banco para tomar el anillo de pedida de las baronesas de Varité pues no pensaba dejar escapar a Silvie y menos regresar a Londres si no era con ese anillo en el dedo. Estaba tomando su abrigo, sombrero y guantes de manos de Perkins cuando Samuel apareció a la carrera.

-Tío Marcus, ¿vas de paseo?

Marcus sonrió:

-Voy a atender unos asuntos.

-Ah... -se balanceó de un pie a otro como sabía hacía cuando estaba nervioso o maquinaba alguna cosa.

- ¿Por qué presumo esa cara de desilusión se debe a algún motivo oculto?

Se encogió de hombros y miró fijamente.

-Hoy regresamos al campo.

-Lo sé. -Contestaba sonriendo.

-Y no he ido a la pastelería que le gusta a mami a comprar bombones.

Marcus se rio:

- ¿Intentas enredarme para que te lleve a esa pastelería y con la excusa de comprar bombones para tu madre hacerte con una buena provisión de dulces? - De nuevo se encogió de hombros arrancándole una carcajada antes de tomarlo

de los hombros y girarlo en dirección a las escaleras principales-. Anda, enano peligroso, ve a decir a tu madre que te vienes de paseo conmigo, pero primero he de acudir a un lugar donde habrás de portarte muy bien.

- ¿Dónde vamos? -Preguntó girando para mirarlo sonriendo travieso.

-A un lugar en el que has de ser bueno y todo un caballero.

-Uy, uy... -Salió a la carrera subiendo las escaleras como alma que lleva el diablo-. Espérame, tío Marcus. Voy a decirle al valet de papá que me haga un nudo elegante. Iré como un caballero.

Marcus se carcajeó antes de caminar hacia el salón donde sabría estaría Lucas jugando con el bebé.

-Te informo que me llevo a Samuel de paseo.

Lucas alzó los ojos del bebé que mantenía tumbado en la alfombra de Aubusson frente a la chimenea.

- ¿Te ha convencido para que le lleves de paseo?

-Algo por el estilo. Quiere que le lleve a una pastelería.

Lucas se rio:

-Es demasiado listo para caballeretes como tú.

-Sí, eso parece. Ha subido no solo a informar a su madre sino a pedir a tu valet que le haga un nudo elegante.

Lucas se rio tomando en brazos al pequeño Marcus.

-Pues mejor toma asiento porque eso le llevará un buen rato. Con lo exigente que es, no se conformará con facilidad.

Marcus gruñó dejándose caer en el sillón de cuero apartando guantes, sombrero.

-Ayer no paró de galantear a mi americana y, si no fuera porque me convenía que ella se dejare llevar, le hubiese dado un coscorrón a tu hijo por tunante.

Lucas se carcajeó:

-Mi hijo ya te roba las atenciones de tu dama... estás perdiendo facultades,

amigo.

Caminaron hasta Bond Street en un tranquilo paseo. Samuel, que no paraba de preguntarle por todo y todos lo que veía, iba de su mano todo derecho y andando e imitando sus andares y postura. Tras abandonar el banco, donde él tomó lo que buscaba y Samuel permaneció en silencio y muy serio atendiendo lo que ocurría a su alrededor, lo llevó hasta la pastelería que le pidió. Tras comprar una caja de bombones para Camile, dejó a Samuel elegir con libertad los dulces y golosinas que gustaba volviéndose algo loco con tanto dulce a su alrededor.

-Creo que deberías escoger algunos dulces para Viola, pero también para tus nuevos amigos y su bonita hermana.

Samuel sonrió de oreja a oreja.

- ¿Qué golosinas gustan a un americano?

Marcus se rio:

-Imagino que las mismas que a ti.

-Ah, bien, pues entonces compraré mis preferidas.

Apenas si regresaron a la casa y tras poner en manos de Perkins las dos abultadas cestas abarrotadas de golosinas, bombones y dulces, fue al salón donde ya había entrado Samuel a la carrera.

-Por lo que veo, has dejado que mi pequeñín se dé un buen atracón de dulces. - Señaló Camile nada más alcanzarlos con los ojos fijos en Samuel que nervioso y excitado narraba a su hermana su mañana de caballeros.

-Digamos que ha probado todo lo que había en la tienda “solo para escoger mejor”. -Añadía repitiendo las palabras que Samuel repetía una y otra vez cuando tomaba algún dulce o golosina nueva.

Camile sonrió negando con la cabeza:

-Eres demasiado permisivo. Vas a tener que endurecer un poco tu carácter para poder educar bien a tus hijos.

-Presumo mis hijos serán ingobernables, salvajes y rebeldes como su madre de modo que poco o nada podré hacer ya desde que estén en la cuna.

-Sí que lo serán, pero despiertos, avispados y temerarios como ningún otro. -
Contestaba Camile divertida.

CAPÍTULO V

Tras verla subir al carruaje junto a su padre acomodándose frente a Camile, Lucas y el pequeño Marcus, mientras los cuatro niños con los perros y una joven niñera viajaban en el otro carruaje, Marcus encabezó la comitiva sabiendo que, a lo largo del día siguiente, se reunirían en la posada con Gabriel y Thomas y sus respectivas esposas.

Sonreía al salir de Londres porque su temeraria americana lucía elegante, sencilla y con un bonito color azul que destacaba sobremanera su cabello apenas visible bajo el sombrero y sus chispeantes ojos marrones.

Supo enseguida que era ella la que llevaba al gatito pues sostenía su ridículo con ambas manos y seguramente lo llevarse allí para esconderlo de posibles ojos desconfiados. En cuanto salieron de la ciudad impuso un ritmo vivo para poder alcanzar la posada antes de que fuere noche cerrada. A pesar de ello, nada le impedía ponerse en ocasiones a la altura de los carruajes y observarla de soslayo. No se equivocó, ella llevaba el gatito que había acomodado en su falda nada más entrar en él.

De alguna manera, verla camino de Galvert Manor, alejándolos de miradas indiscretas, le hacía sentir satisfecho y relajado, como también el hecho de verla interactuar con Camile y Lucas de modo tan natural y cómodo. Y en ese estado de tranquilidad llegó a la posada donde harían noche, adelantándose a los carruajes para asegurarse que, al llegar estos ya tuviesen su cena preparada, así como sus habitaciones.

Esperó a la puerta de la posada y, al aparecer los carruajes, ayudó primero a Camile y después a Silvie a descender.

-Toma un momento a tu ahijado, por favor. Parece a punto de echarse a llorar.

Camile le dejó el bebé en brazos nada más descender y él sonriendo lo tomó.

-No le agrada tanto zarandeo dentro del carruaje.

-Calla, mal hombre, que dentro de los brazos de su madre no soporta zarandeo alguno. -Le reprendía Camile sin mucho convencimiento antes de girar y acercarse al carruaje de los niños que ya saltaban del mismo con evidentes rostros de cansancio después de tantas horas.

Se rio acomodando mejor al bebé en sus brazos antes de sonreír a Silvie que le miraba con evidente extrañeza.

-Soy el padrino de este encantador caballero y, como tal, he de velar por su bienestar, deber que sus padres no dudan en recordarme a la menor ocasión.

Samuel apareció ante él con Dina a su lado y le hizo inclinarse ligeramente para ver el rostro de su hermano al que besó en la mejilla.

-Tienes que llevarlo dentro. Hace frío.

Marcus se rio entre dientes por la orden de Samuel.

-Eres muy mandón, pequeñajo. Te recuerdo que te he comprado una buena provisión de dulces.

-Venga... que hace frío... -Insistía empujándolo por las piernas hacia la puerta.

-Esa no es forma de tratar a un caballero. -Se quejaba riéndose y dejándose empujar mientras Lucas se reía tomando en brazos a Viola que parecía muy cansada.

-Es la forma adecuada de tratar a un caballero que no obedece. -Contestaba Lucas-. Sam, asegúrate de que este caballero obedece.

-Sí, papá.

Silvie se rio entre dientes viéndolo empujar de nuevo al barón por sus piernas y a éste fingirse empujado mientras se reía. Will se apresuró a quitarle a Bigotes de las manos al pasar a su lado.

Al entrar se acomodaron en un comedor privado ya preparado donde enseguida les sirvieron la cena. A pesar del hambre que tenía, Silvie apenas si probó bocado observando al barón. Era el mismo y con la misma cabezonería y arrogancia que en el viaje a Francia, pero al mismo tiempo, lucía un semblante más relajado, amigable y, sobre todo, cariñoso con los niños,

especialmente al bebé al que con asombrosa facilidad, calmaba y dejaba adormilado tras haberle dado su cena su niñera. Desde luego, no conocía a caballero alguno que tomase a bebé alguno en sus brazos y menos que, en público, no tuviera reparo en mecerlo hasta adormecerlo. Ese sí que no era un comportamiento que los nobles ingleses tuvieran costumbre de hacer incluso juraría que ni siquiera aprobaban pues no eran muy dados a mostrar cariño a nadie ni siquiera a sus propios hijos que dejaban en manos de niñeras, institutrices y preceptores hasta edad adulta.

-Cuando llegemos montaremos el telescopio en el torreón del norte. -Decía Samuel comiendo a dos carrillos-. Papá dice que es el mejor sitio y que podremos dormir allí las noches de luna llena.

Lucas se rio:

-No creo que tal cosa haya salido de mis labios. De hecho, recuerdo haber guardado silencio ante esa sugerencia.

-Pero mami dice que, si no dices que no, es que hay permiso.

Lucas miró a Camile alzando las cejas:

-Exactamente no fueron esas mis palabras. -Se rio-. Pero has de admitir que, si no hay un no, no puede considerarse rechazada “la sugerencia”.

Lucas rodó los ojos mientras Marcus se rio:

-Veo que no soy el único al que tus hijos y esposa enredan sin rubor ni escapatoria.

-Sí, me temo que son algo manipuladores.

Camile se rio guiñando un ojo a Samuel que sonriendo volvió a mirar a William.

Silvie fijó la vista en una muchacha que subida a una banqueta tomaba varias botellas de un estante y sonriendo giró el rostro hacia Luisa sentada al otro lado de la mesa.

-Luisa, creo que acabo de encontrar el modo de evitar el obstáculo que cierto padre nos había retado a superar. -Señaló con la cabeza a la mesera y rápidamente Luisa giró observando durante unos segundos a la misma antes de

volver a girarse sonriendo de oreja a oreja.

- ¿Con qué se las sujetará?

-Pues no veo por qué no podamos preguntarle.

-Cierto. -Sin esperar nada más Luisa se levantó y caminó decidida hasta la mesera que al ser llamada descendió de la banqueta hablando con Luisa unos segundos antes de que Luisa regresase con una sonrisa traviesa en los labios.

- ¿Y bien?

Luisa sonrió tomando asiento de nuevo:

-Une las puntas de la tela en el centro haciendo un nudo.

Silvie observó unos segundos a la joven y sonrió:

-Pues parece fácil y efectivo.

-Sin que se me considere en extremo entrometida, ¿puedo preguntar de que están hablando? -Preguntaba Camile claramente curiosa.

-Pues, vuestro hijo nos ha asegurado que en la propiedad de vuestro padre podremos montar caballos de carreras, más, nuestro padre nos ha prohibido montar con pantalones y dado que es el único modo de usar la silla de carreras debíamos encontrar un modo de montar con ella sin usar tal prenda.

-Y sin salir luciendo solo los pololos. -Añadía Luisa sonriendo.

Silvie sonrió asintiendo antes de señalar a la mesera discretamente.

-Pero hemos encontrado el modo de ir con faldas sin que estas entorpezcan el subir a un caballo a horcajadas.

Marcus, Lucas, lord Jillers y Camile se fijaron en la mesera.

-Entiendo, atando la parte central de los bajos de las faldas ha convertido en pantalón, sin serlo en realidad, sus faldas. -Sonrió Camile comprendiendo el motivo de la satisfecha sonrisa de las hermanas.

Silvie asintió mientras su padre rodaba los ojos con paciencia infinita. Marcus por el contrario tenía en la mente el recuerdo de esas curvas bajo unos pantalones y su trasero perfectamente dibujado con ellos. Sonrió sin poder evitarlo. Ya se encargaría él de encontrar un modo de salir de paseo solos con

ella luciendo pantalones.

-Tío Marcus, nos vamos a la cama. -Dijo Samuel bajándose del banco en el que estaba acomodado.

Marcus alzó una ceja y lo miró con una media sonrisa.

- ¿Por qué me das esa información?

Samuel le miró con gesto de aburrimiento.

-Porque mi hermanito también se tiene que venir a la cama. Es pequeño y necesita dormir.

Lucas se carcajeó:

-Marcus, eres un mentecato. Sube a mi pequeño arriba y déjalo en compañía de la doncella de mi esposa.

Marcus gruñó poniéndose en pie con el bebé en brazos.

-Qué paciencia he de tener con los caballeros de esta familia... Vamos, enano mandón, subamos.

Samuel sonrió caminando por delante de él siguiendo a la doncella de Camile que no se movió de donde estaba sabiendo que Samuel se encargaría de que Marcus cumpliera al detalle el ritual de dormir de su pequeño pues era un hermano mayor muy protector.

En cuanto se alejaron sin que Silvie perdiese detalle de todo con una más que despierta curiosidad por esa relación entre el barón y la familia del marqués, especialmente sus hijos, Camile sonriendo la miró divertida:

-Es un padrino francamente adorable. No he de negarlo. -Silvie la miró frunciendo el ceño ligeramente-. Solo en sus manos dejaría a mi pequeño, bien es cierto que Sam se encargará de que Marcus cumpla al detalle el adecuado cuidado de su hermano.

Lucas sonrió pasando el brazo por la cintura de su esposa besándola en la sien.

-Por la cuenta que le trae obedecerá a mi heredero o le dará un puntapié.

Eso sí la hizo reír mientras veía a sus hermanos seguir la senda de los hijos

del marqués y subir a acostarse tras indicárselo así su padre. A los pocos minutos los marqueses se disculparon y se retiraron también dejándola a solas con su padre.

-El marqués me ha informado que en la mañana se nos unirán lord Thomas y lord Gabriel con sus esposas para llegar todos juntos a su propiedad. Ambas se encuentran en estado y prefieren pasar un tiempo en el campo lejos del aire viciado de Londres.

Silvie frunció el ceño mirándolo extrañada.

-Sigo sin entender qué hacemos nosotros en tal reunión, padre.

Su padre se encogió de hombros fingiendo indiferencia.

-Nada más que disfrutar de unos días de tranquilidad. Quizás tu hermana consienta mejor las actividades de una dama si comprende que no todas son como las más estrictas y estiradas jovencitas de la escuela.

Silvie se rio:

-Le deseo toda la suerte del mundo para lograr tal milagro, padre.

Lord Jillers suspiró antes de apurar la copa de coñac y mirarla.

-Será mejor que nos retiremos a descansar. Mañana no haremos parada hasta la noche más que para que los caballos se refresquen.

Silvie asintió para de inmediato subir a la habitación que le habían asignado. Al entrar se encontró al barón sentado en una silla ojeando el libro que llevaba en su bolso de viaje.

-Pero ¿qué hacéis?

-Cerrad la puerta pues si nos ven seremos el próximo escándalo de la temporada. -Respondió con gesto tranquilo dejando el libro sobre la cama.

Silvie le miró ceñuda cerrando simplemente dando un puntapié a la puerta.

-Salid ahora mismo de mi habitación.

-Antes necesito que me escuches.

-Cosa que puedo hacer mañana durante el desayuno y no en mi habitación donde, de encontraros, seríamos, como decíais, un escándalo.

Marcus suspiró poniéndose en pie sin apartar los ojos de ella.

-Lo sé, pero no me gustan los enredos, los engaños ni las medias verdades. Tuve mucho de eso con Ariana y he prometido firmemente que mi vida no será de nuevo como durante esos años. Por favor, siéntate unos minutos.

Silvie frunció el ceño, pero parecía tan serio y decidido que decidió obedecer en silencio tomando asiento en el borde de la cama. Él se acuclilló frente a ella y después tomó las manos que ella había dejado en el regazo de modo relajado.

-Silvie, vas a casarte conmigo.

Silvie tiró de sus manos mirándole enfadado.

-No, no haré tal cosa y el que deis por hecho que ocurrirá sin importar mis deseos...

No llegó a terminar la frase porque él se cernió sobre ella obligándola a caer sobre el colchón mientras él se tumbaba sobre ella apoyando sus codos a ambos lados de sus brazos tomando su rostro con sus manos.

-Tus deseos son lo único que me han frenado hasta ahora. Lo único que me ha impedido declarar ante el mundo que eres mi baronesa es que solo tú podrás decidir cuándo hacerlo porque eres tú, son tus deseos a los únicos que atenderé. -Señaló con firmeza y la voz ronca acariciando su rostro con su aliento y fijando sus brillantes ojos azules en los de ella-. Ahora no lo entiendes porque no te he dado la oportunidad de conocerme, de saber cuánto nos pertenecemos, pero durante estos días te enseñaré que estamos hechos para ser uno, para ser el uno del otro.

-Por eso los marqueses nos han invitado. Me habéis enredado. -Replicaba revolviéndose ligeramente bajo su cuerpo, aunque no podía liberarse ni de su peso ni de su agarre.

-Si quisiera enredarte no vendría aquí a poner sobre la mesa mis cartas y mis intenciones ni me expondría tan abiertamente. No Silvie, precisamente el evitar enredos es o que me lleva a no querer mentiras entre nosotros.

-No seré vuestra baronesa, no seré una de esas damas que esperáis os acompañe e los salones, fiestas y reuniones de vuestros pares. Yo deseo ser

como soy y no me importa no casarme y sé que mi padre no me obligará a hacerlo.

Marcus acercó su rostro más al suyo rozándose para interrumpirla.

-No deseo cambies un ápice de tu carácter ni tus deseos y sueños. Me gusta mucho mi muchachito impertinente, ese de lengua afilada y mente aguda que me reprendía y frenaba con solo decir una frase. Me gusta mucho la traviesa dama que consigue arrancarme una sonrisa con solo verla maquinar con su hermana cómo lograr montar un caballo de carrera sin usar los indecorosos pantalones de muchacho. Me gusta la dama curiosa, incisiva y temeraria que persigue malhechores y reprende a los agentes de Bow Street por tratarla con condescendencia, aunque he de decir que si esta dama temeraria insiste en correr riesgos y peligros habrá de saber que yo iré con ella para asegurarme de que ese peligro no la dañe. Me gusta mucho la damita contenida que eres capaz de lucir un elegante vestido, aunque por dentro seas todo inquietud, ansia por rebelarse al mundo y a las normas establecidas y tempestuoso volcán. No deseo que cambies, Silvie. Te has mostrado siempre tal y como eres, sin artificios ni engaños, incluso cuando te disfrazas de muchacho no intentabas engatusar a nadie y menos a mí. Sé cómo eres, Silvie. Sé que mi temeraria colona no quiere cambiar y yo no deseo que cambie ni permitiré que nadie intente cambiarla.

Le acarició la tersa mejilla con los pulgares con suavidad mientras ella le observaba en silencio y con gesto pensativo.

- ¿Por qué estáis tan seguro de que dentro de un tiempo no me pediréis que cambie cuando no consiga adaptarme a lo que se espera de una esposa de un lord?

Marcus sonrió disfrutando de la tibieza de su piel, del agradable aroma de esta y de su cabello que ligeramente desprendido de su recogido dejaba mechones rizados sueltos alrededor de su rostro, de sus desconfiados ojos y de esa mueca terca que lucían sus cremosos y apetitosos labios.

-Silvie, no sé cómo probarte que ni ahora, ni dentro de unos meses ni de un año o diez, te pediré que cambies para adaptarte a lo que nadie espere de ti. Habrás de confiar en mí.

Silvie entrecerró los ojos sin apartarlos de los suyos. Era un hombre extraordinariamente atractivo y tanto la cercanía de su cuerpo como esa mirada azul la afectaban, pero en su interior algo le hacía sentir desconfianza de lo que él era. Un noble, un aristócrata inglés acostumbrado a que todos los que no fueran como él obedecieran y le debieran cierta pleitesía solo por el título que ostentaba sin cuestionarse si se merecía ese respeto y pleitesía por méritos propios.

-No me gustan los nobles.

Marcus se rio entre dientes.

-Tu padre es noble.

-Solo porque la reina le otorgó un título, pero no ha nacido siendo noble y yo no tengo ni una gota de mi sangre noble.

-Pocos nobles hoy en día son tales de verdad por mucho que lo digan. Pocos hay ya con un linaje realmente destacado. Silvie, no me importa que no tengas ni una gota de sangre noble en tus venas como dices, prefiero tener la certeza de que eres noble de corazón.

Silvie soltó una risita.

- ¿Dejáis relucir una cara poeta, barón? Debiera advertiros que no me inclino demasiado a la poesía ni las novelas románticas.

Marcus sonrió:

-Lo sé. A ti te gustan más lo crímenes, misterios e historias espeluznantes.

Silvie alzó una ceja ladeando ligeramente la cabeza apoyada sobre el colchón:

-No todas son espeluznantes.

Marcus sonrió más abiertamente inclinando un poco más la cabeza para besarla en la mejilla demorando un poco sus labios acariciando su piel.

- ¿Me dejarás intentar conquistarte?

- ¿Conquistarme?

Marcus alzó el rostro y la miró con picardía.

-Cortejarte.

Silvie frunció el ceño y le observó unos instantes:

-No sé. No soy muy romántica y no creo que me guste mucho un cortejo formal de un noble arrogante, engreído y petulante.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-No parece que sea un caballero muy prometedor... petulante, engreído, arrogante... debo ser un ser completamente insoportable.

-Precisamente. -Sonrió Silvie de pronto divertida-. Además, pesáis muchísimo.

Marcus se impulsó rápidamente consciente de que llevaba mucho sobre ella y aunque su cuerpo respondía rápidamente a su aroma, a la tibieza de su piel y a su suavidad, y se resistía a alejarse de ella a pesar de la evidente excitación creciente que experimentaba, no quería incomodarla y menos aún hacerla consciente de su efecto incontrolado sobre él.

Se sentó a su lado ayudándola a incorporarse.

-Prometo que no te someteré a un tedioso cortejo lleno de formalidad y desoyendo tus deseos ni tus ansias de libertad.

Silvie entrecerró los ojos disimulando su sorpresa por el reconocimiento de él de no quererla contener “sus ansias de libertad”, aún con ello, no se sentía preparada para casarse y menos con un caballero que era evidente formaba parte de la mejor y más alta nobleza inglesa. A pesar de eso, algo en su interior clamaba por mantenerse cerca de él como unos instantes antes pues lejos de incomodarla, de sentirse cohibida o intimidada, le agradó sentir su cercanía, su calor, esa forma en que parecía protegerla y arroparla y su mirada de deseo que no solo no la asustó, sino que le gustó, y mucho.

-Por eso los marqueses nos han invitado, ¿no es cierto? Vos se lo habéis pedido.

-No, yo no se lo pedí. Más, no negaré que el hallarnos lejos de las inquisitivas miradas de las matronas y de toda la sociedad londinense nos permitirá relacionarnos con más tranquilidad y sin sabernos observados constantemente.

-Sonrió inclinándose, besándola en la frente antes de levantarse sabiendo que ese gesto la habría sorprendido y caminando hacia la puerta señaló:- Duerme

bien y sueña conmigo.

Silvie bufó:

-No me equivocaba con vos. Sois un arrogante.

Marcus se rio y la miró por encima de su hombro antes de abrir la puerta:

-Y un engreído y un petulante, no lo olvides.

Cuando cerró la puerta tras él, Silvie se quedó mirando la madera de esta por largo rato sin acabar de entender muy bien lo ocurrido. La petición de él, su propia respuesta ante el hecho de haberlo tenido tan cerca tomándose esas libertades sin que ella se quejase lo cual no dejaba aun de asombrarle. ¿Por qué no se quejó cuando la tumbo? ¿Cuándo la acarició? Gruñó queriendo reprenderse a sí misma pero antes incluso de que pudiese reaccionar, la puerta se abrió y asomó la cabeza del barón que sonriendo seductoramente preguntó:

- ¿Quieres que te desabroche el vestido?

Silvie alargó la mano y alcanzó el libro que él antes hubo dejado sobre la cama, lanzándolo con fuerza contra la puerta que él cerró a tiempo de esquivarlo antes de volver a abrirla y riéndose dijo:

-Bueno, bueno, fierecilla, no te enfades, solo quería ayudarte a estar más cómoda.

-Fuera, patán. -Espetó mirándolo ceñuda.

-Bien, bueno, me voy, pero llama a tu doncella. -Contestaba sonriendo travieso antes de cerrar la puerta oyéndose su risa al otro lado mientras Silvie volvía a llamarlo patán.

Apenas pegó ojo soñando con el barón, con fiestas interminables en las que ella era el centro de cuchicheos de todos los invitados por “atreverse” a hacerse pasar por baronesa e incluso con bailes en los que todos se reían mientras ella bailaba con el barón en el centro de un enorme salón sin más parejas a su alrededor. Ya empezó a maldecirle mientras se aseaba por su noche de insomnio, pero más lo hizo al verlo al entrar en el comedor. Al verla se puso en pie con una cortés reverencia como el resto de los caballeros, puesto que ya habían llegado sus amigos. Verlo tan elegante, relajado y sin signo alguno, al menos aparentemente, de haber pasado una mala noche como

ella, le hizo refunfuñar más aún.

-Buenos días, señorita Silvie. Permita le presente a mi esposa lady Holly y la esposa de lord Gabriel, lady Brianna. -Señaló lord Thomas sonriéndola de modo agradable.

Silvie sonrió a las dos damas, una . Al igual que lady Holly sonrió de modo amable haciéndole un gesto para que tomase asiento junto a ella.

-Me alegra conoceros al fin, señorita Silvie, lady Viola y lady Camile nos hablaron de vos y vuestros hermanos pues estaban muy animadas al saber que se unían finalmente al viaje. -Señalaba lady Brianna mientras una mesera les acercaba una nueva tetera.

Silvie tomó la taza que le servía mirándola agradecida.

-Es un placer poder acompañaros, milady. Mis hermanos, además, están encantados de contar con la posibilidad de alejarse de la ciudad.

-Oh, bien, ya habéis llegado. -Decía Camile entrando con Lucas tras ella que llevaba al bebé en brazos e inmediatamente lady Holly se lo quitó para acomodarlo en los suyos con una sonrisa.

-Aquí está el más bonito de todos los Marcus.

Marcus se rio.

-Yo también te estimo sobremanera, Holly.

-Oh, vamos, no sé por qué te ofendes. Sabes bien que tu ahijado es infinitamente más atractivo que tú. No por ello te considero feo del todo.

Marcus se carcajeó por el chascarrillo.

-Thomas, creo que el matrimonio no ha sentado bien a tu esposa. Ha perdido todo ápice de buen gusto y cordura.

-*Au contraire*, amigo mío. El matrimonio ha logrado que sepa diferenciar a los caballeros atractivos de los que no pasan de ser poco más que pasables. -Se reía Thomas tras besar a su esposa en la sien haciendo una carantoña al bebé.

Silvie sonrió tras su taza de café por el tirón de orejas mientras los amigos del barón se reían.

-Señorita Silvie, -Ella miró a lady Camile que la sonreía mientras su esposo la rodeaba con un brazo en un gesto en exceso cariñoso según las más estrictas normas de la nobleza que a ellos, sin embargo, no parecía molestarles, como tampoco a sus acompañantes-, espero no os importe viajar con nosotras tres en el carruaje mientras vuestro padre lo hace con mi esposo y los niños en otro ya que estos tres caballeros, -Señaló a Marcus, Thomas y Gabriel prefieren hacer el último tramo a caballo.

-No, por supuesto, será un placer. -Se limitó a contestar pensando para sus adentros que quizás la distracción de tres damas que seguramente charlarían amigables pues parecían cercanas entre ellas, alejarían de sus pensamientos al barón.

Vio a Luisa entrar con cara de enfado y al verlos se limitó a hacer una desgarrada reverencia antes de sentarse a su lado sin cambiar el gesto.

- ¿Por qué estás enfadada?

-Will no suelta a Bigotes. Lo acapara. Es el gato de todos y no me deja tenerlo nunca.

Silvie sonrió negando con la cabeza.

-Bueno, padre dijo que era el gato de la familia, pero fue Will el que lo encontró, supongo que eso le da preferencia sobre él.

-Pero es que siempre duerme con él y le da de comer...

-Señorita Luisa, permita le presente a mis buenas amigas lady Holly y lady Brianna.

Luisa las miró con poco entusiasmo saludándolas con un simple hola.

-Señorita Luisa -Camile la sonrió animosa-, quizás pueda convencer a su padre de tener una mascota propia. En la propiedad de mi padre, además de caballos de carrera encontraréis una recién nacida camada de Beagles.

Luisa abrió los ojos como platos.

- ¿De veras?

Silvie rodó los ojos:

-Luisa, para que padre te deje tener un perrito, si es que consigues que lord Bromerton consienta en cederte un cachorrito, deberás cumplir fielmente con tus deberes y eso implica no refunfuñar cuando has de asistir a reuniones de té, ni a clases de música o bordado ni tampoco lucir los calzones de Will para trepar por árboles.

Las tres damas a su alrededor contuvieron una risa por la cara de exasperación de la niña mientras escuchaba a su hermana.

-Bueno, me comportaré como una niña cursi hasta que me dé la venia y después, cuando ya tenga el perrito, no podrá quitármelo.

-No estaría tan segura. Quizás nos lo dé a Will o a mí que carezco de mascota.

-Ah no. Si consigo que me deje tener un perrito no podrá quitármelo y menos para dárselo a Will. Él ya tiene a Bigotes.

- ¿Otra vez te estás quejando de que Bigotes sea mi gatito? -Preguntaba el mentado entrando ufano con el gato en las manos obviando toda cortesía y tomaba asiento junto a Luisa.

Luisa resopló antes de darle un codazo quitándole al gato de las manos para ponerlo frente a ella volcando en un platito un poco de leche.

-Luisa, no pongas el gato encima de la mesa. -Pidió Lord Jillers entrando antes de hacer una cortesía a los presentes viéndose de inmediato superado por Viola y Samuel que corrieron hacia los recién llegados. Samuel se acercó a Holly y tras darle un beso en la mejilla observó a su hermano un instante antes de centrarse en su desayuno.

Marcus observó a Silvie sin disimulo mientras ésta charlaba con sus hermanos y sus amigos de modo relajado aunque las sombras bajo sus párpados le hacían sospechar que no había pasado buena noche empezando a cuestionarse lo acertado de haberla abordado de la manera que lo hizo la noche anterior, pero había decidido no mentir a Silvie ni valerse de engaño alguno para lograrlo puesto que sabía ella detestaba los engaños y él, tras su penoso pasado con Ariana, no iba a consentir que existiere engaño alguno entre él y su baronesa.

Mientras revisaba su montura un rato después la observaba con disimulo mientras ella jugueteaba con Samuel a “los misterios”, como lo hubo llamado.

Jugaban a averiguar cosas de las personas que les rodeaban solo observándolas y parecía realmente divertir al pequeño que se reía claramente divertido.

- ¿Por qué presumo has cometido una tontería? -La voz de Thomas le hizo desviar la mirada y cuando la posó en él alzó las cejas-. Tienes la mirada que ponías de niño cuando cometías una torpeza y no sabías cómo solucionarla.

Marcus suspiró.

-No cometí una torpeza, al menos, no importante. No quiero mentiras, engaños ni subterfugios con mi colona. Esa lección la he aprendido bien.

Thomas asintió:

-Pues haznos el favor de lograr la aceptación de esa colona pronto porque para cuando regresemos a Londres te queremos casado.

Gabriel se rio tras ellos y añadió con evidente retintín:

-Pero no te lo tomes como un plazo o un modo de presionarte, amigo.

Marcus suspiró pesadamente.

-Tío Marcus. -Samuel apareció ante él corriendo-. Dice papá que puedo ir contigo hasta que lleguemos a la zona de montaña.

Marcus sonrió negando con la cabeza sabiendo que Lucas iría en el carruaje con lord Jillers.

-Presumo me lo pides a mí porque me sabes mejor jinete que estos dos caballeros menos dotados.

Se encogió de hombros indiferente.

-Papa me ha dicho que seas tú.

Gabriel y Thomas se rieron tomando el primero al pequeño para montarlo delante de la silla del caballo de Marcus.

-Ve guiando a este baroncito, Sam, y no dejes que se pierda. -Se burló Thomas mientras Gabriel lo acomodaba sobre el caballo.

Silvie que se había acercado siguiendo al pequeño sonrió:

- ¿Vais a ir guiando al grupo, milord? -Preguntaba sonriendo a Sam.

-Aja.

-En tal caso, ¿me permitís llevar a vuestras mascotas en el carruaje para que nos protejan? -Preguntaba mientras los dos perros se quedaban junto a los caballos tras haber seguido al pequeño.

-Os lo permito. -Replicó sonriendo satisfecho arrancando una carcajada a Marcus.

-Seductor de tres al cuarto. -Mascullaba divertido.

-Bien, pues en ese caso, me llevo a mis nuevos compañeros al carruaje.

Marcus la siguió con la mirada sonriendo, estaba seguro que como un idiota, pero a esas alturas poco le importaba.

Samuel emitió una risilla que le hizo mirarlo.

- ¿Es tu baronesa? La miras como papá a mamá.

Gabriel y Thomas se carcajearon mientras él suspiraba pesadamente.

-Enano, eres demasiado listo para ser tan pequeño. -Sonrió negando con la cabeza antes de auparse tras él y acomodarlo seguro-. Has de prometerme ser discreto. Aún tengo que conseguir que quiera ser mi baronesa.

-Vale.

Gabriel y Thomas se volvieron a reír por la cara de Samuel que claramente les decía que su discreción iba a ser como el aire que enseguida vuela lejos.

Al mediodía se detuvieron en unos páramos para que los caballos se refrescasen y todos ellos además de comer algo ligero al aire libre, pudieran estirar las piernas. Mientras los niños correteaban con los perros tras comer algo, ellos se relajaron acomodados sobre unas mantas aprovechando él para sentarse junto a Silvie que lejos de decir o hacer algo simplemente le lanzaba miradas recelosas cada poco lo que a él le hacía sonreír divertido.

-Ten, sostén a mi pequeño mientras voy a dar un paseo.

Camile dejó al bebé en sus brazos antes de levantarse con Lucas que se reía entre dientes.

-Empiezo a sospechar que me consideráis la niñera de vuestros hijos. - Refunfuñó sin mucho convencimiento.

Lucas se carcajeó mientras Camile tomaba su brazo para caminar juntos.

-Estoy pensando en regalarte una cofia.

Gabriel y Thomas se carcajearon también habiéndose puesto en pie para pasear con sus esposa y lord Jillers que ya se había adelantado y se dirigía hacia los niños.

-Ellos ya saben lo que os proponéis. -Le acusó Silvie cuando los vio alejarse.

Marcus sonrió alzando los ojos del rostro dormido del pequeño Marcus tras colocarlo en el centro de la manta.

- ¿Lo que me propongo?

Silvie bufó:

-No os hagáis el inocente. Les habéis hablado de mí.

-No puedo negarlo, más, a mi favor, diré que me conocen bien y que, sin necesidad de decirles nada, me sabían interesado en cierta americana terca con gusto por los misterios escabrosos.

-No todos los misterios son escabrosos. -Le respondió sin pensar antes de

fruncir el ceño-. ¿Y ellos opinan que una americana sin cuna es adecuada para vos?

Marcus sonrió dejándose caer de costado apoyado sobre un codo a su lado de modo relajado.

-De hecho, opinan que eres perfecta para mí. Saben que no te dejarás intimidar por mí ni me dejarás salirme siempre con la mía.

-Vos no necesitáis una esposa sino una madre que os reprenda.

Marcus se carcajeó:

-No creo que mi madre pueda imponerse como lo harías tú. Además, las cosas que deseo hacer contigo no las imagino con ninguna madre y menos la mía, te lo aseguro.

Silvie abrió la boca asombrada y él se rio:

-Eso es una grosería.

Marcus se removió y apoyó la cabeza en su regazo tumbándose.

-Pero ¿qué hacéis?

-Disfrutar de un poco de paz. -Respondió mirándola como un niño inocente.

-Estáis tomándoos libertades que ni siquiera siendo prometidos podríais tomaros.

Marcus alzó los ojos hacia ella sonriendo y tomando unos rizos de su cabella que asomaba bajo su sombrero entre sus dedos señaló:

-Lo hago, más, si no recuerdo mal de nuestra conversación pasada, no iba a someterte a un cortejo aburrido, meramente formal y tedioso.

- ¿Y eso he de entenderlo como que os tomaréis libertades a vuestro antojo?

-Bueno, a mi antojo y al tuyo. Seré un pretendiente complaciente y cuando me pidas libertades te las concederé sin dudar.

Silvie de nuevo le miró abriendo la boca sorprendida:

-Pero ¿qué libertades iba a pedirnos? ¿Estáis loco?

Marcus le guiñó un ojo travieso:

-Estoy seguro que, una dama intrépida como tú, no dudará en pedirme muchas libertades. Empezando por un beso. -Se aupó y sorprendiéndola la besó en la mejilla y después en el cuello-. Y sin duda, yo la besaré con sumo placer.

-Dejad de hacer eso. -Se quejó, aunque no se movió-. Vais a lograr que mi padre os dispare. Y si no lo hace él, lo haré yo.

Marcus se rio apartándose ligeramente para poder mirarla a los ojos.

- ¿Me dispararías? ¿A mí? ¿A tú complaciente esposo?

-No sois ni mi esposo ni complaciente. Más lo contrario. Sois un pesado arrogante y un incordio. -Refunfuñaba empujándolo con ambas manos en sus hombros.

Marcus se rio de nuevo sin dejar de mirarla, aunque concediéndole un poco de distancia ya que podía no haberse movido pues ella apenas tenía fuerza en comparación con él. Bajó los ojos a la manta a su lado donde aún continuaba el bebé durmiendo plácidamente.

-Pues el pequeño Marcus no parece conforme con vos ya que no solo recibe mi compañía con plácido placer, sino que parece confiado en ella hasta el punto de dormir sin importar nada más.

-Ese pobre bebé carece aún de juicio para valoraros como merecéis.

De nuevo él se rio y la miró travieso, pero enseguida recordó su sospecha de que apenas si hubo descansado por su culpa al ver la sombra bajo sus párpados. Alzó una mano y le acarició con el pulgar la mejilla logrando que a su paso su mejilla se colorease y las pupilas de sus bonitos ojos chocolate se dilatasen.

-No has logrado descansar y sospecho soy el culpable.

-No os deis tanta importancia. Simplemente se ha debido a que mi lecho no era del todo cómodo. -Protestó ella solo para no darle la razón.

Marcus sonrió sabiendo, de algún modo, que mentía y que eran su orgullo y su cabezonería los que hablaban.

- ¿He de entender entonces que no has pensado en mi propuesta?

- ¿Qué propuesta? Vos solo me informasteis de lo que pretendéis hacer.

Marcus se rio entre dientes acercando de nuevo su rostro al de ella que lejos de alejarse se mantuvo tercamente en su sitio con gesto desafiante, lo que a él le encantaba.

-No te enfades mi inquieto muchachito. Prometo ser más considerado y no volver a privarte de sueño si no es para lograr que de tus labios salgan suaves suspiros de placer.

Silvie entrecerró los ojos y después los abrió de par en par comprendiendo lo que decía.

- ¿Sois de esos hombres escandalosos y decadentes que salen en los folletines de sociedad?

Marcus se carcajeó:

- ¿Escandalosos y decadentes? Es la primera vez que soy tildado de tal. Para tu tranquilidad, fierecilla, y puesto que he prometido ser sincero y no mentirte, confesaré que soy un hombre sano, de apetitos normales y que parece gustar a las mujeres, lo cual es recíproco. Aunque no sean cosas que debiere escuchar una inocente como tú y menos de labios de quién va a ser su esposo, -ella iba a protestar, pero él continuó sonriendo-, no soy un santo, Silvie. He disfrutado de las atenciones de las damas, no solo de sus miradas, desde que era jovencito, más, nunca me he valido ni de mis atributos ni de mi posición para hacer nada que esas damas o yo mismo gustásemos. Y no, no puede considerárseme ni escandaloso ni decadente. Algunos me tacharían de seductor, más, ni todas las historias que seguro cuentan ni todas las damas que dicen haber disfrutado de mi compañía en privado, son ciertas.

Silvie le sostuvo la mirada unos segundos meditabunda:

-Pero entonces, sí sois un seductor. ¿Qué clase de pretendiente reconoce eso a una mujer y espera que ella crea en su fidelidad?

Marcus sonrió:

-La clase de pretendiente que es capaz de prometer que una vez desposado jamás mirará o tocará a mujer alguna que no sea su esposa porque solo su esposa es capaz de interesarlo, atraerlo y despertar en él deseo alguno.

-Supongo eso también se lo diríais a vuestra anterior esposa.

Marcus suspiró pesadamente.

-No, cielo, no puedes compararte con ella ni tampoco nuestro enlace.

- ¿Y por qué no puedo hacerlo? -Preguntó seria.

Marcus negó con la cabeza antes de mirarla con fijeza:

-Tú no eres Ariana. Tu eres buena, cariñosa, jamás te mueves por egoísmo o con intención de causar daño. Eres demasiado inteligente para no frenarme cuando es necesario, pero jamás usarás esa inteligencia ni tus armas para mentirme, enredarme o hacerme daño. Me casé siendo joven, esperando que la mujer que aparentemente lucía como una dama perfecta a mis ojos lo fuese y me diere un hogar, más, mi juventud y ansias por formar una familia me cegaron a la realidad y la verdad tanto de ella como de nuestra relación. Tú no me engañas, sé quién eres, cómo eres y adoro cada parte de ti, de tu inquieto carácter y de tu terca inquietud.

Silvie tuvo que contener el jadeo que casi sale de sus labios mientras en su cabeza resonaban sus palabras, ¿Cielo? ¿La había llamado cielo? ¿Adorarla? Sí, sus palabras habían hecho efecto en ella, nada en su cabeza y su cuerpo parecieron indiferentes a las mismas, al sonido de su voz o a su mirada que empezaba a turbarla de un modo desconcertante.

-Aunque no sea la dama aparentemente perfecta. -Le devolvió sus palabras.

Marcus tomó su rostro entre sus manos acercándolo al de él con suavidad.

-Eres perfecta. Perfecta para mí, para mi título, mi hogar y, desde luego, mi cama. Eres perfecta y nunca nadie osará a decir otra cosa pues lo descuartizaré con mis manos.

Silvie cerró los ojos un instante pues su cercanía, sus ojos, el calor de sus manos la aturdieron.

-Os volvéis a tomar libertades. -Dijo antes de abrir los ojos, consciente de que cada vez le costaba más resistirse a un hombre que una semana atrás la ponía de mal humor con solo cruzar dos palabras con ella pues conseguía azuzarla y hacerla enfadar.

Marcus sonrió con cierto brillo canalla en los ojos:

-Y voy a tomarme una más.

Dijo antes de posar sus labios en los de ella acariciándoselos suavemente, tentándola, dándole la oportunidad de apartarse si gustaba, pero lejos de hacerlo simplemente se quedó quieta, desconcertada y abrumada. Mordió su labio inferior con cuidado antes de acariciarlo con su lengua sin soltar su rostro que sostenía con delicadeza. Deslizó sus labios por su mejilla y después los posó tras su oreja logrando que ella jadease de placer al acariciarle ese punto sensible. La risa de los niños a lo lejos le recordó donde estaban por lo que se incorporó ligeramente antes de soltar su rostro no sin privarse del placer de acariciárselo con ternura.

-Abre los ojos, muchachito intrépido. -Dijo divertido antes de que ella abriese los ojos y tras un momento de desconcierto lo miró ceñuda-. No te enfades, fierecilla.

-Voy a tener que dispararos. -Refunfuñó.

El comentario arrancó una carcajada a Marcus.

-No lo harás. ¿No querrás perder la oportunidad de llamarme arrogante, petulante y engreído a la menor oportunidad? Además, piensa en lo bonitos que serán los americanitos que invadirán Varcum.

- ¿Qué es Varcum?

-Así se llama la principal propiedad de la familia. La llamaron así en honor a una batalla vencida por un fiero y temible antepasado que tenía.

Silvie ladeó la cabeza observándolo seria unos segundos.

- ¿Y no os importará que vuestro heredero, el próximo barón, sea americano? ¿No os molestarán lo que cuchichearán a nuestro paso? Seguro que más de uno me tacha de oportunista y a vos de poner en venta vuestro título como algunos de vuestros pares han hecho con tal de saldar sus deudas incluso a pesar de tener que soportar una americana por esposa.

Marcus sonrió canalla tomando de nuevo su rostro entre sus manos.

-Mi heredero será inglés pues nacerá en Inglaterra y no me importa que entre sus venas corra sangre americana. Será un fiero e impetuoso barón si tiene una sola pizca del carácter de su madre y esa certeza me parece magnífica. Aquél

que ose tacharte de oportunista conocerá mi furia, te lo aseguro. Y ¿Poner mi título en venta? ¿Saldar deudas? -Negó con la cabeza sonriendo claramente divertido-. Para tu información, mi querido muchachito impertinente, no hay nadie en las islas que no sepa que mi fortuna es muy superior a la de cualquier noble, quizás menor que la de su majestad, pero no mucho menor.

Silvie entrecerró los ojos sin apartarlos de él:

-Pues entonces dirán que me comprasteis.

Marcus se carcajeó:

-No se atreverán a decirlo. No osarán decir tal cosa ni de mí ni de mi esposa.

Silvie bufó.

-Sois un arrogante.

Marcus la besó de nuevo atrapando su labio inferior de modo juguetón y tentador antes de darle un pequeño mordisco y lamérselo seductoramente.

-Lo soy y no pienso avergonzarme por ello. -Dijo con picardía antes de separarse y soltar su rostro-. Vamos, recojamos todo que hemos de ponernos en marcha o se nos hará muy tarde.

Tomó al bebé en brazos mientras Silvie recogía la manta y las cestas que enseguida tomaron las dos doncellas que estaban cerca y los palafreneros tomaron lo demás.

Silvie suspiró antes de caminar junto a él en dirección al grupo donde los niños jugaban ajenos a lo demás. Lo miró de soslayo y no dejaba de sorprenderle verlo portando al bebé como si fuese lo más natural del mundo.

-Estoy muy atractivo con un bebé en brazos, ¿no es cierto? -Preguntó mirándola seductor pillándola infraganti mientras lo miraba.

Silvie bufó.

-No os creáis tan irresistible.

Marcus sonrió bajando los ojos al bebé que seguía dormido.

-No te preocupes, mi tocayo, que esta fiera americana acabará admirando mis muchas virtudes.

-Tío Marcus. -Samuel se acercó a la carrera sonriendo con Dina y Capitán corriendo tras él-. Papá dice que nos vamos. Has de dejar a mi hermanito en manos de mamá.

Marcus sonrió negando con la cabeza porque el pequeño le había obligado a detenerse poniéndose de puntillas para él agacharse ligeramente y poder observar unos instantes a su hermano.

-Enano mandón. -Se reía siguiéndole hasta los carruajes donde ya empezaban a subir los niños y las damas-. Tomad, mi imperiosa señora, os devuelvo a mi ahijado sano y salvo.

Camile sonrió tomando al niño en brazos.

-Has sido una excelente niñera. -Dijo con retintín haciendo a Lucas reírse antes de ayudar a su esposa y después a Silvie a entrar en el carruaje.

-Vamos, barón, intente recobrar su papel de fiero caballero y guíenos hasta mi hogar. -Añadía burlón antes de entrar en el carruaje donde iba lord Jillers en compañía de los niños.

Sentada en el carruaje en compañía de esas tres damas que conversaban relajadas sobre las actividades de los próximos días en las que, salvo un pequeño almuerzo con los arrendatarios y el tradicional té tras los oficios, parecían ir planeando solo días de asueto en tranquila privacidad lo que no sabía si quizás incitado por el barón, aliado con sus amigos y sus esposas, para lograr sus propósitos. No sabía que pensar, ni si debía enfadarse por ser el centro de tanta atención e incluso de cierta confabulación de todos ellos. Aún seguía debatiéndose con esas ideas y con el tortuoso recuerdo de lo ocurrido en el prado con el barón pues no sabía ni lograba comprender, cómo conseguía aturdirla hasta el punto de no solo no oponerse a las licencias que se tomaba sino también por qué disfrutaba de ellas e incluso deseaba más y más varias horas después cuando ya anochecido llegaron a una propiedad que incluso solo iluminada por las antorchas de los caminos y las lámparas de aceite.

Al abrirse la puerta del carruaje por un palafrenero que les ayudó a descender, Ronald, el mayordomo, junto al ama de llaves recibieron con una amable y sincera sonrisa a sus señores y a sus hijos.

-Bienvenidos a casa, milord, milady. -Escuchaba saludar con formal cortesía al mayordomo a sus señores.

-Ronald, hemos traído caramelos y una caja grande de mazapanes. -Se adelantó a decir Samuel sonriendo de oreja a oreja.

-Pues espero que esos deliciosos dulces sean para mí, milord, ya que si no recuerdo mal prometisteis traérmelos por cuidar de vuestros enseres más preciados.

Samuel asintió con un golpe de cabeza sonriendo.

-Hemos de acostar a Marcus, Ronald, está cansado. -Dijo mirando a su madre de soslayo haciendo que Silvie viere una ligera sonrisa en el mayordomo que enseguida la disimuló ayudando a su señora e invitados a entrar en la mansión.

Era un servicio bien organizado y entrenado pues en pocos minutos estaban todos en sus habitaciones, perfectamente dispuestas con un pequeño refrigerio nocturno pues era muy tarde para una cena.

Tumbada en su cama con su libro entre las manos sin poder dormir, no hacía más que recordar lo ocurrido en el prado.

-Maldito hombre. -Masculló apartando bruscamente las mantas antes de saltar de la cama tomando su bata. Aún estando en casa ajena, no creía que fuese demasiado atrevido bajar a las cocinas a prepararse un té. De sobra sabía que, si llamaba alguna doncella, que seguro haría el turno de noche, la atendería, pero esa costumbre de molestar a los sirvientes a altas horas de la noche no era de su agrado y, como en casa, solía ser ella la que bajaba a las cocinas a prepararse ella misma un té.

Abrió las puertas de su dormitorio con cuidado para cerciorarse de que no hubiere un lacayo de servicio pues entonces no podría moverse por la casa libremente. Por suerte no vio ninguno así que caminó por el pasillo y tomó la escalera para bajar a la planta principal. Iba a girar para tomar el que suponía era el corredor de acceso a la zona del servicio cuando escuchó voces alejadas.

Aunque dudó un instante, decidió ver quiénes eran. Con sigilo se fue acercando hasta unas puertas tras las que parecía haber luz y que enseguida supo ocupada pues escuchó de nuevo voces. Una era de su padre. La identificó

enseguida. Con sumo cuidado abrió un poco la puerta, lo bastante para dejar una pequeña rendija y poder escuchar mejor.

-Milord, para ser tan ducho en el arte del billar, he de decir que os estoy ganando con suma facilidad. -Escuchó decir a su padre.

-Eso es porque no quiere ganar a su futuro suegro. Después de todo ha de tenerle contento y favorable a sus intereses. -Escuchó que decía otro caballero antes de reírse.

Frunció el ceño. ¿Su suegro? ¿Es que su padre quería desposarla? Tuvo ganas de gruñir al comprender que su padre estaba confabulado con el barón para que éste la cortejase. Iba a entrar en trompa enfadada cuando la voz del barón la detuvo.

-Ni aunque su palabra fuese lo único que me impidiese desposarme con su hija os dejaría vencer, milord. Solo vuestra hija tendrá poder de decisión sobre nuestro enlace. Si ella accede y vos os mostráis reticente, ni el mismísimo diablo me impediría desposarla.

De nuevo se escucharon algunas risas masculinas mientras ella abría la boca asombrada. ¿Si ella accedía? ¿No le importaba la opinión de su padre ni de nadie más que la suya? Por lo que ella creía los aristócratas acordaban enlaces desoyendo en la mayoría de las ocasiones los deseos o voluntad de las jóvenes, pero el barón parecía alejarse, de nuevo, de ese concepto de aristócratas que ella tanto detestaba.

Se quedó en silencio, dudosa porque no lograba comprender al barón ni tampoco esa decisión de tomarla a ella, precisamente a ella por esposa. Desde cualquier punto de vista se alejaba de lo que era de esperar por una dama que cualquier caballero con el título y la posición del barón desearían por esposa, para poder lucirla ante sus pares y desde luego un enlace con ella no lo haría medrar socialmente, aunque empezaba a sospechar que el barón contaba con una posición en la que no necesitaba medrar en absoluto.

Se marchó con el mismo sigilo y fue a la cocina. Si antes necesitaba un té por todos los pensamientos que agolpaban su cabeza ahora necesitaría una tetera entera. Diez minutos después se sentaba en la mesa de la espaciosa cocina tomando una taza de té en silencio. Por suerte, no había nadie en el lugar y

pudo prepararse el té sin tener que sobresaltar a doncella o cocinera alguna. Seguía allí un buen rato después intentando ordenar sus caóticos pensamientos, especialmente aquéllos que tenían que ver con el modo en que reaccionaba cuando el barón la besaba pues lejos de resistirse su cuerpo reclamaba y ansiaba más de esos besos. Se enfadaba con ella misma por ello y no conseguía comprender cómo era incapaz de resistirse. Tomó un sorbo de la taza de té e hizo una mueca porque se le había quedado helado.

-Me ofrecería a prepararte uno, pero he de admitir que no sé ni cómo encender el fuego.

La voz del barón le hizo alzar los ojos encontrándose apoyado en el arco de acceso a la cocina.

Marcus salió de la sala de billar dejando a sus amigos con lord Jillers jugando una nueva partida. Subió para descansar pues a primera hora enredaría de algún modo a su baronesa para llevarla a montar y mostrarle algunos de los rincones de Galvert Manor que tan bien conocía de sus años correteando por esa propiedad en compañía de Lucas y sus amigos. Algo le impulsó a cometer la temeridad de acercarse al dormitorio de Silvie, pero al ver la puerta abierta ligeramente entró encontrándola vacía. Por unos instantes se sintió desconcertado, pero después bajó a la biblioteca sospechando que podría haber buscado algún libro que leer. Al no hallarla allí comenzó a deambular por los salones hasta que le vino la idea de que, quizás, su intrépida americana había acudido a las cocinas como solo una dama como ella podría hacer sin miedo a prepararse ella misma algo. No se equivocó. Allí estaba, sumida en sus pensamientos casi en la oscuridad, con una taza de té entre las manos, Sonrió al verla beber y hacer una mueca de desagrado claramente porque debía estar helado.

- ¿Cómo sabíais que estaba aquí?

-Solo una dama intrépida bajaría ella misma a las cocinas preparándose en un té. -Iba diciendo, entrando en la estancia acercándose a ella-. Pareces preocupada. ¿Qué te ocurre? -Preguntaba sentándose de modo despreocupado a su lado en el banco donde ella estaba sentada.

- ¿Por qué os empeñáis en que sea vuestra esposa? -Preguntó sin ambages pues su boca parecía soltar lo que tanto llevaba dándole vueltas su cabeza.

-Porque eres la única mujer con la que deseo pasar cada uno de mis días, cada una de mis noches, cada momento de lo que reste de vida. -Se acercó ligeramente a ella y tomó su rostro entre sus manos-. Eres perfecta, mi temerario muchachito, y nada ni nadie logrará convencerme de que nadie más que tú será la madre de mis temerarios pequeños, esos a los que reprenderé diciendo que se parecen en exceso a su madre y que por eso me vuelven loco y me hacen feliz.

Silvie se libró de su agarre sin dejar de mirarlo entrecerrando los ojos.

- ¿Y no intentaréis que me comporte como una de esas damas que os rodean que siempre hacen y dicen lo correcto?

-Tú nunca serás como esas damas ni yo lo deseo. Sería demasiado tedioso y el tedio no es algo que soportemos ninguno de los dos, ¿no es cierto?

Silvie suspiró negando con la cabeza:

- ¿Y os comportaréis como uno de esos aristócratas que necesitan que sus esposas sean calladas, sumisas ante sus deseos y que no opinen más allá de cuál será el menú de la semana?

Marcus se carcajeó:

-No te creo capaz de no darme tu opinión sin guardarte ni una pizca ni contener tu mordaz lengua.

- ¿Me estáis llamando víbora? -Preguntaba mirándolo ceñuda.

-No. Creo que eres demasiado sincera para no decir lo que piensas. -Sonrió canalla rodeándola con los brazos por la cintura tirando de ella para abrazarla mejor-. Debes empezar a llamarme por mi nombre.

Silvie bufó:

-Os tomáis de nuevo licencias.

-Sí, lo hago, y quiero que me llames por mi nombre. -Insistió ladeando la cabeza para enterrar su rostro en su cuello inhalando su suave aroma-. Mi muchachito temerario huele a violetas.

Silvie jadeó ante la caricia de sus labios en su piel mientras la pegaba a él de tal modo que sus pechos se aprisionaban contra el duro muro de piedra que

parecía su torso.

- ¿Qué... qué hacéis...? -Jadeó cuando sintió el pequeño mordisco que le dio en la unión de su cuello y hombro.

-Tomarme licencias con mi baronesa. -Respondió ronco sin separar sus labios de su piel deslizándolos hasta atrapar su lóbulo entre los dientes lamiéndolo con deliberada sensualidad arrancando un gemido de evidente placer de Silvie que cerró sus manos en sus antebrazos. Sonriendo alzó el rostro y la observó parpadear desconcertada. La besó antes de que de sus labios saliese queja alguna, considerando mejor ocupar esos labios en cosas mejores. Tomó al asalto su boca con ansiosa hambre intentando contener sus instintos desatados en cuanto la saboreó, pero apenas si conseguía ese difícil milagro menos aún cuando ella, lejos de mostrarse sumisa parecía reclamar con la misma ansia que él por muy inexperta que fuere.

Silvie no sabía que le pasaba, pero en cuanto notó sus labios en los suyos y su lengua acariciar su interior con seductora experiencia, su cuerpo tomó el control de toda ella incluidos sus brazos que rodearon su cuello sin ningún rubor.

Marcus apretó sus brazos entorno a ella aupándola para después dejarla sentada a horcajadas sobre él lo que resultaba fácil pues, gracias a los dioses, solo llevaba un camisón y una bata. Atrapó la trenza con la que recogía su sedoso cabello tirando de ella ligeramente afianzándola en sus brazos. Gruñó cuando ella enredó sus dedos en su cabello mientras la devoraba, mientras se dejaba devorar. En algún rincón de su cabeza una voz le ordenó frenar pues no tomaría a su esposa, a su virgen e inexperta esposa sobre la mesa de la cocina. Suavizó sus besos con lentitud hasta que separó por fin sus labios sonriendo cuando ella abrió los ojos con cara de contrariedad y sabía que era por haberse detenido. Su fierecilla era todo pasión solo que aún ella no lo sabía.

-Antes de tomarte habrás de llevar un anillo en ese peligroso dedo tuyo que te declare mi esposa, de modo que no me mires con cara de enfado.

Silvie aún aferraba su cuello entre sus brazos y comprendiendo de pronto cómo se había comportado no lograba siquiera reaccionar. ¿Qué demonios le pasaba con ese hombre? Suspiró negando con la cabeza aún incrédula a lo que le pasaba.

- ¿Qué me hacéis? -Preguntaba más enfadada consigo misma que con él.

Marcus suspiró mirándola con fijeza:

-Demostrarte que somos perfectos el uno para el otro. Encajamos perfectamente. Tu cuerpo y mi cuerpo son el mejor reflejo de ello. Se reconocen y se reclaman.

Silvie frunció el ceño.

- ¿Me habéis seducido?

Marcus sonrió tomando su rostro entre sus manos acariciándole la mejilla con los pulgares de modo suave y lento.

-No cielo, me has seducido tú a mí.

Silvie entrecerró los ojos un instante pensando en esa respuesta y después sonrió pues por algún motivo esa idea le agradaba.

-Umm bueno, supongo que entonces está bien.

Marcus se rio:

-De modo que ser seducido por mi terca americana es correcto y, en cambio, no parecía que considerases que lo fuere el ser seducida por mí.

-Es que yo lo he hecho sin intención y vos seguramente usaríais armas pecaminosas para hacerlo.

Marcus de nuevo se rio divertido por su modo de pensar, propio sin duda, de su intrépido muchachito, capaz de acallarlo con solo proponérselo.

-Bien, pues mi dama, creo que si quieres continuar con tu seducción has de saber que solo aceptando ser mi esposa, conseguirás tenerme a tus pies y con ello, disfrutar de las mieles de tu seducción.

-A lo mejor me interesaría más seducir a un caballero más prometedor. -Lo aguijoneó.

Marcus gruñó acercando sus rostros:

-Ni lo sueñes. Tu solo me seducirás a mí pues solo yo estoy hecho para ti. La diosa fortuna me ha puesto en tu camino para que seas tú la que guíe mi destino.

- ¿Aunque ese camino no sea el que os señalaría una dama como aquéllas que os rodean?

-Ese camino no me interesaría. Estoy seguro que el camino por el que deberé procurar que los enredos en los que se meta mi esposa cuando persiga a los malos, intente controlar a esos dos hermanos rebeldes que tiene y, sobre todo, cuando intente, en vano, que su arrogante barón no la haga enfadar cuando le diga que su heredero ha vuelto a meterse en algún lío igual que hace su madre, será el que me haga feliz.

- ¿No os enfadaréis porque quiera seguir investigando?

-Me preocuparé, haré lo imposible para mantenerte a salvo incluso seguirte en tus enredos asegurándome de que sales ilesa de ellos, pero no te impediré hacer lo que te hace feliz y aquello para lo que, según parece, tienes talento, aunque me temo, mi terco muchachito, deberemos ser muy discretos en tu ocupación.

-Yo siempre soy muy discreta. -Se apresuró a responder con orgullo.

Marcus se reía mientras contestaba:

-Pues habré de asegurarme que nada cambia una vez desposada con un arrogante y petulante aristócrata, ¿no crees?

Silvie suspiró tras unos segundos observándolo seria:

-A lo mejor no os gusta estar casado con una americana. No nos gusta que nos manden sin más, ni que nuestra voz sea ignorada. Además, no creo que nos miren con buenos ojos en los salones cuando no sea capaz de disimular ante vuestros pares.

-Sé que sabes disimular muy bien pues te he visto fingir cuando estás enfascada en “una misión”, más, no te pediré que cambies para complacer a otros si es lo que te preocupa.

-Fui expulsada de la escuela de señoritas a las dos semanas de estar allí pues la directora y las maestras me consideraron incorregible e incapaz de comportarme adecuadamente.

Marcus sonrió divertido.

-Exactamente ¿qué atrocidades cometiste en esa escuela para ser tachada de tal modo?

Silvie se encogió de hombros sonriendo:

-Pues no sabría decirlos. A mi entender, ninguna, claro que cualquier cosa es considerada una blasfemia por las estrictas normas inglesas. Desde no saber comunicar no sé qué mensaje discreto y carente de coquetería con el movimiento de un abanico hasta comer una galletita antes de servirse el té a un caballero sin cederle la galletita antes. Toda una osadía, un pecado mortal, según creo.

Marcus se rio entre dientes.

-Este caballero te permite comer cuantas galletitas gustes independientemente de si me ofreces o no alguno de los manjares que devores.

-Cuán generoso. -Respondía divertida por su comentario.

-Bueno, ¿qué puedo decir? Soy arrogante y petulante, pero en extremo generoso.

Silvie se volvió a reír. Ese barón le gustaba. Se comportaba como con los hijos del marqués.

- ¿No cambiaréis cuando nos desposemos? -Preguntó ya que en el fondo su temor a acabar desposada y atada a un hombre que, siendo esposo, ya podría reclamar a su antojo, le aterraba.

Marcus sonrió porque, aunque ella aún no se diere cuenta había aceptado sin saberlo.

-No, no cambiaré ni un ápice. Quizás me vuelva reclamante de las atenciones de mi esposa a la que asaltaré en cada rincón, más, por mi honor, prometo cumplir cuantas promesas te he hecho y no comportarme como ese aristócrata que sé no deseas por esposo. Conseguiré que me ames, Silvie. -Dijo mirándola serio-. Tendremos un matrimonio sincero, no un acuerdo, no intereses que lograr. Sé que me deseas, tu cuerpo me lo dice con suma claridad, como yo te deseo hasta el extremo de considerarte el fresco agua de un manantial para mi pobre cuerpo, pero lograré que de tus labios salga la sincera verdad de que me amas. Lo lograré.

Silvie asintió como si eso fuese una importante promesa más, en su cabeza surgió un temor:

- ¿Y vos me lo diréis a mí?

Marcus asintió como ella antes, sonriendo y sin dejar de mirarla conteniéndose para no reconocer que ya le había entregado su corazón.

-Pero antes deberás llamarme Marcus y dejar de una vez esa cortesía que empieza a molestarme más allá de lo soportable.

Silvie se rio entre dientes.

-Así que solo he de llamaros milord, barón o señoría cuando quiera enfadaros.... Es bueno saberlo. -Señaló con maliciosa diversión.

-No deberías agujonear a un hombre que te tiene en sus garras, sin más atavío que ropa de cama y estando en una estancia casi a oscuras cuando ese hombre ha reconocido que te desea más que el aire que respira.

-Bah, ese hombre no podría con una americana como yo. Os aseguro que os daría una buena tunda.

Marcus se carcajeó.

-Algo me dice que eso te lo ha enseñado ese orondo sargento con el que tu padre a veces trabaja.

-No os dejéis engañar por la apariencia del sargento, he visto cómo tumbada a un hombre más grande que él de un solo golpe.

Marcus se rio negando con la cabeza.

-Voy a acompañarte a tus habitaciones pues es tarde y mañana has de levantarte muy temprano para venir conmigo a montar. Te enseñaré algunos de mis lugares preferidos de esta propiedad, esos en los que mis amigos y yo enredábamos por doquier desde que llevábamos pantalón corto.

-No solo vuestros amigos os están ayudando, ¿no es cierto? Mi padre también.

-Dijo sería mirándolo con firmeza.

-Vuestro padre conoce mis intenciones. Es demasiado inteligente para no haberlo intuido por sí mismo. Más, ¿ayudarme? -Suspiró-. En realidad, creo

que lo que hace es no entorpecerme, pero desde que supo lo que yo quería y también lo que pretendía, él no dudó en dejar claro que eras tú la que debía aceptarme pues no iba a instarte a hacer nada que no quisieras y menos aún obligarte a casarte ya conmigo ya con cualquier caballero que tú no aceptases de buena gana.

Silvie asintió como si le bastase saber eso.

-Supongo que entonces tendréis que ganaros mi aceptación.

Marcus sonrió:

-No, cielo, tu aceptación ya me las has dado, lo que he de ganarme es tu corazón.

- ¿Cuándo os he aceptado?

Marcus se rio entre dientes:

-Lo has hecho, aunque no lo hayas dicho con palabras, y no dejaré que te arrepientas.

Silvie le observó en silencio haciendo un rápido repaso mental de lo ocurrido. Finalmente asintió.

-Bueno, quizás sea cierto, pero ha sido una aceptación a prueba. Aún habéis de esforzaros más. Soy muy exigente. -Sonrió poniendo las manos en sus hombros para impulsarse quedando de pie junto al banco con Marcus observándola divertido antes de levantarse también. Tomó la palmatoria que era la única fuente de luz en la estancia y después la mano de Silvie.

-Ven, tomaremos un atajo.

La llevó consigo por una estrecha escalera que imaginó era un acceso del servicio. Se dejó guiar en silencio notando el frío del mármol en las plantas de sus pies pues no llevaba las Escarpines de terciopelo para la noche. No quiso quejarse delante de él pues no había nada que le disgustase más que las jóvenes melindrosas y pusilánimes que se quejaban por todo. Atravesaron el corredor que conducía a su habitación y al alcanzarla se detuvo haciendo que ella también lo hiciera frente a la puerta.

-Bien, has llegado sana y salva y yo, como un caballero de brillante armadura,

te dejo entrar para que puedas descansar y soñar con tu caballero.

Silvie pasó por delante de él mirándolo de soslayo orgullosa quitándole la palmatoria al tiempo.

-No pienso soñar con vos. No seáis abusivo.

Marcus se rio viéndola pasar por delante de él antes de cerrar la puerta dejándolo allí a oscuras.

-Menuda esposa amorosa me he buscado. -Dijo divertido girando para recorrer el corredor en sentido contrario pues sus habitaciones estaban la otra ala de la casa.

Amaneció temprano pues quería ir a los establos de Lucas a elegir un par de buenos caballos para él y su terca acompañante. Tras indicar al jefe de cuadras su elección regresó a la casa entrando en el comedor encontrándose a Lucas con el bebé en brazos.

-Presumo tu esposa te ha mandado dar el desayuno a tu vástago. -Señaló burlón tomando asiento.

-De hecho, este vástago ya ha tomado su desayuno pues como buen tragón que es lo reclama antes del alba. Son los otros dos a los que está preparando para bajar a desayunar. ¿Y tú por qué estás despierto tan temprano?

Marcus alzó una ceja impertinente esbozando una sonrisa.

-Voy a llevar a cierta dama a cabalgar por tu propiedad para lo que he escogido dos de tus mejores monturas.

Lucas se rio:

-Mientras no hayas tomado mi caballo o el de mi esposa, libre eres de escoger el que gustes.

Marcus se rio porque de sobra sabía que Camile solo montaba la excelente yegua que su padre le hubo regalado al desposarse y que era, con diferencia, el mejor ejemplar de toda la yeguada.

-Quizás sí te robase tu montura, más nunca cometería tal osadía con tu esposa. A ella la respeto. -Añadió con sorna.

Samuel apareció con cara de sueño perfectamente vestido y peinado acercándose a su padre aupándose lo bastante para ver el rostro de su hermanito antes de sentarse en la silla a la derecha de su padre.

-Buenos días, Sam. -Dijo Lucas sonriendo divertido por el gesto de su hijo.

-Hola. -Bostezó antes de alzar los ojos hacia Devon que ya le servía un vaso de leche con miel-. Mamá dice que hoy puedo comer panecillos, pero no salchichas. Dice que estoy malo de la tripa.

Lucas se rio entre dientes porque Sam se había empachado de dulces y Camile tuvo que darle una tisana a media noche.

-Papi, mamá dice que podemos ir al pueblo con Luisa y William y enseñarles la cafetería e ir a casa del abuelito para que vean sus cuadras. -Sonrió travieso girando el rostro hacia Marcus-. También puede venir Silvie. Si quieres la invito yo. Le gusto mucho.

Lucas se carcajeó incluso haciendo que el pobre Marcus se despertase para enseguida arrullarlo mientras Marcus miraba a Sam y Lucas indistintamente comprendiendo que padre e hijo eran igualitos.

-Sam, como te vea galanteando a mi dama te daré un cachete en ese trasero inquieto.

-No te atrevas a amenazar a mi niño con un cachete. -La voz de Camile que entraba en el comedor con Viola a su lado, haciendo a Marcus ponerse en pie con cortesía volvió a hacer reír a Lucas.

-Este baroncito no sabe con quién se las gasta. Esposa, repréndele como corresponde.

Sam se rio travieso mirando a Marcus que de nuevo rodaba los ojos mientras Camile tomaba asiento al lado de Sam.

-Tu hijo gusta galantear a damas ajenas. -Dijo fingidamente serio mirando a Sam que se rio de nuevo divertido-. No te rías, enano embaucador.

Camile sonrió mirando a Samuel.

-Es que su sonrisa es irresistible. -Miró a Marcus sonriendo-. Pero en tu mano está conseguir que la dama en cuestión prefiera a un caballero en vez de a

otro. Pon en práctica ese considerado infalible encanto tuyo y ya veremos si mi pequeñín tiene o no mejores armas de seducción que tú.

Lucas se rio entre dientes porque sabía a Camile aguijoneando a Marcus divirtiéndose de lo lindo como él mismo.

-Sí, baroncito, pon a funcionar tu infalible encanto.

-A tu favor -intervino de nuevo Camile- he de reconocer que eres el caballero más apuesto que he conocido por lo que con un poco de suerte no tienes más que sonreír a la dama a la menor ocasión para lograr de ella cierta reacción favorable.

-Cariño, ¿qué te he dicho de inflar el ego de caballeros menos dotados que yo?

-Señalaba Lucas sonriendo burlón mientras Marcus sonreía negando con la cabeza.

Silvie se despertó con una sensación agradable en el cuerpo de tranquilidad. Abrió los brazos y miró el dosel de la cama con el blasón del marqués grabado en él. Debería haberse sentido inquieta o quizás haber estado meditando largamente durante la noche lo ocurrido en las cocinas, pero en vez de eso, en cuanto regresó al dormitorio durmió plácidamente. Giró el rostro y dando un grito saltó hacia atrás.

- ¡Luisa! Qué susto me has dado.

Su hermana la miraba sonriendo mientras daba un mordisco a un bollo que olía a canela. Aún llevaba el camisón y tenía el cabello desordenado.

- ¿De dónde has sacado eso?

Luisa se encogió de hombros y señaló la mesita de noche donde había una bandeja con un juego de té completo, aunque olía a cacao caliente, y un plato con varios bollos.

-En mi cuarto también había una.

Silvie sonrió sentándose y alargando el brazo para tomar la jarra de plata y una taza vertiendo cacao.

- ¿Y has venido a asaltar la mía porque te has quedado con hambre?

Negó con la cabeza y con la boca llena respondió:

-Como no despertabas me aburría.

Silvie rodó los ojos:

- ¿Qué haces en mi habitación?

- ¿Podemos curiosear por la mansión? Es enorme y seguro que encontramos pasadizos secretos con historias sangrientas de los antiguos moradores de estos contornos. -Señalaba con un brillo de emoción en los ojos que hizo sonreír a su hermana mayor.

-Buenos días.

La voz de Will les hizo a las dos girar la cabeza hacia la puerta viéndole entrar con paso decidido aún con ropa de cama y el batín y llevando entre las manos a Bigotes.

-Will, no estamos en casa. No puedes entrar en mi dormitorio como haces normalmente sin siquiera llamar a la puerta. -Le reprendió sin mucho convencimiento.

Él se encogió de hombros caminando hacia ella sentándose en el borde de la cama de un salto para de inmediato dejar a Bigotes en el centro y alargar el brazo y tomar un bollito de la bandeja de la mesilla.

-Veo que no soy el único al que dejan cacao y bollos. Y yo que me creía especial. -Suspiró teatralmente. Alargó la mano y tomó la taza de Silvie de su mano antes de beber un poco del dulce caliente.

Silvie rodó los ojos con resignación:

-Solo habéis venido a robarme mi bandeja.

William se rio devolviéndole la taza:

-Bueno, no. Al menos yo no. Yo he venido a preguntarte si puedo coger tu navaja. Me he dejado la mía en casa y no puedo moverme por el campo sin navaja. Un caballero sin navaja no es un caballero.

Silvie esta vez sí se rio.

-Desde luego que no, qué locura sería esa... -Respondía con sarcasmo-. Acércame esa caja. -Señaló una caja que había dejado sobre la cómoda que

rápido le llevó Will-. Toma. -Dijo sacando una de las armas pequeñas que llevaba de viaje. Una navaja de bolsillo pequeña y fácil de guardar.

Will la tomó sonriendo antes de mirar con sorna a Luisa.

- ¿Y cuál es el motivo de tu visita, mi querida hermana?

Silvie se rio entre dientes cuando Luisa dio un empujón a Will que le hizo resbalar cayendo de culo al suelo.

-Eso te pasa por burlarte de tu querida hermana. -Decía sin dejar de reírse mientras Luisa asentía con un golpe de cabeza terco acariciando a Bigotes.

Will gruñó incorporándose y pasándose la mano por el trasero dolorido.

-Mucho habrá de corregir tu institutriz de tu agresivo carácter. -Señalaba antes de estirar los brazos tomando al gatito-. Aleja tus vengativas manos de mi inocente mascota.

Silvie se rio:

-Tus manos son peor influencia que las de Luisa.

-Y aun así no ha respondido por qué está aquí. -Las azuzó.

-Quiero curiosear por la casa. Seguro que encuentro pasadizos secretos y mazmorras.

Silvie se carcajeó:

-No exageres, Luisa. ¿Mazmorras?

-Todos los nobles tenían mazmorras. Seguro que el marqués también. Las habrá conservado de sus antepasados.

-Umm, pues a lo mejor no se equivoca. -Señalaba Will aupándose de nuevo en la cama-. Seguro que hay calabozos con grilletes, cadenas y rejas oxidadas.

-Estupendo. Habéis de encontrarlas pues así tendré un lugar donde encerraros el resto de la visita. -Se reía saltando de la cama-. Y ahora, largaos de mi habitación, enanos, que he de asearme.

Caminaba unos minutos después en dirección al comedor, según la dirección que le hubo indicado uno de los lacayos cuando apareció a su lado Will, ya vestido y con Bigotes de nuevo entre sus manos.

-He preguntado a uno de los lacayos. Me ha dicho que hay bodegas y que seguramente en algún lugar de ellas estén las mazmorras.

Silvie se rio porque presumía que el lacayo quiso darle emoción a la visita de un exacerbado niño.

-Bien, pues entonces habréis de preguntar a lord Galvert si podéis moveros libremente por la propiedad. Aunque yo me ahorraría el detalle de informarles que vais a buscar mazmorras. Quizás no le agrade que se conozcan los oscuros secretos del pasado familiar.

Will asintió:

-Es cierto. Mejor no decirle qué buscamos.

La respuesta y su tono de voz de maquinación le hizo reír quitándole el gatito.

-Como ya he advertido, tus manos y compañía es tan o más peligrosa que la de Luisa.

Entraron en el comedor y Marcus y Lucas se pusieron en pie por cortesía y Samuel enseguida les imitó, pero corrió a por Silvie a la que tomó de la mano libre pues en la otra llevaba al gato.

-Buenos días. -La saludó con cara de pillo-. Sentaos conmigo. Así Devon os cuidará mucho.

Lucas y Marcus se rieron.

-Devon les cuidará mucho, aunque no se sienten a tu lado. -Se reía Lucas negando con la cabeza, mientras que de soslayo miraba al mayordomo que permanecía en su lugar impertérrito tras el comentario de su hijo.

-Pero si se sienta a mi lado la tratará mejor. Me quiere mucho.

Silvie se dejó guiar sonriendo divertida:

-Pues en ese caso, espero, milord, intercedáis a favor de Bigotes con el señor Devon.

Samuel asintió:

-Le pediremos un plato con leche para él.

Marcus se rio divertido después de llamarlo enano embaucador.

-Señorita Silvie. -La llamó Sam después de unos minutos en que Devon atendió a los recién llegados-. ¿Quiere acompañarnos al pueblo? Después iremos a visitar al abuelito y veremos sus caballos de carrera.

Marcus sonrió:

-Enano, ¿qué te he dicho?

Samuel le miró sonriendo y después a Silvie:

-Dice que no he de galantear a las damas.

-Pues a mí me agrada que me galanteéis, milord. Sois un caballero muy apuesto y a las damas nos agrada ser galanteadas por un apuesto caballero.

Samuel asintió orgulloso.

-Mami dice que soy irresistible.

Camile se rio divertida:

-Salvo cuando enredas.

-La señorita y yo nos uniremos a vosotros en la visita al conde, más, antes, tiene una cita previa conmigo ya que voy a enseñarle algunos de los mejores páramos de Glavert Manor.

-Ahh, bueno. -Miró a Silvie sonriendo-. Le diré al abuelito que vais a ser mi invitada.

Marcus de nuevo se rio entre dientes mirando a Lucas.

-Es un impenitente seductor. -Señaló mirando a su amigo que sonreía divertido.

-No sabía que había concertado una cita con vos, milord. -Miró a Marcus con fijeza.

Marcus sonrió canalla:

-Lo hicisteis, señorita Silvie. Si no recuerdo mal fue cuando tomabais un té que quedó frío.

Silvie se contuvo para no replicar pues sabía que le aguijoneaba y que lejos de poder negarlo tenía que limitarse a asentir.

Al terminar el desayuno, se apresuró a subir a ponerse el traje de amazona sabiendo que el barón le esperaba en los establos como le hizo notar antes de levantarse de la mesa asegurándose así que no intentaba zafarse.

Allí estaba. Junto a un par de mozos y una pareja de zainos ya ensillados. Sonreía canalla sabiendo que ella no iba a negarse por su encerrona. Se acercó mientras se ajustaba los guantes.

-Me habéis puesto en un compromiso en el desayuno.

-En realidad, solo te he recordado la cita que habíamos concertado. - Contestaba acercándose más a ella posando sus manos en la cintura-. Estás preciosa. -Señaló bajando la voz antes de besarla en la frente bajo el ala de su sombrero mientras por su mente un solo pensamiento flotaba y no era sino que vestida de amazona estaba deliciosa.

Silvie alzó el rostro y lo miró frunciendo el ceño:

-Ya os tomáis libertades en público.

Marcus se rio:

-En realidad, estamos solos. -La aupó a la silla tomando las riendas para cedérselas mientras ella miraba en derredor dándose cuenta de que los mozos se habían marchado.

-Siempre os salís con la vuestra. -Le reprendió arrancándole una nueva carcajada.

-No siempre.

Se aupó a un caballo mientras ella miraba tras su caballo.

-No es decoroso que no nos acompañe un mozo.

-Hemos atravesado Francia sin compañía.

-Pero eso era cuando iba disfrazada de muchacho.

-Sabendo yo que bajo aquellos pantalones y esa gorra se escondía algo más que un muchachito temerario. -La miró con una media sonrisa pícaro-. Además, dudo que una fierecilla como tú atienda tan recatada norma privándose de una aventura.

-Una aventura... Mucho prometéis de un paseo por la campiña inglesa. -
Respondía con sorna.

Marcus giró su caballo mirándola por encima del hombro.

-Te sé capaz de seguir mi ritmo de modo que vamos.

Silvie bufó mientras le veía azuzar el caballo.

-La pregunta correcta sería si vos seréis capaz de seguirme a mí. -Señalaba alzando la voz hincando los talones en el caballo mientras Marcus, que la había oído se reía divertido.

Atravesaron las colinas del norte de la propiedad en una buena cabalgada en la que por momentos parecían incluso competir para placer de Marcus que se sentía vivo con ella, tan audaz y desafiante, cerca de él.

Se detuvieron junto a uno de los grandes robles que coronaba una de las lomas que marcaba el comienzo de los campos de cultivo y tras descender del caballo la tomó de la cintura bajándola también sin darle oportunidad a queja alguna, dejando a los caballos pastar relajados mientras él la llevaba hasta la base del roble donde se sentaron. La dejó observar unos minutos la vista en silencio.

-Supongo que conocéis bien esta zona.

Marcus asintió y señaló un punto lejano del vallado.

-Aquel lugar fue donde Lucas, Thomas y yo nos caímos en el hueco que estaban haciendo para un pozo. Nos pasamos toda la noche allí. Por fortuna era verano o habríamos muerto congelados. El castigo al que nos sometieron por nuestra inconsciencia aún perdura en mis recuerdos. -Sonrió negando con la cabeza-. Nos pasamos el resto del verano recogiendo las ortigas de los campos que se iban desbrozando antes de la siembra y tanto las manos como nuestras piernas nos picaron durante semanas.

Silvie sonrió:

-Esa historia demuestra que de niño fuisteis terrible.

Marcus se rio:

-No puedo negar que hicimos muchas locuras y más de una trastada que,

recordándola ahora, con el tiempo transcurrido, no he de negar era realmente temible, más, no dudo tú no te quedases atrás. Estoy seguro de que, de niña, eras más temeraria y pendenciera que ahora. Casi tanto como tus inquietos hermanos.

Silvie sonrió:

-No creo haber sido peor que ellos, claro que tampoco mejor.

Marcus se acercó más a ella atrayéndola para que se acomodase en su costado y reposar su cabeza en su hombro mientras él dejaba caer la espalda en el tronco del árbol.

-Tendremos unos pequeños muy traviosos, me temo.

Silvie suspiró:

-Estáis muy seguro de que eso pasará.

-Lo estoy. -Sonrió canalla ladeando la cabeza para poder mirarla a los ojos-. Y tú también, aunque te muestres muy terca. Soy el esposo adecuado para ti porque no deseo cambiarte, no te exigiré que te adaptes a la vida que crees ha de llevar la esposa de un par del reino, más, por el contrario, deseo que todo mi mundo se adapte a mi baronesa terca, rebelde y con tendencia a las inclinaciones más revolucionarias y libertarias del nuevo mundo.

Silvie se rio alzando los ojos hacia él:

-Revolucionarias y libertarias... quizás decida recorrer Hyde Park a caballo vestida de muchacho blandiendo una espada al grito de invasión.

Marcus se rio:

-Supongo que, en tal caso, yo, como el mejor de los esposos, iré corriendo ante su majestad suplicando el perdón para mi invasora antes de que la lleven a la Torre de Londres por intentar derrocar a la corona.

Silvie se rio negando con la cabeza volviendo a apoyar su mejilla en su hombro.

-Bueno, quizás consiga el derrocamiento de la Corona y sea a mí a quién hayáis de pedir el perdón para todos los ingleses colonialistas.

Marcus se rio antes de posar los labios en su frente.

-En tal caso, acudiría a mi reina valiéndome de mi condición de esposo y pediría una audiencia privada donde le demostraría a esa reina que su devoto esposo podría poner en práctica métodos no muy honrosos y menos aún decorosos para lograr que de sus labios saliese el perdón para el resto de los ingleses, así como más de un satisfecho sonido de redención hacia un esposo y súbdito entregado, apasionado y dedicado al placer de su esposa.

Silvie bufó alzando de nuevo los ojos a él:

- ¿Me seduciríais para lograr vuestros propósitos?

Marcus sonrió canalla.

-Sin dudarlo. -Le tomó el rostro entre las manos acercándose para tomar sus labios en un beso lento, cadencioso y lleno de sensual entrega-. Arrancaré de estos labios más de una satisfecha sonrisa y con ella más de una promesa y reconocimiento del magnífico esposo que tienes.

Silvie se rio apartando ligeramente el rostro para poder mirarlo mejor.

-Sois un arrogante.

-Lo soy, más no mentiroso. -Le acarició la mejilla con el pulgar en un lento movimiento sin dejar de mirar su bonito rostro y esos ojos castaños tercos, profundos, sinceros-. Vamos, mi terca dama, acepta casarte conmigo para tener bonitos retoños que urdirán terribles planes para volver loco a su padre bajo el auspicio de su temible madre.

Silvie sentía cada una de sus caricias llenas de suavidad, de un calor que parecía calentarle la piel de todo el cuerpo y un sincero impulso de aceptar, más, también, un miedo real a entregarse a un hombre del que apenas sabía más que conseguía alterarla con la misma facilidad que enfadarla, que con solo proponérselo lograba atolondrarla con un beso.

- ¿Y si después de la boda no quiero ser la esposa de un noble?

Marcus sonrió acercando de nuevo su rostro al de ella.

-Cielo, después de la boda no estarás desposada con un noble sino conmigo. El título solo es algo que va unido a mí.

Silvie bufó:

-Eso es una patraña.

Marcus se carcajeó:

-Empiezo a comprender que el inglés que más ha conseguido influenciar a mi dama es un orondo sargento con tendencia a la expresividad más grandilocuente.

Silvie sonrió:

-Es posible.

-Dilo de una vez.

-No. No estoy segura. -Contestaba con tozudez.

-En tal caso, tendré que poner en prácticas todas mis técnicas de seducción. - La miró con picardía y una sonrisa ladina.

-No creo que estando avisada de que empleareis esas supuestas armas, consigáis vuestros propósitos.

Marcus se carcajeó por su mirada desafiante y su gesto terco.

-No me pongas retos pues entonces no temeré hacer locuras para lograr mis propósitos. Especialmente cuando ese propósito tiene como centro una impertinente americana a la que deseo tener a mi merced por el resto de mis días.

-Si me desposo, mi esposo no me tendrá a su merced, sino que él estará a la mía.

Marcus se reía divertido por su forma de enfrentarla.

-Y, quizás, yo no tenga inconveniente alguno en reconocerme encantado de estar a su merced, mi baronesa.

Silvie se rio:

-Ahora sí que he de calificaros de mentiroso. ¿Así que estaríais dispuesto a estar bajo mi merced? Eso no lograréis que lo crea.

Marcus sonrió ladino.

-Eres una mujer muy incrédula.

Se cernió sobre ella instándola a tumbarse sobre el cómodo lecho de hierba que, mullida, había crecido bajo el roble. Le tomó el rostro entre las manos al tiempo que evitando dejar caer todo su peso sobre ella, se acomodaba de tal modo que sus cuerpos encajaban a la perfección.

-Me gusta cuando me miras con gesto terco, desafiante y osado incluso cuando, como ahora, estás ligeramente aturdida y, al mismo tiempo, a la defensiva. Me gusta saberte incapaz de rendirte sin luchar y no dispuesta a dejarme salirme con la mía sin más. Pero también sé que, cuando me entregues por fin tu corazón, lo harás de modo pleno, sincero y generoso. Sé que me defenderás con fiereza, me protegerás y cuidarás como haces con esos dos peligrosos americanos que tienes por hermanos. Y, a cambio, dejarás que te defienda, proteja y cuide con mucha entrega y dedicación.

Silvie notaba sus calentar la piel de su rostro y su cuello mientras movía lentamente sus dedos en suaves caricias y su proximidad y realmente lograba atolondrarla con su calor, su voz, esa forma que tenía de mirarla con sus ojos azul tan intensos. Sonrió al recordar que había mencionado que no lo dejaría salirse con la suya.

-Si acepto vuestra propuesta estaré dejándoos salir con la vuestra.

Marcus sonrió canalla.

-En realidad, estarás permitiéndonos a ambos pasarnos la vida enredándonos el uno al otro.

Bajó su rostro y la besó en la mejilla deslizando sus labios por su rostro lentamente moviendo sus manos para enredar sus dedos en su cabello soltando con destreza esas oscuras hebras de sedosos rizos, desprendiéndolo de las horquillas dejando caer a un lado su sombrero.

-Nos vamos a divertir mucho. Tú poniendo freno a mis locuras y yo a las tuyas y, de vez en cuando, llevaremos a cabo alguna de esas locuras juntos pues, en el fondo, nos encantará sabernos capaces de llevar a cabo ciertas ideas descabelladas pues ambos somos alocados y temerarios y eso nos encantará hasta el día de nuestra muerte.

Silvie se rio porque hablaba como un crío travieso al que le gusta enredar a

propios y extraños sin ningún reparo ni pudor. Alzó su mano y acarició su cabello por detrás de las orejas, en ese punto en que parecía despeinársele en cuanto se quitó el sombrero.

-Empiezo a comprender que sí que necesitáis una madre. Una que os reprenda, os mantenga a raya y se asegure que las travesuras que se os ocurran no acaben en tragedia.

-En realidad, -Sonrió canalla sin separarse de ella-, lo que necesito es una esposa tan traviesa como yo, aunque con los suficientes arrestos como para ponerme en mi sitio cuando sea menester.

La besó en la comisura de los labios tentándola poco a poco, logrando que ciertas partes de su anatomía se encendiesen como un volcán en plena erupción con solo inhalar su aroma, con solo sentir la tibieza y suavidad de su piel.

-Dilo. -Murmuró ronco deslizando sus labios por su rostro de modo sensual y provocativo-. Di que serás mi baronesa.

Silvie se sentía como si estuviese bebida, ebria de una sensación que parecía convertir en nebulosa todo lo que les rodeaba, siendo solo consciente de ese calor que la empezaba a invadir desde el interior y el cosquilleo de su piel. Su cabeza daba vueltas y apenas si era capaz de controlar sus reacciones incluidos los movimientos de sus brazos que de modo autónomo decidieron rodearlo por el cuello y aferrarse a él.

-Dilo. -Repitió posando los labios en su oreja antes de tomar su lóbulo entre los dientes y comenzar a lamer de modo lascivo ese pequeño botón de su cuerpo que sin duda lograba efectos inmediatos en ella pues todo su cuerpo reaccionó, se sintió cargado de una inevitable sensualidad que evitaba cualquier pensamiento racional-. Dilo. -Insistió con voz ronca, cargada.

Silvie gimió haciendo un esfuerzo ímprobo para lograr posar sus manos en sus hombros empujándolo para poder mirarlo e intentar así tener algún pensamiento coherente.

-No quiero ser una aristócrata a la que solo se le permite lucir hermosa, comportarse con contención, no expresar sus opiniones, tener hijos que otros criarán ni...

Marcus la detuvo posando sus dedos en sus labios.

-No serás una aristócrata que haga nada de eso. Te lo he dicho, serás mi esposa y como tal podrás hacer lo que gustes siempre que me prometas que cuando vayas a enredar en alguna investigación me avisarás para poder ayudarte y saberte a salvo. Y puedes estar segura, mis tercios medio americanos no serán criados por nadie que no sea su pendenciera madre y su paciente padre. No quiero tener una familia solo para tener herederos o dar lustre y continuidad a mi título. Llevo muchos años queriendo una familia, una familia de verdad, como la que tiene Lucas, la que han formado Thomas y Gabriel, como la que tendré con mi terca americana...

Silvie sonrió divertida:

- ¿Medio americanos? En realidad, mis hijos serán americanos, aunque con antepasados ingleses. La sangre inglesa se verá superada por la americana.

Marcus se carcajeó.

-Acepto esa condición. -Dijo cuando recuperó el aliento mirándola intensamente-. Mi heredero y sus peligrosos hermanos serán unos americanos salvajes disfrazados de ingleses corteses.

Silvie sonrió divertida por la ocurrencia.

-Entonces deberéis aceptar tener una baronesa salvaje disfrazada de cortés.

-Lo acepto de buena gana. -Contestó tajante-. Vamos mi salvaje dama, dilo de una vez.

Silvie suspiró consciente de que no solo le estaba concediendo más de lo que ningún hombre jamás le concedería sino también de que él solo él conseguía adueñarse de sus emociones y sensaciones como no creyó posible. Sabía que de algún modo se sentía unida a él.

-Si acepto, habréis de ser consciente de que seguiré ayudando a mi padre y no solo en lo relativo a la casa y mis hermanos sino en sus investigaciones.

Marcus sonrió:

-Ya he admitido que dejaré que continúes con “tus investigaciones” aunque habrás de mantenerme informado para que pueda ayudarte y protegerte. En

cuanto al asunto de ayudar a tu padre en el cuidado de la casa y tus hermanos, nada tengo que decir al respecto, no había dudado ni por un segundo que lo harías.

Silvie le miró en silencio unos segundos sin desenredar sus dedos de su cabello cuyo tacto le resultaba en extremo agradable ni tampoco pedir que él dejase de acariciar su cuello y rostro como lo venía haciendo desde hacía un rato.

-Está bien, acepto. -Dijo al fin rindiéndose a una evidencia a la que aún no quería ni podía dar nombre pues se sentía unida a él, aunque al mismo tiempo una parte de ella desease rebelarse y reprenderle con terquedad, lo que, de algún modo, le hacía sentir viva y vibrante.

Marcus sonrió observándola al detalle, acariciando su rostro con su mirada de modo lento, pausado, disfrutando de esa visión y esa sensación de triunfo.

-No sonriáis tan arrogante, es posible que acabéis lamentando este momento. -
Añadió con gesto terco.

Marcus se carcajeó negando con la cabeza:

-Eso no ocurrirá jamás. Adoraré cada segundo que estemos casados, estoy seguro de ello.

La besó con dulzura en la mejilla y después en el cuello inhalando su aroma con placer antes de alzar el rostro. Se separó ligeramente sin dejar de sonreír y después se impulsó para quedar el pie tomando sus manos para levantarla.

-Ven. Tenemos un anuncio que hacer y muchos preparativos que comenzar pues tú estarás unida a mí antes de acabar el mes, de hecho, si tu padre da la venia, nos casaremos en la capilla de Galvert esta misma semana.

Silvie separó la mano que él asía y lo miró seria.

- ¿Esta semana? ¿Por qué tanta prisa? ¿Me estáis ocultando algo?

Marcus se rio:

-Nada en absoluto, fierecilla, es solo que no pienso darte la oportunidad de arrepentirte.

Silvie bufó cruzando los brazos al pecho.

- ¿Tan inconstante me juzgáis que no me creéis capaz de mantener mi decisión ni siquiera un mes?

Marcus se acercó a ella tomando su rostro entre sus manos alzándoselo para poder mirarlo bien.

-Te creo la persona más firme que he conocido. Tan tenaz que incluso te sé capaz de no detenerte hasta lograr tus objetivos por mucho que cuesten, pero no quiero que acabes comprendiendo que soy un hombre en exceso afortunado por logarte a mi lado, demasiado egoísta para no aprovecharme de esa fortuna y no dejarte marchar jamás de mi lado.

Silvie sonrió:

-Sí que sois afortunado. Vais a tener a una americana guiando vuestro destino.

Marcus se rio:

-El mío y el de mis pequeños americanos. Y desde este instante te prohíbo dirigirte a mí con formalidad alguna. Desde ahora mismo empezarás a llamarme Marcus y cuando estés deseando que me muestre fogoso para con mi deliciosa esposa, me llamarás amor.

- ¿Fogoso? -Preguntó enrojeciendo de inusitada timidez.

Marcus sonrió canalla acercando su rostro al de ella.

-Muy fogoso. -Murmuró contra sus labios antes de tomarlos al asalto con hambre inusitada.

Bajó uno de sus brazos para rodearla por completo y pegarla a su cuerpo mientras ella se dejaba hacer acomodándose en su cuerpo, encajándose a la perfección en él. Quiso sonreír porque la sabía entregada por completo como suponía ocurriría si aceptaba, si tomaba una decisión. La sabía decidida, terca y con el valor suficiente para enfrentarse a la decisión y sus consecuencias con aplomo, más también, con la suficiente generosidad para entregarse por entero una vez dijo en alto que aceptaba.

Acarició el interior de su boca con su lengua con deliberada sensualidad, aturdiéndola, tentándola, incitándola. La supo subyugada cuando el peso de su menudo cuerpo reposó por entero en él sabiéndola desorientada. Cerró mejor su brazo para sostenerla. Cuando un ligero gemido sonó en la garganta de

Silvie, él aflojó el beso hasta detenerlo sin dejar de sujetarla con firmeza. Esperó que abriese los ojos y cuando lo hizo sonrió arrogante y satisfecho pues lucían nublados, aturcidos, desorientados. Era evidente que, además de entregada, su terca americana, no era inmune a él ni a su propia pasión.

-Seré extremadamente fogoso. Voy a devorarte con pasión, dedicación y entrega en cuanto te tenga a mi alcance y te aseguro que adorarás ser asaltada por un esposo licencioso.

Silvie parpadeó intentando centrar sus caóticos pensamientos y se rio por el comentario.

-De modo que admites que eres licencioso.

-Lo soy. -Ensanchó su sonrisa-. Y tú lo serás en breve. Pero primero, voy a asegurarme de tener la venia de ese lord americano para poder desposarme contigo a la mayor brevedad. Regresarás a Londres como baronesa y yo como un feliz esposo que lucirá una sonrisa bobalicona como la de mis amigos por saberme unido a la más terca e intrépida fierecilla.

- ¿Quieres convertirme en una licenciosa?

-Sí, más, tu licencioso comportamiento quedará limitado a los muchos juegos que tu esposo te enseñará y solo con él jugarás.

-De modo que me convertirás en una licenciosa para tu provecho... interesante argumento para el matrimonio.

Marcus se carcajeó antes de besarla en la frente demorando un instante de más sus labios en ella.

-Ya he reconocido que soy egoísta. Más, no temas, mi muchachito impertinente, tú disfrutarás tanto como yo de mi licencioso carácter y de tu nueva faceta.

La impulsó a su montura acomodando su bota en el estribo cediéndole las riendas antes de subirse a su propio caballo girándolo para tomar la loma para descender.

-Galvert Manor está en la otra dirección. -Dijo cuando vio la dirección que iba a tomar.

-Pero vamos a casa de lord Arthur ya que allí es donde nos esperará ese enano con gusto por coquetear con mi dama.

Silvie se rio:

-No coquetea conmigo.

-Sí que lo hace y si no fuera tan pequeño le retaría a un duelo por canalla.

CAPÍTULO VI

No tardaron demasiado en llegar a su destino deteniendo sus monturas frente a la mansión del conde donde dos lacayos se ocuparon de tomar sus monturas mientras él tomaba la mano de Silvie posándola en su manga antes de subir las escaleras principales arriba de las cuales el mayordomo les informó que la familia y sus invitados se encontraban en los jardines donde los condujo.

Silvie miraba de soslayo a Marcus mientras caminaban pues sonreía arrogante y no solo posaba su mano en su manga, sino que se la sujetaba con la otra.

- ¿Por qué sonríes como un tonto?

Marcus se rio girando el rostro para mirarla sin detenerse:

- ¿Como un tonto? -Silvie asintió- Bien, pues quizás sí lo haga. Haz de reconocerme motivos para sonreír. Mi dama ha aceptado ser mi esposa.

Silvie bufó:

-Y yo he aceptado ser la esposa de un aristócrata arrogante y no voy sonriendo como una boba.

Marcus de nuevo se rio esta vez deteniéndose e inclinando el rostro para besarla en la sien.

-No te tomes licencias.

Marcus se reía retomando de nuevo el camino detrás del mayordomo que discretamente se hubo detenido.

-Yo sí que voy a enseñarte lo que son las licencias cuando estemos a solas.

Silvie se ruborizó como una amapola, pero a pesar de ello lo miró con reproche arrancándole una carcajada.

Llegaron al cenador situado frente al lago donde se encontraban lord Arthur Albanier, conde de Cromerton, padre de Camile, así como lord Albert y lady Marion, el hermano de Camile y su esposa, junto a todos los demás, a excepción de los niños que se hallaban en el lago nadando y los bebés en sus capazos cerca de sus madres. Tras presentar a Silvie al padre y hermano de Camile, tomaron asiento dejando que las conversaciones fluyesen relajados si bien los amigos de Marcus le lanzaban miradas y sonrisas burlonas mientras tanto. Al cabo de un rato William, Luisa, Viola y Sam regresaron aún con los cabellos mojados envueltos en gruesos batines.

Luisa se sentó junto a Silvie sonriendo y tomando la taza de té que le cedía su hermana.

-Lord Crometon nos ha dado permiso para montar esta tarde en su pista. Tiene una pista de carreras en los campos del sur y haremos una carrera.

Silvie sonrió:

- ¿Has arreglado tus faldas?

-Sí.

Lord Jillers suspiró rodando los ojos, pero un carraspeo le hizo mirar a Marcus que sentado al otro lado de Silvie tomó su mano dentro de la suya y sonrió canalla a Silvie.

-Milord, creo que es mi deber informaros que vuestra hija ha aceptado ser mi esposa.

Luisa dejó caer su mandíbula mirando de golpe a Silvie.

- ¿Te vas a casar con un inglés?

Se escucharon varias carcajadas a su alrededor y Silvie suspiró:

-Es que en esta isla solo hay ingleses. Hay poco donde elegir.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Me siento halagado, mi dulce prometida. -Añadía con retintín antes de mirar a

lord Jillers sonriendo-. Y si dais vuestra venia y aprovechando que se encuentran mis más cercanos amigos aquí, me gustaría celebrar la boda en la capilla de Galvert Manor.

Lucas se carcajeó negando con la cabeza:

-Y el señor de Galvert Manor te concede la venia para tal acontecimiento, mentecato.

Lord Jillers miró a Silvie alzando las cejas:

- ¿Has aceptado?

Silvie se encogió de hombros:

-Ha prometido no ponerse pesado.

Lucas, Thomas y Gabriel se retorcían entre carcajadas mientras que Marcus sonriendo pasó un brazo por la cintura besándola en la sien.

-Tan tiernos halagos hacen que me sienta el más afortunado de los caballeros.

Sam se puso de pie delante de Silvie sonriendo:

-Si os casáis con él seréis mi tía.

Marcus se carcajeó:

-Sam, no intentes engatusar a mi dama.

-No la engatuso. -Respondió sonriendo, dándole un suave empujoncito en la pierna obligándolo a separarse ligeramente de Silvie para sentarse entre ellos-. Os enseñaré las cuerdas del abuelito. -Decía mirando a Silvie que se reía viendo como el pequeño se imponía a Marcus sin ningún reparo.

Marcus rodó los ojos suspirando antes de mirar a Lucas:

- ¿Podrías decir a tu heredero que deje de coquetear con mi dama?

-Podría, pero no tiene caso, al fin y al cabo, demuestra tener más talento que tú en ciertas artes. -Respondía burlón.

Marcus gruñó y tomando a Sam de la cintura lo levantó y lo sentó a su otro lado para de inmediato acercarse más a Silvie que se reía divertida.

-No te rías ¿no comprendes que das alas a este conquistador de tres al cuarto?

Silvie guiñó un ojo a Sam que riéndose saltó del asiento y se colocó frente a ella.

-Después damos un paseo juntos y os presentaré al entrenador de los caballos de carreras del abuelito. -Dijo con una sonrisa antes de girar y correr hasta Camile sentándose con ella mientras Marcus se reía negando con la cabeza llamándolo seductor de medio pelo.

-Supongo que, entonces, solo queda que dé mi consentimiento a la boda. -Dijo lord Jillers mirando a Silvie que se encogió de hombros.

-Supongo.

Marcus se rio por la respuesta de Silvie.

-Tu entusiasmo ante nuestras inminentes nupcias me sobrecoge, cielo.

Silvie sonrió con inocencia:

-Es que estoy adquiriendo la tan alabada circunspección y flema inglesa.

Lucas, Thomas y Gabriel de nuevo se carcajearon, incluso lord Jillers se rio por el chascarrillo de su hija.

-Espero que no, cielo. Después de todo hemos de intentar dotar de raciocinio a los ingleses, no volvernos seres carentes de él por su cercanía.

-O tranquilo, papá, solo fingiré adaptarme a sus costumbres. Es un mero camuflaje.

Marcus se rio enredando sus dedos con los de ella llevándose su mano a los labios besándosela sin apartar los ojos de ella.

-Y los ingleses fingiremos no darnos cuenta de los enredos de los peligrosos americanos.

Un rato después, paseaban por el bosquecillo que rodeaba la mansión del conde antes del almuerzo. Marcus observaba a Silvie que caminaba varios metros por delante de él riéndose con su hermano William, con Holly y con Camile que parecía ir contándoles alguna historia del pasado de esas tierras.

-Creí que iba a resistirse más a tus supuestos encantos.

La voz de Thomas le hizo girar la cabeza a su derecha encontrándose, como

él, mirando al grupo de delante. Sonrió divertido.

-Ha aceptado desposarse conmigo y sé que he logrado ganármela, pero aún he de conquistarla.

Thomas se rio entre dientes.

-Sí, no parece fácil de embelesar y menos por un baroncito como tú.

Sam se coló entre las piernas de ambos y se colocó entre ellos tomando la mano de Marcus.

-Papi dice que te enseñe cómo gustar a los americanos.

Escucharon una carcajada tras ellos y al volver la cabeza vieron a Lucas riéndose, caminando junto a Gabriel y Brianna.

-Sam, tu padre es un mentecato, no deberías atender sus consejos.

Lucas que no paraba de reírse los alcanzó y tomó a Samuel en brazos subiéndoselo enseguida a los hombros.

-Vamos, Sam, vayamos a embelesar a esa encantadora americana.

-Ni se os ocurra o acabaréis lanzados de cabeza al lago. -Les decía Marcus sin mucha fuerza porque Samuel iba riéndose subido a los hombros de su padre-. Es igualito a Lucas de pequeño. -Masculló negando con la cabeza

Gabriel se rio:

-Sí, tiene el mismo encanto. Ese encanto que nos metió en muchos líos a todos nosotros.

Thomas se rio asintiendo.

-Y también nos sacó de muchos de ellos cuando sonreía a las damas. Claro que cierto baroncito era el que más rédito sacaba a sus ojos fingidamente inocentes y su sonrisa de truhan, ¿no es cierto? -Miró con sorna a Marcus que rodó los ojos antes de mirar a su esposa-. Este baroncito conseguía que todas las damas no solo pasasen por alto nuestras travesuras, sino que nos premiasen con dulces y carantoñas. Claro que, con la edad, ha cambiado los dulces y las carantoñas por otro tipo de prebendas.

Brianna se rio mirando a Marcus que suspiró pesadamente:

-Si seguís burlándoos de mí os quedáis sin padrino para vuestros hijos.

Brianna se rio:

-Ya es tarde para eso. Ya no puedes echarte atrás.

Gabriel se rio por la firmeza de su esposa mientras que Marcus gruñó:

-Realmente os merecéis el uno al otro. -Caminó con paso firme para alcanzar a Silvie a la que tomó de la mano posándola en su manga-. No te dejes enredar por este marqués y su heredero. No son más que ingleses sin talento.

Silvie se rio alzando el rostro hacia Sam que subido sobre Lucas le sobrepasaba por mucho en altura.

-Pues a mí me parece que lord Samuel es un joven muy talentoso.

Marcus se rio:

-Y de nuevo he de hacer hincapié en la sugerencia ya mencionada de que no des alas a ese truhan.

-Abuelito. -Samuel llamó al conde que caminaba a la cabeza del grupo y que rápidamente se volvió para mirarlo-. ¿Puedo llevar a la señorita Silvie a ver tus nuevos potros? -El conde sonrió asintiendo y él rápidamente bajó el rostro hacia Silvie-. Yo os enseñaré los potrillos del abuelo. Mami dice que hay varios futuros campeones.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Enano embaucador... donde vaya mi dama iré yo. No te dejaré a solas con ella que eres peligroso.

Samuel se rio:

-Mami, dice que soy peligroso.

Camile se rio asintiendo.

Media hora después del almuerzo, Marcus se encontraba observando con tranquilo placer cómo Sam la llevaba de la mano por las cuabras del conde, cajón por cajón, mostrándole algunos de los mejores ejemplares. Caminaba detrás de ellos deleitándose de la visión de Silvie, relajada, tranquila y risueña dejándose enredar por el hijo de Lucas. Se detuvieron frente a un

cajón y Silvie, apoyada sobre la puerta, acariciaba el morro de una bonita yegua blanca de apenas dos meses.

-Es preciosa.

Marcus se colocó a su lado y miró la yegua y después a Silvie que observaba a la potrillo sin dejar de acariciarla. Se inclinó y la besó en la sien decidiendo en ese instante que iba a regalarle esa yegua como regalo de bodas convenciendo al conde para que se la vendiese.

-Ven, mi dama, vayamos a elegir montura para el paseo. -La tomó de la mano enredando sus dedos de modo nada formal ni decoroso y la guio lanzando una mirada desafiante a Sam que rápidamente tomó la otra de Silvie sonriendo travieso.

-Yo os ayudo. Conozco todos los caballos del abuelito.

Marcus se carcajeó:

-Eres un canalla.

Samuel sonrió arrogante caminando con paso divertido junto a Silvie que sonrió al pequeño divertida por su desparpajo.

-No le des alas.

Giró el rostro y sonrió a Marcus.

-No puedo evitarlo. Es un caballero encantador.

Se reunieron con los demás tras elegir sendas monturas no tardando en alcanzar las pistas de carreras por el entusiasmo de Silvie y sus hermanos que parecían ansiosos por correr con libertad mientras que Thomas y los demás les observaban desde fuera que no así él que los acompañaba divertido y tan animado por la emoción de los tres.

-Deberíamos hacer una carrera de dos vueltas. El ganador recibirá una prenda de cada perdedor. -Iba diciendo William ajustándose los guantes justo en la línea de salida.

Silvie asintió:

-Es justo. Pero hay que concretar esa prenda. No vale decir “serás mi esclavo

una semana” que os conozco.

William se rio:

-Bien, pues si la pena para el perdedor es un trabajo o acción no podrá durar más de dos días y si es algo de valor no podrá costar más de... -hizo una mueca-... la asignación del perdedor de una semana.

Luisa sonrió asintiendo tajante.

-Bien. -Giró el rostro sonriendo a Thomas que se encontraba apoyado en el vallado-. Lord Fresalm ¿Gustáis hacer de árbitro?

Thomas, sonriendo, saltó la valla con un movimiento ágil y se acercó a los cuatro jinetes y con una mirada burlona preguntó a Marcus:

- ¿También vas a competir?

Marcus rodó los ojos:

-Mejor dejemos a estos intrépidos americanos retarse unos a otros sin correr el riesgo de ser su víctima unánime. -Silvie al escucharlo lo miró riéndose divertida-. No te burles de tu caballero. -Añadía mirándola fingidamente serio y ella se encogió de hombros.

Una hora después regresaban todos juntos a Galvert Manor, Marcus aprovechó que él y Silvie habían ido a caballo como excusa para cabalgar a su lado en libertad disfrutando de saberla relajada a su lado, aceptando que ya podían y debían estar juntos. Al llegar a la propiedad de Lucas dejaron sus monturas en manos de uno de los mozos y él, tomando su mano, la guio por el sendero de los jardines traseros.

-Te has divertido con tus hermanos en la pista.

Silvie sonrió porque no preguntaba.

-Es una idea excelente tener una pista de carreras privada.

Marcus se carcajeó:

- ¿No me estarás pidiendo construir una dentro de mi hogar?

Silvie se rio encogiéndose de hombros burlona.

-Un esposo considerado llenaría de caprichos a su esposa.

-Un esposo loco llenaría de caprichos a su esposa. -Contestó Marcus riéndose-. Además, -la detuvo y la abrazó sorprendiéndola-, de sobra sé que tú no eres una esposa cualquiera y que colmarte de regalos no será bien recibido por una fierecilla rebelde como tú.

-Algún capricho que otro será bien recibido... -Sonrió alzando los brazos de modo osado posando las manos en sus hombros.

Marcus se rio divertido inclinando el rostro para besarla en la frente.

-No te creía una esposa caprichosa.

-Quizás lo sea, quizás, no. Dependerá de si la convivencia con mi esposo requerirá de muchos o pocos presentes para paliar su enervante carácter.

Marcus se rio de nuevo mirándola con picardía.

-De modo que si el carácter de cierto esposo es en exceso enervante deberé colmarte sin parar de presentes, ¿lo he entendido bien?

-No careces de la inteligencia para entender una idea sencilla. Es tranquilizador. -Respondía burlona.

-Esa es una impertinencia. -Replicaba claramente divertido besándola de nuevo en la frente acariciándole la piel unos segundos antes de romper el abrazo para dar un paso atrás tomando de nuevo su mano-. Vamos, mi impertinente muchachito, regresemos con los demás.

Silvie sonrió porque empezaba a gustarle mucho ese modo burlón y al tiempo cariñoso que tenía de llamarlo, muchachito.

Caminaban rodeando los jardines por el sendero que tantas veces había recorrido corriendo o trasteando con sus amigos de niños cuando escuchó una rama partirse a su espalda y algo dentro de él se puso en alerta girando de golpe colocándose entre el bosquecillo y Silvie a modo de protección.

El sonido de un disparo resonó con fuerza y varios pájaros salieron volando con rapidez de los árboles mientras ella giraba justo cuando el cuerpo del barón caía sobre ella acabando ambos sobre la gravilla. Sintió dolor en su espalda y codos al chocar violentamente con la gravilla, pero al ser consciente de que el cuerpo sobre ella no se movía se alarmó tomando el rostro que descansaba inerte en su pecho para elevarlo.

-Milord. Milord... -Al alzarlo y encontrarlo totalmente inconsciente se alarmó-. Mar... Marcus... -Lo llamó sintiendo un desconocido pánico. Se revolvió para poder incorporarse ligeramente haciéndole rodar hacia un lado cayendo boca arriba-. Marcus. -Lo llamó inclinándose sobre él. Palpó su pecho, pero no notaba nada. Lo movió un poco y pasó su mano por su espalda notando enseguida un líquido caliente caer en su mano sabiendo ya antes de sacarla y mirarla qué era ese líquido-. ¡Ayuda! -Gritó sintiendo un miedo irracional mirando a todos lados-. ¡Ayuda! -Repitió tomando su rostro entre sus manos acercando sus labios a los suyos conteniendo un grito de alivio al notar su respiración-. Aguanta, aguanta. -Murmuraba incorporándose para quedar en pie-. ¡Socorro, ayuda, rápido! -Gritó con fuerza viendo a lo lejos aparecer por la terraza a varios lacayos-. ¡Un doctor! Necesitamos un doctor, han disparado al barón. -Gritaba mientras ellos se acercaban a la carrera. Al alcanzarla se dejó caer de rodilla a su lado sin mirar a los lacayos señalando, con la mano ensangrentada hacia el bosque-. Allí, alguien ha disparado desde allí. -Dos lacayos salieron hacia allí mientras ella ordenaba a otros tres a ayudarla a llevar a Marcus hacia la casa.

Al alcanzar la terraza salieron de la casa su padre, lord Lucas y lord Gabriel que, al verlos, se acercaron y les ayudaron a meter a Marcus a la casa mientras Lucas ordenaba a uno de los lacayos ir corriendo a buscar al galeno.

- ¿Qué ha ocurrido?

Silvie negaba con la cabeza caminando junto a Marcus sin soltar su mano, aunque no se daba cuenta de ello.

-No lo sé. Regresábamos por los jardines. Escuché un disparo a nuestra espalda y él cayó sobre mí. Me... me protegió. -Dijo siendo por primera vez consciente de ello.

Lord Jillers la miró con gesto tenso.

- ¿Tú eras el blanco?

-No lo sé, no lo sé. Él se movió colocándose detrás y enseguida sonó el disparo. -Vio a lord Gabriel y lord Lucas intercambiar una mirada mientras subían escaleras arriba llevando a Marcus-. ¿Qué? ¿Por qué se han mirado? - Preguntó tensa sin importarle a quiénes se dirigía.

Lucas la miró de soslayo antes de decir:

-Marcus tiene una intuición destacada en ocasiones. En la guerra nos evitó serios problemas más de una vez gracias a él. Seguramente presintió algo.

-Bueno, eso ahora no me importa, solo quiero que se ponga bien. -Respondía mirando su rostro que seguía con los ojos cerrados.

Lucas sonrió ligeramente porque la herida de Marcus había sido en el hombro y dudaba fuese mortal pero la preocupación de la joven y la alarma de su voz denotaba que “el baroncito” sí que había logrado mucho más que la mano de la joven. Lo llevaron hasta la habitación de Marcus y su valet comenzó a desvestirlo.

-Cielo, baja y espera al galeno. -Dijo lord Jillers mirando a su hija que lejos de moverse permanecía junto a la cama observando a Marcus.

Negó con la cabeza y se sentó en el borde:

-Le esperaré aquí.

-Cielo, no es decoroso que una joven esté en la alcoba de un caballero...

-Es mi prometido y está herido. -Le interrumpió tajante.

Lord Jillers suspiró girando el rostro para mirar a lord Gabriel.

-Quizás no esté de más que registremos los alrededores. Si no encontramos a ese hombre, que seguramente haya huido presto, sí que podamos encontrar alguna pista.

Gabriel asintió saliendo con él chocando casi de golpe con Thomas y algunas de las damas que habían subido en cuanto el mayordomo les informó de lo ocurrido.

- ¿Vais a buscar al tirador? -Preguntaba Thomas caminando con ellos hacia las escaleras sin esperar respuesta.

Camile entró en la estancia.

- ¿Cómo se encuentra? -Preguntaba viendo a Lucas apretar una tela en la espalda de Marcus colocado de costado.

-Quizás haya tenido suerte. La bala ha salido sin tocar nada importante. Está

demasiado alta.

Silvie se inclinó para mirar y de algún modo sintió alivio porque realmente parecía haber dado en un punto alto. Tomó de nuevo su mano inconscientemente y miró a lord Galvert que ataba una tela a su alrededor mientras el valet acomodaba almohadas para poder colocarlo en una posición cómoda.

Se quedó con él mientras Lucas y Camile salían para esperar al galeno y cuando el valet bajó para buscar todo lo que intuía le pediría el galeno, se acercó más a Marcus tumbándose a su lado sin dejar de mirar su rostro.

-Ahora que he aceptado casarme con un aristócrata arrogante y petulante, ¿no pensaréis moriros?

-Creía que habías por fin aceptado llamarme por mi nombre. -Marcus ladeó la cabeza abriendo ligeramente los ojos.

-Estás despierto. -Le acusó frunciendo el ceño.

Marcus sonrió ligeramente, aunque contuvo a duras penas una mueca de dolor.

-Me pondré bien. Y lo haría más rápidamente si me besara una fierecilla americana.

Silvie sonrió:

-Incluso herido intentáis aprovecharos de mí. -Deslizó el rostro por el almohadón acercándolo al de él-. ¿Vais a ser de esos esposos que son debiluchos?

Marcus se rio, pero el dolor que le atravesó le hizo detenerse:

-Debiluchos... -Ensanchó su sonrisa-. Acabo de recibir un disparo creo que estar postrado en una cama bajo estas circunstancias no debiere dar pábulo a tildarme de debilucho.

-Quizás tengáis razón y solo deba tildaros de estúpida diana.

Marcus alzó una ceja sin dejar de sonreír.

-Vamos, fierecilla, bésame. Quizás así se mitigue ligeramente mi dolor.

Silvie frunció el ceño.

-Tramposo. -Murmuraba acercando sus labios a los de él primero rozándose los, pero después dejándose disfrutar de la sensación de calidez y cómodo placer que sentía.

Un carraspeo a lo lejos le hizo separar el rostro y alzar la cabeza para de inmediato incorporarse ligeramente ruborizada al ver que entraban en la estancia los marqueses seguidos de un hombre con un maletín que por sus ropas y porte no costaba saberlo el galeno. Se quedó de pie junto a la cama obviando la sonrisa socarrona que le lanzaba Marcus que parecía divertido por haber sido descubierto en esa situación con ella.

El doctor trabajó con presteza y eficiencia siendo ayudado por el valet de Marcus mientras ella y Lucas permanecían de pie junto a la cama cuando Camile se ausentó para atender a sus hijos ya que Samuel se había acercado alarmado para preguntar por Marcus.

-Por suerte, milord, la bala no ha causado un daño irreparable, más, debéis hacer reposo y sobre todo evitar infecciones. Vuestro valet os atenderá según las indicaciones que voy a darle, sin embargo, es primordial que las sigáis al pie de la letra. Una infección puede ser muy grave, milord.

Marcus asintió, pero rápidamente giró el rostro hacia Silvie que sin moverse de su sitio había estado todo el tiempo observando en un silencio tenso lo ocurrido. Alargó la mano contraria a donde estaba la herida abriéndola sobre la cama.

- ¿Te quedas un poco a mi lado? Podrías leer algún libro aburrido para mí para hacerme dormir.

Silvie rodó los ojos, aunque se sentaba en el borde de la cama tomando su mano.

-O mejor os doy con el atizador en la cabeza para haceros dormir mucho más deprisa.

Lucas se reía girando para rodear la cama.

-Venid, doctor, os acompaño a la salida.

-Fierrecilla, deja el atizador y dame otro beso.

Silvie bufó:

-Ni pensarlo que seguro entra alguien.

Marcus se rio parando de golpe al volver a dolerle.

-Pues si no quieres sobrepasarte conmigo aprovechando que estoy indefenso, puedes tumbarte a mi lado.

-No pienso tumbarme en la cama de un barón endemoniado, -Resopló.

-Cielo, en pocos días no solo te tumarás en la cama de un barón endemoniado, sino que dormirás en ella cada noche abrazada por ese barón.

-Eso es una grosería. -Sonrió negando con la cabeza pues ponía una cara de canalla travieso que era difícil reprenderlo sin sonreír.

Tiró de su mano haciéndola caer a su lado sonriendo como un niño.

-Vamos fierecilla, quédate a mi lado hasta que el láudano haga efecto.

Silvie suspiró sintiéndose incapaz de rechazarlo y menos cuando la miraba de esa manera. Se acomodó de costado a su lado. Tras unos segundos preguntó seria lo que llevaba torturándole desde hacía mucho rato.

- ¿Quién creéis ha disparado?

Marcus gruñó pues sabía que una mente como la de Silvie no lo dejaría pasar.

-No lo sé, pero no quiero que te preocupes por eso.

- ¿Qué no me preocupe? Ni siquiera sabemos si querían mataros a vos, a mí o a ambos.

Marcus frunció el ceño pues ciertamente no había pensado que ella podía haber sido el objetivo y de serlo iba a protegerla a cómo diere lugar.

-No voy a dejar que te hagan daño, Silvie.

Silvie bufó:

-De momento es a ti a quién han hecho daño.

Marcus sonrió:

-Solo me tuteas cuando te enfadas conmigo. Voy a tener que pasarme la vida haciéndote enfadar.

Dos golpecitos en la puerta impidieron que contestase que no así que se levantase rápidamente haciendo a Marcus sonreír.

-Adelante. -Dijo Silvie alzando la voz.

-Es mi alcoba. Soy yo el que debería dar permiso para entrar y dado que estaban interrumpiendo un momento privado con mi prometida no daría paso ni al mismísimo Rey. Los mandaré a todos al cuerno.

-Y yo como señora de esta casa habría hecho oídos sordos a tu negativa. -Fue diciendo Camile caminando con paso vivo hacia la cama-. Iba a preguntar cómo te encuentras, pero si eres capaz de decir semejante impertinencia es que ya estás mejor.

Marcus sonrió:

-Y sigo deseando mandar a cierta marquesa al cuerno por interrumpir.

-O te comportas o te envío a Sam para cuidarte.

Marcus se rio:

-Está bien, mi impenitente dama, me comportaré.

Silvie se rio entre dientes y al mirarla lo sonrió:

- ¿Así que es cierto que teméis a milord?

Marcus sonrió:

-Digamos que en este instante temo su exacerbado entusiasmo y sobre todo su capacidad para engatusar a mi dama estando yo convaleciente.

-Si lo pienso bien, en estos momentos me conviene más el sano y vigoroso lord Samuel antes que un barón achacoso y carente de las fuerzas incluso para tenerse en pie.

Camile se rio:

-No seáis muy dura con él, señorita Silvie, al fin y al cabo, no es más que un pobre barón.

Se escuchó la carcajada de Lucas que entraba en la estancia con paso animado llevando a su bebé en brazos.

-No hay nada mejor que una dama que aprende rápidamente a juzgar convenientemente a los caballeros que la rodean y atiende las lecciones de su esposo al respecto. -Besó a Camile en la sien cuando la tuvo a su lado.

Marcus rodó los ojos antes de mirar a Silvie dándose cuenta por primera vez que tenía sangre en el vestido.

-Cielo, ¿por qué no vas a descansar un poco? Dentro de poco será la cena y preferiría que estuvieses con los demás. Solo ha sido un susto.

Silvie frunció el ceño, pero no queriendo ponerse a discutir con él asintió.

-Está bien, pero después vendré a ver cómo sigues.

Marcus asintió sonriendo y lanzando rápidamente una mirada suplicante a Camile.

-Os acompaño, señorita Silvie. -Se apresuró a decir ella tomando de los brazos de Lucas al bebé-. Así, paseo un poco a mi pequeñín que está algo inquieto y los paseos en brazos de su madre lo calman.

En cuanto salieron de la estancia y el valet de Marcus cerró la puerta miró serio a Lucas.

- ¿Habéis descubierto algo?

Lucas suspiró.

-Thomas, Gabriel y lord Jillers continúan fuera registrando los alrededores, pero has de intuir que es difícil encontrar nada por la parte del bosque. - Marcus suspiró entrecerrando los ojos-. ¿Tienes algún enemigo con motivos a sus ojos para querer matarte?

Marcus gruñó:

-Si me estás preguntando si tengo algún esposo celoso sin arrestos para retarme en duelo, pero con deseos de matarme, la respuesta es no. Desde el duelo con lord Chambers por aquella estúpida encerrona de su esposa no he vuelto a enredarme con mujeres casadas, bien lo sabes. De eso hace más de dos años, Luc.

Lucas asintió:

-Lo suponía. ¿Algún negocio o asunto que te haga creer que alguien te odia hasta ese punto? -Marcus negó con la cabeza-. Pues entonces, solo queda otra opción. -Lo miró alzando una ceja.

-Lo sé. -Respondió tenso-. Pero para eso tendría que hablar con lord Jillers. Quizás algún tipejo atrapado por ellos o al que investiguen.

Lucas suspiró acercándose a un lateral tomando una silla para sentarse junto a la cama:

-Bien, pues ¿qué tal si me cuentas lo ocurrido?

-Nada puedo contar, Luc. Regresamos de los establos por el sendero trasero. Sabes que me gusta tomarlo.

-Lo cual es algo que pocos saben porque el que fuere os esperaba o estaba siguiéndoos, de lo contrario habría supuesto que saldrías de los establos por el mismo sitio que nosotros.

-Sí, también lo creo. Pero eso tampoco nos da muchas pistas de quién puede haber sido.

-Lo creas o no, nos ayuda. Es lo bastante astuto o paciente para saberte, a ti o a ella, a solas, sin nadie más alrededor en el momento de dispararos. De momento, creo que voy a dejar en manos de Lord Jillers la investigación. No solo es más hábil que nosotros, sino que si cree que su hija es la posible víctima tendrá más pistas que seguir y desde luego más motivos para atraparlo con premura. De todos modos, mandaré aviso a los alguaciles para que vigilen los alrededores y yo pondré guardias en la propiedad.

Marcus asintió empezando a notar los efectos del láudano porque se le empezaban a cerrar los párpados. Lucas salió de la alcoba apenas unos minutos después chocando casi de golpe con Silvie que lejos de haber ido a su habitación se había quedado allí esperándole con gesto terco. En otras circunstancias se habría reído, pero en ese momento simplemente puso su gesto más impertérrito.

- ¿Sabéis quién podría querer ver muerto al barón? -Preguntó sin ambages.

-No y él tampoco, al menos no cree haber ganado la animadversión de nadie hasta ese extremo.

Silvie chasqueó la lengua:

-Pues me temo que yo no puedo decir lo mismo. La mayoría de las investigaciones las he realizado disfrazada, pero en alguna en la que he colaborado con el sargento no he fingido ser otra persona.

Lucas sonrió por la sangre fría y la sinceridad de la joven.

- ¿He de suponer que os consideráis el blanco de este ataque?

-No lo descarto, más, tampoco descarto que fuera... -Señaló la puerta del dormitorio y Lucas sonrió.

-Sí, no lo descartemos todavía.

- Sabéis algo que yo no ¿Qué es?

Lucas sonrió por la firmeza de su tono y su mirada.

-No sé si yo debiera decir esto y más sin saber si ese es el posible motivo.

-Faldas. -Dijo rotunda.

Lucas sonrió incapaz de contenerse:

- ¿No creéis que eso debierais preguntárselo a él?

-Os lo pregunto a vos.

Lucas se rio entre dientes:

-Mejor preguntárselo a él, más, si os sirve mi opinión, no os dejéis llevar por los rumores, siempre exageran y tampoco escuchéis a los que juzgan sin conocer. De cualquier modo, yo mismo le he preguntado y descarta esa posibilidad.

Silvie se encogió de hombros.

-Bueno, quizás descarta con demasiada rapidez. Ya veremos. -Giró echando a andar por el corredor obviando cualquier cortesía lo que a Lucas le divertía sobremanera pues realmente esa fierecilla iba a ser un acicate para Marcus manteniéndolo alerta, aunque a diferencia de la loca de Ariana, lo haría en el buen sentido y camino.

-Ariana... -Masculló antes de caminar con paso vivo en dirección a los

jardines. Quizás no fuere del todo desacertado mencionar a lord Jillers a Ariana. Después de lo ocurrido difícilmente regresaría a Inglaterra, pero ¿cómo saber o siquiera imaginar lo que haría una persona carente de juicio?

Terminaba de recogerse el cabello tras asearse y vestirse cuando Luisa y Will entraron en su dormitorio, éste con su gatito entre las manos.

- ¿Es cierto que te han disparado? -Preguntaba Luisa situándose de pie a su lado.

-Es cierto, aunque no sabemos si me disparaban a mí o al barón. -Ella nunca había mentido a sus hermanos y no iba a empezar entonces-. Lo que significa que quiero que estéis atentos y que no os confiéis con extraños.

Luisa asintió con gesto terco. Will se sentó a su lado en la banqueta dejando el gatito en el tocador.

-Estaremos atentos. Yo voy armado. -Sonrió travieso enseñándole la navaja que ella misma le hubo dado y que llevaba sujeta en la cintura por debajo de la chaqueta.

Silvie sonrió.

-Pues yo necesito una navaja. La mía está en mi tocador de casa. -Se quejó Luisa apresurándose para ir al arcón a los pies de la cama con dosel de Silvie sabiendo que allí guardaría algunas armas-. Umm... muy grande. -Dijo sacando y volviendo a guardar un cuchillo-. Esta. -Sonrió regresando, llevando una pequeña navaja que Silvie solía guardar en sus botas. Caminó hacia ellos mirando su vestido y después a ella-. ¿Dónde la llevas?

Silvie sonrió:

-En las botas, pero puedes también llevarla en el muslo, pero tú al llevar aún faldas cortas mejor métela por dentro de tu bota en el lateral.

No había terminado la frase y Luisa estaba empujando la navaja por el interior de sus botas.

-Me parece que solo te servirá para las botas de día. -Se rio Silvie porque sobresalía mucho en los botines bajos que solía usar cuando vestía como en ese momento para la cena.

Luisa resopló.

-Está bien, ya encontraré el modo de llevarla.

-De llevarla en un sitio en el que no te la claves. -Le advirtió Silvie riéndose, sabiéndola capaz de colocársela en el trasero. Will se carcajeó por la cara de ofensa que puso su hermana pequeña-. Venga, ahora salid que he de terminar de arreglarme.

-Si te casas con el barón, las cosas cambiarán mucho.

Silvie miró a Will mientras tomaba a Bigotes del tocador.

-Las cosas han de cambiar tarde o temprano, Will. Tú irás en unos meses a la escuela.

Chasqueó la lengua pegándose el gatito al pecho.

- ¿Crees que me dejarán tener a bigotes en la escuela?

-No, pero si lo dejas en casa Luisa lo cuidará de maravilla.

Luisa emitió una risilla traviesa quitándole a bigotes de las manos:

-Lo mimaré. -Sonrió orgullosa.

Will rodó los ojos siguiéndola fuera del dormitorio mientras Silvie sonreía viéndolo refunfuñar. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Silvie se miró en el espejo en silencio. Si el objetivo era ella, sus hermanos podrían correr peligro. Gruño tomando del cajón un cuchillo ajustandoselo en la liga antes de ponerse en pie saliendo con paso brioso con una idea en la cabeza.

Tras llamar a la puerta de su padre y este concederle la venía entró en su alcoba.

-Quería hablar contigo, papá. -Decía sentándose en la banqueta a los pies de su alcoba mientras el valet terminaba de anudarle el nudo.

-Yo también quería hablar contigo.

-Presumo no habéis encontrado pista alguna.

Su padre negó con la cabeza:

-A salvo presuponer que debía ser un hombre solo poco o nada sabemos. ¿Qué

ocurrió? -Preguntaba mirándola por el espejo.

Silvie suspiró negando con la cabeza.

-Para cuando escuché el disparo el barón ya se había movido para quedar detrás.

-Luego el blanco podrías ser tú o él.

-Eso creo, pero si lo fuese yo, ¿no creéis que quizás lo pudieren ser Luisa y Will o vos mismo como venganza?

-Sí, lo he pensado por eso Carl se encargará de tener vigilados a Will y a Luisa. -Miró someramente al valet que le atendía y que no era sino uno de hombres que hubo acompañado a su familia desde América y que prácticamente les hubo cuidado a todos desde la muerte de su madre.

Silvie asintió con un mero golpe de cabeza:

- ¿Y si es el barón? Él asegura que no cree que sea por temas relacionados con dama alguna...

- ¿Se lo has preguntado? -La interrumpió sorprendido.

-No, a él no. Al marqués. -Sonrió divertida-. El propio marqués también debió pensarlo porque se lo había preguntado.

Su padre sonrió negando con la cabeza.

-No, quizás no lo sea, pero no lo descartemos aún. Todo el mundo conoce la excelente fama de tirador del barón, quizás el que haya disparado no hará querido enfrentarse a él en un duelo formal por miedo a salir mal parado.

Silvie alzó una ceja mirándolo con fijeza:

-Los duelos están prohibidos. -Señaló, aunque no desconocía que aún algunos los practicaban a escondidas.

Su padre le devolvió la mirada a través del espejo con una media sonrisa.

-Pero entonces, ¿por dónde empezamos a investigar?

Su padre sonrió sabiendo que no iba a quedarse quieta.

-Dividiendo esfuerzos. Yo investigaré presuponiendo al barón como objetivo y

tú como si lo fueras tú.

Silvie suspiró:

-No quieres que investigue al barón por si no me agrada lo que descubra de él, ¿no es cierto?

Su padre se rio:

-Conociéndote, no dejarás que guarde silencio sobre lo que descubra de él.

Silvie sonrió asintiendo:

-No, no te dejaré. -Se levantó caminando hacia la puerta-. Voy a ver cómo sigue ese pobre inglés antes de bajar a cenar.

Su padre se rio entre dientes:

-No es decoroso que entres en el dormitorio de un caballero.

-Bah, no es más que un inglés. -Respondió burlona.

Entró en el dormitorio del barón encontrándose al valet del barón sentado en una silla cerca de la cama. Se acercó y observó un instante en silencio.

-Si vienes a saber cómo me encuentro el mejor modo es tumbarte a mi lado y tomar mi temperatura. -Sin abrir los ojos atrapó su mano tirando de ella haciéndola caer en la cama.

-Estaos quieto. Deberíais estar dormido. -Se quejó sin mucha fuerza mirándolo ceñuda mientras veía por el rabillo del ojo al valet escabullirse con discreción.

-Estás preciosa. -Dijo ladeando el rostro besándola en el cuello.

-Y vos estáis convaleciente. Estaos quieto y dormíos de una vez.

Marcus se rio mirándola.

-Quédate conmigo un rato. Ese galeno no debe haber calculado bien la dosis de láudano porque no me hace efecto.

Silvie miró por encima de su cabeza hacia la mesa de noche y el vaso sobre ella.

-Voy a daros un poco más.

Marcus se rio rodeándola con el brazo sano sujetándola en el mismo sitio.

- ¿No querrás llevarme al otro lado haciéndome dormir para la eternidad?

Silvie se rio:

-De ser así, sería una dama muy piadosa pues aseguraría a un incordio como vos una muerte plácida y tranquila.

-Ven. Quédate un poco aquí conmigo y dime sobre qué interrogaste antes a Lucas. -Decía mientras la instaba a acomodar su cabeza en su hombro.

-No le he interrogado. -Marcus se rio besándola en la frente mientras mascullaba un mentirosa-. No le he interrogado, solo le he preguntado si sospechaba de alguien.

-Antes de que empieces a hacer elucubraciones solo puedo decirte que no dudo tenga algún enemigo, más no creo que sea tan profundo el odio de nadie hacia mí como para asesinarme. Y como imagino le habrás preguntado por enredos de damas, pues eres una fierecilla curiosa y carente de contención - Silvie alzó el rostro y le miró acusatoria-, lo eres y eso me gusta mucho -la sonrió con inocencia-, más, como eres muy curiosa, he de aseverar que no, no tengo ningún motivo para creer que haya podido ser ese motivo de un ataque hacia mí.

-Pues entonces la persona a la que disparaban sería a mí.

Marcus posó dos dedos bajo su barbilla y le hizo mirarlo de nuevo.

-Si sospechas de alguien no se te ocurra ir en su busca tú sola. Recuerda lo que hablamos. A partir de ahora, podrás investigar, pero me dejarás protegerte.

Silvie suspiró pesadamente.

-No sospecho de nadie en concreto y me preocupa porque quizás quieran hacer daño a mi padre o a mí y mis hermanos serían un blanco muy bueno para eso.

-Para eso Lucas pondrá guardias por los alrededores. -Dijo con firmeza intentando calmarla, aunque su mirada le decía con claridad que de nada serviría-. Silvie, prométeme que sea lo que sea lo que ocurre lo descubriremos juntos.

Silvie sonrió divertida:

-No sois muy ducho investigando. Os recuerdo que tardasteis cinco años en encontrar a vuestra esposa y solo la hallasteis con nuestra ayuda... -Frunció el ceño y se incorporó apoyándose sobre un codo-. Vuestra esposa.

-No es mi esposa. -Se apresuró a corregirla.

-Bueno, pues lo que sea. ¿La creéis capaz de haber regresado?

Marcus suspiró cerrando los ojos dejando caer la cabeza en los almohadones.

-La creo capaz de todo pues realmente carece de juicio sano y difícilmente me considero lo bastante hábil para imaginar lo que puede o no hacer. De cualquier modo, sabe que de regresar a las islas se hallará en dificultades pues carece de medios y, lo que es peor, para ella de rédito social para poder acceder a la buena sociedad y a algún caballero para caer en sus redes.

-Umm, supongo que de haber escapado de sus perseguidores en Francia habrá puesto rumbo a algún lugar donde no se la conozca...

-Eso creo y, sinceramente, lo espero. Cada vez que esa odiosa mujer ha entrado en mi vida me la ha complicado en exceso y no quiero repetir experiencia alguna de ese tipo. En cambio, deseo fervientemente que cierta americana de gesto terco y mirada color chocolate, no solo entre en mi vida para cambiarla, sino que tenga a bien abrazarme cada noche después de dejarme exhausto.

-Eso es una soez grosería. -Protestó, aunque no pudo evitar sonreír divertida pues encontraba que su pícaro sentido del humor siempre lograba arrancarle una sonrisa.

Marcus sonrió acercando sus labios a los de ella.

-Deja ya de tratarme con formalidad. Eres mi prometida. -Le acarició los labios con los suyos tentadoramente.

-Exacto. Solo soy prometida de un barón. De modo que... -Se impulsó separándose de él antes de rodar para salir por el lado contrario de la cama-. Me marcho que tengo hambre y seguro han preparado una cena deliciosa.

Marcus se reía entre dientes viéndola caminar hacia la puerta con pasos

traviosos.

-Cambiar a tu prometido por un plato de comida no dice mucho de ti.

-En realidad, no dice mucho de ese prometido. Más, no voy a cambiaros por un plato de comida sino por una cena completa. Sentíos halagado.

Marcus contuvo la carcajada por su impertinente respuesta mientras la veía salir, cuando se cerró la puerta sonriendo, sin poder evitarlo, llamó a su valet que no tardó en aparecer.

-Pide a lord Galvert que venga a verme antes de la cena.

Unos minutos después Lucas entraba en su dormitorio con Samuel de la mano que enseguida se aupó a la cama.

-Papá dice que ya estás bien.

Marcus sonrió sabiendo que lo habría llevado para tranquilizarlo.

-Estoy muy bien, pero el pesado del doctor ha ordenado que no me mueva hasta mañana.

-Ahhh, le diré a mami que pida que te suban un trozo de tarta y un vaso de leche. Cuando estamos malitos nos suben tarta.

Lucas lo tomó de la cintura y lo bajó de la cama:

-Anda, ve a decirle a mamá que suban tarta a este baroncito. -Cuando hubo cerrado la puerta tras salir Lucas miró a Marcus-. Sospecho que vas a pedirme que vigile a tu terca americana.

-Sí.

Lucas sonrió asintiendo.

- ¿Alguna idea de quién pueda haber sido? Estoy seguro de que has estado dando vueltas a posibles candidatos.

-Por mi parte no sabría decir. Más, la pregunta de Silvie sobre si creo capaz a Ariana de volver a las islas empieza a hacer mella en mi cabeza. Está enajenada y ahora, además, enfadada, ¿cómo no saberla capaz de cualquier cosa?

Lucas suspiró:

-Pero después de lo ocurrido en Francia, su situación es demasiado precaria para permitirle regresar.

-Lo sé, pero sabes que siempre encuentra medios cuando se lo propone y es capaz de todo con tal de lograr cualquier idea que se le cruza por la cabeza por absurda que pudiere parecer.

Lucas asintió:

-Sinceramente su locura es profunda, pero de ahí a que se arriesgue a regresar a Inglaterra solo para matarte...

-Está bien, está bien, de momento descarto a Ariana, más, no atisbo a imaginar a nadie con esa inquina hacia mí, al menos no en este momento. Luego...

-Entonces es tu prometida el objetivo. -Terminó por él. Marcus asintió serio-. La vigilaremos, Marcus, claro que algo me dice que ella es mejor protegiéndose de lo que lo seremos nosotros.

Marcus sonrió:

-Aún con ello, vigíladla y procurad también proteger a sus hermanos. Ella misma teme por ellos.

-Lo mismo ha pensado lord Jillers por eso dos de los mozos siempre vigilarán a los niños, además, Camile ha puesto en alerta al servicio de modo que ningún niño se moverá por la propiedad sin vigilancia.

Marcus asintió y miró por el rabillo del ojo que una cabecita aparecía por la puerta y señalando hacia allí hizo mirar a Lucas.

-Papá, mamá dice que no podemos cenar hasta que bajes y tío Gabriel dice que tiene hambre.

Marcus se rio:

-Tío Gabriel y tú, enano comilón. -Samuel se rio desapareciendo su cabeza-. Será mejor que bajes antes de que tu esposa me tilde de ser el causante del hambre de sus invitados.

Silvie estuvo toda la noche distraída. Era consciente de que todos intentaban no mencionar lo ocurrido y menos aún hacerla sentir incómoda, pero de nada servía, en su cabeza solo acudía una y otra vez la imagen del barón sobre ella,

la alarma en su cabeza y la sensación de impotencia por no saber quién pretendía hacerles daño. Se excusó apenas terminó la cena subiendo con intención de pensar bien sobre lo ocurrido e intentar hallar alguna pista que seguir, pero de nada servía. Además, se encontraba ansiosa y nerviosa y sin saber cómo se encontró, poco más de media hora después de subir, ante la puerta del barón. Iba a golpear la madera, pero pensó que quizás estuviese dormido por lo que simplemente abrió con cuidado la puerta metiendo la cabeza. Escucho una risa al fondo y al mirar a la cama se encontró al barón apoyado en el cabecero con un libro entre las manos mirándola.

-Entra muchachito intrépido.

Bufó entrando.

-Deberíais estar durmiendo. -Dijo cerrando la puerta antes de acercarse a la cama mientras él apartaba el libro sonriendo.

-Debería, pero no lo hago. Túmbate a mi lado.

-No es decoroso. -Respondió con gesto de señorita estirada haciéndolo reír.

-Tampoco que estés en mi alcoba y no me escucharás quejarme. Ven, túmbate y cuéntame por qué no estás abajo jugando a las cartas o a las charadas como presumo habrán pedido Sam y Viola jugar pues a ambos les encanta ese juego.

Silvie se encogió de hombros agarrándose las faldas antes de subir a la cama acercándose a él.

-No puedo descansar y necesito encontrar alguna pista o no conseguiré paz.

Marcus la observó serio unos segundos antes de estirar el brazo para rodearla con él instándola a dejarse caer en su costado.

- ¿Qué tal si entre los dos elaboramos una lista de posibles candidatos a asesinos?

Silvie sonrió alzando el rostro para mirarlo:

- ¿Candidatos a asesinos?

-Empiezo yo. -Señaló sonriendo divertido-. Ariana podría ser una. Quizás poco probable por su precaria situación, si es que llegó a librarse de esos acreedores que la perseguían.

-Supongo que por muy ducha que fuera librándose de sus enredos, su situación no es buena para planear venganza alguna. -Se incorporó ligeramente removiéndose para quedar sentada mirándolo mejor-. Bien, pues entonces, me toca... ummm... el pasado año atrapamos a un hombre que se hacía pasar por marqués que no era sino un primo lejano del verdadero marqués. Había engañado a muchos y robado su dinero. Lo encerraron, pero la justicia inglesa a veces es benevolente con los que nacieron en buena familia y apenas recibió una mera reprimenda, aunque muchos de los que estafó querían venganza. Huyó, no sin antes jurar que tomaría represalias contra mi padre y contra mí.

-Entonces contamos a ese caballero como posible asesino. -Afirmó tajante mirándola a los ojos antes de abrir la mano y acariciar su mejilla-. Bien, por mi parte incluyamos también al conde de Roder. No creo que llegue a odiarme hasta el asesinato, pero no he de negar que me odia. -Silvie alzó una ceja abriendo la boca para preguntar, pero él se apresuró a decir-. No, no tiene nada que ver con dama alguna sino más con un pequeño conflicto que duró años y que finalmente se resolvió a mi favor. Ambos queríamos unas tierras que lindan con las propiedades de los dos y por las que durante varios años estuvimos pujando sin éxito hasta que su dueño falleció y sus herederos consideraron mi oferta más favorable que la de ese tacaño.

Silvie se rio:

-Bien, pues el conde tacaño habrá de incluirse en la lista. Yo... -suspiró pesadamente-... supongo que habría de incluir al hermano de “black hand”.

Marcus alzó las cejas sorprendido:

- ¿Fuisteis vosotros los que atrapasteis a ese tipejo? -Preguntó sabiendo el individuo al que mencionaba y que no era sino un hombre que había sembrado el miedo entre los más pobres de Londres obligándolos a postrarse a sus deseos pues torturaba, mataba o sometía a crueles venganzas a aquéllos que no cumplían sus deseos. Silvie asintió.

-Bueno, no lo atrapamos nosotros sino el sargento. Investigamos una serie de asesinatos que todos sabían había cometido ese hombre, pero nadie lograba encontrar pruebas y los testigos, atemorizados, callaban. Finalmente dimos con las pistas y pruebas que necesitaba el sargento que fue quién lo apresó. Está en la Torre de Londres pues le espera la horca.

-Pero su hermano quizás quiera vengarse.

Silvie se encogió de hombros.

-No tiene por qué saber que fuimos nosotros los que investigamos, pero quizás lo haya averiguado. Según el sargento, es tan peligroso como su hermano.

Marcus gruñó pensando que un asesino despiadado y sin remordimientos no era lo que le agradaba saber como enemigo de su americana.

-No creo que ayude a mi estado de ánimo saber eso.

Silvie sonrió:

- ¿Estado de ánimo? Lo importante ahora es el estado de salud de cierto barón, no muy bueno, hay que reseñar. Postrado en una cama sin apenas capacidad para caminar. -Chasqueó la lengua burlona.

Marcus se rio:

-Puedo caminar perfectamente, muchachito impertinente. Es ese galeno del demonio el que me ha ordenado no hacerlo hasta mañana.

Silvie se rio entre dientes:

-No es bonito acusar a quién no está delante para defenderse. -Señaló burlona.

Marcus tomó su mano y tiró de ella para hacerla caer de nuevo en su costado.

-Bien, sigamos con nuestra lista antes de que te dé por acusarme de ser un hombre debilucho y carente de arrestos.

-Eso no, arrestos no puedo negaros, me protegisteis. -Reconoció alzando el rostro para mirarle a sus profundos ojos azules-. Lord Galvert dice que tenéis una intuición especial para el peligro.

Marcus sonrió divertido.

-Lo cual, de ser cierto, me vendrá de perlas teniendo a una temeraria americana por esposa. -Le acarició la mejilla con un dedo lentamente mirándola con placer al verla por fin relajada a su lado-. No tengo una intuición especial, más, mi padre decía que todos los varones de la familia suelen sentir peligro cuando acontece. Quizás sea cierto, no lo sé.

-Pues intuir el peligro de nada te ha valido. Has recibido una bala. ¿Eres

quizás muy torpe para servirte de esa intuición?

Marcus se rio.

-Esa es la mayor y más cruel impertinencia que me has dicho en el día de hoy.

-La noche es joven. -Lo retó mirándolo traviesa.

Marcus dejó caer la cabeza en los almohadones empezando a notar los efectos del láudano.

-Será mejor que me vaya. -Decía aupándose, apoyándose sobre un codo al verlo.

Marcus suspiró cerrando su brazo más aún sobre su cintura.

-No. Quédate conmigo hasta que me duerma. Así me protegerás.

Silvie se rio.

-Menudo esposo seréis. Me necesitáis para resolver vuestros asuntos y ahora, además, para manteneros con vida.

Marcus sonrió ladeando la cabeza abriendo los ojos:

-Seré un títere en tus manos.

Silvie sonrió acercando su rostro al de él:

-Me gusta esa idea. Un esposo títere... -Marcus se rio entre dientes. Silvie suspiró viendo sus ojos algo enrojecidos seguramente porque no había dormido desde que recibió el balazo y estaría dolorido-. Cierra los ojos y duérmete que mañana temprano empezamos nuestra investigación y estando como estás no me sirves de mucho.

De nuevo se rio entre dientes:

-Si no estuviere realmente necesitado de sueño te demostraría para lo mucho que voy a servirte, esposa mandona. Dame un beso antes de que cierre los ojos y promete quedarte a mi lado hasta que el sueño me venza.

Silvie rodó los ojos:

-Incluso sin fuerzas intentas sobrepasarte. -Se inclinó un poco más y le dio un ligero beso en los labios-. Ahora a dormir, pesado.

Marcus sonrió divertido cerrando los ojos sin aflojar el agarre de su cintura.

-Abrazame.

-Estás abusando. -Dijo no obstante removerse ligeramente para apoyar la cabeza en su hombro sano y pasar su brazo por encima de las mantas por su pecho.

Marcus sonreía complacido y satisfecho sin abrir los ojos con la agradable sensación de victoria recorriendo su cuerpo sin importarle el dolor de su hombro ni tampoco, por esa noche, la intranquilidad de saber que alguien había intentado dañarlos.

Silvie permaneció quieta intentando dejar que se durmiese, aunque por dentro sintiese un cosquilleo y un nerviosismo destacado por hallarse en esa situación, más, especialmente, por las sensaciones agradables que sentía y esa incomprensible impresión de que esos brazos que la rodeaban, de algún modo, estaban hechos para ella, eran su destino.

Meditó sobre ello mientras escuchaba la respiración del barón ralentizarse poco a poco. ¿Debía entender que él era su destino? Nunca había sido en exceso romántica, pero sí esperaba casarse con alguien a quién pudiera llegar a tener un cariño sincero como el que se tenían sus padres. Su madre se casó con su padre porque así se esperaba que fuere. Según le había dicho de niña, ella le escogió por esposo, aunque sabía que lo hacía porque todos esperaban que así ocurriese, pero no le amaba al casarse. Sentía sincero cariño y afecto por su padre, pero no le amaba. Poco a poco, le dijo, ese cariño fue creciendo y creciendo hasta saber que amaba a su padre como él decía también acabó amándola, pero se sabían afortunados pues no todos los matrimonios lograban alcanzar esa unión.

Ella había aceptado casarse con el barón no por cariño, pues apenas si realmente le conocía, sino porque algo dentro de ella le impulsaba hacia él, le decía que debía aceptarlo. Conseguía enfadarla, hacerla refunfuñar e incluso desear golpear su arrogante cabeza en más de una ocasión, pero aun así, lograba hacerla sentir viva. De algún modo su cuerpo sentía unas sensaciones y una viveza que desconocía hasta entonces. Incluso en ese momento, a pesar de lo incorrecto de hallarse en su alcoba y, además, abrazada a él, sentía que estaba en el lugar correcto.

Notó los labios del barón en su frente y eso le hizo alzar el rostro.

- ¿Queréis dormiros? -Preguntó con reproche.

Marcus no abrió los ojos que aún mantenía cerrados.

-Estoy a medio camino de saludar a Morfeo con la mano.

-Pues dejad los labios quietos.

Marcus se rio entre dientes.

-Me gusta sentir tu piel incluso cuando apenas estoy consciente. -Abrió los ojos y la sonrió canalla-. No temo advertirte que vas a ser una esposa que dormirá entre los brazos de su esposo sin atavío alguno.

Silvie abrió la boca y los ojos asombrada:

- ¿Dormiremos juntos? ¿Eso lo hacen los esposos de la nobleza?

-Estos esposos de la nobleza lo harán. Te lo aseguro. No me basta dormir bajo el mismo techo que mi baronesa americana. Yo dormiré en el mismo lecho que mi esposa tras haberla dejado exhausta.

Silvie entrecerró los ojos:

-Realmente sois un licencioso ¿no es cierto?

Marcus se rio entre dientes antes de cerrar los ojos:

-Seremos unos licenciosos los dos. Te doy mi palabra de honor de que no gustarás separar nuestros cuerpos ni un ápice ni siquiera por un liviano camisón.

Silvie bufó, pero en cuanto apoyó la cabeza de nuevo en su hombro sonrió. Debería escandalizarse por esas palabras y esa promesa, pero lejos de hacerlo le resultó reconfortante saberlo queriendo compartir lecho con ella cada noche.

Con el calor de su cuerpo, su suave y rítmica respiración acabó sucumbiendo al mismo sueño que él no siendo consciente siquiera de que en algún momento entró Lucas para ver cómo se encontraba Marcus.

Se deslizaba dentro de su cama completamente desnudo observando la espalda de Camile que se había quitado el camisón como él le hubo pedido antes de ir

a ver a Marcus. Se acercó a ella y sin mediar palabra enterró su cara en su cuello inhalando su aroma antes de tirar de sus nalgas hacia atrás para enseguida enterrarse en ella de un empujón. Gruñó sintiendo su calor envolverle mientras ella le apretaba en su interior.

-Nunca me cansaré del placer que siento cuando me estrangulas dentro de ti. - Gruñó ronco en su oreja antes de impulsarse y quedar de rodillas llevándola con él pues no se desenvainaría por nada del mundo. La dejó a cuatro patas agarrando firme sus caderas empezando a bombear con ímpetu dejándola, como siempre, azuzarlo, reclamar y guiarlo.

Tumbado sobre ella, ambos boca abajo, con su verga enterrada en su trasero tras un nuevo asalto al precioso cuerpo de su esposa, se removió lo justo solo para salir de ella que no para separar sus cuerpos pues le gustaba quedar plenamente pegados. La besó en el hombro y en el cuello con lentitud sabiéndola adormilada y satisfecha. Sonrió deslizando una mano por su cadera para llevarla consigo y girar quedando de costado, abrazándola posesivo pegándosela más al cuerpo. Sonrió más aún cuando ella removió sus caderas para, como hacía mucho, dejar su pene acomodado entre sus bonitas nalgas. Un gesto que a él le encantaba pues ese íntimo contacto le excitaba y calmaba a partes iguales.

-Duerme, amor. -Susurró besándola en el cuello.

- ¿Marcus estaba bien? -Preguntó sin abrir los ojos y casi dormida.

-Mejor que bien. -Contestó-. Le protege su fiera americana. -Añadió sonriendo porque encontrarse a Marcus con la joven Silvie abrazada a él, vestida aún con su traje de noche le hizo comprender que por fin ese “baroncito” había logrado sus propósitos.

Una caricia la despertó y tras parpadear se impulsó asustada al no reconocer donde se hallaba. Gimió al encontrarse sentada en la cama del barón con las primeras luces anaranjadas del alba entrando por el balcón mientras él le observaba con una sonrisa.

-Me he quedado dormida. -Se quejó.

Marcus se rio y tomando su mano tiró de ella haciéndola caer sobre él rodeándola rápido con los brazos.

-Estás preciosa. -Murmuró atrapando su boca en un beso lento y fogoso que la hizo gemir mientras sus manos, apoyadas en sus hombros, se deslizaban alrededor de su cuello inconscientemente.

Marcus gruñó moviendo sus manos por encima de sus ropajes hasta sus nalgas que apretó pegándola a él antes de girar para dejarla bajo su cuerpo sin dejar de besarla.

Aturdida parpadeó cuando él interrumpió el beso viéndolo apenas unos centímetros de su rostro con el pelo desordenado, los ojos azules que brillaban de un modo intenso y casi que podría jurar peligroso y esa sonrisa

claramente canalla con cierta sombra de la barba incipiente en su rostro. Suspiró tras unos segundos en que solo se miraron.

-No pueden descubrirme aquí.

- ¿Qué podría pasar? ¿Qué nos obligasen a desposarnos a la mayor brevedad?

-Preguntó él con ironía.

Silvie sonrió al comprender que ciertamente eso era lo que pasaría.

-Bien, bueno, sí, pero sería entonces un matrimonio por obligación a los ojos y oídos de los demás.

Marcus se rio:

-No llegará a oídos de nadie porque nuestra boda ocurrirá mucho antes. Te recuerdo que has accedido a casarte conmigo en pocos días.

-Estás herido. No puedes casarte herido.

Marcus se rio:

-Apenas es una herida y no me impedirá casarme pues todo lo necesario para casarme y cumplir mis deberes de devoto esposo sigue intacto. -Dijo con picardía.

Silvie entrecerró los ojos, pero enseguida se tornó del tono de las amapolas al comprender el sentido de sus palabras.

-Eso es una grose... -Se detuvo de golpe al ser consciente en ese instante que él se hallaba desnudo sobre ella-. ¡Estáis desnudo!

Marcus se carcajeó sin soltarla.

-Anoche, creo recordar, haberte dicho que no dormiría con nada que separase nuestras pieles. De hecho... -Se removió ligeramente separando las mantas que se encontraban entre ellos-. Ahora me estorban tus ropas.

Silvie, aun completamente ruborizada, ni se atrevía a deslizar los ojos de su rostro por saberlo desnudo sobre ella.

-Aún no estamos casados.

-Silvie, cielo, -Dijo serio tomando su rostro entre sus manos-. Si deseas llegar intacta al matrimonio, no seré yo el que te prive de tal deseo y menos cuando

nuestro enlace se celebrará en menos de cinco días, más, puedo lograr que sientas verdadero placer sin robarte tu virtud.

Silvie le miró seria unos segundos antes de sonreír.

- ¿De veras? ¿Cómo? -Preguntó de repente sintiéndose intrépida y deseosa.

Marcus se rio:

- ¿Quieres la explicación teórica o quieres que te lo demuestre? -La aguijoneó.

Marcus sonreía abrazándola y acariciando su ahora enrojecida y bonita piel con deleite. Silvie permanecía atolondrada abrazada a un almohadón de espaldas a él que la cubría por la espalda disfrutando de la dejadez y timidez perdida de su intrépida americana. Sí, dejaría que continuase siendo virgen hasta su noche de bodas, pero ello no iba a significar en modo alguno que no la empezare a enseñar las muchas artes amatorias que conocía y que empezaba a comprender había ido adquiriendo a lo largo de los años con un único fin, amar solo a una mujer, complacer y ser complacido por una única mujer. Su americana.

La había desnudado poco a poco, acariciándole cada centímetro de su cuerpo, adorándola, besándola, colmándola de suaves caricias disfrutando de cómo ella había ido ruborizándose más y más hasta, finalmente, lograr despertar su curiosidad más allá de la vergüenza instándole a dejarse explorar y curiosear quedándole demostrado que ella era intrépida y valiente sin importar el precio. Le exploró, acarició con mucha inocencia y picardía al mismo tiempo, descubriendo esas partes de su anatomía que primero la ruborizaron y le causaron cierto vergonzoso estupor y que finalmente despertaba en ella el deseo y la pasión como no creyó posible.

Apoyó su mejilla en el bajo de su espalda mientras deslizaba la mirada por la curva de su bonito trasero, ese que tan apetecible le resultó bajo unos pantalones y que, ahora, libre de atavío alguno, resultaba una delicia. Acarició con ociosidad esas dos medias lunas sonriendo al tiempo que pensaba que iba a devorar a su esposa día tras día durante el resto de su vida y que cuando ella estuviere preparada iba a poseer ese trasero con dedicada entrega. Sonrió más aun alzando su rostro deslizado los labios por su piel antes de dar un bocado juguetón a su trasero.

-Eh, que eso no es comestible. -Se quejó ella sin moverse.

Marcus se rio entre dientes antes de dar otro bocado.

-Al contrario. Es el mejor de los manjares, aunque ahora quiero devorar otro delicioso recodo de tu cuerpo. -Dijo ronco removiéndose mientras la movía para quedar boca arriba y, abriéndole las piernas, la afianzó sujetándola firme al tiempo que besaba la cara interna de uno de sus muslos-. Agárrate fuerte fierecilla, y procura no gritar, porque voy a devorarte.

- ¿Qué vas a qué? -Preguntó bajando los ojos hacia esa cabellera desordenada que sobresalía de sus muslos. Él alzó el rostro y la sonrió canalla.

-Solo te pido que no grites.

-Pero... Dios mío... -Gimió cuando él le dio un lametón que la pilló por sorpresa y que le hizo sentir cosquillas y un calor crecer y crecer dentro de ella. Se aferró a su cabello agarrándolo con fuerza.

-Fierecilla. -Se rio asiendo sus manos liberándose de su agarre. Alzó la cabeza y le miró-. Si me tiras así del cabello acabarás casada con un hombre carente de cabello en su testa.

Silvie se rio incapaz de evitarlo y tirando de su cabello le hizo acercarse a su rostro.

-Quizás me gusten los caballeros carentes de cabello.

Marcus se carcajeó.

-Mentirosa. Te encanta mi cabello. -La besó en la mejilla y después en el cuello descendiendo por su desnudo cuerpo-. Ahora cierra los ojos que quiero devorarte, más, recuerda, nada de gritar.

Un esfuerzo ímprobo le costó no gritar cuando su cuerpo sintió ese frenesí que la elevó hacia un mar embravecido de sensaciones antes de caer exhausta sintiendo los brazos de él rodearla y abrazarla cariñoso. Gimió abriendo los ojos encontrándose con el rostro de él sonriendo frente al suyo a escasos centímetros.

-Eres un pequeño polvorín. -Dijo sin dejar de sonreír antes de besarla-. Un pequeño polvorín fogoso y delicioso-. Murmuró ronco antes de deslizarse

ligeramente hacia abajo apoyando la mejilla entre sus senos acomodándose sobre ella.

- ¿Qué es lo que me has hecho? -Preguntó tras unos minutos enredando sus dedos una y otra vez en su cabello azabache.

Marcus removió la cabeza apresando entre sus labios uno de sus deliciosos pezones de color melocotón antes de alzar la vista hacia ella.

-Te he dado placer. Y si eres buena, esta noche volveré a dártelo, enseñándote a darme placer a mí.

- ¿Así que si soy buena me aleccionarás para darte placer? ¿Qué clase de promesa es esa? -Preguntó con picardía.

Marcus se rio alzándose para cubrirla por entero con su cuerpo y ponerse a su altura.

-La mejor de las promesas. -La besó lentamente disfrutando de ella, paladeándola-. Serás una fierecilla que complacerá a su esposo con su delicioso cuerpo, que se dejará complacer por su fogoso esposo y que cuando quiera postrarlo a sus pies le bastará con sonreírle, decirle que es un arrogante y después darle placer.

Silvie se sonrojó, aunque al mismo tiempo sonrió:

-Si lo que dices es que me enseñarás para tu propio placer, pero que ese conocimiento lo podré usar yo para mi propio provecho, creo que no te reñiré.

Marcus se carcajeó.

-Sabía que ibas a encontrarle el lado bueno a estar unida a un arrogante y petulante como yo. -La besó suavemente antes de mirarla mientras acariciaba su rostro-. Será mejor que te vistas y regreses a tu alcoba. En pocos minutos la casa despertará.

Silvie suspiró antes de levantarse y vestirse recuperando sus ropas que aparecían esparcidas por alrededor de la cama. Marcus le abrochó la espalda del vestido conteniendo un quejido pues el hombro empezaba a molestarle.

-Pequeña. -La abrazó por la espalda estando ella de pie junto a la cama y él sentado en el borde con ella entre sus piernas. La besó en el cuello haciéndola

caer para quedar sentada con él-. Prométeme que tendrás cuidado y que no saldrás de la propiedad sin mí o sin alguien que te acompañe.

Silvie giró ligeramente para poder mirarle al rostro.

-Lo mismo he de decirte. Por mucho que asegures poseer cierta intuición, eso no te ha evitado un balazo. Además, no importa que no salga de la propiedad. Fue aquí donde te dispararon.

Marcus gruñó cerrando más fuerte los brazos alrededor de su cintura antes de besarla en el cuello.

-No quiero saberte en peligro y menos desconocer de dónde viene ese peligro.

Silvie sonrió:

-Bueno, para eso soy una excelente detective. Descubriré quién pretende hacer daño a “mi baroncito”. -Se burló usando la misma expresión y tono que sus amigos.

Marcus le dio un bocado juguetón en el cuello.

-No te dejes influenciar por nobles de escaso intelecto.

-No sé, no sé. A mí la marquesa me parece una dama muy inteligente.

Marcus se rio:

-Y no he de negarlo, pero se halla cegada por ese marqués del demonio. - Suspiró y la besó de nuevo en el cuello-. Ve antes de que me arrepienta y te deje encerrada en esta alcoba para el resto de tus días.

Silvie se rio alargando el brazo para tomar de la mesilla de noche su cuchillo que él le quitó mientras la desnudaba.

-Vas a tener que empezar a ser consciente de con quién vas a casarte y de cuáles son tus limitaciones, baroncito. -Respondió tras separarse de él mirándolo traviesa.

Marcus aún sonreía mientras su valet le hacía la cura del brazo recordando las bromas de Silvie y ese brillo travieso en su mirada, pero sobre todo el brillo aturdido que lucían sus ojos mientras recuperaba la consciencia tras sus pequeños interludios. Era apasionada, curiosa y sobre todo intrépida. No

temía nada ni siquiera su propia curiosidad y él explotaría esa faceta apasionada y aventurera para hacerlos alcanzar cotas inimaginables de placer. En sus brazos, su intrépida americana, se convertiría en una fogosa y reclamante esposa pues no dudaba ella sería reclamante, exigente y vivaz entre sus brazos.

Su valet le vestía cuando Lucas entró con su ahijado en brazos.

-Veo que el sueño ha hecho mella en tu carácter. -Se burló al verlo sonreír.

Marcus rodó los ojos y después miró el rostro dormido del pequeño.

- ¿Dónde está ese heredero tuyo que no te vigila como un halcón mientras paseas por la casa con su hermano?

-Pues si no me equivoco debe estar tocando la puerta de cierta damita americana para invitarla a acompañarlo a pasear por el pueblo asegurándose de que estará a salvo en su compañía pues es un caballero fiero y valiente.

Marcus se carcajeó:

- ¿Es que ni siquiera el saberla prometida le impide galantearla? Menudo canalla de tres al cuarto estás criando.

Iba a tomar el bebé en brazos, pero Lucas negó con la cabeza:

-Hasta que no cures ese hombro ni se te ocurra tomar a mi pequeño en brazos.

-Marcus rodó los ojos antes de caminar junto a él hacia la puerta-. Por cierto, espero que seas consciente de que lord Jillers se ha mostrado permisivo contigo respecto a ciertas ligeras licencias que te has estado tomando con su hija, más dudo se muestre del mismo modo de saber que ella duerme a tu lado.

Marcus se detuvo y le miró alzando las cejas sorprendido de que supiere donde pasó la noche Silvie.

-Anoche vine a ver cómo estabas pues Camile estaba preocupada y os vi.

Marcus suspiró:

-Tendré más cuidado.

Lucas se rio entre dientes negando con la cabeza:

-Estupendo, en vez de corregir tu comportamiento tomarás medidas para

continuar con tu flagrante falta de decoro. -Se rio burlón mirando a su hijo sin detener su caminar-. Tu tío Marcus es un canalla.

Marcus de nuevo rodó los ojos.

-Como si no lo fuese su padre.

-Su padre, amigo mío, es un canalla felizmente reformado.

Se rio al ver a Samuel frente al aparador del comedor junto a Silvie con un plato entre las manos mientras ella le iba sirviendo.

-Eh enano, no acapares a mi prometida. -Dijo acercándose a ellos.

Ambos se giraron y Samuel sonrió:

-La señorita Silvie y yo vamos de paseo al pueblo. Le voy a enseñar los sitios preferidos de mami.

Camile sonrió negando con la cabeza mientras tomaba al bebé que Lucas le cedía.

-Y de paso acercarte a la cafetería y comprar algunos dulces.

Samuel se encogió de hombros sonriendo antes de alzar los ojos hacia Silvie:

-También quiero salchichas.

Silvie se rio girando de nuevo hacia el aparador tomando un par de salchichas poniéndoselas en el plato.

- ¿Algo más, milord? -Samuel asintió señalándole la fuente de los huevos-. Por supuesto.

Al verlo girar para ir hacia la mesa, detuvo a Silvie sonriéndola con fingida inocencia.

- ¿No pensarás servir su desayuno a ese lord de medio metro y no ayudar a tu herido prometido?

Silvie bufó:

- ¿Vas a explotar mucho tu “herida”?

Thomas y Holly se rieron desde la mesa. Marcus se inclinó y la besó en la frente.

-Lo necesario para recibir las mismas atenciones que ese enano acaparador.

Silvie se rio entre dientes negando con la cabeza cediéndole su plato.

-Toma, pesado.

Marcus se rio tomando el plato quedándose de pie a su lado mientras ella se servía de nuevo otro y después se sentaron juntos.

- ¿Podemos ir a visitar al conde? -Preguntó Will mirando a su padre-. Quiero ver el entreno de sus caballos.

Lord Jillers sonrió:

-Debieras preguntar a milady.

Will giró el rostro como un resorte hacia Camile sonriendo como con fingida inocencia.

-Milady, ¿seríais tan generosa de permitirnos acudir a casa de vuestro padre para poder observar el entrenamiento de sus magníficos caballos? Sin duda una oportunidad como esa no podemos dejarla pasar los pobres americanos.

Silvie se rio.

-Pobres americanos... Will, te has excedido. Además, esa mirada de perrito no te va a servir con milady. Algo me dice que está muy curtida en el arte de miradas pedigüeñas. -Miró de soslayo a Samuel que comía a dos carrillos.

Will chasqueó la lengua.

- ¿Demasiado teatral?

-Un poco. -Asintió Silvie sonriendo divertida.

-Bien, la próxima vez me mostraré más comedido. -Sonrió de nuevo a Camile con interés.

Camile se rio:

-Ya habéis escuchado a vuestra hermana, señor William. Estoy curtida en el arte de esas miradas falsamente inocentes, más, como quiero ir a visitar a mi padre, os doy permiso para acompañarme.

Marcus sonrió negando con la cabeza pues era evidente los hermanos sabían

bien como enredar a propios y extraños y hacerlo, además, con desparpajo y sin disimulo.

Samuel saltó de su asiento y corrió hacia ella rodeando la mesa mientras decía:

- Voy a por la correa de paseo de Dina. Esperadme, señorita Silvie. -Aún no se había marchado cuando Marcus señaló mirando a Silvie con una ceja alzada.

-Si este enano piensa que voy a dejarte ir de paseo a solas con él, está muy equivocado.

Silvie sonrió mirando a Samuel que se encontraba a su lado.

-Milord, creo que definitivamente hemos de entender que el barón teme vuestro encanto.

Samuel sonrió y asintió firme mientras Thomas, Lucas y Marcus se reían.

-Es que es viejo y yo joven y fuerte.

Marcus se rio mientras que Silvie le miraba divertida.

-Sigue por ese camino, enano, y quizás no llegues a ser tan viejo como yo.

Samuel sonrió y miró a Camile.

-Mami, creo que tío Marcus dice que va a dispararme.

Silvie se rio y Camile, sonriendo, miró a Marcus.

- ¿Es eso cierto, mi posiblemente muerto amigo? ¿Has amenazado con disparar a mi pequeñín?

-En realidad, por mi mente surgía la idea de estrangularlo.

Silvie de nuevo se rio mientras Samuel abría los ojos como platos.

-Como te vea mirar mal a mi pequeñín, mi antaño buen amigo, seré yo la que te estrangule y después te dispararé para cerciorarme de que estás con tu hacedor.

Lucas se reía inclinándose ligeramente besando la sien de Camile.

-Sin piedad, cariño. No tengas piedad con este baroncito.

Samuel se rio antes de salir a la carrera con su perrita siguiéndola.

-No alientes a ese enano. -Silvie miró a Marcus sonriendo.

-Bien, como tan bien ha destacado, milord es más joven y fuerte y quizás me convenga más que un achacoso barón que a la primera oportunidad se deja agujerear por una bala.

Marcus se rio al igual que sus amigos inclinándose ligeramente para besarla en la sien.

-No te tomes licencias. -Le reprendió sin mucha credibilidad mientras él sonreía canalla.

Durante media mañana pasearon por el pueblo, él llevándola de su brazo y ella a Sam de la mano que no paraba de hablar de tal o cual sitio por el que pasaban o de las personas con las que se cruzaban. Finalmente se sentaron en la cafetería que tanto le gustaba y se acomodaron para degustar un té con algunos dulces. Observaba a Samuel comer a dos carrillos mientras charlaba con Silvie haciéndola reír. Ese enano conseguía acaparar la atención de su dama, pero en ese momento no le importaba porque podía simplemente sentarse junto a ellos y limitarse a disfrutar de esa visión. Silvie ya era el centro de su vida y su mundo.

Sentados en uno de los templetos de la propiedad del conde, observaban el bonito paisaje del lago frente a ellos. Todos se encontraban en la terraza o en las pistas de entreno de los caballos de carreras, pero él quiso, tras su mañana en el pueblo, quedarse a solas con su baronesa en relajada privacidad. La rodeó con un brazo y la atrajo hacia él acomodándola en su costado antes de besar su frente, su mejilla y finalmente sus labios.

-Te has dejado galantear por ese enano embaucador durante toda la mañana.

Silvie sonrió:

-No te enceles, baroncito. -Imitó a Lucas burlona.

Marcus gruñó dándole un pequeño mordisco en el labio inferior.

-No te burles de tu barón. Bien, hablemos de algo importante. Mi secretario ha ido a buscar la licencia especial de modo que en unos días podremos casarnos. ¿No deberías comportarte como una novia ilusionada y buscar

vestidos, flores y todos los caprichos que gustes para que tu encantador prometido te colme de ellos?

Silvie sonrió:

-Lady Camile se encargará de todo y dice que puedo usar su vestido.

Marcus suspiró:

- ¿No quieres un vestido para ti sola? Sé que cuentas con pocos días, más, haré traer a la mejor modista de Londres para que te confeccione el más bonito de los vestidos.

Silvie se encogió de hombros:

-No me gusta pasarme horas en la modista eligiendo encajes, telas y patrones...

Marcus sonrió posando dos dedos bajo su barbilla para alzarle el rostro hacia él:

-Mi temeraria americana no gusta de los folletines y frivolidades tan en boga entre las damitas casaderas. -Sonrió besándola en la mejilla-. Pero algún capricho has de querer para poder exigírselo a tu complaciente prometido ¿no es cierto?

Silvie sonrió:

- ¿Me concederías cualquier capricho?

-Prueba y veremos qué resulta.

Silvie se rio enderezándose para mirarle más fijamente:

-Interesante... Déjame pensar... Si pidiese una pista de carreras para entrenar y poder montar con pantalones cuando gustase, ¿qué dirías?

Marcus se rio:

- ¿Te he mencionado ya que me encanta cómo queda tu trasero bajo unos pantalones?

Silvie abrió los ojos sonrojándose:

-Eso es una grosería.

Marcus se carcajeó atrayéndola de nuevo hacia él abrazándola.

-Y me gusta más aún sin esos pantalones y sin nada que lo cubra.

-Shhh, calla... -Miró a su alrededor ruborizándose más aún.

Marcus se rio enterrando el rostro en su cuello besádoselo suavemente.

-Mi intrépido muchachito se ruboriza cuando menciono su bonito trasero.

Silvie se rio.

-Quieres callarte. Alguien podría oírte. -Se quejaba, aunque se reía cerrando los brazos alrededor de su cuello tras auparse y quedar sentada sobre sus rodillas.

Marcus la miró sonriendo divertido porque su intrépida dama no era comedida y modosa como las damas casaderas, más, por el contrario, era osada y no temía pedir lo que gustaba o simplemente hacerlo como en ese momento sentándose en sus rodillas. Cerró los brazos a su alrededor acomodándola contra su pecho.

-Hemos de empezar la investigación. -Dijo tajante mirándolo con firmeza.

Marcus suspiró porque sabía que no podían demorarlo, especialmente si el responsable de querer asesinarlos había llegado hasta el extremo de seguirles al campo y atacarles entrando en propiedad extraña.

-Lo sé. -Inclinó la cabeza para posarla en su hombro y besarla en el cuello-. Investigaremos juntos.

-No creo que sea buena idea. Me retrasarás. -Afirmó y Marcus alzando la cabeza la miró con una media sonrisa dibujada en sus labios.

-Mi impertinente muchachito, para tu información, puede que no sea el más ducho de los investigadores, más, tampoco soy un completo inepto en labores que requieran cierta discreción e intelecto.

Silvie sonrió divertida por su cara de ofensa.

-Bueno, quizás no seas del todo inepto, pero tampoco puede decirse que seas muy hábil.

Marcus le dio un pequeño mordisco en la barbilla en castigo.

-No seas mala conmigo. Además, te recuerdo que prometiste mantenerme informado y dejarme ayudar para saberte a salvo.

Silvie suspiró pesadamente.

-Empiezo a entender que el matrimonio no será tan pacífico como pensaba. Me pasaré la vida escabulléndome de ti para poder investigar sin llevar pegado a mis faldas a un arrogante barón.

Marcus se carcajeó.

-Ni se te ocurra escabullirte de mí, fierecilla.

Silvie se encogió de hombros.

-Dependerá de lo pesado que te pongas y también de lo mucho que entorpezcas cuando investigue. -Señaló mirándolo desafiante.

Marcus negó con la cabeza sonriendo:

-Vas a tenerme siempre en guardia, ¿no es cierto?

-Pues me temo que sí. Pero no temas, eso te vendrá bien pues así no te convertirás en un ocioso y tedioso noble carente de intereses que le motiven. Yo te mantendré despierto.

Marcus gruñó enterrando su rostro en su cuello.

-Yo pensaba en otro medio de mantenerme despierto, más, supongo que habremos de usar ambos métodos...

Silvie se rio mirándolo tras tomarle el rostro entre las manos y alzárselo:

-Esa es otra grosería.

Marcus se rio entre dientes.

-En realidad, no es más que una promesa.

Silvie bufó, pero enseguida giró el rostro al escuchar la voz de sus hermanos acercándose. Se levantó de sus rodillas y él rápidamente se puso en pie tomando su mano, ambos mirando hacia el sendero proveniente de la mansión. Vieron aparecer a Samuel con Viola, William y Luisa que llevaba entre sus manos un pequeño cachorrito.

-Mira, el conde me ha regalado un cachorrito. -Sonrió orgullosa enseñándoselo a su hermana mayor.

-Qué bonito. -Contestaba tomándolo entre las manos llevándolo a la altura de los ojos para observarlo mejor-. Es un Beagle.

Luisa sonrió asintiendo.

-Papá dice que puedo quedármelo, pero que habré de entrenarlo y lord Gabriel ha dicho que me enseñará. Él tiene dos beagles y lady Brianna dice que son muy obedientes y buenos.

Marcus se rio:

-Lo que no le han dicho, mi querida señorita Luisa, es que ese conde se vio ayudado en el entrenamiento de sus dos perros de un excelente entrenador que no es otro sino el de mi propiedad.

- ¿De veras? -Preguntaba desconfiada tomando de las manos de su hermana su cachorro.

-De veras. -Contestaba riéndose por el tono y por la mirada de la pequeña-. Preguntad si no a ese pequeñajo de ahí quién le enseñó a entrenar a Capitán y a Dina.

Samuel se balanceó entre sus dos pies sonriendo:

-El señor Castell. Es el entrenador de los perritos de tío Marcus.

- ¿Y el señor Castell entrenará a mi perrito?

Marcus negó con la cabeza:

-Lo habréis de entrenar vos. Él os enseñará cómo.

-Ah bueno... -Sonrió acariciando al cachorrito-. He de buscarle un buen nombre antes de regresar a casa o la señora Wollin hará como con Bigotes...

Marcus se rio acariciando la cabeza del cachorrito.

-Pues deberá ser un nombre acorde con su dueña. Un nombre americano.

Luisa sonrió traviesa:

-Es verdad. Le podría llamar Americus.

Marcus se carcajeó pues realmente los tres hermanos se parecían sobremanera.

-Bien, es un nombre acorde con la damita que guiará sus pasos.

Luisa sonrió de oreja a oreja antes de girar y caminar con paso vivo en dirección a la terraza:

-Voy a decírselo al conde. Dice que ha de registrarlo en no sé qué libro de perros de raza.

Volvió a tomar la mano de Silvie y caminó siguiendo a los niños hacia la casa sonriendo cuando Samuel se colocó al otro lado tomando la mano libre de Silvie.

-El abuelito dice que almorzaremos aquí y que podemos montar otra vez en sus pistas esta tarde.

Silvie sonrió.

-Excelente. Así podré ganar de nuevo a esos dos hermanos míos.

-No lo harás. -Exclamó Will por delante de ellos-. Ayer tuviste la suerte del principiante.

-Tú sigue pensando eso que serás mi esclavo otros tres días.

Marcus escuchó al joven hermano de su fiera americana mascullar un par de imprecaciones mientras ella sonreía satisfecha.

- ¿El perdedor será esclavo del ganador? -Preguntaba Samuel divertido alzando el rostro hacia Silvie.

-Y deberá hacer cuanto se le pida sin rechistar.

Se rio travieso y miró a Marcus:

-Papi es el esclavo de mami cuando se porta mal.

Marcus se carcajeó.

Al alcanzar la terraza condujo a Silvie hasta los sillones donde todos se encontraban y tras la cortesía, pues los caballeros se levantaron, se acomodaron en uno de los sillones frente a Lucas y Camile que mantenía al bebé dormido en un cochecito a su lado.

-Según tengo entendido, mi querido amigo, cuando te portas mal, tu esposa te esclaviza.

Lucas alzó ambas cejas sorprendido y Marcus sonrió mirando de soslayo a Samuel.

-No alcanzo a comprenderte.

-Cuando eres malo siempre haces lo que mami dice y no te puedes quejar. - Señaló Samuel antes de llevarse a la boca un bollito que había tomado de una bandeja.

Lucas sonrió negando con la cabeza:

-No diría yo que eso es esclavitud, enano. -Camile le doy un codazo arrancándole una risa-. Cielo, no es bueno que crea que nos esclavizas.

Camile sonrió:

-Solo a ti. Con mis pequeñines no haré tal cosa.

Samuel se reía saltando del asiento para de inmediato subirse en el regazo de Camile.

Tras el almuerzo dejó a Silvie ir al campo de entrenamiento de los caballos con los niños y sus amigos para vigilarlos y protegerlos mientras él se quedaba con el padre de Camile y con Lucas comprando la yegua blanca como regalo de boda para su terca americana. Acomodados después en un salón relajados ya con lord Jillers, éste les informó de los primeros pasos que darían para investigar lo ocurrido, empezando por avisar al sargento nada más regresar a Londres y también poniendo un par de hombres que vigilasen con discreción a sus hijos mientras se encontrasen en la ciudad.

-Presumo conocéis bien a esos hombres para confiarles esa misión. -Señaló serio Marcus mirándolo.

-Los conozco y protegerán bien a mis hijos. Más no he de negar que sabiendo a Silvie empeñada en descubrir lo ocurrido, la creo muy capaz de moverse por Londres, incluidos los peores barrios de la ciudad, sin informar a nadie pues cuando se le mete algo entre ceja y ceja no se detiene hasta lograrlo.

Marcus gruñó:

-Lo que significa que habré de vigilarla como un halcón y no dejarla hacer nada sin mí a su lado.

Lord Jillers se carcajeó:

-Buena suerte con eso, milord. Esposo o no, mi hija solo atiende a su cabezonería y dudo seáis lo bastante ducho para refrenarla si quiere escabullirse de vos.

Lucas se carcajeó mientras Marcus gruñía de nuevo.

-Le pondré cascabeles. -Masculló serio.

-Padre. -La voz de Luisa que entraba con paso decidido y obviando toda formalidad les hizo a todos ellos y a Holly y Brianna que se encontraban sentadas un poco más allá junto al fuego, mirar hacia la puerta por la que entraba-. Decid a Silvie que no puede obligarme a llevar vestidos cursis durante una semana.

Lord Jillers sonrió:

-Luisa, necesito más información para juzgar si puede o no cometer tal atrocidad.

Luisa se detuvo frente a su padre mirándolo airada.

-Dice que mi castigo por perder los dos días en la carrera será llevar los vestidos que ella elija y seguro escoge los cursis llenos de puntillas y lazos para torturarme.

Lord Jillers se rio:

-Pues me temo que, sea o no con el fin de torturarte, habrás de cumplir tu penitencia. Es una cuestión de honor, Luisa. Las deudas han de pagarse por difícil y tortuosas que sean.

Luisa bufó:

-Una semana llevando vestidos almidonados. Es mucho. -Se quejaba poniendo cara de horror.

-Y cómo te pongas rebelde habrás de llevar también el pelo en tirabuzones. - Añadía Silvie entrando con pasos risueños llevando entre sus manos el

cachorrito.

-Suelta a Americus. No te mereces acariciarlo por bruja. -Respondía cabezota acercándose y quitándole el cachorro mirándola con gesto de ofensa.

Silvie se reía sentándose en el diván cerca de Holly y Brianna mirando burlona a su hermana.

-Tío Marcus. -Samuel entró con paso vivo hasta alcanzarlos-. Mañana por la mañana voy de paseo con la señorita Silvie a Dowson's, vamos a comprar cañas de pescar y en la tarde iremos a pescar al lago.

- ¿Pero no te había dicho que no acaparases a mi dama? -Preguntó alzando una ceja intentando resultar intimidante.

Samuel se encogió de hombros:

-Papi dice que no te haga caso.

Lucas se carcajeó mirando a Marcus burlón:

-Empieza a asimilar que hay lores más atractivos, encantadores y jóvenes que tú, baroncito.

Marcus rodó los ojos antes de volver a mirar a Samuel.

-Eh, enano, mañana yo iré también de paseo.

-Bueno. -Se encogió de hombros-. Entonces tú nos invitarás a desayunar. - Respondía indiferente caminando hacia su madre que entraba con el bebé en brazos.

Marcus negó con la cabeza:

-Increíble. Este enano no solo me roba las atenciones de mi dama, sino que encima me obliga a costear su flagrante intento de seducción.

Thomas, Gabriel y Lucas se rieron viéndole refunfuñar.

Y así estuvo los tres siguientes días. Por el día “competía” por las atenciones de Silvie con Samuel, lo que en el fondo le divertía sobremanera, y por las noches, tras la cena, se escabullía en el dormitorio de Silvie para quedarse con ella hasta antes de que amaneciere. Era un pequeño volcán descubriendo la pasión en sus brazos, bajo sus manos, bajo sus labios. Durante esas tres

noches durmió abrazándola en completa desinhibición dejándose llevar por la seguridad y la tranquilidad de saberla con él. Le hubo prometido no tomar su virtud hasta su noche de bodas y aunque le estaba costando un esfuerzo sobrehumano, no rompería su promesa, aunque no por ello se privaba de disfrutar y, sobre todo, de enseñarle ciertos placeres que no de otros que demostraban cuán compatibles eran y lo perfecta que Silvie era en sus brazos.

CAPÍTULO VII

Se vestía con ayuda de su valet, ya sin más que un ligero vendaje en su hombro, complacido porque su secretario acababa de llegar y traía la licencia para desposarse cuando Lucas entró en el dormitorio.

-Presumo la llegada de tu secretario significa que podrás desposarte hoy mismo en mi augusta morada. -Señalaba burlón.

-Y regresar a Londres con premura pues no ignoro que Silvie se encuentra nerviosa por no saber quién disparó.

Lucas hizo una mueca.

-Será mejor que Thomas, Gabriel y yo regresemos con vosotros dejando a Camile, Holly y Brianna aquí.

-No es necesario, Luc. Lo que ahora menos necesito es que alguno recibáis una bala que no os corresponde.

Lucas sonrió:

-No creo ello acontezca. Venga, bajemos a desayunar y a informar a la novia que hoy mismo podrá ingresar en las filas de los arrogantes nobles.

-Ni se te ocurra decir eso que aún es capaz de huir despavorida.

Lucas aún se reía ante el chascarrillo mientras entraban en el comedor tomando asiento junto a Camile quitándole el bebé de los brazos tras besarla en la frente.

-Cielo, espero no tengas planes para el día de hoy porque, al parecer, ese

baroncito se nos casa.

Camile se rio entre dientes mientras Marcus rodaba los ojos con resignación.

- ¿Te casas hoy? -Preguntaba Samuel con los carrillos llenos.

-Eso parece, enano, lo que significa que ya no podrás galantear más a mi dama pues te zurraré si te veo ponerle ojillos a mi esposa. -Samuel se rio mientras él giraba el rostro a Viola-. Y mi preciosa damita podrá ser la más linda damita de honor llevando las alianzas.

-Y mami tocará el pianoforte de la capilla. -Contestó sonriendo.

-Cielo, ¿por qué no subes a decirle a tu doncella que te ponga el vestido blanco de puntillas y te recoja el pelo prendiéndote flores como a ti te gusta? Una dama de honor debe ir elegante.

Viola salió a la carrera sin esperar que su madre dijese nada más mientras Lucas se reía.

-Mejor sube a informar a tu dama antes de que toda la casa lo sepa antes que ella. Viola no se va a contener y lo gritará como loca.

Marcus sonrió negando con la cabeza.

-Tú ve avisando al vicario que en una hora lo quiero aquí.

Lucas se reía a su espalda mientras él caminaba rodando los ojos. Llamó con los nudillos al llegar a la habitación de Silvie escuchando algunas risas en su interior y pocos segundos después abrirse la puerta apareciendo Will con la ropa de cama y el cabello desordenado mientras en una mano llevaba un bollito a medio comer.

-Milord, no creo que sea conveniente que se encuentre en la habitación de su prometida a estas horas de la mañana. -Dijo mirándole con cara de pillo antes de dar un bocado al bollito.

Marcus sonrió:

- ¿Y puedo preguntar que hace un caballere en la alcoba de mi prometida a estas horas de la mañana?

Will se encogió de hombros.

-Estamos dando de comer a bigotes y Americus.

Escuchó la risa de Silvie más allá antes de escucharla decir:

-Deja de tomar el pelo a ese pobre hombre, Will, y pregúntale qué quiere antes de que te estrangule.

Will sonrió travieso.

-Bien, pues, “pobre hombre” ¿qué es lo que queréis? -Preguntaba con sorna.

Marcus se rio negando con la cabeza empujando la puerta entrando sin más encontrándose a Silvie sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabecero junto a su hermana ambas con un animalito entre las manos y en el centro de las dos una bandeja. Sonrió ante la imagen acercándose mientras Silvie rodaba los ojos. Marcus tuvo que contener una carcajada por saberla a punto de reprenderle por volver a su dormitorio siendo de día pues se hubo marchado de allí hacía tres horas dejándola adormilada tras un ligero beso en los labios.

-Venía a informarte, mi salvaje baronesa, que en una hora vendrá el vicario para desposarnos.

Tanto Silvie como Luisa abrieron los ojos como platos de modo idéntico lo que le hizo ensanchar su sonrisa pues eran extraordinariamente parecidas.

- ¿Una hora?

- ¿Por qué tenéis tanta prisa, milord? -Preguntaba Will sentándose junto a sus hermanas mirándole con sorna-. Teméis que mi hermana recupere el sentido común y decida no casarse con vos.

-Precisamente. -Sonrió divertido-. Más, también, saberla mi esposa impedirá que estrangule a cierto americano por consideración a ella.

William echó la cabeza hacia atrás carcajeándose.

-Le diré a mi padre lo cerca que está de morir a manos de un barón de no desposarse rápido mi hermana con él.

Marcus se rio por el chascarrillo antes de mirar a Silvie.

-Bien, ¿gustas prepararte y unirte a mí en la capilla en una hora?

-En fin... -Se encogió de hombros mirándole con la misma cara de picardía que su hermano-... todo sea por salvar a los barones de mi familia de los idus de un pobre barón.

Will y Luisa se rieron mientras él, rodeando la cama, se acercó a ella y la besó en los labios haciéndolos callar de golpe que le miraron asombrados.

-Te espero abajo, mi amorosa prometida. -Tomó de sus manos el cachorro de Luisa-. Diré a Samuel que busque un elegante collar para este pobre inglés americanizado por su dueña.

Luisa se rio rodando por la cama saliendo con él a su lado mientras mirando su mano señalaba:

-Decid a milord que le coloque un collar bonito y que yo bajaré ahora para llevarlo yo en la ceremonia.

-Ponte el vestido de flores rosa con el bordado de cenefas.

Al escuchar eso se giró de golpe haciendo que sus rizados cabellos ya desordenados se removiesen de modo alocado mirando a su hermana con ganas de protestar, pero rápidamente Silvie añadió sonriéndola con maliciosa diversión:

-Aún estás bajo mis manos y quiero que luzcas ese vestido hoy. No es honorable dejar de cumplir tu penitencia a la mitad.

Luisa bufó cruzando los brazos al pecho.

-Eres el demonio.

Marcus se carcajeó de pie junto a la pequeña no solo por su mirada furiosa sino por el brillo malicioso de los ojos de Silvie.

-Seré menos endemoniada y dejaré que hoy, tras lucir ese vestido, quedes libre de tu deuda.

Will la miró abriendo los ojos:

-Si ella queda liberada yo también.

Silvie sonrió:

-Bien, quizás me lo piense si durante tu último día de esclavitud obedeces sin

quejas.

William chasqueó la lengua haciendo después una mueca:

-Eres una explotadora. -Se quejó y Silvie le miró alzando una caja-. Está bien... -Suspiró alzando y dejando caer los brazos con resignación-... No me quejaré.

Marcus se rio por la cara del pequeño y la sonrisa de Silvie mientras que Luisa se volvía a girar y lo miraba.

-Desde hoy solo podrá esclavizaros a vos.

Marcus se rio mirando con picardía a Silvie.

-Eso será si me dejo.

Luisa emitió una risilla.

-Si os dejáis... -Decía con sorna caminando con pasos risueños hacia la puerta-... Cuánto han de aprender los ingleses. -Añadía ya desde el otro lado de la puerta.

Marcus sonrió negando con la cabeza mientras Silvie se reía traviesa y Will, tras tomar el gatito de la cama, salía corriendo en la misma dirección que su hermana menor pasando por delante de Marcus, y, como aquélla, obviando toda cortesía. Cuando la puerta se cerró a su espalda se acercó a Silvie sentándose a su lado en el borde de la cama mientras ella le observaba.

-Estás muy apuesto. -Reconoció observando su atuendo.

-No puedo por menos que lucir como tal para mi hermosa prometida el día de nuestra boda.

Silvie negó con la cabeza sonriendo.

-Aún intentas embelesarme.

Marcus sonrió canalla mientras se inclinaba y la besaba en la frente y la mejilla acariciándoselas.

-Siempre. Además, he de lograr que admitas que me adoras más que al sol que nos alumbra.

Silvie se rio alzando el rostro para mirarlo.

- ¿Más que al sol que nos alumbra? ¿Qué libros de prosa florida lees últimamente?

Marcus se rio entre dientes.

-Bien, lección aprendida. A mi muchachito impertinente no le agrada la prosa florida. -La besó en los labios dulcemente solo como una caricia antes de mirarla a sus bonitos ojos chocolate tan perspicaces y profundos como sinceros-. No te demores en exceso que tu ansioso prometido te esperará nervioso. Además, cielo, no necesitas engalanarte para estar preciosa y deliciosa.

Silvie sonrió enrojando ligeramente de gusto por el halago. Le empujó ligeramente para que se levantase.

-Márchate ya. Luego no llames a lord Samuel seductor de medio pelo cuando tú empleas las mismas armas que él.

Marcus se carcajeó levantándose.

-Obviaré semejante impertinencia. Compararme con ese enano acaparador. - Se reía caminando hacia la puerta con el cachorrito en una mano.

Apenas veinte minutos después, tras salir de la bañera donde se hubo dado un largo baño perfumado con lavanda, la esperaban en la habitación la marquesa y lady Brianna y lady Holly que sonrieron al verla aparecer no haciendo mención a la cara de sorpresa que seguro lucía.

-Hemos venido a ayudarte a prepararte. -Sonrió Brianna de oreja a oreja.

-Oh bueno, sois muy amables.

-Al contrario, -se rio Holly-, lo que hacemos es asegurarnos de que no sales huyendo. -Bromeó tomándola de la mano guiándola hacia el tocador-. Ahora te dejarás vestir como una inglesa, aunque todos sepamos que no es más que un mero disfraz.

Silvie no pudo sino reírse por el chascarrillo dejándose llevar. Media hora después las tres salían de la alcoba con una sonrisa satisfecha mientras ella se miraba ligeramente nerviosa en el espejo. ¿Realmente iba a casarse? Había aceptado y no podía negar que estar con el barón era algo completamente alejada de la idea que ella se hubo formado de un posible enlace con un noble,

más, no dejaba de ser noble. Ella no encajaba bien en ese mundo. Su paso por la escuela de señoritas fue una prueba irrefutable de ello. Aún meditaba nerviosa sobre ello cuando un par de golpecitos en la puerta abriéndose de inmediato sin esperar a que diere permiso la hizo girar encontrándose a Will elegantemente vestido entrando seguido de Samuel que sonreía llevando entre las manos un bonito buqué de rosas.

-Tío Marcus dice que te acompañemos pues somos tus caballeros.

Will se rio acercándose y entregándole las flores tras tomarlas de las manos de Samuel.

-En realidad, lo que ese barón quiere es asegurarse que no huyes. -Bromeó alzando las cejas varias veces con picardía.

Silvie se rio tomando las flores:

-Pues lo tendría difícil ya que la casa se encuentra llena de lacayos, criados e ingleses incordios. -Le respondía con el mismo tono-. Sería complicado escaparme sin que me vieran.

Will chasqueó la lengua:

-Sí, quizás sea tarde.

Samuel tomó su mano sonriendo:

-Vamos. Cuanto antes termine la ceremonia antes podremos comer pastel. Mami me ha dicho que en las cocinas han elaborado pastel de crema.

Silvie sonrió dejándose llevar hasta la puerta mientras Will se reía llamando a Samuel “inglés tragón”.

En uno de los salones de la planta de abajo esperaba Marcus con Thomas, Lucas, Gabriel y lord Jillers mientras sus esposas se encontraban ya en la capilla.

- ¿De modo que lo que pretendéis es llevar a mi hija unos días a vuestra propiedad de Kent? -Marcus asintió serio-. Pues espero, milord, no esperéis disfrutar con ella de unas idílicas y tranquilas jornadas en la campiña inglesa pues, aunque solo sea para cambiar su rutina, será capaz de pergeñar vuestro asesinato.

Thomas, Gabriel y Lucas prorrumpieron en carcajadas mientras que Marcus se mordió la lengua para no decir que él pretendía mantener a su baronesa muy, pero que muy entretenida con ciertas actividades que implicarían mucho ejercicio y poca ropa.

-Ya puede empezar la ceremonia. -Anunciaba Viola entrando en el salón después de bajar las escaleras en la que había estado esperando la señal que le daría Luisa cuando su hermana por fin saliese de su alcoba acompañada de Will y Samuel.

Marcus sonrió de oreja a oreja cediendo el paso a lord Jillers al tiempo que Lucas, con evidente sorna, decía:

-Espero estéis preparado para dejar que esa fierecilla dirija con mano dura el futuro de este pobre barón el cual acudirá lloroso a vos por las penalidades a las que se ve abocado a mano de vuestra hija.

Lord Jillers se carcajeó mientras que Marcus rodó los ojos con resignación no disimulada.

-Mientras no sea mi hija la que acuda a mí llorosa pues de hacerlo me veré en la obligación de disparar a ese barón por mentecato... -Advirtió lord Jillers aun riéndose.

Marcus suspiró pesadamente tomando en brazos a Viola.

-Vamos, mi linda damita de honor, he de desposarme.

Al llegar a la capilla se situó junto al vicario que parecía haber dado buena cuenta de los licores de Lucas durante la espera pues no solo tenía los ojos ligeramente vidriosos sino también las mejillas enrojecidas. Gruñó inclinando un poco el rostro hacia Lucas que ejercía de padrino y bajando la voz masculló malhumorado.

-El vicario está algo más que achispado.

Lucas sonrió canalla.

- ¿Cómo crees que he logrado que venga tan rápido? Pues prometiéndole acceso a mis bien conocidos licores.

Marcus suspiró:

-Estupendo. Me va a casar el vicario más beodo en millas a la redonda.

-En realidad, es el único en millas a la redonda. -Contestaba Lucas riéndose entre dientes-. Más, no te apures, baroncito, me aseguraré de que firme el acta de matrimonio antes de caer redondo sobre mi alfombra.

Marcus iba a protestar, pero su protesta y toda palabra quedó en su garganta cuando vio bajo el arco de la entrada de la capilla a Silvie, flanqueada por su hermano y por Samuel. Estaba preciosa con un vestido de organdí en color blanco con pequeños y delicados encajes en las mangas, cuello y cintura del vestido. Llevaba el cabello recogido con pequeñas florecillas naturales prendidas en su cabello lo que no dudaba habría sido idea de Camile pues sabría que a Silvie no gustarían ni las tiaras recargadas ni tampoco los sombreros elaborados con excesivos retoques. Tuvo que contener el aliento cuando ella fijó sus ojos en él antes de ponerse a caminar por el pasillo con su padre ya de su brazo pues lord Jillers se colocó a su lado antes del primer paso. Estaba seguro que sonreía como un bobo mientras ella se acercaba a él con paso firme y mirada segura. Sí, su baronesa no era una pusilánime asustadiza y menos aún una mujer incapaz de enfrentarlo y ponerlo en su lugar cuando fuese necesario.

Al alcanzarlo se apresuró a tomar su mano como si temiese que se arrepintiese y enseguida Silvie le sonrió, pero miró de soslayo al vicario y frunciendo el ceño preguntó bajando la voz.

- ¿Nos va a casar un vicario borracho?

Marcus soltó una carcajada incapaz de evitarlo.

-Culpa al mentecato del marqués que está a mi lado pues lo ha dejado a solas con sus licores.

Silvie rodó los ojos negando con la cabeza, pero sin tiempo a decir nada Samuel se colocó delante de ellos mirando al vicario con gesto terco.

-Ya puede casarlos. Mami dice que hasta que no se casen no podemos tomar tarta.

Lucas se rio tomando a Samuel de un hombro para colocarlo a su lado.

Marcus sintió el ligero temblor en la mano de Silvie cuando el vicario, con

voz algo pastosa, les preguntó a ambos si aceptaban ser esposos y él, queriendo hacerla sentir segura y en el lugar en el que debía estar, a su lado, con él, enredó sus dedos entre los suyos afianzando sus manos. Sonrió unos minutos después cuando deslizó por su dedo la hermosa gema que las baronesas de Varité habían lucido generación tras generación, aunque a él lo que iba a gustarle de veras sería entregarle esa noche el broche con el balsón familiar y que elaborado con algunas de las gemas más envidiadas de las islas solo ella luciría pues la declarararía suya sin ambages y sin temor. A diferencia de lo que le ocurrió con Ariana, a la que jamás entregó esa joya pues nunca se sintió con deseos de ponerla en sus manos y menos aún verla prendida en su pecho, con Silvie solo sentía la necesidad de vérsela lucir, de saberla llevándola porque él se la hubo entregado y porque lo aceptaba como esposo.

Ni siquiera esperó que el vicario le felicitase para rodear a Silvie por la cintura y acercarla a él en un abrazo posesivo.

-Ya eres mía, mi baronesa. -Murmuró antes de besarla hasta que un par de tirones en su levita le hicieron gruñir y mirar hacia abajo sin romper su abrazo.

-Ahora toca tarta. -Dijo Samuel mirándolo exigente.

Silvie se rio entre dientes mientras que él suspiró.

-Enano, suerte tienes de que tenga a mi dama entre los brazos porque si no te daría un coscorrón.

-Mami no te dejaría. -Afirmó tajante antes de girar y correr hacia su madre.

Silvie se rio porque Marcus se separó tomando su mano mirando a Samuel con paciencia.

-Ya estamos casados, fierecilla, deberías apoyarme incondicionalmente y no reír por las impertinencias de ese lord endemoniado.

-Mejor que lady Camile no te escuche tildar a su hijo de endemoniado o conocerás sus idus. -Se rio ella arrancando una carcajada a Lucas que daba una palmada en el hombro de Marcus divertido.

-Sí, mejor haz caso a tu baronesa y no des motivos a mi esposa para dejarla viuda antes incluso de cumplir un día de desposada.

Marcus sonrió y, rodeando por la cintura a Silvie con un brazo, la pegó a su costado.

-Vamos, mi en breve viuda esposa, salgamos de la capilla y de los peligros que se ciernen sobre nosotros.

Antes incluso de dar dos pasos se plantó frente a ellos Luisa con su perrito entre las manos.

-Ya he cumplido mi penitencia, ¿puedo quitarme ya este tortuoso vestido?

Marcus se rio mientras que Silvie entrecerraba los ojos:

-Está bien, pero recuerda que ha sido mi generosidad la que te ha dejado libre.

-Ha sido tu “generosidad” la que me ha sometido a esta tortura. -Respondía mirándola desafiante antes de salir a la carrera por delante de ellos.

Marcus se rio:

-Empiezo a sospechar que esa fierecilla es aún más impertinente y peligrosa que tú y eso que lo creía imposible.

-Nada es imposible. -Masculló Will pasando a su lado con un panecillo de crema al que acababa de dar un bocado.

- ¿Ya has asaltado la mesa del almuerzo? -Preguntaba Silvie antes de suspirar pesadamente mientras le veía caminar por delante de ellos con paso vivo.

- ¿Qué puedo decir? He encontrado un salón con mesas llenas de cosas deliciosas sin vigilancia alguna. No podía desaprovechar la ocasión. Sería un desperdicio y a mí no me gusta desperdiciar las oportunidades que la Diosa fortuna me ofrece.

Marcus se carcajeó por la respuesta viéndole mirar a su hermana por encima del hombro con una sonrisa traviesa con ciertos rastros de crema en las comisuras de su boca.

-Lo retiro, no hay una sino hay dos fieras más impertinentes y peligrosas que tú. -Señalaba sin soltarla mientras caminaban con todos los demás siguiéndolos.

Silvie sonrió traviesa:

-Pues si lo que decías de tener muchos hijos era cierto, puedes estar seguro que habrá más fieras impertinentes y peligrosas a tu alrededor. Los americanos somos unos rebeldes.

Marcus se carcajeó antes de tomarla por cintura pegándosela a él y poniéndola a su altura:

-Estoy deseando que esos rebeldes invadan nuestro hogar. -La besó suavemente sin soltarla-. Aunque voy a tener que empezar a endurecer mi carácter para lograr imponerme a mis rebeldes hijos antes de que se alíen con su madre para dominar mi destino.

-Tío Marcus, deja de besar a tía Silvie. Tenemos hambre.

La voz de Samuel les hizo a los dos girar el rostro encontrándose a todos mirándolos detenidos tras ellos esbozado una sonrisa socarrona los adultos mientras que Samuel les miraba con reproche.

Silvie se soltó de su agarre alargando el brazo en dirección a Samuel que presto corrió hacia ella tomando su mano.

-Vamos, milord, según parece una deliciosa tarta nos espera y estoy deseando hincarle el diente.

Los vio pasar por delante de él y elevando los brazos los dejó caer suspirando:

-Recuerda que eres mi baronesa. Es a mí a quién has de atender no a ese enano comilón. -Se quejó inútilmente.

-Ni ya desposado logras evitar verte superado por mi hijo. Baroncito, has perdido todos tus talentos. -Se burló Lucas pasando a su lado llevando del brazo a Camile que se reía al igual que sus amigos que pasaron también a su lado siguiendo a Silvie y Samuel.

Al llegar al salón tomó de nuevo a Silvie de la mano acercándola a él posesivo besándola en la sien, el cuello y la mejilla haciéndola ruborizar.

-Ahora ya no puedes reprocharme tomarme licencias, *esposa*. -Sonrió canalla-. Además, deja de conceder tu atención a ese enano y dedícamelas a mí que me las merezco.

Silvie se rio:

- ¿Te las mereces por desposarte conmigo? Es lo contrario, soy yo la merecedora de todas las atenciones y caprichos por haber accedido a unir mi vida a la tuya con el tortuoso final que eso supone.

-Tortuoso final...-Repitió él con un brillo peligroso en los ojos-. No me des ideas, esposa, que soy capaz de cometer todas las tortuosas cosas que se me ocurren.

Silvie se ruborizó como una amapola mirando en derredor dándole un codazo:

-Calla, bruto. -Siseó mirándolo con reproche haciéndolo sin embargo reír divertido.

-Ven. -Tomó su mano y la acercó a una mesa situada en el centro del inmenso salón decorado con flores y bonitos candelabros-. Cortemos la tarta para que ese enano se encuentre ocupado devorándola mientras yo me llevo a mi esposa para devorarla.

-Shh, calla burro. -Le reprendió de nuevo, aunque se reía dejándose llevar.

Samuel se acercó a la carrera mirando a Marcus ansioso:

- ¿Vas a cortar la tarta?

Silvie se rio asintiendo:

-Así parece. ¿Queréis el primer trozo? Habéis cumplido muy fielmente vuestro cometido es lo menos que os merecéis.

-Es verdad. Me he portado como un caballero atento. -Afirmó tajante arrancando una carcajada a Marcus que lo sentó a un lado de la mesa con sus piernas colgando.

-Menudo caballero atento... -Negó con la cabeza tomando la espada que le cedía Lucas que, como los demás, se colocaron alrededor de la mesa, a salvo el vicario que se encontraba sentado en un sillón con una copa de licor en la mano y sus mejillas aún más enrojecidas que durante la ceremonia.

Tomó la espada y tomando la mano de Silvie la posó en el mango poniendo la suya sobre la de ella guiándola hacia la cúspide de la tarta de tres pisos. Tras hacer dos incisiones el mayordomo tomó el trozo cediéndole el plato a los

esposos. Marcus sonrió alargando el brazo cediéndoselo a Samuel que riéndose travieso lo tomó ansioso.

Marcus le devolvió la espada a Lucas que le miraba con sorna antes de girar hacia Silvie y tomándola de ambas manos la apartó de la mesa.

-Ahora, mi baronesa, subirás y meterás en una bolsa lo necesario para viajar tres días. Iremos a caballo y no necesitarás muchas cosas, prometido. El resto de tus cosas se enviarán a Varcum donde pasaremos una semana antes de regresar a Londres pues allí habrán regresado todos.

Silvie entrecerró los ojos.

- ¿He de viajar hasta Kent a caballo con vestido de amazona?

Marcus sonrió canalla acercando su rostro al de ella bajando la voz.

-Tengo una sorpresa para ti. Sube y la descubrirás. No tardes en exceso o estos pesados nos retrasarán y quiero disfrutar de mi baronesa cuanto antes sin tener que compartirla con enanos acaparadores ni amigos molestos.

Silvie sonrió nerviosa por la idea de una sorpresa y más por viajar a solas con él sin nadie acompañándolos.

Subió corriendo y al entrar en su dormitorio encontró sobre la cama extendido un traje de Amazonas. Frunció el ceño al acercarse, pero cuando lo observó al detalle sonrió. Había convertido las faldas en una suerte de pantalones muy anchos que parecían unas faldas sin serlo. Corriendo entró en el vestidor y tomó algunos enseres básicos, como cuando iba de viaje con su padre, un par de pistolas y un cuchillo y pocas ropas más. Se apresuró a vestirse dejando sobre la cama el vestido de novia que le hubo prestado lady Camile y se recogió el cabello en un sencillo recogido donde prender el sombrero de modo cómodo y firme. Le entregó la bolsa a un lacayo y sin tardanza bajó al salón donde aún se encontraban todos, pero antes de alcanzar la puerta una mano tomó su brazo y la detuvo haciéndole girar y detenerse.

-No, no... por ahí no. -Marcus tomó su mano y la llevó por el pasillo hasta un de los salones del otro lado sacándola por la terraza y por el jardín que atravesaron para llegar hasta los establos.

Silvie sonreía dejándose llevar mientras él la miraba de soslayo con una

sonrisa traviesa.

- ¿No puedo despedirme?

-Los verás en una semana. Diez días a lo sumo. Y yo, ahora mismo, estoy loco por consumir el matrimonio.

Silvie se rio:

- ¿De veras? -Preguntó con ironía haciendo a Marcus gruñir y detenerse de golpe haciéndola chocar con él antes de ser rodeada por sus brazos.

-Silvie, estoy loco por tenerte entre mis brazos y devorar cada rincón de tu delicioso y revoltoso cuerpo sin ningún límite. Sueño con ello desde que vi tu bonito trasero dibujado bajo los pantalones en el camarote y tu cabello cayendo en desordenados rizos por tu espalda.

Silvie sonrió alzando los brazos para rodearle el cuello mirándolo burlona.

-Te quedaste prendado de mi trasero, ¿no es cierto? -Dijo provocativa.

Marcus bajó las manos a ese trasero acariciándose por encima de las telas de terciopelo de los pantalones que él hubo mandado hacer para ella.

-Tienes un traserito irresistible, mi baronesa.

Silvie se rio por su tono y por sus caricias.

-Tanto que pareces incapaz de permitirme unos minutos para despedirme de mi familia solo para poder devorarlo con presteza.

-Lo has entendido. Y, ahora, marchémonos antes de que aparezca ese enano acaparador intentando reclamar tus atenciones.

La volvió a tomar de la mano llevándola hasta los establos donde dos caballos estaban listos para ellos con sus dos bolsas atadas en ellos y dos mozos sujetándolos. Marcus sonrió tomándola por la cintura aupándola a una yegua blanca que ella reconoció enseguida.

-Es la yegua del conde Bromerton.

-No, cielo, es tu yegua.

Silvie le miró con los ojos como platos antes de bajar los ojos al cuello de la yegua acariciándose.

- ¿Mi yegua? -Preguntaba en un susurro antes de sonreír-. Me la has comprado.

Marcus se colocó a su lado ya subido a su castrado y sonriendo se inclinó besándola en la mejilla:

-Soy un esposo encantador.

Silvie se rio:

- ¿Por qué presumo detrás de este regalo se esconde un interés?

-Porque eres una malpensada. -Respondía riéndose entre dientes-. Vamos, en un par de horas llegaremos a nuestro primer destino.

- ¿Primer destino?

Marcus sonrió porque la sabía intrigada y eso despertaba en ella un brillo curioso y despierto que pensaba azuzar a la menor ocasión.

-Nuestro primer destino.

-Pero entonces, ¿No vamos a Varcum?

Marcus sonrió:

-Cielo, tardaremos tres días en llegar. Tres días en los que estaremos solos y sin nadie que nos estorbe.

Silvie se rio entre dientes.

-Eres un maquinador sibilino.

-Sigue a tu maquinador sibilino, mi baronesa.

Salieron de la finca a galope lo que a Silvie le resultaba cómodo pues esas faldas le permitían montar a horcajadas en silla de caballero. Marcus la observaba con placer mientras ella cabalgaba a su lado dejándose guiar. La sabía disfrutando de esa libertad y no sería él quién coartase esos momentos ni esa alegría en ella. Apenas tardaron tres horas en llegar a su destino. Se detuvo en lo alto de una loma y cuando ella se colocó a su lado señaló una casita de piedra de la que salía humo por la única chimenea que tenía.

-En esa casa pasaremos el resto del día y nuestra primera noche.

Silvie observó la casita de piedra rodeada de un pequeño huerto con algunas

vacas en un cercado y después le miró a él.

-No tiene aspecto de posada.

-Porque no lo es. Es la casa del sargento Venset, uno de mis segundos durante la guerra. Mandé aviso para que nos la prestara una noche y antes mi valet vino a dejarlo todo listo.

Silvie sonrió divertida.

-Reitero, barón, que sois muy sibilino.

Marcus se carcajeó.

-Lo soy cuando tengo una meta. -Alzó varias veces las cejas travieso haciéndola reír y sentir cierto cosquilleo nervioso que ya reconocía pues lograba que ella lo sintiera en esas noches que hubo estado a su lado.

-Pues espero en esa bonita casa haya una tina donde poder quitarme el polvo del camino.

Marcus se rio:

-Umm apetitosa imagen... mi dulce esposa desnuda en agua enjabonada.

-Eres un sátiro.

Marcus se carcajeó:

-Ya comprobarás cuán cierta puede ser esa afirmación. Vamos, mi baronesa, cuanto antes lleguemos antes podrás sumergirte en agua mientras tu sátiro esposo observa con deleite la escena.

Silvie se rio negando con la cabeza:

-Mi esposo es un sátiro irredento. Qué futuro me espera.

-El mejor de todos. -Sonrió espoleando sus talones en los flancos del caballo-. Vamos, mi baronesa, tenemos muchas cosas que hacer.

Silvie se reía siguiéndole a galope. Cuando alcanzaron la casa, saltó del caballo de un salto y Marcus tomó las riendas de los caballos diciéndole:

-No entres. Es nuestro primer umbral tras la ceremonia y pienso llevar a mi esposa en brazos cuando lo cruce. Dejaré los caballos en el establo.

Silvie sonrió asintiendo y viéndole caminar hasta un pequeño establo más allá. Después ella se quedó observando lo que le rodeaba. La casa era bonita. De ladrillo marrón con el tejado azul y las ventanas de madera firme y sólida. El jardín lucía cuidado, como el huerto y el rosal que se encontraba a la sombra de uno de los grandes robles. Más allá, el campo arado parecía recién cultivado imaginaba que de trigo o cebada. Empezaba a correr una ligera brisa de la tarde lo que era realmente agradable. Se desprendió del sombrero y se soltó el cabello agradeciendo el verse libre de las horquillas. Sonrió poniendo el rostro en dirección al sol que pronto empezaría a caer.

Marcus salió del establo y la vio frente a la puerta, con su cabello suelto y el rostro iluminado por el sol. Sonreía y parecía feliz. La sensación de plenitud que sintió cuando ella le aceptó volvió a recorrerle el cuerpo y no pudo evitar esbozar la misma sonrisa que ella. Se acercó en silencio y dejando caer las bolsas de ambos a su lado, la rodeó para abrazarla por la espalda para finalmente abrazarla por entero besándola en el cuello.

-Estás preciosa mi baronesa.

-Y más lo estaría bien aseada tras un baño. -Lo miró por encima de su hombro sonriendo.

Marcus se rio y tomándola entre sus brazos la aupó.

-Pues lo que mi esposa desee, mi esposa lo tendrá. Abre la puerta, cielo, que tengo las manos ocupadas llevando a mi baronesa.

Entraron en la casa donde el fuego de una chimenea al fondo de la estancia iluminaba todo el lugar de modo sutil pero agradable.

- ¿Dónde se supone que están ese sargento y su esposa? -Preguntaba rodeándole el cuello con los brazos mirando en derredor.

- ¿Cómo sabes que está casado?

-Por la decoración. Un caballero soltero jamás habría puesto esos detalles que dan cierta amabilidad al hogar.

-Me encanta cuando te sale la vena detectivesca. -Sonrió besándola en el cuello y después en la mejilla haciéndola mirarlo-. ¿Te apetece un baño o prefieres comer un poco antes?

-Quiero un baño. -Afirmó sonriendo-. Y como imagino habremos de llenar la tina con cubos del pozo que he visto fuera será mejor que nos pongamos a calentarlo.

Marcus se rio dejándola de pie en el suelo.

-Eres muy mandona, ¿te lo había dicho?

-No se me había acusado de eso nunca. -Respondió con gesto orgulloso haciéndolo reír.

-Mentirosilla. -La besó en los labios de modo ligero antes de ir a la pequeña cocina contigua a ese salón-. Busquemos esos cubos y mientras yo me ocupo del agua, tú te encargas de llevar las dos bolsas al dormitorio.

Silvie asintió lanzando de modo despreocupado su sombrero sobre el sillón del fondo haciendo sonreír a Marcus llamándola burlonamente salvaje.

Mientras él ponía cubos de agua colgados del gancho de la chimenea ella sacaba algunos enseres, entre ellos el jabón, dejándolos en la banqueta junto a la tina y después regresó al salón y decidida a la cocina tomando varias cosas de la mesa agradeciendo que el valet del barón fuere un hombre competente por lo que parecía pues había preparado un completo banquete. Tomando un panecillo con queso regresó al salón mordisqueándolo.

-Tienes un valet muy considerado. -Dijo sonriendo ligeramente mientras masticaba.

Marcus enganchó el último cubo y la miró

-Creía que querías darte un baño primero.

-Y quiero, pero mientras se calienta el agua no voy a desperdiciar el tiempo. - Respondía antes de dar otro bocado al panecillo dejándose caer junto a él frente a la chimenea.

Marcus riéndose inclinó la cabeza dándole una buena dentellada al panecillo que ella sostenía antes de tirar de ella para dejarla caer en sus brazos.

-Pues a mí se me ocurre un modo mejor de emplear el tiempo mientras se calienta el agua, empezando por desnudar a mi deliciosa esposa.

Silvie se rio antes de llevarse el ultimo bocado a la boca y le miró divertida.

-Pues no veo por qué no puedas hacer eso. Nos ahorrarías trabajo a ambos para después y no creo que me escandalice por tu descarado comportamiento ya que no será la primera vez que me desnudes, mi sátiro esposo.

Marcus se carcajeó rodando para dejarlos a ambos quedar tumbados sobre una alfombra de lana que cubría el suelo de piedras.

-Hemos adelantado mucho trabajo en estos días pasados, ¿no es cierto, mi pecaminosa baronesa? Ya no sientes vergüenza cuando tu entregado esposo se deleita ante tu hermosa desnudez.

-Has hecho muy bien tus deberes. -Sonrió coqueta enredando sus dedos en su cabello tras sus orejas-. Y has cumplido tu promesa de esperar hasta la boda.

-Y mi esfuerzo me ha costado, puedes estar segura.

-Es que soy irresistible, como mi trasero.

Marcus se carcajeó por su descaro y su forma de embromarlo.

-Definitivamente eres la esposa perfecta para un sátiro como yo.

La alzó sentándola a horcajadas sobre él para de inmediato desabrochar el frontal de su camisa pues ella se hubo quitado antes la chaquetilla del traje de amazona. Sonrió al ver el bonito cuerpo de encaje que llevaba bajo la camisa, seguramente escogido para usarse debajo del vestido de novia. Deslizó los dedos por las copas del cuerpo y de un pequeño tirón las bajó dejando al aire esos dos plenos pechos que se llevó a la boca sin siquiera dar tiempo a un segundo pensamiento. Lamió, mordisqueó y tiróneó de ambos pezones arrancando leves gemidos de Silvie que se aferraba a sus hombros con fuerza. Sintiendo como su cuerpo reaccionaba de inmediato, la alzó ligeramente para colocarla a su lado.

-Desnúdate. -Le ordenó mirándola con ojos intensos y reclamantes.

Silvie parpadeó situada de rodillas a su lado instantes antes de que él se impulsase y comenzase a desnudarse sin apartar los ojos de ella, que sintiendo la misma urgencia que él, se puso de pie y comenzó a quitarse sin ninguna delicadeza las ropas que dejaba caer a uno y otro lado, como él, sin preocuparse en exceso de ellas.

En cuanto la tuvo desnuda delante de él con su cabello cayendo suelto por su

espalda mirándolo con el mismo deseo que intuyó desde la primera noche que se durmió en sus brazos, supo que iba a tener que contenerse pues ante él se hallaba la mujer que era su única dueña y el motivo que le haría sonreír cada mañana al despertar. La tomó de la mano y la llevó hasta la alfombra donde la tumbó con cuidado colocándose ligeramente sobre ella que, reclamante y ansiosa como era, ya tiraba de él exigiendo sus besos y caricias como solo ella podría hacerlo.

Sentada entre las piernas de Marcus agotada y completamente entregada a la más disoluta dejadez miraba los enormes troncos que cruzaban la parte superior de techo de madera.

Sentía cierto escozor entre sus muslos y al mismo tiempo esa agradable sensación de pertenencia y plenitud que aún perduraba en ella tras haberlo sentido dentro de ella, pleno, duro, vibrante. Se había sentido tan viva y llena de una sensación de euforia que no lograba entender cómo había ignorado el deseo hasta durante tantos años. ¿Cómo era posible que a las mujeres les enseñasen que ese deseo, ese dejarse vencer por sus apetitos en brazos de un hombre al que pertenecían estaba mal? Le había hecho sentir tan deseada, tan hermosa y perfecta, que nada en lo que habían hecho hasta ese momento podría considerarse inadecuado o impropio de una dama inocente. Lo supo conteniéndose, teniendo cuidado hasta que ella, en una orden exigente le hubo ordenado dejarse llevar pues sentía que él, que los dos, debían entregarse por entero. Y lo hizo. La tomó sin ambages, marcándola con esa vara que le había parecido enorme y también salvaje, y que sin embargo, ahora sentía era suya y solo suya y como viese a una mujer intentar quitárselo, no sabría como controlarse pues seguramente la mataría. Ladeó el rostro para poder mirar a Marcus que mantenía sus manos en relajada tranquilidad sobre su cuerpo acariciándolo de modo distraído.

-Aún no me has dicho ¿Dónde están el sargento y su esposa?

-Disfrutando de una semana en mi mansión de Oxford.

Silvie miró por encima de su hombro sonriendo.

- ¿Los has mandado a tu mansión en Oxford para poder pasar una noche aquí?

-Y les he prometido que me aseguraría que una pareja de jornaleros cuidará de

sus campos y animales.

Silvie se rio entre dientes:

- ¿Cada una de las tres noches que pasemos hasta llegar a Varcum te ha costado un soborno?

Marcus que le acariciaba ocioso sonreía divertido por su despreocupada forma de embromarlo.

-Mañana dormiremos en una posada y la última noche pretendo pasarla con mi esposa en unas ruinas bajo las estrellas que se encuentran en mi propiedad y que dicen se encuentran embrujadas.

Silvie se rio removiéndose para darse la vuelta sentándose a horcajadas sobre él rodeándole el cuello con los brazos pegando sus pechos a ese torso duro como una roca que a ella le encantaba.

- ¿Qué clase de esposo lleva a su esposa a un lugar embrujado?

-Uno que piensa embrujarla para asegurarse que pasa el resto de sus días y sus noches a su lado.

Silvie se rio ladeando el rostro para mirar la bañera que aún permanecía con agua ya, seguramente, helada.

-Imagino que al no contar con valet ni doncella deberemos vaciar la bañera.

Marcus gruñó rodando para dejarla bajo su cuerpo.

-Será algo de lo que nos preocuparemos mañana. Ahora, mi deliciosa esposa, va a darme un pequeño festín.

-No te lo doy porque tú lo tomas sin pedir permiso. -Contestaba riéndose mientras él ya mordisqueaba sus pechos.

Marcus observaba el cuerpo desnudo de su americana que había sucumbido al sueño, agotada y saciada tras haberla tenido durante horas en sus brazos, amándola como nunca había amado a una mujer. Dormía abrazada a un almohadón, boca abajo, sin atavío alguno pues él no iba a privarse del delicioso placer de sentir su piel rozándose con la de él. Sonrió deslizado un dedo por la línea de su espalda en dirección a ese trasero que era perfecto. Redondeado, firme, sedoso y completamente adictivo. Cuando estuviese

preparada él lo tomaría con el mismo placer y ansiosa lujuria que la había tomado esa noche. Posó la mejilla en la curva de comienzo de ese trasero y se lo acarició con reverencia. Gruñó porque solo tener esos pensamientos con ella lograba hacerlo endurecer como una roca. Con cuidado se aupó quedando de costado.

-Cielo... -La llamaba con dulzura besándole el hombro y el cuello tras deslizar sus rizos oscuros a un lado-. Cielo... tengo hambre. Sé que te he dejado agotada pero tu esposo necesita hincarte el diente.

Silvie se removió ligeramente dándole un manotazo en la cara.

-Déjame pesado. Quiero dormir.

Marcus se rio entre dientes abrazándola por entero cubriéndola con su cuerpo meciedo su vara con lentitud entre sus dos cumbres perfectas tras abrirle ligeramente los muslos.

-Cielo, me tienes duro como una roca, necesito enterrarme en mi esposa o moriré de dolor.

Silvie se rio enterrando el rostro en el almohadón.

-Eres un exagerado. ¿Morir de dolor? -Preguntó traviesa mientras parpadeaba y le miraba por encima de su hombro.

-Sí. Me duele no estar dentro de ti.

Contestaba ronco enterrando el rostro en su cuello mientras deslizaba una mano bajo su cuerpo buscando los pliegues entre sus muslos haciéndola gemir en cuanto comenzó a acariciárselos con lenta y experta mano logrando que ella meciese su trasero y se restregase contra él en involuntaria reacción.

-Vamos, amor, alza tu delicioso trasero que quiero enterrarme en esa cálida cueva que es mi paraíso.

Silvie gemía y sentía su cuerpo arder y cosquillar con solo sentirlo acariciándola y sobre todo con esos diestros movimientos de su mano que lograban incluso hacerla estallar en un placer desconocido hasta conocerlo a él.

Obedeció casi sin voluntad alzando sus caderas y pegándose más y él, de un

solo empujón, la impulsó hacia atrás quedando de rodillas con él detrás ella. Apenas hubo apoyado los codos en el colchón la agarró por las caderas con fuerza mientras con una rodilla le abría más las piernas y de un solo empujón la empujó haciéndola gritar de puro placer. Se quedó dentro de ella unos segundos antes de simplemente moverse tras ella restregándose con su trasero creando una fricción en su interior que le hizo gemir de pura lujuria. Era como si su dura y caliente espada acariciase cada punto sensible de su interior haciéndola sentir un sinfín de cosquillas y de sensaciones del todo indescriptibles. Sintió más que oyó el gruñido de él en su oreja cuando pegó su torso a su espalda abarcándola por entero.

-Vamos, fierecilla, -habló ronco y con la respiración forzada-, muévete de ese modo que me vuelve loco, apriétame dentro y hazme gritar.

Gimió cerrando fuerte los ojos dejando caer la cabeza entre sus brazos pues le volvía loca que le dijere esas cosas licenciosas y calientes sintiéndose poderosa, ardiente, plena. Balanceó sus caderas mientras lo apretaba en su interior con él solo enterrado sin más movimiento que el de sus respiraciones. Le escuchó gruñir más antes de auparse sujetándola de nuevo las caderas.

-Basta, basta o me correré sin remedio. -Ordenó jadeante antes de poner una mano en su hombro sujetando con la otra su cadera-. Sujétate nena que quiero marcarte.

Silvie le miró por encima de su hombro y vio una mirada fiera en sus ojos azules, hambrienta y peligrosa y una sonrisa canalla en sus labios antes de sentirlo salir de su interior para en un segundo verse literalmente atravesada por esa espada que ahora sentía latir en su interior. Gritó de placer pues parecía que había golpeado un punto en su interior que literalmente le lanzaba olas de placer de manera salvaje. Salió y volvió a empujarla con la misma fuerza sintiendo ese mismo golpe y placer atravesarla. Más, más, más, gritaba una voz salvaje en su interior y como si él la hubiese oído empezó a entrar y salir de ella con fuerza, con viveza y con un ritmo implacable arrancándole oleadas de placer, de salvaje placer.

Marcus la veía frente a ella arqueando su espalda en cada envite, sus gritos colmar su propio placer con idéntica fuerza que la de él y se enardeció más si es que lo creía posible. Su pene vibraba, su corazón bombeaba frenético

sintiéndola apretarlo, acogerlo, engullirlo. Empezó a bombear en ella con salvaje fuerza, como nunca en su vida, sintiéndose poderoso, lleno de vida y con su cuerpo vibrando de puro gozo en cada envite, en cada golpeteo de sus caderas con esas deliciosas cumbres. Cerraba con fuerza su mano en su cadera anclándola a él, sujetándola para que no se separase de él ni un ápice. Soltó su hombro afianzando su mano en su otra cadera alzándole ligeramente para abrirla más y más. Un sonido ronco y salvaje salió de su garganta cuando empezó a envainarla ciego de algo que nunca había sentido. Solo se escuchaba el golpeteo de sus cuerpos, sus respiraciones forzadas y algunos de los gemidos que salían de Silvie mientras él la tomaba sin límite. Salió de ella ciego de una sensación que no sabría calibrar y tomando sus tobillos la volteó, le alzó las piernas viendo su rostro enrojecido, sus ojos vidriosos de pasión y sus labios carnosos ante él. Puso sus rodillas en sus dos hombros anclándola con un brazo allí mientras ella, con la respiración forzada le miraba desorientada. Sonrió porque esa imagen resultaba preciosa. Erótica, salvaje, apasionada. Como lo era ella.

-Alza los brazos y sujeta los hierros del cabecero. -Le ordenó mirándola con fijeza.

Silvie parpadeó y después miró por encima de ella. Alzó los brazos y agarró con cada mano una vara de hierro forjado del cabecero antes de volver a mirarlo.

-Sujétate fuerte, preciosa, porque no voy a contenerme. -Dijo sin apartar sus ojos azules de los suyos caramelo mientras con una mano tomaba su pene y lo colocaba en su entrada mojando su punta varias veces con su humedad arrancándole varios gemidos de placer cerrando los ojos-. No, cielo, no cierres los ojos. Quiero que me mires mientras te tomo porque yo no pienso dejar de mirarte.

Silvie abrió los ojos y los fijó en los de él justo en el instante en que él empujó y la volvió a empalar con fuerza y ella en respuesta inconsciente lo apretó con fuerza como si no quisiera dejarlo escapar. El gruñido de él y el modo en que cerró su mano con fuerza en su muslo la hizo sonreír porque supo que él sentía esa misma electrizando viveza que ella.

-Más. -jadeó mirándolo ahora desafiante.

Marcus sonrió y saliendo una primera vez de ella comenzó a entrar con fuerza sin dejar de mirarla, sin apartar los ojos de los de ella que le miraban con el mismo desafío y vigor que cuando la conoció. Quiso marcarla, marcarlos a ambos y empezó a bombear en ella sintiéndose dueño del mundo con ella en sus brazos, con esa mujer apasionada y ardiente entregada a él de ese modo.

Gritó sintiendo que se partía en dos mientras ese salvaje rayo la atravesaba y la dejaba vibrando de puro placer mientras su cuerpo alcanzaba una cúspide de salvaje lujuria. Marcus sintió como alcanzaba el orgasmo y cómo le apretaba, cómo temblaba a su alrededor e incapaz de impedirlo se dejó ir con la misma fuerza que ella. Estalló salvaje, temblando por dentro y por fuera, antes de abrir sus piernas y dejarse caer sobre ella abrazándola con fuerza sintiendo como su verga temblaba dentro de ella y su cuerpo respondía a su estallido dejándose ir por entero, colmándola con su caliente líquido mientras su corazón bombeaba frenéticamente su sangre que corría vigorosa y llena de vida.

Jadeando, ligeramente mareado y con el cuerpo exhausto alzó el rostro al escuchar la risa de Silvie. La miró y se encontraba riéndose, con el rostro enrojecido y los ojos llorosos.

-Estoy agotada. -Dijo entre risas-. ¿Vas a ser un esposo reclamante que no me dejará descansar ni siquiera cuando me has devorado salvajemente?

Marcus se rio tomando su rostro entre sus manos acariciándoselo con delicadeza:

- ¿Qué puedo decir? Mi cuerpo te reclama. -Se deslizó ligeramente para salir de ella removiéndose para acomodar su mejilla entre sus pechos abrazándola-. Pero ahora seré considerado y te dejaré descansar.

Silvie se rio enredando sus manos en su cabello.

-Querrás decir que me dejarás descansar porque tú también quieres dormir.

-Eso también. -Sonrió cerrando los ojos-. Sé buena, esposa, y deja descansar a tu agotado esposo abrazando el delicioso y cálido cuerpo de su baronesa.

Con las primeras luces del alba Marcus se despertó sin moverse durante unos minutos disfrutando de la tibieza de la piel de Silvie en su mejilla, el suave vaivén de su pecho al respirar y el sonido de su corazón en sus oídos. Era un

modo realmente perfecto de despertar pensaba moviéndose sobre ella con cuidado de no despertarla. La cubrió con una manta y después sin hacer ruido vació la bañera, recogió sus enseres y puso en la mesa comida para cuando se despertase. Miró la lumbre del hogar y pensó que quizás podría intentar hacer té o café, pero tras ese primer pensamiento solo negó con la cabeza y se convenció de que mejor no quemar la casa con ellos dentro.

Regresó al dormitorio y observó, sentado en un sillón, a Silvie dormir. Con su cabello desordenado, su bonita piel brillando por las primeras luces del día y sus labios aún hinchados y enrojecidos de sus muchos besos a lo largo de la noche, se supo afortunado y, por fin, con un futuro prometedor. Posó de nuevo los ojos en esos labios pensando que deseaba sentirlos rodeando su miembro como solo ella podía hacerlo pues se lo hubo enseñado días atrás y ella, lista y presta a aprender, no tardó en dominar ese arte poniéndolo a sus pies y convirtiéndolo en su siervo con solo posar esos labios en su pene, con solo acariciar su punta con esa lengua. Gruñó sintiéndose de nuevo enfebrecido y desprendiéndose de toda su ropa se tumbó sobre ella besándola en el cuello.

-Fierrecilla, es de día.

Silvie se rio:

- ¿Ya te has aburrido de hacer de amo de casa? -Preguntaba rodando para quedar boca arriba y mirarlo.

-Pero serás bruja. ¿Desde cuando estás despierta? -Decía colocándose sobre ella abarcándola por entero.

Silvie se reía abrazándole por el cuello.

-Desde que empezaste a sacar el agua de la tina. -Contestaba claramente divertida-. ¿Has preparado té?

Marcus se rio enterrando el rostro en su cuello antes de alzarlo y mirarla.

-Pues he dudado, pero finalmente he decidido no arriesgarme a quemar la casa.

-Anda patoso. Yo lo haré. -Decía removiéndose y alzándose ligeramente pero enseguida él tiró de ella para tumbarla de nuevo.

-Ni se te ocurra salir de esta cama sin que tu esposo decida que es el momento

de levantarnos.

Silvie se rio:

-No pienso pedirte permiso para levantarme, tirano. -Contestaba removiéndose en sus brazos sin dejar de reírse.

-Pues me temo que ahora mismo no tienes ese permiso y menos para hacer algo de tan poca importancia como té cuando tu esposo se encuentra dolorido y necesitado.

-Dolorido y necesitado... -Repitió y enseguida recordó lo de “morir de dolor” de la pasada noche y se rio más aún-. Pobre, pobre baroncito, dolorido y necesitado.

Marcus gruñó removiéndose y abriéndole ligeramente las pruebas.

-Baronesa, no es correcto burlarse de su barón.

Silvie bufó:

-Al contrario, barón, lo que vos necesitáis es una voz sensata y cabal que os baje de ese pedestal en el que creéis estar y os recuerde que no sois más que un mortal capaz de sentir ciertos dolorcillos y vuestro deber de soportarlos con dignidad y un poco de estoicismo para que no se os considere un hombre sin coraje o peor aún, un enclenque.

Marcus se carcajeó.

- ¿Enclenque? Retira eso, fierecilla o te verás presa de un severo castigo. - Decía haciéndole cosquillas, mientras ella se removía sin parar de reír.

-Para, para... -Le pedía sin dejar de reírse.

Paró abrazándola y dejándola que recuperase el resuello mientras la besaba cariñoso. Silvie tiró de su cabello para que alzase la cabeza.

-Auch fierecilla.

Silvie sonrió traviesa.

-Eso te pasa por amenazarme, baroncito.

Marcus se rio por su mirada y su gesto terco.

-Estaba pensando que podrías dedicarte a ciertas artes que ahora dominas con mucha destreza y que consigues postrar a tu devoto esposo a tus pies como un gatito.

Silvie se rio:

- ¿De veras? ¿Cómo un gatito? ¿Y qué artes son esas?

Marcus alzó varias veces las cejas provocativo mientras llevaba una de sus manos a su vara ya endurecida, efecto natural con solo tenerla cerca.

Silvie se rio traviesa:

-De modo que reclamáis que ponga en prácticas esas enseñanzas que tan interesadamente me enseñó, milord. -Sonreía mientras le acariciaba con deliberada lentitud ese cuerpo caliente, duro y varonil que en un primer momento le hubo impresionado y por el que sintió una innata curiosidad y que ahora constituía una fuente inagotable de placer para ella.

-Yo podría decir que más que reclamar, lo suplico.

La observaba moverse por esa pequeña cocina con una facilidad pasmosa. Llevaba solo un liviano camisón y su levita encima, que le quedaba enorme, pues él se la había puesto no queriendo que pasase frío. Sonreía mientras ella calentaba un poco de pan especiado y el guiso que su valet debió dejar el día anterior. Era una fierecilla, una fierecilla impetuosa, apasionada y en nada temerosa y prueba de ello era cómo lo hubo “domado” implacablemente con sus manos y su boca sin darle cuartel ni dejar de domeñarlo hasta saberlo por completo entregado a ella. Sí, lo hubo postrado a sus pies incluso logrando que no solo temblase en su boca y bajo sus caricias bajo esa lengua pecaminosa que lo había lamido y excitado con solo posarse en su dura vara, sino que después, cuando se corrió en su boca y ella se relamió los labios, desafiante, y con esa mirada satisfecha que reconocía, se sintió aún más enfebrecido y loco por devorarla. De modo que, cuando recuperó el oremus, le hubo pagado con la misma moneda, devorándola ansioso y haciéndola gritar su nombre en inconsciente reclamo antes de volver a perderse uno en los brazos del otro. La hubo tomado de nuevo con ansioso deseo y reclamo y cuando de nuevo estalló en su interior, gritó salvaje su nombre como si clamase al cielo para que supiere quién era su dueña. Sonreía porque su

imagen entregada por completo a él era una maravilla flotando en sus recuerdos.

-Deja de sonreír como un bobo y lleva ese plato a la mesa.

Marcus se rio poniéndose en pie tomando el plato que ella señalaba acercándosele y besándola en el cuello travieso dándole un pequeño mordisco juguetón.

-No seas tan mandona, esposa, que basta que me pidas algo para que obedezca sin remedio.

Silvie se rio empujándole con suavidad con hacia la mesa.

-No intentes engatusarme, barón del demonio, que tengo hambre.

Marcus se reía sentándose en la mesa observándola moverse a su alrededor y cuando terminó tiró de ella para hacerla caer sobre su regazo.

-Ahora a comer, mi baronesa.

Silvie sonrió negando con la cabeza mientras tomaba la tetera.

-Espero que hayas observado cómo se enciende la lumbre y se prepara el té porque la próxima vez serás tú el que haya de preparar el té para mí.

Marcus sonrió besándola en el cuello con suavidad pensando que él se hubo fijado en ella, en sus movimientos, en la forma en que sus pies descalzos se movían y sus dedos parecían bailar al ritmo de sus movimientos. No recordaría cómo preparar el té ni esforzándose en lograrlo.

-Prometo que la próxima vez lo intentaré.

Silvie ladeó el rostro y le miró entrecerrando los ojos:

-Sigues sin saber cómo prepararlo, ¿no es cierto? -Marcus sonrió como un niño travieso-. Ah no, ni hablar. No pienso estar unida a un barón displicente y ocioso incapaz de una sencilla tarea como preparar un té por muy noble que sea y por muy acostumbrado que esté a que le sirvan.

Marcus se rio enterrando el rostro en su cuello.

-No creo que haga bien en mi imagen de caballero temible e imponente el que llegue a saberse que mi esposa me obliga a preparar el té.

- ¿Tienes una imagen de caballero temible e imponente ante tus congéneres? - Preguntó burlona-. Es bueno saberlo. -Añadía con socarronería.

-No seas mala con tu imponente y temible barón, baronesa. -Respondía cerrando más fuerte los brazos alrededor de su cintura.

-Está bien, está bien. Te daré un poco de cuartel, pero no te confíes que conviene que estés alerta y atento para no perder facultades.

Marcus se carcajeó por su impertinente respuesta.

- ¿Cuál es nuestro próximo destino? -Preguntaba mordisqueando una tostada dándole a él también un bocado de la misma sentada aún en sus rodillas mirándolo interesada.

-Pues si no tenemos ningún percance inesperado, almorzaremos en un bonito lugar cerca de Guildford y después continuaremos hacia Maidstone aunque antes pasaremos la noche en una posada que sé te gustará.

- ¿Me gustará? -Preguntó mirándolo con una ceja alzada y una sonrisa burlona.

-Te gustará. -Contestó tajante sonriendo arrogante haciéndola reír.

-Muy seguro os veo, milord. Os conviene no equivocaros u os veréis castigado por una esposa iracunda.

Marcus se carcajeó.

-Iracunda... terrible perspectiva.

Tras unos minutos en que comían en confiado relajó, Silvie lo miró con fijeza.

-He estado pensando y creo que yo no era el objetivo del disparo.

Marcus que estaba en ese momento bebiendo de la taza de té se atragantó por el brusco giro de la conversación.

- ¿Por qué dices eso? -Preguntaba tras toser un poco.

Silvie se encogió de hombros.

-Nadie sabía que mi padre, hermanos y yo marchábamos al campo invitados por lord Galvert y aunque podían habernos seguido, dudo hubieran esperado hasta llegar a Garvert Manor pues habría sido más inteligente atacarnos durante el camino y darse rápido a la fuga.

-Pero ese mismo argumento podría usarlo yo para pensar que no era yo la víctima.

-Salvo que esperaron a disparar cuando recorriamos un sendero que tú mismo reconociste habías recorrido muchas veces y que era uno de tus preferidos del lugar, luego la persona que disparó te conocía.

Marcus hizo una mueca.

-Supongo que expresándolo así... pero no descartes opciones todavía.

Silvie hizo una mueca con los labios, pero asintió:

- ¿De veras no imaginas quién puede querer muerto a un baroncito como tú? - Preguntaba rodeándolo por el cuello con los brazos mientras él sonreía por su burlón tono.

-No, no lo imagino, más, sea como fuere, lograremos dar con el que intenta importunar mi vida y la de mi baronesa y le castigaremos como se merece.

-Le castigaremos como se merece. -Sonrió divertida-. Bueno, pero primero habremos de averiguar quién ese ese molesto asesino. Tú no te preocupes, déjalo en manos de tu baronesa.

Marcus se carcajeó.

-Al menos ya te reconoces como mi baronesa.

-Bueno, sí, pero solo porque eso me da derecho a exigir al barón pleitesía.

Marcus se carcajeó:

- ¿Así que derecho a exigir pleitesía? ¿De dónde has sacado esa idea, fierecilla?

Silvie sonrió de oreja a oreja:

-Lady Holly, lady Brianna y lady Camile dijeron que cuando aceptase ser tu esposa no habría vuelta atrás, serías mío para siempre y me deberías pleitesía.

Marcus se reía cerrando fuerte los brazos a su alrededor escondiendo el rostro en su escote.

-Bueno, esas fieras mujeres habrían hecho y dicho cualquier cosa para saberme desposado con una fierecilla americana que me ayudará a ejercer de

correcto padrino de sus hijos pues al parecer consideran que necesito del apoyo de una dama sensata para tal menester.

- ¿Padrino? -Preguntaba tomándole el rostro entre las manos para alzárselo.

-Sí, padrino. Ya lo soy del pequeño Marcus, ¿recuerdas? Y realizo con tan buen tino mi papel que es voluntad de las imperiosas damas mencionadas que también lo sea de los primeros vástagos de Thomas y Gabriel.

-Umm, supongo que no es necesario recalcar que un caballero como tú se verá pronto superado por los pequeños vástagos de tus amigos. Tres contra uno y siendo justos, tres más hábiles e inteligentes contra uno. Auch. -Se quejó cuando él le dio un pequeño pellizco en la nalga.

-Eso por considerar que tres bebés serán más inteligentes que tu esposo. -La reprendió, aunque sonreía. Suspiró mirando hacia la ventana-. Cielo, será mejor que tomemos nuestras cosas y nos apresuremos a ponernos en marcha. Tenemos muchas millas por delante.

Silvie giró el rostro hacia la ventana y después a él.

-Tú prepara los caballos que yo recogeré nuestras cosas y ordenaré un poco todo esto.

Marcus asintió, pero no se movió, más lo contrario, enterró su rostro en su cuello y se lo acarició lentamente.

-Mi esposa.

Silvie le tomó el rostro entre las manos y de nuevo se lo alzó.

-Venga, perezoso. Si te portas bien, esta noche quizás te deje convertirme de nuevo en una esposa licenciosa.

Marcus se rio.

-Te gusta ser la licenciosa esposa de tu licencioso esposo, ¿no es cierto?

Silvie se encogió de hombros.

-Quizás tenga algunas ventajas.

Marcus sonrió enterrando de nuevo el rostro en su cuello inhalando su aroma.

-Mi baronesa. -La besó con ternura en la suave piel de su cuello y después la

miró serio-. Iremos con cuidado. He de recordar que alguien ha querido hacernos daño y eso me ha hecho ver que debemos ser precavidos hasta que lo encontremos.

-No te preocupes, esposo, yo te protegeré. Siempre voy armada. -Le sonrió con una sonrisa divertida y una mirada tenaz.

Marcus sonrió como ella y asintió antes de besarla en los labios.

-Bien, pues mi protectora, vistámonos y pongámonos en marcha que nuestro hogar nos espera.

-Uy, un momento. -Lo detuvo antes de ponerse en pie-. Cuando dices nuestro hogar... ¿quieres decir que no vives en Londres?

-Cielo, vivo en Londres parte del año y otra parte en Varcum aunque habrás de venir conmigo en un par de viajes al año para inspeccionar mis otras propiedades.

-Y cada dos años iremos a pasar un tiempo en América. Lo prometiste.

Marcus asintió firme sonriendo pues recordaba esa promesa de su primera noche durmiendo con ella entre sus brazos y también la firme determinación de ella de no olvidar sus orígenes y que sus hijos lo conociesen.

-Mi heredero y sus hermanos serán tan americanos como ingleses, tienes mi palabra.

-Bien, -Asintió firme satisfecha y claramente complacida-. Pues ahora sí podemos marchar para conocer esa famosa morada familiar que han ocupado tantos y tantos barones arrogantes y engreídos como mi baroncito.

Marcus se reía poniéndose en pie dejándola a su lado antes de besarla y darle un cachete en el trasero.

-Vamos, mi impertinente esposa, nuestro hogar nos espera.

Ya pasaba el mediodía cuando alcanzaron Guildford rodeándolo pues su destino, un bonito parador que no era sino una casa de huéspedes situado en medio de un verde y frondoso bosque fue el lugar en el que se detuvieron a descansar y comer. Tras refrescarse se reunió con Marcus en una bonita terraza con varias mesas situadas de modo que disfrutasen de la vista de un

pequeño estanque detrás de la construcción. Marcus, obviando la mirada de una ajada pareja y de un par de caballeros a los cuales conocía de Londres que no hacían sino observarlos con una más que evidente curiosidad, acomodó a Silvie a su lado almorzando codo a codo en un banco desde el que ambos disfrutaron no solo de esas vistas sino de un copioso almuerzo. Tras un rato se acomodó en el costado de Marcus apoyando la cabeza en su hombro mientras él la dejaba hacer sonriendo, rodeándola con un brazo.

-Así escandalizaremos a esos pesados que no dejan de mirarnos.

Marcus bajó los ojos hacia ella y sonrió:

-Te habías dado cuenta.

-Había que estar ciega para no hacerlo. No dejan de mirarnos y cuchichear. ¿Quiénes son?

-Lo que tú consideras nobles ociosos carentes de otra actividad más que curiosear, escuchar y verter chismes a placer. No importa quiénes sean, cielo. Además, nada malo hacemos pues somos unos esposos recién desposados disfrutando de las mieles de su reciente estado.

Silvie sonrió alzando el rostro hacia él.

-Pues deberíamos darles muchos motivos para chismosear. ¿Un besito licencioso, esposo?

Marcus no pudo evitar reírse por su mirada desafiante y su tono burlón. Bajó los labios a los de ella y la besó. No era un beso casto ni tampoco un beso ajeno a los jadeos que escuchó más allá, sabiendo que eran no solo de esa ajada pareja sino de un par de comensales que les rodeaba.

-Ahora seremos la comidilla de Londres incluso antes de llegar. -Susurró acariciándole los labios disfrutando de ese mero gesto carente de toda formalidad.

-Bueno, no temas, sabré sobrellevar el que más de una ajada dama murmure a mi paso y cuchichee por haberme desposado con un baroncito licencioso.

Marcus de nuevo se rio besándola en la frente mientras ella se acomodaba en sus brazos en relajada tranquilidad. Estaba seguro que, si pudiese, Silvie miraría desafiante a todos esos ojos ahora centrados en ellos y les sacaría la

lengua sin importar el rango o título de sus observadores. Sonrió arrogante y deslizó los ojos a su alrededor mandando una fiera mirada a todos aquéllos que aún posaban los ojos en ellos dos. Una mirada que a las claras dejaba traslucir un mensaje directo y del todo obvio. Una palabra sobre nosotros y os las veréis con el Barón de Varité. Pocos segundos tardaron todos en desviar los ojos y fingir estar interesados en otro asunto.

-Me ha gustado mucho este lugar. Mantengo aún esperanzas de que me guste la posada de esta noche. -Dijo tras unos minutos alzando los ojos a él sin separar la mejilla de su hombro.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-De modo que mantienes la esperanza. Tu desconfianza debiera ofenderme.

-Bah, no te lo tomes a mal, baroncito, no en vano tú mismo has reconocido que necesitabas una esposa que guiase tu camino en buena dirección por lo que las decisiones que tomes sin mi guía aún están a prueba pues no sabemos si nos llevarán a buen puerto, ¿no es cierto?

-Sin duda es una increíble fortuna el que haya llegado vivo hasta nuestros días sin la adecuada guía de una americana impertinente.

- ¿Increíble? Yo diría más bien que es milagroso. De hecho, deberíamos tildarlo como uno de los grandes misterios de nuestro siglo.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Esposa, tus impertinencias y burlas para con tu esposo, serán severamente reprendidas esta noche.

Silvie se rio:

- ¿Siempre vas a reprenderme en la noche?

Marcus alzó una ceja mirándola con una fingida mirada intimidatoria.

-Sí, solo en la noche porque en nuestro lecho estarás a mi merced y conociendo tus licenciosas debilidades será en extremo fácil castigarte.

Silvie se rio enderezándose para mirarlo a los ojos:

- ¿Mis licenciosas debilidades? Pero si el rey de los licenciosos eres tú.

Marcus se carcajeó:

-Pues como soberana majestad de nuestro reino de licenciosos, mi querida esposa, he de advertirte que nuestro lecho será el principal lugar en el que pondré en práctica mis castigos, reclamos y, sobre todo, donde exigiré que compenses las torturas a las que a buen seguro me someterás cuando me vea obligado a perseguirte mientras tú sigues la pista de canallas y delincuentes.

Silvie se rio entre dientes.

-Pues quizás sea justo advertirte, barón, que, si tú reclamas el lecho como el lugar de tus reclamos y castigos, yo usaré cada estancia de la casa para someterte a mi yugo y que no todos ellos serán de tu gusto. De hecho, cuando seas usado como diana para mis prácticas de tiro, desearás no osar contradecir a tu esposa.

-No osarás hacer agujero alguno en el imponente cuerpo de tu esposo pues lo deseas demasiado para dañarlo. -Contestaba alzando las cejas travieso.

-Esa es la arrogancia más arrogante que he escuchado jamás. Que lo deseo demasiado... -Chasqueó la lengua negando con la cabeza-. Definitivamente he de agujerear ese cuerpo tan irresistible para medir esa afirmación. Quizás me guste más vuestro deseable cuerpo, barón, con alguna mella en ella.

Marcus se reía dejando varias monedas en la mesa tomando su mano en la suya, sabiendo que ese gesto también sería observado por esos ojos curiosos de su alrededor, y poniéndose en pie comenzó a caminar hacia los jardines con ella de la mano.

-Vamos, baronesa, paseemos un poco antes de continuar camino. Así, observando en elegante caminar del irresistible cuerpo de su esposo, medites seriamente sobre esa idea de hacer mellas en él.

Silvie se rio negando con la cabeza. Caminando en silencio por esos jardines cercanos al agua meditó, pero no sobre el irresistible cuerpo que lograba hacerla sentir licenciosa, viva y pecaminosa en sus brazos como él le hubo augurado tiempo atrás, sino sobre cómo parecía haber aceptado con suma facilidad no solo casarse con él sino una vida que no hacía tanto tiempo no deseaba para ella pues no se sentía capaz de vivir como una esposa y menos como una esposa de un aristócrata. Bien era cierto que el barón y sus amigos

quedaban lejos de la mayoría de los aristócratas y nobles que ella había conocido desde que llegaron a Inglaterra como también se alejaban sus esposas de las damas a las que conoció en el colegio de señoritas. Mientras se aseguraba que su bolsa estaba bien atada observó por encima de la silla a su esposo. Hablaba con uno de los mozos al que acababa de darle algunas monedas por sus servicios y parecía preguntarle algo con gesto serio. Observó su apostura, su seguro semblante y también el modo en que todos a su alrededor le observaban, con cierto respeto innato, como si su sola presencia revelase ante ellos no solo su origen noble sino también que no era un noble cualquiera y menos uno al que tomar a la ligera. Al girar sus miradas se encontraron y él alzó las cejas sonriendo en clara señal de que sabía que la había pillado observándolo. Suspiró negando con la cabeza mientras él se acercaba.

- ¿Me espías, esposa? Empiezas a comprender que este ejemplar de varón que ya te pertenece no conviene ser mellado a manos de una esposa fiera y temible, ¿no es cierto? Sería una pena estropear esta perfección. -Sonrió exageradamente alzando la barbilla como si posare para un retratista.

Silvie bufó.

-Solo por esa arrogancia de la que haces gala mereces no solo una mella sino varias y todas ellas en ese arrogante trasero.

Marcus se carcajeó rodeando su montura para colocarse frente a ella. La rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo antes de inclinar la cabeza y besarla en el cuello.

-Adoras mi arrogante trasero y también clavar tus uñas en él mientras me hundo en ti. -Murmuró ronco en su oreja antes de atrapar su lóbulo en un mordisco juguetón arrancándole un gemido de placer pues no solo sus palabras sino el recuerdo de haber clavado las uñas en su trasero mientras él la tomaba esa noche le hizo sentir una descarga de pura lujuria. Le escuchó reír entre dientes alzando el rostro para mirarla y sabía que estaba enrojecida y también, de algún modo jadeante. Le acarició las mejillas con los pulgares lentamente sonriéndola-. Adoro cuando te ruborizas y más cuando lo haces como reflejo de tu pasional carácter.

-Calla, burro. -Lo empujó o lo intentó más bien porque era una roca imposible

de mover mientras él se reía.

La tomó de la cintura y la aupó al caballo instándola a cruzar la pierna para ponerse a horcajadas.

-Esta noche, tu burro preferido dejará que le claves de nuevo las uñas pues lo está deseando. -Añadió pasándole las riendas mientras la miraba con un brillo peligroso en sus ojos azules y una sonrisa canalla en los labios que la hizo ruborizar de nuevo.

-Eso, eso ha sido... -Masculló roja como una amapola mientras él rodeaba su montura para subir a la suya sonriéndola canalla y con una evidente diversión bailando en sus peligrosos ojos azules.

-Vamos, mi fiera baronesa, un destino nos aguarda. -Dijo antes de instarla a azuzar sus monturas saliendo a galope en dirección al condado de Kent.

Entre las sombras, dos figuras les observaban con gesto aparentemente impasible si bien una de ellas aferraba con fuerza sus guantes de cuero retorciéndolos de puro odio.

Ya era noche cerrada cuando llegaron a la posada cercana a Maidstone donde Marcus le hubo dicho pernoctarían. Nada más alcanzar el patio de la posada dos mozos tomaron sus monturas y Marcus la abrazó tras indicar a uno de los mozos que llevaran sus cosas a su habitación y mandaran preparar la estancia para ellos. Con la cabeza apoyada en su hombro sintiendo el cansancio de tantas horas de cabalgada cerró los ojos dejándose disfrutar de su abrazo.

-Estás agotada. ¿Quieres que te lleve en brazos, mi perezosa baronesa?

Silvie asintió sin abrir los ojos y él sonriendo le pasó un brazo por debajo de las rodillas y otro por la espalda para sujetarla. Sonrió alzando los brazos para rodearle el cuello abriendo por fin los ojos.

-Me gusta que mi esposo sea mi porteador.

Marcus se reía entrando en la posada donde antes incluso de dar dos pasos tenía frente a él al posadero y su esposa haciendo una cortesía y mostrándose muy contentos de tenerle esa noche como huésped.

-Milord, permitidnos acomodaros en un salón donde os serviremos una deliciosa cena.

Marcus sonrió notando como Silvie enterraba el rostro en su cuello ligeramente azorada con tanta pleitesía. Ya había observado que a ella ese tipo de deferencias exageradas no le agradaban.

-Mi esposa y yo estamos agotados. Preferimos que nos sirvan el almuerzo en nuestra habitación y que preparen un baño caliente para que mi esposa pueda asearse.

-Por supuesto, milord. Permitidnos acompañaros a vuestra habitación y procuraros cuanto gustéis. -Iba diciendo la oronda mujer tras salir su marido presto a avisar en cocina que les sirviesen la cena.

- ¿Su señoría necesitará una doncella? Mi hija estará encantada de atender a su señoría.

Notó el bufido de Silvie en su cuello y tuvo que contener una carcajada.

-Quizás en la mañana, más, ahora, bastará con que mandéis un par de hombres con una tina y cubos de agua caliente.

-Así lo haré milord. Si necesitáis cualquier cosa no dudéis en tirar del llamador y acudiremos prestos. -Añadía abriéndoles la puerta.

Marcus asintió con un mero golpe de cabeza entrando en la estancia girándose para mirarla y con esa mirada ordenarle en silencio que cerrase la puerta dejándolos solos lo que rápidamente entendió pues así lo hizo. Besó a Silvie en el cuello antes de decir:

-Ya puedes abrir los ojos fierecilla. Estamos solos.

Silvie alzó el rostro mirándolo con el ceño fruncido.

- ¿Siempre van a tratarte así?

-No siempre, pero sí la mayoría de las ocasiones. Soy par del reino y mi nombre es bien conocido en muchos rincones de las islas, especialmente en Kent donde está la propiedad de mi familia. -La dejó de pie frente a él y le tomó el rostro entre las manos-. Se que no te gusta tanto boato ni ese tipo de excesivo servilismo, más, no olvides quién eres, cielo. Eres la baronesa de Varité y como tal deberán mostrarte respeto, aunque siempre he sido fiel defensor de que el respeto hay que ganárselo, no voy a negar que me gusta que se respete mi título y mi posición.

Silvie asintió.

-Está bien, no te llamaré pomposo.

Se soltó de su agarre sonriendo burlona antes de girar y mirar en derredor. Sonrió viendo el lugar. Era bonito, con una enorme chimenea, una cama con enormes postes y un dosel que parecía preparado con esmero seguramente sabiendo que recibirían a “su señoría”, había flores en un par de jarrones situados en una mesa y en el dintel de la chimenea y también una mesa con una botella de lo que parecía licor y un par de copas de cristal. Giró y volvió a mirar a Marcus mientras se quitaba el sombrero y después la chaquetilla que dejó sobre la banqueta a los pies de la cama.

-Es una posada muy bien cuidada.

Marcus sonrió acercándose de nuevo a ella, abrazándola y aupándola para dejarse caer con ella en la cama.

-Es un antiguo cuartel. Sería más correcto decir que la posada es la morada principal de los oficiales y ahora la han convertido en posada.

-Interesante. -Sonrió rodeándole el cuello con los brazos-. Y esta alcoba ¿de quién sería? ¿Del general? ¿Del comandante?

Marcus sonrió recordando que siendo joven había visitado ese cuartel con su padre pues uno de sus mejores amigos era el comandante de ese batallón y esa alcoba era donde dormía el comandante con su esposa.

-Si no recuerdo mal, del comandante.

- ¿Conociste este lugar cuando era un cuartel? -Preguntaba acariciándole el cabello detrás de las orejas de modo distraído.

-Vine con mi padre alguna vez pues solía visitar a su amigo y yo venía con él encantado por tener la oportunidad de ver los entrenamientos de los lanceros de su majestad. -Le acarició el cuello con suavidad sin dejar de mirarla con fijeza-. ¿Crees que podrás aguantar despierta hasta que nos traigan la cena?

Silvie sonrió:

-Aguantaré porque estoy hambrienta. Además, también quiero darme un baño y con suerte, cierto esposo que me debe pleitesía me enjabonará la espalda.

Marcus gruñó enterrando el rostro en su cuello.

-No digas esas cosas o no te dejaré probar bocado hasta que sea yo el que te haya devorado.

Silvie se rio:

-Podrás devorarme, pero primero habrás de alimentarme y asearme. - Respondía traviesa tomándole el rostro entre las manos alzándose justo cuando unos golpes en la puerta pedían permiso para entrar.

Gruñó después de darle un beso e impulsándose se levantó ayudándola a incorporarse para quedar sentada con él a su lado de pie.

-Adelante. -Respondía alzando la voz.

Enseguida un par de mujeres dejaban en la mesa dos bandejas con comida mientras que dos hombres tras ellas dejaban en medio de la estancia una tina de cobre con paños cubriéndola que no tardaron en llenar con cubos de agua que fueron entrando en unos minutos.

Silvie, en cuanto Marcus cerró la puerta, empezó a desvestirse.

-Creo que podríamos cenar mientras nos relajamos en esa tina en la que cabemos los dos.

Marcus se rio acercándose a ella atravesando la estancia en unas zancadas.

-Es la mejor de las proposiciones que he escuchado en mi vida. -Respondía mirándolo ansioso-. Ven, haré de doncella y te desnudaré.

Silvie negó con la cabeza empujándolo hacia atrás.

-No, yo me desnudo y tú haz lo mismo o si no el agua acabará enfriándose. Una carrera. -Lo desafió arrancándole una nueva carcajada empezando los dos a desnudarse a toda prisa sin tiempo de comprobar quién de los dos hubo “ganado” pues en cuanto Silvie se desprendió de los pantaloncitos la tomó en brazos y la llevó a la tina donde él se sentó tras ella colocándola entre sus piernas tomando sus horquillas deshaciéndole el recogido en un santiamén para que su cabello cayese por su espalda mojándose enseguida. Se aupó tomando las bandejas de la mesa dejándolas sobre la silla que acercó a la tina dejándola a su alcance.

-Ven. -Tiró de ella para que su espalda quedase pegada a su pecho abarcándola por entero-. Tú toma el frasco de esencia de la banqueta, -señaló donde él hubo dejado los frascos que hubo sacado de la bolsa de Silvie pues le encantaba como olía su piel-, mientras yo te doy de cenar.

Silvie se reía apoyada sobre él dejándole que le diese bocado tras bocado mientras él, al tiempo le acariciaba de modo distraído. Antes incluso de acabar la cena el agua empezó a enfriarse, pero a él no pareció importarle pues se tomó su tiempo en lavar su cabello y en enjabonarla de arriba abajo mientras ella se reía porque no hacía más que tirar agua fuera de la tina.

-Deja de reírte, mujer, así es difícil acabar lo que he empezado.

-Pero si eres tú el que no deja de tirar el agua. Eres una doncella muy patosa.

Marcus gruñó dándole un mordisco en el cuello.

-Date la vuelta que creo que es el momento de que empieces a ganarte el perdón de tu esposo por las chanzas a su costa.

Silvie se reía removiéndose para darse la vuelta y colocarse a horcajadas sobre él que rápidamente la acomodó y abrazó pegándosela a él.

-De modo que ahora reclamas el ganarme tu perdón.

-Precisamente eso. -Masculló ronco descendiendo una mano entre sus cuerpos y tomando su verga la colocó en su entrada para enseguida remover las caderas enterrándose en ella de un solo empujón. Gruñó enterrando el rostro en sus pechos instándola a arquearse ligeramente mientras ella se sujetaba fuerte en sus hombros-. Vamos nena, llevas todo el día cabalgando...

Silvie sonrió bajando el rostro al de él que ansioso devoró su boca mientras ella se removía ligeramente sobre él. El sonido ronco de la garganta de él demostrando cuanto le gustaba esa fricción junto a cómo lo sentía crecer más duro dentro de ella le hizo sentir poderosa empezando no solo a mecerse encima de él sino a auparse y dejarse caer con deliberada lentitud engulléndolo una y otra vez sintiendo cada fibra de ese cuerpo duro y caliente palpar dentro de ella mientras él la acariciaba con ansia devorando su boca, sus pechos y todo a su alcance.

-Eso es, eso es, nena, sigue...

Gruñó ronco cuando sintió sus primeros espasmos aferrarlo fuerte y azuzando ese botón con los dedos, la hizo estallar con un grito agónico que él acalló con sus besos para enseguida con un par de golpes más de cadera estallar con fuerza dentro de ella con la misma intensidad y dejadez mientras cerraba fuerte los brazos a su alrededor. Suspiró cuando consiguió recuperar el ritmo normal de su respiración mientras ella descansaba su cabeza en su hombro y le abrazaba ya sin apenas fuerzas.

La llevó a la cama tras secarla ligeramente con un paño de lino. Estaba a medio camino de quedarse dormida de pie y, sonriendo, la tomó en brazos, depositándola en la cama cubriéndola solo con la sábana. No tardó en meterse también bajo la sábana tras recoger someramente sus cosas tomando el tirador y llamando para que tomaran sus ropas y las tuvieran limpias para el día siguiente, abrazándola y encajándola en su cuerpo sintiendo como ella se acurrucaba melosa en su cuerpo como si buscara su calor y protección. Sonreía al cerrar los ojos tras besar su cuello. Aún permanecía con el cabello mojado cuando él por fin sucumbió al sueño.

Despertó sintiéndose ligeramente entumecida. El día anterior le hubo dejado agotada como también lo que hicieron en la bañera. Sonrió alzando el rostro hacia él que la abrazaba manteniéndola por completo pegada a su cuerpo. No se movió, solo le observó dormir. Arrogante, engreído y absolutamente irresistible cuando sonreía de ese modo que lograba hacerle sentir cosquillas en cada fibra de su cuerpo. Ese día y esa noche juntos tras desposados sabía quién era, qué era, pero durante el almuerzo en el que tantas caras de nobles y aristócratas no dejaron de espiarles sin ningún recato, la llegada a la posada donde eran recibidos casi como si fuesen la realeza le recordaron que se había casado con uno de esos nobles y aristócratas que nunca quiso imaginar como esposo pues ella, tan plebeya, tan carente del deseo de formar parte de un mundo en el que se sentía completamente ajena y falta de la destreza para desenvolverse con soltura y aun así, ahí estaba, casada con un noble que, además, por lo que parecía, no era un noble más, sino uno al que todas las miradas giraban con evidente admiración, envidia incluso deseo, pues así notó las miradas de más de una mujer en el almuerzo y también durante su viaje a Francia no ignoró que las mujeres lo miraban con viveza. Suspiró pesadamente removiéndose ligeramente para enterrar su rostro en su cuello abrazándolo por entero colocándose sobre él. Quizás, recordando las

sensaciones que le provocaba sentirlo tan cerca olvidaría que estaba casada con un barón.

-Umm... un modo francamente delicioso de despertar. -Murmuraba ronco cerrando los brazos a su alrededor deslizando las manos por su cuerpo para acabar abarcando sus dos preciosas nalgas con sus manos. Sonrió y girando la dejó bajo su cuerpo.

-Sí, pareces despierto... -Sonrió traviesa abriendo las piernas para rodear sus caderas sintiendo esa dureza rozar sus caderas.

Marcus gruñó abriendo los ojos sintiéndose enfebrecido con solo haberla sentido sobre ella deslizándose y rozando sus cuerpos. La envainó de un solo empujón y permaneció quieto observando sus brillantes ojos caramelo oscuro y ese cabello rizado rodeando su bonito rostro. La vio fruncir el ceño antes de preguntar:

- ¿No vas a hacer nada más?

Se rio divertido por su reclamo y su forma de exigirle colmarla.

-Quizás me encuentre agotado y no sea capaz ni siquiera de moverme pues mi fierecilla anoche me dejó agotado usándome como su siervo.

Silvie bufó enredando sus dedos en su cabello tirando de él ligeramente.

-Tienes que satisfacer a tu esposa.

Marcus se rio removiendo ligeramente sus caderas creando una fricción que supo la afectó pues sus pupilas se dilataron y sus piernas se cerraron más a su alrededor en inconsciente reacción.

-Si quieres que te satisfaga has de decirme que me quieres.

- ¿Qué? -Preguntó abriendo mucho los ojos.

-Lo que has oído. Si quieres que tu devoto esposo te colme de placer habrás de reconocerlo como tu amante, tu esposo, tu compañero más también como el hombre al que has entregado tu corazón.

-Pero... pero... dijiste que me darías tiempo. -Preguntó con evidente pánico en la voz.

Marcus la miró con fijeza sabiendo, sintiendo, su pánico son nitidez. Supo que ella le quería, le quería sin cortapisas ni ambages no solo por cómo lo miraba sino precisamente por ese pánico, por saberse tan vulnerable ante él. Sonrió bajando sus labios a los de ella.

-Te daré todo el tiempo que necesites, mi fierecilla. -Respondía antes de apoderarse de sus labios-. Y no has de temer, tu esposo te colmará de placer y atenciones sin medida. -Añadía antes de morder su labio inferior con pecaminosa habilidad arrancándole un pequeño gemido de placer.

Deslizó sus manos por su cuerpo hasta alcanzar sus muslos tras sus caderas, desenredó sus piernas de su alrededor y las empujó contra el colchón abriéndola más para él al tiempo que salió casi del todo de ella antes de empujar con fuerza sus caderas en un golpe que le arrancó un grito de placer mientras cerraba los ojos y echaba hacia atrás su cabeza clavándole las uñas en los hombros.

-Abre los ojos. -Le ordenó con voz ronca y afectada-. Abre los ojos porque quiero que veas, sientas y escuches a tu esposo mientras te toma.

Silvie abrió los ojos encontrándose con los de él a escasos centímetros. Relucían salvajes, intensos, vivos un nuevo estoque la hizo gemir y morderse el labio para contener el grito de placer que la atravesó.

-No. Solo yo morderé esos carnosos labios. -Masculló antes de apoderarse de él al tiempo que empezaba a bombear con un ritmo salvaje en ella.

Enfebrecido, dominado por un deseo de marcarla, de enterrarse en ella hasta la misma empuñadura que era lo que estaba haciendo una y otra y otra vez. Solo se escuchaba el golpeteo de sus cuerpos, la fricción de sus sexos, ese sonido único de su verga entrando y saliendo en ella, húmeda con sus fluidos, dura como una espada estocando a su contrincante, completamente lubricada por el deseo de esa mujer que era su única dueña. Sentir sus manos deslizarse por sus costados hasta alcanzar su trasero donde reclamante clavaba sus uñas empujándolo hacia ella fue el acicate final para perder toda contención. Se impulsó alzando su torso ante ella y con mejor ángulo empezó a empalarla más y más fuerte mientras se sostenían las miradas como si se desafiaban, como si ambos se entregasen el uno al otro al tiempo que se retaban en un duelo de voluntades férreas, tercas, reclamantes. El brillo cubierto de un velo de pura

lujuria en sus ojos le hizo sonreír con malicioso placer. Su esposa era todo pasión, todo fuego y no temía perderse en esa lujuria que ambos creaban. La desenvainó y ella gritó un no claramente exigente. La besó con pasión y antes de que volviese a quejarse la puso de lado y se colocó tras ella alzando su muslo.

-Ah... -Gritó arqueando la espalda hacia atrás restregándose con él cuando se enterró en ella en un solo envite. Alzó su brazo y echándolo hacia atrás se aferró a su cuello mientras ladeaba el rostro buscándolo.

Él le dio lo que buscaba. La besó empezando a bombear de nuevo en ella mientras una mano torturaba sus pechos de modo alterno, pellizcándolos, meciéndolos, arrancándole gritos de placer mientras con su otra mano en su punto sensible no solo la azuzaba, sino que la sujetaba firme para que con cada estoque de su verga él la empalase por entero. Gruñó cuando esa fierecilla acompasó sus movimientos con los de él empujando sus nalgas hacia atrás con cada estoque, abriendo sus piernas más y más, aferrando su mano en la que él mantenía en su sexo como si así le ordenase no apartarla de allí ni dejar de hacer lo que con dedos expertos hacía que no era sino avivar sus sentidos en varios puntos logrando arrancarle jadeos e incoherentes palabras pues la estaba saturando, la azuzaba en tantos puntos mientras sin parar él se enterraba en ella con reclamo y un implacable ritmo. Sus contracciones, esa forma salvaje de ahogarlo mientras se retorció de placer le hicieron rechinar los dientes pues iba a llevarla a un estado de agotada saciedad, se lo había propuesto, iba a arrancarle orgasmo tras orgasmo hasta que en inconsciente dejadez se reconociese suya.

Gritó sintiendo ese orgasmo partirla y más cuando él no cejó más y más arrancándole un nuevo orgasmo que la dejó exhausta y completamente atolondrada perdiendo incluso el sentido de donde estaban mientras su cuerpo, agotado y con los rescoldos de ese nuevo orgasmo resonando incluso en sus oídos, sentía más y más, nuevas vibraciones que la despertaban de un pasajero abotargamiento por estallido anterior volviendo a despertar con sus caricias, con esa salvaje vara que él enterraba en su interior dura, caliente, vibrante logrando que su cuerpo de nuevo estuviese vivo, lo aferrase con fuerza y reclamo y exigiese un nuevo estallido. Volvió a salir de ella y de nuevo gritó enfebrecida y furiosa.

-No.

Escuchó una risa ronca, jadeante y arrogante tras de sí y al mirarlo con su barba de mañana empezando a salir, su cabello desordenado y su pecho subiendo y bajando sudoroso y con la respiración forzada de lo que hacían, supo que se hubo casado con un dios pagano entregado a su placer. A punto de volver a protestar, él se inclinó y la besó salvaje y exigente antes de empujarla sobre la cama boca abajo, se removió tras ella y le alzó el trasero poniendo dos almohadones bajo ella. Jadeante le miró por encima de su hombro. Estaba de rodillas tras ella, con las manos en las caderas observándola con una sonrisa malévol.

-Precioso. -Dijo ensanchando su sonrisa desviando los ojos a los de ella que ebria de pasión y deseando sentirlo de nuevo lo miró sin importarle que de ese modo no solo estuviese a su merced, sino completamente expuesta a él. Miró su verga dura y completamente alzada ante ella con puro deseo.

Sintió su mano descender entre su dos medias lunas que había empezado a acariciar con ambas manos abiertas mientras ella cerraba fuerte los ojos apoyando la frente en el colchón pues todo su cuerpo estaba sensible, en todo punto entregado a cada caricia y a cada movimiento. Deslizó sus dedos entre sus pliegues y los empezó a acariciar de un modo que ella mecía acompañando sus caderas.

-No. Quieta. -Le ordenó sujetándola con su mano libre. Escuchó su risa ronca-. Estás muy mojada, chorreas pasión.

Silvie gimió porque lograba excitarla más y más cuando le decía esas cosas. Lejos de escandalizarla parecía que su cuerpo reaccionaba salvaje a cada ronca palabra.

-Voy a domarte, fierecilla, voy a domar tu cuerpo hasta que exhausto y entregado por entero a mí, sea tu corazón el que por fin se entregue de igual modo a tu barón.

Silvie gimió cuando enterró sus dedos en su interior inclinándose al tiempo sobre ella rozando su duro torso en su espalda. Sintió su mordisco en su cuello antes de posar sus labios en su oreja.

-Abre tu trasero, amor, que voy a lubricártelo.

Silvie ladeó la cabeza de golpe para mirarlo sintiendo un ramalazo de placer atravesarla con solo la idea de que tomase su trasero, más, también, un extraño pánico de decadente escándalo.

Marcus se rio entre dientes por su mirada mientras sus dedos cubiertos con su viscoso placer pasaban de esa cueva apasionada y chorreante del placer que le hubo dado a su trasero. Gritó al meter el primero que empezó a mover lentamente para dilatarla con paciencia. Se mordió el labio mientras desafiante y valiente como era le sostenía la mirada mirándolo por encima del hombro, con los ojos vidriosos y las mejillas completamente enrojecidas.

-Sí, mi valiente baronesa me entrega su trasero, ¿no es cierto? -Preguntó en un susurro ronco antes de morder el labio que ella antes de mordía empezando a meter y sacar con suavidad de nuevo sus dedos, esta vez dos, lubricadas con ese caliente y viscoso líquido que él había logrado de ella-. Sí, si... con calma... -Murmuraba besándola sin detener sus movimientos mientras ella gemía de placer y dolor a partes iguales-. ¿Te duele, mi baronesa?

Silvie gimió cerrando los ojos porque era un placer ligeramente doloroso, pero de algún modo lo quería y deseaba que fuera a más. Alzó sus nalgas más aun abriendo sus piernas todo lo que podía en esa postura y al escuchar la risa ronca en su oreja volvió a abrir los ojos para mirar a ese dios pagano que la poseía haciéndola sentir todos esos pecados como sus únicos deseos. Le vio sonreírla desafiante y canalla y ella se supo queriendo no perder esa batalla. Aferró con fuerza la sábana a ambos lados de su cabeza y alzó más sus nalgas sintiendo esos dedos moverse cada vez con más reclamo en su interior.

-Eso es. Valiente y desafiante. -Marcus la sonrió tomando sus labios al asalto metiendo y sacando sin parar sus dedos sintiendo como ella más y más se dilataba y sin temor alzaba sus nalgas y las abría para él.

Escuchó y sintió el gemido de Silvie en sus labios y al romper el beso ella jadeante y mirándolo con los ojos brillantes y casi nublados por una pasión que la desbordaba de repente, con una mirada más desafiante aún, dijo casi sin aire:

-Más.

Marcus sonrió alzándose tras ella empezando a mover mejor y con más viveza

los dedos. Los sacaba y los lubricaba una y otra vez. La dilataba mientras ella gimiendo de puro placer se abría más y más alzando esas preciosas cumbres para él. Acariciaba su botón con su mano libre para azuzarla, avivar más aún su entregado cuerpo, asegurando su lubricación. Decidido y duro como estaba, pues excitado no era la palabra que lo definiría ya que estaba lejos de ello, duro como una roca con su verga palpitando y exigiendo a gritos que le dejase estallar dentro de ese cuerpo caliente. Tomó esa vara doliente y la enterró en su cueva una y otra y otra vez con suavidad. La lubricó con deliberada lentitud mientras Silvie gemía de placer y lo ahoga en su interior reclamando ser satisfecha. La sacó y tomando sus dos nalgas con ambas manos la abrió mientras con una rodilla empujaba su pierna para abrirla más para dejar espacio para sus caderas.

Despacio fue entrando en su trasero con su polla lubricada un poco cada vez, dilatándola con lentitud. Los gemidos de placer y dolor de Silvie lo azuzaban, pero él, sujetando bien fuerte sus propias riendas se tomó su tiempo hasta que su verga entró casi por entero en su estrecho trasero. Silvie gemía y se revolvía cada vez más bajo su mano, pero él la sujetó con firmeza.

-Quieta, quieta. -Le ordenó tajante.

Silvie jadeante, con el rostro por entero enrojecido le miró por encima de su hombro con una mirada furiosa.

-Quieta, fierecilla, no quiero hacerte daño.

-Maldita sea. Hazme daño, pero quiero sentirlo ya.

Marcus se rio por la fuerza de su mirada y su resolutiva imposición.

-Fierecilla, el trasero ha de acostumbrarse a mi verga. Es muy grande y tú muy estrecha.

-O me tomas de una vez o te disparo.

Reclamó ansiosa de sentirlo plenamente, de sentir ese dolor que sabía sería real pero también de un placer difícil de explicar cómo lo habían sido todos y cada uno de los placeres que él le hubo dado a conocer, que le hubo enseñado. Era pura lujuria, decadencia y algo descontrolado y lo sabía, pero no le importaba, solo quería sentirlo plenamente y estallar con él enterrado en ella.

Marcus se rio saliendo de ella por entero sin soltar su trasero que sujetaba a ambos lados por sus caderas. La alzó y se enterró de un empujón en su cueva al tiempo que se inclinaba sobre ella para besarla mientras mecía su vara en su interior.

Ella gruñó y le mordió el labio castigándolo, haciéndolo reír.

-Maldita sea. -Masculló empujando su trasero hacia él.

-Para, para. -Gruñó ronco-. Para. -Ordenó una vez más tajante alzándose y quedando de rodillas tras ella sujetando con sus manos sus caderas impidiendo todo movimiento-. Estate quieta, fiera. -La sonrió con una sonrisa sádica y al tiempo seductora. Silvie jadeante le miró furiosa-. Primero voy a lubricar mi verga y cuando lo esté tomaré tu trasero.

Silvie entrecerró los ojos sintiendo vibrar cada fibra de su ser mientras él se mecía tras ella friccionando su pene en su interior de su sexo haciéndola sentir un cosquilleo que exigía llegar más lejos. Lo apretó fuerte en su interior sosteniéndole la mirada sonriendo cuando él gruñó apretando los dientes.

- ¿Me desafías? -Preguntó mirándola con fijeza.

-Maldita sea. Quiero que me tomes sin tantas delicadezas. No soy una florecilla que se vaya a partir. -Dijo tajante mirándolo enfadada.

Marcus ensanchó esa peligrosa sonrisa suya y sin apartar sus ojos de los de ella con voz ahogada y ronca, sintiéndose más duro que nunca en su vida pues ella, solo ella podría lograr ese estado con solo una orden.

Empezó a entrar y salir de ella con fuerza sintiendo las inevitables contracciones de ella a su alrededor mientras Silvie gemía por el nuevo éxtasis. Sonrió sintiendo su verga a punto de estallar, pero controlándose la sacó ahora lubricada tras la nueva explosión de Silvie que respiraba forzosamente mirándolo aún desafiante por encima de su hombro. La miró sonriendo con su pecho aun subiendo y bajando del esfuerzo anterior y dijo con un brillo intenso en su mirada mientras metía y sacaba la polla de su cueva un par de veces para humedecerla lo máximo posible:

-Álzate un poco. Vas a apresar el travesaño de la cama con ambas manos con fuerza. -Silvie le miró entrecerrando los ojos por encima de su hombro-. No eres una florecilla delicada, mi baronesa, así que voy a poseer tu culo, voy a

marcarlo como mío, pues mío es y lo será para siempre, más tú has de procurar sujetarte bien porque empezaré con suavidad, pero en cuanto tu trasero me acoja bien, cumpliré tu mandato y te tomaré sin delicadezas. Sujétate fuerte, mi baronesa, que cuando puedas acogerme del todo voy a empalarte hasta que todo tu cuerpo me sienta por entero. Voy a hacerte gritar de placer y dolor, un dolor que será puro placer.

Los labios de Silvie esbozaron una sonrisa perezosa, lenta y sincera antes de enderezarse ligeramente para apresar el travesaño estirando ligeramente los brazos. No le resultó fácil, pero una vez ligeramente erguida comprendía que de ese modo afianzaba las rodillas en el colchón abriéndose más y, además, él la podía sujetar mejor. Le volvió a mirar por encima del hombro con idéntico desafío que antes, sintiéndose viva, poderosa, completamente licenciosa y al tiempo, confiada en él.

Marcus tomó su cabello con una mano moviéndolo para sujetarla con una sola mano con firmeza, enredando su larga melena en su brazo y en su muñeca sujetándolo firme con su mano obligándola a echar ligeramente la cabeza hacia atrás arqueando la espalda y abriendo sus nalgas para él. Sonrió tomando con su mano libre su verga que sentía latir dolorosa bajo sus dedos. La empujó varias veces en su cueva humedeciéndola por entero de nuevo, lubricándola con su caliente líquido y después posó su punta en su trasero sintiéndolo dilatar poco a poco mientras ella ansiosa se abría y ligeramente empujaba hacia atrás. Con una mano en su cadera y la otra en su cabello como si fuera unas riendas tiró con suavidad.

-Quieta. -Le ordenó deteniendo su avance con su verga medio enterrada en ese trasero que ella apretaba aferrándolo-. Quieta. -Volvió a ordena-. No empujes hacia atrás y no me estrangules.

Sonrió porque ella gimió. Sabía que estrangularlo era una reacción ajena a su voluntad, pero también que, ordenándole, azuzando su pundonor y orgullo ella se concentraría para dejar de apretarlo. La escuchó gemir más y tomar una bocanada de aire mientras poco a poco aflojaba su agarre. Sí, su baronesa era una fierecilla apasionada a la que le gustaba aprender. Estaba quieto, con su verga enterrada hasta la mitad de su extensión. Él se sabía bien dotado. Sabía que tenía un miembro grande y que debía dilatarla bien antes de siquiera enterrarse, aunque no del todo porque ella era muy estrecha. La sujetaba firme y

le estaba costando un esfuerzo ímprobo controlarse porque todo su cuerpo reclamaba hundirse ansioso en ella, dejarse llevar sin más, pero iba a domar ese trasero con paciencia, iba a tomarla con dedicación para arrancarle gritos de placer. Sabía que le dolía, pero con destreza era un dolor controlado y un dolor parejo a un placer que poco a poco crecería hasta que el dolor solo fuese un rescoldo nada más. Su fiera baronesa no era apocada, temerosa ni apagada. Quería que la tomase. Le ordenaba que la tomase. Cuando la sintió por fin aflojando del todo su agarre sabiéndola concentrada y entregada a esa tarea salió de ella hasta la punta y volvió a entrar esta vez un poco más. Repitió el movimiento lentamente muchas veces entrando cada vez más en ella, meciéndose cada vez haciendo ligeros círculos dilatándola con lentitud. Su verga reclamaba estallar, pero él con mano firme, la misma con que la sujetaba a ella impidiendo que se moviera, la estaba conteniendo, sabiendo que cuando al final estallara sería incontrolable y glorioso.

-Maldito seas. Más. -Ordenó desesperada por estallar.

Marcus se rio entre dientes y cerrando la mano en su cadera con más fuerza contestó:

-Lo que mi baronesa ordene.

Salió de ella hasta el mismo glande y sin tiempo a dejar que queja alguna saliese de sus labios empujó golpeando sus caderas con sus nalgas escuchando el salvaje grito de dolor de ella mientras él se clavaba del todo en ese trasero. Lo hubo acogido del todo. Orgulloso de ella observó quieto el punto de unión de sus cuerpos, jadeante, sintiendo resonar en sus oídos el latido de su verga que estrangulada por ella con fuerza quería perderse en esa mujer que era su dueña sin importarle nada más, se quedó muy quieto dejándola acostumbrarse.

Un gemido mitad sollozo mitad jadeo de placer salió de ella.

-Más. -Murmuró sin aliento. Le dolía y al tiempo sentía un placer indescriptible como si saberse poseída de un modo tan salvaje y pecaminoso le hiciera sentir lasciva y viva.

Marcus gruñó tirando de su cabello obligándola a arquearse y alzar más el rostro. Le ladeó la cabeza y con salvaje deseo tomó su boca.

-Sujétate fuerte. -Le ordenó enderezándose de nuevo soltando su cabello para

sujetar con las dos manos sus caderas. Bajó un poco sus propias caderas decidido a empezar a bombear en ella con fuerza, a enterrarse del todo, pero desde un ángulo un poco más bajo para que ella le acogiere mejor. Quería que lo enguliese entero como esa vez y sabía que al principio le iba a doler, pero él la controlaría, enseñaría a ese trasero como acogerlo y tragarlo.

-Sujétate. -Repitió mientras salía casi del todo de ella y de golpe se enterró de nuevo en ella que volvió a acogerlo por entero dilatándose con esfuerzo, pero era valiente y decidida y no parecía querer amilanarse pues se abría para él y en cuanto lo tuvo de nuevo enterrado lo ahogó.

-Más. -Gimió cerrando los ojos dejando caer su cabeza entre sus brazos al tiempo que cerraba con fuerza las manos en el travesaño hasta que sus dedos se volvieron blancos. Le dolía, muchísimo más que cuando él rompió la barrera de su virginidad, pero de algún modo, en un lugar muy recóndito de su ser que debía ser demasiado salvaje y lujurioso para haber sabido siquiera que existía hasta ese momento, quería, reclamaba ese dolor. Deseaba más que nada en ese momento sentir ese dolor y ese placer.

Marcus gruñó y empezó a empujar de abajo a arriba una y otra vez enterrándose lentamente en ella, pero hasta el fondo. Una vez, dos, tres, diez... sus ojos fijos en ella, concentrado en ella. En sus sensaciones, en sus reacciones. Sus oídos centrados en sus gemidos y su respiración. La dejaba acostumbrarse, pero ella lo azuzaba sin temor, empujaba sus nalgas hacia atrás en cuanto lo tenía enterrado como si quisiera engullirlo más. Estaba al borde de sus fuerzas, su contención no duraría mucho más y lo sabía. Solo deseaba empezar a empalarla sin límite y con fuerza y no necesitó contenerse porque ella alzó el rostro y le miró por encima de su hombro con los labios hinchados, el rostro enrojecido y los ojos llorosos.

-Más. -Reclamó con determinación y la voz firme a pesar de que respiraba con esfuerzo como él.

Marcus asintió gruñendo y cerrando los dedos en sus caderas con más fuerza salió de ella del todo, le alzó el trasero dejando sus piernas al aire siendo él el que la sujetaba por entero y de un empujón, con fuerza y empujándola a ella hacia él, se enterró con tal fuerza y viveza que Silvie gritó y lloró al tiempo.

- ¡Más! -Gritó y lloró tras unos segundos cerrando más fuerte los dedos en la

madera. Le dolía y más que antes pero también el placer era mucho mayor y lo quería, deseaba con todas sus fuerzas ese placer y también ese dolor.

Marcus cerró los ojos un instante y cuando los abrió se sintió salvaje, un cavernícola un león tomando a su leona. Una leona exigente, salvaje y apasionada.

-Sí... -Murmuró ronco tras salir de ella y volver a enterrarse con fuerza-... Sí... -Susurraba en un ronco gruñido que resonaba en su garganta con cada envite, con cada golpeteo de caderas.

Empezó a empalarla como le hubo pedido, exigido. Sentía cada latido de su pene como el mayor de los placeres.

Silvie gemía con la cabeza caída hacia delante. Gemía y respiraba con esfuerzo descompasado, pero lejos de achantarse estiraba los brazos empujándose hacia atrás en cada envite arrancándole ronco gruñidos en cada empujón y más cuando lo aferraba con fuerza. El dolor seguía ahí pero cada vez era menor y dejaba paso a un placer ajeno a lo que imaginaba podía sentirse siendo poseída como si fuere una hembra en celo.

Deslizó una mano entre sus muslos y empezó a acariciar sus pliegues arrancándole un grito de placer. La aturdió cuando sus sentidos no sabían dónde sentir mayor placer. Marcus empezó a empujar con fuerza. Su ritmo se volvió endiablado empujando frenético escuchando solo sus respiraciones, los gemidos de Silvie que, en ocasiones, exigía en un susurro lloroso más, más y más sabiendo que el dolor que ella sentía había dado paso a un placer que dejaba atrás el anterior y en algún punto solo se dejó llevar. Sus ojos se alternaban entre la hipnótica imagen del cuerpo de ella entregado a su placer, entregado por entero a él y la imagen de su verga entrando y saliendo de entre sus dos nalgas que eran golpeadas en cada envite como si el ariete de un ejército enemigo intentase echar abajo la puerta de un castillo en el momento de su asalto. Apenas si fue consciente de que su verga ya antes de dejarse llevar por el orgasmo empezó a soltar su simiente deseando estallar como un aviso de que iba a marcar ese trasero salvajemente.

-Vamos, vamos, córrete conmigo. -Escuchó ronco en algún lejano lugar de su cabeza pues apenas era consciente de nada más que de su cuerpo saturado de sensaciones y justo cuando ese eco resonaba en algún lugar sintió un pellizco

en ese botón de su cuerpo que él sabía domeñar a su conveniencia haciéndola gritar porque se partió de golpe en un placer incontrolado pues se enterró en ella con fuerza provocándole un dolor sordo al tiempo que un placer salvaje en su trasero mientras su cuerpo temblaba por un estallido que surgía de su vientre, de su sexo, de su trasero... no sabía qué punto era el que más placer y dolor le producía, quizás todos... Gritó mientras sentía a Marcus temblar tras enterrarse una vez más, y después dos más mientras gritaba su nombre y un caliente líquido entraba en ella.

Marcus la sujetó firme, no dejándola caer sobre la cama. Dejándose ir por entero en ella, exprimiéndose en ella al máximo. Cada gota, cada maldita última gota de su simiente quedaría en ese trasero pues lo marcaba como suyo. No la dejaba moverse mientras los últimos rescoldos y temblores de su verga, de su cuerpo y de todo él remitían. No la dejó moverse mientras ambos intentaban calmar el bombeo frenético de sus corazones. No la dejó moverse mientras él observaba su cuerpo cubierto con una ligera capa de gotas de sudor brillaba ante él. De rodillas, con el cabello cayendo a un lado de su cabeza, con sus manos aún aferradas al travesaño, ya sin fuerzas, con su trasero completamente enrojecido con él aún enterrado en ella, con sus piernas apenas sin fuerzas para sostenerla.

Salió de ella lentamente escuchando salir de sus labios el gemido de queja y dolor. Sonrió viendo su verga completamente brillante, con un ligero rastro de sangre en ella y con su semen cubriendo la entrada de su trasero. Era lo más sucio y lascivo que había visto y eso que él había hecho lo inimaginable con mujeres, incluso con varias, en una cama o en miles de sitios. Pero ver su verga salir del trasero de su baronesa americana, de su, estaba seguro, más que dolorido trasero, con ese rastro que evidenciaba lo que acababan de hacer juntos, no hizo, sino que sonriese, agotado, jadeante y asombrado. Silvie dejó caer la cabeza en el colchón soltándose del travesaño agotada. Con su culo aún en pompa ante él. Se rio entre dientes y le dio un pequeño mordisco en el trasero mientras murmuraba:

-Mi fiera baronesa.

Deslizó los dedos por su sexo y los subió a la línea de unión de esas dos preciosas medias lunas y con su lubricación unida a su semen acarició lentamente su entrada y después deslizó sus dedos dentro de ella con suavidad.

Silvie gimió en protesta y evidente muestra de escozor.

-Lo sé, cielo, lo sé. Estarás dolorida un par de días. -Dijo inclinándose y besándola en la mejilla contraria a la que tenía posada en el colchón aún sin abrir los ojos-. Has estado magnífica. Me has domado, amor. Tú me has domado a mí. -Decía sonriendo, acariciando su mejilla con los labios sin detener el suave movimiento de sus dedos en su trasero, por dentro y por fuera.

Silvie gimió:

-Estoy agotada.

Marcus se rio:

-Ya lo veo. -La besó en la mejilla y después posó los labios en sus oreja-. No te muevas y no bajas tu traserito.

Silvie abrió los ojos y lo miró:

-No pensarás volver a hacerlo. -Preguntaba mirándolo con asombro pues él seguía acariciándola.

Marcus se rio:

-No cielo. Tu fiero trasero no podrá ser tomado de nuevo hasta dentro de un par de días. Necesitas dejar que se recupere. Además, ya dilatado como está, aunque más adelante lo dilataré más aún, sentirás mucho más placer la próxima vez, pero para eso deberé dejarlo recuperarse. No quiero que te muevas porque voy a extenderte un poco de camomila para aliviar el escozor.

Silvie cerró los ojos y sonrió ligeramente:

-Ah, bueno, en ese caso, dejaré que me cuides.

Marcus la miró con fijeza deteniendo sus dedos de golpe asombrado. Ella dejaba que lo cuidase... Aquello era una revelación, aunque ella no fuere consciente de ello. Su corazón pareció latir con fuerza de nuevo. Ella le amaba y se entregaba a él no solo en el sexo, sino en todo lo demás. Dejaba que la cuidase. Enterró el rostro en su cuello y lo besó suavemente, una caricia tierna.

-No te muevas que voy a cuidarte.

De los labios de Silvie, que no se movió ni abrió los ojos, solo salió un gemido a medio camino entre quejido y gruñido que le hizo sonreír. Realmente estaba agotada y seguramente tan dolorida que no podría sentarse sin sentir un escozor más que palpable. Aquella idea le hizo sonreír orgulloso y arrogante y saltando de la cama tomó la toalla y se limpió con un poco de agua. Tomó de su bolsa el bote del bálsamo que llevaba y la camomila y regresó a su lado. Se rio entre dientes negando con la cabeza pues se había quedado dormida con el trasero ligeramente alzado pues tenía los dos almohadones que él hubo colocado debajo de ella y los brazos desmadejados a ambos lados de su cuerpo. Apenas cinco minutos antes era toda lujuria y pasión en estado puro y ahora parecía una borracha caída sin más en su inconsciencia sin orden ni concierto. Se rio abriendo el bote de camomila pues sí que estaba ebria, pero ebria de pura pasión. Besó su trasero antes de empezar a extender con sumo cuidado con dos dedos primero la camomila y después el bálsamo. Ella apenas si se movió, solo emitió un par de gemidos y un gruñido cuando metió sus dedos recubiertos de bálsamo moviéndolos con cuidado en su interior queriendo recubrir de bálsamo sus paredes pues con lo apasionado que había sido debían estar muy irritadas. Cuando terminó dejó los botes en su bolsa pensando que más adelante volvería a usarlos pues iba a domar cada recodo de ese cuerpo de pecado con entrega y dedicación y después regresó a su lado. La acomodó mejor para que estuviese cómoda y ella no mostró oposición alguna pues estaba completamente dormida. Sonrió abrazándola por la espalda, acomodándola por entero dentro de su cuerpo y después los cubrió con la sábana. La luz entraba a raudales por la ventana pues ya era de día. Debían ser pasadas las nueve y, seguramente, de estar ocupadas las habitaciones contiguas alguien habría oído rescoldos de la pasión con su esposa. Se rio entre dientes enterrando el rostro en su cuello ante esa idea. Cerró los ojos dejándose disfrutar de las imágenes de esos momentos previos mientras inhalaba el aroma de su piel que se mezclaba con el almizcleño del sexo compartido, la camomila y el bálsamo. Enredó los dedos de la mano que posaba en el estómago de ella con la que Silvie posaba encima de la suya. Era perfecta. Cada parte de ella, de su cuerpo y de su mente encajaba a la perfección con él, incluso su pequeña mano encajaba como perfectas piezas de una escultura, dentro de su mano.

Apenas ese pensamiento hubo cruzado su cabeza sucumbió al sueño profundo

al igual que ella.

Despertó dos horas después escuchando cascos de caballo más allá. Suspiró tomando de la mesilla de noche donde lo hubo dejado, su reloj de bolsillo con su blasón familiar grabado en una elaborada filigrana. Eran las doce del mediodía. Era evidente que la apasionada dama que mantenía en sus brazos alteraba sus planes con solo rozarlo. No llegarían a la hora del almuerzo a Varcum como había planeado para poder almorzar en la terraza tras enseñar y presumir de su baronesa a todos los habitantes de su hogar, especialmente a Clement, el viejo mayordomo francés que a pesar de su achacosa edad él mantenía al frente de su hogar pues había sido la mano firme que había regido esa casa desde tiempos de su padre y le tenía algo más que un cariño sincero. Clement era como un abuelo gruñón cuando era un crío que le reprendía por sus travesuras, aunque luego se reía de ellas llamándolo diablillo incorregible.

Llegarían de anochecido por lo que seguramente habría de dejar enseñarle su hogar para el día siguiente que no así pasar su primera noche en la alcoba del señor de la casa con su baronesa. La besó en el hombro y se levantó con cuidado de no despertarla. La cubrió bien y apretó el tirador tras ponerse unos pantalones. Aún se abrochaba la camisa cuando un par de golpecitos al otro lado le hizo abrir rápido la puerta tras echar un vistazo para asegurarse de que Silvie quedaba lejos de la vista abriendo solo un poco la puerta y que no se despertaba.

-Milord.

-Buenos días. -Saludó amable al posadero que frente a él lo miraba ansioso-. Mi esposa y yo partiremos en un par de horas. Desearía que preparasen una tina caliente para ella y un desayuno para ambos. También avisen en los establos de nuestra hora de partida. Que preparen un carruaje. Llevaremos los caballos atados atrás.

-Sí, milord. -Iba a marcharse, pero él lo detuvo y sacando un par de monedas de oro la puso en su mano.

-Para un mozo. Dígale que marche a Varcum y avise de la llegada de mi esposa y mía para la tarde.

-Sí, milord. Mandaré a mi hijo que es muy veloz a caballo.

Marcus asintió cerrando la puerta.

-Ummm ¿llegaremos esta tarde? -Preguntaba Silvie desperezándose, estirando los brazos y las piernas haciéndole sonreír mientras se acercaba a ella-.
¿Carruaje?

Marcus se inclinó sobre ella besándola en los labios poniendo una mano a cada lado de su cuerpo.

-Tu trasero no soportaría una cabalgada y menos una tan larga.

La respuesta le hizo enrojecer de vergüenza arrancándole una carcajada a Marcus por el rubor de sus mejillas. La besó meloso demorando sus labios un poco sobre los de ella.

-Mi fiera baronesa.

Silvie suspiró rodeando su cuello con un brazo.

-Me has convertido en una perdida.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Al contrario, cielo, te he hallado y no volveré a perderte jamás.

-Eso es bonito. -Sonrió mirándolo aun ligeramente adormecida.

Marcus pasó los pulgares por sus mejillas lentamente disfrutando de la suavidad de su piel y ese brillo en sus ojos que para él eran el más bello lago en el que bañarse.

-Ahora te bañarás, vestirás y tomarás uno de esos copiosos desayunos que tanto te gustan.

- ¿Me estás llamando comilona, mi mandón esposo?

Marcus se rio:

-Me encanta verte comer a dos carrillos.

Silvie le doy un golpecito en el hombro.

-Yo no como a dos carrillos sino con pausado bocado.

Marcus se carcajeó dejando caer su cabeza entre sus pechos rodeándola por entero con sus brazos.

-Cielo, no intentes engañar a tu esposo que ya te ha visto devorar hambrienta una fuente de panecillos y tarta.

-Eso solo fue una vez porque me retó lord Samuel. Mi honor estaba en juego. No podía dejarme ganar por ese pequeñajo por muy comilón que sea.

Marcus se rio recordando la imagen de Silvie y Samuel devorando como dos hambrientos aquella bandeja de dulces en la cafetería la mañana que fueron “de paseo” al pueblo. La besó en uno de sus pechos empezando a acariciárselo y lamerlo tentadoramente antes de alzar el rostro y sonreírla travieso.

-Te duele mucho el trasero. -No preguntó sabiendo que debía estar dolorida.

Silvie hizo una mueca porque mentiría si dijese que no le dolía.

-Un poco.

Marcus sonrió antes de besarla en los labios.

-Date la vuelta. Voy a ponerte un poco del ungüento de camomila y del bálsamo.

Silvie asintió girando para quedar tumbada boca abajo. Le quitó la sábana y le abrió ligeramente las piernas tras deslizar su mano por su espalda y su trasero acariciándose con reverencia. Estaba preciosa, desnuda, a plena luz del día y con el cuerpo aún con las marcas de sus manos en sus caderas, pues en inconsciente pasión la hubo sujetado con fuerza.

-No soy el único marcado. Te he dejado la marca de mis dedos en las caderas. Creo que me hacer perder el oremus.

Silvie se removió mirando hacia atrás chasqueando la lengua al ver el contorno de sus dedos ligeramente amoratados en sus caderas.

-Eres un bruto. -Dijo sin reproche real en su voz antes de cruzar los brazos bajo su cabeza tumbándose de nuevo.

-Somos tal para cual, -Le respondía dándole un juguétón bocado en una nalga-, te recuerdo, mi fiera baronesa, que tengo las marcas de tus uñas en más de un lugar de mi cuerpo.

-Bah, eso no son más que marcas de dominio. Te he marcado como a mi res preferida.

Marcus se carcajeó palmeando su nalga.

- ¿Como si fuera tu semental?

-Justo eso. -Respondió impertinente.

De nuevo palmeó su trasero.

-No seas mala con tu barón que te recuerdo he sido complaciente con tus reclamos. -Silvie se rio traviesa sin moverse y él untó sus dedos de bálsamo y con deliberada lentitud los metió en su trasero. Silvie gimió mitad por el escozor mitad por el placer cuando empezó a moverlos suavemente-. ¿A que ahora no quieres burlarte de tu barón? -Susurró lascivo en su oreja sin dejar de mover los dedos-. Si, cielo, sé que duele y sé que te gusta. -Ronroneó en su oreja mientras ella movía ligeramente el trasero-. Eres una fierecilla apasionada... -La besó en el punto sensible tras la oreja sin dejar de mover lentamente los dedos en su dolorido trasero mientras deslizaba una mano por debajo de su cuerpo hasta alcanzar sus ligeramente húmedos pliegues-. Ahora, no grites amor. -Sacó los dedos de su trasero y se desabrochó los pantalones alzándole las caderas al tiempo. Untó de nuevo los dedos de ungüento y los introdujo en su trasero al tiempo que se enterraba en su sexo empezando a mecerse al mismo ritmo que movía los dedos en su trasero. Silvie gimió cerrando fuerte los ojos, alzando sus caderas, cerrándose fuerte para apresarlo en su interior, mientras su mano se aferraba con fuerza a la que él tenía sobre su botón apretándoselo de modo tan eficaz que se sentía postrada a todas las sensaciones que le abarcaban.

Marcus inclinado sobre ella con su rostro en su cuello se mecía lentamente dejándose disfrutar de poseerla de esa manera. Se sabía estimulándola de un modo que la aturdía y la hacía entregarse sin más al placer, sin miedos, sin ambages. Gemía y lo apretaba con fuerza en su interior al igual que apretaba su trasero apresando sus dedos. No tardaría mucho en correrse dentro de ella por lo que azuzó su botón y pronto estalló apretándolo con fuerza por sus espasmos. Sus dedos se detuvieron unos instantes mientras él tembló en su interior corriéndose sin remedio, pero tras correrse y sin salir de su interior volvió a moverlos en su trasero escuchando sus leves gemidos de dolor y placer.

- ¿Quieres que pare? -Susurró en su oído aún jadeantes de su mutuo estallido.

Silvie negó con la cabeza varias veces jadeando y con los ojos fuertemente cerrados mientras se mordía el labio para no gritar. Sacó los dedos

embadurnándolos de un poco más de unguento mientras ella abría aturdida los ojos ligeramente e inclinándose sobre ella de nuevo preguntó:

- ¿Quieres que te acaricie o quieres un poco más de esto?

Atrapó su lóbulo entre los dientes moviendo sus dedos con un poco más de velocidad en su trasero.

-Dime, fierecilla, quieres que solo te calme tu bonito trasero o quieres que te lo caliente un poco. No temas, irás en carruaje y tu trasero no sufrirá.

Silvie gimió y tomando la mano con la que él le sujetaba la cadera la llevó hasta sus pliegues.

-Más. -Jadeó ebria, ciega de un anhelo que ya reconocía.

Marcus sonrió atrapando su cuello en un mordisco travieso y empezó a mecerse dentro de ella endureciéndose de nuevo en apenas unos segundos, mientras ella aferraba su mano instándolo a acariciarla.

-Sí, fierecilla, sí... tu esposo te complace, no temas... -Gruñó saliendo de ella y liberando su trasero.

Silvie gimió y lo miró parpadeando desorientada.

Marcus saltó de la cama, se desprendió de la camisa y de los pantalones y se sentó en el borde de la cama mirándola mientras alargaba el brazo y volvía a embadurnar sus dedos esta vez con crema de camomila. La miró desafiante mientras ella lo hacía desconcertada.

-Ven, siéntate sobre mí a horcajadas.

Silvie parpadeó y con un gesto de dolor por su trasero obedeció abriendo las piernas para sentarse sobre él, cara a cara. Apoyó las manos en sus hombros mirándolo.

-Ahora, nena, vas a tragarme entero y te vas a mecer sobre mí.

-Pero...

-Obedece. -Le miró desafiante. Silvie resopló, pero metiendo su mano entre ellos le tomó el pene sin miedo y lo guio entrada. Marcus sonrió cuando ella lo engulló obediente-. Mi esposa tiene hambre. -Se burló antes de apresarse su

pecho en un mordisco-. Yo también. -Mordisqueaba su pecho mientras deslizaba su mano por su trasero y con expertos dedos metió uno dentro de su trasero arrancándole un gemido mientras echaba la cabeza hacia atrás-. Ahora, esposa, -La hizo mirarlo y sonriendo canalla dijo-. Sé buena jinete y monta a tu semental mientras te indicó el ritmo.

Movió los dedos en su interior de modo rítmico arrancándole algo más que un jadeo de puro placer. Sus ojos brillaban y una pequeña lágrima cayó de uno de ellos.

-Te duele... -Murmuraba sin detenerse-. ¿Me detengo? -Negó con la cabeza de modo vehemente-. Si quieres que siga deberás seguir mi ritmo.

Silvie le sostuvo la mirada mientras él metía sus dedos más y más en su trasero y ella sin pensarlo empezó a mecerse y enseguida a subir y bajar al mismo ritmo que él movía sus dedos de un modo doloroso, reclamante, pero también excitante y de una manera increíble con un placer que le empezó a encantar tanto como la noche anterior. Empezó a montarlo con vehemencia mientras él dejó de mover sus dedos ya que era ella la que montándolo también lo hacía entrar y salir por su trasero pues él los mantenía con firmeza en ella al tiempo que la abría para él.

-Vamos, nena, vamos... -La alentaba cerrando un brazo en su cintura para pegarla a él y para sujetarla-. Lo haces muy bien... me estás montando como solo tú, mi dueña, puede hacerlo.

Silvie bajó el rostro hacia él besándose desesperados. Gimió de dolor cuando empezó a engullirlo con fuerza buscando una urgente liberación más también sintiendo que su trasero, ahora con un dedo de él, estaba siendo invadido con el mismo ímpetu que su sexo.

-Vamos, vamos... -Gruñía cerrando fuerte el brazo a su alrededor ayudándola, elevando sus propias caderas para enterrarse más fuerte en ella mientras con una mano le abría el trasero ayudándola a mantener esa postura y con la otra metía sus dedos olvidando ya toda delicadeza y contención sabiendo que poco le quedaba para correrse de nuevo en ella. Y lo hizo. Temblaba mientras ella lo seguía engullendo, buscando su liberación. Tomó uno de sus pezones entre los dientes y como si eso fuese el acicate final que ella necesitó explotó también aferrando su hombro en un bocado duro y salvaje haciéndole a él

gruñir de dolor.

Con la respiración forzada y su cabeza sobre su hombro, Marcus la sostenía con un brazo mientras con su mano libre tras untarla de más camomila untaba la entrada de su trasero.

- ¿Sabes? Me gusta que seas capaz de tantos estímulos a la vez. -Decía alzando el rostro para mirarla.

Silvie alzó las cejas con los vidriosos y ligeramente enrojecidos.

- ¿Tantos... tantos estímulos...? -Preguntaba jadeante.

Marcus que seguía acariciándole la línea de su trasero ya sin meter los dedos, ahora sí solo queriendo calmarlo, la miró alzando una ceja divertido.

-Oh. -Abrió los ojos comprendiendo por fin lo que decía.

-Sí, oh. -Se rio entre dientes divertido. Se detuvo y la miró abrazándola cariñoso-. En cuanto traigan el agua caliente quiero que te metas en ella y te relajés. Has resultado un polvorín muy ansioso sin gusto por dejar tu lindo traserito calmarse.

Silvie bufó.

-Pero si has empezado tú. Túmbate que voy a ponerte un poco de ungüento... - Lo imitó.

Marcus se carcajeó:

- ¿Qué puedo decir? En cuanto mis manos te tocan pierdo toda contención.

-Pues eso. -Asintió cruzando los brazos sobre su desnudo pecho mirándolo como una niña cabezota-. Es culpa tuya.

Marcus por fin se desancló de ella viendo la pequeña mueca de dolor que hizo ella cuando su trasero quedó sobre sus muslos. La tumbó boca abajo y le abrió las piernas empezando a untar su trasero de ungüento ya sin licencioso objetivo. Sonrió inclinándose para besarla en el hombro.

-No te duermas, fierecilla. Dudo tarden mucho en traer nuestro desayuno y el agua caliente.

-Bueno, pues cuando lleguen me avisas. -Se quejó cerrando los ojos.

Le palmeó la nalga al tiempo que decía.

-Arriba, perezosa. Ya descansarás en el carruaje en brazos de tu encantador esposo.

-Seguro que en cuanto estemos en el carruaje empiezas a tomarte licencias conmigo y no me dejarás dormir. -Se quejó remoloneando en la cama.

Marcus se rio cerrando los botes antes de que se secaren los dos ungüentos apresurándose para ponerse los pantalones y la camisa. La ayudó a vestirse solo con el camisón y su levita que estaba abotonando mientras ella sacaba su larga melena por el cuello cuando llamaron a la puerta. La besó en la frente haciendo que alzase el rostro hacia él aprovechándolo para besarla en los labios.

-Siéntate en la cama. -Le ordenó con suavidad antes de ir a abrir la puerta dejando paso a los dos hombres que rápidamente se llevaron la tina trayendo otra mientras dos doncellas tomaban los restos de la cena antes de llevar otras bandejas con el desayuno.

Cuando por fin se quedaron solos con la tina llena de agua caliente, ella entró con cuidado mientras él se sentaba también en ella frente a ella enlazando sus piernas para poder caber los dos.

-Creo que ya sé qué capricho va a ser el primero que voy a pedirte. -Le sonrió traviesa mientras se recogía el cabello en un moño encima de la cabeza y él masajeaba sus pies.

-Estoy impaciente por oírlo. -La sonrió sin detener su actividad.

-Una enorme tina en la que quepamos cómodamente los dos.

Marcus se rio:

-Realmente azuzando tu pasión no he hecho sino abrir una peligrosa caja de Pandora, ¿no es cierto?

Silvie se encogió de hombros mirándole con un brillo travieso en los ojos.

-Aunque ahora que lo recuerdo, también te he pedido una pista de carreras. Dime, mi supuesto devoto esposo, ¿has satisfecho mi capricho?

Marcus se rio negando con la cabeza:

-No y no lo haré. -La vio que iba a protestar, aunque la sabía divertida-. Para tu información, fierecilla, Thomas y yo somos socios de una yeguada que él mantiene en su propiedad en Plymouth y allí está el campo de entreno. Además, si te construyese un cercado para entrenar caballos no saldrías de él nunca y yo te quiero cerca de mí para devorarte sin medida.

Silvie se rio:

-Y de nuevo me adviertes que te tomarás licencias sin parar.

-Precisamente. -Le alzó un pie y le dio un bocado juguetón-. Ven siéntate sobre mí que voy a calmar un poco tu escozor.

Silvie se rio removiéndose y, sentándose a horcajadas sobre él, le abrazó melosa.

- ¿Vas a calmar mi escozor o vas a sacar de paseo a tu sátiro como antes?

Marcus se rio deslizado sus manos por sus medias lunas acariciándoselas suavemente.

-Prometo contener a mi sátiro al menos hasta llegar a Varcum.

-Umm te acabas de poner un reto. Interesante. -Sonrió traviesa besándolo en la mejilla cerrando sus brazos más sobre su cuello pegándose del todo a él apoyando la cabeza en uno de sus propios brazos cerrando los ojos dejándose disfrutar del agua, de sus caricias y de esa cómoda postura.

- ¿Sabes ya que me amas? -Preguntó besándola en el cuello unos minutos después.

Silvie suspiró y alzó el rostro para mirarlo.

-Eres un incordio, ¿lo sabías tú?

Marcus se rio por su impertinente respuesta.

-Lo sé porque mi esposa tiene a bien decírmelo a la menor ocasión, más, también sé que amo a mi esposa profunda e irremediabilmente.

Silvie negó con la cabeza suspirando.

-Pues tu esposa no va a decir eso hasta que su incordio esposo no deje de insistir.

Marcus se rio:

-Bien, pues dejaré de insistir, al menos hasta mañana.

Silvie rodó los ojos con resignación.

-Y luego llamas terco a lord Samuel.

Marcus se carcajeó antes de darle un bocado en la barbilla.

-Ese enano peleón es más terco que yo.

-A la par. Estáis a la par.

Dos horas más tardes iban camino de su hogar. La llevaba acomodada en sus brazos, tumbada a lo largo del sillón del carruaje con su cabeza y su torso encajado entre sus brazos y su mejilla acomodada en el hueco de su hombro. Dormía plácidamente. Sonrió porque estaba seguro estaba agotada y como le hubo dicho, su trasero estaría ligeramente dolorido. Llevaban un cochero y un mozo y sus dos caballos atados atrás. No iban a un ritmo acelerado por lo que llegarían a última hora de la tarde, tiempo más que bastante para dejarla dormir un poco y devorarla con calma antes de llegar a su hogar.

Y desde luego la devoró. En cuanto despertó la acomodó a horcajadas sobre él y se hundió en ella en apenas unos segundos acompasando su ritmo de embestidas con el vaivén del carruaje jurando que tocaba el cielo con la punta de su verga cada vez que, enterrado hasta la empuñadura, ella lo ahogaba estrangulando su punta sensible de un modo tal que perdía el aire de golpe. Estalló salvaje en ella azuzándola para alcanzar al tiempo el clímax final y la mantuvo sentada así, a horcajadas sobre él, cuando cayó exhausta sobre su pecho, disfrutando de la fricción natural que creaba el propio bamboleo del carruaje logrando que en unos minutos la volviera a tomar, esta vez abriendo la parte delantera de su chaqueta y camisa mordisqueando sus pechos logrando arrancarle varios gritos que acalló tomando al asalto su boca pues una cosa era tomar a su esposa en un carruaje en marcha y otra muy distinta que le gustase que el cochero y el mozo supieren lo que hacían los señores en la intimidad del mismo.

Aún recuperaban el resuello de ese segundo estallido cuando ella alzó el rostro, enrojecido y, con ojos brillantes y una sonrisa traviesa, se desenvainó y se deslizó por sus piernas mirándolo desafiante.

-Creo que ahora quiero practicar el convertirme en mi devoto siervo.

Marcus entrecerró los ojos aún con la respiración forzada viendo como ella tomaba su verga, que libre ante los ojos de ella parecía rendida a su señora con solo tocarle. Gruñó cuando ella cerró fuerte su mano y empezó a moverla de ese modo que él le hubo enseñado días atrás. Cerró un instante los ojos poniendo su mano sobre la suya. Ella se la retiró y al mirarla ella le lanzó una mirada desafiante.

-Quieto. -Le ordenó del mismo modo y con el mismo tono empleado por él la noche anterior cuando entrenaba su delicioso trasero.

Se rio entre dientes y alzó las manos en señal de redención.

-Soy todo tuyo. Tú mandas.

-Bien. -Sonrió satisfecha antes de bajar de nuevo los ojos a ese cuerpo cavernoso que empezaba a elevarse y endurecerse tanto como lo había estado minutos antes.

Empezó a mover la mano arriba y abajo alzando los ojos para mirarlo desafiante sonriendo maliciosa cuando él empezó a respirar forzadamente. Tomó una de sus bolsas y empezó a masajearla logrando que él gruñese de puro placer pues ahora, sensible como estaba, cualquier estímulo lograba postrarlo a sus pies y la muy bruja lo sabía, pensaba mirándola.

-Por todos los cielos. -Jadeó cuando ella se llevó la punta a la lengua y le dio un lametón que casi le hace dar un salto-. Silvie... -Jadeó y ella, maliciosa y con evidente picardía, alzó los ojos hacia él mientras deslizaba su miembro por el interior de su boca engulléndolo. Su lengua se movió acariciando su pene a todo lo largo, su pene que incapaz de resistirse empezó a palpar mientras con las manos tomó sus bolsas y las empezó a mesurar al ritmo que lo tragaba y lamía.

Gruñó mirándola, viendo esa boca peligrosa engullirlo mientras con una mirada de puro desafío ella le devolvía el gesto. Enteró los dedos de una mano en su cabello y alzando las caderas ligeramente empezó a follar su boca embotado con la sensación de su boca, su calor y su osadía logrando hacerle temblar. Deseó saber cuánto era capaz de tragarlo y con apremió folló su boca siendo ella la que lo azuzaba, y él lo sabía, pues cuanto más engullía una vez,

más lo hacía la siguiente y, para colmo, estrangulaba sus bolsas cuando lo tenía dentro haciéndole sentir ramalazos de puro placer. Dentro, fuera, dentro fuera. Fue un baile que le llevaba a la locura y con ojos vidriosos y nublados, la detuvo.

-Si no paras... -Jadeaba sin aire-... Me correré en tu boca.

Silvie le miró sin soltarlo y con lo que a él le pareció una sonrisa lo sacó lentamente casi del todo deslizando los dientes por su verga, creando, al hacerlo, tal sensación de placer que se sintió temblar por entero.

-Silv... -Gruño cuando le lamió la punta y lo volvió a engullir apretando con fuerza sus bolsas.

Juró que ella supo que así iba a correrse en ese instante porque sin darle oportunidad de separarse lo aferró y mesuró sus bolsas con el inmediato efecto de correrse en su garganta con un gruñido animal saliendo de él que nunca había escuchado como nunca tembló de ese modo corriéndose en la boca mujer alguna.

La vio dejarse caer sobre sus talones sonriendo y lamiéndose los labios y él, aún tembloroso y con su verga apuntándola, se quedó sin aliento unos segundos.

-Ven... -Dijo sin aire en los pulmones y con una voz que no reconocía como suya mientras se dejaba caer en el suelo del carruaje tirando de ella para que se sentare a horcajadas sobre él alzando un poco sus faldas. Tomó su aún sensible pene y lo enterró en ella cerrando los brazos y los ojos mientras enterraba el rostro en la curva de su cuello-. Aquí, aquí es donde ha de yacer mi verga cuando estalle. En la cueva de mi esposa.

Silvie se rio abrazándolo por el cuello.

-De nada servirá ya. Así no me dejarás embarazada.

Marcus no pudo evitar reírse por la impertinencia. Alzó el rostro y la miró orgulloso.

-Te recuerdo, fierecilla, que me he corrido dos veces dentro de ti hace menos de media hora y también varias veces la pasada noche y esta misma mañana. Y no digas que no servirá de nada. De momento, has logrado tu propósito pues

ahora me tienes rendido a ti y te declaro mi dueña, mi señora y mi diosa.

Deslizó las dos manos por debajo de sus faldas y le acarició el trasero desnudo ya que sus pantaloncitos estaban en el asiento donde él los hubo dejado antes para poder tomarla. Le acarició las medias lunas con cuidado y deslizó un dedo por la línea de estas viendo la ligera mueca de dolor de ella.

-Debería ponerte un poco de camomila. -Silvie hizo una nueva mueca de ligero escozor asintiendo-. Bien, pues ya que nos hemos comportado como unos licenciosos en este carruaje, creo que podremos seguir haciéndolo sin vergüenza ninguna, aunque esta vez sea con el único fin de calmar el dolor del bonito trasero de mi esposa.

Silvie se rio negando con la cabeza.

-Realmente eres un sátiro.

Marcus se rio.

-Lo dice la mujer que me acaba de postrar a sus pies llevándome a un placer pecaminoso y magnífico a partes iguales.

Silvie sonrió orgullosa alzándose ligeramente para separarse de él al tiempo que decía.

-Es que soy una alumna aventajada.

Marcus se rio y la detuvo cuando iba a sentarse en el asiento.

-Espera, cielo. Ponte de rodillas y apóyate en el banco. Reposa la cabeza en el cojín.

Silvie le miró mientras él se sentaba en el banco de enfrente acomodándose las ropas.

-Pon ese delicioso culito en pompa. -Dijo mirándola con una sonrisa de pura diversión alargando el brazo para sacar de su levita, que estaba al otro lado del banco, los dos tarros.

-Tenías planeado esto. -Lo acusó entrecerrando los ojos al verlo sacar los botes del bolsillo de su levita.

-Soy un esposo considerado preocupado por el bienestar de mi esposa. No

puedo dejar que su lindo trasero sufra pudiendo yo aliviarlo. -Respondía con una sonrisa ladina.

Silvie bufó girando, apoyando los codos en el sillón mirándolo por encima de su hombro.

-Que conste que obedezco por mi pura conveniencia.

Marcus se rio poniéndose de rodillas tras ella alzándole las faldas dejando sus piernas y trasero al aire.

-Queda constancia, esposa. -La besó en la curva del final de la espalda donde comenzaba ese trasero que iba a convertirse en su perdición, pensaba sonriendo divertido.

Empezó a untar la línea de su trasero y su entrada con lentitud con dedos suaves. Tras unos minutos le dio un suave bocado untándose los dedos de más ungüento y mirándola desafiante la sonrió:

- ¿Lista?

Silvie le miró por encima de su hombro y sonrió asintiendo.

-Pero nada de tomarte licencias, solo tienes que aliviar mi escozor.

Marcus se rio alzándose ligeramente y dejándose caer sobre ella la besó en el cuello pegando su pecho a su espalda.

-Cielo, aliviar tu escozor requiere que me tome licencias. -Contestaba con una evidente diversión en la voz-. Abre un poco más las piernas, preciosa, que voy a tomarme licencias con tu trasero.

Silvie gimió alzando el culo tras abrir más las piernas.

-Eso es... -Susurró en su oreja antes de apresar su lóbulo arrancándole un gemido de placer mientras deslizaba sus dedos pringosos con lento paso dentro de su trasero arrancándole un nuevo gemido de dolor y placer-. A mi esposa le gusta que su esposo le cuide ¿no es cierto? -Susurraba con un tono ronco y lascivo en su oído mientras no paraba de mover lentamente los dedos que a ella le provocaban un ligero escozor, pero también un placer del todo escandaloso.

Gimió alzando más su trasero buscando en atávica reacción esos dedos

licenciosos.

-Esto... esto... seguro que no lo aprobarían en la escuela... de señoritas... -
Decía casi sin aliento escondiendo el rostro entre sus brazos.

Marcus se rio sacando los dedos sabiéndola a punto de sentir un nuevo orgasmo. Sí, su esposa era un volcán. Sonrió acariciando una de sus nalgas con la palma de una mano mientras con la otra se untaba de nuevo los dedos de bálsamo.

- ¿Qué sabrán en esa escuela lo que de verdad se espera de una fierecilla como mi linda baronesa? -Preguntaba divertido abrazándola de nuevo pasando un brazo por debajo de su cuerpo empezando a acariciar sus húmedos pliegues-. Ahora, fierecilla, soy yo el que va a postrarte a mis pies. Sujétate fuerte.

Silvie gimió más y más mientras él le acariciaba sus labios inferiores pellizcando en ocasiones su botón haciéndola mover las caderas buscándolo.

-Shhh... - Susurró en su oído sin detener su mano mientras con la otra volvía a invadir su trasero con suavidad. No iba a follar su trasero pues le podría hacer daño, pero sí la iba a estimular pues con lo sensible y apasionada que era, la sabía capaz de soportar ese tipo de ligero escozor sintiéndolo como un placer y él se lo iba a dar-. Así, fierecilla, así... -Mascullaba empezando a sentir las contracciones en sus dedos y esa humedad que denotaban el placer que corría por ella-... Vamos, mi baronesa, déjate llevar... -Silvie gimió llorosa enterrando el rostro en el cojín sintiendo ramalazos de placer y también ese escozor conocido mientras él movía esos dedos peligrosos por lo que a ella le parecía todo el cuerpo.

-Más... -Pidió sintiendo que iba a estallar, reclamando que la colmase.

-Shh... tranquila, cielo, ya llega... -Susurraba en su oído sin dejar de mover su mano en sus pliegues y en su trasero.

Con lo duro que se había vuelto a poner decidió colmarla plenamente. Sin dejar de mover muy lentamente los dos dedos de su trasero, soltó su otra mano, a pesar del gruñido de queja de ella y soltando su verga de su apretado pantalón se dejó caer sobre los talones entre sus piernas.

-Ahora, cielo déjate caer hacia atrás. -Le ordenó sin soltar su trasero.

Ella le miró con ojos acuosos por encima de su hombro jadeante.

-Mi trasero...

No terminó la frase porque él sonrió metiendo hasta el fondo uno de los dedos que tenía dentro de ella haciéndola gritar de la impresión y del placentero dolor que la atravesó.

-Tu trasero no tendrá queja. -Dijo sonriendo.

Ella gimió dejándose empujar por él hacia atrás pues una mano suya la cerraba en su cadera y con cuidado la hizo sentar sobre él abriendo los ojos como platos y dejándose caer sobre su pecho con la cabeza hacia atrás en su hombro cuando al caer sobre él la empaló mientras su dedo, aún dentro de ella quedaba clavado en su trasero. Solo necesitó eso para correrse. Solo necesitó que él, con su punta clavada en su interior tocara ese punto sensible dentro de ella, para temblar y sentir su cuerpo convulsionar de placer y enseguida sintió el brazo de él alrededor de su cintura sujetándola fuertemente mientras él tembló también en su interior.

Marcus la besó en el cuello mientras ella forzosamente respiraba con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados viendo una lágrima caer por su mejilla. La lamió sacando por fin su dedo de ese trasero pecaminoso y con gusto por ser tomado por su dueño, que no era sino él. Silvie ladeó el rostro para mirarlo tras sentir su lengua en su mejilla y lo miró con ojos vidriosos y claramente nublados.

-Ahora sí que puedo haberte dejado embarazada. -Dijo sonriéndola desafiante pues se enterró en ella no solo para hacerla alcanzar ese éxtasis final que necesitaba sino porque duro como estaba y con su verga temblando sabía que en cuanto la envainase su simiente saldría disparada para alcanzar su único hogar.

-Me sigue doliendo el trasero. -Decía jadeante.

-Pero no tanto como si lo hubiere vuelto a tomar con mi espada. Aun así te encanta ese pequeño escozor, ¿no es cierto?

Silvie sonrió perezosa.

-Me recuerda que mi esposo es un sátiro.

Marcus se rio.

-Desposado con una americana intrépida y licenciosa. -Contestaba él sin soltarla abrazándola fuerte.

Suspiró pasados unos minutos en que permanecieron sin más en esa postura. Él clavado en su cueva, caliente, húmeda y perfecta rodeándola con los brazos para sujetarla firme y ella apoyada sobre él en completa dejadez.

Se desenvainó y la volvió a colocar de rodillas empezando a masajearle con sumo cuidado toda la zona y deslizando camomila en su entrada para calmarla. Después tiró de ella y la volvió a dejar caer en sus brazos para mantenerla allí todo el tiempo posible. Alzó el rostro hacia la leve rendija de las cortinillas reconociendo las rocas de una montaña por la que pasaban pues eran las que había a dos millas del comienzo de Varcum.

-Será mejor que nos levantemos del suelo y nos arreglemos. En media hora llegaremos.

Silvie hizo una mueca pues tenía el cuerpo dolorido y agotado. Sin moverse le miró sonriendo:

-Creía que nuestra última noche la pasaríamos al aire libre bajo las estrellas.

-Lo dejaremos para dentro de unos días. No pensaba tomar tu trasero tan pronto y hacer el amor a mi esposa sobre el suelo no creo que sea lo que más convenga a tu trasero ni a tu agotado cuerpo. Más, no temas, pasaremos la noche prometida en las ruinas pues deseo hacer el amor a mi esposa bajo las estrellas.

Silvie sonrió negando con la cabeza:

- ¿Y cuándo planeabas tomar mi trasero?

Marcus la besó en el cuello sonriendo antes de alzar el rostro.

-Confieso que pensaba hacerlo pronto porque deseo marcar cada rincón de ti con posesividad y reclamo.

Silvie se aupó sonriendo y con esfuerzo se arregló las ropas y el cabello entre las bromas de Marcus que la observaba mientras él hacía lo propio sonriendo como un canalla pues sus hinchados labios, su rostro enrojecido y ese brillo en

los ojos, no pasaría desapercibido bajo ojos expertos, pero por suerte, aún tenían un poco de tiempo hasta llegar.

Tiró de ella y la acomodó en sus brazos ligeramente ladeado para dejar ese trasero delicioso al aire. La abrazaba y acariciaba ocioso mientras ella le observaba curiosa.

-Cuando quede en cinta de mi barón americano, deberás atar en corto a tu sátiro y cuidarme con mimo.

Marcus se rio:

-Te cuidaré con mimo, mi exigente esposa, más, no pienses que mi sátiro quedará encerrado en una mazmorra. Por el contrario, colmará de atenciones a su exigente esposa cada noche, cada día, en realidad. Las esposas en estado también reciben atenciones de sus esposos, de hecho, espero que me las reclames con mucho ímpetu pues estaré deseando hacer el amor a mi esposa acariciando su precioso cuerpo y sus bonitas curvas.

Silvie se rio enterrando el rostro en su cuello.

-Eso sí que es licencioso.

Le tomó la barbilla entre dos dedos y le hizo mirarlo:

-Cielo, estoy deseando verte en estado. Estarás tan bonita y deliciosa que no podré contenerme. Te doy mi palabra de que en estado seré tan o más licencioso que ahora y a ti te encantará. Y cada noche, antes de dormir, acercaré mi rostro al abultado vientre de mi esposa y le susurraré a mi pequeñín que he hecho mis deberes y cuidado y satisfecho a mi esposa como es menester.

Silvie se carcajeó:

-No harás tal cosa. No dejaré que le digas semejantes cosas a mi bebé. -Se volvió a acomodar en su hombro y le miró fijamente:

-Cuéntame quiénes estarán en Varcum.

Marcus sonrió:

-Pues nos recibirá Clement. Es el mayordomo de Varcum desde antes de nacer yo. Que no te engañe su ajado aspecto. Es un hombre demasiado inteligente

para dejar que nada ni nadie se les suba a las barbas y maneja la mansión con mano de hierro, aunque tiene debilidad por su barón al que reprendía cuando hacía una travesura y aún hoy sigue reprendiéndome.

Silvie se rio:

-Pues si ha de reprenderte por cada locura que cometas, al pobre lo has de tener exhausto de tanto trabajo.

Marcus le mordió la barbilla sonriendo:

-No seas mala con tu barón. Bien, ¿por dónde iba? Ah sí... Clement está casado con Doris, bueno, la señora Doris, antigua ama de llaves de la mansión, pero ahora es su hija mayor la que ocupa el puesto. Clement y Doris viven en una casa que hay en la propiedad. Cuando Doris empezó a tener pequeños achaques de reuma, hice que se instalasen allí para que estuviesen más cómodo. Además, a ella le encanta cuidar su pequeño jardín.

-Entiendo. Les tienes cariño, ¿no es cierto? -Marcus sonrió asintiendo-. ¿Y tu madre estará allí?

Marcus suspiró mirándola en silencio unos segundos.

-Creo que debería explicarte una cosa. -Silvie asintió mirándolo, sabiendo que debía prestarle mucha atención-. Cuando mi padre murió, sentía la obligación de asegurar la continuación del título desposándome. Ciertamente que el haber sido hijo único me hizo desear desde niño tener una familia grande. Mi madre me instó a casarme también pues temía que me pasare algo y el título quedase desprotegido. Aunque fui yo quien eligió sin ningún tino a Ariana, mi madre la conoció y me instó a desposarla, pues al igual que me ocurrió a mí, no supimos ver la verdadera naturaleza de su carácter y su ausencia completa de moral. Tras ese desastre, mi madre no volvió a instarme a desposarme, más, siempre ha sabido que era un paso que tarde o temprano daría, claro que imagino pensaría que esta vez escogería una dama apocada y fácil de llevar.

Silvie se rio entre dientes comprendiendo a dónde quería llegar.

-Y en cambio te has casado con una salvaje y rebelde americana lo que hará que todos sus celos salgan de nuevo a la luz. -Marcus asintió serio-. No te preocupes, sabré sobrellevar sus celos iniciales. Y si al final no cede, le dispararé y asunto arreglado.

Marcus se rio:

-Te creo muy capaz de tal cosa. Pero, de momento, no habrás de hacer frente a esos celos. Mi augusta madre se encuentra en una propiedad a varias millas de Glavert Manor en donde frecuenta la compañía de su hermana mayor y de un caballero con el que no ignoro mantiene una relación desde hace varios años.

- ¿Tu madre tiene un amante? -Preguntó abriendo mucho los ojos.

Marcus se carcajeó por su cara de sorprendente indignación.

-Cielo, no soy quién para juzgar a mi madre mientras no cometa indiscreciones peligrosas que pongan en boca de terceros mi título.

- ¿Y tener un amante no logra escandalizar a otros?

-Descubrirás, cariño, que los aristócratas y nobles que nos rodearán considerarán algo muy normal tener amante.

Silvie entrecerró los ojos y abrió la boca para preguntarle, pero él rápidamente la besó.

-No, cielo, no lo preguntes porque no es necesario. Yo solo tendré una amante por el resto de mis días y será mi esposa.

-Más te vale porque de lo contrario os pegaré un tiro a ti y a la buscona que se enrede contigo.

Marcus se rio divertido por el gesto y la mirada posesiva de ella.

-Pues avisada quedas que como se te ocurra siquiera posar los ojos en otro hombre, ese hombre no llegará a ver un nuevo amanecer.

Silvie asintió con gesto terco como si así lo sellaren entre los dos.

-Bueno, entonces, ¿no conoceré a tu madre?

-La conocerás cuando regresemos a Londres porque gusta ir al comienzo de la temporada social.

-Está bien, ¿a quién más conoceré en Varcum?

-Pues veamos, además de Clement, Doris y su hija, la señora Lerey, que está casada con el jefe de los jardineros, el señor Lerey, el otro personaje

destacado es Jason, el jefe mi cuadra. Claro que debería decir que destacan Jason y sus tres pelirrojos. Jason junior, Jacob y la pequeña Andrea. Sus tres hijos.

-Ah ¿y puedo saber qué hace tan destacados a esos tres pequeños, además de su pelirrojo cabello?

Marcus se rio:

-Son unos trastos de cuidado. A veces me hago el despistado cuando veo a Jason correr tras alguno de ellos por detrás de las cuadras o incluso por algún rincón de los jardines para reprenderlos por alguna travesura.

Silvie sonrió:

- ¿Tan inquietos y temibles son?

-La última trastada que llegó a mis oídos fue que sustituyeron el vino de la vicaría por agua tintada con remolacha.

Silvie se rio:

-Muy ingenioso. Creo que ya me agradan esos pelirrojos. ¿Y por qué hicieron tal cosa?

-Según creo porque el vicario, que parece con poco gusto y paciencia para con los niños, al menos eso dice la señora Doris que suele mirar con gesto airado al vicario por lo que estoy seguro debe ser cierta tal creencia, un domingo gritó muy airado a la pequeña Andrea cuando la vio tomando unas flores de detrás de la vicaría. La pequeña quería llevar las flores a su madre que estaba acatarrada. Cuando me enteré di orden a la señora Lerey para que dejase a esa enana tomar las flores que gustase de los jardines de Varcum, más ello no impidió que sus dos hermanos se tomaran la revancha con el vicario que en medio de la homilía escupió esa agua delante de todos los feligreses arrancando carcajadas a más de uno.

Silvie sonrió:

- ¿Y ese vicario supo quién tuvo la osadía de cambiar su licor?

Marcus negó con la cabeza:

-Esos pequeñajos son muy listos, pero todos en Varcum saben que fueron ellos

porque el día anterior al incidente tomaron del huerto unas remolachas.

Silvie se rio divertida:

-De modo que todo Varcum les encubre. -Marcus asintió sonriendo-. Bien, también debería conocer a ese famoso entrenador de perros que promete convertir a Americus en un perro obediente y fiero a la vez.

Marcus se rio:

-Lo conocerás en unas semanas. Ahora se encuentra en Irlanda pues ha ido a buscar algunos cachorros para las nuevas camadas que queremos crear de Lebrél Irlandeses. Siempre me han gustado esos perros tan grandes, altos y con ese olfato tan agudo. Además, son extremadamente fieles para sus amos. Le he pedido que se haga con una buena pareja para que sean los cuidadores de Varcum y otro par para empezar una buena camada. Quedan pocos ejemplares y me gustaría tener unos cuantos en Varcum.

- ¿Cómo de grandes y altos son?

-Pues me temo que a ti te llegaran a la altura del hombro.

- ¿No es cierto? -Marcus sonrió asintiendo y ella entrecerró los ojos-. Pues ahora sé cuál será el segundo capricho que te exigiré. Quiero dos perros de esos grandotes para que sean mis cuidadores cancerberos y cuando mi arrogante esposo u otro noble inglés diga o haga algo que no me agrade se los lanzaré para que muerdan sus arrogantes posaderas.

-Podrás lanzarlos contra quién gustes, pero no contra mí, fierecilla. Recuerda que te gusta mucho mi impresionante y apuesto cuerpo.

-Bah, no tanto como presumes. -Se burló ella sonriendo y cuando notó el giro del carruaje extendió el brazo abriendo ligeramente la cortinilla.

-Esa es la verja de entrada de Varcum. -Sonrió Marcus enderezándolos para dejarla sentada a su lado abriendo del todo la cortinilla para que pudiese ver el paisaje, aunque empezaba a oscurecer.

Silvie se sentó en su regazo pegando el rostro a la ventanilla no queriendo perderse el paisaje. Aquel lugar era enorme. Unos campos verdes rodeados de unos altos y frondosos árboles. Se veía a lo lejos una impresionante y gran mansión que iba haciéndose más y más grande conforme se acercaban. Detrás

había un bosque y se veía una masa de agua que suponía sería un río o un pequeño lago.

-Esto es enorme. -Dijo conforme más se iban acercando, comprendiendo que esa mansión era la más grande que había visto. Con cinco pisos, enormes ventanales, tantas ventanas que imaginaba habría cientos de habitaciones. Giró el rostro y miró a Marcus que no había apartado los ojos de ella sonriendo pues le gustaba su reacción la primera vez que veía su nuevo hogar-. ¿Pero tú vives aquí solo? ¿Qué haces? ¿cada noche duermes en una habitación y así a lo largo del año alguien duerme en ellas al menos una vez?

Marcus se carcajeó.

-No es mala idea, más, no, yo solo duermo en la alcoba del barón.

-Pues como sea pareja al tamaño de la casa ha de ser gigantesca.

De nuevo él se rio.

-No temas, no te perderás en ella. Piensa la tarea que tenemos por delante para llenar de bonitos e impertinentes americanos todas esas estancias.

Silvie abrió los ojos como platos.

-Estás loco. Tendría que vivir mil vidas para lograr tal proeza.

Marcus se carcajeó.

-Cielo, pondré mucho empeño en lograrlo.

-Ni se te ocurra. -Le clavó el dedo varias veces en el pecho mirándolo con ese brillo de terca determinación que a él le encantaba ver en sus ojos chocolates-. Tendremos como mucho cinco. Mi madre decía que ese número es el adecuado para tener una alegre algarabía en una casa, pero no para que esa algarabía acabe llevando a los pobres padres a la locura.

Marcus se carcajeó:

-Bien, bueno, supongo que habré de conformarme con cinco.

Silvie asintió con un golpe de cabeza antes de volver a mirar a la casa centrando su vista en la rotonda frente a la escalera principal donde ya veía lo que le parecían cientos de criados uniformados, lacayos con librea, doncellas

con su uniforme con cofia y puntillas en las mangas y cuello... Negó con la cabeza mirando a Marcus de nuevo:

-Son muchos.

Marcus la besó en el cuello cariñoso.

-Es una casa grande. No temas, la señora Lerey y Clement te ayudarán a hacerte con el dominio de la casa y yo estaré a tu lado. Siempre.

Silvie suspiró y lo miró:

-Está bien. Si conseguí enderezar a mis hermanos, podré con esto.

Marcus se rio:

-Dudo que tus hermanos estén del todo enderezados. -Silvie le dio un codazo-. Auch. -Se reía-. Fierrecilla, recuerda que me quieres.

Silvie gruñó:

-No recuerdo haber dicho eso todavía.

Marcus se rio entre dientes y la besó en el cuello deslizando los labios por su piel hasta el hueco tras su oreja:

-Pero me quieres, yo lo sé.

Silvie bufó e iba a protestar, pero el carruaje se detuvo haciendo que ella se enderezase de golpe y saltase al asiento arrancando una carcajada a Marcus por su repentina timidez. Le tomó la mano tras dejarla ponerse los guantes y enredando sus dedos con los de ella al tiempo que se abría la portezuela la miró con evidente cariño:

-Vamos, fierrecilla, tu hogar te espera.

CAPÍTULO VIII

Descendió sin soltar su mano ayudándola a bajar tras él y girando para Clement que se acercaba a su señor haciendo una cortesía de inmediato sonrió:

-Milord, bienvenido a casa.

-Gracias, Clement. Es agradable volver. Te presento a mi esposa, la baronesa de Varité, lady Silvie. -Giró sonriendo a Silvie que observaba con gesto sereno y esa mirada terca que él ya reconocía-. Cielo, este viejo carcamal es Clement, el mayordomo de Varcum y el que ordena los designios de todos los pobres habitantes de esta morada.

Silvie sonrió acercándose al ajado mayordomo que, a pesar de sus canas, de su rostro lleno de arrugas y sus pobladas cejas bajo las que se escondían unos ojos negros que a ella le parecieron incisivos y más vivos de los que denotaba su edad, le resultó imponente y temible al tiempo.

-Es un placer conocerlo, señor Clement, el barón me ha hablado mucho de usted.

Clement hizo una cortesía muy formal ante ella al tiempo que decía:

-Bienvenida, milady.

En cuanto se enderezó giró para dejarles paso al tiempo que decía:

-Os presentaré al servicio, milady.

Marcus no soltó la mano de Silvie ni tampoco dejó que se apartare de él, gesto que no pasó desapercibido ni para el mayordomo ni para el servicio. Marcus se tragó una sonrisa sabiéndose observado por ese ajado y más que inteligente mayordomo que tan bien le conocía y sabía, además, que el haber llamado ante él a Silvie de un modo tan cariñoso como cielo, no había pasado desapercibido ni para él ni para muchos de los oídos que prestaban atención a su nueva señora.

-Ella es mi esposa Doris, milady. Antes era el ama de llaves de Varcum, pero ahora ocupa su lugar nuestra hija Helen. -Señaló a dos mujeres que no eran sino una versión mayor y otra más joven de la misma mujer, rostro y apariencia.

Silvie alargó el brazo ofreciéndole la mano a las dos sonriendo:

-Un placer. Milord me ha dicho que sois una gran amante de la jardinería, señora Doris, quizás gustéis más adelante transmitir un poco de conocimientos para conmigo pues me temo soy una completa ignorante en el bello arte de la

jardinería. Mi madre adoraba su jardín y lo cuidaba con mimo, pero no he heredado ni su paciencia ni su talento para ese arte.

-Será un placer milady. -La sonrió con esa sonrisa tranquila que él conocía desde niño.

-Señora Lerey, -continuaba ella sonriendo al hombre a su lado que por sus ropas identificó como el jardinero-, y usted debe ser su esposo, el señor Lerey y el responsable de que este bello paisaje luzca tan bonito.

Marcus se tragó una carcajada por el rubor en las mejillas de ese hombretón curtido en mil peleas pues, aunque era un jardinero responsable y dedicado también gustaba acudir a la taberna con varios de los hombres de la zona a boxear en peleas sin más reglas que ganaba el que se tenía en pie.

-Gracias, milady. Bienvenida. -Atinó a decir tras un carraspeo.

-Clement, me temo que nuestra tardía llegada hace que sea conveniente que dejemos las presentaciones de los demás para mañana y que milady vaya conociéndolos poco a poco.

-Por supuesto, milord.

Mientras decía eso Silvie ya observaba al otro lado de la fila a tres cabezas pelirrojas que situados junto a una señora pelirroja uniformada como lo que suponía era el uniforme de las cocinas, se mantenían con cara de contrariedad y aburrimiento claramente deseando salir de allí a la carrera. Sonriendo se acercó decidida lanzando ligeras sonrisas a su paso a todos los que ella pasaba por delante que hacían una cortesía formal y se detuvo junto a los tres pequeños que la miraban con cara de extrañeza. Silvie se acuclilló pues el mayor no debía tener más de siete años y le llegaba a la cintura y sonriendo los miró divertida.

-Vosotros tres debéis ser los temibles hijos del señor Jason. Jason junior, Jacob y Andrea. -Los tres abrieron los ojos como platos porque su señora conociera sus nombres de entre todos los que habitaban Varcum-. Milord, dice que sois los que mejor planeáis venganzas de toda la zona. -Les guiñó un ojo sonriendo-. Quizás gustéis contarme vuestras aventuras y yo podría contaros las muchas trastadas que mis hermanos y yo hemos planeado desde nuestra llegada a las islas. Claro que he de confesar que en el barco también

cometimos algunas tropelías y, en algunas, la tripulación de mi tío, que era el capitán, nos ayudó.

Marcus, que se hubo acercado y se había colocado junto a Silvie sonriendo, viendo la cara de los tres pillastres ruborizados y al tiempo curiosos con su señora, dio la mano a Jason, un gesto que solo con él se permitía pues ese hombre no solo le había enseñado a montar a caballo cuando ambos no eran más que unos mocosos, sino que, además, podía considerarlo un amigo a pesar de la diferencia de clases y posición. Bajó los ojos a los tres pequeños y les guiñó el ojo:

-Deberíais saber que la baronesa es una temible rebelde venida de esa tierra llena de salvajes que aquí conocemos como América.

Silvie se rio enderezándose:

- ¿Cómo que llena de salvajes? También hay unos pocos hombres que se consideran sí mismos civilizados que intentan enseñarnos a los lugareños a no matar a los ingleses cuando desembarcan en nuestras tierras.

Marcus se carcajeó rodeándole la cintura con un brazo.

-Está bien, está bien, cielo, pero recuerda que ahora estás en tierra de ingleses y que no conviene que nos dispares sin motivos.

Silvie sonrió bajando los ojos a los tres pelirrojos y guiñándoles un ojo contestó:

-Lo pensaré. Aunque mantendré mi pistola cerca por si acaso.

Marcus giró el rostro hacia Clement que hubo seguido a sus señores:

-Mejor entremos y nos aseamos antes de la cena. Llevamos tres días de viaje y no he de negar que estamos agotados. El resto de nuestras cosas las trae Phil que no creo tarde en llegar más de un día o dos.

-Por supuesto, milord.

Los siguió la interior de la casa no obviando que su señor no solo no soltaba la mano de su esposa, sino que parecía querer protegerla de todo y de todos.

-Siguiendo sus instrucciones milord, -Empezó a decir la señora Lerey-, he seleccionado a dos doncellas para milady. -Silvie la miró interesada y

rápidamente añadió:- Si son del agrado de milady, por supuesto.

-Oh, señora Lerey, estoy segura de que habréis seleccionado bien. -Contestó casi queriendo decirle que ella prácticamente se bastaba sola para vestirse y arreglarse, a salvo complicados recogidos pues estaba acostumbrada a que la misma doncella que había asistido a su madre la asistiera a ella pues no gustaba tener a mujeres a su alrededor en cuanto entraba en su habitación pendiente de cada uno de sus movimientos.

Subieron tres plantas y es que la mansión era enorme, iba pensando Silvie mientras observaba todo con interés. Las habitaciones de la familia, le iba diciendo Marcus, se encontraban en la tercera de las cinco plantas y las alcobas de los señores daban a una gran terraza que se abría hacia los jardines principales.

Silvie susurró mientras caminaban por el enorme corredor:

- ¿Nuestras habitaciones están muy separadas?

Marcus sonrió canalla negando con la cabeza contestando también en un susurro:

-Tu alcoba será la mía.

-Ah.

Marcus se rio entre dientes porque lejos de su intención estaba que Silvie durmiese en la alcoba de la baronesa, de hecho, no pensaba dejar que la utilizase para nada. Su esposa dormiría con él, compartiría con él lecho y también las privadas estancias de los señores.

Al llegar a la puerta que unía las dos estancias abriéndola Clement dejando ver el salón de unión entre la alcoba del barón y la de la baronesa, Marcus sonrió entrando con Silvie al tiempo que decía a Clement.

-Cuando las cosas de milady lleguen de Glavert Manor y más adelante de Londres, habrán de colocarse en nuestra alcoba.

Clement asintió, pero él pudo observar el brillo de asombro en sus ojos pues ningún barón, ni siquiera él cuando se casó con Ariana, compartía alcoba con la baronesa y cuando querían compartir lecho el señor solía acudir a la cama de su esposa. En cuanto la puerta se cerró a su espalda la llevó de la mano

hasta la alcoba del barón apareciendo Jonas, el sustituto de Phil hasta que éste regresase y dos doncellas.

-Os llamaremos si os necesitamos. De momento milady y yo solo deseamos un baño de agua caliente.

Salieron prestos y Silvie se rio entre dientes:

-Acabas de escandalizar a mis nuevas doncellas. ¿Un baño? ¿Crees que esas escandalizadas mujeres no saben que esa licenciosa petición significa que te bañarás conmigo?

Marcus se carcajeó atrayéndola a sus brazos.

-Ven con tu licencioso esposo que va a enseñarte su enorme y cómodo lecho.

Silvie se reía rodeándole el cuello con los brazos dejándose llevar pues él caminaba decidido con ella pegada a todo lo largo a él con los pies colgando.

-Presumo consideras es el lugar más importante que he de conocer.

-Precisamente. El más importante.

En varias zancadas alcanzó la cama dejándolos caer sobre ella. Silvie abrió los ojos como platos mirando en derredor. Los enormes postes de madera labrada, los cortinajes de terciopelo, el enorme blasón sobre sus cabezas...

-Pero ¿qué clase de antepasados tenías que mandaban construir un lecho tan enorme?

Marcus se carcajeó abriéndole la chaqueta acariciando sus pechos y mesurándolos por encima de su blusa.

-Imagino que la clase de antepasados que con visión de futuro quería garantizar a un licencioso como yo un lecho donde jugar cómodamente con su esposa americana.

Silvie se rio mientras él le abría la camisa. Le dio un manotazo al tiempo que decía:

-Quieto. Esas escandalizadas mujeres y el valet no tardarán en regresar.

-Cielo, no entrarán aquí si no les llamo. La tina estará ya preparada en una habitación contigua. Tengo cañerías.

- ¿Tienes cañerías? -Preguntó asombrada porque ese era un avance que pocos tenían en sus casas pues era muy caro.

Marcus se rio:

- ¿Te he dicho que soy un noble muy rico y con gusto por todo aquello que garantice mi comodidad?

Silvie le empujó haciéndole caer a un lado y saltó de la cama cerrándose la camisa y miró en derredor:

- ¿Dónde está?

Marcus se reía bajándose de la cama señalándole una puerta. Desapareció como alma que lleva el diablo y antes incluso de entrar tras ella la escuchaba decir:

- ¡Me encanta esta tina!

Marcus rio viéndola abrir y cerrar la toma de agua varias veces, apoyado en el marco de la puerta la observaba divertido.

-Cielo, si no dejas el agua correr nunca se llenará.

Silvie se rio acercándose y lanzándose en el último momento a sus brazos:

-Y es grande, cabemos los dos. -Añadía rodeando su cuello mientras él se reía sin parar por su entusiasmo.

Marcus apretó su abrazo a su alrededor y la besó en los labios:

-Y ahora, mi baronesa, te reto a desnudarte antes que yo. -Alzó varias veces las cejas devolviéndole el desafío de la noche anterior.

Se removió liberándose de su abrazo y corriendo empezó a desvestirse:

- ¿Cuál será mi premio? -Preguntaba quitándose todas las prendas sin delicadezas.

Marcus se reía haciendo lo mismo que ella:

-Cielo, tu premio será tener mi verga enterrada en ti en unos segundos.

-Eso es un premio para ti. -Se quejó sin detener su actividad.

- ¿De modo que crees que solo es un premio para mí? -Preguntaba alzándola

aún con los pantaloncitos y la camisola puesta.

-Aún no he terminado. -Se reía.

-Has sido lenta, esposa, así que ahora reclamo yo mi premio. -La dejó de pie dentro de la tina cubriéndole el agua hasta las rodillas y de un tirón desgarró la camisola arrancándosela.

-Pero... Serás bruto. -Se quejó mirando la prenda desgarrada que él dejó caer junto a la tina y cuando vio sus ojos centrados en sus pantaloncitos alzó un brazo poniéndoselo en el pecho desnudo y lo empujó hacia atrás-. Ni se te ocurra. Me los quito.

Marcus se carcajeó por su mirada imperiosamente orgullosa y entrando en la tina sin dejar de mirarla se sentó quedando ella de pie entre sus piernas.

-Pues tienes tres segundos para desprenderte de ellos y sentarte sobre tu esposo.

Silvie se desprendió de ellos corriendo mientras él alargaba sus brazos a ambos lados de ella para evitar que resbalase y se cayese. Tras eso tiró de ella y la hizo caer a horcajadas sobre él.

-Eres un mandón.

Marcus sonrió deslizando sus manos mojadas sobre su pecho mesurándolos con deliberada lentitud.

-Pues si tal cosa opinas de mí, no seré yo la que te desilusione. Entiérrame dentro de ti que sé notas mi verga dura debajo de ti.

Silvie posó las manos en sus hombros:

-Que conste que obedezco porque quiero.

Marcus se rio por su terca respuesta, pero se detuvo de golpe cuando ella le envainó de un solo golpe. Gruñó enterrando el rostro entre sus pechos.

-Nena, realmente eres una alumna aventajada.

Silvie sonrió rodeándole el cuello con los brazos:

-Soy una gran alumna ¿no es cierto?

Marcus asintió tomando uno de sus pechos en su boca descendiendo sus manos

por su cuerpo bajo el agua hasta sus nalgas.

-No, no, hoy dejarás mi trasero tranquilo.

Marcus alzó el rostro de golpe sonriendo canalla.

-Nena solo iba a empujarte más hacia mí...

Se rio traviesa e inclinando la cabeza tomó su lóbulo entre los dientes después de susurrar:

-Aleja esas manos sáticas de mi trasero.

-Tú mandas, mi señora. -Respondía divertido deslizándolas de nuevo por su cuerpo hasta sus pechos-. ¿Mejor así? -Preguntaba pellizcando sus pezones arrancándole un suave gemido-. Nena, tú eres mi jinete. -La azuzó.

Una hora después yacían en completa desnudez sobre la cama, ella sobre él tumbada boca abajo completamente agotada mientras él deslizaba una y otra vez los dedos por la línea de su espalda sonriendo como un lobo porque lo hubo montado salvaje en la bañera y aún jadeante sintiendo los rescoldos de ese estallido la llevó a la cama donde la devoró con hambre inusitada antes de volver a tomarla con ella completamente entregada y desinhibida.

-Necesito comida. -Dijo medio adormilada.

Marcus sonrió rodando y dejándola bajo su cuerpo enterrándose de nuevo en ella removiendo con maliciosa lentitud sus caderas friccionándose con ella. Con ambas manos a los lados de su cabeza tomó su rostro entre ellas y la besó con lentitud, paladeándola, saboreándola.

-Deja que estalle una vez más en ti, amor, necesito estallar en ti antes de separarme.

Silvie sonrió rodeando sus nalgas con ambas manos apretándolas.

-Solo te dejo si prometes ser apasionado.

Marcus gruñó apoderándose de sus labios después de murmurar ronco:

-A mi apasionada esposa le gusta que sea intenso.

Empezó a empalarla sin ningún control ni límite. Golpeando sus caderas con ansia. Enterrándose en ella hasta la empuñadura escuchándose solo sus leves

gruñidos, los jadeos de Silvie y el golpe de su cadera cada vez que se hundía en ella. Se alzó ligeramente observándola con esos ojos brillantes, esas mejillas enrojecidas, su desordenado cabello con esos rizos que le volvían loco esparcidos por la cama y con ambas manos a cada lado de su cabeza sirviéndole de apoyo empezó a golpear con más ansia aún dentro de ella, sintiendo las contracciones de ella y ese modo de estrangularlo que lo volvía loco. Las manos de Silvie clavaban sus uñas en sus glúteos con fiereza azuzándolo más y más. Cuando sus temblores y el grito de Silvie anunciaron su liberación él no tardó en seguirla pues sus espasmos provocaban un inevitable efecto; lo exprimían y lo llevaban a una explosión salvaje.

Temblando dentro de ella se dejó llevar sintiendo que le ahogaba y sacaba de él cada gota. Con un gruñido ronco se dejó caer sobre ella enterrando su rostro en ese suave y delicioso hueco de su cuello mientras daba dos, tres y cuatro estocadas más para disfrutar un poco más de esa cueva y de esos temblores compartidos. Sintió los brazos de ella rodearle fuerte los hombros y por fin se dejó llevar por esa saciedad. Sonrió porque realmente ella lograba exprimirlo como nunca se hubo dejado exprimir por mujer alguna. Solo a ella quería entregarle su leche y solo a ella dejaría en estado. Escuchó y sintió el leve suspiro de ella en su hombro. Alzó el rostro y observó el de ella, jadeante, con los ojos cerrados y el rostro enrojecido.

-Voy a dejarte en estado. -Dijo tajante sin saber de dónde salía tal afirmación en ese momento.

Silvie sonrió lentamente abriendo los ojos:

-Eso ya lo suponía desde la primera noche. -Se burló ella.

Marcus se rio:

-Estoy reafirmando una certeza. Mi baronesa va a tener mi simiente dentro de ella cada día.

Silvie hizo una mueca de desagrado:

-Eso es asqueroso.

Marcus se rio besándola:

-Cielo, llevas tres días siendo colmada por mí, ¿qué crees que significa?

Hizo una nueva mueca y él se rio:

-Pero eso es muy poco romántico.

-Cariño, -la sonrió divertido por su mueca-, no hay nada más romántico que entregarte lo más preciado para mí, mis futuros hijos.

Silvie resopló:

-Pues no tendrás hijo alguno si no me alimentas. Tengo hambre.

Marcus se rio besándola antes de auparse.

-Ven. -Tiró de sus tobillos y la sacó de la cama mientras ella se reía y le decía que esa no era forma de tratar a una encantadora esposa. Le cedió uno de sus batines de seda atándosela-. Ahora llamaré a esas doncellas y a Jonas para que adecenten a sus señores antes de bajar a la cena.

-Pues tenemos un problema porque no he traído ropa elegante en mi “ligera bolsa de viaje” pues te recuerdo, esposo desaprensivo, me pediste una ligera bolsa para un viaje a caballo.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Pues entonces, esposa, cenaremos en la intimidad de nuestro salón vestidos solo con nuestros batines y esperaremos la llegada de Phil con todos nuestros enseres.

-Bien. -Sonrió girando para caminar hacia la puerta de comunicación del salón-. Pues mientras tú pides la cena, yo voy a husmear por este lugar tan lleno de cosas viejas.

Marcus se carcajeó por su impertinencia.

-Antigüedades, baronesa, son antigüedades.

-Como quieras que las llames. -Hizo un gesto al aire con la mano caminando decidida hacia el salón quedando un poco ridículo pues la manga le quedaba tan larga que en realidad solo movió la misma de manera que resultaba cómica.

Marcus la encontró diez minutos después en el salón sentada en una banqueta con las piernas cruzadas como si fuera una niña pequeña con la vista fija en el

cuadro de su abuelo que presidía esa estancia.

-Tiene cara de tener mal carácter.

Marcus se carcajeó sentándose tras ella dejándola entre sus piernas instándola a apoyarse en él mientras le rodeaba con los brazos y la besaba después en el cuello.

-Bueno, no era un hombre de trato fácil, pero conmigo siempre fue, a su modo, cariñoso.

Silvie se removió para ladearse un poco y poder mirarlo:

- ¿Y qué modo es ese?

-Pues, era severo y muy estricto con el respeto a las tradiciones, los modales y las reglas, pero era el primero en animarme a hacer travesuras.

Silvie sonrió mirando de nuevo el cuadro viendo el prendido que él le hubo entregado después de hacer el amor por primera vez diciéndole que solo ella llevaría el blasón familiar, uno que ni siquiera su madre hubo llevado. Estaba dibujado sobre la levita del viejo barón.

-Lleva mi prendido.

Marcus la besó en el cuello acariciandoselo lentamente.

-Mi abuelo me lo dejó a mí. Nunca supe por qué no se lo entregó a mi padre. Creo que cuando arregló el matrimonio entre mis padres ya sabía que entre ellos surgiría cierto cariño, pero nada más lejos de eso.

- ¿Por qué no se lo entregaste a Ariana? Creí que te habías enamorado de ella.

-No, cielo. Ariana me deslumbró, pero yo era joven y muy arrogante y pensaba que todas esas tonterías que decían de tener a tu lado una dama perfecta que diese la perfecta imagen a mi lado era estar “enamorado”. Ese embelesamiento inicial no tardó en dar paso a una realidad cruda y del todo difícil. De algún modo, incluso cuando aún permanecía cegado, sabía que no debía entregarle el blasón, no era para ella.

Silvie sonrió:

- ¿Y sabías que era para mí?

-Desde que vi tu trasero ya no había vuelta atrás. -Silvie le dio un pequeño codazo, aunque se reía.

Dos golpes en la puerta les hicieron mirar hacia allí. Marcus se puso en pie y Silvie bajó los pies de la banqueta cubriéndose las piernas por entero con el batín antes de que él diese permiso para entrar.

-Lamento molestar, milord, -Dijo nada más atravesar las puertas Clement tras la cortesía-, pero me temo su presencia es requerida abajo. -Marcus alzó las cejas instándolo a aclarar la petición-. El conde Grullier está abajo y reclama hablar con vos.

Marcus se enderezó a todo lo largo y con gesto pétreo ordenó:

-Bajaré enseguida. Que espere en el vestíbulo y no le perdáis de vista.

-Sí, milord.

En cuanto se cerró la puerta Silvie se puso en pie de golpe.

- ¿No es el padre de lady Ariana?

-Sí. -Contestó en un gruñido Marcus caminando a zancadas hacia el dormitorio con ella apresurándose a seguirlo.

-Esto no puede ser casualidad. -Decía tras él.

-No. No debe serlo. Veré que quiere ese bastardo.

-Veremos que quiere ese bastardo. -Señalaba ella entrando en el vestidor tras él.

-Silvie, no quiero que ese tipejo siquiera se acerque a ti.

-Bueno, pero si se acerca a ti me incumbe y quiero saber qué quiere porque dudo que sea mucha casualidad que esté aquí tras la boda o tras el disparo o tras todo ella.

Marcus sonrió tirando de su mano para hacerla caer dentro de sus brazos. La besó en la sien cerrando sus brazos fuertemente.

-Mi fiera americana quiere protegerme. -La besó otra vez y la hizo mirarlo-. Cielo, ese tipejo está aquí seguro que por algún motivo del que pretenda sacar rédito ¿qué te parece si averiguamos cual es antes de echarlo con aguas

destempladas?

-Me parece bien. -Asintió empujándolo para separarse-. Solo puedo vestirme con ropas de tarde.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Si no fuera porque me niego a que nadie te vea con ese batín te diría que con él estás perfecta.

Silvie rodó los ojos:

-Ni siquiera cuando tienes a un posible asesino esperándote abajo eres capaz de contener a tu sátiro...

- ¿Qué puedo decir? Verte con ese aspecto me nubla el juicio. -Se burlaba él mirándola con una sonrisa canalla.

Se vistieron sin ayuda ni de las doncellas ni del valet recogiendo el cabello en un sencillo recogido y cuando Marcus la vio coger un cuchillo y colocárselo en la liga no pudo evitar sonreír negando con la cabeza:

-Cielo, definitivamente eres peligrosa.

Silvie dejó caer las faldas mirándolo con una sonrisa satisfecha:

-Y que no se te olvide. Venga, vayamos a ver qué quiere nuestro primer sospechoso de intento de asesinato. -Añadía tomando su mano empezando a caminar hacia la puerta con él detrás de ella dejándose llevar sin dejar de reírse.

Al llegar a lo alto de la escalera en el último tramo cuando ya veía a Clement y dos lacayos vigilando a lord Grullier, Marcus se detuvo con gesto severo tomando la mano de Silvie posándola en su manga de modo formal.

- ¿Lista? -Preguntó suavizando su gesto.

Silvie sonrió:

-Si me preguntas si estoy lista para dar una buena tunda a ese pomposo, no puedo sino responder que estoy lista.

Marcus se rio llamando la atención de Clement y del conde que alzaron los ojos hacia ellos.

Marcus comenzó a bajar ese último tramo con la vista fija en el conde sosteniéndole la mirada con altivez y un gesto que no invitaba a que ese personaje se sintiese cómodo. Al alcanzar el último escalón vio al conde con intención de acercarse, pero lejos de detenerse giró llevando a Silvie con él al tiempo que decía:

-Clement, acompaña al conde al salón azul.

Cuando habían andado unos metros Silvie bajando la voz le miró de soslayo sabiendo que les seguían:

-Quieres enfadarlo.

Marcus asintió sonriendo:

-Y no dudo ya lo he hecho.

Entraron en un salón que ella observó con disimulo mientras él la guiaba a una chaise longue situada junto a una enorme chimenea sentándose en ella mientras Marcus se colocaba de pie a su lado observando los dos la entrada del conde siendo flanqueado por Clement y un lacayo.

-Os ofrecería una copa más vuestra visita será tan breve que no os dará tiempo a degustarla. -Dijo seco Marcus mirando al conde con gesto severo apreciando al tiempo que, a pesar de sus ropas impolutas, su aspecto no era tan lozano como antaño.

-Veo que vuestras nuevas nupcias no os han dotado de mejores modales, milord. -Respondió el conde con el mismo tono.

-Mis nuevas nupcias no son de vuestra incumbencia por lo que pasemos a saber qué os ha traído aquí.

Silvie notó con claridad la mirada cargada de odio de ese hombre y supo que nada bueno quería.

-Saber qué habéis hecho con mi hija y sobre todo cómo pensáis ahora haceros cargo de vuestro hijo.

Silvie abrió la boca sorprendida pero la carcajada a su lado de Marcus le hizo alzar los ojos hacia él frunciendo el ceño.

-No me lo digáis. El pequeño tendrá unos cinco años y es moreno. Más a mí

no me lo vais a colar, conde. Ese pequeño si es de vuestra hija, que lo dudo, no sería hijo mío ni con ayuda del espíritu santo. Os recuerdo que vuestra hija antes de escaparse estuvo encerrada siete meses y durante ese tiempo ni yo ni nadie relacionado conmigo la visitamos y cuando se escapó no estaba en cinta ni nada similar. No milord, a mí no intentéis engañarme con un niño que Dios sabrá de dónde lo habréis sacado si es que ese niño existe.

- ¡Claro que existe y demostraré que es suyo! Acudiré a la Cámara de los lores para que os obliguen a reconocerlo como vuestro heredero, nacido durante vuestro matrimonio con mi hija.

Marcus negó con la cabeza sonriendo lo que a Silvie le pareció increíble porque parecía en exceso tranquilo.

-Haced lo que os plazca, conde, más no penséis que lograréis convencerme a mí ni a nadie que soy padre de niño alguno. -De pronto empezó a caminar hacia él con paso firme mirándolo como si fuera un lobo a punto de morder a un pobre conejo-. Y si vuestro plan pasa por reclamar a ese pequeño como heredero de mi título y fortuna tras matarme para así impedir que niegue tal paternidad, ni se os ocurra continuar con el pues antes os despellejaré con mis propias manos.

- ¿Mataros? ¿Quién ... quién ha dicho nada de mataros? -Farfulló de pronto nervioso mirándole asustado.

Marcus sonrió:

-Salid de mi casa, conde, y no volváis. Ni se os ocurra inventaros patrañas sobre hijo o heredero alguno porque detrás de mí está mi esposa, la única baronesa de Varité que tendrá a mis hijos incluido mi heredero.

-Su heredero es mi nieto. -Espetó furioso.

-Ese niño, si realmente es su nieto, deberá buscar un padre en otro sitio porque yo no lo soy. Es imposible que lo sea y vos y vuestra hija lo sabéis y tengo muchos posibles testigos a mí favor para refutar vuestras mentiras. Ahora, fuera de mi casa si no queréis que llame a los alguaciles para que os detengan por intento de extorsión a un par del reino.

-Esto no quedará así.

-Sí, milord, por vuestro bien, esto queda así. No volváis a acercaros a mí, a mi esposa o mi título porque recibiréis una lección que no olvidaréis.

En cuanto salió de la estancia con Clement y un lacayo siguiéndolo, Silvie se levantó mirando seria a Marcus.

-No puedes ser el padre de ese supuesto niño, ¿no es cierto?

Marcus giró para mirarla y sosteniéndole la mirada negó con la cabeza.

-Como he dicho, Ariana estuvo encerrada siete meses antes de escaparse durante los que no fui a verla ni una vez y antes de eso llevábamos mucho tiempo sin estar juntos y cuando escapó no estaba en estado. Se lo habrían notado quienes la custodiaban.

-Pues entonces es una temeridad por parte del conde intentar engañarte con ese niño, ¿no crees?

-Salvo que esté muerto para impedir que la historia absurda que se invente sea rebatida ante mis pares.

-No creo que ese hombre tenga arrestos para matarte. Se ha asustado de veras cuando te has acercado a él amenazante.

-Sí, lo sé. Por eso me he comportado así. Quería comprobar hasta donde participa él en este engaño. Sabe que no soy el padre del niño que pretenda hacer pasar por mi heredero, más, imagino que de algún modo ha de suponer que yo no rebatiría su historia, pero dudo intervenga, al menos directamente, en mi asesinato.

-Luego volvemos a sospechar de Ariana. ¿Crees que habrá enredado a su padre para que él consiga que declare heredero a un niño mientras ella se asegura de que tú mueres?

Marcus gruñó dejándose caer en un sillón.

-Sí, me parece que esa es la idea más plausible.

-Pero entonces, ¿por qué presentarse aquí desvelando parte de su plan cuando tú sigues vivo?

-Seguramente porque el estúpido del conde no imaginó hallarme con vida. Apuesto mi fortuna a que ese cabeza de alcornoque siguió le plan que tendrían

trazado. Ariana le diría que no estaría en Varcum para defenderme y negar el cuento que ellos inventan pues seguro tendrían por cierto el asesinarme antes de regresar y él, siguiendo el plan, se presentó aquí con la idea de reclamar un puesto para ese supuesto heredero.

-Pero una vez aquí, sabiendo que sí estabas, ¿por qué seguir? -Preguntaba sentándose de lado sobre su regazo.

Marcus negó con la cabeza rodeándole la cintura con los brazos:

-Debes comprender que ese arrogante no es el hombre más listo sobre la faz de la Tierra. Además, le suele cegar su ambición. Su aspecto denota que sigue derrochando dinero más, también que debe tener cuantiosas deudas.

-Lo dices por sus ropas caras y excesivamente llamativas como si así quiere que le mirasen y también por su rostro cargado de arrugas y esa sombra bajo los ojos, ¿no es cierto?

Marcus sonrió alzando el rostro hacia el de ella.

-Mi esposa es una hábil detective.

-Sí que lo soy. -Sonrió satisfecha tomando su rostro entre sus manos-. ¿Qué quieres que hagamos? No podemos mandar arrestar al conde por ser tan idiota de intentar endosarte un heredero, pero tampoco podemos dejar que esa loca que tuviste la desafortunada idea de desposar antes de conocerme a mí ande por ahí con intención de matarte.

Marcus suspiró mordiéndose el labio para no decir que lo que se le pasaba por la cabeza era que lo que temía es que esa loca la matase a ella para quitarse de encima otro gran obstáculo.

Cerró los brazos más fuertemente enterrando el rostro en su pecho. Ella enredó sus dedos en su cabello acariciandoselo suavemente.

-Vas a prometerme ser precavida y no separarte de mí. -Dijo finalmente alzando los ojos hacia el rostro de ella.

-Me necesitas para que dispare contra esa loca, ¿no es cierto baroncito? No temas, yo te protegeré.

Marcus sonrió:

-No te alejarás de mí porque así te mantendré protegida, fierecilla. No dejaré que nadie te haga daño.

Silvie lo besó en los labios y después le sonrió:

-Ya que se ha ido ¿qué le parece, barón, si subimos, degustamos la que espero sea una copiosa cena y después me arropas para dormir calentita?

Marcus sonrió con un brillo divertido en los ojos y aupándose, llevándola entre los brazos, comenzó a caminar hacia el corredor:

-Mi esposa está hambrienta y yo no puedo desatenderla pues no sería un esposo devoto como prometí en mis votos.

-Recuerda que no solo has de ser un esposo devoto sino uno que rinde pleitesía a su magnífica esposa. -Se burlaba rodeándole el cuello con los brazos.

-Magnífica y exigente. -Se rio besándola sin detenerse subiendo las escaleras y recorriendo los pasillos hasta alcanzar el salón de su alcoba.

-Creo que deberías acomodarme pues tantas ropas me incomodan. -Dijo traviesa una vez cerró la puerta tras ellos viendo en una mesa su cena dispuesta.

Marcus sonrió como un lobo hambriento dejándola de pie frente a él.

-No puedo por menos que asegurar la comodidad de mi esposa. -Decía empezando a abrirle el vestido tras girarla para que le diere la espalda.

-Y después me darás de comer y más tarde, si has cumplido bien con tus deberes, serás recompensado pues tu esposa dejará que juegues un poco con ella antes de arroparla en ese enorme lecho que los barones de Varité tuvieron a bien construir para su pecaminosa gloria.

Marcus se carcajeó dejando caer el vestido a su alrededor dejándola solo con la camisola y los pantaloncitos rodeándola con los brazos antes de besarla en el cuello.

- ¿Así que para nuestra pecaminosa gloria?

-Aja. -Sonrió girándose para poder mirarlo a la cara-. Creo que deberás hacer honor a la gloria familiar y demostrar cuán pecaminoso es mi barón mientras

me alimenta.

Marcus sonrió un par de horas después con Silvie en sus brazos completamente desnuda y agotada. La besó en la frente antes de deslizarse fuera de la cama cubriéndola bien para dejarla descansar.

Tomó su batín y unos pantalones y salió del dormitorio yendo directamente hasta la planta baja recorriendo los corredores hasta alcanzar la zona del servicio. Sabía que a esas horas Clement aún no se habría marchado a su casa así que fue al despacho que tenía detrás del comedor de servicio. Entró encontrándoselo tras su mesa y rápidamente se levantó haciendo una cortesía. Hizo un gesto para que se sentase tras cerrar la puerta tomando asiento en uno de los confidentes.

-Milord, si necesitabais algo deberíais haber llamado. No debéis bajar...

No le dejó terminar negando con la cabeza:

-Deja a un lado las cortesías, viejo amigo, necesito hablar contigo con confianza.

-El conde no volverá a entrar en la casa, milord.

Marcus sonrió por su tajante afirmación.

-Siempre tan intuitivo. En realidad, quiero que uno de tus nietos le siga para saber dónde va y con quién se reúne. Conociendo sus gustos estoy convencido de que habrá ido a la posada del norte.

Clement asintió.

-Milord, ¿podría preguntar a qué os referíais con ser asesinado antes de llegar a Varcum?

Marcus suspiró pesadamente:

-Durante nuestra estancia en Glavert Manor alguien disparó contra la baronesa y contra mí. Ignorábamos quién había sido y con qué motivo, más, tras la llegada de ese canalla y con esa absurda idea en sus labios no creo que podamos ignorar quién se halla detrás de ese intento.

Clement entrecerró los ojos, serio:

-Pero creía que habíais dejado a milady en Francia.

-Y así fue, pero con esa habilidad que tiene para desaparecer escurriéndose de sus problemas, no puedo descartar que se halle en Inglaterra no solo para vengarse sino para sacar rédito de ello.

-Reforzaré la vigilancia de la propiedad. -Afirmó serio haciendo a Marcus sonreír de nuevo.

-Encárgate de que mi esposa es vigilada de cerca sin que lo note, aunque ya te advierto que es muy hábil y si la siguen lo descubrirá.

-Haré saber a todo el servicio que hemos de proteger a la baronesa y así, aunque no la siga, nadie siempre habrá ojos pendientes de ella en la propiedad.

Marcus asintió:

-Si tu nieto ve al niño que ese canalla intenta hacer pasar por mi heredero, dile que intente averiguar lo que pueda de él sin que se entere el conde. Si realmente se hace acompañar de un niño, ese pequeño no se encuentra en buenas manos y apostarí mi vida a que ni siquiera tiene relación con ese bastardo, lo que significa que si ese pequeño tiene padres o se han dejado sobornar o ignoran donde está.

- ¿Y si carece de padres?

-En ese caso, sería conveniente averiguar de dónde lo han sacado y, además, asegurarnos que queda en mejores manos que ese tipejo.

Clement asintió:

- ¿Informamos al alguacil?

Marcus hizo una mueca:

-Mejor esperar. Con la suerte que tengo siendo yo el magistrado de la zona, me pedirá permiso para cada paso que dé y acabará volviéndome loco.

Supo a Clement conteniendo una carcajada porque conocía bien al alguacil pues si bien es cierto que era un buen hombre, también lo era que era bastante atolondrado.

-Milord, si lady Ariana intenta atentar contra vos, y perdonad mi intromisión, ¿no creéis que convendría alejar a la baronesa de vos para su protección?

-Buen punto.

La voz de Silvie les hizo a los dos levantarse. A Clement enderezándose tenso y formal y Marcus suspirando sobre todo viéndola solo cubierta con su batín.

-Cielo, deberías estar descansando.

-Sí, sí... -Decía entrando sin darle mayor importancia sentándose en la silla libre junto a la de Marcus que se sentaba dejándose caer con un largo suspiro-. Me parece una excelente idea la de mandarme lejos. -Sonrió a Marcus con gesto inocente-. Bueno, en realidad, creo que sería mejor pelearme con un esposo que no es como yo pensaba y marcharme dejándolo solo en esta enorme mansión donde alguien que haya vivido en ella podría colarse con sigilo y matarlo. -Sonrió de oreja a oreja haciendo a Clement abrir la boca claramente sorprendido y a Marcus gruñir.

-Cielo...

Silvie se removió y le miró seria interrumpiéndolo con gesto terco:

-No, piénsalo. Si montamos una gran discusión... -chascó la lengua-... ¿qué se yo? ¿En los jardines? ¿En una terraza? Si después me marchó, seguro pensarán que te he abandonado y entonces será su oportunidad. Así lo atraparíamos. Has de reconocer que el que el conde se presentase aquí a las pocas horas de nuestra llegada es más que sospechoso no solo por su participación en ese enredo sino porque ¿cómo podría conocer el momento en el que presentarse? Es cierto que se llevó una sorpresa al saberte aquí, pero incluso sabía de nuestra boda. Alguien tiene que habernos seguido o nos ha estado esperando en algún lugar desde el que nos observan o nos han visto.

Marcus suspiró:

-Y suponiendo que acceda a esa gran discusión y esa partida ¿dónde irías? No pienso dejar que te alejes de mí y menos que quedes desprotegida.

Silvie alzó las cejas.

-Bueno, he dicho que haremos que piensen que me he marchado no que lo vaya a hacer. Puedo salir de la propiedad y volver a entrar por algún sitio por

dónde nadie me vea.

-Podría rodear la propiedad y entrar en nuestra casa, milord. Después, cuando anochezca. Uno de mis nietos puede acompañarla hasta el interior.

Silvie sonrió de oreja a oreja.

- ¿Cuántos nietos tiene, Clement?

-Seis, milady. Los tres mayores son los hijos del mayor, Thomas. Son arrendatarios de milord en una propiedad al sur de Varcum. -Silvie sonrió a Marcus pues era evidente esa concesión de unas tierras a quienes antes habían sido parte del personal de la casa, era una muestra de cariño hacia ellos-. Y los tres pequeños son los hijos de Helen y todavía acuden a la escuela.

-Ah, bueno, pues espero os refiráis a los mayores para acompañarme. No creo que sea buena idea involucrar a niños en este embrollo.

Marcus se rio negando con la cabeza alargando el brazo para tomar su mano.

- ¿Y cuándo quieres, fierecilla, abandonarme?

Silvie sonrió traviesa.

-Cuanto antes mejor. Has resultado un esposo hartamente difícil de sobrellevar. Necesito alejarme de ti.

Marcus se rio de nuevo:

- ¿Hartamente difícil de sobrellevar? ¿De veras? -Repetía mirándola con una ceja alzada de modo inquisitivo.

- ¿Qué puedo decir? Mi apreciación inicial de que los nobles son seres con pocas virtudes y sí muchos defectos de carácter, al parecer, ha resultado certera en extremo. Creo que mañana después del desayuno es tan buen momento como cualquier otro para abandonarte. No conviene dejar a un esposo abandonado sin el estómago lleno.

Marcus se carcajeó:

-Deberías agradecer a los dioses que tu esposo sea un hombre en extremo paciente.

Silvie se rio poniéndose en pie lo que los dos imitaron como un resorte:

-Creo que deberé ir al mejor diccionario de esta augusta morada para enseñarte el significado de paciente. Te aseguro que tú no has sido paciente ni cuando eras un bebé carente de conciencia del mundo que te rodeaba. Bueno, Clement, creo que no me queda más que desearle buenas noches. Mañana podemos concretar los detalles durante el desayuno pues ahora he de admitir que me encuentro agotada y de aquí a la alcoba me espera una larga caminata.

Marcus se carcajeó de nuevo tirando de ella para que quedare entre sus brazos.

-Paciencia no tendré según tú, pero sí la inteligencia necesaria para entender que ese apunte final era una nada velada insinuación para que te lleve en brazos.

Silvie alzó los brazos y le rodeó el cuello al tiempo que se encogía de hombros con fingida indiferencia.

-Bueno, si te ofreces, ¿quién soy yo para negarme? -En cuanto la tomó en brazos miró a Clement por encima del hombro de Marcus-. Buenas noches, Clement.

Marcus caminaba con ella en brazos sonriendo como un bobo.

-De modo que mañana seré un esposo abandonado y tú una fierecilla a la fuga.

-Bueno, a la fuga no porque no me seguirá nadie.

Marcus gruñó enterrando el rostro en la curva de su cuello dándole un beso.

-Cielo, eres mi esposa, te seguiría al fin del mundo.

-Eso es bonito. Imposible que lo cumplas, pero bonito. -Marcus alzó el rostro para mirarla alzando una ceja-. Ha quedado demostrado, barón, que sin la ayuda de su esposa no es capaz de encontrar nada ni nadie.

Marcus se carcajeó.

-Impertinente.

Justo antes del amanecer Silvie, abrazada a Marcus, despertó encontrándose a Marcus mirándola con un gesto tranquilo en el rostro.

- ¿Sabes que a veces murmuras cuando duermes?

Silvie se rio:

- ¿Y qué digo?

-Que me adoras, que me amas, que no puedes vivir sin tu bravo barón...

Silvie se rio acercando su rostro al de él deslizándolo por la almohada.

-No diría eso ni estando despierta.

-Sí, sí que lo dirás. Ya estás a medio camino. Dormida lo reconoces.

Silvie deslizó las uñas por el comienzo de su barba en su mentón y su mejilla.

-Eres un pesado, pero no te lo tendré en cuenta hasta después del desayuno cuando empiece a despotricar de ti sin contención.

- ¿Despotricar de mí? -Se reía.

-Claro, no puedo dejar a un esposo incordio dedicándole bonitas y dulces palabras. Deberé expresar la cruda realidad y dar a conocer la verdad del barón con el que me he desposado y que no es sino que es un sátiro, un arrogante, un déspota mandón, un petulante vanidoso y, sobre todo, una mala influencia para los nobles corazones de damitas inocentes como yo.

-Y cuando me digas esas cosas, ¿qué deberé contestar yo?

- ¿Pues qué va a ser? Que tengo toda la razón y que una magnífica dama como yo se merece un mejor esposo que tú, no en vano, merezco un ejemplar de varón tan magnífico como yo. Ha de estar a la altura de mi magnificencia.

-Me temo, mi damita inocente de noble corazón, que pecas de tanta o más arrogancia que yo.

-Lo que yo decía. Eres una pésima influencia para mí.

Marcus la acercó abrazándola con fuerza y enterrando el rostro en su cuello gruñó.

-Cielo, promete que en cuanto marches te dejarás guiar hasta la casa de Clement y Doris y que no te moverás de ella hasta la noche.

Silvie asintió:

-Pero tú has de hacer lo mismo. No puedes exponerte más de lo necesario. Has

de ser un cebo no una diana.

Marcus se rio:

-De modo que cebo no diana...

-Sí. Tienes que estar en cierto modo accesible, pero no ponerte a tiro. A mi baroncito solo le disparo yo.

Marcus se rio por su gesto terco.

-Dime, esposa, qué harás durante todo el día sin tu barón para jugar contigo.

-Pues creo que aprovecharé la oportunidad para pedir a Doris que me cuente algunas de las horripilantes historias que tu consideras tus aventurillas de juventud. He de conocer a fondo al sátiro con el que me he desposado.

Marcus sonrió canalla removiéndose para quedar entre sus piernas:

-Cielo, para conocer a fondo a tu sátiro solo necesitas que te enseñe a hacer cosas malas.

Un par de horas después sonreía apoyado en el marco del vestidor observando a una de las doncellas que la señora Lerey había seleccionado peinando a Silvie que sabía conteniéndose para no suspirar de aburrimiento pues con lo inquieta que era permanecer media hora sentada para que esa pobre muchacha le hiciera el recogido la debía estar volviendo loca.

-Imagino consideras adecuado llevar un elaborado recogido y lucir tan deliciosa para abandonar cruelmente a tu esposo.

La cara de las dos doncellas, una que recogía las ropas de ambos de la estancia, fue un poema. Silvie se rio:

-No hagáis caso a milord. -Sonrió ella a las dos chicas-. Es que hemos de hacer un pequeño teatrillo hoy, pero vosotras no os creáis nada de lo que pase entre él y yo en el día de hoy.

Marcus se rio negando con la cabeza acercándose a ella haciéndoles un gesto para que se marchasen y los dejasen solos.

-Supongo que confías en las dos para admitir eso ante ellas.

Silvie rodó los ojos levantándose, dejando verle el bonito y sencillo vestido

de mañana que llevaba:

-Y tú también o no habrías levantado la liebre de ese modo. ¿Las conocías?

-No recuerdo sus nombres, pero sé que son hijas de la señora Cantber, la cocinera de Varcum desde que yo llevo pantalón corto y dudo no sean tan confiables como su madre. -La rodeó con los brazos y la besó suavemente-. Estás preciosa.

-He de lucir bonita. Soy la actriz principal en el día de hoy.

Marcus se rio tomando su mano enredando sus dedos para llevarla al comedor.

-Pues tu partenaire no quiere que te alejes mucho de él de modo que no me agrada nada formar parte de este teatrillo.

-Oh, pero baroncito, -Le detuvo y rodeándole por el cuello se pegó a él melosa-, ¿no tienes curiosidad por escuchar todo lo que tengo que decir sobre ti?

Marcus sonrió cerrando los brazos y aupándola para quedar a su altura con los pies colgando la besó:

-Sé que nada de lo que salga de tus labios en ese momento será cierto porque tras cada acusación y cada reproche me estarás diciendo que me amas con locura.

Silvie sonrió:

-Qué pesado. Ahora ya no te lo digo. Deberás esperar por ansioso.

Marcus la besó y sonrió canalla:

-Esperaré.

Llegaron al comedor donde se encontraba en su lugar Clement y Silvie sonriéndole tomó asiento en el lugar al que la guio Marcus junto al asiento de la cabecera.

-Buenos días, Clement. Hoy hace un día estupendo para un copioso desayuno y un abandono furioso a un esposo incordio, ¿no opináis lo mismo?

Marcus se carcajeó por la cara de Clement mientras servía el té a Silvie.

- ¿Así que ahora el abandono será furioso?

-Mucho. He de estar enfadada por tu comportamiento, tu falta de carácter o, al contrario, por tu excesivo carácter... Seré una esposa muy furiosa. -Se frotó las manos teatralmente mientras sonreía maliciosa-. Podría lanzarte un jarrón o algo a la cabeza para darle más verosimilitud.

-Creía que íbamos a hacer esa representación en los jardines o la terraza. Allí no tendrás a mano un jarrón salvo que lo lleves contigo.

Silvie chasqueó la lengua.

-Cierto. Es una pena. Tengo una excelente puntería.

Marcus negaba con la cabeza sonriendo tras su taza de té.

-Milord. -La voz de Clement les hizo alzar la vista hacia él-. Mi nieto Thomas, encontró al conde en la posada del norte como suponíais. Sí se hace acompañar de un niño y una joven niñera, más, según mi nieto, nada ha logrado averiguar del pequeño salvo que lo mantiene en una de las habitaciones sin dejarlo salir.

-Umm, imagino evita que el plan se le venga abajo si el pequeño en un descuido dice algo.

-Además, seguro lo estarán aleccionando día y noche para que diga lo que se espera de él. -Añadió Silvie seria- Creo que una vez te abandone, esposo, podría investigar un poco en esa posada.

-Ni hablar. No pienso dejar que te expongas. -Replicó Marcus serio.

-Pero no me pasará nada y ese pobre niño puede estar en peligro.

Marcus rodó los ojos.

-Mientras esté en la posada nada podrá pasarle, así que ni se te ocurra ir hasta allí y correr el riesgo de que el conde o sus compinches te vean y te apresen o algo peor.

Silvie rodó los ojos:

-Ya tengo un argumento extra que añadir a mis motivos para el abandono. Un esposo sobreprotector que no me deja apresar a “los malos”, como los tilda lord Samuel.

Marcus se rio.

-Bien, pues sobreprotector o no, promete que no te acercarás a la posada.

Silvie bufó:

-Si me haces prometer eso es porque no confías ni en mí ni en mi buen juicio y eso me ofende y me irrita a partes iguales.

Marcus se rio:

- ¿Estás ensayando para tu teatral escena?

Silvie sonrió de oreja a oreja:

- ¿Lo hago bien?

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Mi teatral esposa, será mejor que tomes un copioso desayuno de esos que tanto te gustan pues necesitarás toda la fuerza y voluntad posible para dejar a un magnífico ejemplar de varón como yo. -Decía devolviéndole las palabras que ella misma usó antes.

Sentada en uno de los sillones de la acogedora casa con la señora Doris sentada frente a ella sirviéndole una taza de té no pudo evitar sonreír por el teatrillo que habían montado en uno de los jardines dejando no solo a los jardineros y lacayos con cara de asombro y sin saber qué hacer, si dejarlos solos o quedarse en sus puestos, sino también por él que llegó un momento en que empezó a mostrar un rostro pétreo y duro y ella no dudó ni por un momento que era porque contenía más de una carcajada. Pero si incluso le llamó "*pomposo inglés al que los oropeles le gustaban más que cumplir con su esposa*" Aquello sería hilarante especialmente si alguien supiese lo que ese barón sátiro era capaz de hacer para "cumplir" con su esposa dejándola exhausta en cuanto acababa entre sus brazos.

-Señora Doris, ¿dónde está la posada del norte?

-Milady, puede llamarme solo Doris y excusadme por no deciros dónde está. Mi esposo me ha dicho que milord no quiere que os acerquéis a la posada pues podéis correr peligro.

-Doris, -la miraba con una sonrisa inocente aceptando la taza de té-, sé que los

esposos han de proteger a sus esposas especialmente en Inglaterra cuando a las jóvenes esposas de los aristócratas las educan para ser damitas comedidas y circunspectas, pero yo soy americana... -chasqueó la lengua-... bueno lo era hasta desposarme con milord, cosa que negaré ante él siempre pues siempre le diré que soy americana. -Sonrió traviesa por lo que admitía sin ser consciente-. Más, no por ello soy como esas damas a las que han sobreprotegido. Vos sabéis que a veces los hombres suelen considerarnos demasiado “inocentes” o demasiado “desvalidas” cuando la realidad es que una mujer es tan capaz o más que los hombres pues solemos ocuparnos de muchas cosas que ellos ni imaginan. Además, no correré peligro si no saben quién soy. -Sonrió traviesa-. Si me prestáis ropa de alguno de vuestros nietos estoy segura de que no seré a los ojos de extraños más que un muchacho cualquiera.

- ¿Un muchacho?

-Si me guardáis un secreto os contaré como conocí a milord.

Doris, curiosa, asintió intuyendo que tras esa baronesa vivaz que parecía haber robado el corazón a su señor se escondía una fiera mujer capaz no solo de contener las ansias de su señor, siempre inquieto e intranquilo, sino también cualquier problema que surgiese en su vida.

Durante la siguiente hora le contó lo que su padre y ella habían hecho, obviando muchas historias y detalles y cómo Marcus acudió a su padre para encontrar a lady Ariana de una santa vez. Las más de las veces arrancó una carcajada sincera a esa ajada, pero inteligente, mujer que no paró de prestar atención con vivo interés por cada cosa.

-De modo que milord al principio os creía un muchacho.

Silvie sonrió asintiendo.

-Incluso le gané al póquer pensando él que no era más que un muchacho inexperto. Teníais que haberle visto el rostro a él, a lord Gabriel y a lord Thomas. Estaban francamente molestos.

Doris se rio:

-Es que milord no gusta perder nunca.

-Uy pues conmigo ha perdido en muchas cosas. Uy, y lord Samuel le gana con suma facilidad a las charadas.

Doris se rio:

-Lord Samuel es su debilidad.

-Lo sabía. -Se rio-. Por mucho que le llame enano peleón o acaparador de damas, sabía que era su debilidad.

Doris se rio:

-Se parece mucho a lord Lucas de pequeño. En cuanto sonreía y ponía cara de inocente, no había quién se resistiese a él. En cuanto sonreía a una dama esta era incapaz de no sonreír y olvidar cualquier posible enojo.

-Abuela. -La voz de un jovencito que entraba a la carrera deteniéndose de golpe al verla la hizo sonreír.

-Bill saluda a milady como corresponde. Milady, él es Bill, el mayor de los hijos de Helen... -giró el rostro hacia el niño que hacía una formal cortesía lo que le hizo pensar en su hermano Will y que quizás debiera recibir lecciones de ese pequeño en cuanto a “formalidad” en el saludo-. Bill, ¿no deberías estar en la escuela?

Vio al pequeño hacer una imperceptible mueca lo que le hizo sonreír porque sabía que había culpabilidad tras ella.

-La maestra me ha enviado a casa castigado.

- ¿Y puedo saber el motivo? -Preguntó su abuela con gesto serio.

-Pues... es que Ronnie no deja de meterse conmigo y...

-Has tomado venganza siguiendo algún plan de Jason y supongo que solo te han pillado a ti y tu “estricto código de lealtad” te impide delatar a tus “colabores en el delito” -La señora Doris suspiró rodando los ojos levantándose-. Mejor le explicas tú mismo a tu madre lo ocurrido, pero mientras, ve a lavarte las manos y ve a la cocina de la casa principal a ayudar un poco.

Vio al pequeño suspirar quejoso antes de marcharse.

-Empiezo a comprender que por estos lares los pequeños son peligrosos. -
Sonrió Silvie-. Como a mí me gustan.

Doris se rio entre dientes mirándola.

-Si milord se entera que os ayudo me reprenderá y eso no puede ser pues
siempre soy yo la que le reprende a él... -Silvie sonrió-... Aún tengo ropas de
algunos de mis nietos mayores guardadas para cuando Bill y sus hermanos
crezcan un poco.

-Señora Doris, seré una tumba. No saldrá de mis labios el lugar del que he
sacado esas prendas. -Decía siguiéndola escaleras arriba.

-Milord no tardará en descubrirlo. Dudo le cueste saber de dónde salieron las
ropas que llevaréis.

-Cierto.

La voz de Marcus les hizo a las dos girar como un resorte.

-Pero no deberías estar aquí. Lo vas a echar todo a perder.

Marcus sonrió acercándose a Silvie que le miraba con gesto enfurruñado.

-Cielo, nadie me ha visto y, en cambio, intuía que mi terca esposa acabaría
enredando a propios y extraños para ir a esa posada.

Silvie bufó, aunque se dejó abrazar.

-Aunque nadie te haya visto, necesitamos que te sepan en la casa. Vuelve,
pesado. -Añadía dándole un empujoncito hacia atrás-. Prometo que no me
escaparé para ir a esa posada.

Marcus cerró los brazos pegándosela más antes de besarla suavemente:

-Cielo, sé buena.

Silvie sonrió rodeándole los hombros con los brazos:

-Yo siempre soy buena. Ahora, regresa a la casa y haz de eficiente cebo.

Marcus se rio encajándola en su cuerpo a todo lo largo manteniéndola allí en
un largo abrazo antes de separarse finalmente de ella y marchar.

-Bien, ahora no puede marcharse, milady. -Dijo Doris tras ella después de

unos minutos.

-Claro que sí. He dicho que no me escaparía y no voy a escaparme. Escapar implica marchar de un lugar sin que nadie lo sepa, procurando sigilo y secretismo y yo voy a irme con el conocimiento y ayuda de mi compinche. -La sonrió traviesa haciendo a Doris reírse negando con la cabeza.

-Pues vuestra compinche, milady, no os ayudará si no me prometéis que iréis acompañada de mi nieto Vincent.

- ¿Es grandote? -Preguntó mirándola con una media sonrisa y una ceja alzada.

Doris se rio negando con la cabeza:

-El más grande de todos es Thomas, pero Vincent es el más listo. No se dejará enredar y si observa peligro os avisará con antelación.

-Me van a caer en gracia todos vuestros nietos, señora Doris. -Respondía ufana subiendo las escaleras.

Marcus había estado, desde la supuesta pelea y partida de Silvie esa mañana, inquieto y con un mal presentimiento. Algo le decía que ella no se quedaría quieta y de brazos cruzados sin más. Y no se equivocaba. Salió de la mansión como cuando era un crío por el pequeño sendero que había tras los establos escondido tras unos densos arbustos y que salvo Jason y sus cuatro amigos, pues desde niños lo hubieron usado en infinidad de ocasiones, nadie más conocía ese acceso ni tampoco ese estrecho sendero.

Al llegar a la casa de Doris y tras detener al Bill cuando este salió de la misma casi chocando con él, entró en la misma escuchando solo cómo su “dulce palomita” enredaba con desvergüenza y desparpajo a la señora Doris. Aún sonreía cuando minutos después salía de la casa por cómo ella le embromaba sin importar hacerlo delante del servicio, de cualquiera en realidad. Tardó unos minutos en rodear la propiedad para regresar a la mansión sin que nadie le viera y entró en su despacho donde aprovecharía para atender asuntos de la finca ya que no iba a poder salir de allí ni tampoco entretenerse con su esposa hasta la noche. Al pensar en ella gruñó. Lo único que deseaba era encerrarse con ella en una alcoba y no salir en días. Al tener su imagen de nuevo en su cabeza hizo llamar a Clement.

-Viejo amigo, me temo que deberás mandar a uno de tus nietos a tu casa. Creo

que mi baronesa ha enredado a tu esposa y por mucho que diga que no irá a la posada, no dudo hallará algún modo de ir.

Clement sonrió:

-No creo que os equivoquéis, milord. Doris acaba de mandar llamar a Vincent.

Marcus se carcajeó:

-Y yo que creía que Doris estaba más que curtida en enredos... la edad la ha ablandado. -Lo miró serio suspirando-. ¿Thomas sigue vigilando al conde? -Clement asintió-. Bien, pues supongo que si se halla en la posada y mi temeraria esposa no tiene mejor ocurrencia que ir a espiar por allí, al menos contará con la protección de los dos. Decid a Vincent que vaya armado y que presuma mi esposa también lo hará. Por fortuna, su padre le enseñó el manejo de las armas y no temer usarlas para protegerse.

Clement asintió con gesto serio, aunque por dentro lo sabía sorprendido por esa información. En cuanto lo vio salir sonrió negando con la cabeza. Al servicio de su casa le caía en gracia su intrépida baronesa. Empezó a despachar con el administrados y un par de horas después entró Clement tras pedir permiso con una bandeja de té y bollitos lo que le hizo alzar las cejas pues esa treta la usaba cuando era un crío y estudiaba con su preceptor como medio para que descansare o para “informarle” de algo que considerase de su interés. Tras pedir al administrador que le dejare solo miró a Clement que servía el té.

-Vamos, viejo amigo, suéltalo.

Clement le entregó la taza con gesto pétreo mientras él sonreía.

-Lady Silvie se ha marchado a la posada con Vincent acompañándola. Va disfrazada de muchacho.

Marcus se carcajeó:

-No esperaba menos de mi inquieto muchachito. -Clement le miró sin comprender el modo como se refería a Silvie y moviendo una mano con gesto despreocupado sonrió-. Por desgracia, yo he de hacer de cebo, sin mencionar que dudo que ni siquiera disfrazado pasase desapercibido. -Suspiró negando con la cabeza-. No me queda otra que esperar y, sobre todo, rogar a los cielos

para que a mi intrépida esposa no se le ocurra hacer nada más que observar y regresar.

En cuanto Clement salió él se levantó y observó, con las manos en la espalda, la vista de sus jardines. Unos jardines en los que, con suerte, corretearían sus pequeños americanos con cierta dama alentándole en sus travesuras mientras él se fingía ignorante. Suspiró sintiéndose nervioso e intranquilo. Sabía que los nietos de Clement no dejarían que nada le pasara a Silvie, pero con lo inquieta e impredecible que era, cómo saber que no se metería en un enredo peligroso. Gruñó tocándose el puente de la nariz con dos dedos empezando a ponerse de veras nervioso. Salió del despacho y fue con paso vivo hasta los establos donde esperaba encontrar a Jason para que fuera a buscar a su temeraria esposa.

Silvie entró en la posada con Vincent, un hombre alto y más fuerte de lo que pensaba al escuchar la descripción de su abuela, aunque no tanto como Marcus. Negó con la cabeza por tener ese pensamiento precisamente en ese momento. Señaló a Vincent una mesa en un lugar apartado, en una esquina y se sentaron allí.

-Pedid cerveza para los dos y si os preguntan decid que soy uno de los nuevos mozos de Varcum.

Tras asentir, Vincent se alejó hacia la barra y ella se quedó observando el lugar. Era una posada elegante, no una posta de caminos sino más bien un hotelito con encanto en una bonita zona costera. Era evidente que a ese pomposo del conde no le gustaba vivir con incomodidades.

Cuando Vincent se acomodó con ella, bajando la voz le preguntó por los parroquianos.

-Pues hay muchos de paso, milady.

-Shhh, llámame, Sayer, nunca se sabe quién puede estar escuchando. -Sonrió antes de llevarse la cerveza a los labios y hacer una mueca de desagrado-. Puag, nunca entenderé la razón por la que a los ingleses les gusta la cerveza caliente. -Negó con la cabeza y observó a lo lejos a una joven con un sencillo vestido que parecía completamente fuera de lugar. Estaba en una mesa cercana a una ventana con un té sobre la mesa y una mirada perdida-. Vincent, ¿esa

joven es de la zona? -Señaló discretamente y tras unos segundos el joven negó con la cabeza-. Umm quizás sea la niñera de la que habló tu hermano.

-Pero si fuera ella, ¿Dónde está el niño?

-Seguramente encerrado en la habitación para evitar ser visto. Creo que voy a subir a ver si encuentro dónde está.

-Pero mil... Sayer, no puedo dejaros subir solo.

Silvie sonrió:

-No temas, voy armada y si necesitase ayuda gritaré de tal modo que me oirán hasta en Varcum.

-Pero...

Iba a protestar, pero ella sonrió poniéndose en pie.

-Tú vigila a la niñera, si es que es ella, y si ves al conde sube a avisarme

-Pero quizás el conde esté arriba con el niño o...

-Es posible pero vestida así no sabrá que soy yo. Solo nos vimos unos minutos y dudo me reconozca. De todos modos, nada puede hacerme en una posada abarrotada de gente. Tú vigila, ¿quieres?

Le escuchó gruñir a su espalda mientras se alejaba lo que casi le hizo reírse porque seguramente su abuela le habría dicho que la cuidase, pero es que los ingleses no estaban acostumbrados a las mujeres americanas. No necesitaban ir siempre y ser constantemente protegidas. Subió discretamente hacia la parte de la posada donde se hallaban las habitaciones y con sigilo fue escuchando tras las puertas haciendo una mueca cuando escuchaba los ruidos de dos amantes tras ellas. Unas semanas atrás quizás se habría ruborizado pero ahora, en cambio, deseaba llegar a la mansión y sucumbir a la misma pasión en brazos de ese sátiro que tenía por esposo. Escuchó un gemido de un niño y un inconfundible lloro y caminó despacio por el pasillo para no hacer ruido deteniéndose frente a una puerta.

-Hazlo de nuevo. -Escuchó una vez de hombre, severa e impositiva mientras el lloroso gemido del niño se escuchaba por detrás de esa voz.

-No sé hacerlo.

-No sé hacerlo, milord. -Le reprendió alzando la voz para enseguida escucharse un sonido que ella juraba fue el de una mano dando una fuerte cachetada.

-Será canalla. -Masculló entre dientes. Se enderezó con gesto asqueado y llamó a la puerta.

-No quiero que me molesten. -Escuchó la voz por detrás.

Silvie carraspeó y agravando la voz dijo:

- ¿Sois el conde Grullier? Me envían de Varcum, milord, ha habido un incidente y el barón se encuentra grave.

La puerta se abrió de golpe mostrando al conde con cara de evidente sorpresa ante ella.

- ¿Un incidente?

-Sí, milord, el barón se ha caído de un caballo.

Lo vio sonreír disimulando enseguida su sonrisa para enseguida entrar tomar su sombrero, bastón y guantes y salir cerrando la habitación con llave.

-Guiadme.

-Milord, solo me han enviado para avisarlo, nada me han dicho de acompañaros.

La apartó de malos modos pasando ante ella con paso vivo hacia las escaleras y ella siguiéndole con cierta distancia lo observaba con ganas de darle un puntapié y lanzarlo escaleras abajo. Al alcanzar el comedor hizo un gesto a Vincent para que no se moviera mientras ella se quedaba en discreto lugar lejos de la vista del conde que caminó directamente hacia la joven en la que ella se hubo fijado antes diciéndole algo discretamente antes de salir presto.

Se acercó corriendo a Vincent y dijo deprisa viendo a la joven ponerse de pie para ir hacia la habitación, estaba segura.

-Manda aviso a Varcum de que el conde va para allá. Cree que al barón le ha ocurrido algo.

- ¿Qué cree que...?

-Después te lo explico, pero no tenía tiempo y le he engañado. Tengo que subir de nuevo. Reúnete conmigo en la habitación de la segunda planta más alejada del corredor.

Corrió escaleras arriba siguiendo a la joven que entró en la habitación contigua a la de la puerta de la que antes salió el conde y ella fue hasta allí pegando la oreja a la madera intentando escuchar algo. Suspiró porque nada escuchaba así que fue a la otra puerta y sacando dos ganzúas la forzó abriéndola. Metió la cabeza para asegurarse de que no hubiere nadie más que el niño que esperaba encontrar y suspiró al verlo en un rincón acucillado llorando. No debía tener más de cinco años y parecía realmente asustado.

-Shh, pequeño, no te asustes. Vengo a ayudarte y a alejarte de ese hombre malo.

El pequeño le miró con unos enormes ojos azules intuyendo que fuese cual fuese la relación con el conde, no era difícil saber el motivo de escoger a ese niño. Ojos azules y cabello negro, como Marcus. Tenía una marca roja en la mejilla que no dudaba cómo se la habría hecho.

- ¿Cómo te llamas? -Preguntaba con voz calmada acercándose con cuidado de no asustarlo más. Al ver que no respondía se sentó con las piernas cruzadas en el suelo frente a él-. Yo me llamo Sayer y si quieres te saco de aquí y te llevo lejos de ese hombre malo. Si me dices donde están tus padres te llevaré con ellos.

-Mi mamá está aquí, pero el conde dice que si hacemos algo nos separará para siempre.

- ¿Tu madre es una joven que lleva un vestido azul y tiene el cabello castaño?
-El pequeño asintió-. Espera un momento. -Se levantó de golpe y al girar vio a Vincent entrando tras ella asustando al pequeño que se encogió en el rincón. Miró al niño con una sonrisa tranquila y dijo-. No te asustes. Es Vincent. Es mi amigo y él se va a asegurar de que ese conde tan malo no vuelve a pegarte.

Vincent frunció el ceño por el comentario y después miró a Silvie.

-Su madre se encuentra en la habitación de al lado. Corre, Ve a por ella mientras yo lo desato. Debemos sacarlos de aquí antes de que ese estúpido se dé cuenta de que es un engaño. Después averiguaremos lo que ocurre.

Se acercó al pequeño con calma.

-Voy a desatarte y después os llevaremos a tu madre y a ti a un lugar a salvo.

-Pero nos encontrará. -Dijo mirándola con miedo mientras le desataba las manos.

-No lo hará. Me aseguraré de que mi esposo os proteja.

- ¿Esposo? -Preguntaba desconcertado.

-Voy disfrazada. Soy una mujer. -El niño abrió los ojos como platos, pero en ese momento llegó Vincent con la joven que rápidamente fue hacia el pequeño.

-No le hagáis daño.

-No lo haremos. Solo vamos a sacaros de aquí. -Aseveraba Silvie dejándole un poco de espacio para que abrazase al niño.

-No podéis. Milord nos encontrará y nos azotará.

Silvie gruñó:

-Ese hombre no volverá a poneros la mano encima. Pero será mejor que nos marchemos y una vez a salvo podréis contarnos qué ocurre.

La joven la miraba dudosa, pero ella no se dio por vencida.

-Os pondremos a salvo. Ese hombre no volverá a acercarse a ninguno de los dos.

La joven por fin asintió tras mirar al niño unos segundos.

-Bien, pues vayámonos. -Una vez fuera de la habitación Silvie iba a cerrar la puerta, pero se detuvo de golpe-. Vincent, llévalos discretamente al establo y consigue un carruaje o un carromato. Enseguida voy. Tengo que mirar a ver si encuentro algo que nos dé una pista.

-Milady, no puedo dejarla aquí sola. Ese hombre o quienes le ayuden pueden regresar. Milord no me lo perdonaría si le pasase algo.

Silvie rodó los ojos cerrando la puerta.

-Está bien. Mejor los llevamos a casa de tu abuela porque así nadie los verá.

Marcus miraba a Clement parpadeando ante lo que acababa de oír.

- ¿Cómo que en tu casa? Pero... -Gruñó empezando a caminar hacia la puerta-. Si es que esa lagartija no se puede quedar quieta... -Mascullaba entre dientes mientras su mayordomo, ya sin que le viera su señor, sonreía divertido.

-Milord, no le pueden ver salir... -Le recordó cuando iba con paso vivo en dirección al vestíbulo principal.

Gruñendo y sin detenerse cambio de dirección para escabullirse de su propia casa pensaba malhumorado, cuando lo que debería estar haciendo es retozar con su esposa en su alcoba, o en el salón o en cualquier rincón que se le antojase.

Media hora después entraba en la casa de Clement encontrándose a Silvie sentada en un sillón con gesto relajado, el cabello recogido en una sencilla trenza aun vistiendo unos pantalones que le quedaban grandes tanto o más que la camisa que lucía y unas botas viejas. Frente a ella un niño devoraba un trozo de bizcocho y un cacao mientras una joven sentada a su lado tomaba una taza de té y la señora Doris permanecía de pie observándolos con Vicent y Thomas de pie un poco más allá y que al verlo se enderezaron como un resorte haciendo una cortesía.

-Por fin llegas. Has tardado. -Le reprochaba con sorna Silvie sonriendo.

Marcus suspiró acercándose a ella que alzó el rostro clara señal de que quería un beso lo que no hizo sino que sonriese antes de dárselo en los labios suavemente sentándose en el brazo del sillón que ella ocupaba rodeándole los hombros con un brazo.

-Doris, te estimaba más curtida. No le ha costado nada enredarte.

Doris sonrió divertida mientras él rodaba los ojos.

-Bien, ¿me explicáis lo que tenemos aquí?

-Pues, ella es Caroline Duma y él su hijo Christopher. Al parecer, el conde, que no deja de sorprenderme lo canalla que es, lo que explica de quién heredó esa loca de Ariana sus defectos.... -Marcus carraspeó haciéndola mirarlo-... Ahh sí, sí, me distraigo. Bueno, el caso es que ese canalla vio a Christopher en una posada donde su madre trabajaba y como imaginas por sus rasgos, pensaría que era el idóneo para hacerlo pasar por tu repentino heredero. Los ha traído bajo amenazas y los ha golpeado a ambos, de modo que tienes que

asegurarte de que recibe su merecido.

Marcus se rio entre dientes.

-Cielo, le daré su merecido, pero primero dime ¿cómo los sacaste de la posada sin que ese bastardo os viere?

-Ah, bueno, eso fue muy fácil. -Abrió los ojos como platos recordando algo-. ¡Debería haber llegado!

- ¿Perdón? -Le miraba Marcus alzando las cejas.

-Es que para sacarlo de la habitación en la que tenía a Christopher le dije que me enviaban de Varcum porque tú te habías caído de un caballo y el muy estúpido salió hacia aquí supongo que esperando hallarte desnucado.

-Pues no ha llegado.

-Milord, si me permitís. -Thomas se adelantó sonriendo-. El conde debe estar aún en uno de los caminos con el eje de su carruaje partido.

Silvie se rio:

-Thomas, es usted un pillín. -Marcus se carcajeó por el rubor en el rostro del hombretón ante ellos por la expresión y la cara de traviesa diversión con que la dijo Silvie-. Bueno, pues cuando se presente aquí ese estúpido conde recibirá una sorpresa al hallarte completamente ileso, más, ahora, la cuestión es, ¿podríamos enviar a Caroline y a Christopher a su casa y asegurarnos de que nada les pasa ni ahora ni en el futuro?

-Pasarán la noche en la mansión pues no pueden iniciar viaje alguno a estas horas. Me aseguraré de que llegan sanos y salvos y los acompañarán guardias para que nada les ocurra. También enviaré con ellos una misiva a los alguaciles de su zona para que se aseguren de que nada les importuna y menos el conde o cualquier otro que él pueda enviar.

Silvie asintió y miró al pequeño que devoraba con ansia un nuevo trozo de bizcocho y bajando la voz dijo a Marcus:

-Después puedes preguntarle con calma lo ocurrido pues llevan planeando esto mucho tiempo, desde antes incluso de marchar a Francia, de modo que, si lady Ariana es la que te ha disparado o mandado a alguien a matarte, lo que

supongo ha hecho es aprovechar el plan de su padre para que una vez muerto ella pudiere sacar rédito de esto.

Marcus frunció el ceño pensando en ello unos segundos.

-Si regresó a Inglaterra careciendo de medios al primero que iría a buscar sería a su padre si sabía que estaba aquí. Sí, no dudo que, si encontró a su padre maquinando algo, lo aprovecharse, pero, conociéndola, tendrá sus propios planes pues nunca se ha fiado de su padre.

Silvie hizo una mueca.

-Y yo que me voy a perder la cara que ponga cuando te vea sano y salvo... - Marcus se carcajeó antes de besarla en la frente.

-Anda, sé buena y quédate aquí hasta la noche. Mientras, deja al conde en mis manos. -Miró a la señora Doris y lanzó una mirada a la joven y su hijo-. ¿Te ocupas de acomodarlos hasta mañana? -Doris asintió y él volvió a besar a Silvie en la frente-. No corrompas a los pobres habitantes de Varcum.

Silvie hizo una mueca.

-No sé si podré contenerme. Tienen una clara predisposición a la corrupción. No es culpa mía.

Marcus se rio negando con la cabeza poniéndose en pie.

-Predisposición... lo que he de escuchar...

Cuando regresó a la mansión le contó a Clement lo ocurrido incluyendo la pronta llegada del conde que preguntaría por su “supuesto accidente”.

-Conducidlo directamente a mi postrero lecho. -Le pidió sonriendo, pensando que iba a preparar bien la acogida a ese estúpido.

-Cuéntame, cuéntame... - Silvie entró a la carrera en el dormitorio dando pequeños saltitos ansiosos nada más cerrar la puerta cuando ya hubo anochecido-. ¿Qué ha dicho ese conde estúpido cuando te ha visto?

Marcus se reía acercándose a ella vestido solo con un batín de seda y unos pantalones, descalzo y con un deseo inusitado de devorarla.

-Pues verás. Siguiendo la brillante idea de mi esposa de dedicarnos al teatro,

he recibido a ese conde en mi “lecho de muerte” y cuando se ha acercado le he agarrado del cuello y casi lo estrangulo advirtiéndole que como soy inmortal no conviene que vuelva a desear mi muerte y menos maquinara para provocarla.

Silvie se rio recorriendo la distancia que les separaba abrazándolo por los hombros.

-Deberías haberlo estrangulado. Yo te habría perdonado por esa fechoría sin importancia.

Marcus se rio.

-Dime, ¿Cuánto has corrompido a esas pobres almas mientras estabas sin mi supervisión?

-Pues no mucho, la verdad. He estado ayudando a Doris a preparar la cena y me ha contado que eras un ladronzuelo de dulces.

-Pues ahora hay un dulce al que tengo intención de hincar el diente en cuanto tenga la amabilidad de desprenderse de esas capas molestas que la recubren.

Agotada, desnuda sobre el cuerpo de ese hombre que la nublaba el juicio, suspiraba más de dos horas después.

-Seguimos sin atrapar al asesino.

Marcus sonrió deslizando una mano por su espalda por debajo de ese cabello rizado que le encantaba enredar en su mano cuando la tomaba de todas las formas posibles.

-Cielo, si se trata de Ariana, no creo que tarde mucho en aparecer, o ella o su asesino. No puede decirse que sea una persona paciente.

-Pues si no aparece pronto me aburriré sin poder hacer nada salvo esconderme. -Se quejaba.

-Pues yo ahora mismo tengo un modo francamente entretenido de mantenerte ocupada. -Silvie alzó el rostro para mirarlo y él se rio-. Tu trasero ya debe haber descansado bastante y se ha recuperado. ¿Qué te parece si dejas que tu barón juegue un rato con él?

Silvie se incorporó colocándose a horcajadas sobre él riéndose.

-Sospecho que has estado todo el día deseando jugar conmigo porque no pareces colmarte por mucho que me devores.

Marcus se rio empujándola para quedar boca abajo en la cama rodando para quedar sobre ella a todo lo largo y removiendo las caderas la fricciónó por entre sus nalgas mientras con los labios en su oreja decía con voz ronca.

-Cariño, me notas duro y ansioso, sé buena y déjame enterrarme en tu lindo traserito. Estás deseando desatarte como solo yo sé eres capaz de desatarte.

Silvie giró el rostro para mirarlo y sonrió traviesa.

- ¿De modo que desatarme? Mucho prometes tú, baroncito. -Se burló azuzándolo.

El ronco gruñido de Marcus instantes antes de que se impulsara y tirara de ella para quedar de rodillas apenas le dio el aviso de la que se le avecinaba pues le abrió las piernas tentándola durante unos segundos empujando su punta, que ella notaba dura y caliente, en la entrada de su trasero para finalmente empujar hasta el fondo enterrándose de una sola estocada haciéndola gritar de la impresión, del ligero dolor y también de increíble placer que pareció atravesarla. No fue delicado, ni suave, sino que, por el contrario, fue intenso, apasionado y por momentos delirante pues empezó una fiera tanda de envites mientras la sujetaba firme por las caderas y ella, con los codos apoyados en el colchón, no hacía sino acompañarlo abriéndose más y más a él ansiosa por sentirlo profundo. Cuando deslizó su mano entre sus muslos azuzándola mientras leves gruñidos resonaban tras ella como ecos de una pasión vívida que la llevaba a perder la cabeza, se supo perdida e incapaz de controlarse dejándose invadir por ese éxtasis salvaje que la hizo gritar y por fin rendirse a esa sensación de entrega completa. Completamente desorientada y agotada solo le sintió salir de ella para girarla poniéndola boca arriba enterrándose de un solo empujón y con un gruñido de placer dejarse ir como ella antes, aunque con la diferencia de que él simplemente se dejó verter en su interior abrazándola fuerte.

-Mi esposa. -Murmuró besándola en el cuello.

-Definitivamente quieres dejarme embarazada a como dé lugar. -Le reprochó sin mucho convencimiento tomándole el rostro alzándose para que la mirase.

Marcus se rio entre dientes.

- ¿Qué puedo decir? Quiero muchos colonos corriendo por estos lares.

-Americanos, inglés del demonio. Hace mucho que dejamos de ser colonia.

Marcus se rio de nuevo removiendo las caderas de modo provocativo y juguetón.

-Ahora mismo, mi americana se encuentra invadida por mí y dudo no pueda decir que se encuentra colonizada.

-Eso es una grosería. -Contestaba riéndose por la ocurrencia.

Marcus sonrió acariciándole el rostro lentamente con las yemas de los dedos sin moverse del cálido lecho sobre el que estaba ni tampoco de esa cueva que le acogía.

-Ahora no te duele ese dulce traserito.

Silvie hizo una ligera mueca.

-Quizás hallamos de entrenarlo un poco más.

Marcus se rio.

-Sí que eres la horma de mi zapato, fierecilla. Eres tan licenciosa e impetuosa como yo.

-Pues a lo mejor sí. Pero esta horma puede acabar desparejada como no tengas cuidado. Aún sigue esa loca suelta. Eso si no nos equivocamos y es otra persona la que intenta matarte. Al parecer eres dado a poner de los nervios a muchas personas.

Marcus sonrió;

- ¿De modo que pongo de los nervios a muchas personas?

-Sí. Es lo que pasa cuando uno es un arrogante noble con tendencia a la ociosidad más absoluta.

Le dio un bocado juguetón en el hombro mientras se reía:

-Por eso me he desposado con una fierecilla que me tendrá muy ocupado.

Silvie se rio.

-De momento eres tú el que me mantiene ocupada, o más concretamente, tu incapacidad para mantenerte de una pieza sin ayuda.

Marcus gruñó acomodándose mejor sobre ella para dejar su mejilla posada entre esas dos suaves cumbres que le encantaba acariciar mientras escuchaba el sonido de su corazón latir en su oreja.

-Deja a tu esposo descansar pues antes del amanecer he de llevarte a casa de la señora Doris.

Silvie sonrió enredando los dedos en su cabello, acariciándose lentamente.

-Pues he de decirte que todo el día allí, me veré avocada al más terrible de los aburrimientos.

-Te llevaré varios de esos libros de historias llenas de asesinatos, robos y truculentos complots para mantenerte entretenida.

-Tú no tienes de esos en tu biblioteca.

-Umm, sí que tengo algunos. -La besó entre los pechos apoyando de nuevo la mejilla en ese mismo lugar-. No tengo una inclinación tan morbosa como mi esposa a esas historias, pero por ella las leeré.

Silvie se rio:

-Se trata de hacer algo más que leerlas. Has de meterte en la mente del asesino para intentar desentrañar su mente y su forma de actuar.

Marcus alzó la cabeza y la miró con una media sonrisa traviesa.

-Empiezas a darme miedo...

-Debería darte miedo. Soy inteligente, decidida y no me tiembla el pulso a la hora de poner en su sitio a nobles arrogantes como tú.

Marcus se reía acomodándose sobre ella claramente divertido ante su terco gesto.

-Bien, pues mi temible esposa, sé buena y déjame descansar. Me has dejado agotado.

-Lo que he de oír. Eres tú el que me ha dejado exhausta con tanto “déjame enterrarme en tu traserito”.

De nuevo Marcus se reía sin moverse del lugar.

-Tienes un trasero delicioso. Como todo tu cuerpo, un manjar más que apetecible. Si eres buena, mañana antes de regresar volveré a tomarte con mucha entrega.

Y fue fiel a su palabra. Tras dormir cuatro horas la despertó sintiéndose enfebrecido con solo notar su calor, inhalar su aroma y sentir la tersura de su piel bajo su cuerpo. La tomó con ansia dos veces sintiéndose realmente enardecido y deseoso de marcar ese cuerpo que le volvía loco y le tomó una tercera vez con calma acariciándola con dedicación, besándola, saboreándola, paladeando cada beso. Sin duda alguna era adicto a ella pues en cuanto la tuvo en la bañera entró en ella y la devoró una última vez incapaz de atender a nada más que a sus propios instintos.

Cuando aún no había amanecido del todo caminaban en dirección a casa de Clement y Doris por el sendero tras los establos. Iban en silencio con Marcus no soltando su mano mientras en la otra llevaba atados con una correa varios ejemplares de su biblioteca pues, como le hubo dicho mientras los iban seleccionando un rato antes, necesitaba saberla con su “peligrosa cabeza entretenida”.

-He estado pensando... -Empezó a decir Silvie lo que hizo que él sonriese de medio lado mirándola de soslayo-. El conde tras marcharse de aquí con aguas destempladas tuvo que regresar a la posada donde descubriría que Caroline y su hijo no estaban. ¿No crees que debería estar buscándolos?

Marcus sonrió:

-Seguramente los estará buscando, pero dudo se les ocurra hacerlo aquí.

-Lo sé, pero no es eso lo que me preocupa, sino que quizás se rebele y dé muestras de la misma locura que su hija y cometa una locura contra ti.

-Puede que se rebele, pero dudo cometa una locura como atentar contra mí. El conde es un arribista y un canalla, más, no puede decirse que sea valiente ni tampoco que llegue a atreverse a cometer algo por su propia mano empuñando arma alguna.

-Pero podría contratar un sicario.

-Podría, pero para eso tendría que buscar uno primero y tardará un tiempo.

-Estupendo. -Masculló con ironía-. Si atrapamos a quién intente matarte ahora, después habremos de preocuparnos por si ese conde decide también tomar revancha contra ti. Lo reitero, eres dado a buscar enemigos con suma facilidad.

Marcus se rio deteniéndose detrás del comienzo del jardín de la pequeña casa atrayéndola a sus brazos para abrazarla.

-Sé buena. -Silvie se rio enterrando su rostro en su pecho-. Silvie, no enredes más de lo necesario ni cometas locuras. Recuerda que si te pasase algo tu pobre barón no lo soportaría.

-Serías un barón tristón o lo que los nobles llamaríais, apocado.

Marcus se carcajeó:

-Cielo, yo no he sido y nunca será apocado. A lo sumo me volvería loco sin mi fiera americana, pero apocado no.

-Milord.

La voz de Doris le hizo alzar la vista por encima de la cabeza de Silvie hasta el lugar donde se hallaba la ajada señora, bajo el umbral de la puerta trasera de la casa, observándolo con una sonrisa satisfecha.

-Ven, cielo. -Rompió el abrazo y tomó la mano de Silvie para llevarla hasta ella-. Buenos días, Doris.

-Buenos días, Doris. Hoy podremos leer muchos misterios de esos en los que los displicentes nobles ingleses gustan enredarse. -Señaló los libros que Marcus sujetaba y sonriendo añadió-: Son muy dados a las traiciones, los complots, los asesinatos por ambición, enredos amorosos o simple vanidad.

Doris se rio entre dientes dejándoles espacio para que pasaren.

-Si yo os contare algunas de las historias de las familias más prominentes del condado, milady, podríais escribir vos misma uno de esos libros.

- ¿De veras? Tenéis que contádmelas todas, Doris. Nada hay más interesante que un condado lleno de familias peligrosas y enrevesadas con gusto por los más sanguinarios delitos.

Marcus se carcajeaba dejándola pasar por delante de él mientras observaba su claro interés y entusiasmo, pero enseguida ella se volvió de golpe y le miró sonriendo mientras poniéndose de puntillas y posando ambas manos en su pecho le daba un beso antes de decir mientras intentaba empujarlo de nuevo hacia la puerta.

-Tú, regresa que has de cumplir tu papel de cebo. Doris y yo estaremos muy ocupadas.

Marcus se reía dejándose empujar por ella caminando de espaldas.

-Cielo, al menos reconoce que me añorarás.

-No sé, no sé... la compañía de Doris promete ser más interesante que la tuya. Su conversación apunta eclipsar la tuya.

Marcus se reía atrapándola en un abrazo:

-Me siento herido y ofendido.

-Frágil tienes el ego y poco curtida la piel, baroncito... -Se burló ella sonriendo traviesa alzando el rostro hacia él-. Por eso, procura no dejarte disparar. Eres poco resistente.

Marcus sonrió enterrando el rostro en su cuello dándole un suave beso.

-No te burles de tu barón, baronesa. -Alzó el rostro y miró a Doris que disimulaba enredar en la cocina-. Doris, la dejo en tus manos. Procura no dejarte llevar por su inquieta cabeza o me veo juzgándoos como magistrado de la zona por cometer tropelías en mi condado.

Doris asintió, pero Silvie riéndose traviesa le dio un empujoncito hacia la puerta.

-Vete que Doris y yo vamos a desayunar y tú has de regresar y comportarte como el displicente noble que eres.

Una vez en la mansión subió a su dormitorio para que el valet le vistiese y de paso para darse tiempo para aclarar ideas sobre lo ocurrido. Si realmente fuese Ariana la que intentaba matarlo, no podría tardar mucho en hacer su siguiente jugada pues no solo no era nada paciente, sino que, además, carecía de los medios para permanecer oculta mucho tiempo de modo que este jugaba

en su contra, pero ¿y si no fuese ella y el conde simplemente hubiere urdido su propio plan que con mala fortuna para él hubiese coincidido con los planes de otro? En tal caso las posibilidades podrían ser infinitas pues desconocía que hubiese alguien, a parte de Ariana, que le odiase hasta el extremo de querer desearle la muerte.

Apenas había tomado el desayuno en el comedor y descartado la idea de salir a montar a caballo pues como su terca esposa le había pedido debía hacer de cebo no de diana, se dirigió a su despacho para ponerse al día de los asuntos de los arrendatarios y la propiedad. Estaba enfrascado en las cuentas cuando Clement llamó y entró al darle permiso.

-Milord. Tenéis visita. Lord Fresalm, lord Galvert y lord Jillers.

Se levantó de golpe comenzando a caminar hacia el salón donde Clement les hubo acomodado pues bien conocía bien a sus amigos y no los dejaría esperar en el vestíbulo.

-Tanto me echabais de menos que habéis venido a molestarme en mi primera semana de desposado.

Lucas rodó los ojos con fingida resignación mientras mascullaba un “mentecato”.

-Milord, ¿dónde está mi hija?

Marcus sonrió a lord Jillers.

-Si no me equivoco corrompiendo a gran parte del servicio de mi hogar. Está en la casa de Clement y su esposa pues hemos urdido un plan para intentar sacar a la luz a quién intenta asesinarme.

-Que ya te decimos nosotros no es Ariana. -Afirmó Thomas serio.

- ¿Perdón?

Lord Jillers se adelantó a la hora de hablar.

-El sargento, al que pedí ayuda para recabar información sobre barcos procedentes de Francia que la hubieren podido traer, me ha informado que lady Ariana fue encontrada muerta en una posada cercana a Londres hace unos días. No hay pistas de su o sus asesinos.

Marcus alzó las cejas y después se dejó caer en el sillón.

-Lo que podría significar que o bien fueron cualquiera de los hombres a los que enredó en Francia o enemigos antiguos de aquí que al saberla de regreso la mataron. Aún sonando frío, no me importa en exceso quién la matase, sino que si estaba muerta ¿quién ha intentado matarme?

-Pregunta que nos ha traído de inmediato para informaros y también para intentar hallar un modo de averiguarlo... -Empezó a decir lord Jillers que se detuvo de golpe cuando recordó lo que él le hubo dicho-. ¿Decís que habéis urdido un plan?

Marcus lo miró suspirando:

-Desde que dejamos Galvert han ocurrido algunas cosas. Tomad asiento, por favor, imagino que deberemos hablar con calma. -Miró a Clement que permanecía en su lugar-. Trae a mi esposa discretamente, por favor.

-Pues mientras viene, ¿podemos asearnos? -Preguntó Thomas con una media sonrisa-. Espero nos dejes ocupar nuestras habituales estancias en esta morada.

Marcus asintió poniéndose en pie tirando del cordón de llamada apareciendo enseguida la señora Lerey.

De pie frente a uno de los ventanales observaba los jardines mientras los tres caballeros estaban aseándose en sus alcobas, no conseguía rebajar su gesto preocupado. Si no era Ariana quién intentaba matarlo, no tenía idea de quién podría ser o, peor aún, ¿y si era Silvie a quién querían matar? No lo permitiría. Ahora que la había encontrado no dejaría que le pasare nada.

- ¿Qué ocurre? Nos arriesgamos a ser vistos. -Iba diciendo Silvie entrando en el salón mientras él se giraba e incapaz de evitarlo sonrió solo con verla.

-Ven fierecilla. -La instó abriendo los brazos.

-Baroncito, eres un pesado. -Se quejaba, pero lejos de sus palabras recorrió la distancia y lo abrazó por los costados encajándose en su cuerpo-. La señora Doris me estaba contando una historia muy interesante de un viejo terrateniente que vivía al norte de aquí y que se fue casando una tras otra con tres hermanas a las que iba asesinando sin que nadie encontrara nada raro. Los ingleses no sois muy avisados, ¿verdad que no?

Marcus se rio por fin y alzándola la llevó con él hasta un sillón en el que tomó asiento con ella en su regazo.

-Pues parece que no lo somos. -Sonrió enterrando el rostro en su cuello inhalando su aroma-. Abraza a tu barón, esposa, que necesita sentirte con él.

Silvie le rodeó el cuello con los brazos e instando a mirarla preguntó:

- ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás preocupado?

-Dejaré que tu padre te cuente lo ocurrido.

- ¿Mi padre? ¿Está aquí? -Preguntó con alarma.

-No te asustes, fierecilla. Todos están bien, pero me temo deberemos descartar a Ariana como asesina pues fue asesinada hace unos días.

-Oh, ¿de veras? -Marcus asintió y ella frunció el ceño-. Pues entonces

volvemos al principio. Qué lata.

Marcus de nuevo se rio negando con la cabeza:

-Deberás poner tu talento para atrapar a los malos a funcionar, cielo.

-Estupendo. -Sonrió de oreja a oreja mientras él se reía entre dientes y negaba con la cabeza.

-Recuerda que no es a cualquiera al que quieren a asesinar sino a tu esposo. Ese que quieres e idolatras.

-Yo no te idolatro, arrogante, y por pesado hoy tampoco te lo digo.

Marcus se rio enterrando de nuevo el rostro en su cuello cerrando fuerte los brazos.

-Quédate así conmigo hasta que esos otros pesados vengan a informarnos.

- ¿Otros? Has dicho que era mi padre.

-Lucas y Thomas han venido con él. -Murmuró contra su cuello sin moverse.

La besó en el cuello disfrutando de ese inocente contacto mientras ella le acariciaba el cabello a la altura de la nuca.

-Deberías ir al barbero. No me gustan los caballeros con el cabello largo y el tuyo empieza a crecer.

Marcus se rio alzando el rostro.

-Lo que mi esposa desee. Le diré a Phil en cuanto llegue que me recorte el cabello.

Silvie asintió sonriendo.

-Cuando termine este embrollo regresaremos a Londres, ¿no es cierto? Dentro de unas semanas Will empieza la escuela y querría estar allí.

-No te preocupes. Regresaremos en una semana incluso aunque este embrollo no se haya terminado. Ese peligroso americano no marchará a la escuela sin que tú le hayas aleccionado como es menester para ser el terror del colegio.

Silvie se rio:

-Empiezas a conocerme bien, esposo.

Un carraspeo en la puerta les hizo a los dos mirar y a Silvie ponerse en pie de golpe caminando hacia el recién llegado.

-Hola, papá.

-Pequeña. -La abrazó dándole un beso en la frente.

-Ya me ha dicho Marcus que lady Ariana ha muerto así que imagino empezamos desde el principio.

-Me temo que sí. -Afirmaba caminando con ella de regreso a los sillones-. Sin embargo, creo que vosotros también tenéis algunas novedades que contarme.

Silvie se encogió de hombros.

-Ahora que sabemos que ella está muerta, me temo que nuestras novedades nada tienen que ver con el intento de asesinato en Galvet Manor sino solo la desafortunada coincidencia de que un aprovechado intentase un timo justo en ese momento.

Marcus se rio tomando la mano de Silvie cuando se acercó y tirando de ella la hizo caer a su lado para rodearla con un brazo.

-Si lo pienso bien, creo que vuestra hija tiene razón, milord. El conde de Grullier simplemente ha escogido un mal momento para poner en marcha un plan para sacar dinero.

-Umm, supongo que esa historia merece ser escuchada. -Señalaba tomando asiento frente a ellos.

-Excelente idea. -Sonreía Lucas entrando con paso vivo en el salón y mirando a Clement le sonrió-. Clement, viejo amigo, ¿consideraríais la posibilidad de alimentar a los pobres invitados del barón?

Marcus se rio:

-Clement, por favor, pedid en las cocinas unas copiosas bandejas de té pues ya conocemos de sobra el apetito de milord y de lord Thomas.

- ¿Me llamabais? -Preguntaba el mentado entrando tras Lucas. Sonrió al ver a Silvie junto a Lucas y caminando hacia ellos-. Es una alegría volver a veros, baronesa.

Silvie sonrió:

-Podría decir lo mismo si vuestra llegada implica que atraparemos al incordio que nos está molestando.

Thomas se rio sentándose como Lucas.

-Temible baronesa, a vuestro servicio, no lo dudéis, más me temo, ignoramos quién puede ser ese incordio.

Silvie chasqueó la lengua y acomodó mejor la espalda en el costado de Marcus mirando a los recién llegados.

-Quizás si hubieseis traído a un bravo caballero como lord Samuel con vos, nos hallaríamos en distinta tesitura. -Añadía mirando de soslayo a Marcus que se rio.

-Cielo, no me azuces mentando a ese enano peleón.

Silvie se encogió de hombros.

-Intentaba azucar tu mermada inteligencia y quizás también tu pundonor. De ese modo, es posible que seas capaz de una vez por todas de decirnos a quién has molestado tanto para que quiera matarte.

- ¿De modo que yo he de haber molestado a alguien? -Preguntaba alzando una ceja.

De nuevo ella se encogió de hombros:

-Todos conocemos tu carácter y lo que eres capaz de hacer. ¿Qué le vamos a hacer? Eres así y así te aceptamos... aunque quizás otros no tengan la infinita paciencia de la que nosotros solemos hacer gala.

Lucas y Thomas se carcajearon por el chascarrillo y la mirada burlona mientras Marcus rodaba los ojos.

-Bueno, ¿qué tal si nos contáis esas novedades mientras esperamos al bueno de Clement? -Sugirió Lucas.

Marcus les narró lo ocurrido con el conde y su plan y mientras Silvie servía el té comentaron lo poco que sabían del asesinato de Ariana.

-Pues quizás sea casualidad que ella muriera, más, son demasiadas

casualidades ¿no crees? -Preguntó Silvie llevándose un bocadillo de pepino a la boca mirando a Marcus-. Quizás alguien os odiase a los dos o alguien saque algo de la muerte de ambos, claro que ella ya no es tu esposa de modo que no tendría sentido salvo que... -Miró a su padre entrecerrando los ojos.

-Salvo que no supiere que no es tu esposa o que ella fuere su cómplice. - Terminó por ella asintiendo.

Marcus los miró indistintamente antes de fruncir el ceño.

-Pero suponiendo que ello fuera así, no hay nadie que saque nada de mi muerte si la sacaba de la de Ariana. No creo que nadie ignorase que ella no era mi esposa desde hacía mucho tiempo, de modo que, si esa teoría es cierta, me temo que no sé quién puede sacar algo, salvo que creyese que el plan del estúpido conde daría resultado.

-No, no un momento. -Lucas se enderezó mirándole fijamente apartando la taza de té-. De hecho, sí que puede que tengas razón. No sobre que sacase nada de la muerte de Ariana sino de la tuya. Quizás ella le ayudaba o quizás simplemente le entorpeció de algún modo.

-Pero de mi muerte nadie sacaría partido salvo mi heredero... -Frunció el ceño y rápidamente intercambió una mirada con Lucas-. No lo creo capaz.

- ¿Quién es tu heredero?

-El hijo de mi tío George, hermano menor de mi padre, mi primo Charles. Es unos años mayor que yo pues mi tío se casó antes que mi padre, más, sinceramente, ha tenido muchos años para matarme y hacerse con el título, no tiene sentido. Además, no lo creo acorde a su carácter. Nunca ha dado muestras de tener interés en el título.

-Salvo que lo necesite. -Lo miró fijamente Lucas.

Marcus negó con la cabeza:

-Mi tío le dejó una buena fortuna y si se la hubiese gastado siempre ha sabido que puede contar conmigo.

-Hace mucho que no ves a Charles ni sabes si sigue siendo el mismo, Marcus. ¿Y si es cierto lo que nos contó el capitán Madock?

-El capitán Madock no es el personaje más fiable, bien lo sabes. Se pasa la mitad del día borracho y la otra mitad durmiendo la borrachera.

- ¿Qué es lo que os contó el capitán Madock? -Preguntó Thomas frunciendo el ceño.

-Sí, ¿qué es lo que os contó ese capitán Madock? -Preguntó Silvie mirando a Marcus evidentemente interesada.

Marcus sonrió por el gesto de Silvie que le miraba con una más que papable curiosidad.

-Cielo, no es una información fiable...

-Ya, ya... pero ¿qué fue? -Preguntaba incisiva.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-Que Charles había contraído deudas en uno de los palacios del East River.

-Palacios del East River es sinónimo de prostíbulo, ¿no es cierto? -Preguntaba alzando una ceja.

Marcus rodó los ojos:

-Técnicamente, más también es un sitio donde se juega y se hacen todo tipo de apuestas.

-Entiendo. Y supuestamente verlo en ese lugar implica algo malo ¿por qué? Dudo sea alarmante que un caballero acuda a ese tipo de lugares pues de serlo todo Londres estaría escandalizado.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-Razón por la que, de ser cierto o de haberlo creído en su momento, que no lo hice, no le habría dado mayor importancia.

-Pero ahora se la dais los dos, ¿por qué? -Se adelantaba a preguntar con insistencia.

Marcus suspiró:

-Cuando Lucas me hizo saber ese rumor no lo creí porque no era acorde con el carácter de Charles, o como él bien dice, del Charles que yo conocía, más, ¿y si es cierto?

-Si es cierto no tiene por qué haber hecho nada malo en esos lugares, ¿Por qué dais por hecho que puede eso relacionarse con el intento de asesinato?

Lucas suspiró:

-Porque lo que yo oí de labios del capitán no era solo que había visto a Charles allí, sino que había oído como el dueño del palacio lo amenazaba a pagar sus deudas a la mayor brevedad.

-Cosa que reafirmaba mi imposibilidad de creer ese rumor. -Aseveraba Marcus serio-. Charles no era dado al juego y aunque sí que gustaba de acudir a ciertos lugares a buscar compañía femenina no así a jugar ni apostar.

-Pues dudo no sea fácil descubrir si realmente se halla endeudado y de estarlo, quién es su acreedor. -Señaló seria mirando a su padre-. Un heredero endeudado es, sin duda, un excelente candidato a sospechoso.

Marcus suspiró cerrando el brazo alrededor de la cintura de Silvie obligándola a volver a acomodarse en su costado.

-Eso sigue sin explicar por qué asesinaría a Ariana. -Meditó en alto.

-Salvo que el asesinato de lady Ariana nada tenga que ver con el intento de asesinato en Galvert Manor. -Contestaba lord Jillers serio.

-Pero serían muchas casualidades. El conde, su hija muerta en Inglaterra, el disparo en Galvert Manor... -Intervino de nuevo Silvie girando para mirar de nuevo a los ojos a Marcus-. O me he desposado con el caballero con peor fortuna de las islas o todo tiene alguna relación.

Marcus se rio:

-Cielo, ¿estás acusándome de estar maldito?

Silvie sonrió traviesa:

-Es una posibilidad. No la descartemos aún. En caso de que mueras siempre puedo acusar a tu mala suerte.

Marcus se carcajeó haciéndola caer en su costado.

-No empieces a preparar aún mi funeral, mujer cruel... -Negó con la cabeza y miró a Lucas-. ¿De veras crees a Charles capaz de matarme?

-No sabría decir. Si realmente se halla en apuros, ¿cómo saber cómo reaccionará?

-Pues yo... -Empezó a decir Silvie mordisqueando un nuevo bocadito de pepino-... No descartaría a ese tal Charles, pero tampoco a sus familiares. Si es mayor que tú seguramente ha de estar casado, quizás *su dulce palomita* haya decidido que prefiere estar desposada con un barón que con un simple lord, especialmente si además de adúltero acumula deudas. Mejor que sea un barón con deudas y adúltero.

-Dejaría de tener deudas si se hiciese con mi fortuna. ¿Te he dicho ya que soy muy rico? -Contestaba Marcus con sorna.

-Sí, pesado. Parece que estás intentando compensar con esa fortuna otras carencias... -Contestó ella en el mismo tono arrancando una carcajada no solo a Marcus sino también a Thomas y Lucas-. Pero no has prestado atención a lo que decía. Si está casado, su esposa quizás también sea sospechosa.

-Su esposa, pues sí está casado, por lo que yo recuerdo, es una dama que no hace nada sin la aquiescencia de Charles.

-Eso que él sepa, que tú sepas. Te sorprenderías de lo que son capaces muchas de esas “damas educadas cuando nadie las ve, oye o vigila”. Yo voy a considerar como sospechosa a la esposa maquiavélica. Seguro que es ella o sabe lo que planea su esposo y es cómplice, aunque solo sea por silencio. - Sonrió traviesa haciendo a Thomas y Lucas sonreír.

-En eso, milord, mi hija tiene razón. Una de las cosas que rápidamente aprendimos al llegar a Londres, era que esas damas calladas y supuestamente ignorantes del mundo que les rodean, en muchos casos no son tales y que, sin que sus esposos lo sepan, hacen y maquinan con mucha destreza y no nos referimos a tener un amante sin que el esposo o terceros lo sepan. Eso, entre los de su clase, parece que ni siquiera es necesario acallarlos pues muchos gustan no solo tenerlos sino darlos a conocer. -Dijo con gesto serio lord Jillers.

Marcus gruñó:

-Sinceramente, me cuesta imaginarme a Charles intentando asesinarme y más aún a su esposa.

-Vamos, Marcus, a lady Clarisse la puedes haber visto tres veces en toda tu vida. Nada sabes de ella. Y respecto a Charles... -Lucas chasqueó la lengua mirándolo fijamente-... lo reitero ¿quién sabe de lo que sería capaz un hombre ahogado en deudas estando muy desesperado?

Marcus gruñó suspirando pesadamente:

- ¿Y entonces qué? ¿Damos por cierto que la aparición del conde y la muerte de Ariana son desafortunadas coincidencias?

-Es posible, más, habrá que averiguarlo... -Sonrió lord Jillers mirando a su hija-. Parece que habréis de adelantar el regreso a Londres y nos veremos abocados a investigar por esas calles llenas de nobles ociosos carentes de otro incentivo que el de asesinar a familiares molestos.

Silvie se levantó de un salto entusiasmada:

-Estupendo. Dos sospechosos más. Esto mejora... Iré a preparar mi bolsa y como tengo el traje de amazona que mi bien pensado esposo me ha regalado para poder montar en caballo a horcajadas podremos ir todos a caballo y yo en mi bonita yegua nueva. Qué bien. -Aplaudió un par de veces girando y echando a andar con paso vivo hacia la salida-. Lo primero será ir a reunirnos con el sargento ... -Decía ya con todos a su espalda.

Marcus la miraba entrecerrando los ojos gruñendo antes de decir:

-Supongo que esto pone punto final a mis privados días con mi esposa en la tranquilidad del campo.

Lord Jillers se rio al igual que sus dos amigos.

-Mucho habéis logrado retenerla con un misterio por resolver rondándoos...

Marcus gruñó de nuevo:

-Vosotros regresad al campo para no dejar a vuestras esposas e hijos solos.

-Pero hombre, ¿no has comprendido aún que los acabamos de dejar instalados en la ciudad y que hemos continuado camino para avisarte de las nuevas? -Se burlaba Thomas riéndose entre dientes.

Marcus gruñó poniéndose en pie.

-Mejor me aseguro de que esa inquieta esposa que me he buscado no enreda más de lo necesario con su entusiasmo ante su caza de asesinos. Nos veremos en el almuerzo.

-Milord, marchamos en la tarde. -Dijo lord Jillers cuando él ya había recorrido parte de la distancia hasta el arco de la puerta.

Marcus rodó los ojos suspirando pesadamente:

-El caso es no dejarme disfrutar ni de un día de tranquilidad... Inquietos americanos... -Masculló haciendo reír a sus amigos que le habían escuchado.

Llegó a su alcoba encontrándose a Silvie metiendo ella misma las cosas en la bolsa sin apenas doblar la ropa.

-Cielo. -Tomó su mano al pasar por su lado y la llevó con él hasta la cama donde se dejó caer con ella-. Yo quería disfrutar de mi deliciosa esposa sin interrupciones.

Silvie se rio removiéndose para quedar tumbada sobre él.

- ¿Qué culpa tengo yo de que tengas un pesado intentando matarte?

Marcus se rio entre dientes cerrando los brazos a su alrededor.

-No eres culpable de eso, pero sí de desear regresar a la mayor brevedad posible a Londres privándome de los días que tenía planeados devorando salvajemente a baronesa.

- ¿Salvajemente? -Preguntaba acariciándole el mentón.

-Salvajemente. -Asintió sonriendo.

-Bueno, pero nada te impedirá hacer lo mismo en Londres. Tengo la esperanza de que mi licencioso esposo tenga en esa mansión que imagino tan grande como esta, un enorme lecho, de esos que tanto gusta a los barones de Varité y si la fortuna me es favorable, una enorme tina con cañerías para llenarla de agua caliente en la que hundirme junto a mi sátiro barón.

Marcus se rio rodando para dejarla bajo su cuerpo.

-Tendrás que esperar hasta llegar a Londres para saber si tus esperanzas se ven colmadas, pero, de momento, yo puedo colmar la mía y devorar a mi

esposa antes de partir.

-No, no que mi padre está bajo este mismo techo.

Marcus sonrió canalla deslizando la mano bajo sus faldas.

-Tu padre se halla tres pisos por debajo de este y nada oírás cuando grites mi nombre en inconsciente pasión de modo que, baronesa, cumpla con su sátiro barón y cólmele de atenciones.

Media hora después, jadeante, completamente agotada y con Marcus cubriendo su cuerpo y respirando tan forzosamente como ella, miraba el dosel de la cama con ojos nublados.

-Eres un barón muy hambriento. -Susurró.

Marcus le dio un bocado en el hombro de modo juguetón mientras removía las caderas aún enterrado en ella.

-Y aún quiero postre. -Anunció antes de alzar el rostro tomando al asalto sus labios empezando a mecerse dentro de ella haciéndola arder casi al instante.

-Oh, Dios, no creo que pueda ponerme en pie.

Murmuró con la mejilla apoyada en la almohada con Marcus enterrado en ella de nuevo tras no solo estallar salvaje en su interior por segunda vez sino que sin tiempo a dejarla tomar aliento la volteó y tomó su trasero muy lentamente mientras le susurraba licenciosas palabras llevándola a sentirse pletóricamente lujuriosa antes de volver a estallar juntos una tercer vez mientras le prometía volver a estallar en ella una cuarta para, textualmente, remarcar esa cueva en la que descansaría su simiente.

Marcus se rio entre dientes saliendo de su trasero cerrando fuerte los brazos alrededor de ella mientras apoyaba la mejilla entre sus omoplatos.

-No cielo, aún no te vas a poner en pie. Antes debes ser tomada de nuevo, ¿recuerdas? Te he prometido tomarte de nuevo y yo siempre cumplo mis promesas. Solo déjame recuperar el resuello y después mi ansiosa verga se enterrará de nuevo en ti y no contendrá su deseo por tu delicioso cuerpo.

Silvie sonrió sin moverse sabiendo que no tardaría en cumplir lo que decía y ella no le detendría pues le encantaba acabar agotada tras esos asaltos suyos.

-Sátiro, licencioso, ansioso, cuán cargada de rasgos se halla la personalidad de mi aristocrático esposo.

Marcus se rio antes de girarla y acomodarse como antes solo que cara a cara.

-Soy un hombre “cargado de virtudes”.

-Virtudes... -Repetía ella enredando sus dedos en su cabello mientras él permanecía sobre ella abrazándola posesivo-. Lo que hay que escuchar. Virtudes... que gran concepto de ti mismo tienes, baroncito.

Una hora después por fin se vistieron y bajaron al salón previo al comedor donde su padre jugaba a las cartas con los dos caballeros. Tras acomodarse junto a Marcus que aceptaba la copa que le entregaba Lucas, les contaron lo ocurrido en la posada para sacar al niño y su madre de las garras del conde. Ya en el comedor degustando el almuerzo, Silvie miró a Marcus:

-Pues si nuestro plan estaba dando frutos y alguien vigilaba la casa, ahora sabrá de la llegada de tres caballeros y no dudo sepa ya que nos marchamos tras el almuerzo. Quizás lo intente en el camino.

Marcus, frunciendo el ceño, miró a Lucas y a Thomas.

-Cierto. Lo que, me temo, nos obligará a ir en carruaje. A caballo podría disparar e intentar hacer blanco, pero en carruaje, no podrá hacerlo.

-Oh, venga... ya me resulta en extremo incordio ese asesino. Ni siquiera me deja ir montando a mi yegua. Cuando lo encontremos lo insertaré en una espada. -Refunfuñó.

Marcus se rio alargando el brazo para tomar su mano.

-Fierecilla, debieras ver el lado bueno del cambio de planes. Ahora podrás dedicar el camino hasta Londres en lograr desplumar a tus nobles preferidos. Después de todo, ¿no presumes de estar dotada de una mayor destreza que nosotros para con los naipes?

Silvie sonrió:

-Pues es cierto. Quizás no sea tan malo. Así practico un poco para no perder habilidades. Además, ya que ahora saben que soy mejor que todos, se emplearán a fondo y quizás logren hacer medianamente interesantes las

partidas pues he de reconocer que en el barco fue excesivamente fácil vencer.

Marcus se carcajeó:

-Cielo, ¿qué te dije sobre la arrogancia y el que debieras considerarla el primer paso para una estrepitosa caída?

-Bah, también dices que estás dotado de muchas virtudes y solo tú piensa semejante cosa, el resto del mundo no corrobora tal opinión.

Thomas y Lucas se carcajearon haciendo a Marcus reírse también por la impertinente mirada de Silvie y su sonrisa traviesa.

-Cielo, no creo que sea solo yo el que opine que soy un hombre con grandes y variadas virtudes, no en vano, te recuerdo que hasta el momento de desposarme se me consideraba un excelente partido a cazar.

-Umm... pues eso solo puede explicarse de dos modos. El primero que las damas inglesas cada vez escogen peor a sus esposos o el segundo que hay tal escasez de esposos por estos lares que ya ni siquiera esperan grandes cosas de los que hay. Claro que ¿cómo saberlo? A mí, cierto arrogante noble, no me ha dado siquiera la oportunidad de compararlo con otros posibles candidatos para juzgar por mi propia mano...

Marcus se carcajeó negando con la cabeza:

-No puedo negar que entre mis planes se hallaba el no darte la oportunidad de salir al mercado...

Silvie se rio negando con la cabeza:

- ¿Tan mal parado habrías salido en la comparativa, esposo mío? -Preguntaba con sorna mirándolo.

Lucas se rio:

-No podéis imaginarlo. -Contestó con el mismo tono de broma y burla mirando de soslayo a Marcus que rodaba los ojos.

-Qué cruz... -Murmuró antes de mirar a Silvie-. ¿Crees que estos dos caballeros podrían considerarse buenos partidos? -Señaló con la cabeza a Thomas y Lucas que se reían entre dientes.

-Bueno... -Se encogió de hombros.

Marcus se rio al igual que sus amigos.

-Pues yo soy cien veces mejor partido que estos dos mentecatos.

Las carcajadas de los dos mentados también hicieron reír a Silvie.

- ¿De veras? Luego realmente mi conclusión de la escasez de caballeros con virtudes destacables no anda desencaminada, ¿no es cierto?

Marcus se rio divertido por el tirón de orejas. Al terminar el almuerzo, mientras los lacayos subían las bolsas al carruaje y varios mozos preparaban sus caballos que esos mismos mozos llevarían tras ellos, Marcus observaba en silencio a Silvie riéndose con sus amigos por los chascarrillos que estos le gastaban y cuando ella giró buscándolo con la mirada cruzándose por fin con la suya sonrió sabiendo que pasase lo que pasase, ella, Silvie, era su perfecta pareja, su única pareja. Aún pensaba en ello acomodándola en su costado mientras su padre y Lucas iban sentados frente a ellos y Thomas junto a Silvie cuando habían recorrido varias millas desde que salieron de Varcum.

Acariciaba una de sus manos con el pulgar mientras Lucas le narraba la historia de cuando eran críos haciéndola reír la más de las veces porque obviamente le narraba algunas de sus peores travesuras. Le encantaba tenerla encajada en su cuerpo, relajada y confiada, riéndose con las bromas de sus amigos y no dejándose enredar por ellos pues les replicaba con mordacidad haciéndolos reír a todos.

No podía creer lo mucho que le gustaba verla animada y riéndose mientras los “iba desplumando” como decía mano a mano dejándoles sin ni un chelín mientras Lucas y Thomas se volvían locos intentando averiguar cómo demonios ganaba mano a mano.

-No lo intenten, milores, -les advertía de nuevo lord Jillers antes de una nueva mano pues tras varias quedó patente que no la ganarían y les advertía una y otra vez-, el segundo de mi hermano y muchos de los marineros de su barco se pasaron jugando con ella los meses del viaje enseñándole no solo las jugadas sino también a leer los rostros y gestos de los otros jugadores.

-Y soy una excelente alumna.

Marcus se rio porque eso mismo decía cada vez que él le enseñaba alguna nueva “pecaminosa lección”.

-Doy fe de ello. -Contestó riéndose, ganándose un codazo de su Silvie para castigarlo no logrando sino que se riese más aún.

Al detenerse para dejar a los caballos refrescarse en una posada, Thomas se reía caminando por delante de ellos entrando en el comedor mientras decía:

-Me temo que la dama habrá de tener la gentileza de invitarnos. Nos ha dejado sin un chelín. -Bromeó.

Silvie sonriendo orgullosa contestaba:

-Podré hacer el esfuerzo de invitar a unos dulces y un té a unos nobles empobrecidos por su vicio...

Marcus se rio negando con la cabeza llevándola de su brazo mientras se supo observado por más de un personaje de los que en esos momentos se hallaban en la posada seguramente de camino, como ellos, a Londres, reconociendo más de una cara mientras caminaban hacia uno de los reservados.

-Bien, que no se diga que no soy espléndida para con mis invitados. -Sonrió burlona tras tomar asiento-. Caballeros, pidan cuanto gusten.

Marcus se carcajeó atrayéndola hacia él para tenerla encajada en su costado, un lugar en el que le gustaba tenerla y sentirla.

-Al menos nos dejarás darnos un pequeño festín. -La besó en la sien tras quitarse ella el sombrero y los guantes bajando enseguida los labios a su cuello posándolos detrás de su oreja-. Aunque yo desearía otro tipo de festín que cierta dama me ha privado por hacerme regresar a Londres antes de lo que deseaba.

Silvie le dio un codazo enrojeciendo pues temía que alguien le hubiese oído, aunque le hablase en un susurro.

-Mira que como sigas por ese camino llegaré a Londres viuda no de la mano de un asesino incordio sino de la mía propia.

A los pocos minutos se disculpó para ir a una de las habitaciones a refrescarse y al regresar vio en el patio trasero de la posada a un hombre regañando a un

muchacho de modo airado. Se acercó y escuchó desde discreto lugar y tras un par de gritos e insultos al pobre chico, el hombre lo golpeó con una vara bastante gruesa.

-Deténgase, bruto. -Se apresuró a acercarse a él tomando el otro extremo de la vara antes de que la dejase caer de nuevo sobre la espalda del pobre chico-. No se atreva a golpearlo de nuevo si no quiere que sea yo la que le golpee por canalla.

El hombre, de aspecto desaliñado, grande y con gesto hosco, se volvió de golpe para mirarla.

-Déjeme. Ha roto las dos docenas de huevos porque es un bueno para nada. Ahora no podré venderlos al posadero.

El muchacho la miró con cara de temor y ella sin dudarle se giró de nuevo hacia el hombre y con enfado le espetó:

-Su hijo vale más que mil docenas de huevos. No vuelva a golpearlo.

- ¿Mi hijo? Este bastardo no es mi hijo. Dios sabrá quién es su padre y así me paga el recogerlo de la calle, tirando mi dinero.

- ¿No eres su hijo? -Preguntó obviando al hombre mirando al niño que debía tener unos trece o catorce años a pesar de estar bastante delgado. Negó con la cabeza enderezándose ligeramente pues se había encogido ante los golpes-. ¿Pero vives con él?

-En el establo con su vaca y sus gallinas. -Contestó en apenas un susurro.

-Pues desde ahora no vives con un hombre capaz de maltratar a un muchacho. Si estás de acuerdo te vienes conmigo. Serás mozo para el varón de Varité.

- ¿Mozo? -Preguntó con un brillo de ilusión en la mirada.

-Tendrás un techo, comida, ropa y un estipendio por tu trabajo. ¿Quieres venir...?

No había terminado de preguntar cuando el hombre la tomó del brazo y la giró de malos modos:

-Ese mequetrefe no irá a ninguna parte hasta que me pague lo que ha perdido.

-Yo no lo he tirado. Se les ha caído a él porque ha bebido mucha cerveza. Me echa la culpa a mí porque su esposa le haría dormir en el establo.

-Serás... -El hombre alzó de nuevo la vara para golpearlo, pero Silvie, ya libre de su agarre se colocó delante del chico que en ese instante empezaba a ponerse en pie.

-No se le ocurra golpearlo o no será él el que reciba un severo castigo sino usted.

-Apártese, maldita colona, y no se meta en mis asuntos.

La agarró de nuevo del brazo y la apartó lanzándola a un lado lo que no le resultó difícil porque ella pesaba poco. Casi se cae, pero logró enderezarse en el último momento.

Justo cuando vio por el rabillo del ojo que volvía a alzar el brazo para golpear al chico ella sacó del bolsillo de su falda, donde lo llevaba en los viajes, su pistola.

-No se le ocurra golpearlo o recibirá un disparo. -Decía alzando el brazo apuntándolo.

El hombre giró la cabeza abriendo los ojos como platos al ver el arma en su mano.

- ¿Está loca? -Preguntaba al tiempo que dejaba caer el brazo, aunque sin soltar la vara.

-No, pero vos sí por haber tocado a mi esposa.

La voz de Marcus que iracundo cruzaba el patio hasta alcanzar a Silvie que bajó el arma en cuanto lo vio, hizo que tanto el muchacho como el hombre lo mirasen.

- ¿Su esposa? -Preguntó el hombre de pronto dudoso y Silvie por el modo en que miraba a Marcus supo que sabía quién era.

Marcus la alcanzó y la rodeó con los brazos mirándole al rostro.

- ¿Te ha hecho daño? -Preguntó con suavidad y con una preocupación palpable en sus ojos azules que a Silvie le hizo sentir segura y protegida con su sola presencia.

-No, pero a él sí. -Señaló con la mirada al muchacho que aún permanecía de pie, quieto y sin saber qué hacer.

- ¿Cómo te llamas, muchacho? -Preguntó sin soltar a Silvie mirándolo por encima de la cabeza de ésta.

-Joe.

-Le he dicho que puede trabajar como mozo para ti.

Marcus bajó el rostro hacia el de Silvie y sonrió antes de besarla en la frente y abrir sus brazos, sin dejar que se separase de él, solo colocándola a su lado pasándole un brazo por la cintura.

- ¿Y quieres trabajar para mí?

El muchacho asintió enérgicamente, aunque de soslayo miraba a ese hombre.

-Pues ve al comedor, a la mesa donde están tres de mis mozos, el cochero y dos palafreneros. Diles que te mando yo. Almuerza con ellos cuanto gustes antes de irnos y cuando llegemos a Londres ya nos encargaremos de que te acomoden y te vistan.

El muchacho no esperó a escuchar más y tras una somera reverencia salió a la carrera sonriendo de oreja a oreja a Silvie al pasar a su lado.

Marcus giró mirando enfadado al hombre que aun sostenía la vara en una mano.

-En este momento me debato entre darle una paliza o llamar a los alguaciles para que le arresten por agredir a la baronesa de Varité.

Silvie sonrió apoyando la mejilla en su pecho.

-Te estás ablandando esposo. ¿Por qué no una paliza y después llamas a los alguaciles?

Marcus se rio bajando los ojos a ella tomando la pistola de su mano.

-Pues, en ese caso, quizás mejor dispararle y hacerle una herida que no pueda olvidar.

Silvie sonrió porque sabía que no hablaba en serio, pero encogiéndose de hombros fingiendo indiferencia señaló:

-Pues quizás sea mejor idea, sí.

Marcus sonrió alzando el brazo para apuntar al hombre, aunque sin apartar los ojos de Silvie.

- ¿Un agujerito por atreverse a tocar a mi baronesa y amenazarla?

-Y por llamarme colona.

Marcus se rio antes de girar el rostro hacia el hombre al que veía dudar qué hacer puesto que no podía intentar enfrentarse a él sabiendo que eso le podría costar la horca, pero tampoco quedarse quieto sin más ya que Marcus parecía decidido a disparar. Salió corriendo en dirección contraria y Silvie riéndose enterró el rostro en el pecho de Marcus que también se reía.

-Siempre metida en enredos, ¿no es cierto, mi baronesa?

Silvie alzó el rostro sin dejar de reírse.

-Soy una justiciera. No puedo quedarme impasible ante injusticias ni despropósitos. -Le quitó el arma de la mano guardándola de nuevo en su bolsillo antes de ponerse de puntilla y darle un beso en los labios-. Has llegado en un momento providencial. Un poco más tarde y ya le hubiese disparado por bruto.

Marcus se rio abrazándola de nuevo encerrándola en su cuerpo.

-Presumo me pasaré la vida haciendo esto. Siguiéndote en tus enredos para asegurarme de que vuelves a mis brazos sana y salva y de una pieza.

Silvie alzó el rostro riéndose:

-En realidad, intentarás seguirme en mis enredos. Siempre eres muy lento.

Marcus sonrió cerrando fuerte los brazos besándola en el cuello.

- ¿De verdad estás bien? ¿Ese hombre no te ha hecho nada? Aún le alcanzo y le doy una paliza de la que no se recuperará por tocar a mi esposa.

Silvie sonrió:

-Estoy bien. Será mejor que regresemos para que pueda pagar al posadero no vaya a llamar él al alguacil por tener a nobles morosos en su posada.

Marcus se reía llevándola con él de regreso al saloncito privado antes de

retomar el camino.

CAPÍTULO IX

Llegaron a Londres cuando ya había anochecido y tras dejar a Thomas, su padre y Lucas en sus casas, ellos llegaron finalmente a la Varité House donde el siempre competente Perkins les esperaba con el servicio colocado en el vestíbulo para recibir a su nueva baronesa.

-Felicitaciones, milord. Le deseamos a vos y a vuestra esposa toda la felicidad en su matrimonio.

-Gracias Perkins. Es tarde y me temo que nuestro precipitado regreso no ha permitido tener la oportunidad de llegar a una mejor hora para presentar como es debido a mi esposa.

Silvie sonrió apartando el sombrero y guantes que se había quitado.

-No importa. Me gustaría conocerlos. Perkins, encantada. -Sonría acercándose para ponerse frente a él.

-Milady. -Respondía haciendo una cortesía antes de presentarle a todo el servicio y él, ansioso como estaba por volver a estar a solas con ella, se apresuró a llevársela arriba pidiendo a Perkins que les subiese la cena.

Silvie atravesó como un rayo el salón privado deseosa de ver la cama y él, que la seguía con paso más calmo se rio cuando la escuchaba reírse mientras exclamaba:

-No es tan grande como la de Varcum pero es grande... La tina es estupenda...

-Le escuchó unos segundos después imaginándola, entrando a la carrera en la habitación donde estaba la tina y el aseo más allá del vestidor.

Se la encontró abriendo y cerrando el grifo como en Varcum y riéndose se acercó a ella.

-Me alegra comprobar que estás dispuesta a llenarla porque tú y yo vamos a meternos en ella en breves instantes.

Silvie se rio poniéndose en pie y lanzándose a sus brazos de un salto le rodeó el cuello con los brazos.

-Eres un sátiro necesitado de atenciones, ¿verdad que sí, mi baroncito? - Preguntaba con voz melosa y burlona a la vez.

-Como sigas usando el apelativo con el que esos descerebrados a los que tildo, muy generosamente, de amigos se refieren a mí, es posible que recibas un severo castigo, mi impertinente baronesa.

-Bah, no me harás nada. Te gusta mucho mi trasero y me necesitas para llenar esta augusta morada inglesa de intrépidos americanos que mejoren la estirpe de tan noble linaje.

Marcus sonreía horas después tras haberla devorado con ansiosa hambre durante todas esas horas. Ella permanecía en sus brazos completamente dormida. Acariciaba su espalda siguiendo la línea de su columna una y otra vez incapaz de dejar de acariciarla recordando cómo se sintió al ver a ese animal agarrándola de un brazo y empujándola. Si no hubiese estado ella delante le habría arrancado el corazón con sus manos, pero en ese momento solo abrazarla le dio la calma suficiente para no cometer una locura.

-Umm, Marcus...

La voz somnolienta de Silvie le hizo bajar los ojos hacia ella sin dejar de abrazarla.

-Duerme, pequeña, mañana tenemos que atrapar un asesino.

-Es verdad. -Contestaba sin abrir los ojos-. Pero antes he de ir a mi casa a por mis cosas.

-A casa de tu padre. Tu casa ahora y siempre es esta.

-Bueno. -Contestaba casi inconsciente.

En la mañana temprano mientras su valet terminaba de atarle el nudo del corbatín veía de soslayo a Silvie conteniendo a duras penas las ganas de gritar de frustración a la doncella que la ayudaba a peinarse. Sonrió pensando que tendría que hablar con Camile para que buscara para su díscola esposa una doncella capaz de atenderla sin agobiarla y lo bastante ducha en el arte de manejar a damas de la nobleza para que la aconsejara con discreción sobre

cualquier duda que a ella le surgiera.

-Vamos, cielo, ya estás preciosa y dudo tus hermanos no estén esperando que aparezcas para desayunar con ellos y poneros al día de vuestros enredos.

Silvie le sonrió y él supo que le daba las gracias en silencio antes de levantarse y caminar hacia él.

- ¿Entonces desayunamos en mi casa?

-En casa de tu padre. Tu casa es esta. -Dijo sonriendo, tomando su mano enredando sus dedos con confianza.

-Bueno, es verdad. Tienes que asegurarte de que Perkins acomoda a Joe.

Marcus sonrió:

-Ya lo ha acomodado en un cuarto del ala de servicio y le ha proporcionado ropas nuevas. Tendré que hablar con él para saber cómo acabó en casa de un tipo como aquél.

Silvie asintió como si así corroborase el acierto de su actuación lo que le hizo sonreír.

-Tengo hambre. Mejor apresurémonos.

Marcus se carcajeó por su comentario.

-Estamos a dos manzanas de la casa de tu padre.

- ¿Tan cerca? -Sonrió-. Estupendo. Así cuando no me guste el menú inglés iré corriendo a casa ... a casa de mi padre -se corrigió rápidamente- a comer comida decente.

Marcus se carcajeó de nuevo y la miró divertido.

-Cielo, esta es tu casa. Solo has de elaborar con el ama de llaves el menú que te guste para que lo elaboren y si lo prefieres podemos buscar un chef americano que enseñe en las cocinas cómo elaborar las comidas que le gusten a la señora de la casa.

-Umm pues a lo mejor le digo a cooker que venga y enseñe a la cocinera de aquí algunos platos. -Sonrió asintiendo satisfecha-. Eso haré. No creo que me gane muchos amigos entre el servicio si nada más llegar impongo a la cocinera

un chef de fuera. Mejor solo que venga cooker y le enseñe algunos platos.

Marcus se rio pensando que quizás ese fuese el pensamiento americano o quizás simplemente su baronesa era la que actuaba así, pero le agradó saberla atenta con el servicio y no queriendo imponer sus gustos y deseos sin más, lo que el servicio habría tenido que acatar, pero seguramente no le habría gustado en extremo.

-Ven, mi comilona esposa. Vayamos a asaltar las cocinas de esa morada de locos americanos.

-Yo no soy comilona.

Marcus sonrió atrayéndola a él para pasarle un brazo por la cintura y besarla en la sien.

-Vamos caminando, ¿quieres?

-Pero a paso vivo o atacaré a cualquier ser vivo para devorarlo incluso así, vivo.

La llevó de su brazo sonriendo como un bobo a todo con el que se cruzaban. En cuanto atravesaron las puertas de la casa de lord Jillers apareció bajando las escaleras principales a la carrera Will con su gatito en las manos.

-Sabía que no durarías mucho siendo una baronesa. -Sonrió travieso-. Pero no sé si padre os dará cobijo a ambos, tantos nobles bajo esta morada sería un exceso.

Marcus se carcajeó por el chascarrillo mientras Silvie le daba un empujón a su hermano tras quitarle a Bigotes de las manos.

-Anda deslenguado, vayamos a desayunar que estoy hambrienta.

-Milord, ¿hacéis pasar hambre a vuestra esposa? ¿Tal es vuestra escasez? - Preguntaba burlón caminando en dirección al comedor con ellos siguiéndolo.

-No creo que exista suficiente alimento en las islas para saciar el apetito americano. -Contestó en el mismo tono mirándolo divertido.

Will chasqueó la lengua sin detenerse mirándolo por encima del hombro.

-Deberemos enseñar a los habitantes de estas tierras a cultivar con tino y tratar

el ganado para que sea productivo.

De nuevo su hermana le dio un empujoncito al tiempo que decía:

-Si la conservación de la flora, fauna y cultivo de las islas dependiera de ti, los pobres habitantes de estas tierras acabarían emigrando en menos de un año debido a la hambruna.

Will sonrió divertido.

- ¿Quién sabe si ese no es mi plan para conquistar todo el territorio sin guerra alguna?

Marcus se reía siguiéndolo hasta una mesa colocada en medio del invernadero donde ya estaban lord Jillers y su hija sentados junto a una dama de unos treinta y tantos, elegante y con un evidente parecido con los tres hermanos por su cabello rizado oscuro y el contorno de su rostro.

-Buenos días. -Saludó relajada Silvie separándose de él para acercarse a su padre y rodeando la mesa a su tía a la que dio un beso en la mejilla-. Tía Charlotte, te presento a mi esposo inglés, lord Marcus, barón de Varité. Marcus, ella es mi tía Charlotte, hermana de mi madre.

-Señora. -Contestaba haciendo una cortesía antes de sonreír a Silvie-. ¿Tu esposo inglés? ¿Es que lo tienes de otro tipo o categoría?

Silvie se encogió de hombros con fingida indiferencia:

- ¿Quién sabe? Quizás tu mala suerte me obligue a buscar otro para no acabar como una triste viuda llorosa.

Marcus rodeó la mesa para sentarse a su lado mientras ella tomaba asiento y en cuanto ocupó la silla a su lado se inclinó y la besó en la sien.

-No te quedarás viuda, fierecilla. Estaré contigo para la eternidad. -Le susurró en el oído después de besarle tras la oreja haciéndola sonreír traviesa.

-No adelantes acontecimientos que aún hemos de atrapar al incordio que intenta hacerte un agujerito en tu noble cuerpo.

Marcus se rio entre dientes antes de mirar a Luisa que sentada frente a él daba de comer a Americus situado a su lado encima de la mesa.

-Si le acostumbras a comer en la mesa conforme crezca lo seguirá haciendo, buscando los platos encima de ella.

Luisa sonrió:

-Es muy listo, aprenderá que ha de comer en su sitio, pero aún es muy pequeño y se siente a salvo cuando está a mi lado.

Marcus sonrió negando con la cabeza porque si el perrito ya la buscaba es que había estado durmiendo con ella en su cama.

-Qué casualidad, a ti te pasa igual. Solo te sabes a salvo cuando estoy a tu lado. -Sonrió Silvie traviesa mirándolo a él tras lo que mordisqueó una tostada sin apartar los ojos de él.

-Fierecilla, me siento a salvo a tu lado porque así te tengo vigilada y sé que puedo controlar tus enredos.

Silvie sonrió mirándolo burlona.

-Si tú lo dices, será verdad. -Señalaba con evidente ironía.

-Entonces... -Will apoyó los codos en la mesa y la barbilla entre sus manos mirándolos sentados frente a ellos-... ¿Seguimos sin saber quién os quiere muerto, milord? Decidnos, ¿es muy larga la lista de vuestros enemigos?

Marcus se carcajeó por la mirada incisiva y al tiempo burlona del joven, idéntica a la de su hermana mayor.

-Pues, al parecer, no es muy larga ya que vuestro padre y hermana la ha reducido a dos posibles sospechosos.

-Tres, te olvidas de la esposa maquiavélica. -Respondía Silvie untando una nueva tostada con mermelada.

Marcus sonrió mirándola divertido.

-Bien, pues tres contando la que según dicen es una esposa maquiavélica.

-Umm... no son muchos. -Sonrió Will-. ¿En que dirección se encuentra la morada de esos malhechores, milord? Podemos investigarles con mi telescopio.

-Ni se te ocurra, Will. -Señaló tajante su padre.

-Pero podría dar cuenta de sus pasos. De cuándo entra y sale de casa, de con quién se reúne en ella, incluso si hace movimientos sospechosos. -Se quejó Will con indignación.

-Bien, padre, ciertamente si desde la buhardilla consigue enfocar el telescopio hacia el hogar de los tres sospechosos, quizás nos sirva de mucho esa información. -Sonrió Silvie guiñando un ojo a su hermano.

-Poniéndose en peligro de llegar a averiguar ese loco que tu inconsciente hermano no solo lo espía, sino que intenta encarcelarlo. -Replicó su padre serio antes de girar el rostro hacia su hijo-. No me obligues a quitarte el telescopio hasta que todo esto acabe.

Will resopló cruzando los brazos al pecho mirándole airado.

-Os priváis de un arma poderosa negándome el poder actuar, padre. Soy como el ósculo de la sabiduría que todo lo ve y todo lo conoce.

Silvie se rio mientras Luisa bufaba.

-Ósculo de la sabiduría. Lo que eres es un dolor de cabeza. -Refunfuñaba la pequeña.

-Pues mientras decides si vas a usar o no los talentos de nuestro ósculo, padre, creo que yo iré con este barón de aquí, -señaló con la cabeza a Marcus-, a ese palacio que mencionasteis.

-Ni hablar. -Contestaron a la vez lord Jillers y Marcus mirándola con fijeza.

-Oh, vamos, ya soy una mujer desposada, nada me asusta. -Contestaba burlona.

-Precisamente por ser una mujer casada, mí mujer desposada, no irás a un lugar como ese.

-Oh venga, baroncito... he dicho que iré contigo. -Le puso morritos mientras lo miraba fingidamente melosa.

-Ni hablar. -Contestó de nuevo.

-Pues si no me acompañas, iré sola. Tú eliges. -Contestó cruzando los brazos al pecho.

Marcus gruñó tocándose el puente de la nariz con dos dedos:

-Milord, cuando gustéis me ayudáis...

Lord Jillers se rio:

-Me temo que eso ya no está en mi mano, milord. Desde el día del enlace sois vos el que ha de lidiar con su testarudez. Además, en caso de prestar apoyo o ayuda a alguno de los dos en cualquier asunto, mi fidelidad y lealtad estará siempre para con ella. No en vano, desposada o no sigue siendo mi hija.

Silvie sonrió de oreja a oreja lanzando una mirada satisfecha a Marcus que rodando los ojos miró a lord Jillers de nuevo mientras mascullaba un:

-Americanos.

Un par de horas después, tras recoger Silvie algunos de sus enseres para que fueren enviados a Varité House y tras prometer almorzar con ellos, salía de casa de lord Jillers con Silvie de su brazo.

-Vamos a casa de Lucas pues si pretendes que te lleve a un palacio, no pienso ir solo, llevarás varios caballeros para protegerte, sin mencionar que tendrás que ir disfrazada. Dudo la reputación de la nueva y joven baronesa de Varité se sobreponga de saberse que antes incluso de darse a conocer a la buena sociedad, frecuenta burdeles de lujo del brazo de su esposo.

Silvie se rio:

- ¿Crees que sería una “perdida” ante los aristocráticos y retrógrados ojos de tanto noble y petimetre emplumado?

Marcus se carcajeó por su más que evidente entusiasmo ante esa perspectiva.

-Mi esposa, mi terca esposa, no es ni será nunca a los ojos de nadie “una perdida” a lo sumo una fierecilla ingobernable a la que su esposo está encantado de intentar, inútilmente y lo sabe, gobernar.

Silvie se rio.

-Es bueno que admitas que sabes que no podrás gobernarme. -Miró en derredor y frunció el ceño-. Creo que deberíamos ir en carruaje. Así, a plena vista, paseando por la calle, eres un blanco demasiado obvio y fácil. Llevas escritas en letras escarlatas la palabra diana.

Marcus se rio.

-Cielo, ya hemos llegado. -Señaló la puerta de una casa-. Lucas vive a una manzana de mi casa y a dos de la tuya.

-Ah, bueno, pues entonces entremos que así eres una diana andante.

Marcus aún se reía entregando en la casa y entregando al mayordomo su capa, sombrero, guantes y bastón mientras Silvie le entregaba su sombrero y pelliza.

-Buenos días, milord. -Le saludó con confianza-. Sus señorías se encuentran en la terraza.

-Excelente. -Sonreía tomando la mano de Silvie no esperando que les anunciase previamente pues no hacía falta y el mayordomo lo sabía.

Silvie miró un retrato, no muy grande ni tampoco colocado en un lugar demasiado visible, deteniéndose de golpe.

- ¿Quién es?

Marcus sin soltar su mano suspiró mirando el retrato de un Lucas muy joven con su primera esposa:

-La primera esposa de Lucas, la madre de Viola y de Samuel. Pero mejor no hablar de ella. Murió y mejor para todos que así fuese, créeme. Si Ariana fue una pesadilla, ella no se quedó muy atrás. Para Lucas y los niños no ha habido mayor bendición que Camile como para mí no ha habido mayor bendición que mi muchachito impertinente.

Lo dijo con tal vehemencia que Silvie, sin importar donde se hallaban, giró y lo abrazó con fuerza encajándose en su cuerpo lo que Marcus recibió de buen grado cerrando los brazos a su alrededor. La besó en la sien y sonrió:

-Tú me vas a proteger de todo mal y llenar mi hogar de impertinentes y pendencieros americanos que volverán loco a su padre.

-Lo prometo. -Sonrió alzando el rostro hacia él-. Antes de cinco años serás declarado oficialmente enajenado.

Marcus se carcajeó antes besarla en la frente.

-Vayamos a reunirnos con ese marqués de pacotilla.

Al alcanzar la terraza se encontraban Lucas y Camile sentados con el bebé en

brazos de Lucas mientras Camile parecía bordar algo a su lado. Se acercaron y tras el saludo de rigor tomaron asiento junto a ellos.

- ¿Dónde se hallan tus pendencieros hijos?

-Mi hermano los ha llevado al parque porque hoy hay una representación de títeres y ya sabes a Sam le encantan. -Contestó Camile apartando sus avíos de costura.

-Esta noche iremos al palacio del East River. -Anunció Silvie sin andarse con rodeos haciendo a Marcus rodar los ojos y a Lucas sonreír divertido.

- ¿Iremos? ¿Vos también? -Preguntó, aunque bien sabía la respuesta.

Marcus gruñó:

-Y tú vendrás con nosotros o la tendré que atar para impedir que vaya.

Lucas se carcajeó y Camile que ya les servía una taza de té miró a Silvie sonriendo:

-Presumo un palacio en el East River es sinónimo de casa de placer.

-Y de juego. Va a ser emocionante. -Sonrió excitada-. Pero he de ir disfrazada. Creo que me vestiré de caballere.

Camile sonrió mirando a Lucas:

-Pues quizás resulte interesante.

-Que ni se te pase por la cabeza. -Señalaba Lucas tajante.

-Oh vamos, si la baronesa puede ir también la marquesa. -Silvie le guiñó un ojo a Camile haciéndola reír-. Puedo disfrazarla de caballere también.

-Uy, sí.

Lucas gruñó:

-Dejémoslo para otro día, les recuerdo, mis hermosas damas pendencieras, que vamos a la caza de un asesino.

Silvie suspiró:

-Qué pesados.

Camile se rio por la queja mientras Marcus sonreía divertido por su cabezonería.

-Ya que estamos aquí, ¿podrías mandar una nota a Thomas y Gabriel para que se reúnan con nosotros esta noche en mi casa?

Silvie bufó y miró a Camile.

-Al parecer, he de ir con guardaespaldas.

Marcus se rio tirando de ella para sentarla en su regazo rodeándole la cintura con los brazos.

-Creo que, en realidad, lo que vamos es a proteger al resto de los clientes de una fierecilla impetuosa.

Silvie sonrió sentándose a su lado después de sacarle la lengua.

- ¿Y qué es lo que vais a intentar averiguar allí?

- ¿Quién sabe? -Respondía Silvie alcanzando una galletita que se llevó a la boca dándole un mordisco-. A veces la información más nimia es la que desencadena toda la verdad. -Camile se rio entre dientes mirando a Lucas de soslayo que también sonreía divertido-. De todos modos, sería interesante averiguar también si nuestro segundo sospechoso se ha estado moviendo por la ciudad.

- ¿Segundo sospechoso?

-El conde Grullier. Estuvo ocupado urdiendo su plan con Caroline y su pobre hijo como víctimas involuntarias, más, quizás, en su desesperación, también planease o colaborase para matarte. No me dio la impresión de ser un hombre con excesivo valor, pero eso no significa que no se dejase enredar por alguien o que por desesperación fuese capaz de hacer lo que de ordinario no es propio de su naturaleza.

Lucas sonrió divertido y Marcus suspiró.

-Quizás tu padre pueda ocuparse de él.

-No, mi padre tiene otra misión. -Sonrió divertida-. La esposa maquiavélica.

Lucas se carcajeó.

- ¿Quién es la esposa maquiavélica? -Preguntó Camile desconcertada.

-La esposa del heredero endeudado y adúltero de este barón de aquí. -Señaló con la cabeza a Marcus mordisqueando una nueva galletita.

-Ah... la esposa de tu heredero ¿quién es? -Preguntaba interesada.

-Lady Clarisse Winchert, esposa de lord Charles, el primo de ese baroncito. - Respondía Lucas con la misma sorna que Silvie.

-Pues no creo conocerla.

-Cielo, no creo que te muevas en los mismos círculos que ella. De hecho, nosotros creíamos que vivía en el campo con Charles y al no tener hijas no venía tampoco a la temporada social.

-Esas son las más peligrosas, las que fingen ser modosas, calladas, carentes de interés por aquello que les rodea más allá de su casa, su jardín... -Señalaba Silvie con aire distraído alcanzando una nueva galletita.

-Cielo, ¿tienes hambre? -Preguntaba Marcus divertido.

Silvie le miró frunciendo el ceño:

-Pienso mejor cuando como algo dulce y cuando disparo... ¿prefieres que me ponga a practicar el tiro contigo, esposo incordio?

Marcus se carcajeó rodeándola con un brazo haciéndola caer en su costado antes de besarla en la frente.

-Puedes seguir atacando las galletitas de la marquesa cuanto gustes.

-Me llama comilona a la menor ocasión. -Se quejó mirando a Camile.

Camile se rio:

-Yo también comí mucho durante el principio de mi embarazo.

Silvie y Marcus la miraron con la boca abierta y después Marcus se rio entre dientes bajando los ojos hacia Silvie que seguía paralizada sujetando entre sus dedos media galleta.

-Cielo, aún es pronto para saberlo.

Silvie bufó y se metió el resto de la galleta en la boca.

-Pues mientras lo sabemos, no podrás llamarme comilona y si estoy embarazada, guardarás silencio hasta la tumba porque será culpa tuya.

Marcus se carcajeó atrayéndola más hacia él encajándola más en sus brazos besándola en la sien.

-Seré una tumba. -Replicó con sus palabras.

-Qué pesadez de barón... a lo mejor me conviene dejar que le maten y enviudar. Después de todo tiene unas casas enormes que quedarían en mis manos.

-Quedarían en manos de mi heredero, y salvo que tengas un hijo antes de nueve meses, ese sería Charles.

-Umm... tendremos que esperar a tener un barón americano para meterte un tiro... seré paciente.

Lucas se carcajeó mientras él se reía cediéndole otra galleta.

-Anda, cielo, entretente con una galleta y deja lo de dispararme apartado.

Silvie tomó la galleta y le miró con gesto terco.

-Que conste que no me distraerás con una galleta. -Giró el rostro sonriendo a Camile-. Quizás gusten almorzar en casa de mi padre. Vamos a planear con detalle nuestros pasos.

Camile se rio entre dientes asintiendo.

-Excelente sugerencia. En cuanto los niños regresen de su paseo podemos ir a planear a la residencia de los locos americanos.

De camino a casa de lord Jillers una hora después con Lucas y su familia, Marcus se reía porque Sam, que ya llamaba a Silvie tía Silvie, no hacía más que acapararla contándole todo lo que habían hecho esos días y Marcus, a punto de llegar, lo tomó lo subió a uno de sus hombros como si fuera un saco y fingiéndose serio dijo:

-Enano, ¿qué te había dicho de acaparar a mi esposa?

-Pero es mi tía. -Respondía riéndose cabeza abajo.

-Exacto soy su tía. -Se reía Silvie divertida.

-Y repito. Es mi esposa, enano.

-Mami. -Llamó a Camile que caminaba unos metros por detrás de ellos.

-Baroncito, si haces daño a mi niño conocerás mis idus.

Marcus se rio;

-Marquesa, sobreprotegiendo a este enano seductor no le harás ningún bien. Necesita recibir el escarmiento de un caballero más experimentado y ducho.

-Pues en ese caso, milady, no os preocupéis, de momento vuestro hijo está a salvo hasta que aparezca tal caballero. -Respondía Silvie deteniéndose a los pies de la escalera de la casa de su padre en Mayfair.

Cuando Marcus dejó a Sam en uno de los escalones de la escalera, ambos riéndose, giró hacia Silvie y la rodeó con los brazos.

-Esa ha sido una cruel impertinencia, mi baronesa.

-No lo ha sido, solo he expresado en voz alta una irrefutable verdad.

-Tía Silvie, -Samuel la llamó dos escalones por encima de ella-, yo me sentaré a tu lado en el almuerzo para evitar que el tío Marcus se ponga pesado.

Marcus se carcajeó negando con la cabeza.

-Yo no me pongo pesado con mi esposa, enano, me pongo amoroso.

Silvie se rio rompiendo el abrazo.

-Amoroso... lo que hay que escuchar. -Subió los escalones tomando la mano de Samuel mirándolo por encima del hombro-. Vamos baroncito. Mejor entrar y evitar convertirte en una diana tan sencilla de disparar.

Marcus les siguió riéndose mientras negaba con la cabeza.

-Lucas, suerte tienes de tener un sustituto porque tu heredero no llegará a acabar el día...

-Deja a mi heredero tranquilo, barón del demonio. El que el tuyo actual no sea nada prometedor no te da derecho a privarnos a los demás de los nuestros. - Contestaba sonriendo.

Dentro de la casa, en el comedor previo al almuerzo, mientras lord Jillers y su

tía Charlotte conversaban con los marqueses y con los niños entretenidos, Silvie se disculpó para tomar algunas cosas de su dormitorio para llevarlas a Varité House.

Marcus se escabulló detrás de ella y la encontró en su dormitorio rebuscando en un baúl con medio cuerpo metido en el mismo.

-Imagino que en ese baúl habrá algo de suma importancia... -Decía caminando hacia ella.

Silvie alzó ligeramente la cabeza antes de continuar con lo que hacía mientras decía:

-Estoy buscando algunas prendas para mis disfraces... -Se enderezó y cerró el baúl-. Creo que mejor esto también lo envió a Varité House.

Marcus la tomó de la mano y la llevó con él a uno de los sillones frente a la chimenea sentándola en su regazo,

-Cielo, me siento desatendido.

Silvie sonrió rodeándole los hombros con los brazos.

-Anda, cielo, deja que me calme un poco. -La besó con lento camino por el cuello hasta el punto sensible tras su oreja mientras la tomaba de la cintura aupándola para hacerla sentar a horcajadas sobre él y deslizaba las manos bajo su falda y de un tirón romper sus pantaloncitos.

-Eso ha sido una grosería. -Se rio Silvie separando el rostro del suyo para mirarlo.

Marcus sonrió canalla mientras se removía ligeramente bajo ella abriendo su pretina y su pantalón.

-Lo ha sido, más, mi objetivo lo justifica.

Silvie sonrió divertida mientras él tomaba su trasero empujándola hacia él para de inmediato empalarla de un solo golpe.

-Ahora un trote mesurado, amor.

Silvie se rio entre dientes por su orden.

-Baroncito, te noto ansioso y muy mandón.

Marcus gruñó enterrando el rostro en la curva de su cuello antes de cerrar fuerte un brazo en su cintura manteniendo su otra mano bajo sus faldas.

-Obedece, mi rebelde baronesa, que me notas duro y caliente y sabes que solo hay un modo de calmarme, que mi baronesa me deje hundirme y vaciarme en ella.

-Qué poco romántico. -Se rio divertida azuzándolo.

De nuevo gruñó removiéndose bajo ella arrancándole un gemido de placer con su fricción.

-Vamos, nena, que tú también estás deseándolo. Estás húmeda y caliente.

Apenas cayó sobre él, exhausta, jadeante, con el frontal del vestido abierto pues él hubo desabrochado todo el torso devorando sus pechos mientras se tomaban, Marcus cerró fuerte los brazos anclándola en ese lugar con él completamente agotado también. Se fueron calmando poco a poco y él todo el tiempo le estuvo acariciando y besando con ternura.

-Mi baronesa. -Susurró besándola en el cuello.

Silvie sonrió alzando por fin el rostro.

-Recuerda que esta noche no seré tu baronesa sino Sawyer.

Marcus sonrió antes de darle un ligero mordisco en la barbilla.

-Serás de nuevo mi muchachito impertinente, pero promete no confiarte. En ese lugar hay muchos personajes y no todos son ingenuos o fáciles de engañar.

Silvie asintió.

-Está bien, seré muy desconfiado y sagaz.

-Sagaz... -Repetía Marcus sonriendo, deslizando las manos bajo sus faldas acariciándole el trasero con suavidad-. ¿Me dejas tomarte otra vez más, mi sagaz baronesa? Aún siento deseos de jugar con tu delicioso cuerpo... - Mordisqueó uno de sus pechos sujetando firme sus dos medias lunas entre sus manos.

- ¿Desde cuándo me pides permiso? -Se reía divertida.

-Cierto. -contestó aupándose ligeramente llevándola con él para tumbarla en la

alfombra a los pies de la chimenea empezando con fiereza y hambre renovada una tanda de fieros envites que pronto los llevó a los dos al éxtasis uno de la mano del otro.

-Ahora me has dejado agotada y además estoy hambrienta. Espero que no hayan empezado el almuerzo sin nosotros.

Marcus sonrió removiendo las caderas para disfrutar un poco más de esa suavidad que lo envolvía besándola lentamente. Después se alzó tras separarse de ella y la aupó para, tras ajustarse las ropas, ayudarla a acomodar las suyas.

-Vayamos a asegurarnos de que los glotones americanos han dejado algo de comida para mi baronesa y mi heredero.

Silvie le dio un pequeño manotazo en el brazo.

-Es muy pronto para eso.

Marcus le tomó el rostro entre sus manos y bajó el suyo para ponerlo a pocos centímetros.

-No pienso parar de devorar a mi baronesa lo que me reste de vida y además voy a poner mucho empeño en dejarla embarazada con prontitud.

-Eres un pesado. ¿No eres consciente de que cuando tenga a mi barón americano ya no necesitaré al padre inglés?

Marcus se rio.

-Sí que lo necesitas porque lo quieres y porque no puedes vivir sin mis besos, mis abrazos y mis licenciosas enseñanzas.

-Bueno... -Alzó los brazos y le rodeó el cuello-... visto así, quizás me sirvas para una temporada.

Marcus la rodeó por la cintura y la aupó para ponerla a su altura besándola profundamente, paladeándola con placer, entrando en su boca devorándola como solo a ella podría devorarla para finalmente ir suavizando el beso poco a poco. Sonrió cuando se detuvo notándola totalmente aturdida. Cuando ella abrió los ojos Marcus ensanchó su sonrisa en un gesto satisfecho.

- ¿No decías que tenías hambre, mi temible baronesa?

Silvie parpadeó y después gruñó:

-Sí, pero me distraes.

Marcus se carcajeaba dejando que sus pies de nuevo tocasen el suelo.

-Es que soy una distracción irresistible. -Enredó su mano con la suya llevándola con él.

-No me lo puedo creer. -Se reía Thomas una vez hubo saltado dentro del carruaje esa noche viéndola sentada junto a Marcus-. Pero si nuestro querido señor Sawyer ha vuelto.

Marcus suspiró pesadamente:

-Llegas tarde. Ya nos marchábamos sin ti.

Thomas se rio de nuevo.

-Pero aquí estoy. -Sonrió divertido.

Silvie sonrió y alzó los ojos hacia Marcus que la rodeaba con un brazo encajándola en su cuerpo mientras Lucas sentado a su otro lado miraba por la ventanilla.

-Diremos que eres el joven pupilo de un amigo que nos ha encomendado tu cuidado en tus primeros días en Londres. -Señalaba Lucas mirando a Silvie que asintió sonriendo.

- ¿Y para cuidarme me lleváis a un burdel de lujo? -Preguntaba Silvie mirándole bajo sus falsas cejas.

Lucas se rio al igual que Thomas y Gabriel.

-Cielo, es una especie de rito de iniciación entre caballeros. No el llevarlos a un burdel, pero sí el llevarlo a clubs de caballeros a relacionarse con sus pares. En este caso, digamos que estamos adaptándonos un poco dadas nuestras especiales circunstancias.

Silvie se rio alzando el rostro hacia Marcus.

-Especiales circunstancias... es un modo de expresarlo. Bueno, tú te encargas de preguntar al encargado a cuánto ascienden las deudas de tu primo y también si hay algún hombre peligroso al que deba dinero y yo preguntaré entre las

cortesanas cuál de ellas, si es que hay alguna, es su preferida y así podremos averiguar también en qué líos puede estar metido.

Marcus tomó su barbilla y le alzó el rostro hacia él.

-No pienso dejarte a solas con una cortesana. Además, ¿qué te hace pensar que una cortesana le contaría a un muchachito ese tipo de cosas?

-Pues que le daré sobrados motivos para contarme lo que quiero y si no acepta dinero le amenazaré con la pistola y listo. -Sonrió y después asintió como si se confirmase a sí misma el acierto de su conclusión haciendo a Marcus reírse.

-Mi terco muchachito. -Sonrió antes de besarla en la frente bajo su peluca pelirroja.

- ¿Podré jugar unas manos en alguna de las mesas de juego? -Preguntó con un brillo de emoción en los ojos.

Marcus se rio.

-Cielo, con las luces de los candelabros y estando tan cerca los caballeros y las cortesanas que se mueven por el local, será fácil que alguno se dé cuenta de que no eres un muchacho.

Chasqueó la lengua antes de mirarlo.

-Qué pesadez. La próxima vez que vayamos voy vestida de mujer de vida alegre.

Marcus se carcajeó al igual que sus amigos.

-Por encima de mi cadáver. -Contestaba aun riéndose.

-Pues a lo mejor ese momento está más cerca de llegar de lo que crees, baroncito.

Marcus negó con la cabeza acercándola más a él.

-No te dejaré así como así, fierecilla. Tendrás que soportarme muchísimos años.

Silvie suspiró fingidamente.

-Dramático destino.

Marcus de nuevo se rio.

Al llegar al East River el carruaje se detuvo al comienzo de un callejón en el que los cinco se bajaron y él se aseguró de quedar muy cerca de Silvie conteniendo a duras penas el tomarla de la mano o abrazarla o simplemente tomarla en brazos y sacarla de allí pero ella no le perdonaría actuar del modo que le había prometido antes de casarse no haría nunca. Ella caminaba con esos pasos que ya reconocía y miraba con curiosidad a su alrededor. Por delante de ella caminaban Lucas y Gabriel y Thomas a su lado.

-Para ser un supuesto palacio de lujo su entrada es bastante tétrica. -Decía mirando el oscuro y apestoso callejón.

Marcus sonrió negando con la cabeza, pero fue Thomas el que contestó:

-Al traspasar la puerta de entrada toda esta suciedad y oscuridad quedará olvidada. La decoración es opulenta, recargada y excesiva.

-Me encanta la opulencia excesiva en los lugares decadentes. -Exclamó con evidente entusiasmo arrancando una carcajada a Marcus y una risa a sus amigos.

-Anda mi decadente muchachito, entremos antes de que me arrepienta de haberte traído a este lugar. -Señalaba al tiempo que Lucas daba un par de golpes en una puerta apenas visible pues estaba pintada de negro y enseguida se abrió una pequeña ranura en la parte de arriba donde una voz hosca preguntó:

-Contraseña.

-Black Rose. -Contestaba Lucas para enseguida abrirse la puerta antes ellos.

- ¿Hay contraseña? -Preguntó en un susurro Silvie.

-Digamos que es una contraseña no muy secreta pues no la cambian nunca y si has venido una vez ya puedes entrar siempre, salvo que te declaren personaje non grato, en cuyo caso, no te abren. -Contestaba Thomas sonriendo divertido.

-Pues menuda tontería. Con solo mirar quién es, se hace innecesaria la contraseña. -Refunfuñó.

-Es parte del juego. -Contestaba Thomas riéndose entre dientes.

Marcus que se colocó junto a Silvie nada más cruzar la puerta como sintiese la necesidad de protegerla, pero también deseando ver su reacción y no se decepcionó. Mientras recorrían el pasillo recubierto con telas de seda llamativas, lámparas de cristal tallado y retratos no precisamente castos de mujeres bastante sugerentes, Silvie observaba todo con curiosidad, pero él también veía un ojo crítico en esa mirada y esa atención al detalle que mostraba con discreción. En cuanto la puerta del final del corredor fue abierta por un hombre vestido de lacayo se hicieron presentes las voces, la música, las risas y el olor a tabacos puros y licores.

Al alcanzar la puerta mientras sus amigos bajaban la gran escalera de acceso al salón Silvie se detuvo y observó el lugar desde esa posición.

-Hay mucha gente.

Marcus sonrió colocado a su lado.

-Es un lugar muy exitoso. ¿Ves el escenario? -Señaló ligeramente el escenario que presidía todo el salón- Suelen traer algunas de las cantantes de las revistas.

-Sí, sí, muy interesante, pero ¿cómo distingo a las cortesanas de las que no son? -Preguntó obviando la información anterior. Aquél era un lugar para caballeros y damas adineradas y obviamente las cortesanas no lucían como meretriz cualquiera, sino que su aspecto solía ser muy similar al de las damas con gustos algo recargados.

Marcus se rio negando con la cabeza instándola a comenzar a bajar las escaleras.

-Fíjate sobre todo en las joyas. Suelen lucir joyas recargadas, demasiado llamativas. Saben que sus protectores gustan regalarles joyas y para ellas constituye un modo de asegurarse un porvenir cuando ya no puedan sacar partido de su físico.

-Umm interesante. -Murmuraba bajando las escaleras sin apartar los ojos del salón-. Bien, pues tú ve a por el dueño de este lugar de pecado -señalaba con diversión-, que yo voy a por una pecadora para investigar.

-No. -La respuesta rotunda de Marcus al alcanzar el último escalón le hizo alzar el rostro hacia él ya que le sacaba algo más de dos cabezas-, No vas a

moverte por aquí sola. -Añadió bajando mucho la voz.

-No me pasará nada, Marcus. Voy armada. Además, de verme en peligro solo habré de gritar. Estaréis a pocos metros.

Marcus sonrió:

-Si pretendes hablar en reserva con una cortesana, esta te llevará a uno de los reservados y estos se encuentran en la segunda planta subiendo aquellas escaleras -señaló al otro lado del salón- allí no te oíríamos y menos con el ruido que hay en el salón.

Silvie rodó los ojos al tiempo que decía:

-Obviaré el hecho de que sepas dónde se encuentran esas estancias y mi enfado por ello. Bueno, pesado, pues cuando me vaya con ella a esa parte puede lord Thomas seguirnos discretamente y quedarse cerca. -Marcus sonrió sabiendo que esa concesión le había costado mucho con lo terca e independiente que era-. Lástima no poder jugar en una de esas mesas. Sería divertido. -Añadió mirando las mesas del centro del salón donde caballeros, algunos con damas que mostraban en exceso sus encantos sentadas en sus regazos, jugaban a las cartas ajenos a otra cosa que no fuera su placer.

Marcus se rio negando con la cabeza al tiempo que comenzaba a seguirla a través de las mesas siguiendo la estela de sus amigos que se habían dirigido a una de las mesas del fondo del salón, ligeramente más reservadas y lejos de la vista de extraños.

No tardaron en aparecer dos camareras bien dispuestas a atenderlos pidiendo por todos ellos Lucas una botella de champagne y lo que él llamó “delicatessen”.

- ¿Qué he de entender por delicatessen? -Preguntó Silvie bajando la voz en cuanto se alejaron.

Lucas sonrió travieso:

-Delicias dulces y algunos frutos secos. En este lugar si no juegas a las cartas o con algunos de los otros juguetes del local, es conveniente tener las manos ocupadas.

- ¿Otros jug...? -No llegó a terminar la frase rodando los ojos al comprender

que se refería a las cortesanas e incluso a esas camareras tan ligeras de ropa-. Hombres...

-Os recuerdo, señor Sawyer, que vos también los sois. -Replicó Lucas con el mismo tonillo burlón de antes.

Silvie entrecerró los ojos antes de mascullar:

-Vuestra esposa se está ganando el cielo a pasos agigantados, ¿sois consciente de ello, marqués?

Todos se carcajearon incluido Lucas que mirándola y aun riéndose contestaba divertido.

-Lo soy y, creedme, ella también.

Silvie sonrió mirando en derredor por encima de su copa mientras bebía de ella, varios minutos después de que dos camareras dejaran en su mesa lo solicitado.

-Bien, díganme, caballeros, ¿a qué cortesana juzgan debo abordar para sonsacarle la información que deseo? Desde mi ignorancia, creo que aquélla del vestido rojo con bordados de oro es la que parece tener un papel por encima de las demás a juzgar por las miradas recelosas que el dirigen el resto, de modo que será la que sepa más de lo que ocurre en este lugar...

Marcus se rio entre dientes:

- ¿Te he dicho, mi muchachito impertinente, que me encanta esa vena detectivesca que siempre sacas a pasear? -Preguntaba divertido bajando la voz.

Silvie suspiró pesadamente:

-Calla pesado y concéntrate que estamos en un momento crucial de la investigación.

Marcus se carcajeó al igual que sus amigos.

-Pues el muchachito impertinente está en lo cierto. -Contestaba Thomas sonriendo-. Esa es Clementine y podría decirse que la que tiene “mayor rango”, más, precisamente por eso, no creo conteste sin más a un muchachito impertinente. De hecho, no creo ni que consigas que te preste atención.

- ¡Un reto! -Sonrió Silvie de oreja a oreja-. Me encantan los retos. -Miró a Marcus con gesto pícaro-. Tú ve a buscar al dueño de este lugar y pregúntale si ese primo tuyo tiene deudas con él y con cualquier otro, que te dé la información.

Marcus se rio entre dientes:

- ¿Por qué presumo pretendes aceptar el reto de ese majadero?

Silvie se encogió de hombros:

-Después de todo no eres estúpido lo que dice mucho a mi favor pues no gusto escoger esposos estúpidos.

Lucas, Thomas y Gabriel se rieron.

-Bien, pues si el muchachito logra que Clementine le invite a acompañarle a una de las estancias de arriba, yo me aseguraré de estar cerca. -Sonreía Thomas claramente divertido por la situación.

-Estupendo. -Silvie ensanchó su sonrisa antes de ponerse en pie estirándose las puntas del chaleco como si fuera un muchachito rebelde-. Voy a por mi cortesana. -Señalaba ufana rodeando su silla comenzando a caminar decidida en la dirección de su objetivo mientras Thomas estiraba las piernas sonriendo de oreja a oreja.

-Será mejor que vayas a cumplir tu cometido, baroncito, porque si he de apostar, diría que el muchachito impertinente parece más capaz que tú de lograr lo que se ha propuesto.

Marcus rodó los ojos suspirando al tiempo que se ponía en pie:

-Bien, iré a hablar con Clark y veremos que me cuenta, y tú más te vale no alejarte de mi muchachito si no quieres acabar eunuco.

Sus amigos se reían a su espalda mientras él caminaba en dirección al despacho de Clark. Ya había tratado con él y si bien no podía decirse que fueran amigos, sí que se guardaban cierto respeto. Mientras caminaba hacia un lateral del salón observó de reojo a Silvie que, como si nada, tomaba una silla y la colocaba junto a la cortesana que, en ese momento, sentada en una mesa desde la que podía observar todo el salón, lo miró sin mostrar gesto alguno ignorando momentáneamente al caballero que la acompañaba y que también

desvió sus ojos hacia Silvie.

-Buenos noches, mi señora. -Dijo intentando no solo engolar la voz sino agravar su tono, mirándola con decisión-. Espero no os moleste interrumpa vuestro *tête à tête* con este caballero, más, me urge tener una conversación, espero que amigable, con vos.

-Jovencito, id a buscar a vuestra institutriz y no molestéis a los mayores. - Respondía con desdén.

-Lo haría, más creo que mi institutriz hace tiempo dejó este mundo. Era una mujer realmente afable más muy mayor, y no pretendo aún buscarla ni conocer a mi hacedor, soy muy joven aún para ello, no como vuestro acompañante que parece que pronto conocerá a tan endiosado personaje para juzgar su paso por este mundo mortal.

Clementine se rio por la impertinencia del joven mientras que el caballero se puso en pie con gesto severo que no así con rapidez pues era evidente que Silvie acertaba en su ajada edad.

-Lord Jimham, no os toméis a mal la abrupta forma de intentar impresionarme de este joven, es evidente carece de la experiencia necesaria para comportarse correctamente ante caballeros más experimentados que él. Dejadnos solos unos minutos y prometo explicar a nuestro joven amigo qué ha de hacer ante figuras más curtidas que él en estas mieles.

Con un gruñido el hombre se marchó lanzando una mirada airada a Silvie que sonreía alzando una ceja de modo desafiante e impertinente.

-Bien, has atraído mi atención, más has de saber que esta no durará sino unos segundos si no es interesante eso de lo que te urge hablar...

-Sawyer, podéis llamarme Sawyer. -Sonrió canalla-. En realidad, creo que necesitaríamos un lugar más privado para tratar ese tema.

Clementine se carcajeó:

-Puedo reconocer que a osado no os gana nadie, mi colono amigo.

-Americano. -Replicó Silvie con rapidez-. Y no me tomaré a mal ese calificativo si aceptáis mi petición. -Insistió arrancando una nueva risa a su acompañante-. De hecho, puedo aseguraros que esa conversación podrá

resultar tan provechosa para mí como para vos y, en caso de que al terminarla juzguéis que no ha sido de vuestro agrado, me aseguraré que lord Varité os envíe una joya que sea de vuestro gusto para compensar el tiempo que habréis desperdiciado conmigo.

-Dudo a la reciente esposa de milord le agrade que a pocos días de su enlace comience a regalar joyas a otras mujeres.

- ¿De modo que el rumor de su reciente casamiento ha llegado a todos los rincones de Londres? -Se rio entre dientes-. No os preocupéis, yo os aseguro a su esposa no solo no le importará, sino que juzgará conveniente ese pago cuando yo mismo le explique lo ocurrido.

Le sostuvo la mirada unos segundos antes de sonreír.

-Os concedo unos minutos pues no he de negar que estáis siendo lo más interesante de esta velada, más, os tomo la palabra, en caso de no agradarme nuestra conversación, deberéis asegurarme un brazalete de esmeraldas.

Silvie silbó:

-Sois muy cara, mi señora. -Se rio entre dientes poniéndose en pie ofreciéndole el brazo mirándola con picardía-. Pero algo me dice que ese precio no me parecerá excesivo tras nuestra conversación. Lucís como alguien de parlamento elocuente e historias interesantes.

Clementine de nuevo se carcajeó poniéndose en pie aceptando su brazo, aunque al hacerlo se extrañó de lo menudo que era en realidad, pues bajo esa manga notaba un brazo delgado, y también de que su estatura incluso parecía menor que la de ella.

-Bien, vos diréis. ¿Dónde he de acompañaros? -La instó a guiarla hacia la habitación que tuviese.

Clementine sonrió claramente divertida con el jovencito guiándole hacia una de las escaleras.

-Pues creo que definitivamente debiera haber apostado en favor de ese muchachito impertinente, -sonreía Thomas poniéndose en pie dispuesto a seguirlas-, no solo consigue que la lleve a una estancia privada, sino que parece resultarle simpático a Clementine. Una proeza, hay que reconocerlo.

Lucas alzaba la copa a modo de brindis sonriendo divertido.

-No la pierdas de vista a ver si ese baroncito promete lo cumplido y dejas a la pobre Holly sin más hijos.

Apenas alcanzaron el piso de arriba, con una decoración tan recargada como la del piso inferior, caminaron por un corredor con puertas a ambos lados, candeleros en las paredes con luces de aceite y varios lacayos, que por su aspecto no eran tales sino seguramente hombres de protección del local, posicionados a ambos lados.

Caminaron hasta el final del corredor donde uno de esos hombres abrió otra puerta que daba a otro corredor, esta vez con solo tres puertas. Clementine la guio hasta la que se encontraba al fondo y que parecía la más “exclusiva”. Se soltó de su brazo y abrió la puerta entrando por delante de Silvie que la siguió al interior. Estaba segura que era la estancia más lujosa del local pues aunque no era tan recargada como el exterior, tampoco podría decirse que fuese sencilla. Con seda por doquier, desde las paredes, forradas de un carmesí intenso, hasta las cortinas de color oro, pasando por el diván, los sillones y cómo no la enorme cama con doseles, también en rojo y dorado. El fuego de la chimenea estaba encendido lo que denotaba que era habitual que esa habitación tuviese inquilinos cada noche. Sonrió caminando hacia la licorera y tomando una de las botellas de cristal la abrió y olió su contenido. Coñac. La soltó y repitió la operación con la otra percibiendo el aroma a jerez. Sí, con eso si podría, pensaba sirviendo dos copas, girándose enseguida acercándose a los sillones junto a la chimenea donde Clementine se hubo acomodado y la sabía observándola todo el tiempo, lo que confirmó cuando preguntó:

- ¿No os gusta el coñac, *mon chéri*?

-He de confesar que no es de mi agrado. Bien, -la sonrió-, no quiero haceros perder más tiempo del necesario pues estoy seguro de que es en extremo valioso. Veréis, es de suma importancia para mí y una persona a la que estimo mucho, conocer algunos detalles de lord Charles Winchert ya que, según me han informado, espero que de modo correcto, suele frecuentar este local buscando la compañía de mujeres y también ciertos momentos lúdicos con juegos de mesa.

Clementine apartó la copa tras beber un ligero sorbo dejándola en la mesilla a

su lado sin apartar los ojos de ella.

-Presumo que la promesa de ser el barón el que pague mis servicios, ha de llevarme a considerar que es él el que tiene interés, como vos, en esa información y que por eso habéis llegado juntos.

Silvie sonrió:

-Sois observadora. Eso me agrada.

Clementine se rio:

-Me alegra agradaos... Sawyer. Bien, podría deciros lo que queréis saber, más, ¿por qué habría de hacerlo? En mi situación la discreción es fundamental.

-No creo que dejéis de lado esa discreción por decidme lo que quiero pues no haré uso de esa información, al menos no para aprovecharme de ella ni valerme de su contenido en mi beneficio, más, por el contrario, pretendo evitar ciertos males o posibles daños a corto o largo plazo a personas que nada han hecho para merecerlos.

Clementine entrecerró los ojos observándola unos segundos.

- ¿Y cómo puedo yo saber que eso es cierto? Puedo aseguraros que la mayoría, si no todos los caballeros que están esta noche en el local, así como las damas que vienen buscando diversión, mienten. Mienten en su provecho y sin rubor alguno.

-Pues tenéis frente a vos la excepción a esa regla. -Sonrió-. Podría daros mi palabra, pero no conociéndome no podríais saber si esa palabra tiene o no valor por lo que ¿cómo podría asegurarme vuestra confianza? Decídmelo y lo haré.

Clementine de nuevo la observó en silencio unos largos segundos antes de tomar su copa de licor para beber de ella.

-Decidme para qué necesitáis esa información y si os creo os la daré.

Silvie sonrió asintiendo con un golpe de cabeza:

-Es justo. La vida del barón está en peligro. Ha sido objeto de dos atentados contra su vida y no creemos quede ahí. Saber si es o no su heredero quién está detrás de esos atentados, como comprenderéis, es de suma importancia.

-Y por supuesto, lady Ariana no puede ser sospechosa pues ya no se haya en este mundo.

Silvie sonrió de nuevo:

-Veo que realmente tenéis mucha información de lo que ocurre.

Clementine se rio:

-En mi posición, la información no solo es poder sino de vital importancia para sobrevivir. -Bebió otro sorbo sin apartar sus ojos de Silvie-. Está bien, más, dado que la información que pedís puede ser lo que le salve la vida al barón, aun juzgando interesante nuestro encuentro, mi joven amigo, exijo en pago la pulsera.

Silvie asintió:

-Vuestra es, tenéis mi palabra.

Clementine sonrió:

-Bien, estáis en lo cierto en una cosa y errado en otra. Milord suele acudir buscando la compañía de cierta joven, más, no es una cortesana sino la protegida del dueño de este lugar.

- ¿Protegida pero no cortesana? -Preguntó desconcertada.

-Clark guarda celoso silencio sobre la relación que le une a Chantalle, que así es como se llama su protegida. Para saber eso tendréis que acudir a él, más, no, Chantalle no es cortesana. A lord Charles gusta su compañía, pero no podría tocarla pues Clark lo destriparía vivo, aunque no sabría decir por qué permite que se relacionen.

Silvie entrecerró los ojos pensativa.

- ¿Y no visita de un modo más... íntimo, a alguna cortesana?

-No, al menos yo no tengo noticias de ello y si yo no tengo noticias de ellos, dudo acontezca, más nada es imposible. -Sonrió burlona.

Silvie correspondió su sonrisa:

-Bien, supongo que, si ese ha sido mi acierto, mi error se refiere a sus deudas.

-Oh no, deudas tiene y elevadas, además, pero no por el juego, al menos no de

su mano. Es su esposa la que está endeudándose, o, mejor dicho, endeudándolo a él. Acude a fiestas privadas donde jugadores experimentados apuestan grandes sumas y ella ha contraído deudas muy importantes. No es en este lugar donde tiene deudas, al menos no las contrajo aquí, bien es cierto que Clark compró muchos de los pagarés a sus acreedores, que no así a todos, pues algunos de los hombres a los que milady firmó pagarés son usureros peligrosos y hombres con los que no conviene tener trato y menos deudas.

-Y lord Charles ha de hacer frente a esas deudas.

-Si no quiere acabar muerto... -Señalaba elevando una ceja.

-Entiendo... -Suspiró negando con la cabeza antes de mirarla con fijeza-. Decidme, mi señora, vos que parecéis juzgar con tino a las personas, ¿juzgáis a lord Charles capaz de asesinar a lord Varité para hacerse con su fortuna y título?

Chasqueó la lengua tras permanecer unos segundos pensativa:

-Es difícil saber hasta dónde sería capaz alguien de llegar cuando su cuello pende de un hilo, más, si mi opinión os interesa realmente, no creo que lord Charles sea de esa clase de hombres que antepone su vida a la de otros, al menos no a la de otros a los que estima.

Silvie asintió seria:

- ¿Y su esposa? ¿La conocéis?

Clementine sonrió:

-No tengo trato con ella y la he visto solo en dos ocasiones en esas fiestas, más, caballeros que han jugado con ella, la consideran adicta al juego y eso, querido mío, es peligroso. Además, recordad que no ha dudado en contraer más y más deudas sabiendo que el cuello de su esposo correría peligro de no hacer frente a ellas, al menos antes que su propio cuello.

-Sí, supongo que eso dice mucho de ella y su carácter. -Negó con la cabeza seria antes de ponerse en pie-. Mi señora, he de admitir que habéis sido realmente generosa en la información que me habéis prestado y, por ello, me aseguraré de que lord Varité también lo sea cuando os premie por ello.

Clementine se rio poniéndose en pie.

-Esperaré con vivo interés ese premio.

Silvie caminó hacia la puerta atravesándola tras volverse y hacerle una cortesía cerrándola tras ella. Thomas, apoyado de modo despreocupado en una pared, la miró sonriendo:

-Bien, muchachito, ¿has conseguido la información que esperabas?

-No sé ni por qué lo dudáis. -Contestaba metiendo las manos en los bolsillos caminando por delante de él en sentido contrario al tomado antes mientras Thomas se reía a su espalda siguiéndola-. Ahora veamos si ese arrogante inglés con el que me he desposado ha sido tan diligente como yo.

Marcus de pie en el despacho de Clark, que tras cederle el paso y ofrecerle una copa, se disculpó ausentándose unos minutos para atender unos asuntos, observaba la cristalera desde la que ese inteligente canalla observaba sus dominios con una excelente vista de todo el salón y los personajes que en ese momento abarrotaban el mismo. Era una vista espectacular no visible para aquéllos que no supiesen que ese lugar existía. Sonrió viendo a Silvie aparecer con Thomas a su lado descendiendo por las escaleras que llevaban a las estancias privadas.

-No se le resiste nada. Menuda pieza. -Dijo para sí mismo claramente divertido con su esposa.

- ¿De quién habláis, milord?

La voz de Clark a su espalda le hizo girarse y sonreír al tiempo que le veía rodear su escritorio de caoba tallada tomando asiento señalándole uno de los confidentes para que él hiciera lo mismo frente a él.

-Un personaje curioso que conozco.

- ¿Y es de él de quién queréis hablar?

-No. En realidad, quiero hablar de mi primo.

Clark sonrió:

-Me preguntaba cuánto tardaríais en presentaros ante mí. -Negó con la cabeza abriendo un cajón sacando una carpeta de cuero que tiró sobre la mesa resbalando sobre la pulida superficie hasta llegar hasta él.

Marcus alzó una ceja mirando la carpeta antes de tomarla y abrirla. Tras una somera vista de su contenido gruñó.

-De modo que es su esposa.

Clark asintió:

-Si no quiere responder con su vida, vuestro primo ha de pagar una elevada suma. Esa -señaló los papeles que Marcus sostenía- no es más que una parte y no es a mí a quién ha de temerme más allá de la vida. Yo, me aseguraré de que me pague, más no a costa de su vida. No puedo decir lo mismo de quiénes también tienen otros pagarés como esos.

Marcus suspiró pesadamente:

- ¿Qué os ha dicho Charles? Porque presumo ya habéis hablado con él.

-Que me pagará. Se halla en serios problemas, pero tiene medios para lograr el dinero. Yo lo sé y así, además, él me lo confirmó.

-Vender las tierras que heredó de su madre. -Supo de inmediato lo que haría. Clark asintió-. Pero eso cubriría esto, más no creo alcance a más acreedores. La suma con ellos ¿es tan elevada como estas?

Clark asintió:

-Sí, y al menos uno de esos personajes no le dará la oportunidad de no pagar a tiempo y ese tiempo se le acaba.

Marcus gruñó tocándose el puente de la nariz.

-Poneos en contacto con todos ellos y decidles que le abonaréis la suma de todo mañana mismo. Yo os pagaré vuestra parte y la de ellos.

Clark sonrió:

-Muy generoso por vuestra parte, más, ¿cómo evitaréis que siga endeudándose? No os es difícil suponer que si su esposa ha llegado hasta este punto no va a parar sin más, pues le gusta demasiado el juego y poco le importan las consecuencias a juzgar hasta donde ha llegado su situación.

- ¿Por qué comprasteis estos pagarés? -Preguntó Marcus suspicaz.

Clark sonrió:

-Es un buen negocio. Además, vuestro primo, me agrada. Me ha prestado un servicio que yo valoro más que el dinero y consideré evitarle enfrentar a tantos personajes peligrosos de golpe un modo de devolvérselo. Pero su situación volverá a ser precaria de no poner remedio. La solución, vos lo comprendéis, pasa por un inevitable escándalo.

-Dado que los pagarés están firmados por lady Clarisse, el dueño de estos pagarés puede exigirle el pago a ella y, en caso de no pagarlo, como así ocurrirá con certeza, llevarla a presidio por morosa... lo cual no solo será un escándalo, sino que dudo Charles lo permita. Quizás no sea aprecio lo que le una a su esposa, pero por honor no dejará que tenga ese final.

-Vos lo sabéis, yo lo sé y por ello, vuestro primo, aun librándose de una muerte segura gracias al pago de esos y el resto de los pagarés, seguirá estando en un serio aprieto si no logra controlar a su esposa.

Marcus gruñó cerrando los ojos tocándose el puente de la nariz con dos dedos:

-Habré de hablar con él y buscar una solución a todo esto.

-Antes de que su esposa os mate...

Marcus alzó los ojos y le miró entrecerrando los ojos.

- ¿Qué sabéis de eso?

-Nada en realidad, más, sí que ella preguntó a cierta “dama” que yo conozco por algún hombre dispuesto a hacer lo que se le pidiera por un precio. Empiezo a sospechar que lo que pretendía era matar y dado que la muerte de su esposo no solucionaría sus problemas pues ella seguiría figurando en esos pagarés, necesita hacerse con un fortuna y rápido. El que os halléis aquí me confirma mis “elucubraciones”.

-Las vuestras y las de mi esposa que parece tener un sexto sentido para esto considerando como principal sospechosa a la esposa maquiavélica.

Clark se carcajeó:

-Es cierto que os habéis desposado. Enhorabuena milord, por partida doble. Por libraros de una esposa y ganar otra.

Marcus rodó los ojos:

-Acepto las felicitaciones y las aceptaría de mejor grado si todo este engorroso asunto no me hubiere obligado a regresar a Londres con premura en vez de disfrutar de las mieles de mi estado de recién desposado caballero.

Clark de nuevo se carcajeó poniéndose en pie.

-Vamos, vamos, en cuanto solucionéis este “engorroso asunto” podréis volver a asumir vuestro papel de recién desposado caballero.

-Dudo mi terca esposa me permita recuperar esa privacidad obtenida lejos de Londres con lo inquieta y terca que es. Es lo que tienen los americanos que la rebeldía parece impresa en su carácter.

Clark se carcajeó:

- ¿Así que una colona? Milord no os sabía con gusto por los peligros en la alcoba.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Pues al parecer sí. No he de negar que mi “peligrosa esposa” es todo lo que necesito para ver colmada mi existencia.

-Vaya. Supongo que eso dejará llorosas a muchas damas. Estoy seguro que ya os consideran una pérdida irreparable.

-Irreparable no lo sé, pero definitiva, seguro.

Clark se levantó como hizo él.

-Bien, milord, pues creo que lo que debiera hacer es enviaros aviso cuando tenga la cifra total que habéis de abonar contando con mis pagarés.

Marcus asintió caminando hacia la puerta.

-Esperaré ese aviso.

Regresó al salón caminando con paso vivo hasta la mesa donde su muchachito parecía divertido con sus amigos que se reían mientras jugaban a las cartas.

-Por lo que aprecio, caballeros, no han aprendido la lección. Siguen dejándose enredar por este tahúr de tres al cuarto.

Silvie sonrió alzando el rostro hacia él.

-En realidad, me están enseñando a jugar a la brisca. Dicen que es a lo que las damas suelen jugar en los salones más “decorosos” que este.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-Si ya has obtenido la información que querías y yo por mi parte también, creo que debemos regresar a los seguros entornos del hogar, mi muchachito temerario.

-Aguafiestas... -Protestó suspirando como una niña contrariada-. Quiero conocer la vida de pecado que nos rodea.

Marcus se carcajeó al igual que sus amigos y la tomó de la mano instándola a ponerse en pie.

-Caballeros, este caballerete y yo nos marchamos. Nos vemos mañana en mi casa, si gustan.

Silvie sonrió haciéndoles una exagerada cortesía mientras él le señalaba un camino para que lo tomase.

-Saldremos por la puerta de atrás. -Señaló guiándola hacia la dirección en que ella antes se hubo dirigido con Clementine.

Alcanzar los pies de la escalera en vez de seguir al corredor que seguramente conduciría hacia la salida, Marcus comenzó a subir las escaleras.

- ¿A dónde vas?

-Sígueme, caballerete. -Contestaba sin detenerse.

Así lo hizo. Lo siguió por las escaleras y después por el primer corredor que ella había atravesado. Al alcanzar la puerta del fondo el mismo lacayo mirando a Marcus abrió la puerta cediéndoles el paso. En cuanto se cerró a su espalda, Marcus le tomó la mano enredando firme sus dedos.

- ¿No querías jugar en este lugar de pecado? Pues jugarás.

Silvie le seguía sintiendo un ramalazo de nerviosismo y excitación y cuando él abrió una de las puertas la llevó con él a su interior. Soltó su mano mientras la instaba a adentrarse en la estancia y cerrando el pestillo se apoyó en la puerta mirándola. Silvie miró en derredor encontrándose en una de las alcobas que imaginaba pertenecía a alguna cortesana. Lujosa, aunque no tanto como la de

Clementine, destacaba igualmente por la seda que la rodeaba.

- ¿Podemos estar aquí? -Se giró y lo miró seria.

Marcus sonrió asintiendo, mirándola como un lobo.

-Tienes unos segundos para convertirte en una pecadora y desprenderte de esas molestas capas que se me antojan innecesarias para nuestros inmediatos juegos. -Señaló llevándose una mano al corbatín tirando de la punta deshaciéndolo.

- ¿Aquí? -Preguntaba abriendo mucho los ojos.

-Aquí. Voy a corromper un poquito a mi rebelde esposa. -Contestaba ronco mirándola intensamente mientras se desprendía de la levita que lanzaba a un sillón empezando a caminar hacia ella-. ¿No me has oído, esposa? Desnúdate que voy a follarte salvajemente.

- ¿Follarme salvajemente? -Preguntaba en un jadeo mirándole con un sonrojo en la cara.

-Estamos en un lugar de pecado. Aquí somos pecadores. Aquí no te haré el amor, te follaré con ansioso y descontrolado deseo. -Se detuvo a escasos centímetros de ella-. Desnúdate. -Le ordenó firme.

Embestía frenético dentro de ella con sus piernas rodeando sus caderas, su trasero ligeramente alzando pues él la sujetaba firme, su espalda sobre el colchón y su hermoso cabello azabache plagado de desordenados rizos extendidos sobre la cama mientras esa piel nívea brillaba bajo una ligera película de sudor y sus pechos, sonrosados y ligeramente enrojecidos de sus mordiscos anteriores, bailaban ante sus ojos al ritmo de sus cada vez más duras embestidas. Jadeaba con su rostro enrojecido y los ojos fijos en los de él. Sus roncosp jadeos y su respiración forzada se acompasaban a la de ella como lo hacían sus cuerpos al chocar pues solo el golpeteo de estos sonaba con la misma intensidad que sus respiraciones del todo forzadas. Cerró fuerte los dedos de su mano en su cadera mientras con la otra sujetaba su trasero alzándolo ligeramente. Su verga bombeaba en ella como si tuviera vida propia. Bajó los ojos unos instantes a ese punto de unión sin detener ni su ansia ni su despiadado ritmo de embestidas. Veía su verga entrar y salir de esa deliciosa, caliente y estrecha cueva que lo acogía y aprisionaba cada vez que

se enterraba en ella, la veía dura, palpitante y perfectamente lubricada. Era hipnótico verse engullir por esa deliciosa cuna que era su hogar, su único hogar. El grito agónico de Silvie y esa presión en su verga reflejo de sus contracciones por el estallido le hizo sonreír como un lobo y, agarrando firme sus caderas por ambos lados se empotró en ella con renovado frenesí, hasta la misma empuñadura sintiéndose a punto de estallar solo conteniéndose por el deseo de que ella volviese a explotar, esta vez con él. No lo defraudó, apenas unos estoques más y ambos se liberaron juntos, él vertiéndose en ella con agónico placer temblando y dejándose exprimir. Quería que cada gota de él acabase en ella y temblando, con apenas fuerzas, se enterró unas cuantas veces más en ella antes de dejarse caer sobre su cuerpo sin fuerzas más que para abrazarla y sin intención alguna de romper esa unión.

Gruñó enterrando el rostro en la curva de su cuello inhalando ese aroma que reconocería sobre cualquier otro.

-Mi esposa es una pecadora.

Silvie se rio cerrado los brazos alrededor de sus hombros.

-Eso solo es culpa tuya, esposo. -Contestaba aún sin resuello-. No me has dado cuartel ni oportunidad para salvar mi alma del pecado desde que me has ordenado desnudarme.

Marcus se rio sin moverse.

-Pues cuando recupere el aliento, tampoco daré cuartel a ese traserito tuyo que es digno juguete para este pecador que te abraza.

-Bueno, pero antes déjame recuperar a mí también el aliento.

Varias horas después sonreía con Silvie en sus brazos dormida. Iba en un carruaje de punto que habían tomado cuando salieron a hurtadillas por la puerta de atrás pues no consiguió recuperar su aspecto de muchachito tras su apasionado interludio. Sonreía como un lobo porque la había tomado con ansia en esa estancia a la que una cortesana no podría haber hecho mejor honor. Su muchachito había resultado más intrépido aún en esa estancia de lo que había sido en su propia alcoba y eso que no lo creía posible. Tras recuperar el resuello tras ese primer estallido, la tomó de pie con ella apoyada en una de las paredes forradas de seda y sin darle tiempo para recuperarse la

llevó al diván donde, colocándola de rodillas, con ese trasero en pompa deliciosamente listo para ser domado, él la tomó por detrás de pie con su cuerpo gritando de pura lujuria. Sí, cada rincón de Silvie era un pecado y un pecado que le pertenecía solo a él, como solo a ella pertenecía su cuerpo, su corazón y su mente. Era por entero de su rebelde americana y solo a ella debía pleitesía. Para cuando ella había caído rendida en el diván, con él agotado y su verga vencida por esa “colona mandona”, la llevó hasta la cama de nuevo y allí la tomó una vez más antes de devorar esa cueva con la boca y dejarla “devolverle” como ella le hubo remarcado, ese gesto pues no solo devoró su verga de ese modo que él mismo le hubo enseñado semanas atrás, sino que a punto de estallar en su boca, ella, con malicia, se sentó sobre él y lo montó con maestría llevándolo a gritar en inconsciente estado que ella y solo ella era su dueña. Durante esas horas ni siquiera habían hablado de lo descubierto y ninguno de los dos pareció interesado en ese o ningún otro tema que no fuere devorarse mutuamente.

Se removi6 sobre 6l buscando una mejor postura y 6l cerrando los brazos la ayud6 a acomodarse con su mejilla en su cuello. Apenas unos minutos despu6s se detenía el coche de punto y 6l la tom6 en brazos tras lanzar una moneda al cochero y subi6 las escaleras de Varit6 House cuya puerta principal que se abría sin siquiera llamar. Perkins, como siempre y a pesar de la hora, les esperaba cedi6ndoles el paso sin hacer comentario alguno ni por el atuendo de su seńora ni por ser llevada en brazos por su seńor.

La desvisti6 sin ella hacer apenas oposici6n pues era evidente estaba agotada y seguramente hambrienta, pensaba mientras la dejaba completamente desnuda antes de taparla con las mantas. Llam6 a su valet saliendo de la estancia para encontrarse con 6l en el vestidor manteniendo asÍ a su desnuda esposa lejos de los ojos de hombre alguno, incluido su valet, un hombre al que confiaría su vida, pero en lo relativo a su esposa se sentía muy posesivo. Esa idea le hizo sonreír justo antes de verlo aparecer.

-Encárgate de subir una bandeja con algo de comida y bebidas pues la baronesa se ha acostado sin cenar y si se despierta quiero que coma algo.

Sonri6 al ver la cara de su valet que claramente contuvo las ganas de rodar los ojos por la ocurrencia de su seńor, pero en lugar de eso hizo una cortesía antes de girar sobre sus talones y salir de la estancia.

Despertó con el cuerpo de Silvie en sus brazos completamente desnudo. Se deslizó por la cama para no despertarla y sonrió al ver la bandeja sobre la mesa frente a la chimenea con restos del pequeño interludio de su esposa a media noche, claro que él no se hubo enterado porque en cuanto cerró los ojos se durmió profundamente, pero al parecer, ella se despertó en la noche con hambre.

Tomando su batín y anudándose, observaba su rostro dormir. Lucía tranquilo y relajado. Cualquiera diría que despierta era un polvorín, pensó divertido. Llamó a su valet y le pidió preparar el baño para él y Silvie y llamar a su doncella. Regresó a la cama sentándose en el borde junto a Silvie y le acarició la mejilla con suavidad.

-Fierrecilla, despierta...

-Déjame... -Murmuró sin abrir los ojos dándole un manotazo en la mano.

Se rio entre dientes al tiempo que decía:

-Esa no es forma de tratarme, fierrecilla...

-Will, déjame dormir o le diré a papá que has vuelto a colarte en mi habitación para robarme libros.

Marcus se carcajeó y fue entonces cuando Silvie por fin abrió un ojo y enseguida lo cerró gruñendo.

-Confundirme con ese enano rebelde... no te lo tendré en cuenta por la bondad de mi corazón.

Silvie sonrió rodando para quedar boca arriba antes de estirar los brazos y desperezarse.

-Tengo hambre... -Decía bostezando.

Marcus sonrió inclinándose sobre ella poniendo sus brazos a ambos lados de ella.

-Buenos días a ti también, esposa. -Decía ronco besándola después en los labios suavemente.

Silvie le rodeó los hombros con los brazos al tiempo que sonreía.

-Estás vestido.

Marcus sonrió:

-Solo llevo un batín.

-Pues esa es más ropa de la que gustas llevar en la cama. ¿Por qué lo llevas?

Marcus se rio de nuevo:

-Ciertamente no me gusta lucir atavío alguno que separe mi cuerpo del delicioso manjar que es mi esposa, más, se nos ha hecho tarde y te recuerdo, fierecilla, que ciertos lores carentes de encanto vendrán para ser informados de nuestras respectivas pesquisas y, ya puestos, no me importaría recibir la información por la parte de que te toca. Ayer lucías tan cansada que no quise despertarte a pesar de que esas marcas en la bandeja denotan que mí, de nuevo hambrienta esposa, tuvo un pequeño picnic nocturno.

-Perkins es un hombre encantador y gusta cuidarme y no sería educado por mi parte no atender a esa amabilidad.

Marcus se rio removiendo las caderas al tiempo que se acomodaba mejor sobre ella.

-Fue tu esposo el que pidió esa bandeja intuyendo que su baronesa, de despertar, aunque solo fuere unos segundos durante la noche, estaría hambrienta.

-Interesante. -Sonría rodeándole las caderas con sus piernas-. Y decid, mi atento esposo, ¿cómo consideráis conveniente que esta esposa agradezca sus atenciones nocturnas?

Marcus enterró el rostro en su cuello deslizando una mano entre sus cuerpos abriendo el batín al tiempo que removía sus caderas entre sus muslos.

-Debes devorar a tu esposo y dejar que él te devore. -Respondía con voz ronca antes de enterrarse en ella de un solo envite.

Se habían sentado en la mesa del comedor y contado entre ellos todo lo que cada uno había descubierto la noche anterior.

Sonreía, más de una hora después, viéndola devorar un panecillo untado con generosidad de mermelada en el comedor de mañana. Sonreía porque no solo

le gustaba verla comer, sino también porque sospechaba que su apetito se debía a su estado de buena esperanza, o eso le gustaría.

-Estoy pensando. -Decía con la boca llena alzando los ojos hacia él-. ¿Por qué tu primo no decide poner coto a las acciones de su esposa?

Marcus sonrió:

-Es algo que pienso averiguar hoy mismo cuando vaya a su casa a hablar con él.

-Estupendo, meterte de lleno en la guarida de la loba.

Marcus se carcajeó por la expresión:

-Dudo Clarisse se atreva a hacer nada contra mí teniéndome delante.

-Pues por si acaso, yo iré contigo. Si se acerca, le disparo.

De nuevo él se rio alargó el brazo abriendo su mano para tomar la de ella tirando suavemente al tiempo que decía:

-Ven, mi fierecilla temeraria.

Silvie resopló, pero obedeció poniéndose en pie, dejándose guiar por él que enseguida tiró de ella y la sentó en su regazo rodeándola con los brazos por la cintura besándola en el cuello antes de alzar el rostro hacia ella.

-Mi esposa me protegerá. -Silvie asintió con un mero golpe de cabeza mirándolo cabezota. La besó en el cuello demorando en él los labios-. No te preocupes, cielo, nada me pasará. Aún tienes que decime que me adoras más allá de la locura y que me amas ciegamente.

Silvie se rio tomándole el rostro entre las dos manos alzándosele:

- ¿Ciegamente? No te diría semejante necedad ni aun siendo cierto. Ciegamente... ni que hubiere perdido el juicio... -Bufó.

Marcus se rio:

-Eres cruel, esposa.

-Y tú un ciego insensato, esposo, por pensar esas majaderías.

- ¿Majaderías? -Se rio divertido.

-Temo preguntar por qué obligáis a mi hermana a comer sobre vuestro regazo, milord.

La voz de Will entrando en la estancia con su hermana y su padre tras él, ambos niños llevando entre las manos su mascota les hizo girar el rostro y mirarlos. Marcus la afianzó en su regazo impidiendo que se moviese.

-En realidad, le facilito un mullido lugar para su más cómodo desayuno. - Contestaba sonriendo y haciendo una señal para que tomaran asiento.

-Presumo el hallaros tan temprano aquí se debe a que ya sabes que tenemos novedades. -Señalaba Silvie mirando a su padre antes de removerse y levantarse del lugar que ocupaba antes de regresar a su silla a pesar de las protestas en modo de gruñido de Marcus que ella ignoró.

Lord Jillers sonrió aceptando la taza de café que ya le servía Perkins.

-Lord Galvert me envió aviso esta mañana y puesto que habías prometido llevar a tu hermana y a Will a la escuela de caballería a ver las maniobras de los cadetes, digamos que esta visita mata dos pájaros de un tiro.

Silvie sonrió después de retomar su desayuno llevándose un bocado del panecillo a la boca.

-Me parece bien. -Miró a Luisa y le guiñó un ojo-. Y al regresar podemos pasar por la tienda del señor Potifield y comprar uno de esos libros de hierbas que tanto te gustan.

-Estupendo. Quizás así las niñas cursis de las reuniones de té de la escuela a la que papá me ha apuntado me crean una bruja capaz de envenenarlas con una poción y no me molesten.

-Ni se te ocurra ir diciendo a nadie que eres bruja o algo similar, Luisa.

William se rio mirando travieso a su hermana pequeña.

-Diles que vienes de Salem, un lugar conocido por sus hechiceras y brujas muchas de las cuales fueron quemados en la pira expiatoria, seguro que esa historia y el verte con un libro de hierbas entre las manos llevará a esas niñas a creerte bruja sin afirmar ni negar por tus labios tal cosa.

-Will, estás a un paso recibir un castigo que te hará lamentar tener una lengua

tan resuelta.

Marcus se rio por la sonrisa orgullosa del pequeño que lejos de recibir el tirón de orejas de su padre como una reprimenda lo entendía como un halago a juzgar por su mirada.

-Bien, pues si me veo privado de la compañía de mi esposa en esta alegre mañana por ciertos invasores americanos, no por menos deberé conformarme, más espero recibir un premio por mi generosa actitud y mi desprendida paciencia.

Silvie rodó los ojos suspirando:

-Cuántas veces habré de deciros, barón, que la arrogancia y la jactanciosa prepotencia de la que los nobles hacéis gala me crispa los nervios.

Marcus se carcajeó:

-Le recuerdo, baronesa, que vos también sois ahora noble.

-Bah, pero solo por los vínculos matrimoniales. Mi sangre y mi mente siguen siendo prosaicamente plebeyas.

Marcus se rio viendo por el rabillo del ojo como los dos hermanos asentían con un mero movimiento de cabeza la apreciación de la mayor de ellos.

-Bien, pues mis plebeyos esposa y hermanos, este noble caballero se disculpa pues va a ir a su despacho con vuestro padre para hablar con calma...

-Ahhh no. -Le interrumpía Silvie mirándole, sonriendo-. Hablaremos todos aquí. Mis hermanos y sus plebeyos oídos no se asustarán ni escandalizarán por nada que oigan.

Marcus se carcajeó mientras Luisa asentía tajante.

-Es cierto, milord. Ya no nos asustamos de las maldades y depravaciones de las que son capaces los nobles ingleses.

Lord Jillers rodó los ojos con resignación mientras Silvie se reía entre dientes antes de mirarlo a él.

-Has de reconocer que sois un nido de malvados y depravados... -Dijo con sorna.

Marcus rodó los ojos como antes había hecho su padre.

-Bien, pues hablaremos aquí, más, después, tú marcharás con tus deslenguados hermanos a la Escuela de Caballería y nosotros marcharemos a reunirnos con mis amigos. -Los dos niños se rieron por el modo de referirse a ellos.

-Pero no irás a visitar a tu primo sin mí. Lo has prometido.

-No iré sin mi protectora esposa. Prometido. -Sonrió estirando el brazo para alcanzar su mano sobre la mesa apretándosela ligeramente.

-Bien, pues, papá, yo tenía razón, -decía girando el rostro hacia él-. La asesina es la esposa maquiavélica, o al menos las noticias que tenemos hace que se incline la balanza hacia ella de modo muy claro. Es ella la que ha estado endeudándose por culpa del juego y parece no importarle que su marido tenga que dar la cara por ella.

Marcus sonrió:

-Le he dicho a uno de sus acreedores que reúna todas las deudas, que yo me haré cargo de ellas.

-Sí, pero eso solo soluciona el que tu primo no se vea molido a palos por esos acreedores nada comprensivos para apremiarle al pago, más, a la larga, volverá el problema. -Insistía Silvie alargando el brazo tomando otro panecillo.

Marcus se rio entre dientes.

-Tema ese que habré de tratar seriamente con Charles pues como vuestra hija dice, milord, el pago no es más que una solución a los problemas de Charles a corto plazo que no así al largo si no pone coto a su esposa.

-Sin mencionar... -Continuó Silvie con la boca llena-... que eso soluciona el problema de su primo, pero no el de él. -Señaló a Marcus con el tenedor con el que untaba mermelada-. Esa perversa esposa aún deseará matarlo.

- ¿Ahora es perversa? ¿Pero no era maquiavélica? -Se burlaba Will divertido-. Siempre has tenido apetito, hermana, pero o este barón no te deja tomar alimento más que en el desayuno o no entiendo el porqué de esa hambre de la que haces gala. Pareces dispuesta a devorar una vaca.

Silvie le miró enfadada.

- ¿Me estás llamando comilona, enano? Mira que te destripo como a una vaca y después te devoro.

Will se carcajeó:

-Lo que yo decía, estás en exceso hambrienta.

-Perkins, sea tan amable de traerme una de esas enormes lanzas que tiene milord en esa habitación del fondo...

Marcus se carcajeó viendo a Perkins dudar si obedecer o no.

-Perkins, vaya a la sala de armas y traiga a la baronesa esa lanza y a mí una armadura. Algo me dice que la baronesa no será muy hábil manejando un arma tan grande y pesada.

-Eso es una grosería. -Se quejó ella-. Además, he pedido que me la traiga nada he dicho de usarla yo.

Marcus se carcajeó por su terca y orgullosa mirada.

-Y si no las vas a blandir tú, ¿quién lo hará?

Silvie bufó:

-Ese esposo que me ha buscado y que aseguraba iba a ser mi siervo entregado...

Marcus incapaz de dejar de reírse la miraba divertido.

-Bien, bueno, supongo entonces habré de ser yo el que empuñe esa arma contra mi joven hermano.

Will se rio:

-Milord, no os engañéis a vos mismo. Seréis más grande que yo y esa lanza será larga y afilada, más no conseguiríais atraparme ni con ayuda de todos los lacayos de esta morada. Soy más joven, ágil e inteligente que vos.

Marcus se rio entre dientes y miró a Silvie:

- ¿Y tienes la osadía de llamarme a mí arrogante?

-Es que él no hace gala de arrogancia y excesivo buen concepto de sí mismo,

sino que solo expone hechos ciertos y verídicos. Es más joven, más ágil, y siento ser yo el que te informe de esta circunstancia, más inteligente que mi ajado, torpe y corto de entendederas esposo. -Respondía burlona mirándole por encima de la taza de té que se llevó en ese momento a los labios.

-Eso, esposa, no solo roza la más flagrante mentira, sino que incluso resulta extremadamente insultante viniendo de los labios de mi “supuestamente” adorable esposa.

-Yo soy adorable incluso cuando digo la verdad. -Respondía alzando la barbilla con gesto orgulloso.

Marcus sonreía una hora después sentado en su despacho recordando el rostro de Silvie al decir que era adorable incluso cuando decía la verdad mientras sus amigos, que habían ido llegando conversaban con lord Jillers de lo descubierto la noche anterior.

-Eh baroncito, ¿estás con nosotros o estás en otro lugar? Porque te recuerdo que es tu cuello el que pende de un hilo. -Le preguntaba Lucas con sorna.

Marcus suspiró:

-Bien, ¿alguna sugerencia? Porque a pesar de las deudas que pueda contraer sigo aún sin creer que fuese Clarisse la que ordenase mi muerte.

Lucas sonrió:

-Como dice tu “muchachito impertinente”, la esposa maquiavélica parece la mejor candidata a asesina.

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-Lo que no me deja sino la opción de enviarla a la cárcel por morosa una vez tenga sus pagarés en mi mano, más, eso es algo que Charles no me permitirá hacer pues, aunque no sienta un aprecio profundo por su esposa, el honor le hará protegerla incluso de mí.

Lucas chasqueó la lengua y lord Jillers poniéndose en pie se acercó a la chimenea antes de girar y mirarlo fijamente:

-Juzgáis a vuestro primo lo bastante honorable para proteger a su esposa a pesar de no apreciarla en extremo y de poner su vida en riesgo por las deudas

que contrae con el juego, más, ¿creéis que seguiría protegiéndola de saberla peligrosa para otras personas, en concreto vos y ya puestos mi hija si empieza a sospechar que puede dar un heredero que echaría por tierra su posibilidad de hacerse con el título?

Marcus entrecerró los ojos:

-No sabría deciros. El Charles que yo creía conocer no lo haría, no la protegería, más, ahora dudo de mi verdadero conocimiento de su carácter y vida.

-Pues no habríais más que enfrentarlo a la verdad y comprobar por vos mismo qué opción elige. De hecho, creo que deberíais ir a verlo con todos los pagarés ya pagados y haciéndole saber que al menos, de momento, ya no corre peligro por esos acreedores, más, ¿y vos? Si estamos en lo cierto, su esposa seguirá jugando y dudo no siga teniendo intención de hacerse con vuestra fortuna y título de ser así.

-Pero al no tener pruebas reales de que ella haya sido la que ha intentado matarlo, ¿cómo convencerlo? De hecho, nosotros solo suponemos que es ella por las circunstancias que ahora conocemos y porque carecemos de otro sospechoso. -Insistió Marcus.

-Haced que confiese. -Sonrió divertido.

Marcus alzó ambas cejas mirando a lord Jillers que en ese momento lucía el mismo semblante travieso que Silvie cuando se divertía con algo.

-Que confiese... ¿y cómo pretendéis que haga eso?

-Dejad que sea mi hija la que lo haga.

-Ni hablar. Si estamos en lo cierto, no dejaré a Silvie acercarse a esa mujer sola.

-Estaremos escuchando lo que ocurre, milord. Además, ella irá armada y como habéis dicho, no creéis que sea lady Clarisse la que haya hecho el trabajo sucio, sino que habrá contratado a alguien. Lo que, además, nos lleva al necesario detalle de que necesitamos saber a quién a contratado pues habremos de detenerlo antes de que alcance su objetivo, ¿no creéis?

Marcus se tocó el puente de la nariz con dos dedos al tiempo que cerraba los

ojos y suspiraba.

-Primero hablaré con Charles para conocer su punto de vista de lo ocurrido y simplemente le diré que alguien ha intentado matarme, pero obviaré el detalle de que sospecho de su esposa y, en todo caso, le instaré a decirme que solución dará al problema de su esposa y su problema con el juego.

Lucas se rio:

-El matrimonio te ha vuelto en exceso contenido, amigo. Unos meses atrás te habrías enfrentado a él exigiéndole a golpes, si fuere necesario, que actuase con premura y de un modo que te diere garantías de tu seguridad y la de los tuyos.

-Quizás sea que el desposarme con una fierecilla me obliga a tornar mi carácter más contenido pues uno de los dos habrá de ser la voz de la serenidad y la sensatez.

Todos se rieron especialmente lord Jillers que mirándolo divertido le advirtió:

-Mejor no expresar esa opinión delante de la fierecilla pues dudo se contente solo con daros un par de golpes en la cabeza. A buen seguro os insertará en una espada.

Marcus sonrió sacando su reloj del bolsillo de su chaleco.

-Bien, caballeros, ¿quién gusta acompañarme para charlar con ese pobre primo mío sobre lo afortunado que es de contar con un barón adinerado en la familia? -Preguntaba con sorna poniéndose en pie-. Con suerte llegaré a tiempo para almorzar con mi fierecilla y que me narre las desventuradas torturas a las que tres salvajes americanos han sometido a mis pobres compatriotas.

-Yo te acompaño, baroncito, pero primero nos detendremos en mi casa pues has de ir a invitar a mi pequeño a acompañaros a tu baronesa y a ti a pasar la tarde en el barco de cierto capitán americano que según tu esposa relató a Sam, está atracado en el puerto, repleto de americanos peligrosos.

Marcus se rio negando con la cabeza recordando que ciertamente Silvie hubo dicho a Samuel que su tío aún tenía el barco atracado en el puerto de Londres y que podrían visitarlo.

-Está bien, nos detendremos unos instantes en Galvert House para que ese enano canalla cuente con una nueva oportunidad de acaparar a mi esposa.

Al llegar a la casa que Charles tenía en Londres, no se extrañó en absoluto de que el mayordomo les pidiese la tarjeta de visita pues no lo conocía y es que hacía demasiado tiempo que no veía a su primo. No tardó en acompañarlos junto a su señor que se encontraba en un despacho, al parecer, enfrascado en papeles por la cantidad de estos que había esparcidos por la estancia, aunque ya los esperaba frente a la chimenea, de pie y con semblante serio.

-Marcus, lord Galvert. -Les saludó-. Me alegro de saludaros. -Decía haciendo una cortesía que ambos correspondieron.

-Me disculpo de antemano por no avisar de la visita, primo, más, francamente, me urgía hablar contigo. Espero no te importe lo haga con Lucas delante pues de sobra te ha de constar que es un buen amigo y también un caballero de confianza.

Charles asintió señalándoles los sillones:

- ¿Gustáis una copa de oporto? -Preguntaba acercándose a una mesita con licores.

-Por favor.

-Bien, ¿qué es tan urgente que te trae hasta aquí? -preguntaba minutos después mirando fijamente a Marcus tras entregarles la copa de licor y de tomar asiento frente a ellos.

-Las deudas que pesan sobre ti.

Charles frunció el ceño y le miró con un gesto contrito que él supo identificar como estupor y vergüenza.

-No has de apurarte, Charles, eso ya está en mis manos. Somos familia, sé que el honor te ha impedido pedirme ayuda, pero eres mi único pariente de sangre directo, no has de dudar pedirme ayuda. Y sí, sí, sé a qué y a quién se deben esas deudas -Se apresuró a añadir cuando vio que iba a protestar-. Lo que me lleva a preguntarte, con todo el respeto, por las medidas que has de tomar. Sabes, porque la suma que han alcanzado esas deudas no es nimia y, por lo tanto, no es algo que surja sin más, que esto no se detendrá aquí de no tomar alguna medida al respecto.

Charles asintió con un mero gesto de cabeza antes de fijar los ojos en el interior de su copa de licor con evidente azoramiento.

-Lo sé, pero poco puedo hacer sin provocar un escándalo, o aún peor, sin tomar una medida drástica que lleve a mi esposa y quizás a mí mismo a una situación insostenible.

Marcus entrecerró los ojos comprendiendo que Charles ya había meditado seriamente sobre lo que ocurría a su alrededor y era obvio que no sabía cómo actuar sin que ello pudiere dar paso a un error grave.

-Pues sea cual sea la decisión que tomes, espero sepas que cuentas con mi apoyo, más, te insto encarecidamente a tomar esa decisión antes de que vuelvan a tornarse graves las consecuencias.

Charles asintió serio antes de mirarlo de nuevo.

-Te devolveré hasta el último penique.

-No, no lo harás, porque desde este momento este asunto queda como algo del pasado que no volveremos a tratar.

Charles suspiró pesadamente.

-Supongo que no es el mejor momento para esto, más, según ha llegado a mis oídos, he de felicitarte.

Marcus sonrió asintiendo.

-Gracias. Cuando gustes debieras venir a conocer a mi esposa, Charles. No dudo te caerá en gracia.

-Si, bueno, mejor que Ariana seguro que será.

Marcus se rio entre dientes porque Charles fue de los pocos que vio algo extraño en Ariana y se lo hizo saber antes de desposarse.

-Quizás sea nuestro sino, Charles, las segundas esposas.

Su primo alzó una ceja.

- ¿Eres consciente de lo que me estás insinuando?

-Hay alternativas, Charles, y un futuro... No pretendo que pienses en la viudez, pero sí en buscar el fin de tu unión y, quizás, un nuevo y más provechoso enlace.

Charles negó con la cabeza:

-La venia que te concedieron, Marcus, se debía a tu necesidad de dar herederos al título, dudo yo consiga la misma consideración.

Marcus sonrió:

-No puedo sino reconocer que ese fue el motivo, más, podríamos encontrar uno para ti que permita ver con buenos ojos un idéntico desenlace. Quizás conocer a mi esposa te anime a intentarlo.

Lucas se rio a su lado.

-O quizás lo desaliente del todo. -Se rio travieso-. Has de reconocer que un poquito indomable sí que es la baronesa.

-Es cuestión de saber tratar su indómito carácter y esa rebelión que parece llevar en la sangre. Los americanos parecen nacer con el don del carácter temerario y respondón.

Charles sonrió:

-De modo que es cierto que te has desposado con una colona.

-Americana. -Se rio entre dientes-. Si le tildas de colona te insertará en una pica.

-O hará que tú le insertes en esa pica. -Se burló Lucas recordando lo ocurrido esa mañana pues lord Jiller se lo hubo contado a él y a sus amigos.

Marcus sonrió:

-Sí, posiblemente me diga que sea yo el que te inserte en una pica. -Se puso en pie dejando en la mesita la copa de licor sin tocar aún -. Será mejor que marchemos pues si no llego para el almuerzo será mi cabeza la que esté en esa pica antes que la tuya.

Lucas que también se había puesto en pie se rio:

-Quizás a mi hijo no le importe que acabes así pues podrá acaparar del todo la atención de “su tía Silvie”.

Marcus rodó los ojos antes de volverse a Charles.

-Estaré en contacto, Charles. De ocurrir algo, te lo haré saber de inmediato.

Charles asintió dándole la mano como solían hacer desde niños.

-Siento todo esto.

-No has de sentirlo, Charles, no has hecho nada malo. Más, por favor, cuenta conmigo siempre que necesites ayuda. Eres mi familia y estoy para ti cuando lo necesites o quieras.

Al salir a la calle y tras caminar unos metros Lucas le miró de soslayo.

-Estás pensando que todos esos papeles eran el modo en que estaba buscando para saldar la deuda.

-E imagino pensaba devolverlas desprendiéndose de las propiedades que le dejó su madre y su abuelo. -Negó con la cabeza-. Al menos, por lo que he visto, sigue siendo el Charles que yo conocía.

-Sí, bueno, pero lo sea o no, sus problemas no están solucionados y los tuyos tampoco si no nos equivocamos en creer a su esposa como la instigadora de tu asesinato.

Giraron una calle y los dos se detuvieron de golpe al toparse con Silvie que caminaba con paso firme hacia ellos y al verlos frunció el ceño con gesto de enfado.

-Me prometiste no ir a ver a tu primo sin mí.

Marcus alargó su mano tomando la suya para atraerla hacia él abrazándola sin importarle hallarse en medio de la calle.

-Y tú has venido sola, sin doncella.

Silvie bufó alzando el rostro hacia él:

-No cambies de tema.

Marcus sonrió por su respuesta y su gesto terco.

-Tienes razón. Te pido humildes disculpas y te doy mi palabra de honor de que no volverá a ocurrir. Más, no has de preocuparte. Solo hemos informado a Charles que sus deudas están cubiertas.

-Estupendo, pero ¿y si está compinchado con su esposa para matarte?

- ¿Compinchado? -Preguntaba sonriendo por el término que empleaba.

-Sí, compinchado. -Respondía terca.

Marcus ensanchó su sonrisa inclinando más el rostro para posar los labios en su frente.

-No lo está. -Silvie bufó-. Cielo, aún sé interpretar a un hombre en sus gestos y más a uno como Charles. No está enredado en ese asunto. -La besó de nuevo antes de abrir y los brazos y tomar su mano para posarla en su manga-. Regresemos a casa a almorzar.

-Uy sí, que tengo apetito.

Marcus se rio por lo pronto que parecía haber olvidado su enfado.

Tras despedirse de Lucas al que dejaron a medio camino de su casa, llegaron a Varité House donde Perkins ya les esperaba con el almuerzo listo para servir. Sonreía viéndola relamer la cuchara con la que comía el pudín de canela mientras pensaba que él iba a relamer otra cosa más jugosa en pocos minutos pues pensaba arrastrar a su esposa a su alcoba para “descansar”.

No fue precisamente eso lo que hicieron durante las tres siguientes horas. Descanso es lo que no le hubo dado desde que la desnudó en cuanto traspasaron las puertas de su estancia privada. La había devorado con ansiosa hambre una primera vez sobre la alfombra de Aubussom situada a los pies de la cama y una vez más con ella “montándolo” a él de esa forma que tanto le gustaba y que cómo todo que le hubo enseñado, ya dominaba a la perfección pues su fierecilla era tanto o más apasionada que él. Apenas si recuperaron el resuello la llevó a la cama donde la tomó una vez por detrás y una más con calma y lento placer mirándose cara a cara, acariciándose y sintiéndose plenamente el uno al otro. La mantenía abrazada a él con su mano deslizándose una y otra vez por la línea de su espalda notando su suave y dormida respiración en su cuello mientras él observaba en silencio el dosel sobre sus cabezas recordando el instante mismo en que supo que ella le pertenecía y no fue sino cuando en el camarote del barco se mostró impertinente terca con él no cediendo a sus deseos y peleando para no cejar. Sí, Silvie no iba a mostrarse nunca sumisa y obediente con él, más, por el contrario, pelearía con él sin parar y eso iba a disfrutarlo incluso más que esos momentos privados entre ellos en los que se perdía en su cuerpo y olvidaba incluso su nombre convirtiéndose en un cavernícola solo dominado por sus deseos.

Empezaba a adormilarse cuando la notó moverse entre sus brazos como si fuera una gatita restregándose contra un cuerpo caliente lo que no hizo sino despertarlo del todo, así como su cuerpo que reaccionaba de manera innata al cuerpo y el aroma de ella. Estiraba los brazos desperezándose, restregándose aún más con su cuerpo y sonriendo giró dejándola bajo él.

-Mi gatita se ha despertado y con ello mi apetito. -Murmuró ronco restregando sus caderas con las de ella abriéndole las piernas suavemente-. Quiero enterrarme en mi esposa.

Silvie le rodeó el cuello con los brazos bostezando.

-Eres un marido exigente.

Marcus se rio entre dientes antes de atrapar entre los dientes su delicioso labio inferior que lamió con deliberada malicia.

-Lo soy y un marido muy hambriento también. Se buena y deja que calme mi apetito. -Enredó sus piernas alrededor de sus caderas sonriéndole traviesa

mientras notaba su mano enterrarse en su cabello por su nuca y la calidez de sus ya húmedos pliegues acariciar su endurecida verga-. Estás mojada. -Murmuró moviéndose lentamente enterrándose en ella emitiendo un gruñido de puro placer al sentirla acogerlo y apretarlo-. Mi hogar. -Suspiró antes de apoderarse de su boca mientras deslizaba las manos bajo su cuerpo alcanzando sus nalgas para apretarlas y empujarlas hacia él logrando no solo abrirla más sino enterrarse del todo en ella con un leve gemido de placer escapando de los labios de Silvie y un ronco sonido de su garganta corroborando idéntica sensación.

Agotado, sudoroso y con el cuerpo completamente satisfecho después de estallar dentro de esa cálida cueva, Marcus descansaba intentando aún recuperar el ritmo normal de su corazón que bombeaba frenético dentro de su pecho, mientras la mantenía encerrada en sus brazos con él aún enterrado hasta la misma empuñadura en ella. Gruñó antes de besar el punto de unión de su cuello inhalando su suave aroma afrutado y el almizclado del sexo compartido, un aroma que le encantaba.

-Mi esposa. -Murmuró acariciándole con los labios y la nariz el cuello y tras la oreja sintiendo sus pequeñas manos deslizarse por sus hombros suavemente.

- ¿Qué vamos a hacer con tu primo y su maquiavélica esposa? -Preguntó Silvie haciéndole alzar el rostro para mirarla. Aún tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas de la pasión compartida y eso le hizo sonreír.

- ¿De veras es lo que te preocupa teniéndome entre tus brazos y deliciosamente enterrado en ti?

Silvie chasqueó la lengua.

-Es el mejor momento para hablar de esto porque ahora estás muy receptivo.

Marcus se carcajeó rodando por la cama llevándola con él quedando ambos de costado tras romper su unión. La miró mientras acomodaba mejor la mejilla en el almohadón mientras él le acariciaba la mejilla.

-De modo que me sabes receptivo a cualquier cosa cuando has agotado mi cuerpo con tus pecaminosas curvas.

Silvie sonrió:

- ¿Mis curvas son pecaminosas?

-Pecaminosas y peligrosas. -Señalaba deslizando la cara por el almohadón para acercar más todavía sus rostros.

Silvie sonrió al parecer divertida:

- ¿Y bien, esposo? ¿qué piensas hacer con la maquiavélica esposa?

Marcus sonrió enredando dos dedos en uno de sus rizados mechones jugando con él suavemente.

-Pues, aunque no me agrade del todo la idea, creo que tu padre tiene razón, hemos de lograr que la esposa maquiavélica confiese o careceremos de pruebas. Además, como bien mencionaron, ha de decir a quién ha contratado pues dudo lo hubiese hecho ella misma.

Silvie hizo una mueca con los labios.

-Si yo fuese ella no admitiría nada ni bajo tortura.

Marcus se rio.

-Pero tú eres una fierecilla terca.

Silvie se rio:

-Eso es verdad. Además, siempre la puedo engañar para que confiese y si no lo hace voluntariamente, encontraré algún método algo menos agradable para lograrlo.

- ¿Algún método? -Preguntaba sonriendo divertido-. ¿En qué estás pensado, mi temible esposa?

Silvie alzó varias veces las cejas con aire pícaro:

-Ya se me ocurrirá algo. -Marcus se rio acercando su rostro para besarla-. Y será mejor que nos pongamos manos a la obra-. Le empujó hacia atrás poniendo su mano en su hombro-. Quiero librarme de tu mala suerte pues esta mañana nos hemos encontrado con el sargento y me ha hablado de un ladrón que está robando en casas de esta zona. Quiero investigarlo y con este lío no puedo.

Marcus se rio.

- ¿De modo que el salvar la vida a tu esposo entorpece tu investigación?

-Justamente eso. -Contestaba rodando por el lado contrario arrastrando la sábana con la que se enrollaba el cuerpo-. Venga perezoso. Hemos de atrapar a esa lady incordio para poder dedicarme a hacer cosas divertidas.

-Solo tú podrías considerar divertido ir a la caza de un ladrón. -Se reía saliendo por su lado de la cama siguiéndola con paso calmo hasta el baño donde ella ya abría el grifo de la tina-. Al menos serás generosa y compartirás ese baño conmigo.

-Solo si te portas bien.

-No haría eso ni proponiéndomelo con ahínco. -Se reía atrapándola entre sus brazos alzándola en ellos-. Eres demasiado tentadora para intentar portarme bien contigo desnuda al alcance de mis manos.

Entraban en la casa de Lucas más de dos horas después y de algunos falsos reproches que ella le hacía sin ningún tipo de credibilidad ya que lejos de sus quejas por entretenerla sin dejarla salir de la tina mientras la devoraba, ella, no solo no había puesto oposición, sino que lo hubo azuzado hasta casi hacerle perder la cabeza y la prueba de ello era que, estando en la tina con ella aun recuperando el resuello por un estallido anterior, se hubo aupado y dándose la vuelta se sentó sobre él con la espalda pegada a su pecho diciéndole que podía jugar con su trasero, lo que él, como esposo entregado, le decía, no dudó en hacer y la enseñó a montarlo, sentada sobre él pero en vez de engullirlo con su deliciosa cueva lo hacía con su trasero acomodándolo a su propio placer, enseñándola a montarlo así, de modo que ella sintiese tanto o más placer que él y lo logró a juzgar por los gritos que ambos dieron al estallar juntos esa última vez.

La miró de soslayo mientras el mayordomo la liberaba de la capa y tomaba su sombrero. Recordando esos momentos quiso sonreír más pues era apasionada y entregada y él, que ya se sabía adicto a su esposa, iba a asegurarse de que su pasión y entrega no menguasen durante el resto de sus vidas. Si como sospechaba ya estaba en estado, iba a tomar cada centímetro de ese pecaminoso cuerpo con entrega día a día disfrutando como un loco de cada cambio que se produjese en él durante esos meses. Enseguida tomó su mano enredando sus dedos con los de ella, gesto que le encantaba pues sentía la

suavidad de su piel y la calidez de su mano dentro de la suya.

-Presumo sus señorías se hallan en la terraza.

-Sí, milord. Lord Samuel está practicando con milord con la espada.

Marcus se rio.

-Bien, pues vayamos a ayudar a ese pobre marqués a enseñar a ese jovencito el arte de la esgrima como Dios manda.

Silvie sonrió negando con la cabeza:

- ¿De verdad te crees capacitado para enseñar a lord Samuel?

- ¿Intentas insinuar, esposa, que no tengo la suficiente destreza para enseñar a ese embaucador de pacotilla?

- ¿Qué puedo decir? -Se encogía de hombros despreocupadamente-. Cada vez que entráis en conflicto o batalla, él te gana abiertamente. Siempre sale victorioso y saliéndose con la suya.

Marcus se carcajeó:

-Eso es por la bondad de mi alma.

-No creería eso ni aunque lo jurases con la mano sobre las sagradas escrituras.

-Me he desposado con una fierecilla descreída.

Silvie se rio entrando de su brazo en la terraza y en cuanto los vio Samuel salió a la carrera quitándose la careta y dejando caer la espada junto a su padre.

- ¡Tía Silvie!

Marcus se rio antes de que les alcanzase viendo a Silvie inclinándose para darle un beso en la mejilla al pequeño.

-Estoy aprendiendo a luchar y mami dice que tendré un maestro de esgrima porque así me enseñará a luchar como un caballero.

Silvie sonrió tomando su mano al tiempo que caminaba hacia los sillones donde estaba Camile con Viola y el pequeño Marcus.

-Sam, recoge todo lo que has ido tirando. -Le pedía Lucas desprendiéndose

del chaleco de protección y entregándoselo a un lacayo junto con el florete y la careta.

Samuel corrió a por todo al tiempo que decía:

-Mami, ¿podemos tomar galletas?

Lucas que se reía hizo un gesto al lacayo pidiéndole una bandeja de té tomando asiento junto a Camile después y tomando en brazos al pequeño Marcus liberándola de él.

-Bien, mis queridos barones, ¿qué os trae a mi augusta morada en esta entretenida tarde?

-Queremos galletas. -Respondía Silvie guiñando un ojo a Samuel que se sentaba junto a ella sonriendo.

-Cooker ha hecho galletas nevadas. Son mis preferidas.

-Estoy deseando probarlas.

Marcus rodó los ojos suspirando:

-Enano, deja de embelesar a mi esposa si no quieres ser lazado por la baranda.

Samuel echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó.

-Mami no te dejará.

-Eso. Yo no te dejaré. -Contestaba Silvie riéndose entre dientes antes de mirar a sus dos hijos mayores sabiendo que no debieran escuchar lo que habían de tratar-. Id a aseguraros de que ponen muchas galletas. Corred.

Tras salir los dos a la carrera, Lucas, sonriendo, volvió a mirar a los recién llegados:

-Bueno, entonces, además de devorar mis galletas, ¿qué os ha traído hasta aquí?

Marcus sonrió mirando de nuevo a Lucas.

-Esta noche visitaremos por sorpresa cierta fiesta privada en la que se juega a las cartas. -Lo miró fijamente para que comprendiere que se trataba de una fiesta algo alejada de lo que sería una fiesta estrictamente formal-. Pretendo

que tú vayas a buscar a Charles y le acompañes discretamente a ella y, con suerte, lograremos mostrar el verdadero rostro de cierta dama.

Camile sonrió de oreja a oreja.

-Yo también quiero ir.

-Ni hablar. -Se quejó Lucas.

-Vamos, ese lugar no será como uno de esos palacios. Yo quiero ir. -Miró a Silvie sonriendo sin esperar respuesta-. ¿Qué plan tenemos?

Silvie sonrió mirándola divertida.

-He de llevar a un lugar apartado a lady Clarisse y lograr que confiese mientras ellos escuchan. -Señaló con un dedo a Marcus y Lucas.

-Entiendo. ¿Y cómo lograrás eso?

-Pues no lo he pensado bien, pero, si no habla de manera abierta, habré de presionarla.

- ¿Cómo?

Silvie se encogió de hombros.

-No sé. Quizás le dé con un jarrón en la cabeza.

Camile se rio mientras que Lucas y Marcus sonreían escuchando el intercambio entre ellas.

-Bueno, pero no le des muy fuerte a ver si la dejas incapaz no solo de confesar sino de decir palabra alguna.

Lucas se carcajeó por la respuesta de Camile inclinándose para besar su frente antes de mirar a Marcus y decir:

-Tu libertaria esposa está convirtiendo a mi dulce esposa en un polvorín peligroso.

-Dudo ello acontezca, milord. Más bien, estoy ayudándola a sacar a la luz su verdadero carácter que presumo es más imperioso del que vos creéis. -Se burló Silvie divertida.

-Umm, pues yo también creo que soy más imperiosa de lo que crees. -

Aseveraba Camile mirando a Lucas-. De hecho, creo que le diré al maestro de esgrima que seremos dos sus alumnos, Samuel y yo.

- ¡Bravo! -Exclamaba Silvie con entusiasmo-. Así contaré con una contrincante con la que practicar. -Se inclinó ligeramente hacia Camile como si pretendiese contarle un secreto-. Según tengo entendido, el baroncito no es muy hábil con un arma blanca.

Marcus se carcajeó:

-Eso es una falsedad inconmensurable por la que recibirás un severo castigo.

-Ya, ya, ya... -Movía la mano con despreocupado descreimiento mirando a Camile-. Entonces, vendrás con nosotros esta noche.

- ¿A dónde? -La voz de Samuel que se sentaba junto a ella les hizo mirarlo-. Si mami va, yo también.

Camile se rio:

-Vamos a una fiesta de mayores, cielo. A esas horas estarás en la cama dormido.

-Yo ya soy mayor.

Silvie sonrió acariciándole el cabello con la mano.

-No tan mayor. Pero mañana podemos ir juntos a pasear e ir al zoo. Mi hermano me ha dicho que hay un elefantito que nació hace unos días.

- ¿Un elefantito?

-Aja. -Sonrió-. ¿qué me decís, milord, me acompañaréis mañana a visitar al elefantito? ¿Tenemos una cita?

Samuel sonrió asintiendo tajante.

-Tenemos una cita.

Marcus rodó los ojos antes de mirar a Lucas.

-No cumplirá los diez años.

Lucas se carcajeó:

-Pues no sabría decirte. A mi parecer, en caso de lucha, mi esposa y la tuya se

pondrán de parte de mi heredero.

Marcus suspiró girando el rostro para mirar a Silvie alzando una ceja que sonriendo tomaba una pasta de la bandeja antes de mirarlo.

-Él me gusta más que tú. -Respondía señalando con un dedo a Samuel antes de mordisquear la galletita.

-Retira eso. -La miró con una media sonrisa y ella negó con la cabeza.

- ¿Y mentir a mi adorado esposo? -Preguntaba teatralmente-. No, no, eso no se hace.

Marcus se carcajeó por su tono burlón.

-Deslenguada. -Respondía rodeándola con un brazo instándola a apoyarse en su costado.

CAPÍTULO X

Terminaban de arreglarse esa noche para ir a la mansión donde Marcus sabía se celebraba una de esas veladas de juego y algunas otras “diversiones” y observaba a Silvie guardarse una daga en la liga antes de dejar caer de nuevo las faldas de su elegante vestido de noche. Se acercó a ella tomando la caja de terciopelo que había hecho a Perkins sacar de su caja fuerte y rodeándola con los brazos por la espalda la puso frente a ella abriéndola.

-Para que los luzcas esta noche.

Silvie miró el enorme collar de diamantes y zafiros a juego con un brazalete, unos pendientes y un prendido de cabello. Ladeó el rostro para mirar a Marcus que la besó rápidamente en la mejilla y después en los labios.

-Mi baronesa ha de empezar a lucir las joyas de las baronesas de Varité.

-Si me pongo eso no podré dar ni dos pasos. Tienen aspecto de pesar mucho.

Marcus se reía dejando la caja en el tocador tomando enseguida el collar para pasarlo por su cuello y cerrarlo en su nuca.

-Cielo, serás la envidia de todas las damas que nos encontremos.

-No serán tan damas si se encuentran allí esta noche. -Replicó tomando los

pendientes y poniéndoselos.

Marcus se rio:

-Te recuerdo, cariño, que tú estarás allí esta noche y Camile también.

-Bah, pero nosotras somos una excepción ante tanta mujer desvergonzada.

De nuevo él se rio besándola en el cuello.

-No sé, no sé. La fiera mujer que hace menos de dos horas jugaba con mi vara, devorándola y exprimiéndola hasta la extenuación no parecía vergonzosa...

Silvie le miró enrojeciendo de golpe.

-Eso es una grosería. Además, no era yo la que decía que necesitaba las atenciones de mi boca en su dolorida espada.

Marcus se carcajeó porque ciertamente le hubo dicho eso tras devorarla durante una hora tomándola con ansia y fiereza para finalmente volver a tomar ese culito prieto mientras ella, colocada a cuatro patas encima de la banqueta de terciopelo del vestidor se dejaba dominar por él con idéntica entrega a la suya. Antes de recuperar el resuello le hubo dicho que su espada estaba dolorida por los reclamos de su exigente esposa y que solicitaba mimos y cuidados y Silvie, desinhibida como era, no solo lo tragó por entero, sino que le hizo gritar su nombre en inconsciente y lujurioso estado estallando en esa boca caliente y pecaminosa mientras ella le exprimía hasta la última gota midiendo sus bolsos mientras lo engullía de ese modo que parecía saber lo convertía en su siervo, su esclavo y un sumiso devoto de su diosa.

Se sentó en la banqueta frente al tocador y la hizo sentar a horcajadas sobre él con la vista ya nublada y por completo ciego de nada más que su apetito voraz por su esposa. Le levantó ligeramente las faldas por delante mientras con su mano se abría la bragueta, tironeando rápidamente de sus pantaloncitos para de un empujón enterrarse en ella apretando su rostro contra su delicioso escote con un gruñido de placer.

-Una vez, amor, una vez más, te lo ruego. Quiero llevar tu aroma y saberte con el mío en tu interior.

Silvie que apoyaba sus manos en sus hombros para sostenerse, ebria de la deflagración que sintió recorrerle todo su interior con solo sentir su estocada

enterrada en ella hasta la misma empuñadura comenzó a mecerse lentamente sobre él que empujaba sus nalgas más y más hacia él en cada envite hasta estallar en su interior temblando en ella sin apenas contenerse. Jadeando con su rostro apretado contra sus pechos y sus manos ancladas en sus nalgas, Marcus se sintió por unos instantes calmado y saciado. Haber visualizado su boca lamiendo y devorando su verga esa tarde y recordar cómo se hubo corrido en ella, le hubo puesto duro como una roca y solo había un modo de calmarse; con ella, dentro de ella, sintiéndola apretarlo y ahogarlo. Alzó el rostro apoderándose de su boca en un beso que solo pretendía saborearla bien, mantener su aroma y sabor en él todo lo posible.

Gruñó porque solo ponerle las manos encima se encendía como un volcán. La volteó y pegando su espalda a su pecho tiró de la tela de su escote dejando al aire sus pechos encima de los cuales reposaba el principal zafiro del collar mientras desde atrás empujaba de nuevo su verga dentro de ella una y otra vez midiendo sus pechos con ambas manos y tironeando de sus pezones arrancando con ello gemidos de dolor y placer en Silvie de ese modo que ya reconocía mientras ella, apoyando sendas manos en sus rodillas se subía y bajaba sobre él enterrándolo más y más. Estalló de nuevo, temblando y sintiéndola apretarlo tan fuerte que se quedó sin aliento. Con la mejilla apoyada en la espalda de Silvie que dejaba caer su peso sobre él, jadeando sin aliento mientras él acariciaba sus pechos en una caricia que pretendía calmarlo más a él que a ella, sonreía a sabiendas de que ella no podía verle el rostro. Realmente era adicto a su esposa, una esposa que no solo se dejaba arrastrar por sus ansias, sino que le correspondía con igual pasión y deseo. Tras unos minutos en que recuperaban el resuello mientras él no dejaba de acariciarla, empujó la tela de su escote de nuevo hacia arriba para cubrir sus pechos y, desanclándose, la empujó sobre la alfombra dejándola a cuatro patas. Si iba a estar varias horas sin poder tocarla, pensaba, iba a saciarse antes de salir de ese dormitorio, se decía alzándole las faldas por detrás para no arrugar su vestido dejando ese trasero expuesto ante él.

-Una vez más, amor. Quiero saberte marcada bien antes de salir de aquí.

Silvie le miró por encima de su hombro y le sonrió:

-Estás ansioso, baroncito.

Marcus sonrió sin apartar los ojos de los de ella mientras cerraba una mano en su cadera y con la otra tomaba su nuevamente dura verga para colocar su punta sobre la entrada de ese trasero que él tan bien hubo entrenado. Sonrió malicioso entrando en ella lentamente sosteniéndole la mirada desafiante, gustándole, como siempre ocurría, el modo en que se dilataban las pupilas en esos ojos chocolate cuando se enterraba en ella lentamente.

-Vas a comprobar lo ansioso que estoy... -Señaló ronco cerrando su otra mano en la otra cadera-. No voy a ser delicado.

Silvie sonrió:

-No lo seas.

Marcus gruñó saliendo de ella hasta la punta empujando fuerte, sujetándola para anclarla. El gemido de ella le hizo saber que lo sentía tan bien como él a ella. Fue hipnótico. El movimiento de sus cuerpos acompasados y perfectamente coordinados, el modo en que ese culo suave y terso se abría para él, la manera en que sus movimientos hacían aparecer y desaparecer una y otra y otra vez su verga perfectamente lubricada y dura entre esas nalgas mientras él empujaba con fiereza y entregado a su estado de embriaguez lujuriosa. El momento de clavarse en ella una última vez sujetándola con fuerza antes de correrse de nuevo, le hizo sentir poderoso mientras un gruñido de placer salía de su garganta. La empujó hacia atrás sin desanclarse cayendo sobre sus talones dejándola sentada sobre él con su verga en ese trasero que volvería a estar ligeramente dolorido tras esa tarde y esos instantes recientes. Enterró el rostro en su cuello por detrás rodeándola con los brazos pegándola a su pecho mientras sentía los últimos rescoldos de su estallido temblando dentro de ella y su líquido caliente llenarla y marcarla. Sin duda era un ser poderoso cuando estaba con ella pues no solo conseguía ponerle duro con solo tocarla por agotado que estuviere, sino que siempre acababa corriéndose en su interior sin importar las veces que ya lo hubiere hecho antes. Iban a tener una docena de hijos pues iba a tomarla sin parar durante cada día de su vida y jamás dejaría adorar ese cuerpo con reverencia.

-Mi esposa me calma. -Jadeó aún sin resuello.

Silvie se rio también sin casi aire en los pulmones.

- ¿Qué te ha puesto ansioso? -Preguntaba unos minutos después mientras se ajustaba el vestido delante del espejo tras ponerse unos nuevos pantaloncitos pues los anteriores habían sido desgarrados por su bruto esposo, como le hubo dicho.

Marcus la miró mientras también terminaba de arreglarse las ropas.

-No sabría decir. -Reconoció pues realmente se ponían excitado con solo tenerla cerca, pero también se sabía nervioso ante la idea de que su plan saliese mal y lo único que lograsen era ponerla a ella en peligro.

Silvie se acercó tomando su rostro entre sus manos obligándolo a mirarla a los ojos:

- ¿Qué te pasa, baroncito?

Sonrió de un modo tenso y preocupado deslizando sus manos por su cintura pegándose.

-Cielo, no quiero que te pase nada.

-Nada va a pasarme. Voy armada y si esa mujer loca intenta algo le daré con el primer jarrón que encuentre.

Marcus se rio:

- ¿Me amas con locura?

Silvie rodó los ojos antes de separarse de él.

-Hoy no te lo digo. Tenemos algo importante que hacer, así que concéntrate, pesado.

Marcus se rio alcanzado su mano antes de que se alejase para de inmediato posarla en su manga.

-Vamos, mi terca esposa, ahora que tu cuerpo ha sido saciado y yo calmado podemos marchar. Vayamos a por Camile antes de que se enfade por no permitirle conocer ese lugar de pecado.

Silvie se rio:

-Va a ser divertido. Espero que lord Lucas no se retrase y llegue a tiempo con tu primo.

Sentado en el carruaje con Silvie a su lado, tomando su mano entre la suya y con Camile frente a ellos sonrió porque ambas mujeres parecían decididas a “llevar a cabo su plan sin importar los medios” decían.

-Holly me ha dicho que no nos perdamos detalle de lo que ocurra pues después hemos de narrárselo sin saltarnos ni un solo pormenor. Además, dice que quiere acompañarte a comprar ese brazalete que le prometiste a esa cortesana del palacio.

Silvie asintió sonriendo mientras que Marcus se carcajeaba porque desde supo que hubo prometido que debían comprar un brazalete de esmeraldas a cierta “mujer bien informada”, se sabía incapaz de evitar que su esposa le acompañase a comprar dicha joya pues era evidente la idea de comprar un “regalo” a una cortesana, le divertía sobremanera.

-Uy, no quiero que se me olvide. -Dijo de pronto sacando una caja de su lado que él hubo visto meter a un lacayo pero que hasta ese momento reconocía no haber prestado atención. La abrió ante la atenta mirada de Camile y de él y sacó una pequeña daga-. Escondémosla bajo la falda. Es importante ir armado durante los trabajos de incognito. -Dijo ofreciéndosela a Camile mientras la miraba con pícaro malicia.

Marcus rodó los ojos viendo a Camile tomarla sonriendo divertida.

-Cielo, no vamos precisamente de incógnito.

-Bueno, no nos escondemos, pero nuestro verdadero propósito es secreto. - Contestaba ella con terca mirada.

-Apenas pesa. -Decía Camile aun mirando la daga mientras parecía sostenerla.

Silvie sonrió orgullosa.

-Es por el herrero que las forja. Siempre hace las armas que papá y yo llevamos.

Marcus suspiró pesadamente.

-Aunque por un lado me alegra saberte armada para ciertos momentos, por otro siento escalofríos al saber lo mucho que te gusta ir con algo así contigo.

Silvie sonrió divertida.

-Te acostumbrarás, baroncito. Además, siempre es conveniente que el esposo sea consciente de que su esposa va armada y que no dudará en usar el arma incluso en contra del esposo de ser molesto para ella.

Camile se rio entre dientes mirando a Marcus.

-Creo, Marcus, que acabas de recibir una severa advertencia.

Marcus se rio pasando el brazo alrededor de Silvie.

-De modo que cuando sea molesto, ¿no es cierto? -Preguntaba alzando una ceja mirando inquisitivamente a Silvie.

-Has de estar alerta, esposo... -Respondía con voz maquiavélica arrancándole una carcajada.

Unos minutos después el carruaje se detenía frente a la fachada de una elegante casa de Mayfair.

- ¿Puedo suponer que las noches de vicio se celebran en hogares supuestamente tranquilos y honrados? -Preguntaba Silvie con sorna mientras subía los escalones junto a Marcus que llevaba de sendos brazos a las dos damas.

Marcus se rio entre dientes disimulando pues saludaba a un conocido a lo lejos con un mero gesto de cabeza:

-Sí. No solo las fiestas de buen tono se celebran en elegantes mansiones.

-Aquella mujer... -Empezó a decir Camile con la vista fija, como Silvie, en todos los personajes que les rodeaban y que iban accediendo a la mansión... Oh Dios mío, ¿no es la esposa de sir Charles Crombry? -Preguntó en un susurro con los ojos ligeramente abiertos al creer reconocer a la esposa de uno de los banqueros más reputados de Londres y que en ese momento no solo se colgaba, literalmente, del brazo de un hombre mucho más joven, sino que lucía un vestido con un escote que poco o nada dejaba a la imaginación.

Marcus sonrió negando con la cabeza pensando que las dos mujeres que le acompañaban en ese momento iban a lucir esa cara de asombro toda la noche.

-Sí, lo es. -Contestaba bajando la voz-. Y obviamente, ese no es su esposo sino su nuevo “juguete”.

Camile jadeó:

-Vaya... en Almack's finge ser toda una dama estirada y circunspecta y ahora...

Marcus se rio de nuevo discretamente:

-Ahora luce su verdadera cara.

Silvie sonrió:

-Mi hermana tenía razón. La nobleza no es sino un nido de malvados y depravados.

Marcus no pudo evitar reírse recordando la conversación de esa mañana.

-Les recuerdo, mis damas, que sea o no cierta esa conclusión, ambas se encuentran ahora en el mismo lugar que esas mujeres que tachan, sin ningún rubor, de depravadas.

-Bah, pero nosotras somos la excepción.

-Por no mencionar que ninguna de nosotras dos luce esos vestidos tan descarados ni va del brazo de lo que tú mismo has calificado de "juguete". -
Añadía Camile sonriendo orgullosa del mismo modo que Silvie.

Marcus se rio:

-Habla por ti, mi querida lady Galvert, pues mi esposa no va sino del brazo de su juguete.

Silvie le dio una palmadita en el hombro reprendiéndole.

-No seas burro. -Decía haciéndole reír-. Bien, baroncito, concéntrate. -
Ordenaba en cuanto alcanzaron una especie de salón convertido en sala de juegos de cartas pues estaba ocupado por al menos doce mesas alrededor de las cuales mujeres y hombres jugaban a las cartas bajo la atenta mirada de otros personajes y de algunos lacayos y doncellas que iban con bandejas con champagne y bebidas de distintos tipos.

Marcus, que se detuvo junto a ellas en una esquina del salón desde donde podían observar la sala cómodamente, sonrió mirándola tras tomar sendas copas dándole una a cada dama.

-Tú no bebas, cielo. Solo finge hacerlo.

Silvie frunció el ceño mirándolo.

-No me voy a emborrachar.

Marcus sonrió:

-Lo sé, pero te quiero con los sentidos alerta. -Mintió pensando que lo que no quería es que algo de licor le sentase mal si, como esperaba, ya estaba embarazada-. Bien, mi impertinente y mandona dama, ya estoy concentrado. ¿En qué he de concentrarme? -Preguntaba con cierta sorna en la voz y en la mirada.

Silvie rodó los ojos:

-En buscar a la esposa de tu primo, ¿en qué si no?

Marcus sonrió tras beber un sorbo de su copa.

-Sí, ¿en qué si no? -Miró en derredor y tras un somero vistazo negó con la cabeza-. No está en este salón. Vayamos a otro.

- ¿Otro? -Preguntaron las dos a la vez-. ¿Es que hay más salas como esta? -Añadía Camile.

-Y no solo como esta sino otras con... digamos que entretenimientos más mundanos.

- ¿Mundanos? -Preguntaron las dos frunciendo el ceño.

Marcus se rio:

-Baile, música, rincones no muy visibles a cierta distancia.

Las dos abrieron la boca sorprendidas por lo que suponía esa última afirmación.

- ¿También hay ese tipo de “diversiones” en estas fiestas? -Preguntó Camile sorprendida de nuevo-. ¿Y hay cortesanas?

Marcus sonrió:

-No veo ninguna ahora mismo, pero si no las hay en esta, las hay en otras muchas.

-Pues vayamos a otra de esas salas a ver si encontramos a nuestra presa.

Marcus se rio por la expresión y el tono de seria determinación de Silvie.

-Bien, pues vayamos a por nuestra presa. -Contestaba ofreciendo los brazos de nuevo a ambas tras dejar su copa en la bandeja de un lacayo no sin antes saludar con un gesto de cabeza a otro conocido, como llevaba haciendo un buen rato pues más de una cabeza, y no toda masculina, se había girado con interés manifiesto por su presencia en esa fiesta y por las dos mujeres que le acompañaban.

En cuanto alcanzaron otro salón con mesas de cartas, aunque por el reparto de los jugadores era evidente que se jugaba a otro tipo de juegos, se detuvieron cerca de una de las puertas observando los personajes que pululaban por el mismo entre risas, bebidas y una más que evidente relajación.

Marcus negó con la cabeza:

-Aquí tampoco se encuentra.

Silvie suspiró con evidente contrariedad.

- ¿Y si no acude a esta fiesta?

-Es la única fiesta donde poder jugar a las cartas en partidas con altas apuestas a salvo que acudas a uno de los palacios y dudo en ellos ya fien a “nuestra presa”.

-Pues a lo mejor se retrasa. -Concluía mirando en derredor-. Vamos a otra sala.

Marcus sonrió porque era evidente las dos estaban más que interesadas en ver lo que ocurría en esas fiestas y quiénes se encontraban en ellas.

-Pues Lucas traerá a lord Charles en apenas una hora de modo que ya podemos darnos prisa en encontrarla o de nada servirá todo esto. -Meditaba Camile alcanzando de una bandeja un bombón que se llevaba a la boca. -Umm, delicioso.

-Vamos a la terraza, quizás haya salido a tomar un poco el aire. -Sugirió Marcus cada vez más divertido por la más que palpable curiosidad de las dos.

Silvie entrecerró los ojos cuando vio a dos mujeres subiendo las escaleras del

brazo de un caballero bastante ajado riéndose como dos niñas bobas.

-Presumo arriba hay habitaciones a disposición de los visitantes de la casa.

Marcus alzó los ojos en la dirección que seguía la mirada de Silvie y sonriendo asintió.

- ¿Y si está arriba? -Insistía ella.

-Pues si lo está, no tendremos más opción que esperar que baje salvo que alguna de las dos quiera interrumpir juegos no muy inocentes de terceras personas.

Las dos pusieron cara de evidente asco que le hizo reír.

-Vamos, vamos, mis damas, no se escandalicen... -Señalaba con tono jocos-. Vayamos a la terraza y busquemos a nuestra “presa”.

Las dos se dejaron guiar hasta la terraza no sin antes fijarse en todos los detalles del lugar. Al alcanzar ésta lo primero que les sorprendió a ambas es la escasa iluminación de la terraza y la casi nula de los jardines que lucían casi a oscuras.

-Aquí será difícil encontrarla. -Señalaba Camile entrecerrando los ojos pues ciertamente apenas si se veían las figuras de las personas que había allí en ese momento, todas ellas parejas demasiado juntas entre ellas.

Marcus sonrió de nuevo pues no por oscuro el lugar dejaba de despertar interés en sus dos acompañantes que se esforzaban por descifrar lo que ocurría delante de ellas.

-Quedaos un momento aquí mientras me paseo por la terraza y me cercioro de que nuestra presa no se halla aquí.

-Ah, no, no, no. Nosotras vamos contigo... -Contestó Silvie cerrando más fuerte la mano en su brazo demostrándole de ese modo que no iba a cejar.

Marcus sonrió negando con la cabeza, vencido por la evidencia de que su impetuosa fierecilla no iba a doblegarse jamás.

-Bien, pues no se alejen de mí, mis fieras damas, no vayan a perderse en la tenebrosa oscuridad. -Decía con evidente ironía y diversión.

Fueron recorriendo la terraza en silencio, con paso calmo y, las más de las veces, con más de un suspiro de sorpresa por parte de ambas jóvenes al percatarse de lo que, algunas de esas parejas, salvaguardadas por esa ligera oscuridad, hacían casi a la vista de cualquiera que centrase de más los ojos en ellos.

Al alcanzar el otro lado, Marcus continuó camino por las escaleras de acceso al otro lado de la terraza llegando a la escalinata del jardín por el que se iba a un templete que no dudaba estaría ya ocupado por alguna pareja, aunque viendo el tipo de personajes que pululaban por esa fiesta quizás hubiese más de una pareja.

-Ahora, mis hermosas damas, si ven algo que les resulte escandaloso o turbador tengan la amabilidad de no gritar ni hacer alharacas. Si pretendemos no llamar la atención más de lo necesario, -Lo cual no dudaba ya habían llamado con solo aparecer en un sitio como aquél-, conviene no armar escándalos.

Silvie bufó:

-Esa ha sido una advertencia innecesaria, baroncito. La marquesa y yo sabemos comportarnos sabiendo dónde estamos... -Protestó antes de jadear cuando en un rincón del jardín vislumbraron a una pareja tumbada sobre un banco de mármol y claramente la mujer estaba con el vestido bajado dejando expuesto su cuerpo, así como lo estaría el hombre bajo sus faldas-. Pero ¿creía que esta era una fiesta donde se jugaba principalmente? -Preguntó en un susurro sin detenerse mientras, como Camile, estiraba el cuello no perdiéndose detalle del licencioso acto, o al menos todo lo que les permitía ver esa casi velada oscuridad.

-Tú misma te has contestado. Principalmente. Principalmente se juega, pero muchos vienen a otros... digamos quehaceres. -Contestaba sonriendo para sí pues realmente estaban curiosas, escandalizadas y claramente sorprendidas a partes iguales.

- ¿Los conoces? -Preguntaba Camile cuando por fin les perdieron de vista.

Marcus negó con la cabeza, aunque creyó haber reconocido a Joseline, una de las cortesanas que solía tener dos protectores al tiempo, lo cual era

infrecuente, y por lo canoso de la cabellera del hombre bajo ella, apostaría que sería el baronet de Fristol, un ajado caballero con gusto por las cortesanas jóvenes.

-Mis damas, será mejor que regresemos al interior, -Sugirió tras recorrer parte de los senderos donde habían vislumbrado más de una pareja haciendo lo que terceros no debieran ver-. Quizás ahora encontremos a nuestra presa.

Silvie asintió y sonrió mirándole de lado.

- ¿Tú venías a fiestas como estas?

Marcus sonrió conteniendo una carcajada pues tras esa curiosidad aparentemente tranquila detectó ciertos celos en su voz.

-Cielo, no he sido un santo, pero te aseguro que no es este el tipo de lugares donde cometía mis pecados.

Silvie entrecerró los ojos:

-Tus pecados... -Repetía en un susurro-. Mucho vamos a tener que hablar, baroncito, pues creo que sería conveniente que conociese “esos pecados”.

Marcus se reía entre dientes porque se iba a divertir mucho encelándola como en ese momento y más aun demostrándole algunos de esos pecadillos.

-Lo que ordene mi señora. -Respondía con falsa sumisión ganándose otro bufido de su impertinente esposa.

Llegaron a un saloncito al que se accedía por unas puertas francesas, y, como los anteriores estaba bastante concurrido de distintos personajes, algunos jugando a los naipes, otros observando y otros simplemente mostrándose ociosos.

Le costó un poco reconocer a la esposa de Charles pues cuando él la había visto parecía una dama sencilla y callada y, en cambio, la mujer sentada en una de las mesas de juego con una copa de champagne en una mano y unas cuantas cartas en la otra, lucía completamente distinta. Con un llamativo vestido de seda verde selva y un escote inapropiado incluso para una mujer de menos edad y más belleza, realmente no se parecía en nada a la mujer que él recordaba. Departía con excesivo descaro con uno de los jugadores sentado a su derecha y parecía ajena a todo lo que hubiese más allá de la mesa de juego.

-La has visto.

Bajó los ojos a Silvie que le miraba inquisitiva y sonriendo asintió despertando el inmediato interés de las dos.

-Es la mujer del vestido verde que se encuentra en la mesa cercana al arco del fondo.

Las dos dirigieron sus ojos hacia allí y se quedaron unos segundos en silencio observándola.

-Pero ¿no decíais que era una mujer reservada a la que le gustaba la vida campestre? -Preguntó Camile sin apartar los ojos de ella.

Marcus se encogió de hombros antes de contestar:

-Y así lo creía, más, es evidente, estaba del todo errado.

-Sí, esposo, definitivamente erraste. No eres muy ducho apreciando el verdadero carácter de cuántos te rodean ¿no es cierto? -Preguntó Silvie con sorna arrancándole una carcajada.

-Quizás por eso juzgaba a mi esposa lo bastante comedida para no herir el pundonor de su esposo arriesgándose a severos castigos.

Silvie se rio entre dientes.

-No acertaste mucho con eso... -Lo miró con pícaro inocencia haciéndole sonreír-. Bien, pues ahora hay que lograr llevar a esa bruja a un lugar aparte donde le pueda someter a un duro interrogatorio. -Añadía volviendo la mirada a lady Clarisse.

Marcus contuvo una carcajada al escucharla decidida a “interrogarla”.

-Sí, y hemos de hacerlo con premura o llegará Lucas con su esposo y si lo ve de nada servirá nuestro plan. -Intervino Camile con un rostro tan decidido como el de ella.

-Cierto. -Asentía Silvie con decisión-. Debemos llevarla a una sala aparte y cuando lo haga, esperad a vuestro esposo en la puerta principal llevándolo de inmediato a una sala contigua donde poder escucharnos. -Decía mirando a Camile.

-Será mejor que la llevemos a una de las estancias de arriba. Aquí todas están llenas de gente y dudo encontremos dos contiguas sin alboroto. -Señalaba Marcus observando la sala en su totalidad.

-Pues venga, manos a la obra, baroncito, que estoy deseando dejar este asunto y centrarme en algo más interesante, como ese ladrón que el sargento intenta atrapar.

- ¿Vas a atrapar a un ladrón? -Preguntó Camile mirándola interesada por la nueva noticia.

-Uy sí, en cuanto nos libremos de la esposa maquiavélica buscaré a ese ladrón, aunque empiezo a sospechar por las pistas que tiene de él que actúa con un compinche pues en algunas de las casas han de haber entrado dos por los objetos llevados, el sigilo empleado y sobre todo la rapidez.

- ¿Dos?

Marcus carraspeó:

-Señoras... ¿qué tal si nos concentramos en la esposa maquiavélica antes de pasar al asunto del ladrón? -Preguntaba con retintín mientras las miraba alternativamente.

-Tienes razón, baroncito, vayamos primero por tu asesina. -Contestó ella con idéntico tono antes de volver a mirar a la mujer-. ¿Cómo sugieres lograr que se levante de esa silla en la que parece tan cómoda sin armar escándalo alguno?

-En realidad, solo voy a ponerme delante de sus ojos y dudo no reaccione de inmediato. -Sonrió como un lobo-. Con solo verme sabrá que si estoy aquí algo va mal, al menos, para ella.

Silvie se rio entre dientes.

-Baroncito si no te conociese me darías miedo.

Marcus sonrió negando con la cabeza mirándola.

-Eso es porque tu “baroncito” aún no ha mostrado su rostro cruel con su impertinente esposa.

Silvie sonrió inocente poniéndose de puntillas alcanzándole la barbilla con un

beso.

-Y no me la mostrarás nunca porque soy la esposa perfecta.

Marcus se rio bajando el rostro rápido para atrapar sus labios dándole un rápido beso.

-Descarada. -Murmuró.

Camile carraspeó como él antes y lo miró alzando una ceja.

-Concéntrate, baroncito, que el tiempo corre en nuestra contra.

Silvie se rio traviesa.

-Eso, concéntrate baroncito. -Le dio un ligero empujoncito, aunque si él no se hubiese dejado no se habría movido ni un centímetro-. Nosotras te esperaremos en las escaleras para ir por delante de vosotros. Ve a por ella.

Marcus sonreía negando con la cabeza caminando tranquilo atravesando el salón mientras por el rabillo del ojo las veía a ellas rodear todo el salón para alcanzar el arco de acceso al otro lado. Reconponiendo su rostro inexpresivo, uno que era consciente no lucía desde que Silvie entró en su vida, caminó con indiferencia hacia la mesa donde la esposa de Charles seguía concentrada en su partida y en el caballero a su derecha.

Se colocó al otro lado de la mesa justo frente a ella y con gesto pétreo fingió observar la partida unos instantes antes de con lentitud fijar su mirada azul cerúleo en ella. La vio titubear sintiéndose de pronto incómoda y él sonrió como un lobo justo cuando ella alzó la vista comprendiendo quién se hallaba frente a ella. Casi que pudo escuchar el jadeo que salió de sus labios. Alzó una ceja sin apartar los ojos de ella viendo como sus pupilas se dilataban comprendiendo que estaba en un lio al ser encontrada en ese lugar por él.

Tras unos segundos en que la vio sin saber qué hacer ensanchó su sonrisa y con disimulo señaló con un dedo el arco del salón sabiendo que solo eso sería bastante para que ella comprendiera que tenía unos segundos para reunirse con él allí y que no podría esconderse.

Caminó tranquilo hasta el arco y al alcanzarlo vio a Silvie y Camile a los pies de la escalera haciéndoles una señal para que subiesen lo que de inmediato obedecieron. Esperó apenas diez segundos notando enseguida el penetrante

perfume de una mujer a su lado sin necesidad de mirar para saber quién era por lo que extendiendo ligeramente el brazo se lo ofreció al tiempo que decía con la vista fija en la escalera.

-Será mejor que hablemos en un lugar más discreto, milady, pues dudo os agrade ser reprendida en público.

Tuvo que reconocer que admiró el que se contuviese y no le replicase en ese momento, pero notaba la tensión en su mano al apresarla, así como su más que palpable enfado. Subieron lentamente y cuando llegaron al primer piso vio a lo lejos a Camile señalándole con un gesto discreto una puerta sabiendo que así le decía en que estancia entrar pues en ella estaría Silvie. La condujo sin decir palabra hasta allí abriendo la puerta y cediéndole el paso mientras Camile permanecía en discreto lugar lejos de su vista y al cerrar la puerta una vez entraron la vio dirigirse a las escaleras seguramente para esperar a Lucas sabiendo que tenía que hacer un poco de tiempo hasta que ellos llegaran.

- ¿Qué es esto? -Escuchó a su espalda al cerrar la puerta y al girarse vio a lady Clarisse mirándolo enfadada señalando a Silvie que, de pie, junto a la chimenea, la miraba divertida pues sus ojos brillaban con ese tono de picardía que a él tanto le gustaba.

-Ah, creí que, ya que nos hemos encontrado en este extraño lugar, gustaríais conocer a mi esposa. Cielo, te presento a lady Clarisse, esposa de mi primo Charles. Milady, os presento a mi esposa, lady Silvie, baronesa de Varité. - Señalaba acercándose con paso pausado hasta Silvie.

-Diría que es un placer conoceros, milady, pero no puedo hacerlo sabiendoos la causante de querer dejarme viuda. -Señaló Silvie con mordacidad sonriendo con travieso gesto.

- ¿Es esto una broma, barón? -Preguntó con evidente enfado lady Clarisse.

Marcus sonrió con una de sus sonrisas perezosas que tantas miradas femeninas le había hecho ganar durante su vida.

-Si lo es, no creo que sea yo el que se vaya a reír, milady. Mi esposa, que no puedo sino reconocer es muy hábil descubriendo misterios, está convencida que sois vos la que habéis intentado matarme en al menos dos ocasiones.

-No, cielo, yo estoy convencida de que ella lo ha ordenado, no que lo haya

hecho de su propia mano. -Le corrigió Silvie sonriendo.

-Cierto, solo cree que lo habéis ordenado y organizado, como preferáis llamarlo.

- ¿Está loca? – Preguntó mirándolo a él con un enfado aún más palpable.

Silvie chasqueó la lengua.

-Empezáis mal si me llamáis loca. Así, solo lograréis enfadarme. -Marcus se rio entre dientes viéndola sacar de su falda ese cuchillo que la hubo visto guardar horas antes-. Os habéis ganado el que esta conversación que se prometía amigable pase a ser hosca y sobre todo peligrosa para vos. -Iba añadiendo, caminando hacia lady Clarisse sosteniendo el cuchillo en su mano que movía ligeramente de modo amenazante.

-Pero... Detened a esta loca. -Le ordenaba dando varios pasos atrás sin apartar los ojos de Silvie aunque le hablase a él.

-No creo que sea yo al que debáis dirigiros, milady, es mi esposa la que blande el arma y puesto que la habéis ofendido, debierais disculparos con ella antes de intentar pedir mi ayuda.

-Deteneos o gritaré. -Insistía mientras Silvie caminaba hacia ella logrando arrinconarla en una esquina.

-Teniendo presente lo que gusta a los de vuestra clase hacer en estas veladas, de escuchar alguien vuestros gritos, seguro pensarán que no es sino otro de esos juegos depravados que tanto aprecian por estos lares. -Contestaba Silvie con sorna-. Además, milady, os he acusado de algo muy grave y no os he escuchado negarlo aún. Significativo, ¿no lo creéis así?

Escuchó a la esposa de su primo jadear apoyando la espalda contra la pared forrada de tela de seda sin apartar los ojos del cuchillo antes de desplazarlos hacia él.

-Detenedla. No podéis dejar que me haga nada.

-Mejor no os dirijáis a él, milady, sino a mí. Al fin y al cabo, soy yo la que os amenaza, más, él es a quién queréis muerto lo cual no es algo que haga que se ponga a vuestro favor, más, lo contrario, creo que, de dejaros a solas, ese barón de ahí será una amenaza aún más temible que yo.

Marcus sonrió cruzando los brazos al pecho apoyando su espalda en el dintel de la chimenea.

-Me temo, milady, mi temible esposa tiene razón. Quizás lo único que en este instante os libre de veros estrangulada por mis manos es que mi esposa quiere daros una oportunidad y librarme a mí de un asesinato.

-Una oportunidad que solo lograréis confesando pues de ese modo no solo expiaréis vuestros pecados y lograréis calma para vuestra alma sino, además, la posibilidad de vivir más allá de esta habitación. -Señaló Silvie acercándose más hacia su “presa” poniendo el cuchillo, que sujetaba con firmeza, sobre el cuello de lady Clarisse que jadeó abriendo mucho los ojos. A los pocos segundos Silvie dio un par de pasos hacia atrás haciendo una mueca de disgusto antes de girar y mirar a Marcus-. Quizás debas estrangularla tú. Su perfume es espantoso. Creo que ahogaría a cualquier ser vivo. Ufff -movió varias veces la mano delante de su rostro a modo de abanico-... qué horror....

Marcus se rio y al ver que lady Clarisse iba a lanzarse a la carrera hacia la puerta para escapar le hizo un gesto a Silvie que sin dudarlo un instante lanzó el cuchillo clavándolo en la puerta justo antes de que la mujer la alcanzase adelantándose, además, mientras ella daba un paso atrás con un pequeño grito de sorpresa y miedo, a tomarlo de nuevo antes de girar y mirarla amenazante.

-No volváis a hacerlo pues la próxima vez no lo lanzaré a modo de advertencia, sino que os alcanzaré sin dudarlo.

-Están locos. -Exclamó caminando hacia atrás de nuevo hacia donde estaba antes mirándolos indistintamente.

-Pues no sabría decirlo, milady. Yo creo que no es locura de lo que se nos puede acusar, en cambio, sí de estar muy, muy, pero que muy enfadados. Él por saberse objetivo de un asesino, y yo por... -hizo una mueca con los labios y después sonrió a Marcus-. Bueno, creo que yo estoy enfadada porque no quiero ser la viuda de mi barón, al fin y al cabo, el muy canalla ha conseguido que le quiera.

Marcus sonrió más aun negando con la cabeza:

-Y escoges este momento para decírmelo...

Silvie se encogió de hombros.

-Es un momento tan bueno como cualquier otro. -Giró de nuevo y miró a lady Clarisse-. Bien, milady, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, ibais a decirnos quién es el asesino que habéis contratado y también cómo pensabais pagarle. Al fin y al cabo, las deudas que habéis contraído y el que luzcáis un collar que claramente es falso, denotan que no podríais pagar a un asesino en vuestra actual situación.

Marcus fijó los ojos en el collar de la esposa de su primo mientras ésta se llevaba la mano al mismo.

- ¿Es falso? -Preguntaba Marcus entrecerrando los ojos sabiendo que ese collar había pertenecido a la esposa de su tío o al menos el verdadero.

-Lo es. -Contestó Silvie-. Ningún diamante refleja la luz de ese modo. Eso es circonio o cristal.

Marcus gruñó suspirando:

-Dudo a Charles le agrade saber que las joyas que pertenecieron a su madre han sido sustituidas por falsas.

-No, desde luego no me agrada. -La voz de su primo que entraba por la puerta de una sala contigua les hizo a los tres mirar hacia allí pues aparecía él seguido por Camile y Lucas-. ¿Es cierto, Clarisse? ¿Son falsas?

-No. -Contestaba tajante enderezando la espalda haciendo a Silvie rodar los ojos con impaciencia antes de alargar el brazo agarrándole el cuello y ponerle la punta del cuchillo en el pecho con la otra mano.

-Dejad de mentir. Son más falsas que un beso de Judas Iscariote. -Giró el rostro sin soltar a su presa que con los ojos abiertos como platos y la boca en una mueca de dolor apenas se movía. Sonrió a su primo al tiempo que decía:- Vos debéis ser lord Charles, siento conoceros en estas circunstancias, pero he de deciros que estáis desposado con una joyita sin parangón. Jugadora, ladrona y asesina... sí señor, una dama muy completa.

- ¿Asesina? -Preguntó mirándolas a las dos antes de mirar a Marcus claramente sorprendido.

-Han intentado matarme varias veces, Charles, y sospechamos que es tu esposa

quién lo ha ordenado.

-No puede ser... -Jadeó girando para mirar a su esposa que en ese instante seguía apresada y amenazada por Silvie-. Milady, os lo ruego, soltadla.

Silvie dio un par de pasos atrás soltándola y sonrió:

-La suelto, pero solo de momento. Si no confiesa le haré algunos cortecitos y después dejaré que mi esposo la estrangule por mentirosa.

Marcus se rio entre dientes mientras abría ligeramente los brazos instándola a regresar hacia él.

-Clarisse, ¿has intentado matar a Marcus? -Preguntaba Charles serio.

- ¿Cómo se te ocurre hacer caso a los delirios de esa loca?

-Pues porque algo me dice que tiene razón. -Contestaba acercándose a ella y de un tirón arrancarle el collar que se acercó para ver mejor antes de lanzarlo lejos mientras con voz ronca decía volviendo a mirarla-. ¿Cuántas joyas has sustituido?

-Yo... -Negó con la cabeza y después a los demás recomponiendo de golpe su rostro y postura orgullosa-. Están mintiendo.

-Clarisse, tienes dos opciones, o decir la verdad y entonces, solo entonces, decidiremos qué hacer contigo sin escándalos ni alharacas, o seguir mintiendo, en cuyo caso, no moveré un dedo respecto a los planes que Marcus tenga para ti. Estaba dispuesto a perdonar las deudas, pero intentar asesinar a mi único familiar, es algo intolerable. Me será indiferente que te lleve a la cárcel de morosos o que decida llevar a cabo justicia por su mano, o dices la verdad o juro que salgo de esta estancia sin mirar atrás dejándote en manos de ellos.

Silvie sonrió alzando el rostro hacia Marcus que la rodeaba por la cintura.

-Me gusta tu primo.

Marcus sonrió:

- ¿Te gusta porque te dejaría enredar?

Se encogió de hombros y sonrió haciéndole reír y besarla en la frente antes de volver a mirar a la esposa de su primo que se mantenía con gesto tenso, pero

impertérrito.

-Milady, debéis saber que esta misma tarde me han sido entregados todos los pagarés que habéis ido firmando y por cuyas deudas pretendíais que respondiese Charles, pero ahora, seréis vos la que respondáis por ellos y dado que carecéis de fondos, ya que Charles ha dejado claro que no responderá por vos y que no tengo ánimo de ser piadoso pues mi vida, al parecer, vale poco para vos, no me temblará el pulso al pedir que seáis conducida a la cárcel de morosos y si sobrevivís lo bastante en ella, más tarde a Australia en un barco de trabajos forzados.

La vio abrir los ojos y después mirar a su primo.

-No lo permitirás.

-Lo permitiré salvo que digas a quién has contratado para asesinar a Marcus. -
Contestó con sequedad.

-Pero ¿no comprendes que son infundios? Yo no he hecho eso de lo que me acusan.

Silvie suspiró exageradamente.

-Así no llegaremos a ninguna parte... -Caminó con paso firme hasta ella pasando junto a Charles sin detenerse y la abofeteó con fuerza en un mejilla-. Decid la verdad. -Le ordenaba mientras frente a ella se llevaba la mano a la mejilla mirándola con odio, pero antes siquiera de responder dio dos pasos atrás con gesto de desagrado-. Ay, Dios, Marcus, creo que tendrás que seguir tú, su perfume me está mareando ... -Iba diciendo, dando un par de pasos atrás sujetándose en el respaldo de un sillón tomando un par de bocanadas de aire.

Marcus que se acercó a ella de inmediato, con premura la rodeó con un brazo y le hizo alzar el rostro para mirarlo.

- ¿Cielo?

Camile que se hubo acercado también se colocó junto a ella y la hizo sentar en el sillón.

-Creo que esto confirma tu estado, Silvie. Yo tampoco soportaba los olores fuertes cuando estaba embarazada.

Silvie que aún estaba un poco pálida la miró y después a Marcus que se hubo acuclillado frente a ella sin soltar su mano.

-Baroncito, no quiero ni un comentario y menos queja de mi apetito a partir de ahora.

Marcus sonrió y la besó en la frente.

-Seré una tumba.

Silvie bufó y señaló con un dedo a lady Clarisse.

-Tendrás que ser tú el que la interrogue. Yo no puedo con ese perfume que lleva.

Marcus sonrió.

-Cielo, no creo que haga falta interrogarla. O me dice lo que quiero o es llevada a la cárcel. -Respondía en un tono tajante para que la esposa de su primo la escuchase antes de besarla de nuevo en la frente y después, poniéndose en pie miró con fijeza a esta-. Ahora me urge saber lo que queremos no solo por los motivos anteriores sino porque quiero llevar a mi esposa a casa, de modo que, responded de una vez.

-Os lo repito, os estáis equivocando.

-Pégale otro bofetón. -Dijo Silvie desde su asiento-. Empieza a resultar tedioso.

Marcus y Lucas se rieron entre dientes.

-Cielo, yo no pego a una mujer, no es honorable.

-Bueno, pues... -Alzó el rostro a Camile y la sonrió-. ¿Una bofetada?

Camile se rio entre dientes enderezándose.

-Por probar... -Caminaba hacia lady Clarisse cuando Lucas carraspeó-. ¿Qué? Solo unas bofetadas de nada... Si se pone pesada usaré esto. -Sacó el cuchillo que Silvie le hubo dado haciendo a Lucas abrir los ojos como platos y a Silvie sonreír divertida.

- ¿De dónde has sacado...? -Empezaba a preguntar, pero enseguida miró a Marcus-. ¿Has dejado que le entregue una daga a mi dulce esposa?

Marcus rodó los ojos:

-La expresión dejar implicaría que tenía alguna posibilidad o voz en cuanto a que ella le diese un cuchillo y tu esposa lo aceptase de buena gana, cuando la triste realidad es que ninguna de las dos me habría dejado detenerlas ni aun atándolas.

Las dos se rieron entre dientes mirándose entre sí.

-Milord, no distraiga a su esposa que está en una misión. -Dijo Silvie alisándose la falda de modo falsamente despreocupado.

-Exacto, estoy en una misión. -Respondía Camile girando para de inmediato dar otra sonora bofetada a lady Clarisse en la mejilla contraria a la golpeada por Silvie-. ¿Y bien? ¿Algo que confesar o empiezo a usar el cuchillo?

Lucas rodó los ojos mientras que Marcus contuvo una carcajada porque realmente su esposa iba a convertir a las esposas de sus amigos en unos polvorines aún más insensatos que ella.

-Dejad de hacer eso. -Se quejó acariciándose la mejilla-. Yo no he...

-Oh por favor, así estaremos hasta mañana y yo tengo hambre, estoy cansada y realmente no soporto el aroma de ese perfume... -Se quejaba Silvie interrumpiéndola, dejándose caer hacia atrás en el sillón de modo desgarrado-. Esposo, ¿no decías que asegurarías mi bienestar el resto de mi vida? Pues ahora no estoy bien. No eres un esposo útil. Si lo llego a saber, no te quiero.

Marcus se carcajeó.

- ¿De veras? – La miró divertido.

-De veras. -Le sacó la lengua como una niña pequeña haciéndole reír-. No eres un esposo útil.

Marcus se rio inclinándose, besándole en la cabeza.

-Está bien, fierecilla. Tú no te muevas de ahí mientras yo soluciono esto. -Silvie bufó-. Descreída. -Enderezándose miró a Charles con gesto serio-. Charles, lo lamento, pero la seguridad y el bienestar de mi esposa prima sobre todo lo demás. Tendría paciencia en otras circunstancias, pero no pienso dejar

a mi esposa y mi hijo solos y menos porque tu esposa decida que quiere mi título y fortuna para dilapidarla en mesas de juego.

Charles asintió serio:

-Mándala a la cárcel de morosos. Nada haré para impedirlo.

- ¡Charles! -Exclamó enfadada lady Clarisse.

Se giró y la miró:

-Te han dado una oportunidad. Yo soportaré el escándalo, pero tú, dudo soportes el presidio mucho tiempo. Si dices la verdad, haré cuanto esté en mi mano para llevarte a un lugar en el que estés cómoda, a salvo y puedas vivir sin el estigma de ser una asesina.

Como no decía nada Silvie suspiró:

- ¿Puede alguien darle otra bofetada o mejor aún, clavarle un cuchillo?

Marcus sonrió negando con la cabeza mirando de soslayo a Lucas que hacía como él.

-Yo le clavo el cuchillo, también estoy perdiendo la paciencia. -Contestaba Camile enfadada.

Lucas sonrió acercándose a ella tomando de su mano el cuchillo.

-Mejor me quedo yo esto que hoy te veo muy impulsiva.

Silvie se rio entre dientes mirando a Camile.

-Creo que deberías decirle a tu esposo lo que les ocurre a los esposos pesados y molestos.

Marcus negó con la cabeza suspirando, acercándose directamente hacia lady Clarisse.

-Ahora os llevaré a ver a cierto sargento que os mantendrá retenida hasta que os conduzca a la cárcel. Como mi esposa dice, esto es una pérdida de tiempo y si no es gracias a vos, será de cualquier otro modo, pero daremos con el hombre al que halláis contratado para asesinar me. Vuestra oportunidad ha finalizado. -Señalaba tomándola del brazo sin delicadeza llevándola con él hacia la puerta.

-Charles, Charles, haz algo... -Pedía mirando por encima de su hombro pues lo empezaron a dejar atrás.

-Te hemos dado una oportunidad y no la has aprovechado.

-Solo intentas librarte de mí. -Le acusó sin evitar ser llevada por Marcus.

-Si eso fuese así, no habría esperado a que casi lograses que tus acreedores llamasen a mi puerta reclamándome una fortuna.

-No volveré a jugar. -Prometía empezando a ponerse nerviosa.

-O desde luego, en el lugar al que vais os será difícil hacerlo. -Se apresuró a decir Marcus con aire cansino.

-Charles, no puedes dejar que me encierren. Me moriré...

-Mejor vos que yo. -Intervino de nuevo Marcus alcanzando el pomo de la puerta que iba a abrir, pero ella solo dijo:

-No sé su nombre, no sé su nombre, lo juro.

Marcus se detuvo sin llegar a abrir la puerta girando para mirarla con fijeza.

-Menuda patraña... -Masculló Silvie desde su asiento.

-Y si no sabéis su nombre ¿cómo distéis con él y pensáis pagarle? -Preguntaba Marcus alzando una ceja mirándola de un modo intimidante.

-Yo... él contactaría conmigo.

Silvie bufó:

- ¿Y cómo contactasteis con él la primera vez? -Preguntaba mirándola con desconfianza desde el sillón.

-Yo pedí un favor a un viejo conocido y me citó con él.

- ¿Un viejo conocido? ¿es una forma de decir amante? -Preguntó Silvie mirándola con desdén-. Lo siento, milord, pero no creo que sea conveniente andarnos con medias tintas ahora. -Miró a lord Charles haciendo una mueca de disculpa.

Charles suspiró negando con la cabeza:

-A estas alturas no creo que vaya a escandalizarme por saber que tiene o ha

tenido uno o varios amantes.

-No, supongo que no... -Negó con la cabeza antes de mirar de nuevo a la mujer a la que Marcus no soltaba aun-. ¿Y bien, milady? ¿Quién es ese conocido y qué relación tenía con el hombre que habéis contratado?

- ¿Y cómo queréis que sepa yo eso? Solo lo conocía y ya está, nada más era necesario.

Silvie chasqueó la lengua:

-No, supongo que a vos os era del todo indiferente. ¿y el nombre de vuestro viejo conocido es...?

-Dejadle tranquilo, él nada tiene que ver en esto.

Marcus sonrió como un lobo:

- ¿Pensáis que nada tiene que ver con esto un hombre que conocía vuestras intenciones y que no solo no lo impidió, sino que facilitó el hombre? Dadnos su nombre y dejáros de tonterías.

Miró de soslayo a su marido que permanecía quieto y con completa indiferencia a cualquier gesto de piedad que ella esperase.

-Lord Vallstom.

Charles suspiró pesadamente.

-Ni siquiera habéis esperado que fallezca su pobre esposa. Realmente careces de toda moral, ¿no es cierto?

- ¿Quién es lord Vallstom? -Preguntó Silvie interesada.

-Es nuestro más inmediato vecino en la propiedad que tenemos en Irlanda. Su primera esposa falleció de unas fiebres y la segunda, tras un horrible parto, quedó muy grave. Desde hace meses permanece postrada en cama con un delicado estado. -Negó con la cabeza mirando a su esposa-. Si te has visto con él, quiere decir que está en Londres importándole poco lo que le suceda a su esposa tan lejos. Desde luego, sois tal para cual... -Añadía con evidente desidia antes de mirar a Marcus-. Yo te acompañaré a verle para que nos diga el nombre de ese tipejo.

Marcus asintió serio soltando a lady Clarisse que empezó a acariciarse el lugar en el que él la hubo agarrado.

- ¿Qué te he dicho de meterte en la boca del lobo sin mí, baroncito? -
Replicaba Silvie levantándose decidida-. Yo también te acompañaré.

Marcus sonrió acercándose a ella con paso calmo abriendo los brazos al alcanzarla para rodearla con ellos.

-Cielo, estás en estado. Mejor me esperas en casa.

Silvie jadeó mirándole enfurruñada.

- ¿No pensarás ser como esos esposos que dejan a sus esposas en casa en “reposo” cuando están en estado? Prometiste no ser pesado.

Marcus sonrió más aun bajando el rostro para besarla en los labios y en la frente.

-No seré pesado.

-Pues eso. Yo te acompaño.

Marcus se rio negando con la cabeza, vencido por su terquedad, cruzándosele por la cabeza que ya la dejaría él más agotada esa noche para que por la mañana estuviese demasiado cansada para acompañarlo temprano. Giró la cabeza y miró a su primo.

-Bien, Charles, tú decides qué hacer con tu esposa, más, recuerda que no solo ha demostrado ser peligrosa e indiferente a la muerte de otros, sino que, dudo, de darle la oportunidad, no te lleve a una situación más insostenible que la actual.

-Lo sé, pero llevarla al campo no solucionaría nada. -Señaló en alto negando con la cabeza mirando de soslayo a su esposa que parecía no solo aliviada, sino que algo dentro de él le avisaba que no estaba arrepentida y que librándose esa vez se creería con oportunidad de hacer cuanto le placiese en el futuro.

-Al campo no, pero ¿qué tal a una colonia? -Sonrió Silvie mirándolo desde los brazos de Marcus.

-Luego no me reprendas por llamarte colona.

Silvie resopló alzando el rostro para mirarlo frunciendo el ceño.

-No me refería a América, mentecato, no somos colonia.

Marcus se rio.

- ¿Entonces dónde?

-Australia. No en un barco de reos, pero sí como “colona”.

- ¡No puedes hacer eso! -Exclamó lady Clarisse mirando a su esposo con enfado.

- ¿No puedo? -Preguntó él con retintín mirándola con gesto de desdén.

Silvie emitió una risilla traviesa por el tono del lord Charles alzando el rostro hacia Marcus.

-Tu primo me agrada. Quizás me equivoqué de miembro de la familia al desposarme...

Marcus sonrió negando con la cabeza.

-Recuerda que me quieres, fierecilla.

Silvie chasqueó la lengua:

-Sí, ese es un inconveniente... pero, no nos demos por vencidos, ningún escollo es imposible de superar.

Marcus se carcajeó:

-Impertinente muchachito... -Murmuró besándola en la sien antes de alzar el rostro de nuevo y mirar a su primo-. Bien, Charles, ¿qué hacemos?

Su primo suspiró:

-Creo que la mandaré al Monasterio de Escocia una temporada. Quizás la vida contemplativa durante una buena temporada le haga comprender lo errado de su comportamiento y si no... bueno... las colonias será un destino que tener presente.

- ¡No puedes mandarme a ese monasterio! -Gritó revolviéndose cuando su esposo la tomó del brazo para evitar que se escapase-. No soy monja.

-No, pero acogen a almas perdidas... -Sonrió malvado mirándola con evidente

sorna.

-No puedes obligarme. No iré.

-O vas voluntariamente o, simplemente, dejaré que Marcus reclame tus deudas y acabes en el presidio junto a otros morosos.

-No puedes hacerme esto. Soy tu esposa. -Gritaba empezando a perder cualquier atisbo de compostura.

Silvie suspiró y caminando hacia ella con paso decidido y gesto serio alzó la mano dándole otra bofetada que la hizo callar al instante antes de girar y regresar a los brazos de Marcus mientras decía.

-O dejáis de armar escándalo u os maniatamos y así llegaréis hasta ese monasterio siendo vigilada por dos hombres armados que no tendrán conmiseración con una asesina por mucho que se lamente o reclame piedad en el camino, os lo aseguro... -Al llegar hasta Marcus se acomodó en su pecho rodeándole la cintura con los brazos-... Uff realmente su perfume es espantoso...

Marcus sonrió antes de volver a mirar a Charles.

-Será mejor que te ayude a meterla en mi carruaje saliendo por los jardines de atrás. Mis dos lacayos permanecerán con vosotros para que no se escape.

Charles asintió y miró a Lucas haciendo un gesto de agradecimiento y despedida antes de salir con Marcus que como él sujetaba a lady Clarisse.

-Lucas, ¿te encargas tú de acompañar a Silvie y Camile a tu carruaje? Enseguida me reúno con vosotros.

Silvie se acercaba a Camile mientras ellos salían y sonriendo preguntó:

- ¿Había alguna bandeja con comida ahí abajo? Seguro que las perversiones de los que pasean por allí les da hambre.

Lucas se carcajeó negando con la cabeza alargando la mano para tomar entre la suya la de Camile al tiempo que le ofrecía el brazo a Silvie:

-Mejor marchamos a casa, mis impetuosas damas.

-Umm pues había unos bombones de licor muy ricos.

Lucas se carcajeó:

-No lo dudo, con lo que a mi dama le gustan los bombones de licor... -La besó en la sien antes de mirarla con picardía.

-Pues yo tengo hambre, si veo un lacayo llevando algo de comida, creo que lo atacaré sin piedad. -Advertía Silvie arrancando una carcajada a Lucas-. Ni se os ocurra burlaros de mi apetito. La culpa es de vuestro amigo. -Resopló-. Ese baroncito necesita una buena lección... -Refunfuñaba haciéndolo reír de nuevo.

En cuanto dejó a Charles con su esposa en su carruaje pidiendo no solo al cochero que los llevare a casa de Charles, sino que los dos palafreneros se quedaren con él para vigilar que la mujer no escapaba, se subió al carruaje de Lucas donde se encontró a Silvie sentada con un pañuelo en su regazo extendido y sobre él varios bombones mientras mordisqueaba otro.

-Es culpa tuya. -Dijo antes incluso de que abriese la boca y se acomodase a su lado-. Ni una palabra.

Marcus se rio alargando el brazo para pasarlo por detrás de ella y rodearle a cintura pegándola a su costado para darle calor al tiempo que la besaba en la sien.

-Fierrecilla, no saques tu cuchillo que nada he dicho y nada voy a decir.

Silvie suspiró:

-Eres un liante. Te has salido con la tuya.

Marcus se rio divertido antes desviar los ojos hacia sus amigos comprobando que Camile también tenía un buen puñado de bombones en su regazo.

-Ni preguntes. -Le advirtió Lucas-. Prácticamente he asaltado a un lacayo robándole la bandeja de los bombones.

Marcus se carcajeó porque no le costaba imaginar a ambas damas obligándolo a hacer eso precisamente.

Para cuando el cochero detuvo el coche en su casa, antes de continuar camino hasta la casa de Lucas, Silvie estaba dormida con su cabeza sobre su hombro con él rodeándola con un brazo afianzándola allí.

-Cielo, hemos llegado. -La besó en la frente mientras el palafrenero abría la puerta.

Silvie le dio un manotazo en inconsciente respuesta arrancando una risa a Camile y Lucas.

-Creo que tu esposa no gusta despertar por un baroncito como tú. -Se burló Lucas.

Marcus suspiró pasando un brazo por debajo de las rodillas de Silvie:

-Vamos, fierecilla, dejemos a estos marqueses endemoniados marchar de una vez. -Silvie le rodeó los hombros aún dormida y cuando descendió del carruaje con ella en sus brazos sonrió a Lucas-. Dile a tu endemoniado heredero que mañana en la tarde pasearemos por el zoo con él, pero que ni se le ocurra ponerle ojillos a mi esposa.

Lucas se reía negando con la cabeza:

-Date por vencido, baroncito. Mi hijo es un seductor más irresistible que tú.

Entró en la casa con Silvie en brazos y, como la noche anterior, Perkins fingió no sentir extrañeza. La desnudó sin que ella apenas mostrase oposición, aunque librarle de las joyas fue un poco más complicado.

Antes de desnudarse entregó una nota a Perkins para que a primera hora de la mañana se la hiciera llegar a lord Jillers.

Al deslizarse después por la cama para abrazarla tras desnudarse, sonrió como un lobo posando la mano en su aún plana tripa. Ahora más que nunca le urgía encontrar a ese hombre al que lady Clarisse hubo contratado pues hasta que no lo apresasen su vida corría peligro, pero, sobre todo, podía correr peligro la de su fierecilla. Enterró el rostro en su cuello inhalando su aroma mientras cerraba los ojos. El mejor aroma del mundo pensaba dejándose disfrutar de esa sensación de plenitud que tenía con ella en sus brazos.

Estaba desayunando de modo apresurado cuando Silvie apareció con su pelo echo un revoltijo de rizos cayendo desordenados por su espalda y con su batín, que habría dejado sobre la banqueta a los pies de la cama al vestirse, cubriendo su ligero camión. Caminaba directamente hacia él con gesto terco.

-Ibas a marcharte sin mí.

-Cielo, solo estoy desayunando. Quería dejarte descansar un poco más ya que anoche lucías muy cansada. -La miró con inocencia.

-A mí no me engañas, baroncito... -Le señaló con el dedo que movía sin dejar de caminar hacia él -... ibas a marcharte sin mí a visitar a lord Vallstom ... - Giró el rostro y miró a Perkins-. Perkins, buen hombre, ¿qué es eso que huele tan bien?

Perkins sonrió ligeramente:

-No sabría decirlo, milady. ¿Quizás los panecillos?

-Umm, no... creo que son los huevos... pero los panecillos también huelen bien... -Decía tomando asiento mientras Perkins le retiraba la silla.

-Cielo, sigues en camisón. -Sonrió Marcus divertido mirándola completamente despreocupado.

-Es culpa tuya. -Se quejó al tiempo que sonreía a Perkins que le servía una taza de té-. Por salir a hurtadillas.

Marcus se carcajeó:

-Yo no salgo a hurtadillas de mi propia alcoba, fierecilla. -Silvie bufó mostrando su incredulidad-. Vamos, vamos, fierecilla, no te enfades. Esperaré a que tomes un copioso desayuno y después marcharemos juntos a buscar a tu padre.

- ¿A mi padre? -Preguntaba con la boca llena.

-Le he mandado recado para que nos acompañe.

Silvie asintió:

-Bien.

Marcus se rio entre dientes antes de tomar su taza y beber de ella. apartando *La Gacette* que hasta ese momento leía.

-Al parecer, mi baronesa, somos la comidilla de la ciudad pues según las damas de rancio abolengo es imperdonable que el primer lugar al que te acompañase en la ciudad fuese una velada como la de la pasada noche.

Silvie se rio entre dientes tomando el periódico para leerlo.

-Uy, pero si te tacha de barón incorregible y... *“echado a perder ya sin remedio pues tu enlace con una americana no augura que seas capaz de comportarte como un hombre sensato”*. -Leía claramente divertida antes de mirarlo-. ¿Me he desposado con un insensato?

Marcus se rio:

-Pues si lo dice el periódico será verdad. -Respondía con el mismo tono de irónica sorna que ella.

-Qué emoción. Mi esposo es un insensato. -Sonrió de oreja a oreja distrayéndose enseguida cuando Perkins puso ante ella un plato a rebosar de viandas-. Perkins, es usted un hombre admirable. -Decía tomando el tenedor arrancando una carcajada a Marcus.

Media hora después la llevó en brazos hasta la alcoba donde antes de darle oportunidad alguna de decir nada, la devoró con ansia y frenesí dejándola completamente agotada como pretendía. Sabía, cuando salía de la casa una hora después con la sensación de plenitud en el cuerpo como cada vez que la tomaba, que cuando regresase se la encontraría enfadada a pesar de su nota, pero la prefería enfadada y a salvo que en peligro. No conocía a lord Vallstom y dado los personajes con los que parecía relacionarse, no podía saber que se encontrarían por lo que no iba a arriesgarse.

En cuanto llegó a la casa de lord Jillers, puesto que este ya le esperaba, marcharon juntos a casa del Charles para que los acompañare a “visitar” al buen amigo de su esposa.

- ¿Qué le ha dicho a mi hija para que no le acompañe? -Preguntaba en el carruaje, ya con Charles con ellos, lord Jillers con una evidente curiosidad.

Marcus sonrió:

-Digamos que le he dejado una nota y que doy por cierto que a mi regreso tendrá a todo el servicio de Varité House blandiendo cualquier arma para emplearla son saña contra su señor.

Lord Jillers se carcajeó:

-Sí, no dudo os espere con intención de apalearos.

Marcus miró el rostro serio de su primo y suspirando preguntó:

- ¿Ha sido tan dura la noche en tu hogar como presumo?

-Peor. -Contestaba serio girando el rostro para mirarlo-. No ha dejado de gritar y romper cuanto tenía a su alcance. No sé cómo lograr llevarla a Escocia sin que sea del todo escandaloso, o peor aún, sin que se escape.

Marcus le miró serio asintiendo.

-Contrataré a algunos de los hombres que estuvieron conmigo en la guerra en Francia y ellos se asegurarán de que llegue a su destino y que no escape. Bien ha demostrado que es peligrosa, de modo que no nos arriesgaremos.

-Sí, lo sé. Pero a partir de ahora... -Se mordió la lengua y Marcus comprensivo pues él hubo pasado por algo similar asintió.

-A partir de ahora serás como un hombre sin esposa y sin posibilidad de tenerla pues seguirás unido a ella. -Al ver su mirada suspiró-. Quizás podamos conseguir la venia, Charles. Ha intentado asesinar a un par del reino para conseguir su título, no dudo sea causa bastante para lograr considerarla un peligro. Bien es cierto que romper la unión bendecida por el vicario será lo más difícil. Su majestad es la cabeza de la Iglesia más también quien se erige su piedra angular.

Charles asintió antes de desviar de nuevo los ojos hacia la ventana.

-No fue un matrimonio por amor, bien lo sabes, pero, en algún momento tuvo que ocurrir algo para que la esposa a la que me uní se convirtiese en esa que ahora está en mi casa.

-Bien, quizás sí ocurriese algo en algún momento o quizás siempre fuese así, pero se contenía bajo la apariencia de una dama formal y tranquila. -Señaló Marcus sabiendo que Charles se estaba torturando por algo que escapaba de su mano.

-Milord, decidnos, ¿qué podéis contarnos de ese lord Vallstom? -Intervino lord Jillers intentando aliviar un poco el ambiente.

-Pues que, como mi esposa, ha conseguido engañarme muchos años pues lo consideraba un caballero cualquiera, pero al parecer es un ser carente de moral que deja a su joven esposa postrada en su lecho de muerte sin compañía alguna mientras él se divierte a millas de distancia de allí con las esposas de

otros.

Marcus sonrió negando con la cabeza porque era evidente su primo estaba en exceso enfadado consigo mismo.

-Umm, ¿dónde conocería a un personaje capaz de aceptar asesinar a otro por dinero? -Preguntaba a ninguno de los dos en particular lord Jillers.

Lord Charles entrecerró los ojos meditando en ello.

-Hace unos años, estoy recordando ahora, escuché el rumor de que la muerte de su primera esposa no fue muy clara. Lady Vallstom procedía de una familia muy adinerada y su enlace con lord Vallstom supuso para él el acceso a una posición y sobre todo una fortuna que anteriormente había estado lejos de su mano.

-Interesante... -Lord Jillers le miró serio unos segundos-... Quizás podamos valernos de ese rumor para conseguir que lord Vallstom colabore de no querer hacerlo...

-Pero no es más que un rumor, quizás uno malicioso basado en mentiras o envidias. -Señaló de nuevo lord Charles.

-Bien, nada perdemos por intentarlo de ser necesario. -Sonrió Lord Jillers-. Este rumor, falso o verdadero, no nos corresponde ahora probarlo sino solo usarlo de creerlo conveniente. Recordad, milord, que ese caballero conocía las intenciones de su esposa y que para lograrlas le condujo hasta un asesino. Si es capaz de eso, ¿de que no sería capaz de tener motivos que le movieran a ello?

Charles suspiró mirándolo con fijeza:

-Visto de ese modo...

Marcus sonrió negando con la cabeza:

-Bien, ahora sabemos de dónde ha sacado mi fierecilla esa vena peleona que tanto le gusta lucir, ¿no es cierto, milord? -Miró al padre de Silvie que sonreía.

-No descartéis tan rápidamente a mi esposa, milord, era tan impetuosa como Silvie.

-Sí, bueno, tenéis otros dos hijos que acreditan esa vena impetuosa.

Al llegar a casa de lord Vallstom descendieron del carruaje y Marcus gruñó en cuanto alzó la vista encontrándose a Silvie de pie frente a la pequeña valla de hierro delante de la puerta principal mirándolo con evidente enfado.

- ¿Cómo diablos has llegado antes que nosotros?

-Yo he venido directa desde Varité House y tú... -Le señaló con un dedo dándole golpecitos en el pecho-... eres un mal esposo. No puedo fiarme de ti.

Marcus suspiró y obviando su mirada y su enfado abrió los brazos encerrándola en ellos con fuerza.

-No te enfades, cielo. -La besó en la cabeza y después en la sien-. No quiero que te hagan daño.

Silvie alzó el rostro mirándole con el ceño fruncido y gesto de niña contrariada.

-Pues yo tampoco quiero que te hagan daño. Me he acostumbrado a tenerte como esposo a pesar de que seas un petulante y arrogante noble que usa viles medios para escabullirse de su alcoba.

-Yo no me escabullo de mi alcoba, fierecilla, me escabullo de mi temible esposa. -Bromeó bajando el rostro al suyo antes de besarla suavemente en los labios.

-Pues tu temible esposa no va a dejar que su arrogante esposo vaya solo a lugares peligroso sin ella y su pistola bien cargada.

Marcus sonrió cerrando fuerte los brazos a su alrededor encajándola del todo.

-Cielo, yo debería protegerte de todo peligro, no al contrario.

Silvie alzó el rostro y apoyó la barbilla en su pecho sonriendo.

-Acostúmbrate, baroncito, tu esposa es más peligrosa que tú.

Marcus se rio besándola en la frente antes de romper el abrazo y tomando su mano la colocó a su lado, aunque un poco detrás de él sintiendo que debía protegerla, aunque solo fuere con su cuerpo, por mucho que ella creyere que no era así. Lord Jillers se situó al otro lado de Silvie y Charles delante de ellos

abriendo camino.

Una vez llamaron a la puerta con la aldaba, está tardó poco en abrirse por un mayordomo uniformado que les cedió el paso al vestíbulo. Elegante, discreto, sin estridencias, parecía que lord Vallstom no fuere de la clase de hombre que gustase la exageración.

-Soy el barón de Varité y querría hablar con su señor unos minutos. -Dijo serio entregando al mayordomo su tarjeta que, tras tomarla y hacer una cortesía, marchó dejándoles allí, gesto que no pasó desapercibido para ninguno de ellos pues lo apropiado habría sido conducirles a un salón.

-Ese hombre no es un mayordomo. -Dijo seria Silvie en apenas un susurro sin apartar los ojos de aquél mientras que lord Jillers, tan tenso como su hija parecía sentir la misma apreciación que esta porque no apartaba los ojos de la misma dirección que ella.

- ¿Cómo que no es...? -Empezó a preguntar, pero Silvie posó su dedo en sus labios haciéndole callar.

-Ni un lacayo, doncella ni nadie a la vista. -Susurró mirando a su padre que sacó de su gabán antes de quitárselo y dejarlo sobre una silla, una pistola.

-Es extraño... -Contestaba lord Jillers al tiempo que Silvie sacó su pistola lo que le hizo tensarse más y tomándola de su mano la puso detrás de él.

-Marcus. -Se quejó.

-Cielo, soy un excelente tirador y tú vas a quedarte detrás de mí en todo momento.

La escuchó resoplar y enseguida vio a lord Jillers sonreír negando con la cabeza mirando detrás de él lo que le hizo mirar por encima de su hombro encontrándose con el cuchillo en la mano haciéndolo gruñir pues era evidente su esposa no era una damisela a la que gustase que la salvaran.

- ¿Me explicáis por qué nos hemos armado? -Preguntaba mirando el corredor-. ¿Cómo que no es un mayordomo? -Insistía bajando la voz.

-Ni sus modales ni sus andares son los de un mayordomo, además, lleva un calzado demasiado nuevo para ser de un mayordomo. -Contestaba Silvie mirando por encima de su hombro poniéndose de puntillas-. Shhh, esconded el

arma, alguien viene por allí.

Los dos delante de ella y lord Charles a su espalda se enderezaron ocultando sus armas.

-Milord, lord Vallstom les recibirá en su despacho. Síganme.

- ¿Ves? No es mayordomo. -Susurró mientras lo seguían y Marcus le ponía el brazo delante obligándola a ir detrás de él.

-Lo entiendo, no se comporta como un mayordomo debiera, más quizás solo sea nuevo en el puesto... -Contestaba en el mismo tono que ella.

-No, aquí hay algo muy raro. Milord, estad atentos. Silvie, tú detrás de nosotros. -Replicaba lord Jillers que parecía tan en guardia como lo estaba él en ese momento.

Al entrar en el despacho se encontraron a un hombre sentado tras la mesa de roble que no hizo ademán de moverse y que mantenía las manos bajo la mesa.

- ¿Es lord Vallstom? -Preguntó Marcus en un susurro a Charles mientras se acercaban hacia la mesa. Charles asintió.

-El mayordomo ha dejado la puerta ligeramente abierta. -Avisó Silvie a su padre que, sin mirar atrás, asintió.

-Caballeros, milady, según parece desean hablar conmigo.

Marcus miró a Charles que, comprendiendo, tomó la palabra.

-Dejaremos de lado las conversaciones triviales y meramente formales, milord, pues lo que nos trae hasta aquí es claramente un asunto de vital importancia. Ya nos conocemos que no así conocéis a mis acompañantes. Ellos son lord Marcus, barón de Varité y su esposa, lady Silvie y lord Jillers. Nos consta, pues así lo ha confesado mi esposa, que vos la pusisteis en contacto con un hombre para que llevase a cabo un encargo de ella, un encargo realmente grave y reprobable. El asesinato de mi primo, lord Varité.

-No intentéis negarlo. -Se apresuró a decir Marcus mirándolo desafiante cuando intentó decir algo.

-No intento negarlo simplemente lo niego pues no sé de lo que me estáis hablando. ¿Vuestra esposa? -Miró a Charles con gesto desconcertado-. No he

visto a vuestra esposa en meses. La última vez que la vi fue en el campo.

Charles frunció el ceño y miró a Marcus pues realmente parecía sincero.

- ¿Qué opinas? -Preguntaba mirándolo.

Marcus negó con la cabeza:

-No sabría decir.

Silvie suspiró y girando caminó directa hacia la puerta que abrió de golpe dejando a la vista al mayordomo que claramente había estado escuchando.

- ¿Qué le parece si entra y se une a esta conversación? Al parecer ya forma parte de ella, aunque solo sea escuchándola.

Le vieron enderezarse y volver su rostro duro casi frío. Silvie miró de soslayo a su padre que se apresuró a sacar su arma y alargando el brazo apuntó al mayordomo.

-Entre. Vamos a aclarar lo que ocurre aquí. Cielo, regresa manteniendo la distancia.

Silvie sonrió sacando de su falda el cuchillo comenzando a caminar de espaldas sin apartar los ojos del mayordomo y manteniendo la distancia con él mientras él entraba. Marcus al verla sacó también el arma, tenso como una cuerda, apresurándose a tirar de ella en cuanto la tuvo a su alcance para pegarla a su cuerpo.

-Poneos junto a lord Vallstom y ya de paso, liberadlo. -Añadía lord Jillers con una media sonrisa sin dejar de apartar los ojos del mayordomo mientras rodeaba la mesa obedeciendo.

- ¿Liberarlo? -Preguntó Marcus pasando de nuevo a Silvie al otro lado para colocarla tras él haciéndola rodar los ojos con resignación no disimulada.

-Está atado por eso no levanta los brazos. -Contestó sacando la cabeza por su lado-. Así no veo. -Se quejó echándose ligeramente a un lado haciendo suspirar y rodar los ojos esta vez a Marcus.

-Desatadle. -Repitió lord Jillers de nuevo sin dejar de mirar al mayordomo-. Ahora, milord, decidnos qué ocurre aquí.

Vio a lord Vallstom carraspear mientras se frotaba las muñecas tras verse libre de ataduras.

-Es un asunto privado.

-Quizás lo sea, quizás no, pero como os sabemos implicado en varios intentos de asesinato contra mi persona, os conviene revelarnos qué ocurre.

-Lo que ocurre en mi casa, caballeros, es solo asunto mío. -Contestaba con sequedad.

-Pero que insistencia con no decir la verdad tenéis los ingleses. -Se quejaba Silvie alzando los brazos antes de dejarlos caer sin importar enseñar el cuchillo que llevaba en una mano-. ¿Una bofetada? -Miró a Marcus con evidente intención.

Marcus se rio entre dientes sorprendido de que pudiese reírse en ese instante mirándola de soslayo.

-Mejor dejamos que tu padre le dispare si no colabora.

Silvie se encogió de hombros:

-Supongo que eso también funcionará...

Marcus contuvo una carcajada antes de mirar con fijeza a lord Vallstom.

-Bien, milord, tenéis dos opciones. Contadnos la verdad y salir indemne o continuar en esa posición de silencio, en cuyo caso, milord, no tendrá inconveniente en dispararos.

-Pero ¿han perdido el juicio? -Se quejó.

Lord Jillers giró ligeramente el brazo apuntando de nuevo al mayordomo que se hubo movido hacia atrás con lentitud.

-No os mováis más. Quedaos donde estáis o seréis el primero en recibir el disparo. -Tras unos segundos en que comprobó que no se movería apuntó a lord Vallstom-. ¿Por dónde íbamos?

-Él iba a contarnos que ocurre. -Contestó Silvie dejándose caer en el brazo del sillón situado justo detrás de donde ella estaba.

-Exacto. -Asintió lord Jillers sonriendo claramente divertido por el gesto de

su hija-. Decidnos, milord, qué es lo que ocurre aquí. Recordad que vuestra vida en este instante depende de que no solo os expliquéis sino de que nosotros os creamos.

-Exacto. -Repitió Silvie asintiendo con gesto terco igual que su padre antes.

-No tengo nada que deciros...

-Oh por Dios... -Refunfuñó Silvie-. Que alguien le dispare de una vez. Esto es tedioso...

Marcus sonrió mirando de soslayo a su esposa y después a lord Jillers.

-Hacedlo, milord, sinceramente no estoy de humor para estar perdiendo el tiempo aquí.

Lord Jillers amartilleó la pistola y los ojos de lord Vallstom se abrió de par en par.

-No, no... os diré lo que ocurre.

-Callaos. -Le ordenó el mayordomo en una voz ronca y claramente enfadada.

Lord Jillers giró el brazo volviendo a apuntar al mayordomo.

-No me importa quién seáis, si volvéis a decir algo, os dispararé. Lord Charles, tomad las asaderas de la cortina y usadlas para maniatar a este hombre y después tomad algo para amordazarlo.

Charles obedeció y mientras lo hacía vio que lord Vallstom de pronto pareció aliviado.

- ¿Quién es? -Preguntó él esta vez apretando la mordaza en la boca del hombre.

Lord Vallstom suspiró.

-No soy yo el que tiene una relación con vuestra esposa, milord, como presumo es lo que insinuasteis antes. -Hizo un gesto al hombre maniatado indicándoles así que era él.

- ¿Y él es...? -Preguntó Silvie mirándolo con recelo.

Lord Vallstom suspiró:

-Es mi medio hermano.

- ¿Perdón? -Preguntó sorprendido lord Charles.

-El hijo de mi padre con su amante. -Dijo con desdén.

- ¿Y lo tenéis como mayordomo por algún motivo? -Insistió Silvie recelosa mirándolo, entrecerrando los ojos-. ¿Y por qué os tenía atado?

Lord Jillers sonrió:

-Dejadme adivinar. Os está chantajeando...

Lord Vallstom asintió mirando de soslayo al hombre que no apartaba los ojos de él mirándolo con evidente odio.

- ¿Por algo que tiene que ver conmigo? -Preguntó Marcus entrecerrando los ojos. Lord Vallstom negó con la cabeza-. Pero sabéis que nos ha traído hasta aquí.

Asintió.

-Ha intentado mataros.

Silvie se levantó de golpe al tiempo que exclamaba con entusiasmo:

- ¡Eureka! Ya tenemos al asesino.

Marcus sonrió negando con la cabeza.

-Quedan muchas cosas por averiguar.

-Bueno, sí, pero ya tenemos al asesino así que ahora puedo ocuparme de otras cosas más interesantes.

Marcus se rio entre dientes:

- ¿No te parece interesante mantener sano y salvo a tu esposo, baronesa?

Silvie se encogió de hombros.

-Depende del día. Cuando te comportas como un arrogante noble que me irrita, no resulta interesante mantenerte sano y salvo.

Marcus se carcajeó:

-Impertinente... -Giró y miró a lord Jillers-. Supongo que nos falta conocer

todas las piezas de este rompecabezas.

-Está bien. -Silvie empezó a rodear la mesa, pero Marcus la detuvo-. Solo voy a ponerme a su lado.

-A mi lado estás muy bien. -La miró rodeándola con el brazo atrayéndola de nuevo hacia él.

-Qué pesado... -Murmuró antes de volver a mirar a lord Vallstom apoyándose en Marcus-. Decís que él es el amante de lady Clarisse y que también es quién ha intentado matar a mi esposo, más, ¿qué motivos tenía? Conocemos los de milady, más, ¿los de él?

Lord Vallstom negó con la cabeza:

-Creo que pretendía que su heredero fuere el heredero de la fortuna de milord. Con él muerto, ella podría tener un hijo que pasaría como hijo de lord Charles que a su muerte sería el próximo Barón.

-Imagino sería el hijo de él. -Señaló a ese hombre-. Que lord Charles no tardaría en seguir el trágico final de mi esposo y que, después, ella o bien se casaría con él o bien le dejaría llevar los asuntos del título y del nuevo barón hasta que fuere mayor. -Lord Vallstom asintió-. ¿Y a vos con que os chantajea para que no pudieseis hablar y sobre todo para que os maneje a su antojo?

-Tiene a mi hijo.

- ¿Perdón? -Repitió lord Charles del mismo modo que había preguntado asombrado antes.

-Se llevó a mi hijo recién nacido mientras todos atendían a mi esposa por la gravedad de su estado tras el alumbramiento y desde entonces me ha estado usando para salirse con la suya. Venir a Londres, ocultar sus enredos y ahora, obtener dinero para huir. Al despertar no había nadie del servicio en la casa y me ha traído aquí donde me ha atado. Después han llegado.

Silvie asintió y volviendo a rodear a Marcus que rodó los ojos resignado, se acercó a la silla donde ese “mayordomo” permanecía maniatado. Le bajo la mordaza de la boca y sin dejar de mirarlo preguntó:

- ¿Dónde está el hijo de milord?

-Miente. Yo no lo tengo.

Silvie suspiró girando para mirar a Marcus.

-Y volvemos al principio. Qué costumbre tan fea tienen los ingleses de mentir. Hay un bebé lejos de su hogar. -Giró y por sorpresa le clavó el cuchillo en la mano haciéndolo gritar.

-Silvie. -Marcus se acercó sorprendido y casi atónito.

Ella se giró y lo miró sonriendo de medio lado.

-Ahora soy lady. Seguro que no me pasa nada. Además, si explicamos a su majestad que trato de saber dónde está un pobre bebé seguro que me perdonara ciertas licencias.

-Zorra. -Masculló a su espalda ese

Marcus se acercó en dos zancadas propinándole un fuerte puñetazo en la nariz que le hizo sangrar tanto como el cuchillo que aún mantenía clavado en su mano.

-Vuelve siquiera a mirar a mi esposa y te despellejo.

Silvie sonrió:

-También eres lord. Seguro que te libras.

Marcus giró y la miró y no pudo evitar sonreír como ella pues realmente era un polvorín peligroso esa esposa suya, pero antes de darle tiempo siquiera a pensar en ello la vio sacar con frialdad el cuchillo y limpiarlo en la manga de la levita de ese hombre al tiempo que decía:

-Bien, ¿Dónde está el bebé? Y antes de que continuéis fingiendo no saberlo, o peor, soltando improperios, os advierto que pienso ir clavándoos este cuchillo en cada parte de vuestro cuerpo hasta que digáis la verdad. Y os aviso que empiezo a tener hambre así que mi paciencia no será mucha.

-Idos a infierno.

Marcus cuando alzó el brazo para clavárselo en la otra mano, se apresuró a detenerla y a tomar el cuchillo.

-A ver, fierecilla, deja que me ocupe de esto porque si lo dejo en tus manos

tendremos un hombre lleno de agujeros y eso será mucho más que “una simple licencia”.

Silvie suspiró encogiéndose de hombros.

-Pero es que no podemos estar aquí todo el día. Además, lord Vallstom querrá a su hijo ya de regreso. -Giró y lo miró con una media sonrisa-. ¿A qué sí?

Lord Vallstom asintió mirando de soslayo a Marcus.

-Está bien... -Marcus suspiró pesadamente y miró al tipo que ahora sangraba por mano y nariz-. O decís la verdad o deajo que mi particular fierecilla os haga lo que tiene en mente. Os conviene ahorraros esos momentos de sufrimiento.

-Idos, milord. -Lord Jillers se acercó colocándose a su lado-. Llevaos a mi hija que vuestro primo y yo nos encargamos de esto.

- ¿Yo? -Preguntó lord Charles alzando una ceja.

-Sí, vos. Por vuestro interés os conviene saber todo lo que este hombre ha hecho y también todo en lo que haya estado enredado vuestra esposa con él.

Charles suspiró asintiendo.

-Sí, no puedo negar que sería mejor saberlo todo. -Miró a Marcus y asintió-. Marcha tranquilo. Nosotros nos encargamos de descubrir la verdad y después, si aún continúa vivo -sonrió malicioso- lo pondremos en manos de los agentes de Bow Street.

Silvie sonrió divertida.

-Reitero que me agrada mucho tu primo.

Marcus rodó los ojos tomando su mano dentro de la suya antes de entregar el cuchillo a lord Jillers, al pasar a su lado, y la pistola a Charles que sonreía encantado a Silvie.

-Fierecilla, vayámonos y dejemos a tu padre y este agradable caballero este asunto. Te llevaré a comer algo ya que decías estabas hambrienta.

-Uy, hay una chocolatería que me gusta cerca de Bow Street. Siempre que voy a ver al sargento me compro alguna cosa.

- ¿Por qué íbamos a ver al sargento? -Preguntaba llevándola de la mano con él hacia la salida.

-Pues porque ya que hemos solucionado este enredo puedo, por fin, encargarme de ese ladrón.

Marcus gruñó.

-Cielo, ¿no prefieres que nos vayamos unos días al campo y así terminamos nuestros días de recién desposados esposos?

-Bah, eso podemos hacerlo aquí. -Contestaba con indiferencia antes de girar ya fuera de la estancia que dejaban atrás y alzando la voz añadía-. Papá, sé despiadado. Recuerda que tiene un bebé escondido.

-Lo haré. -Se escuchó a lo lejos antes de que ella sonriese girando de nuevo para mirarlo.

-En cinco minutos sabrá donde está el bebé.

Marcus sonrió negando con la cabeza rodeándola con los brazos antes de alcanzar la puerta principal y bajando el rostro al suyo la besó en la frente y después en los labios.

-Amor, ahora que ese hombre que pretendía privarte de tu adorado esposo, ¿no deseas disfrutar de las mieles de ese esposo en tranquila privacidad?

- ¿Adorado? -Preguntaba con pícaro sonrisa-. Muy elevado tenéis el concepto de vos mismo, milord. Además, puedo disfrutar de esas supuestas mieles y al tiempo que atrapo a un ladrón. Soy una baronesa muy ocupada y eficiente.

Marcus sonrió abiertamente porque le encantaba escucharla tildarse a ella misma de baronesa.

-Y en estado también. Recuerda que eres una baronesa en estado y que tu esposo quiere cuidarte para asegurarse de que sus intrépidos americanos estén sanos y salvos.

-Bueno, pues estaremos sanos y salvos si nos llevas a tomar un chocolate y unos bollitos de camino a visitar al sargento. Seguro que tiene nuevas pistas.

Marcus, tumbado de costado la observaba dormir varias horas después pensando que tenía que despertarla pues habían de recoger a Samuel para

llevarlo al zoo. Sonrió vencido porque fuera tan terca. Tras verla entusiasmada intercambiando opiniones y teorías con el sargento, no pudo sino reconocer que su esposa no solo era única, sino que no quería ni deseaba cambiar en nada ni su carácter ni ese exacerbado entusiasmo hacia la investigación y “pillar a los malos” como lo tildaba. Enredó sus dedos en uno de los mechones cargado de rizos de su suave cabello disfrutando de la sensación de calma que le producía haber puesto fin, por fin, al peligro que le había perseguido esos días. Silvie, de regreso a su visita del sargento, dijo que, al final, la supuesta caza de su asesino había resultado en exceso fácil, lo que le hizo no solo reír sino embromarla con desear casi un complot contra la corona, aunque eso implicase saberlo en peligro con tal de encontrar más “enrevesado” el misterio. Recordaba cómo le hubo narrado al sargento lo ocurrido y le informaba que su padre le llevaría “al canalla” una vez supiere donde estaba el bebé.

Cuando llegaron a casa de Lucas Silvie sonreía pues al despertar leyó la misiva de su padre informándolos de que el bebé había sido devuelto a su padre y ese hombre encerrado en una de las celdas que el sargento tenía esperándolo.

- ¿Sabes? Aún nos queda un cabo suelto, dos si lo pienso bien. -Iba diciendo mientras le entregaban al mayordomo de Lucas sus capas y sombreros.

- ¿Cabos sueltos? -Preguntaba Marcus alzando las cejas-. Temo preguntar.

Silvie se rio tomando su mano caminando decidida hacia la terraza que era el lugar donde el mayordomo decía estaban sus señores.

-Vamos, vamos, baroncito, no temas que no corre tu vida peligro, a menos que tengas más herederos con esposas ambiciosas por ahí.

-¡Tía Silvie!

Samuel se acercó a la carrera sonriendo y Silvie le dio un beso en la mejilla tomando su mano.

-Hoy vamos de paseo, mi caballero. Espero que no haya olvidado nuestra cita.

Samuel asintió antes de mirar a su madre que sonriendo le dijo:

-Sube y dile a ese pobre valet que tiene tu padre que te engalane para tu paseo

con una dama.

Salió como alma que lleva el diablo mientras Lucas, que subía los escalones que daban al jardín los miraba divertido tras dejar tras de sí a Viola enredando con los perros.

-Presumo vuestra visita a lord Vallstom fue provechosa.

-Lo fue. Tenemos al asesino y puedo concentrarme en atrapar al ladrón de Mayfair. -Contestaba Silvie sonriendo, tomando asiento en uno de los sillones.

-Narradnos los ocurrido. -Le instó Camile con curiosidad mientras les servía una taza de té.

Fue Marcus el que les narró lo ocurrido incluido el fiero ataque con cuchillo de su esposa a ese asesino, como lo tildó haciéndola reír, para finalmente mirarla serio.

-Pero hace unos minutos mi inquieta esposa me ha dicho que creo haber dos “cabos sueltos”, sea lo que sea lo que ella entienda por ello.

Silvie sonrió divertida.

-Pues es que en toda esta historia queda aun por saber si el estúpido de lord Grullier simplemente escogió un mal momento para llevar a cabo su torpe intento de enredarte con ese supuesto heredero, y lo que es más intrigante, la muerte de lady Ariana. Después de todo, seguimos sin saber quién y por qué la mató.

Marcus suspiró lentamente.

-Si soy sincero, poco me importa quién asesinase a Ariana mientras no tenga nada que ver conmigo, y desde luego te aseguro que, si lord Grullier vuelve a cruzarse en mi camino, recibirá un escarmiento que no olvidará jamás.

Camile lo miró y después desvió los ojos hacia Silvie:

-¿Crees que alguna de esas dos cosas tiene algo que ver con lo que han hecho lady Clarisse y ese amante suyo?

-No sabría decir. No parece que los planes de lady Clarissa tuviesen nada que ver con ninguno de ellos, especialmente porque si lord Grullier se hubiese salido con la suya, su plan se hubiese venido abajo, aunque hubiesen matado a

Marcus porque habría un nuevo heredero antes que lord Charles.

-Cierto, luego simplemente hemos de concluir que el estúpido de lord Grullier escogió mal momento para su absurdo plan, más, ¿y la muerte de lady Ariana?

-Insistía pensativa.

Silvie se encogió de hombros.

-Quizás algunos de esos prestamistas franceses le hubiesen seguido hasta Inglaterra o quizás ese amante con el que estafaba la mató en un ataque de ira, o quizás incluso algún asunto inacabado antes de su marcha al continente. Es difícil de decir, en todo caso, no me inclino por investigarlo.

Camile asintió:

-Sí, bueno, mejor dejar ese asunto en manos de los agentes. Ahora podrás centrarte en ese ladrón y en volver loco al baroncito.

Silvie sonrió mirando de soslayo a Marcus que rodaba los ojos antes de suspirar pesadamente y volver los ojos hacia las puertas francesas por las que aparecía Samuel engalanada para su paseo.

Ocho meses después...

-Juro que la voy a atar al poste de la cama. Tenía que haberla acompañado sospechando que no iría solo a ver a tu esposa sino que las dos acabarían enredadas en otro de sus líos. -Refunfuñaba moviéndose inquieto en el salón mientras Lucas sonreía-. No te rías, mentecato, que es tu esposa la que le ha acompañado.

Lucas se rio:

-Sí, pero sé de sobra que Camile no saldría del carruaje ni por todo el oro de Inglaterra.

-Eso no lo sabes. -Gruñó-. También dijiste que no habría entrado en aquella posada para atrapar a esa supuesta niñera ladrona y cuando llegamos te

recuerdo que no solo estaba dentro, sino que agarraba de los pelos a la niñera mientras mi loca esposa apuntaba con un arma a su compinche.

Lucas de golpe perdió la sonrisa y gruñó:

-Pues es cierto... -Entrecerró los ojos pensando en ello unos segundos-. Pero no se habrá atrevido esta vez... está en estado...

-También lo está Silvie y de casi nueve meses y no parece que eso las detenga a ninguna de las dos... -Se quejaba caminando hacia el tirador de llamada apareciendo enseguida Perkins-. ¿Aún no ha llegado?

Perkins negó con la cabeza, serio:

-No milord, aún no ha llegado.

Gruñó tocándose el puente de la nariz.

-Cadenas y grilletes. Eso tendré que usar para mantenerla a salvo. Ir a ese mercado a pillar a ese estafador... ¿A quién se le ocurre? Si apenas si puede andar...

Lucas se acercó a la ventana al creer escuchar el ruido de ruedas y cascos de caballo.

-El coche...

No llegó a terminar la frase pues Marcus salió a la carrera hacia el vestíbulo abriendo la puerta sin dar oportunidad a Perkins a hacerlo. La esperó bajo el marco con los brazos cruzados al pecho y el ceño fruncido.

Vio a Camile descender con ayuda de un palafrenero con gesto sonriente y tranquilo y al alzar la vista y verlo sonrió más aún.

-Ven, Marcus, Silvie va a necesitar que la ayudes a descender...

Tal y como dijo esa frase él se lanzó escaleras abajo como loco alarmado.

- ¿Está herida? ¿Le ha pasado algo?

Al meter la cabeza en el carruaje se la encontró sentada en medio de uno de los sillones comiendo un bollito.

- ¿Cielo? -Preguntó desconcertado.

-Hemos atrapado a ese canalla. -Respondía con la boca llena y media sonrisa.

-Cariño, sal que quiero tenerte en mis brazos para poder reprenderte como Dios manda. -Dijo mitad enfadado mitad divertido.

-Pues es que no me puedo mover. Camile dice que estoy de parto, pero yo creo que exagera.

Marcus abrió los ojos como platos sacando la cabeza gritando sin mirar a nadie en particular.

- ¡Llamad al galeno! ¡La baronesa está de parto! -Metió medio cuerpo estirando los brazos para tomarla en brazos, pero ella ni se movió-. Cielo, he de llevarte dentro.

-Yo creo que exageráis. Solo tenía un poco de hambre, si estuviese de parto me dolería, ¿no es cierto? Siempre dicen que es muy doloroso y yo no... - Abrió los ojos como platos dejando caer el bollito a medio comer al suelo-... Maldita sea... -Gimió apretándose las manos en los costados- ... Duele... Duele como mil demonios...

Miró a Marcus que con gesto preocupado se acercó a ella y con suavidad la tomó sacándola como si fuese un cristal que se fuese a romper con solo rozarlo.

-Cielo, no pasará nada. Todo saldrá bien... -Le iba hablando mientras la subía por las escaleras y ella se aferraba a su cuello con fuerza-. Shh cielo, tranquila. Tu barón está aquí y no piensa soltarte.

-Duele... -Se quejó de nuevo haciendo una mueca de evidente dolor.

-Lo sé, cielo, lo sé, pero solo piensa que tendremos a nuestro barón americano en un abrir y cerrar de ojos y que tú podrás seguir volviéndome loco de preocupación con tus locuras... ¿Por qué no me has dejado acompañarte hoy? -Le preguntaba intentando distraerla mientras la llevaba a la alcoba.

-Tú... tú... no pasas... desapercibido en un mercado... -Respondía respirando forzosamente-... Esto dueleee... -Gruñó cerrando su mano con fuerza en su camisa.

Marcus alcanzó por fin su dormitorio posándola con sumo cuidado en la cama al tiempo que, mirando de soslayo a Camile que entraba tras él, decía:

-Será mejor que la ayudemos a acomodarse mientras llega el doctor.

-Déjame a mí... -Empezaba a decir Camile para apartarlo, pero en lugar de eso s

-Duele... -Se quejó de nuevo mirándolo con lágrimas en los ojos sin soltar su camisa obligándolo a quedar inclinado sobre ella.

-Lo sé, cielo, lo sé... Deja que Camy te ayude...

-Ni se te ocurra dejarme sola, esto es culpa tuya... -Le miró furiosa intentando contener un nuevo dolor que parecía partirla en dos.

Marcus contuvo una carcajada porque a pesar de la preocupación el verla enfadarse con él le hacía sentir mejor. Más de diez horas después, la preocupación se había tornado en alarma y los gritos de dolor de Silvie eran una tortura para él. A punto de estrangular al galeno cuando volvió a decirle por centésima vez que debían esperar y dejar que la naturaleza siguiese su curso, se acercó a Silvie que sudorosa y con evidente cansancio lo miró mientras él tomaba su mano con cuidado y la besaba en la frente.

-No vas a volver a tocarme jamás... -Dijo con la respiración forzada-. Esto es una tortura.

Marcus suspiró tomándola entre sus brazos dejando su cabeza apoyada en el hueco de su hombro.

-Vamos, vamos, mi fierecilla. Eres la persona más fuerte que conozco y sé que por duro que sea no dejarás que nada te venza ni siquiera esto.

Silvie suspiró cerrando los ojos sin moverse de sus brazos unos instantes hasta que una nueva contracción la hizo llorar mientras él la mecía impotente por no ser capaz de quitarle ese dolor.

El doctor le abrió las piernas y sonriendo como si no viese a su pobre esposa sufrir, dijo ufano:

-Bien, milady, creo que ahora os tocará empujar. El bebé está listo para nacer.

Marcus se enderezó de golpe mientras Camile lo apartada para dejar espacio a Silvie. Tras un par de gritos y verla sufrir tanto o más que antes y nervioso como estaba gritó al doctor que o sacaba a su bebé o le disparaba.

Camile sonriendo lo empujó hasta la puerta y después cerró ordenándole quedarse fuera y “no molestar”.

- ¿Por qué demonios tenía que llamar a este doctor? -Preguntaba enfadado entrando en el salón caminando furioso unos minutos después y, mirando a Lucas que permanecía sentado relajado mientras Samuel y Viola jugaban a las charadas con Will y Luisa y al otro lado del salón, Lord Jillers jugaba a las cartas con Gabriel y Thomas cuyas esposas permanecían cerca de la chimenea con sus bebés en sus brazos-. La culpa es tuya por decirme que acudiese a ese doctor del demonio.

Lucas sonrió apartando ligeramente los ojos del periódico.

-Es el mejor doctor de Londres.

Marcus gruñó:

-No opino lo mismo.

Lucas se puso en pie y le sirvió una copa de coñac que le entregaba mientras decía:

-Anda, baroncito, temple los nervios que es tu esposa la que está haciendo todo el trabajo.

-No me lo recuerdes. -Masculló antes de tragar de un trago todo el líquido ambarino-. Ese doctorzucho no es capaz ni de aliviar su dolor. O acaba pronto o lo estrangulo.

Se escucharon un par de risas más allá sabiendo que eran Gabriel y Thomas los que se reían de él.

-Voy a subir. -Dijo enfadado dejando la copa en la mesa sin delicadeza ninguna.

-No hace falta. -Entraba Camile sonriendo-. Enhorabuena barón, eres padre.

Marcus la miró parpadeando un par de veces antes de salir a la carrera escaleras arriba.

- ¿Niño o niña? -Preguntaba lord Jillers acercándose a ella-. Pues que ese barón no quiera saberlo no implica que el resto de la familia no sintamos curiosidad.

-Varón. -Sonrió Camile-. Y cuando la madre lo ha tomado en brazos ha dicho que teniendo a su barón americano ya de nada le sirve el inglés.

Lucas, Gabriel y Thomas se carcajearon por el comentario y la mirada divertida de Camile.

Marcus entró a la carrera en la alcoba encontrándose al doctor lavándose las manos y a una doncella colocando los almohadones en la cama. Se acercó al lecho viendo a Silvie, con gesto aún de cansancio en el rostro y un pequeño brillo orgulloso en la mirada centrada en un pequeño hatillo que sostenía.

- ¿Cielo?

Silvie alzó los ojos hacia él y sonrió:

-Te perdono por dejarme embarazada.

Marcus sonrió divertido y aliviado por el comentario burlón y la sonrisa traviesa de su esposa. Se sentó en el borde inclinándose para besarla en la frente.

- ¿Estás bien?

Silvie asintió diciendo:

-Pero esto no lo repito hasta dentro de al menos un año.

Marcus se rio bajando los ojos al bulto que ella sostenía con sumo cuidado.

-Es ...

-William.

Marcus se rio:

- ¿Vamos a poner a mi heredero el nombre de ese loco americano que tienes por hermano?

Silvie asintió tajante:

-Y sus padrinos serán lord Samuel, el loco americano y el sargento.

-El sargento... -Sonrió apoyándose en el cabecero deslizando ligeramente la tela que cubría al bebé para verlo bien-... Me lo convertirá en otro detective... cielo, mejor deja que sea barón y el próximo que sea detective si

gusta.

Silvie chasqueó la lengua:

-Vamos, deja que sea las dos cosas. A ti te gusta investigar conmigo.

Marcus se rio negando con la cabeza:

-Lo que me gusta es saberme contigo para saberte a salvo.

-Pues eso...- Lo besó en la barbilla antes de cederle al bebé cuando empezó a llorar-. Mira se parece a ti. -Decía burlona por el ataque orgulloso que parecía haberle dado al bebé y lo mostraba con un fuerte llanto haciéndose notar.

Marcus se rio tomándolo en brazos sonriendo después encantado porque enseguida detuvo su llanto.

-Se parece a ti. En cuanto se sabe en mis brazos está feliz.

-De modo que yo estoy feliz cuando estoy en tus brazos... -Lo miró alzando una ceja.

Marcus se inclinó besándola en la sien sonriéndola canalla.

-Solo eres feliz cuando tu baroncito te atrapa en sus brazos y te devora hambriento. - Murmuró para que solo ella le oyese.

Silvie bufó, aunque al tiempo apoyaba la cabeza en su hombro:

-Te recuerdo, baroncito, que ya no te necesito porque tengo a mi barón americano, de modo que no seas tan arrogante que corres el riesgo de morir de manos de una esposa que no gusta de los esposos arrogantes y pesados.

Marcus se rio meciendo con cuidado a su hijo.

-Cielo, no podrías vivir sin mí. Me quieres, ¿lo recuerdas? -Preguntaba como cada noche antes de dormir desde el día en que ella se lo dijo por primera vez.

-Bueno, todavía estoy a tiempo de echarle el lazo a lord Charles. Él me gusta mucho. -Contestaba como cada noche antes de dormir abrazada a él.

Marcus se rio y dejó que la tranquilidad los rodease a ambos y a su bebé un rato en esa alcoba antes de verse invadida por un tropel de familiares y amigos.

FIN

CLAIRE PHILLIPS

ISBN: 9781696772990

Sello: Independently published

2019

Argumento:

Lord Marcus, Barón de Varité, uno de los más deseados caballeros, tenía todo lo que se podía desear; Posición, fortuna, un aspecto que le granjeaba el deseo de las damas y la envidia de los caballeros... Sin embargo, un error del pasado le perseguía e impedía lograr lo único que realmente deseaba; Una verdadera familia. Ver a sus amigos felices con sus esposas e hijos no hacía sino avivar su anhelo. Animado por poner solución a su error y con ello lograr, por fin, remediar su soledad, decide pedir a lord Jillers, un lord americano con talento para investigar discretamente, que le ayude, pero ¿cómo imaginar que no solo solucionaría su problema inmediato, sino que sería también la solución a su soledad? Su temeraria hija sería la que tendría su felicidad en sus manos, al menos cuando solucionase el engorroso asunto de averiguar quién, precisamente cuando había encontrado a su baronesa, quería matarlo.